Historia de la Rusia Soviética

E. H. Carr

La Revolución Bolchevique (1917-1923)

3. La Rusia soviética y el mundo

Alianza Universidad



E. H. Carr

Historia de la
Rusia soviética

La Revolución Bolchevique (1917-1923)

3. La Rusia soviética y el mundo

Versión española de
Soledad Ortega

Alianza
Editorial

Título original:

A History of Soviet Russia
The Bolshevik Revolution 1917-1923 (3)

Primera edición en "Alianza Universidad": 1973
Segunda edición en "Alianza Universidad": 1974
Tercera edición en "Alianza Universidad": 1985

Calle Milán, 38; ☎ 200 00 45
ISBN: 84-206-2996-0 (obra completa)
ISBN: 84-206-2035-1 (tomo III)
Depósito legal: M. 9.322-1985
Impreso en Lavel. Los Llanos, nave 6. Humanes (Madrid)
Printed in Spain

INDICE

PREFACIO

La publicación de este volumen completa la primera serie de mi estudio de la historia de la Rusia soviética. Los tres volúmenes, en conjunto, pretenden describir los elementos esenciales de la Revolución bolchevique hasta el primer momento de la consolidación del poder en sus manos en el invierno de 1922-23. Para estas fechas había alcanzado su punto culminante la primera marea de recuperación económica que siguió a la implantación de la NEP en 1921 y a la excelente cosecha de 1922; los nuevos códigos agrarios, laboral y civil prometían estabilidad legal; se habían hecho progresos sustanciales encaminados al establecimiento de relaciones diplomáticas y comerciales con los países extranjeros; y la Internacional Comunista no ocupaba ya el centro de la escena. El régimen se había consolidado. Por vez primera desde 1917 había empezado a alumbrar un sentimiento de seguridad, y precisamente en el momento en que parecían haberse superado definitivamente los obstáculos más graves, Lenin fue abatido por la enfermedad; su retirada de la escena marca, por tanto, un alto en el camino, tan idóneo como dramático. Las vicisitudes que habrían de tener lugar desde ese momento en adelante pertenecen a un nuevo período.

La principal dificultad que he encontrado para distribuir los materiales de este tercer volumen ha sido el mantener simultáneamente ante la vista del lector las corrientes diversas e interconexas de las

relaciones de la Rusia soviética con el mundo exterior. Puede lograrse quizá mayor claridad tratando las relaciones soviéticas con Europa y con Asia en compartimentos estancos o haciendo una tajante división entre las actividades del Narkomindel y la Comintern, pero ello se logra a costa de sacrificar la complejidad y la confusión de la imagen auténtica y a riesgo de alentar opiniones dogmáticas con respecto a la importancia primordial de este o el otro aspecto de la política soviética. Por consiguiente, he intentado, en la medida de lo posible, distribuir el material de modo que se entrelacen los diferentes hilos de la trama y que queden claras las conexiones internas entre ellos. Como excepción al plan general he reservado los dos últimos capítulos del volumen para tratar las relaciones con el Extremo Oriente, puesto que, a causa de la guerra civil y de la persistencia de la intervención japonesa en Siberia, el Extremo Oriente entró en la corriente general de la política soviética en una fecha considerablemente más tardía que Europa o que el resto de Asia. Como en los dos volúmenes anteriores, el momento exacto, en el tiempo, en que he puesto punto final a la narración de los hechos, ha variado de acuerdo con las exigencias del tema en cuestión. Como regla general, las relaciones con los países europeos no se han examinado más allá del año 1922, puesto que la ocupación francesa del Ruhr en enero de 1923 fue el punto de partida de una nueva cadena de acontecimientos por toda Europa. Por otro lado, se han continuado examinando los debates de la Conferencia de Lausanne hasta su conclusión en el verano de 1923; y el término natural de los capítulos referentes al Extremo Oriente coincide con el final de la misión Joffe y la llegada de Karajan, en agosto de 1923.

El reunir el copioso pero disperso material utilizado en este volumen ha constituido en sí mismo una tarea importante, y sin duda existen fuentes valiosas que se me han pasado por alto o que no he podido hallar. Como los archivos y bibliotecas de la Unión Soviética están aún virtualmente cerrados a la investigación independiente, el acervo más rico de material disponible para la historia soviética ha de buscarse en los Estados Unidos. En 1951 visité de nuevo este país aceptando la amable invitación de la Universidad de Johns Hopkins de Baltimore, en la que pronuncié una serie de conferencias sobre las relaciones germano-soviéticas entre 1919 y 1939. En esta ocasión pude, pues, consultar el material soviético existente en la Biblioteca del Congreso y en la Biblioteca Pública de Nueva York, así como en la de la Universidad de Columbia. Desgraciadamente no tuve tiempo para volver a visitar la colección más rica y que abarca un período más dilatado de todas las colecciones de material soviético existentes

fuera de Rusia: el Instituto y la Biblioteca Hoover en Stanford; pero, sin embargo, estoy especialmente en deuda con la señora O. H. Gankin, de la Biblioteca Hoover, por la infatigable generosidad y la paciencia con que ha contestado a mis numerosas preguntas y por su dominio y conocimiento de las vastas colecciones de material allí reunidas.

Estoy también especialmente en deuda con un gran número de escritores, eruditos e investigadores de los Estados Unidos, algunos de ellos amigos personales y otros a los que no conozco directamente, pero que de la manera más generosa me han dado acceso a material o información que poseían y me han ayudado a llenar importantes lagunas de mis conocimientos. El señor Gustav Hilger, durante muchos años consejero de la embajada alemana en Moscú y residente ahora en Washington, me proporcionó hallazgos personales suyos en muchas cuestiones importantes y significativas de la historia de las relaciones germano-soviéticas; sus memorias, anunciadas ya para su publicación, serán una fuente indispensable para los futuros historiadores. El señor G. W. F. Hallgarten me permitió leer sus notas sobre los documentos procedentes de los archivos militares alemanes capturados, que se conservan ahora en Washington. El profesor Owen Lattimore, de la Universidad Johns Hopkins, puso a mi disposición material mongólico, publicado e inédito, en su traducción inglesa, y me permitió beneficiarme de sus conocimientos, únicos en cuestiones mongolas. El señor Rodger Swearingen y el señor Paul Langer me transmitieron una gran cantidad de material de fuentes japonesas sobre la historia del comunismo japonés, que podrán ahora hallarse en su libro titulado *Red Flag in Japan: International Communism in Action, 1919-1951*, publicado en los Estados Unidos al tiempo que este volumen va a la imprenta. El señor A. S. Whiting, de la Universidad Northwestern, me mostró el manuscrito de su tesis sobre las relaciones chino-soviéticas entre 1917-1922, que será publicado en fecha próxima, y dirigió mi atención hacia las discrepancias existentes en los registros del II Congreso de la Comintern a que se hace mención en la página 265 (nota 66) y en la 266 (nota 67). El señor George Kahin, de la Universidad de Cornell, me dio valiosas informaciones extraídas de fuentes locales sobre el primer desarrollo del comunismo en Indonesia. Un amigo, que desea permanecer en el anonimato, me dio acceso a la correspondencia diplomática germano-soviética inédita que cito en la página 108 (notas 118 y 120), y página 337 (notas 50 y 52). Finalmente, el señor William Appleman Williams, de la Universidad de Oregón, vino en mi ayuda en la última etapa de mi trabajo, enviándome extractos esclarecedores de los papeles inéditos de Raymond

Robins y de Alex Gumberg, así como notas tomadas por él en los Archivos Nacionales de los Estados Unidos, junto con una parte del manuscrito de su libro, *American-Russian Relations, 1781-1947,* que se ha publicado en Estados Unidos durante este otoño. A no ser por esa ayuda, tan amplia y generosamente acordada, el volumen hubiera adolecido incluso de la falta de ese grado imperfecto de equilibrio y de comprensión que ahora puede pretender. Muchos de aquellos cuyos nombres he citado, y a los que dirijo esta insuficiente expresión de agradecimiento, diferirán mucho de mí, y unos de otros, en su interpretación de los sucesos que se examinan; pero el que la ayuda mutua no sea estorbada por estas divergencias es un síntoma alentador de la independencia que la verdadera investigación trata siempre de conservar y alentar. He recibido una vez más la valiosa asistencia de casi todos aquellos que, en este país, me ayudaron en los dos volúmenes anteriores y a los cuales expresé en ellos mi agradecimiento. A sus nombres tengo que añadir los del profesor V. Minorsky, que me ayudó como experto consejero en cuestiones de Asia Central, tanto en el primero como en este tercer volumen; el del señor V. Wolpert, que atentamente me permitió ver el manuscrito incompleto de su estudio sobre la Federación Mundial de Sindicatos, que ha de publicarse bajo los auspicios del Real Instituto de Asuntos Internacionales y que leyó las partes de mi manuscrito que se refieren a la fundación de la Profintern, y el del señor F. L. Carsten, que me prestó una serie de folletos y periódicos raros que arrojan no poca luz sobre la historia del comunismo alemán. El señor Isaac Deutscher leyó también una parte sustancial de mi manuscrito y me hizo críticas penetrantes. La señora Jane Degras, a quien ya soy deudor de ayuda inteligente y experta en mi constante búsqueda de material, echó sobre sus hombros la tarea de leer la totalidad del texto en pruebas, y purgarlo así de muchas equivocaciones y erratas de imprenta. Estoy una vez más en deuda a los eficaces y consagrados empleados de las bibliotecas de la Escuela de Economía de Londres y del Real Instituto de Asuntos Internacionales. Consciente de mis propias dificultades en rastrear las fuentes, he emprendido la tarea de incrementar la utilidad práctica de una bibliografía, necesariamente incompleta y selectiva, indicando dónde pueden hallarse los volúmenes que se citan, si no están en el Museo Británico. El señor J. C. W. Horne, del Museo Británico, tuvo la bondad de comprobar la bibliografía con el catálogo del museo. Finalmente (por razones obvias), pero en modo alguno el último, es merecedor de mi más fervoroso agradecimiento el doctor Ilya Neustadt, de University

College, de Leicester, que emprendió la ardua tarea de compilar el índice de los tres volúmenes.

La terminación de *La Revolución Bolchevique, 1917-1923,* me ha llevado, naturalmente, a considerar las perspectivas de la obra de más envergadura para la que fue proyectada como preludio. Aunque estoy quizá en mejor situación que nunca para apreciar el vigor del argumento, ahora en boga, en favor de las empresas colectivas cuando se trata de escribir historia moderna, abrigo aún la esperanza de ser capaz de llevar adelante independientemente mi tarea, si es que puedo contar con el mismo apoyo de tantos como hasta ahora me han ayudado. He hecho ya en gran parte la labor de investigación y algo de la redacción de la nueva serie, y espero poder completar un nuevo volumen para el año próximo, aunque aún no he llegado a las últimas conclusiones con respecto a su alcance, disposición y título.

E. H. Carr

20 de octubre de 1952

Quinta parte

LA RUSIA SOVIETICA Y EL MUNDO

Capítulo 21

DE OCTUBRE A BREST-LITOVSK

«El movimiento socialdemócrata —escribía Lenin a comienzos de su carrera— es en su misma esencia internacional» [1]. Y era internacional en dos sentidos. La Revolución francesa había introducido y popularizado la idea de la Revolución como un fenómeno que saltaba por encima de las fronteras, de tal modo que era, al mismo tiempo, derecho y deber de los revolucionarios llevar a otros países la antorcha de la liberación prendida en el suyo propio; éste fue el origen del concepto de guerra revolucionaria. La Revolución de 1848 no se había limitado a un país, sino que, en un proceso de contagio, se había extendido por toda Europa hasta las fronteras de Rusia. Se daba por admitido que la revolución socialista seguiría ese modelo y, tras lograr la victoria en un país, se difundiría rápidamente por toda Europa, y eventualmente por todo el mundo; en parte, por un proceso de contagio, y, en parte también, por la acción deliberada de los revolucionarios. Ahora bien, la socialdemocracia era también internacional en otro sentido. «Las diferencias nacionales y los antagonismos entre los pueblos —declaraba el *Manifiesto comunista*— se desvanecen cada día más... La supremacía del proletariado hará que se borren aún más de prisa.» El grito de batalla del movimiento socialdemócrata era «¡Proletarios de todos los países, uníos!» Su

[1] Lenin, *Sochineniya,* iv, 380.

programa consistía en derribar las barreras nacionales «para abrir el camino a una división de un tipo diferente, a la división de clases»[2]. La lealtad a la clase tiene siempre precedencia, como insistía Lenin, sobre la lealtad a la nación[3]. En virtud de este principio proclamó Lenin, sin dejar lugar a dudas, en 1914, «la transformación de la actual guerra imperialista en guerra civil». Desde octubre de 1915 consideraba ya la posibilidad de que la revolución proletaria pudiera estallar primeramente en un país atrasado como Rusia, y en tal caso el gobierno proletario ruso tendría por misión completar la revolución democrático-burguesa en el interior, alzar la bandera de una paz democrática (que los gobiernos democrático-burgueses de Europa no podrían aceptar) y suscitar y extender las revoluciones nacionales en los países asiáticos en contra de las potencias imperialistas. De este modo se prepararía el camino para la revolución socialista, tanto en Europa como en Rusia[4].

Cuando Lenin llegó a Petrogrado el 3 de abril de 1917 era ya grave la cuestión de la guerra y la paz. Tanto el derrocamiento del zar como el establecimiento de un gobierno democrático eran considerados por el Gobierno Provisional y por los eseritas y mencheviques, que constituían mayoría en el Soviet de Petrogrado, como justificación para apoyar el esfuerzo de la guerra en nombre de la defensa de la Revolución. La mayoría del Soviet no difería del primer Gobierno Provisional, en el que Miliukov era ministro de Asuntos Exteriores, más que en su insistencia en una campaña activa para una paz «democrática sin anexiones ni indemnizaciones». La mayor parte de los bolcheviques de Petrogrado tomaron la misma postura; Kámenev se había declarado francamente en pro de la defensa nacional[5].

Lenin dedicó al tema la primera de sus diez Tesis de Abril. Empezaba insistiendo en que el Gobierno Provisional era un gobierno capitalista y que su advenimiento al poder no había cambiado el carácter de la guerra, en lo que a Rusia se refiere, como «guerra de latrocinio imperialista», y que por consiguiente no podía permitirse ninguna concesión ante el «defensismo revolucionario». Sin embargo,

[2] Stalin, *Sochineniya*, ii, 362.

[3] Para las afirmaciones específicas de este principio hechas por Lenin, véase vol. 1, p. 449.

[4] Las opiniones de Marx sobre la guerra y el posterior desarrollo que hizo Lenin de ellas antes de 1917 se examinan en la nota E: «La actitud marxista ante la guerra».

[5] Véase vol. 1, p. 92.

las recomendaciones positivas eran más prudentes y se limitaban a una campaña para convencer a unas masas, aún muy dispersas, «del indisoluble lazo existente entre el capital y la guerra imperialista», a la organización de la propaganda en el ejército y a la «fraternización» [6]. Diez días después, en la conferencia del partido celebrada en Petrogrado, presentó una resolución larga y detallada sobre la guerra, que reiteraba el ataque contra el «defensismo revolucionario», pero que contenía párrafos evidentemente destinados a aplacar las críticas y disipar vacilaciones. Admitía que «no tendría ningún sentido suponer que la guerra pueda terminar por una negativa unilateral de los soldados de *ningún* país a continuarla, por un cese unilateral de la acción militar, un simple 'hincar las bayonetas en tierra'». El proyecto de resolución incluía la invitación a la conferencia para que «proteste una y otra vez contra la infame calumnia extendida por los capitalistas contra nuestro partido de que estamos a favor de una paz separada con Alemania». El emperador germánico era un «ladrón coronado» como Nicolás II o cualquiera de los monarcas aliados. Se citaba una declaración, publicada en el periódico del partido, *Sotsial-Demokrat* de octubre de 1915, para demostrar que si éste obtenía el poder se proponía ofrecer inmediatamente una paz democrática «a Alemania y a *todas las naciones juntas*». Además de esta declaración, incluía el proyecto de resolución la afirmación de que «hasta que la mayoría del pueblo... entienda el indisoluble lazo existente entre la actual guerra y los intereses de los capitalistas no hay más que un medio para apresurar el final de esta matanza». Era éste la fraternización en el frente, cuyo propósito consistía en lograr, tanto en Alemania como en Rusia, el total traspaso del poder a las manos de los soviets de diputados de obreros y soldados [7]. Parece que este proyecto de resolución fue archivado por la conferencia, pero que después Lenin volvió a someterlo a la conferencia del partido de toda Rusia a finales del mismo mes (la llamada Conferencia de Abril).

Antes, sin embargo, de que se celebrase esta conferencia, la situación se había complicado aún más por la visita a Petrogrado, durante la segunda mitad de abril de 1917, de un socialista danés llamado Borgbjerg, que traía una invitación para que el comité ejecutivo del Soviet de Petrogrado enviase sus representantes a una conferencia socialista internacional que iba a celebrarse en Estocolmo para discutir las condiciones de paz. Antes de marchar Borgbjerg de Copenhague se había reunido con dos patrióticos socialdemócratas

[6] Lenin *Sochineniya,* xx, 87-8.

[7] *Ibid.,* xx, 186-90; para la declaración de octubre de 1915, véase más adelante p. 576.

alemanes, llamados Ebert y Scheidemann, previa aprobación del gobierno alemán, e informó de que las condiciones que estos representantantes se disponían a apoyar incluían la evacuación por parte de Alemania de los territorios que había ocupado, una rectificación de fronteras en Lorena y la concesión de autonomía cultural a la Polonia germánica. Tanto la mayoría eserita y menchevique del Soviet como algunos bolcheviques estaban dispuestos a acoger favorablemente estos avances. Pero Lenin, en la conferencia bolchevique de abril, consideró las proposiciones germánicas como muestra de que la situación en Alemania era desesperada, acusó a Borgbjerg de ser un agente de la burguesía germánica y tachó de comedia la propuesta de conferencia en Estocolmo [8]. Habiéndose desentendido así de la imputación de favorecer negociaciones separadas con Alemania, Lenin se volvió hacia la cuestión de la guerra y presentó una versión ligeramente corregida del proyecto de resolución anterior, versión que se había elaborado en una comisión de la conferencia. Esta resolución, aprobada por unanimidad, salvo siete abstenciones, comenzaba por hacer hincapié en el carácter capitalista de la guerra imperialista y pedía «la publicación y anulación de todos los tratados secretos de latrocinio». En su segunda parte condenaba «el defensismo revolucionario» y en la tercera proclamaba que «esta guerra no puede terminar en una paz democrática más que por medio de la entrega, al menos en varios de los países beligerantes, de todo el poder estatal a manos de los proletarios y semiproletarios». Repetía esta resolución el programa originalmente esbozado por Lenin en 1915, es decir, el ofrecimiento inmediato a todos los beligerantes de una «paz democrática», pero evitaba la proclamación a las claras de un derrotismo, dando por supuesto, con gran lujo de palabras, que «estas medidas y el ofrecimiento público de la paz traerán como consecuencia la absoluta confianza entre unos y otros obreros de los países beligerantes, y por tanto llevará inevitablemente a que se produzcan levantamientos proletarios contra los gobiernos imperialistas que se opongan a este ofrecimiento de paz». Así, pues, la propaganda revolucionaria y la fraternización en el frente no se consideraban necesarias más que hasta el momento en que «la clase revolucionaria de Rusia tome en sus manos totalmente el poder estatal»; porque este hecho sería automáticamente seguido por la transferencia del poder al proletariado de otros países [9]. La misma opinión,

[8] *Ibid.*, xx, 254-65; Lenin citaba las supuestas condiciones alemanas publicadas en el periódico menchevique *Rabochaya Gazeta*. La resolución de rechazar los avances de Borgbjerg se aprobó por 140 votos con 8 abstenciones (*VKP(B) v Rezolutsiyaj* [1941], i 230-32).

[9] *VKP(B) v Rezolutsiyaj* (1941), i, 227-28.

y en los mismos términos, se registra en una conferencia de organizaciones bolcheviques del ejército, celebrada en julio de 1917, en protesta contra la ofensiva de julio en el frente de Galitzia: el traspaso del poder a los soviets sería seguido de un ofrecimiento de paz a todos los beligerantes, que «llevaría inevitablemente a la sublevación del proletariado contra todos los gobiernos imperialistas que se opusiesen a ella» [10]. De este modo podemos ver que, durante el período que va de abril a octubre de 1917, en el campo bolchevique se consideraba tácita o abiertamente que la revolución en Rusia, la terminación de la guerra mediante una paz «democrática» y la revolución proletaria en Europa constituían parte de un proceso único y eran, en la práctica, cosas inseparables una de otra. Lenin, en un artículo publicado en el periódico del partido a finales de septiembre de 1917, se enfrentó, sin embargo, por un momento con una alternativa menos favorable:

> Si ocurre lo menos probable, es decir, que ningún Estado beligerante acepte siquiera el armisticio, entonces la guerra se convierte en nuestro caso en algo realmente necesario, en una guerra justa y de defensa. El mero hecho de que el proletariado y el campesinado pobre sean conscientes de ello, hará que Rusia sea mucho más fuerte en el aspecto militar, especialmente después de romper totalmente con los capitalistas que roban al pueblo, y no hay que decir que entonces la guerra será, por nuestra parte, y no de palabra, sino de hecho, una guerra en alianza con las clases oprimidas de todos los países, en unión con los pueblos oprimidos del mundo entero [11].

Pero incluso en este caso Lenin asumía, sin duda alguna, que la declaración de tal guerra llevaría por sí misma a que se produjese la revolución en los países capitalistas. Esta era la imagen que Lenin tenía en la mente cuando seguía acariciando la posibilidad de una «guerra revolucionaria». Su inherente optimismo y su fe en la Revolución le impedían considerar la contingencia de que las potencias capitalistas pudiesen rechazar una paz «democrática» y ser, sin embargo, capaces de dirigir toda su fuerza militar contra la Revolución.

Para el Gobierno Provisional, que desde mayo de 1917 en adelante incluía elementos eseritas y mencheviques, vino a resultar muy difícil la propaganda en pro de una paz democrática sin anexiones ni indemnizaciones, y comenzó a presionar a los aliados occidentales, cada vez con mayor insistencia, para que definiesen sus objetivos de guerra.

[10] *Ibid.*, i, 242; ya en agosto de 1917 habló Kámenev en el VTsIK a favor de la conferencia de Estocolmo, pero fue severamente censurado por Lenin (Lenin, *Sochineniya*, xxi, 78-9).

[11] *Ibid.*, xxi, 224.

El efecto inmediato que la Revolución de Febrero produjo en Gran Bretaña fue dar más fuerza a todos los elementos de izquierda que la guerra había contribuido temporalmente a eclipsar, y especialmente estimular las exigencias en pro de una definición de los objetivos de la guerra «democrática» [12]. El primer debate serio sobre los fines de la guerra tuvo lugar en la Cámara de los Comunes, el 16 de mayo de 1917, con motivo de una moción de Snowden, portavoz en aquel entonces del Partido Laborista Independiente, que pedía una declaración de objetivos en la línea de la fórmula rusa de la autodeterminación, es decir, sin anexiones ni indemnizaciones. La moción consiguió 32 votos a favor, lo cual suponía una demostración muy clara de que estaba en minoría. El impacto de la Revolución de Febrero sobre la opinión americana no fue menos acusado; aunque nada permite sugerir que ello apresurase la entrada de los Estados Unidos en la guerra, no cabe duda de que eliminó uno de los obstáculos serios con que tenían que enfrentarse los patrocinadores de esa resolución [13], y estimuló la exigencia de una declaración de los objetivos de la paz más precisa y mucho más «democrática» que aquella con la que los demás aliados se habían contentado hasta entonces. La reluctancia de los aliados a acceder a esta demanda y la negativa de los gobiernos británico y francés a permitir a los socialistas de sus respectivos países que asistieran a la proyectada conferencia de paz de Estocolmo (que fracasó como resultado de esta negativa) resultó perjudicial para el Gobierno Provisional, y quedó tras ello en una situación muy vulnerable ante los ataques bolcheviques. En el otoño de 1917 Lenin consideró que los presagios internacionales y los in-

[12] Un cuidadoso crítico americano describe las reacciones británicas en estos términos: «El fracaso en el occidente y la falta de éxito en otros frentes aplazó indefinidamente las esperanzas de victoria, aunque los recientes contactos entre los políticos crearon una atmósfera favorable a las discusiones de paz a pesar de la falta de resultados inmediatos.» En este trasfondo, la Revolución rusa, reconocida como un acontecimiento de importancia histórica primordial, estimuló todas las formas de actividad del ala izquierda y en último término llevó a los sindicalistas a compartir opiniones que hasta entonces habían monopolizado las sociedades socialistas. Y la causa más importante de esta reacción favorable ante la Revolución fue este lema de la paz inmediata sobre la base de no permitir ni anexiones ni indemnizaciones y de proclamar el derecho de todos los pueblos a controlar sus propios destinos» (Carl F. Brand, *British Labor's Rise to Power* [Stanford, 1941], p. 90).

[13] Lansing pensaba que esto «retiraba el último obstáculo para que se considerase la guerra como una guerra en pro de la democracia y contra el absolutismo» (S. F. Bemis, *American Secretaries of State*, x [N. Y., 1928], 97); y H. Notter, *The Origins of the Foreign Policy of Woodrow Wilson* (Baltimore, 1937), p. 639, cita referencias a numerosos testimonios de los congresistas en este sentido.

ternos eran francamente propicios. Y la decisión a que llegó el comité central del partido, el 10 de octubre de 1917, de hacerse con el poder —en contra de los votos disidentes de Zinóviev y Kámenev— se iniciaba con una referencia a «la situación internacional de la Revolución rusa» como uno de los factores que «hacía insertar en su programa la insurrección armada». La «situación internacional» incluía tanto «la insurrección de la escuadra alemana, como ejemplo extremo del crecimiento y expansión de la revolución socialista mundial por toda Europa», como «la amenaza de la paz entre los imperialistas con el objeto de sofocar la Revolución en Rusia» [14]. En el mitin posterior del 16 de octubre de 1917, Lenin se refirió una vez más al motín de la escuadra alemana y argumentó que «la situación internacional nos ofrece una serie de razones objetivas para creer que si nos lanzamos ahora tendremos a nuestro lado a todo el proletariado de Europa»; y en la misma reunión fue Stalin quien pidió «más fe» en la situación internacional y quien formuló con mayor claridad que nadie la cuestión entablada entre Lenin, de un lado, y Kámenev y Zinóviev, de otro:

> Hay dos direcciones: una marca el curso a seguir para la victoria de la Revolución y se apoya en Europa; la segunda no cree en la Revolución y no cuenta más que con constituir una oposición [15].

La premisa primordial de la victoria del socialismo en Rusia era su confianza en Europa. Lenin se mantuvo fiel a las dos condiciones, la doméstica y la internacional, que él mismo había establecido como indispensables para la transición hacia la revolución socialista, ya desde 1905: la alianza con el campesinado ruso y el apoyo de una revolución proletaria en Europa. Ni siquiera en octubre de 1917 llegó a creer seriamente que pudiese llegar a sobrevivir en Rusia la revolución victoriosa si no se cumplían inmediatamente ambas condiciones; y los dos primeros actos llevados a cabo por los bolcheviques al tomar el poder —el decreto de la tierra y el de la paz— no fueron sino intentos de dar lugar a que se cumpliesen.

El primer acto de política exterior del «gobierno provisional de obreros y campesinos», aprobado por el segundo Congreso de Soviets de toda Rusia del 26 de octubre —8 de noviembre de 1917—, al día

[14] *VKP(B) v Rezolusiyaj* (1941), i, 273; las actas de la reunión del 10 de octubre de 1917 están en *Protokoli Tsentralnogo Komiteta RSDRP* (1928), pp. 98-101.

[15] Lenin, *Sochineniya,* xxi, 331-32; Stalin, *Sochineniya,* iii, 381; toda la discusión está recogida en *Protokoli Tsentralnogo Komiteta RSDRP* (1929), pp. 111-24.

siguiente de la victoria de la Revolución, fue el famoso «decreto sobre la paz», que en realidad era una invocación a los gobiernos y pueblos de los países beligerantes en pro de una paz democrática. La fuerza motriz que actuaba tras esta actuación era en parte de orden interno, pues, en un sentido, el decreto de paz apelaba mucho más directamente al campesino —al campesino uniformado— que el propio decreto de la tierra. En su momento más crítico, el régimen dependía del apoyo de las masas campesinas, y especialmente de las masas campesinas movilizadas, cuya contextura seguía siendo, en términos marxistas, «pequeño-burguesa», y mientras así fuese, la Revolución no podía despojarse de sus ropajes democrático-burgueses. «Las masas —escribía Lenin más adelante—, deshechas y torturadas por una guerra que duró cuatro años, no querían más que paz y no estaban en condiciones de plantear la cuestión de '¿por qué la guerra?'» [16] Pero Lenin no pensaba únicamente en los campesinos. Antes de finalizar el siglo XIX, el pacifismo radical-burgués había comenzado a teñir en gran parte el pensamiento socialdemócrata con respecto a la guerra y la paz, especialmente en Alemania. Los socialdemócratas rusos no escaparon al contagio e incluso a muchos bolcheviques, como lo había demostrado la experiencia de abril de 1917, les era más fácil pensar en esos términos que considerar una paz traída por la derrota nacional y la revolución social. En el momento crítico de apoderarse del mando, y cuando la supervivencia del régimen estaba aún pendiente de un hilo, Lenin se veía obligado a hablar de modo que pudiese reunir a su alrededor el mayor número posible de sus partidarios potenciales, y de la manera menos chocante para los demás. El decreto de paz fue, sin embargo, primordialmente un acto de política exterior y, ciertamente, contenía un elemento calculado de captación de la opinión americana y de aquellos sectores radicales de otros países que pudieran simpatizar con él. Lenin había predicho dos años antes que «ni Alemania, ni Inglaterra ni Francia» podrían aceptar la paz en los términos que los bolcheviques ofreciesen, pero, en buena política, las condiciones ofrecidas habían de ser suficientemente razonables como para que el rechazarlas resultase difícil y comprometido. Era muy fuerte la tentación que llevaba a redactarlas en un lenguaje lo más parecido posible al que se oía en el otro lado del Atlántico. El gobierno soviético había heredado del Gobierno Provisional la tradición de un interés común existente entre los Estados Unidos y la Rusia revolucionaria en pro de una campaña por la paz democrática.

De este modo vino a resultar que el decreto de paz, aprobado

[16] *Ibid.*, xxiii, 237.

por el segundo Congreso de Soviets de toda Rusia al día siguiente de la Revolución, era mucho más wilsoniano que marxista en lenguaje e inspiración, y con más razón hay que considerarlo como el inmediato precursor de los catorce puntos publicados precisamente dos meses después que como remoto descendiente del *Manifiesto comunista.* En cuanto al papel que indirectamente representó esta declaración soviética en inspirar los catorce puntos del discurso de Wilson, hay en verdad suficiente evidencia documental [17]. Fue una proposición de inmediata conclusión de paz, dirigida «a todos los pueblos beligerantes y sus gobiernos», y radiada a través de todo el mundo; no pedía una paz socialista, pero sí «justa, democrática», sin anexiones ni indemnizaciones, basada en el derecho de autodeterminación para todas las naciones por medio de libre votación. Declaraba abolido el secreto diplomático y anunciaba la intención del gobierno de publicar los tratados secretos del tiempo pasado y llevar todas las negociaciones futuras de un modo «totalmente público y a los ojos de todo el pueblo». No se decía nada de capitalismo como causa de la guerra ni de socialismo como su posible curación, y la única alusión a la palabra revolución aparecía en la frase final, en la que se invitaba a los obreros de Inglaterra, Francia y Alemania a ayudar a sus camaradas rusos «a llevar a feliz término la conclusión de la obra de la paz, y también de la liberación de las masas trabajadoras y explotadas de la población de toda clase de esclavitud y explotación». Una resolución aprobada por el segundo Congreso de Diputados Campesinos de toda Rusia, el 3-16 de diciembre de 1917, con ocasión de las negociaciones sostenidas con las potencias centrales para el armisticio, no llegaba siquiera tan lejos; apelaba a los «campesinos, obreros y soldados de Alemania y de Austria» para que simplemente «presenten inquebrantable resistencia ante las exigencias imperialistas de sus

[17] Según House, fue porque «la misión americana no logró conseguir que la conferencia interaliada publicase el manifiesto sobre los objetivos de la guerra que hubiera servido para mantener a Rusia en la lucha» por lo que Wilson empezó a pensar, en fecha 18 de diciembre de 1917, en lanzar «él mismo un mensaje completo» (C. Seymour, *The Intimate Papers of Col. House,* iii [1928], 324-25). El 3 de enero de 1918, Wilson recibió un telegrama del embajador americano en Petrogrado apremiándole a que hiciese una nueva declaración de los objetivos de guerra como medio posible de que Rusia continuase en ella. La forma de los catorce puntos le fue sugerida por un telegrama de Sisson, representante del Comité de Relaciones Públicas americano en Petrogrado, de fecha 3 de enero de 1918, que aconsejó a Wilson «reafirmar los objetivos de guerra antiimperialistas y las exigencias de América; unas mil palabras o menos, en párrafos cortos a modo de carteles» (E. Sisson, *One Hundred Red Days* [Yale, 1931], p. 205; G. Creel, *Rebel at Large* [N. Y., 1947], p. 168).

gobiernos y garanticen de este modo la conclusión más rápida de una paz popular» [18]. Un testigo de vista de estas primeras semanas de la Revolución nos ha dejado una descripción vivaz del espíritu que dominaba:

> En el balcón del Departamento de Asuntos Exteriores ondeaba al viento invernal una gran bandera roja en la que se habían inscrito las palabras, «¡Viva por siempre la paz!» Toda la atmósfera de la plaza daba la impresión de que los revolucionarios rusos se habían embarcado muy seriamente en la lucha por la paz. La fraseología de la guerra de clases había desaparecido del vocabulario de Trotski, al menos temporalmente, y había sido remplazada por las palabras: «¡Paz internacional a los pueblos!» [19]

Radek pudo así describir —en un artículo conmemorativo oficial, publicado cinco años después— el objetivo de la política soviética en estos primeros momentos, en términos que no hacían mención en absoluto de clases o de revolución: «levantar a las masas populares de los países aliados para que los gobiernos puedan, bajo la presión de esas masas, sentarse con nosotros en torno a una mesa para entablar negociaciones de paz e ir así a la consecución de una paz general, que sería lo más favorable para nosotros» [20].

Además de este ofrecimiento de una paz democrática a todas las naciones beligerantes, el único punto de política exterior que anunciaron los bolcheviques, con antelación a su toma del poder, fue la anulación y publicación de los tratados secretos, promesa que se repitió en el decreto de paz. La publicación de los tratados mediante los cuales los aliados beligerantes habían acordado repartirse sus futuras expoliaciones después de la victoria, se consideró como la misión y el logro más importantes de la diplomacia soviética. El secreto diplomático era, desde hacía mucho, blanco favorito de los ataques, tanto de los socialdemócratas como de los radicales burgueses, y había sido condenado por el Congreso de Copenhague de la Segunda

[18] Trotski, *Sochineniya,* iii, ii, 204; la resolución fue probablemente redactada por Trotski, puesto que está incluida en sus obras completas. Pocos días después el VTsIK publicó otra invocación «a las masas trabajadoras de todos los países» en pro de «una paz de los pueblos, una paz de la democracia, una paz justa»; pero la apelación añadía que «No conseguiremos tal paz más que si los pueblos de todos los países imponen sus condiciones por medio de una lucha revolucionaria» *(Protokoli Zasedani VTsIK 2 Soziva* [1918], p. 133).

[19] M. Philips Price, *My Reminiscences of the Russian Revolution* (1921), p. 183.

[20] *Za Piat Let* (1922), p. 60; esta era una colección de artículos publicados por el comité central del partido para celebrar el quinto aniversario de la Revolución.

Internacional, celebrado en 1910. En Gran Bretaña, un grupo radical influyente, de tendencias pacifistas, había creado durante la guerra una Unión de Control Democrático, el eje de cuyo programa era la supresión del secreto diplomático y el control popular de la política exterior. En los Estados Unidos, la constitución estaba forjada de modo a impedir la aceptación de todo compromiso internacional que no fuese públicamente ratificado por el Senado. Por tanto, la publicación de los tratados, a la par que el decreto de paz, eran en un aspecto una apelación a la opinión americana y a la opinión radical de los países aliados, por encima de sus gobiernos, cuyos siniestros tratos recíprocos y los habidos con el destronado régimen zarista fueron así revelados al mundo.

La publicación de los tratados firmados entre 1914 y 1917 [21] comenzó en *Izvestiya* el 10-23 de noviembre de 1917, y los documentos se reimprimieron en forma de folletos, siete de los cuales se publicaron en rápida sucesión desde diciembre de 1917 a febrero de 1918; después se publicaron también muchos documentos secretos del período prerrevolucionario de la diplomacia rusa. La primera vez que se publicaron en inglés, en el *Manchester Guardian* del 12 de diciembre de 1917, estimularon en los círculos radicales británicos el deseo de una definición de los objetivos de la paz. En Estados Unidos produjeron sensación, y no hay duda de que influyeron en Wilson a la hora de componer sus catorce puntos, que comenzó a elaborar pocos días después. No fue accidental que el primero de los puntos consignase las exigencias de la joven democracia americana y de la rusa, aún más joven, rebeladas contra las prácticas tradicionales de las antiguas potencias:

> Tratados de paz públicos, a los que se llegue abiertamente y tras los cuales no existan entendimientos internacionales privados de ninguna clase, sino que la diplomacia haya de proceder siempre francamente y ante los ojos del público.

Sin embargo, esta invocación a la opinión radical esclarecida de los Estados Unidos y de otros países no era todo el significado que

[21] Como explicó Trotski en el VTsIK no eran realmente «tratados escritos en pergamino», sino «correspondencia diplomática y telegramas cifrados intercambiados entre gobiernos» (*Protokoli Zasedani VTsIK 2 Soziva* [1918], p. 42). El primero y más sensacional de los acuerdos publicados fue el intercambio anglo-franco-ruso de telegramas de marzo de 1915, por el cual Rusia recibió la promesa de contar con Constantinopla, Gran Bretaña con la antigua zona neutral de Persia, y a Francia se le prometió el apoyo ruso en sus demandas territoriales en Europa occidental.

la publicación de los tratados secretos encerraba. La campaña democrática en contra del secreto diplomático se apoyaba en esa fe de los radicales en la eficacia y rectitud de la opinión pública, sentimiento profundamente arraigado en la doctrina diplomática del siglo XIX; el apelar ante los pueblos, dotados de clara visión, frente a los malos gobiernos, era lugar común de las expresiones políticas de Wilson y de la propaganda de organizaciones radicales burguesas como la Unión de Control Democrático, y había hallado siempre un clima muy extenso de aceptación sin disputa [22]. Era esto un arma especialmente preparada para que la utilizasen los bolcheviques, quienes no tuvieron que hacer más que la transición, apenas perceptible, de la idealización democrático-burguesa del pueblo, a la que el marxismo hacía del proletariado, y dirigir sus tiros contra el capitalismo burgués en conjunto y no específicamente contra los gobiernos capitalistas. La transición estaba ya casi hecha cuando Lenin, en abril de 1917, declaró que los tratados secretos «revelaban las contradicciones existentes entre los intereses de los capitalistas y la voluntad del pueblo, de la forma más patente» [23]. La publicación de los primeros tratados salió en *Izvestiya* precedida de una breve nota firmada por Trotski. En los párrafos iniciales de esta introducción, Trotski se contentó con dar la nota «democrática»:

> La lucha contra el imperialismo, que ha desangrado y destruido a los pueblos de Europa, es también una lucha contra la diplomacia capitalista que tiene buenas razones para temer la luz del día. El pueblo ruso, y con él los de Europa y los de todo el mundo, deben saber la verdad segura y probada con respecto a los planes forjados en secreto por los financieros e industriales, juntamente con sus agentes parlamentarios y diplomáticos... La supresión del secreto diplomático es la condición primaria de una política exterior honorable, popular y verdaderamente democrática.

Pero el párrafo final se desviaba cautelosamente hacia un campo diferente:

> Nuestro programa formula las ardientes aspiraciones de millones de obreros, soldados y campesinos. Deseamos una paz lo más rápida posible y basada en los principios de coexistencia honorable y cooperación de los pueblos. Deseamos derrocar el dominio del capital lo antes posible. Puesta al descu-

[22] «Si los patronos se echan para atrás, no tiene más que apelar al pueblo... El pueblo quiere lo grande, lo recto, lo verdadero» (R. S. Baker, *Woodrow Wilson: Life and Letters,* iii [1932], p. 173); la cuestión se examina largamente en E. H. Carr, *The Twenty Years' Crisis* (segunda ed., 1946, pp. 31-36).

[23] Lenin, *Sochineniya,* xx, 259.

bierto ante el mundo entero la actuación de las clases dirigentes, tal como la expresan los documentos secretos de la diplomacia, nos volvemos a los trabajadores con la demanda que constituye la base inmutable de nuestra política exterior: ¡Obreros de todos los países, uníos! [24]

Un mes más tarde, en una sesión del VTsIK, hizo una declaración de principio más inflexible:

Para nosotros no hay más que un tratado que no está escrito, pero que es sagrado: el tratado de la solidaridad internacional del proletariado [25].

Sería, en verdad, un error considerar el decreto sobre la paz y la publicación de los tratados secretos como mera idiosincrasia del momento o como un expediente útil. Para entender el espíritu que dominaba en los primeros meses de la Revolución es necesario apreciar el aspecto esencialmente internacional que la ideología bolchevique había inculcado en las mentes. La víspera de la Revolución de Octubre, Miliukov, en el llamado pre-parlamento, había caricaturizado burlonamente la «fórmula» de la «democracia revolucionaria»:

Nada de política exterior, nada de secretos diplomáticos, sino una paz inmediata, la llamada paz democrática. Y para lograrla no necesitamos más que obligar a nuestros aliados a adoptar los puntos de vista de Lenin y de Trotski y a que digan con ellos: «No queremos nada; luego no tenemos nada por lo cual luchar.» Nuestros enemigos repetirán entonces lo mismo, y la hermandad de las naciones será un hecho efectivo [26].

Imbuido, pues, de este espíritu, el gobierno revolucionario se contentó con llamarse a sí mismo «gobierno provisional de obreros y campesinos». Hubiera sido difícil darle una designación geográfica o asignar límites territoriales a su soberanía, puesto que nadie podía decir en aquel momento cuáles de los pueblos que constituían el antiguo imperio zarista habrían de adherirse a él; y en cualquier caso la unidad que se formase estaba destinada a fundirse casi en seguida en alguna república o federación de repúblicas europea o mundial, si es que el régimen había de sobrevivir. Pues había algo más que una cuestión de necesidad o de conveniencia; la Revolución había descartado como caducas las viejas divisiones de nacionalidad y las había sustituido por las de clase: el nuevo distintivo de lealtad no era el ser ruso, sino el ser obrero o campesino.

[24] Trotski, *Sochineniya,* iii, ii, 164-65.
[25] *Protokoli Zasedani VTsIK 2 Soziva* (1918), p. 154.
[26] Citado en Bunyan y Fisher, *The Bolshevik Revolution,* 1917-18 (Stanford, 1934), p. 43.

Este concepto tuvo sus consecuencias prácticas. Por un decreto de la Asamblea Nacional francesa del 20 de abril de 1792, se había conminado a la nación francesa para que «adopte de antemano a todos los extranjeros que, por abjurar de la causa de sus enemigos, se enrolen bajo sus banderas y consagren sus esfuerzos a la defensa de la libertad». La Comuna de París hacía referencia a sí misma en sus proclamas como «república universal», y después de las elecciones comunales se legisló que, «considerando que la bandera de la Comuna es la de la república universal», era válida la elección de extranjeros [27]. En consecuencia con estos precedentes, se ofreció la ciudadanía de la República soviética a todos los prisioneros de guerra que se dispusiesen a prestar lealtad ideológica al régimen, y la constitución de la RSFSR confirió derechos de ciudadanía «sin ninguna formalidad complicada» a los «extranjeros que trabajan dentro del territorio de la República rusa con tal de que pertenezcan a la clase obrera o al campesinado que trabaja sin empleo de mano de obra asalariada» [28]. El Ejército Rojo no fue concebido originalmente como un ejército exclusivamente nacional; en *Pravda* del 24 de febrero de 1918 apareció, simultáneamente a la creación de dicho ejército, una convocatoria firmada por tres americanos para reclutar un «destacamento internacional del Ejército Rojo», compuesto de personas de lengua inglesa; y se dice que se distribuyó una apelación semejante en cinco lenguas [29]. En reciprocidad, esta fácil admisión de extranjeros para formar parte del rebaño revolucionario, significaba que el bolchevique podía sentirse ciudadano del mundo. Como escribió Radek por aquel tiempo en una publicación alemana clandestina, «Ya no somos moscovitas o ciudadanos de Sovdepia, sino la avanzada de la revolución mundial»; hay que tener en cuenta que el mismo Radek constituía el tipo de revolucionario internacional sin *status* nacional definido [30]. Petrogrado no era tanto la capital de un Estado nacional como la sede del estado mayor del proletariado revolucionario.

Este mismo talante daba lugar a un sentimiento de altanero desprecio por los conceptos y procedimientos ordinarios de política exterior. Trotski, recién nombrado Comisario del Pueblo para Asun-

[27] P. Vesinier, *History of the Commune of Paris* (Trad. inglesa, 1872), p. 178.

[28] Según G. S. Gurvich, *Istoriya Sovetskoi Konstitutsi* (1923), p. 91, este artículo fue incluido en el último momento por indicación del comité central del partido.

[29] A. Rhys Williams, *Through the Russian Revolution* (1923), pp. 185-87.

[30] Citado en E. Drahn y S. Leonhard, *Unterirdische Literatur in Revolutionären Deutschland* (1919, p. 150.

tos Exteriores, al definir su actitud como la de un «internacionalista activo», anunció las funciones que iba a realizar en su nuevo puesto con un epigrama que recoge en su autobiografía:

Publicaré unas cuantas proclamas revolucionarias dirigidas a los pueblos del mundo, y después cerraré la oficina[31].

Y no fue una simple broma, porque durante su ejercicio del cargo de Comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores, parece que no visitó más que una vez el antiguo Ministerio de Asuntos Exteriores, en cuya ocasión reunió a los miembros del personal, que se eligieron para asistir a tal reunión, y les dijo «en dos o tres palabras» que podían seguir quedándose allí todos los que estuviesen dispuestos a servir lealmente al nuevo régimen, pero que realmente no había nada que hacer, excepto publicar los tratados secretos y vender el contenido de las valijas diplomáticas que llegaban de fuera repletas de regalos para los miembros del departamento. Y estas funciones se confiaron a un marinero que casi no sabía leer, llamado Markin, y a un estudiante medio borracho, de dudosa afiliación política, llamado Polivanov, y como factótum general a un miembro de confianza del partido cuyo nombre era Zalkind[32]. La correspondencia diplomática que hubiese, que consistía en notas para arreglar el paso de los correos o para intercambiar bolcheviques que estaban retenidos en el extranjero (el más sobresaliente de los cuales fue Chicherin, retenido en Londres), por extranjeros que se encontraban en territorio ruso, era despachada por Trotski mismo desde Smolni, en los intervalos de otros asuntos más graves. «La revolución victoriosa —declaró el Sovnarkom en una de sus alocuciones radiadas de aquel tiempo— no precisa del reconocimiento de los representantes profesionales de la diplomacia capitalista»[33]. Y Trotski añadió poco después, en una entrevista, que las autoridades soviéticas eran «total-

[31] L. D. Trotski, *Moya Zhizn* (Berlín, 1930), ii, 64; esto lo confirma Pestkovski, el cual cita que Trotski dijo: «he aceptado el puesto de Comisario de Asuntos Exteriores justamente porque quiero tener más tiempo libre para dedicarme a los asuntos del partido. Mi cargo es pequeñísimo: publicar los documentos secretos y cerrar la oficina» (*Proletarskaya Revolutsiya*, núm. 10, 1922, p. 99). En Max Eastman, *Since Lenin Died* (1925), p. 16, se declara que Trotski «fue nombrado para el Comisariado de Asuntos Exteriores porque es cosa aceptada que supone el segundo puesto de cualquier gobierno, y porque en ese concreto momento de la revolución internacional era el puesto que requería una audacia en la que fuese posible confiar y una planificación completa», pero esta afirmación no tiene fundamento.

[32] Trotski, *Sochineniya*, iii, ii, 97-99.

[33] Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika*, ii (1926), 92.

mente indiferentes a ese detalle del ritual diplomático», y que consideraban «necesarias las relaciones diplomáticas, no solamente con los gobiernos, sino también con los partidos socialistas revolucionarios empeñados en derribar los gobiernos existentes» [34]. Entre los pocos documentos que se conservan del ejercicio de Trotski de su cargo de Comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores, hay un decreto publicado en *Pravda* del 27 de noviembre-10 de diciembre de 1917, destituyendo a la mayor parte de los principales diplomáticos rusos en el extranjero, entre los cuales se incluían los embajadores en Londres, Washington y Roma, «en vista de que no recibía respuesta a los telegramas y radiotelegramas» que les enviaba [35].

Por tanto, el desprecio hacia las formas tradicionales de la política exterior y un internacionalismo muy arraigado, eran la consecuencia lógica de la idea que se tenía ordinariamente en aquel tiempo de las perspectivas del régimen, idea que Trotski había expresado con gran énfasis al día siguiente de estallar la Revolución:

> Si los pueblos de Europa no se levantan y aplastan el imperialismo, seremos destruidos nosotros, no hay duda alguna. O bien la Revolución rusa suscita el torbellino de la lucha en occidente, o los capitalistas de todos los países ahogarán nuestros esfuerzos [36].

Desde el momento en que la revolución europea o mundial se consideraba condición reconocida de la construcción del socialismo en Rusia, y de la misma supervivencia del régimen, era lógico que el objetivo fundamental de la política exterior fuese provocarla y ayudarla. Los métodos para conseguir este fin eran directos y simples; entre los primeros decretos del Sovnarkom hay uno que apareció en *Pravda* de 13-26 de diciembre de 1917, firmado por Lenin como presidente y Trotski como Comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores, que decidía «colocar dos millones de rublos a disposición de los representantes del Comisariado de Asuntos Exteriores en el extranjero para las necesidades del movimiento revolucionario» [37]. A las pocas semanas de la revolución, el Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores (Narkomindel) había establecido ya una «sección de propaganda internacional» presidida por Radek y cuya función principal consistía en publicar un diario en lengua alemana, *Die Fac-*

[34] *Izvestiya,* 16 de diciembre de 1917.
[35] Trotski, *Sochineniya,* iii, ii, 123.
[36] *Vtoroi Vserossiiski Syezd Sovetov* (1928), pp. 86-87.
[37] *Sobranie Uzakoneni, 1917-1918,* núm. 8, art. 112; su aparición en Trotski, *Sochineniya,* iii, ii, 151 indica que Trotski era el autor de la disposición.

kel, con el objeto de que circulase entre los prisioneros de guerra alemanes y austriacos y las tropas germánicas del frente oriental [38]. El 19 de diciembre de 1917-1 de enero de 1918, la oficina del periódico se trasladó del Narkomindel al VTsIK, y *Die Fackel* se convirtió en *Der Völkerfriede*, el cual declaraba en la primera página que «aparecería diariamente bajo la dirección de Karl Radek para ser distribuido gratuitamente entre nuestros hermanos alemanes». Lo más sorprendente con respecto a estos periódicos, es el carácter intelectual de sus apelaciones, que suponían en el lector un conocimiento de los dogmas básicos del marxismo. Publicaciones similares aparecieron en lengua magiar, rumana, servia, checa y turca [39]. Se enviaron emisarios, por toda Rusia, a los campamentos de prisioneros de guerra, y se organizó y entrenó para la actuación revolucionaria entre sus compatriotas a 10.000 prisioneros alemanes y austriacos. Del rápido éxito de esta labor da testimonio el anuncio de Trotski del 9-22 de diciembre de 1917 de que los prisioneros de guerra revolucionarios austro-húngaros habían ofrecido sus servicios en contra del imperialismo alemán, en el supuesto de que se reanudasen las hostilidades [40]. Quince días después, *Pravda* publicó una «llamada al proletariado de la monarquía austro-húngara y del imperio germánico» firmada por la «Organización socialdemócrata de prisioneros de guerra en Rusia» [41].

Aunque inicialmente la presión más fuerte de la propaganda revolucionaria iba dirigida contra las potencias enemigas, también comenzaron a ocuparse de los países occidentales. Chicherin, que acababa de ser liberado de la cárcel en Inglaterra, comunicó al tercer Congreso de Soviets de enero de 1918 que «la causa del imperialismo inglés se halla muy próxima al desastre», que «en un futuro muy próximo el ardor revolucionario arrebatará también al pueblo inglés» y que «esta revolución será la revolución socialista» [42].

[38] Según una información de *Vosmoi Syezd RKP(B)* (1933), pp. 434-35, la sección estaba constituida por personal de prisioneros de guerra alemanes y austro-húngaros.

[39] John Reed en *The Liberator* (N. Y.), enero de 1919, pp. 17-23, que reproduce facsímiles de las primeras páginas de *Die Fackel* y de *Der Völkerfriede; Revolutsiya 1917 goda*, vi (ed. I. N. Liubimov, 1930), 256. Aparecieron trece números de *Der Völkerfriede* hasta el 10-23 de enero de 1918 (el último está en el archivo del Museo Británico); su carrera terminó con el Tratado de Brest-Litovsk.

[40] Trotski, *Sochineniya*, iii, ii, 150-51.

[41] *Pravda*, 22 de diciembre de 1917-4 de enero de 1918.

[42] *Treti Vserossiiski Syezd Sovetov* (1918), p. 9; Petrov, perteneciente al partido socialista británico y que había sido libertado con Chicherin, habló después de él en términos más precavidos y generales.

Los tres primeros nombramientos diplomáticos del régimen fueron los de Vorovski en Estocolmo, Karpinski en Ginebra y Litvínov en Londres [43]. La actividad pública de Litvínov seguía preferentemente las líneas «democráticas» de la declaración de paz; en enero de 1918 publicó una llamada «a los obreros de Gran Bretaña» para que apoyasen la demanda de «una paz democrática, justa e inmediata de acuerdo con el principio de ni anexiones ni indemnizaciones», que «precipite la caída del militarismo en todos los países» [44]. Esto hizo favorable impresión en los círculos izquierdistas, y cuando Litvínov habló en la conferencia del Partido Laborista celebrada en Nottingham el 22 de enero de 1918 y explicó que los obreros rusos estaban «librando una lucha desigual contra los imperialistas del mundo para que se aplicasen honradamente los principios democráticos», recibió una gran ovación [45]. Sus funciones no excluían, sin embargo, la incitación más directa en pro de la Revolución. Al tiempo en que Radek fue puesto a la cabeza de la sección germánica, el Narkomindel estableció otra sección de propaganda revolucionaria internacional dirigida por un ciudadano americano de origen ruso, Boris Reinstein, quien se ocupó rápidamente de producir copiosamente literatura revolucionaria en lengua inglesa; y puesto que el gobierno británico, para conseguir la inmunidad de su correspondencia diplomática con Petrogrado, tenía que conceder a Litvínov facilidades recíprocas en Londres, toda esta literatura llegaba rápidamente a las costas británicas dentro de la valija diplomática [46]. El gobierno inglés se enfureció contra Litvínov y los bolcheviques, pero sin ningún resultado visible.

El hecho de que el decreto de paz no lograse provocar respuesta alguna de los aliados occidentales, y la necesidad urgente de termi-

[43] Trotski, *Sochineniya,* iii, ii, 133, 152-53.

[44] *The Call,* 10 de enero de 1918.

[45] El discurso no se incluyó en las actas de la conferencia pero hay un breve informe de él en el *Labour Leader* de 24 de enero de 1918; sus palabras finales fueron: «acelerad y reforzad vuestra paz».

[46] *Kommunisticheski Internatsional,* núm. 9-10 (187-88), 1929, p. 189. El gobierno británico informó de este tráfico al gobierno americano en enero de 1918 *(Foreign Relations of the United States, 1918: Russia,* i [1931], 723); por otra parte, Litvínov pretendió siempre que «todo lo que publicó (en Inglaterra) fue impreso en Inglaterra», y añadía que «esto lo confirma el Departamento de Asuntos Exteriores inglés que se incautó de todos sus papeles» *(Foreign Relations of the United States, 1919: Russia* [1937], p. 16). Un periodista inglés calificó a Reinstein en 1919 como «cabeza de un departamento insignificante que imprime quintal tras quintal de propaganda en lengua inglesa, que ni por casualidad llega a estas cosas» (A. Ransome, *Six Weeks in Russia in 1919* [1919], p. 24).

nar la guerra con Alemania a pesar de este fracaso, obligó primeramente a los dirigentes soviéticos a concebir una política encaminada a hacer frente a los intereses y requerimientos nacionales. Desde este momento la política exterior soviética muestra una cierta dualidad. Siempre es posible teóricamente preguntarse si, en cualquier cuestión determinada de política, se daría prioridad al interés soviético nacional o al internacional de la revolución mundial, o preguntarse en retrospectiva si en efecto se le concedió. Y también puede describirse todo ello como una elección entre principios y expedientes, teniendo en cuenta el ardor de la controversia política; pero, puesto que es difícil diagnosticar, en ningún período de los que ahora consideramos, una incompatibilidad fundamental entre ambos intereses, la cuestión carece de realidad o se reduce a una cuestión de táctica. Lenin había considerado desde hacía mucho la posibilidad de que una revolución proletaria en un solo país —incluso quizá en la atrasada Rusia— se encontrase temporalmente aislada en un mundo capitalista [47], y estaba quizá mejor preparado que la mayoría de sus partidarios para tener un punto de vista realista de la situación que de ello resultase. Después del triunfo de la Revolución se disipó automáticamente, y casi de forma inconsciente, la ilusión de que la política extranjera y la diplomacia no eran más que un legado nocivo del capitalismo y que el cuartel general de la dictadura proletaria sería el estado mayor de un movimiento militante más que la capital de un Estado establecido. Al día siguiente de triunfar la Revolución, el Sovnarkom asumió la responsabilidad de los asuntos públicos de un territorio que, aunque carecía de fronteras precisas e incluso de nombre oficial, no por ello dejaba de formar una unidad dentro de un mundo dividido en Estados. Desde el punto de vista internacional, la República soviética se convirtió en Estado, en virtud de este hecho e independientemente de cualquier acto deliberado por parte de sus nuevos dirigentes, y el instinto de autoconservación hizo el resto. Los bolcheviques tenían un motivo justificado para defender y mantener la autoridad del Estado contra las ingerencias de los demás hasta el momento en que se hiciese realidad su sueño de revolución europea; y esto significaba, en las revueltas condiciones del otoño de 1917, que, incluso a pesar suyo, tenían que contar con una política exterior para salvar el intervalo. Más específicamente, tenían que sacar a Rusia de la guerra a toda costa, porque los campesinos que formaban la masa del ejército no apoyarían al régimen si no les traía la paz. Lo cual fue más largo de conseguir que lo que Trotski creía, a diferencia

[47] Véase p. 576.

de Lenin, quien lo vio claramente desde el primer momento. Por lo tanto, en espera de la revolución mundial, era necesario ganar un respiro en relación con los países capitalistas beligerantes. Y así, la situación en que se hallaron impuso a los bolcheviques una política exterior de doble faz y que en algunos aspectos se contradecía a sí misma: intentar presionar la caída de los gobiernos capitalistas, y al mismo tiempo negociar con ellos.

La doctrina revolucionaria presuponía una hostilidad básica a todos los gobiernos capitalistas por parte del poder soviético, y al principio se pensó que esta desaprobación uniforme regiría las relaciones diarias con el resto del mundo. La experiencia de las primeras semanas de la Revolución pareció justificar esta imparcialidad. El boicot establecido contra el nuevo régimen por las embajadas de las potencias aliadas en Petrogrado fue absoluto. El primer funcionario aliado que intentó en aquel tiempo establecer relaciones amistosas con el nuevo gobierno, y expresó su fe en la sinceridad de los dirigentes bolcheviques y en la perdurabilidad del régimen, fue un excéntrico capitán radical de la misión militar francesa llamado Sadoul. Sus jefes toleraron sus visitas a Lenin y a Trotski, sin duda por el interés de la información que pudiese obtener, pero cuando pidió permiso, el 17-30 de noviembre de 1917, para enviar un telegrama en su nombre a sus amigos socialistas del ministerio francés, Albert Thomas y Loucheur, argumentando en contra de este continuado boicot, la autorización le fue denegada [48]. Mayores fueron las esperanzas que se alimentaron al principio con respecto a la simpatía de los americanos. Raymond Robins, miembro de la Comisión de la Cruz Roja americana en Petrogrado, se dedicó al principio exclusivamente a salvar los almacenes de la Cruz Roja, pero se sintió pronto impresionado por la fuerza y la resistencia del nuevo régimen y logró una entrevista con Trotski, tres o cuatro días después de que los bolcheviques se apoderasen del poder [49]; después no solamente mantuvo contacto con Trotski, sino que se convirtió en un enérgico defensor de una actitud favorable hacia el gobierno soviético en los círculos oficiales americanos. El primero a quien convirtió fue al agregado militar Judson, el cual visitó a Trotski y mantuvo con él una entrevista amistosa el 18

[48] J. Sadoul, *Notes sur la Révolution Bolchevique* (1919), pp. 125-26.

[49] La entrevista se arregló a través de Alex Gumberg, un americano de origen ruso que había conocido a Trotski en Nueva York y que en esa época se había convertido en secretario e intérprete de Robins; el señor W. A. Williams, me ha comunicado información procedente de los papeles inéditos de Robins y Gumberg, que aparecerán en su próximo libro sobre las relaciones ruso-americanas.

de noviembre-1 de diciembre de 1917, después de tratar vanamente de conseguir la cooperación de sus colegas francés y británico, pero con el consentimiento del embajador americano[50]. Trotski estaba dispuesto a admitir que Rusia tenía «ciertas obligaciones con sus aliados», y Judson le presionó para que, en caso de armisticio, «protegiese otros frentes e impidiese además el traslado de las tropas alemanas que ahora se enfrentaban con el ejército ruso», así como que se opusiese a la liberación de los prisioneros de guerra austriacos y alemanes. Trotski replicó que ya «había pensado en estos requisitos» y que «la comisión de armisticio recibiría instrucciones en consecuencia»[51]. Aseguró también a Judson que se daría oportunidad a los aliados para que «examinen» las condiciones propuestas y «hagan sugerencias» sobre ellas. Sin embargo, por este tiempo, la opinión en Washington se iba cristalizando a pasos agigantados en contra de los bolcheviques[52]. Judson fue desautorizado rápidamente por su embajador y cayó en desgracia, siendo llamado de vuelta a Washington. Al mismo tiempo el Departamento de Estado americano envió una nota de intimación en el sentido de que «el Presidente desea que los representantes americanos suspendan toda comunicación directa con el gobierno bolchevique»[53].

Del campo de las potencias centrales recibieron los bolcheviques avances igualmente indirectos e insatisfactorios. El ubicuo Parvus, que había sido partidario de Trotski[54] y que ahora era un socialdemócrata alemán patriótico, defensor de la causa alemana, presentó a Vorovski, emisario soviético en Estocolmo durante los meses de no-

[50] Información comunicada por el señor W. A. Williams procedente de los papeles inéditos de William Voorhees Judson que se conservan en la biblioteca Newberry de Chicago; la entrevista se recoge sucintamente en *Foreign Relations of the United States, 1918: Russia,* i (1931), 279 y en Trotski, *Sochineniya,* iii, ii, 185.

[51] Las instrucciones se cumplieron. Kámenev explicó después que los delegados soviéticos no habían pedido intercambio de prisioneros porque «nos arriesgamos a proveer al imperialismo germánico de millones de soldados», y añadió: «Si Liebknecht estuviese gobernando en Alemania, hubiéramos soltado a los prisioneros» *(Protokoli Zasedani VTsIK 2 Soziva* [1918], p. 91); Sadoul pretende que fue el primero en sugerir la cláusula respecto al traslado de las tropas alemanas *(Notes sur la Révolution Bolchevique* [1919], p. 120).

[52] Parece que Lansing, impulsado por funcionarios del Departamento de Estado, fue el primer responsable de este desarrollo; véase su memorándum de 4 de diciembre de 1917, en *War Memoirs of Robert Lansing* (N. Y., 1935), pp. 339-44, y la carta a Wilson en *Foreign Relations of the United States: The Lansing Papers (1914-1920),* ii (1940), 343-45.

[53] *Foreign Relations of the United States, 1918: Russia,* i (1931), 289.

[54] Véase vol 1, p. 77, nota 51; su verdadero nombre era Helphand o, en su forma rusa, Guelfand.

viembre-diciembre de 1917, a diversos miembros del Partido Socialdemócrata alemán. Rietzler, consejero de la legación alemana en Estocolmo, mantuvo también contactos con Vorovski, y Radek celebró una reunión con Scheidemann [55]. Pero estas oscuras discusiones no llevaron a ningún resultado práctico, y tampoco consiguió establecer ningún contacto con las autoridades germánicas un emisario secreto que los bolcheviques enviaron a Alemania [56]. Las perspectivas parecían por consiguiente justificar plenamente la convicción bolchevique de una comunidad de intereses fundamental entre las potencias beligerantes para oponerse al bolchevismo, en forma afirmada mucho más hondamente que cualquiera de los conflictos y contradicciones del momento. Durante el invierno de 1917-18, tanto Lenin como Trotski estaban firmemente convencidos de que Alemania y Gran Bretaña, persuadidas de la imposibilidad de ganar la guerra de una manera clara, estaban dispuestas a llegar a un arreglo por el cual se resarciesen las dos a expensas de Rusia [57]. Basándose en esta hipótesis,

[55] P. Scheidemann, *Memoirs of a Social-Democrat* (Trad. inglesa, 1929), ii, 431-33, 435, 442-43.

[56] Hay un confuso relato de esta aventura en M. Philips Price, *My Reminiscences of the Russian Revolution* (1921), pp. 176-77; debieron hacérselo al autor las autoridades soviéticas.

[57] La opinión de Lenin está recogida por J. Sadoul en *Notes sur la Révolution Bolchevique* (1919), p. 191. Trotski dijo en el tercer Congreso de Soviets de toda Rusia, sobre la política alemana en Brest-Litovsk, que «tenemos el profundo convencimiento de que se aprueba, en silencio, en Londres» y seguía: «El imperialismo inglés se da perfecta cuenta de que no está en condiciones de derrotar a Alemania y se ofrece compensación al imperialismo alemán a costa de Rusia para que se muestre más maleable en sus negociaciones con la contrapartida inglesa y francesa... Wilson, Kühlmann, Lloyd George y Clemenceau tienen todos los mismos objetivos» (*Treti Vserossiiski Syezd Sovetov* [1918], pp. 54-5). La creencia de que Alemania y los aliados se pondrían de acuerdo a expensas de Rusia pudo haber sido inspirada en parte por un argumento *a priori* de que era el paso que las potencias capitalistas tenían naturalmente que dar al enfrentarse con una revolución proletaria. Pero tenía una base empírica muy fuerte en ciertos hechos, muy conocidos en el momento que nos ocupa, pero olvidados después cuando los acontecimientos tomaron un sesgo diferente. Durante el invierno de 1917-1918 la situación interna de Alemania había llegado a ser grave; las pérdidas militares francesas y las navales inglesas preocupaban seriamente a la opinión informada de ambos países; no podía esperarse ayuda americana antes de julio de 1918, y era imposible calibrar la cantidad y la calidad de esa ayuda. Los dirigentes de todos los países europeos empezaron a considerar la posibilidad de un compromiso de paz. Mientras tanto, era cada vez más claro, tras el verano de 1917, que Rusia no era ya un aliado efectivo, y la Revolución de Octubre y el Tratado de Brest-Litovsk dieron el golpe de gracia al frente oriental. Kühlmann, que había sido nombrado ministro de Asuntos Exteriores de Alemania en agosto de 1917, mantuvo contactos con Briand (que entonces no formaba parte del gobierno)

la enemistad del régimen soviético hacia los gobiernos capitalistas era total y sin graduaciones. Trotski siguió rechazando amargamente la acusación de que el gobierno soviético fuese más favorable con

en los meses que siguieron y a través de intermediarios belgas; Briand era personalmente partidario de unas condiciones favorables para Francia en el Oeste. El Departamento de Asuntos Exteriores británico negó por entonces tener conocimiento de una supuesta reunión de «banqueros» aliados, celebrada en Suiza, para planear una paz con Alemania a expensas de Rusia (*The Times*, 19 de septiembre de 1917). Wickham Steed, corresponsal extranjero de *The Times*, que tenía conocimiento de los avances hechos a Briand y estaba en contacto con muchos grupos de opinión europeos, escribió en una carta particular de 28 de octubre de 1917: «El peligro más serio es que aquí y en Francia, los políticos y el público puedan hincar los dientes más de la cuenta en Alsacia-Lorena y en Bélgica. Eso es lo que Kühlmann quiere porque en cuanto a política germánica es un «orientalista» y sacrificaría con gusto gran parte de lo occidental para ganarse el tener las manos libres en el Este con respecto a Rusia» (*The History of The Times*, iv [1952], i, 335); hay un relato de estas negociaciones, que se rompieron por la intransigencia germánica con respecto a Alsacia-Lorena, en D. Lloyd George, *War Memoirs*, iv (1934), 2081-107. El 29 de noviembre de 1917, a las tres semanas de la Revolución bolchevique, el *Daily Telegraph* publicó la famosa carta de Lansdowne abogando por un compromiso de paz, y que, aunque criticada en *The Times* y en el *Morning Post*, encontró un extenso apoyo. El 28 de diciembre de 1917, Lloyd George informó a C. P. Scott, director del *Manchester Guardian*, de que se sentía «en espíritu muy pacifista» y de que «hay grandes inclinaciones en el Ministerio de la Guerra hacia la paz»; dio a Scott la impresión de que «se inclinaba al plan de compensar a Alemania en el Este a cambio de concesiones en el Oeste» (J. J. Hammond, *C. P. Scott of the Manchester Guardian* [1934], pp. 219-20, 32). El 5 de enero de 1918 hizo su declaración de los objetivos de guerra ante el congreso sindical, declaración en la que llegó a la conclusión, en un párrafo bastante críptico, después de referirse a «las negociaciones separadas con el enemigo común» de los bolcheviques, de que «a Rusia no puede salvarla más que su propio pueblo». Diez días después se publicaron los «catorce puntos» de Wilson y monopolizaron la atención por bastante tiempo. Sin embargo, a comienzos de abril de 1918, después de la ofensiva alemana de marzo, hay un informe de más discusiones entre Milner, Haldane, Lloyd George y los Webbs sobre una «paz negociada con Alemania a expensas de Rusia» (*The History of The Times*, iv [1952], i, 360); la información viene de Clifford Shorp, que la tenía de los Webbs, y añade que éstos la mencionaron a Huysmans, el socialista belga, pero que éste la rechazó como «demasiado infames incluso para Scheidemann»). El cambio de fortuna producido en el frente oriental en el verano de 1918 relegó finalmente al olvido estos proyectos. Pero no cabe duda que los dirigentes soviéticos conocieron algunos de ellos y adivinaron otros. La mujer de Litvínov, que era en aquel tiempo el enviado soviético en Londres, era sobrina de Sidney Low, un publicista en estrecho contacto con Milner, y el más activo defensor del compromiso de paz en el Ministerio de la Guerra; Low registraba las opiniones de Milner en marzo de 1917, y el 12 de noviembre de 1917 informó de una conversación muy pesimista en la que Milner predijo que Alemania exigiría «manos libres en Polonia y en Rusia» así como la «restitución de sus colonias africanas» (D.

respecto a Alemania que a los aliados occidentales [58]. Era, en efecto, impensable en ese momento, que el nuevo régimen tratase de favorecer a un gobierno capitalista, o grupo de gobiernos, contra otro. La declaración de paz, lo mismo que la mayoría de las primeras declaraciones del gobierno soviético, iba dirigida al ancho mundo, a «todos los pueblos beligerantes y sus gobiernos».

No obstante, esta declaración de paz fue ignorada de todos, y con la desintegración progresiva de los ejércitos rusos era necesario hacer algo para clarificar la situación en el frente. El 8-21 de noviembre de 1917, el Sovnarkom envió a Dujonin, capitán general en el campo de batalla, la orden de proponer inmediatas negociaciones de armisticio al mando enemigo [59]. Ello fue, sin embargo, equilibrado cuidadosamente con una nota enviada por Trotski a los embajadores aliados en Petrogrado llamándoles oficialmente la atención con respecto a la declaración de paz, y requiriéndoles para que «consideren dicho documento como proposición formal de un armisticio inmediato en todos los frentes, y de la apertura de negociaciones de paz» [60]. Dujonin se negó a cumplir la orden y fue destituido inmediatamente, siendo nombrado capitán general Krilenko, que era Comisario del Pueblo para la Guerra y publicándose una proclama firmada por Lenin y por él, y dirigida a todos los comités de marineros y soldados, en la que se les advertía que pusiesen bajo custodia a «los generales contrarrevolucionarios» y eligiesen entre ellos mismos los representantes destinados a iniciar la negociación del armisticio [61]. Sorprendentemente, este requerimiento resultó letra muerta hasta que Krilenko en persona llegó al frente y envió delegados a las líneas alemanas para pedir un armisticio. Al día siguiente, 14-27 de noviembre de 1917, el alto mando alemán dio una respuesta afirmativa

Chapman-Houston, *The Lost Historian* [1936], pp. 268-69, 278). Sin embargo, no hay testimonios de que la información se filtrase hasta Petrogrado por este canal.

[58] Así, cuando los alemanes compararon al imperialismo británico con el de los zares en una hoja de propaganda destinada a las tropas rusas, Trotski replicó en un artículo titulado *Una verdad a medias*, que la comparación era justa pero que «el imperialismo alemán no se diferencia ni una pizca del otro»; y cuando se publicaron los tratados secretos de los aliados puso cuidado en señalar que cuando el proletariado germánico hiciese su revolución descubriría en los archivos alemanes documentos no menos condenables (Trotski, *Sochineniya*, iii, ii, 148-49 154-65).

[59] Bunyan y Fisher, *The Bolshevik Revolution, 1917-1918* (Stanford, 1934), p. 223.

[60] Trotski, *Sochineniya*, iii, ii, 157.

[61] Bunyan y Fisher, *The Bolshevik Revolution, 1917-1918* (Stanford, 1934), p. 236.

para negociar el armisticio, y las conversaciones comenzaron el 19 de noviembre-2 de diciembre[62]. Trotski informó acto seguido a los embajadores aliados en Petrogrado e invitó a sus gobiernos a que enviasen representantes a las negociaciones[63]. Un requerimiento similar se radió a «los pueblos de los países beligerantes» en una emisión que terminaba expresando un ingenuo ultimátum:

El 18 de noviembre comenzaremos las negociaciones de paz. Si las naciones aliadas no envían sus representantes llevaremos adelante las negociaciones únicamente con los alemanes. Nosotros queremos una paz general, pero si los burgueses de los países aliados nos obligan a concluir una paz separada, toda la responsabilidad será suya[64].

Al mismo tiempo, Trotski explicó en un discurso al Soviet de Petrogrado el modo como los plenipotenciarios soviéticos enfocarían la labor de hacer la paz:

Sentándonos en torno a la mesa con ellos, les haremos preguntas explícitas que no admitan escape y anotaremos el curso entero de las negociaciones, toda palabra que ellos o nosotros pronunciemos, e informaremos a todos los pueblos por radiotelegrama para que sean jueces de nuestras discusiones. Los gobiernos alemán y austriaco se han mostrado conformes ya en entrar en el juego, bajo la influencia de las masas. Podéis estar seguros, camaradas, que el acusador, personificado en la delegación revolucionaria rusa, estará en su lugar y, a su debido tiempo, pronunciará un discurso fulminador en el que enjuicie la diplomacia de todos los imperialistas[65].

Un corresponsal de *The Times*, que entrevistó a Trotski en Petrogrado el día del comienzo de las negociaciones en Brest-Litovsk, informaba que su actitud «indica la ilusión de un cercano y repentino estallido de pacifismo ante el cual habrán de inclinarse tronos, principados y potencias»[66].

En estas condiciones se encontró en Brest-Litovsk, sola frente a frente con una imponente delegación germánica presidida por el general Hoffmann, la delegación soviética para el armisticio, que iba dirigida por Joffe, Kámenev y Sokólnikov y comprendía además expertos militares, un obrero y un campesino[67]. Joffe lanzó en se-

[62] *Ibid.*, pp. 255-58.
[63] Trotski, *Sochineniya*, iii, ii, 175-76.
[64] Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika*, ii (1926), 92-94.
[65] Trotski, *Sochineniya*, iii, ii, 178.
[66] *The Times*, 7 de diciembre de 1917.
[67] Hay un informe completo y bastante objetivo del armisticio y de las negociaciones de paz en el lado alemán, en *Die Aufzeichnungen des Generalmayors Max Hoffmann* (1929), ii, 197-218 (incluye el libro de Max

guida una llamada a todos los demás países beligerantes para que enviasen delegados. Hoffmann replicó que él no tenía autoridad para negociar con nadie que no fuesen los rusos ni sobre otras cuestiones que las militares. La situación era de lo más embarazosa para los delegados soviéticos; no solamente se veían obligados a negociar por separado con un grupo de potencias capitalistas (Austria-Hungría, Bulgaria y Turquía se unieron pronto a los debates de Brest-Litovsk), sino que se enfrentaron con lo que parecía ser una cuestión de principio decisiva: si tratar de lograr la paz desintegrando el frente alemán por medio de la propaganda revolucionaria y hostigando a las masas germánicas hacia una revolución proletaria contra su gobierno, o si intentar conseguir esa paz por medio de negociaciones aparentemente amistosas con el gobierno alemán. La tarea esencial de la política soviética fue, desde ese momento, la de eludir la dificultad de la elección combinando ambos métodos. Las cosas no se presentaron tan mal como podía temerse. Los delegados soviéticos no estaban interesados muy a fondo en las demandas militares que constituían la consideración principal del estado mayor alemán; los deseos soviéticos con respecto a fraternización y a que no se trasladasen las unidades alemanas al frente occidental sonaron en los oídos de la delegación militar germánica como algo infantil e incomprensible, pero no seriamente peligroso. Joffe consiguió un aplazamiento de una semana, continuando la suspensión de las hostilidades, para consultar a las autoridades en Petrogrado.

Kámenev hizo el informe sobre las negociaciones ante el VTsIK, y trató una vez más de exonerar al gobierno soviético del cargo de buscar una paz separada, al mismo tiempo que definía el objetivo de su política:

> El límite de concesiones de Alemania para una paz separada es muy amplio, pero no es por eso por lo que hemos ido a Brest. Hemos ido porque estamos convencidos de que nuestras palabras llegarán hasta el pueblo alemán por encima de sus generales, y esas palabras arrebatarán de las manos de esos generales las armas con que engañan a su pueblo [68].

Trotski se dirigió de nuevo a los aliados advirtiéndoles de que ya no tenían más que un mes para decidirse [69], y esta vez provocó, si no una réplica oficial, un *communique* formal de la embajada

Hoffmann, *Der Kreig der Versäumten Gelegenheiten*, publicado originalmente en 1923). Las memorias de Fokke, uno de los expertos militares soviéticos, publicadas en *Arjiv Russkoi Revolutsi* (Berlín), xx (1930), 5-207, contiene muchos detalles pintorescos.

[68] *Protokoli Zasedani VTsIK 2 Soziva* (1918), p. 82.

[69] Trotski, *Sochineniya*, iii, ii, 192-94.

británica consignando que las negociaciones de armisticio serían una violación del acuerdo aliado del 5 de septiembre de 1914, si se concluía una paz separada. Joffe volvió a Brest-Litovsk y allí se firmó, por fin, el armisticio entre Rusia y las potencias centrales el 2-15 de diciembre de 1917. Por él quedaban las tropas alemanas ocupando todo el territorio ruso que habían invadido, incluyendo las islas del estrecho de Moon; en este respecto no contenía nada inusitado, pero, sin embargo, incluía dos cláusulas no militares que lo convierten en un documento único en la historia militar. El alto mando alemán se comprometía a no sacar ventaja del cese de las hostilidades para trasladar al frente occidental más tropas que las que ya habían recibido orden de marcha; esto aplacó los escrúpulos soviéticos con respecto a firmar un tratado que pudiese ayudar a un grupo capitalista contra el otro [70]. La otra disposición extraordinaria se refería a la fraternización. Ocho meses antes, Lenin había pedido en sus Tesis de Abril «la organización de una propaganda de gran difusión... en el ejército en servicio activo» y la «fraternización» como medio de acabar con la guerra imperialista [71]. Hoffmann se negó a consentir una importación ilimitada de literatura bolchevique dentro de Alemania, pero creyó que, limitando su entrada a puntos determinados, podía ejercer sobre ello «un cierto control» [72]. El acuerdo de armisticio incluía un artículo permitiendo el «intercambio organizado entre las tropas» en interés de «el desarrollo y fortalecimiento de relaciones amistosas entre los pueblos de las partes contratantes». Esta relación se limitaba a reuniones de 25 hombres, de cada lado y a la vez, pero el intercambio de noticias, periódicos, cartas abiertas y artículos de uso diario era algo que se permitía específicamente. El armisticio se firmó para una duración de 28 días, durante los cuales podían comenzar las negociaciones en vista a un tratado de paz [73].

Aunque parezca una pretensión paradójica, los bolcheviques pu-

[70] Hoffmann (*Die aufzeichnungen des Generalmajors Max Hoffmann* [1929], ii, 192) consideraba esta cláusula como particularmente absurda, y advierte que la excepción a favor de las tropas que ya habían recibido órdenes hacía totalmente nulo su efecto; evidentemente estaba intrigado por la insistencia soviética en ello. La disposición se imitó en el armisticio concertado el 5-18 de diciembre de 1917 en el frente ruso-turco, en el cual ambas partes se comprometieron a no trasladar tropas del Cáucaso al frente de Mesopotamia (*Dokumenti i Materiali po Vneshnei Politike Zakavkazia i Gruzi* [Tiflis, 1919], pp. 11-12, 18-23).

[71] Lenin, *Sochineniya*, xx, 87-88; con respecto al trasfondo de la idea, véase nota 36, p. 548, posterior.

[72] *Die Aufzeichnungen des Generalmajors Max Hoffmann* (1929), ii, 192.

[73] El texto ruso del armisticio está en *Protokoli Zasedani VTsIK 2 Soziva* (1918), pp. 171-3 (la versión contenida en Kliuchnikov i Sabanin,

dieron considerar el armisticio de Brest-Litovsk como una victoria. La ocupación de territorio ruso por tropas alemanas era un *fait accompli,* y reconocerlo en el tratado de armisticio no costaba nada; además todo esto quedaría deshecho e invalidado por la inminente revolución en Alemania. La prueba de la sinceridad bolchevique se patentizaba en que las tropas alemanas no serían trasladadas al Oeste, y la libertad de propaganda constituía la garantía de la victoria bolchevique. Ambas cosas se habían logrado y, como dijo Trotski después, eran los dos puntos vitales sobre los que se había instruido a los delegados que no cediesen[74]. A través de los artículos referentes a la fraternización, se filtraron en el ejército alemán las ideas y la literatura bolchevique, difundiendo las semillas de la desintegración por todo el frente oriental germánico. Se celebró el armisticio con una proclama de pluma de Trotski dirigida «a los pueblos trabajadores de Europa, oprimidos y desangrados»:

> No ocultamos a nadie [rezaba la proclama] que no consideramos capaces de una paz democrática a los actuales gobiernos capitalistas; solamente la lucha revolucionaria de las masas trabajadoras contra sus gobiernos puede acercar a Europa a una paz semejante, y su plena realización no será asegurada más que por una revolución proletaria victoriosa en todos los países capitalistas.

Trotski admitió que «nos vemos obligados a emprender negociaciones con los gobiernos que aún existen en el momento actual», pero proclamó que «al entrar en negociaciones con los actuales gobiernos saturados por ambos lados de tendencias imperialistas, el Consejo de Comisarios del Pueblo no se desvía ni por un momento de la senda de la revolución social». Y continuó definiendo la «doble tarea» de la política exterior soviética:

> En las negociaciones de paz, el poder soviético se dispone a realizar una doble tarea: en primer lugar, conseguir lo más rápidamente posible el cese de esta carnicería vergonzosa y criminal que está destruyendo Europa, y, en segundo, ayudar a la clase obrera de todos los países, por todos los medios de que dispongamos, a derrocar la dominación del capital y a tomar en sus manos el poder estatal, en el interés de una paz democrática y de una transformación socialista de Europa y de todo el género humano.

Y el manifiesto acababa con una exhortación a los proletarios de todos los países para que se uniesen en «una lucha común por

Mezhdunarodnaya Politika, ii [1926], 97-98 está muy abreviada); hay traducción inglesa en *United States State Department, 1918: Texts of the Russian «Peace»,* pp. 1-10, y en J. W. Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk: The Forgotten Peace* (1939), 379-84.

[74] Trotski, *Sochineniya,* iii, ii, 197.

la inmediata terminación de la guerra en todos los frentes», y a que estrechasen filas «bajo el estandarte de la paz y de la revolución social»[75]. La contradicción verbal existente en las palabras finales resumía adecuadamente el compromiso inherente a la política soviética de las primeras semanas de la Revolución.

Las negociaciones formales para el tratado de paz se abrieron en Brest-Litovsk el 9-22 de diciembre de 1917. Joffe seguía presidiendo la delegación soviética, y del lado alemán la presidencia correspondía a Kühlmann, ministro de Asuntos Exteriores; Austria-Hungría, Bulgaria y Turquía estaban también representadas[76]. Después de algunas escaramuzas preliminares sobre cuestiones de publicidad y de autodeterminación nacional, en el curso de las cuales la delegación germánica descubrió su juego al pedir que Lituania y Curlandia se desprendieran de Rusia junto con partes de Livonia y Estonia, se aplazaron las sesiones una vez más, por un período de diez días, a petición de la delegación soviética, con el objeto de dar oportunidad a los demás beligerantes para comparecer en respuesta a las numerosas apelaciones que desde Petrogrado les habían llovido. Sin embargo, cuando la conferencia se reanudó el 22 de diciembre de 1917-9 de enero de 1918, no se había aún roto el boicot de las potencias aliadas. En el mundo resonaban las palabras de la proclama de Wilson, en el día anterior a su declaración de los catorce puntos. Pero ello no cambiaba nada en Brest-Litovsk, cuyas únicas novedades fueron la presencia de una delegación nombrada por la Rada ucraniana y la aparición de Trotski a la cabeza de la delegación soviética.

Inmediatamente comenzó lo serio de la pelea. Cuando Hoffmann, el capitán general alemán, que intervenía por vez primera, se quejó de los radiotelegramas y proclamas que «se dirigen a nuestros ejércitos, algunos de ellos de carácter revolucionario», Trotski continuó abiertamente con la doble función de la diplomacia soviética. La delegación rusa había venido a firmar un tratado con el gobierno alemán, pero «ni las condiciones de armisticio, ni el carácter de las negociaciones de paz limitan en ningún aspecto ni dirección la libertad de prensa y de palabra de ninguno de los países contratantes»[77]. La esperanza que se mantenía por debajo de la táctica de Trotski

[75] Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika*, ii (1926), 100-2; Trotski, *Sochineniya*, iii, ii, 206-9.

[76] Las actas taquigráficas de la conferencia fueron publicadas por el Narkomindel con el título de *Mirnie Peregovori v Brest-Litovske*, i (1920).

[77] *Mirnie Peregovori v Brest-Litovske*, i (1920), p. 55.

durante los días siguientes era de una claridad transparente. Había llegado el momento de asumir el papel, que había anunciado cinco semanas antes el Soviet de Petrogrado, de «acusador» en el juicio de la diplomacia imperialista, y de dirigirse a «todos los pueblos» para que pudiesen escuchar los informes que se radiasen de todo cuanto se hablase y actuar, por tanto, como «jueces de nuestras discusiones»[78]. Si conseguía demostrar de modo suficiente la insinceridad de las afirmaciones alemanas y prolongar las sesiones, la revolución tan ansiosamente esperada podía estallar en Alemania antes de que el gobierno soviético hubiese tomado ninguna decisión crítica. Nada más adecuado para Trotski que el enzarzarse en prolijos debates con Kühlmann sobre el principio de autodeterminación nacional y de no anexiones y sobre la obligación de retirar las tropas de las áreas en litigio, cuyo destino sería decidido mediante plebiscitos. Así fue que, hasta el 5-18 de enero de 1918, Hoffmann, que era un soldado lento pero inteligente, no cortó bruscamente las conversaciones colocando un mapa sobre la mesa y señalando una línea azul detrás de la cual los ejércitos alemanes no pensaban retirarse hasta la completa desmovilización rusa. La línea dejaba en el lado germánico virtualmente todo el territorio polaco, lituano y ruso-blanco, y dividía Letonia en dos; conservaba también en manos de Alemania las islas del estrecho de Moon. Más hacia el Sur, Hoffmann se negó a descubrir sus intenciones diciendo que era una cuestión a discutir con la delegación de la Rada ucraniana. Colocado ante esta especie de ultimátum, que no daba margen a ulterior discusión, Trotski pidió y obtuvo otros diez días de aplazamiento para volver a Petrogrado en busca de instrucciones[79]. El día que Hoffmann eligió para hacer su declaración fue el mismo en que la Asamblea Constituyente inició y terminó en Petrogrado su carrera, y cuando llegó Trotski el 7-20 de enero de 1918, el tema de su disolución era aún sujeto de todas las conversaciones en la capital.

El retorno de Trotski a Petrogrado inició un debate famoso y trascendental, que marca la primera crisis seria en las relaciones entre la Rusia soviética y el mundo exterior. Hasta entonces se había supuesto que, en caso de que Alemania insistiese sobre condiciones inaceptables, los bolcheviques emprenderían contra ella la llamada «guerra revolucionaria», y que los soldados germánicos, informados de las ambiciones imperialistas de su gobierno, preferirían sublevarse antes que hundir a sus hermanos revolucionarios rusos. No es del todo sor-

[78] Véase p. 41.
[79] *Mirnie Peregovori v Brest-Litovske*, i (1920), 126-27, 130-31.

prendente que se tuviese esta idea y se hiciese tal suposición. Los bolcheviques estaban aún inflamados por el entusiasmo y el optimismo de su victoria de octubre y habían aprendido, con Lenin, a creer que la audacia es rentable; además de que el puntal más importante del pensamiento bolchevique había sido la creencia en que la victoria del proletariado ruso prendería en Europa la antorcha de la Revolución. Cuando Lenin había propuesto que se pidiese un armisticio, había negado con gran elocuencia que estuviese dispuesto a aceptar una paz vergonzosa: «no confiamos lo más mínimo en los generales alemanes, pero sí en el pueblo alemán» [80]. En una concentración especial que tuvo lugar en Petrogrado, a comienzos de diciembre de 1917, para celebrar la conclusión del armisticio, Trotski había sido aún más explícito:

Si nos proponen condiciones inaceptables para nosotros y para todos los países, condiciones contradictorias con los principios de nuestra Revolución, las someteremos a la consideración de la Asamblea Constituyente y diremos: «Decidid». Pero si la Asamblea acepta tales condiciones, entonces el partido bolchevique se retirará diciendo: «encontrad otro partido que firme esas condiciones porque nosotros, el partido de los bolcheviques —y, espero, los eseritas de izquierda—, emplazamos todo ello a una guerra santa contra los militares de todos los países» [81].

En el discurso ante el VTsIK ya citado, Kámenev había expresado la convicción, la víspera de la firma del armisticio, de «que nuestras palabras han de llegar al pueblo alemán por encima de sus generales, y arrebatarán de sus manos el arma con que engañan a su pueblo» [82]; y después de firmado el armisticio, y en marcha ya las negociaciones de paz, volvió a hablar con un espíritu de firme optimismo:

No hay duda de que si Alemania se atreve ahora a llevar las armas contra la Rusia revolucionaria, lo hará con el fin de aplastar finalmente bajo sus pies la libertad de Polonia, de Lituania y de una porción de otras naciones, y que ello será la chispa que, al final, producirá la explosión y barrerá definitivamente de la tierra todo el edificio del imperialismo germánico. Estamos convencidos de que Alemania no se atreverá a realizar intento semejante porque, si tal sucede, de todos modos y a pesar de todos los obstáculos, obtendremos en último término la paz, aunque, entonces, mantendremos las negociaciones con los socialistas por cuyo esfuerzo será derrocado el gobierno alemán, y no con los representantes del imperialismo germánico [83].

[80] Lenin, *Sochineniya,* xxii, 76-77.
[81] *Protokoli Zasedani VTsIK 2 Soziva* (1918), p. 128.
[82] *Ibid.,* p. 82.
[83] *Ibid.,* p. 164.

Cuando Trotski llegó a Petrogrado procedente de Brest-Litovsk, el tercer Congreso de Soviets de toda Rusia acababa de reiterar, en un telegrama dirigido a las «organizaciones proletarias» de todo el mundo, la convicción de que «la clase obrera de los demás países se levantará en un futuro próximo en una revolución victoriosa contra su burguesía, y no habrá fuerza en el mundo capaz de oponerse a la de las masas obreras sublevadas» [84].

Los bolcheviques más importantes, entre los que se incluían algunos de los delegados provinciales presentes en Petrogrado por causa del tercer Congreso de Soviets de toda Rusia, se reunieron al día siguiente de la llegada de Trotski para mantener una discusión informal sobre la cuestión de la paz. Por primera vez, Lenin —e incluso casi solo— se enfrentaba de una manera honrada y realista con una situación que defraudaba las esperanzas y frustraba los confiados cálculos en que hasta entonces se había basado la política bolchevique. El gobierno alemán, lo mismo que los aliados, había rechazado todas las proposiciones de una «paz justa y democrática», y los soldados alemanes, lejos de sublevarse contra sus amos para consumar la revolución proletaria, se disponían a marchar obedientemente contra la Rusia revolucionaria. Lenin, siguiendo su costumbre, expuso sus puntos de vista, con antelación a la reunión, agrupándolos en una serie de tesis —las *Tesis sobre la cuestión de la conclusión inmediata de una paz separada y anexionista*— que demuestran lo rápida y radicalmente con que abandonó las suposiciones optimistas de las seis semanas anteriores. En el párrafo siguiente establece el razonamiento que iba a gobernar todo el debate:

> El estado de los asuntos con respecto a la revolución socialista en Rusia, ha de constituir la base de toda definición de la misión internacional de nuestro poder soviético. En el cuarto año de guerra, la situación internacional es tal, que resulta completamente incalculable cuál sea el momento probable del estallido de la revolución y de la destrucción de cualquiera de los gobiernos imperialistas europeos. No hay duda de que está destinada a producirse la revolución socialista en Europa, y que se producirá. Todas nuestras esperanzas en la victoria final del socialismo se fundan en esta convicción y en esta predicción científica. Tenemos que reforzar y afirmar nuestra actividad propagandística en general y, en particular, la organización de la fraternización, pero sería una equivocación montar la táctica del gobierno socialista en intentos de determinar si tendrá lugar o no el próximo año (o en cualquier espacio de tiempo corto) la revolución socialista, y en particular la alemana.

[84] *Syezdi Sovetov RSFSR v Postanovleniyaj* (1939), p. 57.

O en párrafos posteriores de las mismas tesis:

Desde el momento en que se produce la victoria del gobierno socialista en cualquier país, hay que establecer las cuestiones exclusivamente desde el punto de vista de las condiciones mejores para el desarrollo y fortalecimiento de la revolución socialista que ya ha comenzado, y no desde el de la preferencia por uno u otro imperialismo.

Y, finalmente, hacer la paz a cualquier precio —vino a decir— sería a la larga el mejor anuncio a favor de la revolución mundial:

El ejemplo de una república soviética socialista en Rusia se erigirá como modelo viviente para las gentes de todos los países, y el efecto propagandístico revolucionario de ese modelo será inmenso. De un lado estarán el régimen burgués y una guerra descarada de anexión, entre los dos grupos de usurpadores; de otro, la paz y la república socialista de soviets[85].

La reunión del 8-21 de enero de 1918 reveló las tres amplias líneas, a lo largo de las cuales continuó dividiéndose la opinión del partido durante todo el debate y hasta la ratificación final del tratado, ocurrida en marzo[86]. De los sesenta y tres bolcheviques importantes que asistían a la reunión fueron treinta y dos los que no se separarían del espíritu de confianza y aceptación que había prevalecido en el partido durante los meses de noviembre y diciembre. Lenin los bautizó con el mote de los *moscovitas*, puesto que al buró regional de Moscú pertenecían los que defendían con más tesón estas opiniones[87]; a su vez ellos pretendían «seguir en la antigua postura de Lenin». Con todo su prestigio y su poder de persuasión no pudo éste reunir más que a quince de los presentes a favor de su nueva política de paz a cualquier precio. Los dieciséis restantes apoyaban el punto de vista de Trotski, quien argumentaba que, aunque no se debía reanudar la guerra, era una equivocación y una cosa innecesaria

[85] Lenin, *Sochineniya*, xxii, 193-99; las tesis se publicaron por vez primera en *Pravda* de 24 de febrero de 1918 —al día siguiente de haber aceptado el comité central del partido la opinión de Lenin— con un breve prólogo del mismo que explicaba su origen (*ibid.*, xxii, 289.

[86] No se han conservado datos de la reunión. Los informes más completos son los contenidos en un memorándum, sin terminar, de Lenin escrito en ese momento y que no se publicó hasta después de su muerte (*Sochineniya*, xxx, 369-70), y en las notas a mano que tomó en el curso de la reunión (*Leninski Sbornik*, xi [1929], 42-44); las cifras de la votación fueron obtenidas por los compiladores de las obras de Lenin (*Sochineniya*, xxii, 600, nota 88) sacándolas de los archivos del partido.

[87] La reunión se convocó a demanda de un grupo de los delegados de Moscú (*Protokoli Tsentralnogo Komiteta RSDRP* [1929], p. 287).

firmar la paz aceptando las condiciones alemanas. No compartía la fe del primer grupo en que fuese practicable la guerra revolucionaria, pero creía como ellos que la revolución en Europa estaba a punto de llegar y ponía sus esperanzas en salvar el intervalo necesario maniobrando con palabras. Tenía un sentido menos real que Lenin de las limitaciones de la agilidad verbal como defensa contra el puño de hierro de Hoffmann; estaba aún dispuesto al juego del azar, a arriesgar una paz ulterior, menos favorable, frente a la oportunidad de precipitar la revolución europea que haría innecesaria esa paz[88]. Para llevar a efecto ese plan, propuso proclamar que la guerra había terminado, pero negarse a firmar ningún tratado de paz en caso de que la delegación germánica continuase sosteniendo sus inaceptables condiciones.

La decisión formal sobre las instrucciones a dar a Trotski correspondía al comité central en la reunión que se celebró tres días después, el 11-24 de enero de 1918. Antes de esa reunión, según el relato de Trotski, tuvo éste una conversación con Lenin en la que le prometió no apoyar la tesis de la guerra revolucionaria. Lenin replicó que en ese caso el plan de Trotski «no sería probablemente tan peligroso», aunque daría sin duda por resultado la pérdida de Livonia y Estonia, y añadió en broma que «estarían bien perdidas, en pro de una buena paz con Trotski»[89]. Lenin confirmó en el comité central su opinión a favor de una paz inmediata y fue apoyado con gran entusiasmo por Stalin y en forma más dubitativa por Zinóviev; pero la única moción formal presentada por Lenin fue la instrucción que contenía una petición de alargar las negociaciones lo más posible, y que fue aprobada por doce votos contra uno. La moción en favor de una guerra revolucionaria no tuvo más que dos partidarios, que eran evidentemente Bujarin y Dzerzhinski. La votación verdadera fue la referente a la moción de Trotski de «detener la guerra, no firmar la paz y desmovilizar el ejército». Se aprobó con un estrecho margen de nueve contra siete. No es posible determinar ya el modo en que votaban los miembros individuales del comité central[90].

Fortalecido con esta autoridad marchó Trotski de nuevo a Brest-Litovsk el 15-28 de enero de 1918. La situación externa de la República soviética había seguido estropeándose desde el aplazamiento

[88] Según las notas de Lenin, Trotski consideraba en un 25 por 100 la probabilidad de un avance alemán (*Leninski Sbornik*, xi (1929), 43).

[89] L. Trotski, *Moya Zhizn* (Berlín, 1930), ii, 111; Lenin observó en el comité central que el plan de Trotski supondría entregar Estonia a los alemanes. (*Protokoli Tsentralnogo Komiteta RSDRP* [1929], p. 201).

[90] *Ibid.*, pp. 199-207.

concertado diez días antes. Tras un período de anarquía y confusión, Besarabia había sido tomada y ocupada por tropas rumanas, acto que indujo al gobierno soviético a romper las relaciones con Rumania y a embargar la reserva de oro rumano depositada en Moscú por salvarlo durante la guerra[91]. Sin embargo, los ojos de los bolcheviques seguían aún fijos en Europa central; acababa de remitir una ola de huelgas en Budapest y en Viena[92], y ahora, mientras Trotski iba camino de Petrogrado, estallaron en Berlín y se extendieron a otros centros alemanes huelgas masivas organizadas por un grupo de «representantes de obreros de taller revolucionarios» sin afiliación política declarada y que se acompañaron por vez primera de demostraciones públicas en contra de la guerra[93]. Parecía por un momento que el optimismo bolchevique y la política de dilación de Trotski iban a verse justificados por los acontecimientos. En estas condiciones se reanudó la conferencia de Brest-Litovsk el 17-30 de enero de 1918. Como ocurría que la Rada ucraniana había sido despojada ahora de la mayor parte de Ucrania por el gobierno soviético ucraniano, aparecían ahora dos delegaciones rivales ucranianas para tomar parte en las negociaciones, la una reconocida por los alemanes y la otra por los rusos. Sus disputas alargaron los debates durante varios días, y se esgrimieron de nuevo las viejas frases sobre autodeterminación, anexión y ocupación. Bobinski y Radek, que se identificaban a sí mismos como «miembros polacos de la delegación de toda Rusia» y «representantes de la socialdemocracia de Polonia y

[91] *Sobranie Uzakonenii, 1917-1918*, núm. 16, art. 233. Los representantes aliados en Bucarest publicaron, tres días después, una declaración diciendo que la ocupación rumana de Besarabia era «una operación puramente militar sin ningún carácter político y emprendida de pleno acuerdo con los aliados» (*L'Ukraine Soviétiste* (Berlín, 1922), p. 51); la anexión de Besarabia a Rumania se anunció en abril de 1918 (para la protesta soviética, véase Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhunarodnaya Politika*, ii (1926), 138), y fue después reconocida formalmente por los aliados (véanse pp. 358-59).

[92] Para los disturbios austriacos de enero de 1918, véase O. Czernin, *Im Weltkriege* (1919), pp. 322-23.

[93] El comité para investigar las causas de la derrota alemana que nombró el Reichstag unos años después recogió opiniones sobre «la gran huelga de enero de 1918»; muchos observadores la conectaban corrientemente con la Revolución Rusa o más específicamente con las negociaciones de Brest-Litovsk (R. H. Lutz, *The Causes of the German Collapse in 1918* [Stanford, 1934], pp. 99-135). Radek pretendía, en el séptimo Congreso del partido comunista ruso de marzo de 1918, que «la política demostrativa de Brest provocó en Alemania una huelga general que fue el primer despertar del proletariado europeo en toda la guerra» (*Sedmoi Syezd Rosiskoi Kommunisticheskoi Parti* [123], p. 71).

Lituania»[94], leyeron una declaración reclamando el derecho de autodeterminación para Polonia y condenando la ocupación de este país por las fuerzas alemanas como una «anexión disimulada»[95]. Pero los disturbios producidos en Alemania, que constituían la fuerza oculta en el trasfondo de las negociaciones, fueron muriendo y el brote revolucionario de Finlandia y los nuevos éxitos cosechados por los soviéticos en Ucrania no compensaron el fracaso del levantamiento proletario alemán. El 26 de enero-8 de febrero de 1918, las potencias centrales firmaron un tratado de paz con la delegación de la Rada ucraniana, y por último se agotó la paciencia de todo el mundo el 28 de enero-10 de febrero de 1918 en que los alemanes se dispusieron a presentar un ultimátum. Trotski intervino inesperadamente en una larga tirada contra los designios germánicos y acabó con el anuncio de que «aunque se niega a firmar una paz anexionista, Rusia declara por su parte que el estado de guerra con Alemania, Austria-Hungría, Turquía y Bulgaria ha llegado a su fin»[96]. Los delegados soviéticos salieron de Brest-Litovsk esa misma tarde en dirección a Petrogrado. A juzgar por el estado de asombro y enfado en que dejaron a sus adversarios, les parecía que habían ganado una victoria considerable.

Si la cuestión hubiera sido de la incumbencia de las autoridades civiles alemanas, seguramente que se hubieran inclinado ante esta forma inusitada de terminar las hostilidades, pero el cuartel general tenía otras ideas[97]. Decidieron considerar la ruptura de las negociaciones como la terminación del armisticio, y siete días después, el 17 de febrero de 1918, Hoffmann notificó a los rusos que las operaciones militares se reanudarían al día siguiente. Ello puso de relieve de forma inevitable la realidad de la cuestión que Lenin había previsto y que Trotski había tratado de eludir. El avance germánico se reanudó el 18 de febrero, y la semana siguiente fue la más crítica sufrida en Petrogrado desde la Revolución. El comité central del

[94] El nombre oficial del partido socialista polaco de izquierda, opuesto al «Partido Socialista Polaco», era el de «Socialdemocracia del Reino de Polonia y Lituania».

[95] *Mirnie Peregovori v Brest-Litovske,* i (1920), 173-75.

[96] *Ibid.*, 208.

[97] Max Hoffmann (*Die Aufzeichnungen des Generalmajors Max Hoffmann* [1929], ii, 214-15) registra que él insistió en contra de Kühlmann en rechazar la fórmula de Trotski. R. von Kühlmann, *Erinnerungen* (Heidelberg, 1948, p. 545), confirma que él era partidario de aceptar la fórmula y de retirar hacia el Oeste todas las tropas disponibles, en razón de la oposición de Austria a «una reapertura del frente oriental»; sin embargo, el canciller no le apoyó (*ibid.*, p. 549). El gesto de Trotski parece que estuvo más cerca del éxito de lo que se supo en aquel momento.

partido se constituyó en sesión casi permanente y una serie de votaciones mostró hasta qué punto la opinión se dividía casi por partes iguales. Nadie apoyaba ya abiertamente una guerra revolucionaria, pero aceptar la paz con los alemanes era todavía una píldora muy difícil de tragar. Cuando se recibió, el 17 de febrero, la noticia de la reanudación de las hostilidades, Lenin propuso inmediatamente dirigir a los alemanes un ofrecimiento de proseguir las negociaciones, pero fue derrotado en la votación a pesar del apoyo de Stalin, Sverdlov, Sokólnikov y Smilga, por una escasa mayoría cuyos elementos eran Trotski, Bujarin, Lomov, Joffe, Uritski y Krestinski. Se aprobó con la misma mayoría de seis contra cinco una proposición «de retrasar la renovación de las negociaciones de paz hasta que la ofensiva germánica resultase suficientemente manifiesta y se revelase su influencia sobre el movimiento obrero». Lenin planteó entonces la cuestión decisiva de si se haría la paz en caso de que el ejército alemán avanzase y no se produjese revolución ninguna en Alemania y en Austria. Trotski se mostró vacilante en este punto y se pasó al lado de Lenin, que obtuvo así una mayoría de seis contra un «no» (Joffe) y cuatro abstenciones [98]. Al día siguiente, en que Zinóviev se había unido al grupo de Lenin y Dzerzhinski a la oposición, se repitieron las mismas variaciones. En la sesión matinal, Trotski reiteró el argumento de que «es indispensable esperar para ver la impresión que hace todo esto en el pueblo alemán», y votó en contra de un inmediato ofrecimiento de paz a Alemania, con lo cual la votación arrojó un resultado de siete a favor y seis en contra [99]. Pero por la tarde llegaron noticias de que los alemanes estaban avanzando, habían tomado Dvinsk y entraban por Ucrania; Trotski volvió a sentir vacilaciones, se alineó con el grupo de Lenin y fue aprobada la moción en pro de dirigirse a los alemanes con una declaración de que estaban dispuestos a firmar las condiciones propuestas originalmente por ellos y de pedir que se reanudasen las nuevas negociaciones al respecto; esta votación se ganó por siete votos contra cinco [100]. Se

[98] Los registros de estas votaciones están en *Protokoli Tsentralnogo Komiteta RSDRP* (1929), pp. 228-39; no hay actas existentes de la reunión. Según Bunyan y Fisher, *The Bolshevik Revolution*, 1917-1918 (Stanford, 1934), p. 514, un apéndice a la edición de 1928 de las actas del séptimo congreso del partido establece que Lenin se abstuvo en la última votación, pero la autenticidad de la crónica oficial de ésta, reimpresa de nuevo en Lenin, *Sochineniya*, xxii, 557, está fuera de toda duda. La narración de estos sucesos incluida en L. Trotski, *Moya Zhizn* (Berlín, 1930), ii, 110-16, es escrupulosamente exacta en la medida en que puede comprobarse con otras fuentes.

[99] *Protokoli Tsentralnogo Komiteta RSDRP* (1929), pp. 231-32.

[100] *Ibid.*, pp. 234-40.

sometió la proposición al Sovnarkom, para su formalización, aquella misma noche, y los comisarios bolcheviques obligados por la decisión del comité central votaron unánimemente a favor de su aprobación; de los siete eseritas de izquierda, cuatro votaron con los bolcheviques, aunque su actuación fue desautorizada después por su partido [101]. Inmediatamente se envió a Brest-Litovsk el telegrama de aceptación.

Esta vez, sin embargo, Hoffmann no demostró ninguna prisa, y hasta la mañana del 23 de febrero de 1918 no llegaron, por fin, a Moscú las condiciones propuestas por los alemanes. Eran más duras que las anteriores, especialmente en lo que se refiere a las exigencias de que el gobierno soviético retirase su ejército de Ucrania e hiciese la paz con la Rada ucraniana, y de que los rusos evacuasen Livonia y Estonia, que serían ocupadas por fuerzas germánicas hasta que se hubiese restaurado allí el orden. El mismo día se reanudó la batalla en el comité central; por primera y última vez Lenin emitió un ultimátum por su propia cuenta y razón: si continuaba «la política de pura fraseología revolucionaria», dimitiría del gobierno y del VTsIK. Era necesario enfrentarse con la penosa elección. Descartó una sugerencia de Stalin de que la decisión podía retrasarse de nuevo volviendo a emprender negociaciones con los alemanes:

> Stalin está equivocado al decir que es posible no firmar. Hay que aceptar estas condiciones; si no las firma, firmaréis dentro de tres semanas la sentencia de muerte del poder soviético... La revolución no está aún madura en Alemania, y puede tardar meses. Hay que aceptar las condiciones propuestas [102].

Trotski presentó de nuevo sus objeciones; si el partido hubiese estado unido, la resistencia habría sido posible; firmar la paz significaba «perder el apoyo de los elementos más importantes del proletariado». Aunque no estaba convencido, no quería entorpecer la unidad del partido, pero en las nuevas condiciones se sentía incapaz «de quedarse y llevar sobre sus hombros la responsabilidad de los asuntos exteriores». Cuando se celebró la votación decisiva, Trotski, Joffe, Krestinski y Dzerzhinski se abstuvieron, permitiendo así que se aprobase por siete votos (Lenin, Zinóviev, Sverlov, Stalin, Sokólnikov, Smilga, Stasova) contra cuatro (Bujarin, Lomov, Bubnov y Uritski) la moción de Lenin a favor de aceptar las condiciones de los ale-

[101] Steinberg, *Als ich Volkskommissar war* (Munich, 1929), pp. 211-12.
[102] Lenin, *Sochineniya*, xxii, 277; el ultimátum se repitió en los mismos términos en el número de *Pravda* del mismo día (*ibid.*, xxii, 276).

manes[103]. En la misma tarde se presentó la proposición al VTsIK, que fue aprobada por 116 votos contra 84 a las cuatro y media de la mañana del 24 de febrero, después de un discurso muy eficaz de Lenin. Pero este resultado comparativamente favorable no se consiguió más que por la abstención de la mayor parte de los bolcheviques contrarios a la proposición, para quienes no era posible hacer causa común con los eseritas de derecha y de izquierda y con los mencheviques en contra de la decisión de su partido[104]. Inmediatamente se envió un telegrama al cuartel general alemán aceptando sus condiciones[105]. La delegación rusa, dirigida esta vez por Sokólnikov y Chicherin —puesto que ni Trotski ni Joffe estaban dispuestos a soportar la humillación final—, salió el mismo día para Brest-Litovsk con instrucciones de firmar sin la menor argumentación[106].

Aun se exigió una concesión más: la delegación turca, que se había incorporado a la escena a última hora, pidió y obtuvo los tres distritos fronterizos de Kars, Ardahan y Batum, tomados a Turquía hacía cuarenta años. Por fin, fue firmado el 3 de marzo de 1918 el Tratado de Brest-Litovsk, no sin una protesta por la forma de Sokólnikov contra lo que constituía un acto de fuerza mayor. En virtud del tratado, Rusia renunciaba a todos sus derechos sobre la ciudad de Riga y su contorno, sobre la totalidad de Curlandia y Lituania y una parte de Rusia Blanca, cuyo destino habría de ser decidido por Alemania y Austria-Hungría «de acuerdo con su población»; reconocía la ocupación germánica de Livonia y Estonia hasta que se instituyesen en ambas comarcas «instituciones nacionales adecuadas»; se comprometía a hacer las paces con la Rada ucraniana, y cedía Kars, Ardahan y Batum, cuya población «reorganizaría» estos distritos de acuerdo con Turquía. A la ratificación del tratado se reanudarían las relaciones diplomáticas entre Rusia Soviética y las potencias centrales. Las cláusulas financieras eran menos drásticas y hubo una mutua renuncia a indemnizaciones y demás reclamaciones, pero la disposición de que cada parte tenía que responsabilizarse del pago del mantenimiento de sus ciudadanos prisioneros de guerra, cargó sobre la Rusia soviética un inmenso peso económico. No obstante, esos deta-

[103] *Protokoli Tsentralnogo Komiteta RSDRP* (1929), pp. 247-52.

[104] Lenin, *Sochineniya,* xxii, 608. No se publicó nunca crónica oficial de esta sesión del VTsIK; el texto del discurso de Lenin se encuentra en *ibid.*, xxii, 280-83; hay un relato muy gráfico de la reunión en M. Philips Price, *My Reminiscences of the Russian Revolution* (1921), pp. 247-49.

[105] *Mirnie Peregovori v Brest-Litovske,* i (1920), 208.

[106] Hay un folleto de Sokólnikov (*Brestski Mir,* 1920), que contiene pintorescos detalles de este viaje memorable.

lles tenían poca importancia en comparación con los vastos y fértiles territorios que Rusia tenía que entregar a disposición del enemigo.

En Moscú tenían que aprobarse aún y llevarse a efecto las formalidades de la ratificación. El séptimo Congreso del partido, que se reunió el 6 de marzo de 1918 [107], repitió en ambos lados los viejos argumentos. Lenin pronunció uno de sus discursos más hermosos: la «procesión triunfal» de las primeras semanas de la Revolución había terminado, y había llegado el momento de enfrentarse con las duras realidades armándose y trabajando. Trotski atestiguó por última vez su disconformidad con Lenin, pero no quiso votar en contra suya. El resultado fue, por tanto, una cosa ya decidida de antemano y se aprobó por veintiocho votos contra nueve la moción propuesta por Lenin de aprobar la ratificación. Después, el 16 de marzo de 1918, el cuarto Congreso de Soviets de toda Rusia aprobó la moción gubernamental de ratificar el tratado por una mayoría de 784 votos contra 261, después de dos días de un debate tormentoso en el que presentaron resoluciones más de seis grupos de la oposición. El largo debate terminó, sin embargo, por fin, y no se reanudó jamás, como tampoco se renovó el avance germánico. La potencia militar alemana, que era condición de ambos, se agotó en su último esfuerzo convulsivo de la gran ofensiva desencadenada en el frente occidental diez días después de la votación final de ratificación, y no volvió a recobrar nunca su libertad de acción en el Este.

En las últimas etapas de las conversaciones de Brest-Litovsk surgió un nuevo factor destinado a adquirir una gran importancia en la política exterior soviética. El absolutismo dogmático que asumía que el régimen soviético había de mantener una actitud de hostilidad inflexible e indiscriminada con respecto a todos los gobiernos capitalistas (y lo hizo), y oponerse por esa razón a firmar una paz separada resultó algo insostenible. En cualquier juicio razonable, había que reconocer que la división del mundo capitalista había sido precisamente lo que había permitido consolidarse al gobierno soviético y constituía su mejor seguro de supervivencia. Como escribió Radek años después, fue el «hecho fundamental» que «se hizo presente desde la cuna de la política exterior soviética» [108]. Lenin lo reconocía

[107] Se tomó la decisión, en vista de las divisiones existentes en el seno del comité central, de celebrar un congreso del partido, el 19 de enero-1 de febrero de 1918 (*Protokoli Tsentralnogo Komiteta RSDRP* [1929], p. 216); la noticia formal convocándolo para el 5 de marzo apareció en *Pravda* el 5-18 de febrero de 1918.

[108] K. Radek, *Die Auswärtige Politik Sowjet-Russlands* (Hamburg, 1921), pp. 80-1.

prudentemente en su *Tesis sobre la cuestión de la inmediata conclusión de una paz separada y anexionista:*

Concluyendo una paz separada, nos liberamos en la mayor medida *posible en el momento actual,* de los dos grupos imperialistas beligerantes; sirviéndonos de su mutua enemistad nos aprovechamos de la guerra, lo cual hace difícil la realización de un convenio entre ellos contra nosotros [109].

No había ya más que un paso desde este reconocimiento del valor pragmático de la división en el seno del campo enemigo a la explotación consciente de ello como un tanto de la política exterior soviética, y al abandono de toda asunción doctrinal de la hostilidad uniforme e invariable hacia el mundo capitalista.

Del lado aliado, el dilema era también sabroso. ¿Es que las potencias capitalistas aliadas iban a buscar la cooperación de un gobierno socialista revolucionario contra un enemigo capitalista? También ellos al principio, como los bolcheviques, se sintieron inhibidos por lo que algunos llamaron principios y otros prejuicios. Las excentricidades de Sadoul no fueron apenas toleradas por sus superiores, y el intento de Judson de aproximarse a Trotski le ganó un rapapolvo de Washington. Pero la idea era demasiado provechosa para descartarla a la ligera. La prohibición oficial americana de tratar con los bolcheviques confirió mayor importancia a las gestiones de Raymond Robins, quien gozaba de una situación casi oficial pero no estaba ligado por las órdenes del Departamento de Estado americano. Durante las primeras etapas de las negociaciones de Brest-Litovsk, tanto Robins como Sadoul estuvieron en constante contacto con Trotski, presentando alegatos a favor de la resistencia a Alemania. Pero como no tenían respaldo gubernamental carecían de peso [110]. Sin embargo, los dos entusiastas hicieron alguna impresión, aunque fuese transitoria, en sus respectivos embajadores. El 5-18 de diciembre de 1917, Sadoul persuadió al embajador francés Noulens de que recibiese a Trotski, quien le hizo una visita —hecho notable, aunque sin ningún resultado útil [111]. El 20 de diciembre de 1917-2 de enero de 1918, tras el primer aplazamiento de las negociaciones de paz

[109] Lenin, *Sochineniya,* xxii, 198.

[110] J. Sadoul, *Notes sur la Révolution Bolchevique* (1919), contiene una serie de cartas, casi diarias, de Albert Thomas que documentan plenamente sus actividades en este tiempo. Los papeles personales de Robins se han conservado y estarán disponibles dentro de poco; W. Hard, *Raymond Robins' Own Story* (N. Y., 1920), defrauda por la vaguedad en hechos y fechas y añade poco a las otras fuentes.

[111] *Ibid.,* p. 158.

de Brest-Litovsk, Robins convenció al embajador americano Francis de que redactase un telegrama que eventualmente se dirigiría al Departamento de Estado, recomendando al gobierno americano de que «prestase toda la ayuda y asistencia posibles» en caso de una reanudación inminente de hostilidades contra Alemania por parte de los bolcheviques; y le hizo redactar una nota, igualmente tentativa, para el «Comisariado para Asuntos Exteriores» de la que se haría uso simultáneamente al telegrama, informándole de la recomendación anterior. No hay duda de que Robins recibió copias de estos borradores para mostrárselas a Trotski [112]. Hasta ese momento, la iniciativa estuvo en manos de Sadoul y Robins, pero Trotski realizó un intento de aproximación a ambos tras su primer retorno de Brest-Litovsk, mientras daba la batalla en el comité central del partido en pro de su fórmula de «ni guerra ni paz». Mostró a Sadoul el mapa de Hoffman en que estaba señalada la frontera que la delegación germánica exigía, e hizo una declaración más o menos formal:

> No queremos firmar esta paz, ¿qué hacer? ¿Una guerra santa? Sí, la proclamaremos, pero ¿cuál será el resultado? Ha llegado el momento de que los aliados decidan.

Debió de hablar en los mismos términos con Robins, pero la única parte de la conversación de que hay datos es la interrogación de Trotski respecto a las perspectivas de reconocimiento del régimen soviético por el gobierno americano y la respuesta de Robins en el sentido de no comprometerse [113]. Ninguno de estos contactos produjo el menor efecto en el campo aliado. Se envió, pues, a Londres y a París, para tratar de buscar ayuda de los aliados occidentales contra Alemania, a Kámenev, cuya disposición amistosa y buenas maneras le capacitaban para una misión de este tipo. Desembarcó en Aberdeen el 23 de febrero de 1918, y dispensado de papeles por las autoridades de inmigración, se le permitió marchar a Londres, donde visitó a unos cuantos miembros del parlamento y otras personalidades públicas; pero no fue recibido oficialmente y le expulsaron sin

[112] *Russian-American Relations*, ed. C. K. Cummings and W. Pettit (N. Y. 1920), pp. 66-67.

[113] J. Sadoul, *Notes sur la Révolution Bolchevique* (1919), p. 204; *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, 1918: Russia*, i (1931) Se informó de la conversación de Sadoul el 11-24 de enero de 1917; la conversación con Robins tuvo lugar ese día y en el mismo —sin duda tras las conversaciones— fue aprobada por el comité central la fórmula de «ni guerra ni paz».

ceremonias cuando se convencieron de que el gobierno francés se negaba a admitirle [114].

El momento decisivo de estas extrañas e inconexas negociaciones se produjo tras la ruptura de las conversaciones de Brest-Litovsk con ocasión de la declaración del 28 de enero-10 de febrero de 1918, que ostentaba el lema de «ni guerra ni paz», y del segundo retorno de Trotski a la capital. Habiendo renunciado a la guerra revolucionaria y resistiéndose aún a aceptar la paz germánica, Trotski ansiaba más que nunca explorar las posibilidades de la esperanza casi perdida de la ayuda occidental contra la amenaza alemana. La partida de Kámenev hacia su fracasado viaje coincidió con la llegada a Petrogrado de Bruce Lockhart en calidad de agente oficioso británico. La primera entrevista de Lockhart con Trotski, celebrada el 15 de febrero de 1918, terminó con estas palabras del dirigente bolchevique: «ésta es la gran oportunidad de los gobiernos aliados» [115]. Lockhart se unió después a Sadoul y Robins como activo defensor de la ayuda aliada a los bolcheviques en contra de los alemanes. La recusación germánica del armisticio y la renovación de las operaciones militares el 18 de febrero acrecentaron la urgencia de la demanda soviética y estimularon al embajador francés, bastante apático hasta entonces, a realizar un ofrecimiento de ayuda [116]. El 22 de febrero de 1918 pudo, pues, el embajador americano telegrafiar a Washington que «cinco embajadores aliados se comprometen a apoyar la resistencia si se ofrece, y los franceses y los ingleses están ayudando a la Guardia Roja, con sus oficiales ingenieros, a destruir la vía férrea para impedir el avance alemán» [117].

Fue el mismo día en que la propuesta de aceptar la ayuda francesa e inglesa fue discutida en el comité central del partido en un exahustivo debate. Se acababan de recibir en Petrogrado las condiciones, después de revisadas por los alemanes, aún en el fiel de la balanza la decisión final, y Trotski agarrándose todavía a futesas para evitar la aceptación. El debate es interesante porque revela la clara

[114] Este episodio se describe, tomado en parte de fuentes orales, en J. W. Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk: The Forgotten Peace* (1939), pp. 284-86; el tema fue suscitado dos veces por Ramsay MacDonald en la Cámara de los Comunes (*House of Commons: 5th Series*, ciii, 1478-79, 1494; 1606-1607, 1626).

[115] R. H. Bruce Lockhart, *Memoirs of a British Agent* (1932), p. 228.

[116] J. Noulens, *Mon Ambassade en Russie Soviétique*, i (1933), p. 223; Sadoul, al escribir el 20 de febrero de 1918, se atribuye la paternidad (*Notes sur la Révolution Bolchevique* (1919), p. 241; pero las instrucciones del Quai d'Orsay a Noulens se confirman en *Foreign Relations of the United States, 1918: Russia*, i (1931), 383.

[117] *Foreign Relations of the United States, 1918: Russia*, i, (1931), 386.

escisión existente entre «realistas», que creían que el régimen no podía rechazar ayuda, viniese de donde viniese, en su situación presente, y pensasen lo que pensasen de las condiciones alemanas; y los «izquierdistas», cuyos principios revolucionarios les vedaban toda asociación con las potencias capitalistas. En comparación con las recientes divisiones en el seno del partido, la votación fue, en cierto modo, cruzada; Joffe, el ferviente defensor de que se rechazasen las condiciones alemanas, argumentaba ahora que era «necesario aceptar todo lo que nos ayude a resistir»; por otro lado, Sverdlov, que había votado siempre junto a Lenin en pro de la aceptación de estas condiciones, se oponía ahora a la proposición de Trotski de aceptar la ayuda aliada, no —como explicó cuidadosamente— por razones de principio, sino porque los ingleses y los franceses estaban «desacreditados ante los ojos de la gran masa rusa». En general, sin embargo, los que habían votado por principio en pro de la guerra revolucionaria fueron los que votaron ahora, igualmente por principio, a favor de rechazar la ayuda de las potencias capitalistas. Bujarin, cabecilla una vez más de los izquierdistas, no sólo acusó a los aliados de abrigar el designio de convertir a Rusia en «colonias» suyas, sino que consideró «inadmisible gozar de la ayuda de cualquier tipo de imperialismo»; y concluyó con la propuesta formal «de emprender una especie de tratos con las misiones francesa, inglesa y americana para comprar armas o emplear los servicios de sus oficiales e ingenieros». Uritski se lamentó de que «después de haber tomado el poder hemos olvidado la palabra revolución». Pero la mayoría estaba pensando en términos militares en vez de considerar la posibilidad de «una acción urgente sobre el proletariado germánico». Bubnov se quejó de que «se está traficando con nuestro internacionalismo». Se aprobó por seis votos contra cinco la moción de Lenin de aceptar de cualquier fuente que viniese, incluso de los gobiernos capitalistas, todo lo necesario para «armar y equipar a nuestro ejército revolucionario con todo lo esencial», aunque sin comprometerse o empeñarse en obligaciones políticas. Lenin no estaba presente en esta reunión, pero las minutas llevan una nota de él en los siguientes términos:

Os pido que os unáis a mi voto en pro de tomar patatas y municiones de manos de los bandidos imperialistas anglo-franceses.

Es dudoso si la nota se leyó en la reunión o si fue añadida después. Al final, Bujarin presentó su dimisión de miembro del comité central y de director de *Pravda;* sentía aun con mayor agudeza la aceptación voluntaria de la ayuda de un grupo de capitalistas que

la sumisión forzada a las condiciones del otro. Fue la ocasión en que, según Trotski, Bujarin lloró en sus brazos y exclamó: «están convirtiendo al partido en un montón de estiércol» [118].

Excepto como ocasión destacada para hacer declaraciones de principio y de política, este debate quedó sin efecto ninguno. Veinticuatro horas después el comité central tomó la decisión de plegarse al ultimátum alemán; pero hasta que se firmase y ratificase el tratado la cuestión quedaba en pie, y un pequeño grupo de representantes de los aliados, sobre todo Robins y Lockhart, continuaron trabajando en pro de la ayuda al gobierno soviético, en caso de que decidiesen reanudar la resistencia a Alemania. Sin embargo, sus esfuerzos se vieron estorbados por la indiferencia que mostraban Londres y Washington y la evidente amenaza de movimientos japoneses en el Extremo Oriente. El 1 de marzo de 1918, antes de que se actualizase la firma en Brest-Litovsk y en un momento en que las tropas alemanas estaban avanzando todavía sobre Petrogrado y se había decidido trasladar la capital a Moscú, Lockhart celebró su primera entrevista con Lenin, quien juzgó la situación de una manera fría y crítica. Los «escandalosos» términos de paz habrían de firmarse, pero «¿cuánto duraría la paz?» Los bolcheviques miraban al capitalismo angloamericano «casi con tanto odio como al militarismo germánico», pero, por el momento, este último constituía la amenaza inmediata. Y Lenin continuó:

> Nuestros métodos... no son los vuestros. Podemos permitirnos un compromiso temporal con el capital; es una necesidad porque, si el capital se uniese, seríamos aplastados en la presente etapa de nuestro desarrollo. Afortunadamente para nosotros, la naturaleza del capital es tal que no cabe la unión entre sus componentes. Por consiguiente, mientras exista el peligro alemán, estoy dispuesto a arriesgarme a cooperar con los aliados, cooperación que puede ser temporalmente ventajosa para todos. En caso de agresión germánica estoy incluso dispuesto a aceptar ayuda militar, pero al mismo tiempo estoy completamente convencido de que vuestro gobierno no verá nunca las cosas bajo esta luz. Es un gobierno reaccionario y cooperará con los reaccionarios rusos» [119].

Dos días después se firmó el Tratado en Brest-Litovsk y se detuvo el avance alemán. Pero Trotski, no muy convencido aún y menos realista que Lenin en su estimación de la actitud aliada, intentó dirigir sus tiros por otro lado. El 5 de marzo de 1918, día del retorno de la delegación rusa de Brest-Litovsk, volvió a ver a Robins, quien

[118] *Protokoli Tsentralnogo Komiteta RSDRP* (1929), pp. 243-46; L. Trotski, *Moya Zhizn* (Berlín, 1930), ii, 118.

[119] R. H. Bruce Lockhart, *Memoirs of a British Agent* (1932), p. 239.

le pidió una declaración por escrito para enviarla a Washington. Redactada por Trotski y confirmada por Lenin, la declaración planteaba tres cuestiones que dependían de la no-ratificación del tratado y renovación de las hostilidades contra Alemania:

1. ¿Puede confiar el gobierno soviético en el apoyo de Estados Unidos de América, Gran Bretaña y Francia en su lucha contra Alemania?
2. ¿Qué clase de ayuda se le puede suministrar en el inmediato futuro y en qué condiciones?: ¿equipo militar, unidades de transporte, artículos de primera necesidad?
3. ¿Qué clase de ayuda pueden suministrar particular y especialmente los Estados Unidos?

En términos menos formales se hicieron otras dos preguntas suplementarias y más específicas. Si el Japón se apoderaba de Vladivostok, ¿cómo actuarían los aliados y, en particular, los Estados Unidos? ¿Qué perspectivas había de ayuda británica a través de Murmansk y Arkángel? Las cuestiones se planteaban sobre la explícita base de que «tanto la política interior como la exterior del gobierno soviético continúe llevándose de acuerdo con los principios del socialismo internacional y de que el gobierno soviético conserve su completa independencia respecto a los gobiernos no-socialistas». El mismo día, oralmente y en forma menos precisa, hizo Trotski las mismas preguntas a Lockhart, que las telegrafió a Londres [120]. Para dar tiempo a que se considerasen estos avances en Washington y en Londres, Lenin se comprometió, tras el apremiante requerimiento de Robins, a retrasar del 12 al 14 de marzo la apertura de la sesión del Congreso de Soviets de toda Rusia, que había de ratificar el tratado [121].

Antes de que se recibiese en Washington la declaración de Trotski [122], el presidente Wilson había dirigido al cuarto Congreso de

[120] La declaración de Trotski a Robins y el informe de Lockhart de su conservación con el dirigente soviético se encuentran en *Russian-American Relations*, ed. C. K. Cummings y W. Pettit (N. Y., 1920), pp. 81-84. Esta versión de la declaración de Trotski se cita del registro del Congreso; en los Archivos Nacionales de los Estados Unidos, se conserva una traducción diferente, Registro Grupo 84; Embajada de los Estados Unidos, Moscú, 1918, Correspondencia. No se ha encontrado el original ruso.

[121] El testimonio de Robins está en *United States Senate: Sub Committee on the Judiciary, Brewing and Liquor Interests and German and Bolshevik Propaganda* (1919), iii, 805.

[122] Robins se lo entregó al embajador americano Francis, en Vologda, el 8 de marzo (W. Hard, *Raymond Robins Own Story* [N. Y., 1920], pp. 142-43). El 9 de marzo mencionó Francis la conversación de Robins con Trotski en un telegrama dirigido al Departamento de Estado, pero no informó más que de que Trotski había protestado contra «la amenaza de invasión japonesa en

soviets de toda Rusia, con fecha 11 de marzo de 1918, un telegrama de salutación, cuyo lenguaje, excesivamente elogioso, no atenuaba el sentido central del mensaje, que rezaba así: «el Gobierno de los Estados Unidos no está desgraciadamente en situación de prestar la ayuda directa y eficaz que desearía» [123]. Los círculos oficiales de Washington se contentaron con considerar que este mensaje era suficiente respuesta a los avances embarazosos de Trotski. Lockhart no consiguió tampoco obtener ninguna respuesta útil del Departamento de Asuntos Exteriores inglés; y Balfour, en un discurso deliberadamente oscuro, pronunciado en la Cámara de los Comunes el 14 de marzo de 1918, se anticipó defendiendo la intervención japonesa —y aliada— como destinada a «ayudar a Rusia». Dos días después, el cuarto Congreso de Soviets de toda Rusia votó la ratificación del tratado. Se cuenta la historia de que Lenin, antes de pronunciar el discurso que inclinó al Congreso a la ratificación, hizo señas a Robins para que se acercara a la tribuna y le preguntó si tenía alguna respuesta de Washington, y después si Lockhart tenía noticias de Londres. Ambas respuestas fueron negativas y, en consecuencia, se aprobó la ratificación del tratado por una gran mayoría [124]. No obstante, aún no se cerraron definitivamente las puertas; Sadoul relata cómo persuadió a Trotski, en fecha 20 de marzo de 1918, para que pidiese cuarenta oficiales franceses que proporcionasen consejo técnico y asistencia para la reorganización del ejército [125]. Era el momento en que Trotski trató primeramente de atraer al Ejército Rojo a los antiguos oficiales zaristas en calidad de especialistas y de jefes. La ayuda y la influencia francesas podían servir de mucho en esta delicada tarea. Al día siguiente Trotski se entrevistó con Robins y con un miembro de la misión militar americana e hizo una petición al jefe de la misión —petición que confirmó por escrito en nombre del Sovnarkon— para la asistencia de un oficial americano que estudiase las cuestiones militares y que sirviese de conexión, y de «unidades de especialistas en vías férreas» que trabajasen en Moscú, en la Rusia europea y en Siberia [126]. La petición no dio ningún resultado. Se asignaron, de hecho,

Siberia», y únicamente, el 12 de marzo, al recibir el mensaje de Wilson del día anterior, telegrafió Francis un resumen de la declaración de Trotski a Robins del 5 de marzo (Archivos Nacionales de los Estados Unidos, Registro Grupo 59: 861.00/1 262, 1302).

[123] *Foreign Relations of the United States, 1918: Russia*, i (1931), 395-96.

[124] W. Hard, *Raymond Robins' Own Story* (N. Y., 1920), pp. 151-52.

[125] J. Sadoul, *Notes sur la Révolution Bolchevique* (1919), p. 274.

[126] La carta de Trotski está en los Archivos Nacionales de los Estados Unidos, Registro Grupo 84: Embajada de los Estados Unidos, Moscú, 1918, Correspondencia.

tres o cuatro oficiales franceses, pero, cuando comenzó la intervención japonesa en los primeros días de abril, «se desinteresaron visiblemente de la tarea para la que habían sido invitados» [127]. Se había desechado como impracticable la guerra revolucionaria, en tanto que *ultima ratio* de la política de promover la revolución mundial a toda costa; ahora terminaba en un fracaso el intento de acudir a una diplomacia más convencional enfrentando a un grupo de potencias hostiles contra el otro. Parecían cerrarse todos los caminos.

«La crisis de Brest-Litovsk» —escribió Lenin en *Pravda* en un artículo titulado «Una lección dura pero necesaria»— «aparecerá como uno de los puntos decisivos más importantes de la historia de la Revolución rusa y de la internacional» [128]. Constituía, en efecto, una cima significativa desde la que era posible mirar hacia el pasado y hacia el futuro. Llevó a su punto álgido el dilema de las relaciones, no resueltas, de la Rusia soviética con el mundo, el de una autoridad que aspiraba a actuar, a la vez y al mismo tiempo, como fuerza impulsora de la revolución mundial y como poder soberano de un Estado en un mundo de Estados. Y fue en este momento en el que se establecieron los cimientos perdurables de la política exterior soviética. La disputa fundamental era la que enfrentaba a los defensores de la política de rechazar las condiciones alemanas y emprender la guerra revolucionaria —que constituían al principio la gran mayoría del partido (entre ellos los más notables eran Bujarin, Joffe, Dzerzhinski y Radek)— con los inmediatos seguidores de Lenin (entre los que estaban Zinóviev, Stalin y Sokólnikov), que, numéricamente débiles al principio, derivaron su creciente fuerza de la persistencia persuasiva de Lenin y de la dura realidad de la situación. Trotski, brillante, original y lleno de recursos, a veces voluntarioso y equivocado, y siempre difícil de encajar en ninguna categoría o grupo, ocupaba una posición excéntrica y variable que tendía a emborronar la cuestión principal. Todo esto recuerda al Trotski del período que siguió a 1903, pero en su actitud había algo nuevo que era una profunda consideración personal por Lenin que influía siempre, y a menudo determinó, sus decisiones finales.

Era tan natural para los bolcheviques el creer que la supervivencia de la Revolución en Rusia dependía de que se extendiese rápida-

[127] J. Sadoul, *Notes sur la Révolution Bolchevique* (1919), p. 386; más tarde, Sadoul lo resumió diciendo que «desde Brest, Trotski y Lenin han multiplicado sus esfuerzos para llevar a las potencias de la Entente a estrecha y leal colaboración para la reorganización económica y militar de Rusia» (*ibid.*, p. 22).

[128] Lenin, *Sochineniya*, xxii, 290.

mente por Europa central y occidental, que lógicamente asumían, tanto que la revolución en Europa era una cosa inminente, cuanto que su misión primordial consistía en precipitarla y promoverla. Estos puntos de fe, mantenidos por el entusiasmo revolucionario de la victoria de octubre, no habrían de abandonarse fácilmente. El aceptar el Tratado de Brest-Litovsk se sintió como un insulto a estos dos artículos de fe. La situación actual de Europa —expresó Bujarin en el séptimo Congreso del partido— no puede definirse más que como «el colapso, la disolución de las viejas relaciones capitalistas» bajo la presión de la guerra. Citó las huelgas y el establecimiento de soviets en Viena y Budapest en enero de 1918, y las huelgas de Alemania, ya más adelantado el mes, como prueba de que la revolución europea estaba en camino. Y ése fue el momento que Lenin eligió para introducir una política de pacífica colaboración entre la Rusia soviética y las potencias capitalistas. Aceptar el tratado significaba derribar el pilar más importante de la política soviética: la promoción y aliento de la revolución mundial.

> Hemos dicho y seguimos diciendo (continuó Bujarin amargamente) que, al final, todo depende de si la revolución internacional vence o no vence. Nuestra salvación, en último término, es la revolución internacional; nada más... Al renunciar a la propaganda internacional prescindimos del arma más afilada de que disponemos [129]

Bujarin y sus seguidores se aferraban a la idea de emprender la «guerra revolucionaria» contra los gobiernos capitalistas como primera y principal función del poder soviético, la única que no había que abandonar por muchos obstáculos que presentasen las perspectivas más inmediatas. Y esta opinión seguía gozando en el partido de más simpatías de lo que se desprende de las votaciones finales sobre el tratado.

El modo como Lenin enfocaba el problema es mucho más complejo. Desde 1905 no había vacilado ni un momento con respecto a la firme convicción de que el apoyo del proletariado europeo era una condición de la revolución socialista victoriosa en Rusia, y había predicho explícitamente en el primer Congreso de Soviets de toda Rusia de junio de 1917 que, tras hacerse con el poder, «las circunstancias pueden forzarnos a una situación de guerra revolucionaria», aunque añadió con alegre optimismo:

[129] *Sedmoi Syezd Rossiskoi Kommunisticheskoi Parti* (1923), pp. 34-35, 40-41.

Os bastará con declarar que no sois pacifistas, que vais a defender vuestra república, la democracia proletaria de los obreros, contra los alemanes y franceses y demás capitalistas; ello será suficiente para conseguir la paz [130].

Pero Lenin se había aferrado con la misma firmeza, también desde 1905, al otro presupuesto esencial de la Revolución rusa —la alianza del proletariado con el campesinado—, y en el momento crítico de octubre de 1917 los campesinos, transmutados en una especie de ejército desmoralizado que clamaba pidiendo paz y tierra, constituían la preocupación primordial de Lenin. Los decretos sobre la tierra y sobre la paz fueron el resultado de esta ansiedad de Lenin, aunque el último pareciese dar mucha más importancia a la paz y muy poca a la revolución mundial. La alianza revolucionaria se cimentó, tras el Congreso de Campesinos de toda Rusia de noviembre de 1917, cuando la izquierda eserita entró a formar parte del Gobierno soviético. «En el momento actual —dijo Lenin, razonando sobre la necesidad de aceptar aquella 'vergonzosa' paz— dependemos del apoyo, no solamente del proletariado, sino también del campesinado más pobre, que nos abandonará si continúa la guerra» [131]. Bubnov, uno de los seguidores de Bujarin en el debate del séptimo Congreso del partido sobre la cuestión de Brest-Litovsk, describió de una manera bastante exacta la Revolución de Octubre como «una apuesta hecha simultáneamente por la revolución internacional y por el campesino» [132]. Se dejó que Riazanov, culto marxista y *enfant terrible* del partido, hablase sin reparos en el Congreso diciendo que el partido proletario «se vio obligado en el momento en que tomó el poder en sus manos a enfrentarse con un dilema, el de decidir si debía apoyarse en las masas campesinas o en el proletariado de Europa occidental» [133].

Lenin se negó firmemente a admitir la cuestión en esta forma. En su pensamiento no podía existir incompatibilidad alguna entre las dos condiciones esenciales de la victoria del socialismo en Rusia. En sus tesis de enero sobre la conclusión de la paz no había pedido más que «un cierto intervalo de tiempo, unos pocos meses, tras los cuales el gobierno socialista podrá tener las manos completamente libres para vencer a la burguesía, antes de todo, en su propio país» [134]. Stalin y Zinóviev le prestaron su decidido apoyo en los debates del

[130] Lenin, *Sochineniya,* xx, 487.
[131] *Ibid.,* xxii, 200.
[132] *Sedmoi Syezd Rossiskoi Kommunisticheskoi Parti* (1923), p. 63.
[133] *Ibid.,* p. 87.
[134] Lenin, *Sochineniya,* xxii, 194.

comité central; Stalin declaró que «no hay movimiento revolucionario en el Oeste, no hay hechos, solamente una potencialidad», y Zinóviev argumentó que, aunque «al hacer la paz fortaleceremos el chovinismo en Alemania y debilitaremos por cierto tiempo el movimiento en todo Occidente», eso era mejor por lo menos que «la ruina de la República socialista». Lenin rechazó el apoyo que le viniese basado en cualquiera de estos dos argumentos. *Existía* «un movimiento de masas de Occidente», aunque la Revolución no había comenzado aún, y si los bolcheviques cambiaban su táctica contando con ella «traicionarían al socialismo internacional». Por otro lado, si Zinóviev tenía razón y si «el movimiento germánico es capaz de desarrollarse inmediatamente en el caso de una ruptura de las negociaciones de paz, habremos de sacrificarnos, puesto que la revolución alemana será mucho más poderosa que la nuestra» [135]. En su discurso ante el séptimo Congreso del partido repitió en términos categóricos lo que había dicho antes muchas veces y lo que repetiría otras muchas:

> No hay la menor duda de que la victoria final de nuestra Revolución sería cosa perdida si nos quedásemos solos, si no hubiese movimiento revolucionario en otros países... Nuestra salvación con respecto a todas estas dificultades, lo repito, está en la revolución en toda Europa [136].

Poco después de transcurrido un mes estableció de nuevo la posición de principio, con motivo de su polémica contra la oposición izquierdista:

> En la cuestión de la política exterior nos enfrentamos con dos líneas de conducta fundamentales: la proletaria, que da preferencia a la revolución socialista antes que a nada, y la coloca por encima de todo lo demás, y que nos señala que hemos de tener en cuenta la probabilidad de que ésta se produzca o no rápidamente en Occidente; y la otra línea, la burguesa, para la cual la posición de gran potencia y la independencia nacional se colocan por encima de todo lo demás [137].

Y seguía:

> No hay socialista que no haya demostrado *con hechos* que está dispuesto a los mayores sacrificios por parte de «su propio» país, con tal de que la causa de la revolución socialista pueda avanzar de verdad [138].

[135] *Protokoli Tsentralnogo Komiteta RSDRP* (1929), pp. 204-205; Lenin, *Sochineniya*, xxii, 202.
[136] *Ibid.*, xxii, 319.
[137] Lenin, *Sochineniya*, xxii, 481.
[138] *Ibid.*, xxiii, 181.

Estas no eran las palabras propias de un hombre que creyese haber sacrificado la causa de la revolución en Europa al aceptar la paz de Brest-Litovsk; y cuando, ocho meses después, Alemania estaba a punto de derrumbarse por una derrota militar, y la revolución parecía inminente en la mitad del continente, Lenin pudo persuadirse, sin mayor dificultad, de que todo ello era recompensa y consecuencia de la política de Brest-Litovsk:

> Hasta el más ciego de los obreros de los diferentes países puede ver ahora cuánta razón tenían los bolcheviques en basar toda su táctica en el apoyo de una revolución obrera a escala mundial y en no asustarse ante los sacrificios más diversos y más duros [139].

Lenin volvió las tornas con respecto a los defensores de la «guerra revolucionaria», intentando demostrar que lo que se había hecho realmente en Brest-Litovsk había sido el sacrificio de un orgullo nacional corto de vista en aras de la causa a largo plazo de la revolución mundial.

Los desacuerdos entre Lenin y Trotski sobre la cuestión de Brest-Litovsk eran menos profundos que los que separaban al primero de los partidarios de Bujarin. La fuerte personalidad de Trotski y su papel dramático en la historia de Brest-Litovsk le confirieron una gran importancia práctica y un relieve no menor ante los ojos de sus contemporáneos y de la posteridad; pero la imagen popular de Trotski, defensor de la revolución mundial, chocando contra Lenin, campeón de la seguridad nacional o socialismo de un solo país, está tan deformada que puede considerarse casi, o totalmente, falsa. La agilidad mental de Trotski y el brillante relampagueo de su manera de comportarse le llevaban a afirmarse del modo más extremo y dogmático en cualquier posición en la que viniese a encontrarse en un momento dado. Si bien Trotski, en su calidad de Comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores, consideró como su función más importante la de levantar la bandera de la revolución mundial, se aplicó también asidua y elocuentemente a afirmar los intereses nacionales. No contaba aún quince días la Revolución, cuando Trotski se burlaba ya de «las clases dirigentes de Europa», que no caían en la cuenta de que el decreto de paz era «una proposición que emana de un Estado que

[139] *Ibid.*, xxiii, 215. Otro discurso pronunciado pocas semanas después es aún más explícito: «en el momento de la paz de Brest tuvimos que ponernos enfrente del patriotismo, y decir: si sois socialistas, tenéis el deber de sacrificar vuestros sentimientos patrióticos en nombre de la revolución internacional que ha de llegar, que no ha llegado todavía pero en la que tenéis que creer si sois internacionalistas» (*ibid.*, xxiii, 313).

representa a muchos millones de gentes» [140]. Pocos días después anunciaba orgullosamente que «todo ciudadano ruso, aunque sea un emigrante político o un soldado revolucionario en Francia, está ahora bajo la protección de la autoridad gubernamental de la Revolución Rusa» [141]; y aproximadamente al mismo tiempo fue cuando el ministro servio en Petrogrado se quejó de que los bolcheviques eran «los imperialistas más totales» y de que «en política exterior no hay realmente diferencia entre Sazonov y Trotski» [142]. Aunque en la controversia sobre Brest-Litovsk, Trotski fue el defensor más elocuente e ingenioso de la revolución mundial, fue también el campeón de la política que defendía el enfrentamiento de un grupo de capitalistas contra el otro; estaba, pues, en el polo opuesto de los que defendían la razón del puro principio revolucionario, no hollado por ningún compromiso o expediente. «Los hechos se entrelazan —dijo Trotski en el comité central—, y por consiguiente puede haber una posición intermedia» [143]. Esta capacidad de estar a caballo entre dos posiciones extremas era la que había provocado el reproche que Lenin hizo a Trotski en el pasado de carecer de principios: «Es imposible razonar con Trotski sobre lo sustancial —había escrito Lenin amargamente en 1911—, puesto que no tiene opiniones» [144]. La confianza mutua que se desarrolló entre estos dos hombres desde el verano de 1917 no alteró estas diferencias de enfoque intelectual.

El resultado último de los largos debates sobre la cuestión de Brest-Litovsk no fue, por consiguiente, la derrota dramática de un principio por el otro, sino el lento forjarse de una síntesis que en los años siguientes iba a informar las relaciones soviéticas con el mundo. El proceso de razonamiento, juntamente con la presión de los sucesos, estrecharon gradualmente la grieta de la diferencia existente entre Lenin y Trotski, incluso cuando los izquierdistas permanecieron en actitud inconciliable. La insistencia inicial de Trotski sobre la revolución mundial se basaba en una exageración desmesurada de las perspectivas revolucionarias en Alemania. Al principio su optimismo había sido compartido por Lenin y por la totalidad del partido, y las huelgas de enero de 1918 en Austria y Alemania vinieron a reavivar por un momento las esperanzas vacilantes. El error de Trotski fue aferrarse a ese optimismo, cuando Lenin hacía mucho que lo había perdido. Cuando anunció su fórmula de «ni guerra ni paz» a la

[140] *Protokoli Zasedani VTsIK 2 Soziva* (1918), p. 40.
[141] Trotski, *Sochineniya,* iii, ii, 178.
[142] I. Maiski, *Vneshniaya Politika RSFSR,* 1917-1922 (1922), p. 24.
[143] *Protokoli Tsentralnogo Komiteta RSDRP* (1929), p. 251.
[144] Lenin, *Sochineniya,* xv, 303.

atónita delegación alemana de Brest-Litovsk, expresó la firme convicción de que «el pueblo alemán y los pueblos de Austria y Hungría no permitirán» una reanudación de hostilidades [145]. E incluso, después de anunciarla los alemanes el 18 de febrero de 1918, creyó aún que era «indispensable esperar y ver qué impresión producirá esto en el pueblo alemán» y ver «cómo influye en los obreros alemanes» [146]. La objeción que presentaba a la aceptación del ultimátum germánico era la probabilidad de que podía simplemente abrir «la posibilidad de otros ultimatums ulteriores» [147]. De este modo Trotski se fue moviendo gradualmente hacia una posición en la que no ponía en entredicho la exactitud del diagnóstico de Lenin, sino lo acertado de su política en el caso de que ese diagnóstico fuese correcto. Por otra parte, aunque Lenin insistiese en la necesidad de la defensa nacional, estaba muy lejos de abandonar la causa de la revolución mundial, que constantemente afirmaba como suprema meta de su política. Lo que creía necesario era un tiempo de respiro para completar el derrocamiento de la burguesía y organizar el país en el interior; lograda la paz —decía— «tendremos las dos manos libres y podremos emprender una guerra revolucionaria contra el imperialismo internacional» [148].

> Asumir que no va a haber tiempo para respirar y que habrá constantemente ultimatums [dijo Lenin contestando a Trotski] es creer que no hay movimientos en Occidente. Suponemos que los alemanes lo pueden todo. Nosotros también apostamos por la revolución, pero usted cuenta por semanas y nosotros por meses [149].

Sokólnikov añadió que «se firmarían las condiciones con un aplazamiento limitado para prepararse para la guerra revolucionaria», y Lenin confirmó que él también creía «indispensable el prepararse para la guerra revolucionaria» [150]. Un manifiesto del partido, publicado poco después para explicar la decisión de aceptar las condiciones alemanas, concluía con un argumento basado en el interés de la revolución mundial:

[145] *Mirnie Peregovori v Brest-Litovske*, i (1920), 209.
[146] *Protokoli Tsentralnogo Komiteta RSDRP* (1929), pp. 231, 241.
[147] *Ibid.*, p. 248.
[148] *Ibid.*, p. 201.
[149] *Ibid.*, p. 250; con una sola excepción (Stalin, *Sochineniya*, iv, 27) las intervenciones de Stalin en estos debates del comité central no se han reimpreso en sus obras completas.
[150] *Protokoli Tsentralnogo Komiteta RSDRP* (1929), p. 251.

Sosteniendo el poder soviético, prestamos el apoyo mejor y más poderoso al proletariado de todos los países en su penosa lucha, de una dificultad sin precedentes, contra su propia burguesía. No hay ni puede haber golpe mayor contra la causa del socialismo que el hundimiento del poder soviético en Rusia [151].

Se trataba de la defensa nacional, pero con una diferencia:

Somos «defensistas»; desde el 25 de octubre de 1917 hemos conquistado el derecho a defender la patria. No estamos defendiendo tratados secretos porque los hemos roto en pedazos; los hemos revelado al mundo entero. Y ahora estamos defendiendo la patria contra los imperialistas. Porque defendemos, venceremos. No somos partidarios del Estado, no defendemos una posición de gran potencia; a Rusia no le queda más que la Gran Rusia. No se trata pues de intereses nacionales. Afirmamos que los intereses del socialismo, del socialismo mundial, son superiores a los nacionales, están por encima de los intereses del Estado. Somos «defensistas» de la patria socialista [152].

Así, pues, el precipitado final de la crisis de Brest-Litovsk fue una política exterior encaminada por igual a promover la revolución mundial y la seguridad nacional de la república soviética, y que se negaba a reconocer que esos dos objetivos esenciales fuesen incompatibles. La revolución mundial era la única garantía de la seguridad nacional; pero la seguridad nacional era también condición indispensable para impulsar con éxito la revolución mundial.

Apenas desaparecida la inmediata presión de la intervención alemana sobre la República soviética, comenzó la intervención del grupo capitalista opuesto con el desembarco japonés en Vladivostok, que tuvo lugar el 4 de abril de 1918. Desde ese momento, y por espacio de dos años y medio con una corta interrupción, la Rusia soviética estuvo en estado de guerra no declarada contra las potencias aliadas. La incompatibilidad entre las dos facetas de la política exterior soviética era impensable en condiciones de guerra, y su misma debilidad militar hizo que el arma defensiva más eficaz del arsenal soviético fuese la propaganda revolucionaria entre los pueblos de las potencias enemigas.

Los hechos de la historia mundial [escribió Lenin en noviembre de 1918] han demostrado a esos patriotas rusos que no quieren escuchar nada que no sean los intereses inmediatos de su patria, concebidos al viejo estilo, que la transformación de nuestra Revolución rusa en una revolución socialista no fue

[151] *Ibid.*, p. 292.
[152] Lenin, *Sochineniya,* xxii, 13-14.

una casualidad, sino una necesidad porque *no había otra elección;* el imperialismo anglo-francés y americano estrangulará *inevitablemente* la independencia y libertad de Rusia *a no ser* que triunfe la revolución socialista, el bolchevismo, a escala mundial [153].

Pero también podía invocarse directamente el motivo de la defensa nacional contra el invasor extranjero y sus agentes, y ello revistió a la política soviética, especialmente hacia el final de este período, con una aureola de patriotismo ruso. Unicamente se hicieron presentes de nuevo las controversias y dificultades de la doble política cuando acabó la guerra civil y se establecieron relaciones pacíficas con las potencias capitalistas, del mismo modo que había sucedido en los días más dramáticos en que se forjaba la paz de Brest-Litovsk. Pero hasta que eso llegó, las dos facetas de la política exterior soviética —el impulso a la revolución mundial y la prosecución de la seguridad nacional— fueron meramente instrumentos diferentes de un único propósito íntegro y firme.

[153] Lenin, *Sochineniya,* xxiii, 291.

Capítulo 22

LA DOBLE POLITICA

Dos hechos penosos y desconcertantes se hicieron patentes a la luz de la crisis de Brest-Litovsk. El primero fue la terrible e impotente debilidad militar de la República soviética, cuyo territorio, en toda su extensión, era fácil presa para el enemigo. Poco más de un mes separó el cese de la ofensiva alemana en Rusia Blanca y en el Báltico del primer desembarco japonés en el Extremo Oriente, y la extensión y consolidación de la ocupación alemana de Ucrania continuó sin interrupción durante este período. El segundo fue el aplazamiento de la revolución europea, en la que se basaban las esperanzas, no sólo de algunos optimistas, sino de todos los bolcheviques. Las huelgas de enero de Berlín y de Viena habían sido aplastadas; el gobierno alemán estuvo tan afortunado al tapar todas las brechas que incluso los bolcheviques olvidaron que pudieran haberse percibido alguna vez, y empezaron, por medio de un proceso de reacción, a sobrestimar el poder de resistencia de Alemania. La moraleja era evidente. Trajese el futuro lo que trajese, el régimen soviético, por el momento, dependía de sus escasos recursos propios para poder sobrevivir.

La primera reacción manifiesta frente a esta conciencia de aislamiento y debilidad fue el reconocer la necesidad de organizar la defensa militar. Dentro de la doctrina marxista era sustancial la noción de que la revolución destruiría el ejército juntamente con las demás

instituciones públicas del Estado burgués, y crearía sus propias fuerzas armadas según un patrón totalmente diferente. La condición de toda revolución en Europa, escribió Marx durante la Comuna de París, era «no transferir la maquinaria burocrático-militar de un grupo a otro como se ha venido haciendo hasta ahora, sino destruir totalmente tal organización»[1]. Tanto la Primera Internacional como la Segunda votaron resoluciones sobre la abolición de los ejércitos permanentes y su sustitución por lo que se llamó, indistintamente, «la milicia del pueblo» o «la nación en armas». Lenin, en sus *Cartas desde lejos,* escritas en Suiza en marzo de 1917, quería «fusionar la policía, el ejército y la burocracia con *el pueblo del universo entero en armas*» y crear «una verdadera milicia popular, general y universal bajo la dirección del proletariado». Decía no tener «plan» alguno en relación con tal milicia, pero pensaba que «armaría universalmente a todo el pueblo y le instruiría en el arte de la guerra»; lo cual sería una garantía «contra todas las tentativas de restaurar la reacción y contra todas las intrigas de los agentes zaristas»[2]. En *El Estado y la Revolución,* una vez más, volvió a emparejar a la burocracia y al ejército como «las dos instituciones más características» del mecanismo estatal burgués, que la revolución tendría que destruir en lugar de apoderarse de ellas[3]. Cuando, por lo tanto, los propagandistas bolcheviques ayudaron a desintegrar y disolver el ejército ruso en 1917, actuaban, consciente o inconscientemente, de acuerdo con la doctrina del partido. Casi las únicas grandes unidades que conservaron su cohesión durante el período de desorden y pasaron, más o menos intactas, del viejo ejército al nuevo, fueron los regimientos letones que, de esta manera, se aseguraron una cierta notoriedad durante los primeros días de la Revolución.

La Guardia Roja, precursora del Ejército Rojo, se concibió como una especie de institución diferente del viejo ejército, que descansaba en una estructura de clase distinta y presentaba otro aspecto y otros propósitos.. Nació en Petrogrado, bajo la forma de una guardia de obreros fabriles, en el curso del verano de 1917, siendo recono-

[1] Marx i Engels, *Sochineniya, xxvi,* 105. Lenin en *La revolución proletaria y el renegado Kautsky,* escrito en otoño de 1918, declaraba que «el primer principio de toda revolución victoriosa», como ha sido expuesto por Marx y Engels, era «aplastar el viejo ejército, disolverlo y remplazarlo por otro nuevo» *(Sochineniya,* xxiii, 378-79), pero ni Marx ni el propio Lenin antes de 1917 parece que hicieran referencia a las futuras levas revolucionarias como un «ejército». La palabra «ejército», como la de «burocracia» y como la misma de «estado» tenían una connotación desfavorable.

[2] Lenin, *Sochineniya,* xx, 35-37.

[3] *Ibid.,* xxi, 388.

cida por el Soviet de Petrogrado durante el caso Kornílov como una «milicia de trabajadores». Se trataba, principalmente, de una creación de los bolcheviques, quienes ponían en primer término su lealtad al partido. Fue la delegación bolchevique en la «conferencia democrática» de Moscú, de septiembre de 1917, la que pidió «el armamento general de los obreros y la organización de una Guardia Roja»[4]. Por otra parte, la Guardia Roja no poseía una instrucción militar seria y se ajustaba al patrón establecido por Lenin, en marzo anterior, de una milicia que defendiera la Revolución contra conspiraciones contrarrevolucionarias e intrigas, más que al tipo de un ejército equipado para la lucha en el campo de batalla. Los efectivos de la Guardia Roja en Petrogrado, en octubre, se estimaron oficialmente en no más de diez a doce mil[5]. En el golpe bien organizado que aseguró la victoria de la Revolución de Octubre no encontró ninguna oposición militar a la que hacer frente. Durante las primeras semanas del régimen soviético, la principal función de la Guardia Roja fue la de ocupar o vigilar edificios públicos, asegurar los servicios de primera necesidad y escoltar a los dirigentes soviéticos.

Sin embargo, mientras se acercaba el momento de la toma del poder, la ambigüedad de la situación había empezado a preocupar a algunos de los líderes bolcheviques. Hacía tiempo, bajo el inmediato impulso de las experiencias de 1905, Trotski había escrito que la primera tarea de un gobierno revolucionario provisional sería «una organización radical del ejército»[6]. En junio de 1917, una conferencia de organizaciones militares bolcheviques señaló, prudentemente, la necesidad «de crear una ayuda material armada para la Revolución, extraída de los elementos revolucionario-democráticos del ejército que se unen y siguen a los socialdemócratas»[7]. Pero la opinión predominante seguía siendo que la antorcha de la Revolución, una vez prendida con éxito en Petrogrado y Moscú, llevaría rápidamente la conflagración a través del resto de Rusia y de Europa, de tal manera que las operaciones militares en defensa de la Revolución, contra ejércitos organizados, no formaban parte de la escena. La función primordial de los tres miembros del primer Sovnarkom, que formaban un «comité conjunto para asuntos militares y navales», era com-

[4] *Protokoli Tsentralnogo Komiteta RSDRP* (1929), p. 63.

[5] *Bolshaya Sovetskaya Entsiklopediya*, xxxiv (1937), 579, art. «Krasnaya Gvardia»; Trotski hace mención de un cálculo contemporáneo de 40.000 y lo considera «probablemente exagerado» (L. Trotski, *Istoriya Russkoi Revolutsi* (Berlín), ii, ii [1933], 207).

[6] Trotski, *Sochineniya*, ii, i, 62.

[7] VKP(B) *v Revolutsiyaj* (1914), i, 248.

pletar la liquidación y desmovilización del antiguo ejército. La formación de ejércitos regulares por los generales «blancos» y el principio de algo semejante a una guerra formal en Ucrania, fue lo que obligó al nuevo régimen a emprender la tarea de constituir una fuerza militar capaz de enfrentarse con aquéllos. Se dice que la decisión de crear un ejército rojo se tomó en el transcurso de una reunión de dirigentes del partido celebrada el 19 de diciembre de 1917-1.º de enero de 1918. La denominación de «Ejército Rojo de Obreros y Campesinos» fue adoptada en esta ocasión [8].

Cuando se tomó esta decisión, las negociaciones de paz de Brest-Litovsk habían sido aplazadas por primera vez y Trotski estaba a punto de ocupar la presidencia de la delegación soviética, pero no se tenía aún plena conciencia del peligro militar, y su desarrollo fue lento. La Declaración de Derechos del Pueblo Trabajador y Explotado, aprobada, en su origen, por el VTsIK el 3-16 de enero de 1918, anunciaba el principio de «armar a los trabajadores, de la formación de un ejército rojo socialista de obreros y campesinos y del desarme total de las clases propietarias» [9]. Entonces, el 15-28 de enero de 1918, el día en que Trotski volvió a Brest-Litovsk con el mandato del comité central del partido para la última fase de las negociaciones, el Sovnarkom promulgó un decreto para la creación de un «Ejército Rojo de Obreros y Campesinos», compuesto por voluntarios extraídos de los «elementos con más conciencia de clase, y más organizados, de las masas trabajadoras». Este decreto fue seguido, una quincena más tarde, por otro que creaba una «Armada Roja de Obreros y Campesinos Socialistas» [10]. Lo que esto pudiese suponer en la práctica es otra cosa. Más tarde se constató que en Petrogrado, donde es de suponer que fuese más fuerte el impulso para defender la Revolución, solamente se alistaron cinco mil quinientos voluntarios durante el primer mes que siguió a la publicación de este decreto [11]. Pero el 22 de febrero de 1918, cuando recomenzó el avance alemán y las estipulaciones finales de Hoffmann estaban en vías de realizarse, se publicó en *Pravda* una proclama del Sovnarkom bajo el título «La patria socialista está en peligro»; proclamaba que todas las fuerzas y recursos del país debían dedicarse plenamente

[8] Archivos no publicados del Ejército Rojo, citados en *Voprosi Istori*, n.º 2, 1948, p. 50. Lenin, Stalin y Podvoiski (el miembro más antiguo del colegio de asuntos militares) son mencionados como presentes en la reunión; pero la mención de Stalin y la omisión de Trotski son algo que convenía para un artículo publicado en 1948 y no necesariamente auténtico.

[9] *Sobranie Uzakoneni*, 1917-1918, n.º 15, art. 215.

[10] *Ibid.*, n.º 17, art. 245; n.º 23, art. 325.

[11] G. S. Pujov, *Kak Vooruzhalsya Petrograd* (1933), p. 12.

a la defensa revolucionaria; que los trabajadores y los campesinos deberían movilizar batallones para cavar trincheras a lo largo del nuevo frente y que todas las personas útiles de la burguesía debían formar parte de estos batallones y trabajar bajo la vigilancia de la Guardia Roja, concluyendo con este triple lema:

> La patria socialista está en peligro.
> ¡Viva la patria socialista!
> ¡Viva la revolución socialista internacional! [12]

Esta proclama fue en realidad el punto de partida para el reclutamiento del Ejército Rojo. El día siguiente, 23 de febrero, se conmemoró desde entonces como el «Día del Ejército Rojo» [13], y Trotski, en una defensa medio en broma de su política en Brest-Litovsk, declaró que «la ofensiva del general Hoffmann nos ha ayudado para empezar en serio a crear el Ejército Rojo» [14]. De acuerdo con las estadísticas, el número de alistamientos en Petrogrado, que era solamente de 5.500 el 25 de febrero, subió hasta 15.300 el primero de marzo [15]. El 4 de marzo de 1918, día siguiente a la firma del Tratado de Brest-Litovsk, llegó la noticia de la dimisión de Trotski como Comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores y su nombramiento como presidente de un Consejo Supremo de Guerra [16].

[12] Según Trotski, la frase «la patria socialista» fue sugerencia suya, y, cuando los eseritas de izquierda protestaron, Lenin replicó: «Muestra a primera vista el giro de 180 grados en nuestra actitud en defensa de la patria; es exactamente lo que necesitamos» (L. Trotski, *O Lenine* (s. f. [1924]), p. 104).

[13] Por qué se aceptó el 23 de febrero como el «Día del Ejército Rojo» es difícil de rastrear. El primer «Día del Ejército Rojo» para estimular el reclutamiento se proclamó el 28 de enero-10 de febrero de 1918 (*Rabochaya i Krestianskaya Krasnaya Armiya i Flot,* n.º 10 [55] de la fecha). Más adelante se proclamó, al mismo fin, «Día del Ejército Rojo» el 22 de marzo de 1918, y fue con ocasión de un discurso de Trotski (véase p. 75 más adelante). Durante algún tiempo los escritores soviéticos autorizados (p. ej., Antonov-Ovsienko en *Za Piat Let* [1922], p. 155) tenían la costumbre de explicar que el decreto de 15-28 de enero de 1918 para la creación del Ejército Rojo fue publicado primero el 23 de febrero; esto, sin embargo, es inexacto. La historia oficial del partido en circulación, publicada en 1938, hace referencia a que rechazó a los invasores germanos en Narva y Pskov el «nuevo ejército» y añade: «23 de febrero —día en que las fuerzas del imperialismo alemán fueron rechazadas— se considera como el del nacimiento del Ejército Rojo» *(History of the Communist Party of the Soviet Union* [*Bolsheviks*]: *Short Course)* (Trad. ingl., 1939, p. 217).

[14] L. Trotski, *Kak Vooruzhalas Revolutsiya,* i (1923), 14.

[15] G. S. Pujov, *Kak Vooruzhalsya Petrograd* (1933), p. 13.

[16] R. H. Bruce Lockhart, *Memoirs of a British Agent* (1932), p. 242. En el primer Consejo de Comisarios del Pueblo, el control de los asuntos milita-

Desde este momento, los líderes soviéticos hicieron de la defensa nacional un tema constante. En el séptimo Congreso del partido, reunido para deliberar sobre la ratificación del Tratado de Brest-Litovsk, Lenin hizo referencia a la situación militar del país con inusitada amargura:

Un país de pequeños agricultores, desorganizado por la guerra, reducido por su causa a una miseria inaudita, se encuentra en una situación excepcionalmente difícil: no tenemos ejército y tenemos que continuar viviendo frente a frente con unos bandidos armados hasta los dientes.

Y continuaba:

Por culpa del ejército tenemos que pactar con el imperialismo [17].

La resolución del Congreso a favor de la ratificación, puesto que no iba a ser publicada, no se hallaba limitada por restricción diplomática alguna:

El Congreso reconoce que es inevitable la ratificación del duro y humillante tratado firmado por el mando soviético, en vista del hecho de que no poseemos ejército, de la situación de extraordinario agotamiento de las unidades en la línea del frente y en vista de la necesidad de aprovechar cualquier respiro, por muy pequeño que sea, antes de que el ataque del imperialismo a la República Socialista Soviética...

Por lo tanto, el Congreso declara que reconoce como primera y fundamental tarea del partido, de toda la vanguardia del proletariado consciente y del poder soviético, la de tomar las medidas más enérgicas, duras y draconianas para elevar la autodisciplina y la disciplina de los obreros y campesinos de Rusia; explicar lo inevitable, en la coyuntura histórica de Rusia, de una guerra de liberación socialista patriótica [18], y crear en todos lados y lugares organizaciones de masas firmemente unidas entre sí y unificadas por una sola voluntad de hierro... y, por último, proveer a la instrucción de la población adulta en las artes y en las operaciones militares, que sea general, universal y sistemática sin discriminación alguna de sexos [19].

Y la resolución del VTsIK, que aprobó la ratificación fechada dos días más tarde, abandonaba el tono general para afirmar «el dere-

res se encomendó a un comité formado por tres comisarios, Antonov-Ovsienko, Krilenko y Dibenko, que se amplió en esta época a un «Colegio de toda Rusia», del que Trotski era miembro (L. Trotski, *Kak Vooruzhalas Revolutsiya*, i [1923], 101-02). El Consejo Superior de Guerra fue una nueva creación.

[17] Lenin, *Sochineniya*, xxii, 318-19, 325.

[18] La palabra «socialista» se añadió a la frase conocida usada por todos los historiadores rusos tradicionales de la «patriótica» guerra de 1812: el eco era intencional y no podía pasar desapercibido a ningún ruso.

[19] VKP(B) *v Rezolutsiyaj* (1941), i, 278.

cho y el deber de defender la patria socialista»[20]. Durante la segunda mitad de marzo de 1918, ratificado oficialmente el tratado y establecido el gobierno soviético en su nueva capital, la tarea de organización del Ejército Rojo empezó a asumir importancia. Un discurso de Trotski en el Soviet de Moscú, de 19 de marzo, fue seguido dos días después por una proclama embellecida con la mejor retórica de Trotski, sobre las necesidades del nuevo ejército, y el día siguiente, 22 de marzo de 1919, fue proclamado «Día del Ejército Rojo», para estimular la campaña de reclutamiento[21].

A principios de abril se creó un nuevo puesto. Trotski se convirtió en «Comisario del Pueblo para la Guerra»[22]. Hasta ese momento, el antiguo Ministerio de la Guerra, rebautizado con el nombre de Comisariado de Guerra, se había ocupado de las cuestiones concernientes a la desarticulación y licenciamiento del antiguo ejército y se encontraba en una relación un tanto oscura con los organismos del régimen soviético encargados de formar el Ejército Rojo. La muerte del antiguo régimen y el nacimiento del nuevo se trataban como dos procesos independientes. Cuando Trotski añadió el título de Comisario del Pueblo para la Guerra al de Presidente del Consejo de Guerra, unió todas las organizaciones militares de la República soviética bajo un mismo control. De esta manera, el principio de unidad y continuidad se afirmó por primera vez, a modo de ensayo. Se vio claramente que organizar el Ejército Rojo desde la nada, sin aprovechar en absoluto la experiencia acumulada o la maquinaria superviviente del antiguo ejército ruso, era una tarea de titanes. Con el paso del tiempo, más y más ladrillos y sillares del antiguo edificio destruido fueron usados para construir el nuevo. El efecto de esta nueva política fue recíproco. Radek cuenta que, antes del término de las negociaciones de Brest-Litovsk, Altvater, el almirante adjunto a la delegación soviética, se le acercó y le dijo:

> He venido aquí porque se me ha obligado a hacerlo. No confiaba en usted. Pero ahora cumpliré con mi deber como nunca, pues creo sinceramente que serviré a mi patria obrando así[23].

[20] Lenin, *Sochineniya,* xxii, 410.

[21] Trotski, *Kak Vooruzhalas Revolutsiya,* i (1923), 25-30-99-100.

[22] El nombramiento fue confirmado por el VTsIK en 8 de abril de 1918 (*Protokoli Zasedani VTsIK 4^{go} Soziva* [1920], p. 73; la fecha de 28 de abril [*ibid.,* p. 4] es un error de imprenta); por mera coincidencia, en esta misma sesión se decidió por aclamación el hacer de la bandera roja «la bandera nacional» de la RSFSR (*ibid.,* p. 74).

[23] Citado en E. Vollenberg, *The Red Army* (segunda ed. 1940), p. 63

Tal vez fue por esta época cuando Lenin y Trotski mantuvieron conversaciones con Altvater y Behrens, otro oficial de alto rango de la Marina, sobre la reorganización de las fuerzas armadas —probablemente estos fueron los primeros contactos directos mantenidos con oficiales del régimen anterior [24]. Trotski, desde el Comisariado del Pueblo para la Guerra, se dio pronto cuenta de que la existencia de un Ejército Rojo eficiente no dependía únicamente de trasplantar parte de la antigua organización, sino de inculcarle el endurecimiento del antiguo cuerpo de oficiales y, por lo tanto, se puso a trabajar para derribar las barreras de desconfianza mutua que entorpecían el camino.

Unas semanas más tarde se dio otro significativo paso hacia adelante. El alistamiento voluntario, por muy atractivo que pareciese a la ideología revolucionaria, resultó un fracaso en lo referente a proveer de tropa al Ejército Rojo. El 22 de abril, después de un discurso de Trotski en el VTsIK, se dictó un decreto que hacía a toda la población adulta susceptible de ser incorporada, bien al servicio militar, bien a un servicio de trabajo. El decreto mantenía la doctrina vigente que consideraba el Ejército Rojo como un cuerpo de carácter clasista, reservando la instrucción militar, en el sentido estricto de la palabra, a los obreros y campesinos, mientras que los demás se destinaban al servicio menos honroso de los destacamentos de trabajo [25]. En la misma ocasión, el VTsIK aprobó los términos de un nuevo juramento militar, bajo el cual el miembro del Ejército Rojo, como «hijo del pueblo trabajador y ciudadano de la República soviética» hacía voto «ante las clases trabajadoras de Rusia y del mundo entero» de dedicar todas sus «actividades y pensamientos al propósito de la liberación de todos los obreros» y luchar por «la República soviética, por la causa del socialismo y por la hermandad de los pueblos» [26]. Un mes más tarde, un nuevo decreto proclamaba «la transición de un ejército de voluntarios a la movilización general de obreros y campesinos pobres», siguiendo inmediatamente decre-

[24] D. F. White, *The growth of the Red Army* (Princeton, 1944), p. 28.

[25] *Sobranie Uzakonei, 1917-1918,* n.º 33, art. 443; el principio de que el honroso derecho de defender la Revolución con las armas se concede solamente a los «trabajadores» fue reafirmado en el artículo 10 de la Constitución de la RSFSR. Los «comunistas de la izquierda» de este período (véase vol. 1, pp. 205-06) protestaban contra el alistamiento de la burguesía así como contra el empleo de especialistas (véase el manifiesto en *Kommunist,* n.º 1, 20 abril 1918, reimpreso en Lenin, *Sochineniya,* xxii, 561-71); Radek desarrolló el argumento en contra, en *Kommunist,* n.º 2, 27 abril 1918, pp. 14-16.

[26] *Protokoli Zasedani VTsIK 4go Soziva* (1920), pp. 176-77; *Sobranie Uzakoneni,* 1917-1918, n.º 33, art. 446.

nes de movilización para clases determinadas [27]. La guerra civil actuó en calidad de invernadero de muchos acontecimientos cuyas semillas habían sido sembradas después de Brest-Litovsk e incluso antes. La condena de Shchastny [28] fue un aviso a los oficiales en activo de que podían optar por el servicio leal al nuevo régimen o pasarse abiertamente a los «blancos»; y no todos estaban dispuestos para esta segunda variante. La intervención extranjera en la guerra civil dio a la causa soviética un sabor de patriotismo ruso que más tarde se convirtió en factor importante. Mientras tanto, la guerra civil impuso al Ejército Rojo la tarea de construir una administración central y un mando eficientes: y la organización central fue tomando, gradualmente, el puesto de la iniciativa local bajo la forma de alistamiento voluntario de levas locales [29]. En mayo de 1918, el Ejército Rojo contó con un estado mayor, y con un capitán general en la persona de Vatsetis, un letón que fue remplazado en julio de 1919 por Sergio Kámenev, antiguo coronel de la plana mayor zarista. El discurso de Trotski en el quinto Congreso de Soviets de toda Rusia de julio de 1918, cuando la guerra civil estaba empezando en serio, se dedicó a una exposición general de la política militar. Se excusó de tener que recurrir temporalmente al alistamiento voluntario, argumentando que el mecanismo para el alistamiento general no estaba todavía en marcha; y el uso de oficiales zaristas como «especialistas militares» fue enérgicamente defendido. La resolución del Congreso barrió la distinción entre obreros y campesinos y los antiguos burgueses o clase dirigente, aplicando el servicio militar obligatorio a todo «ciudadano honrado y sano de dieciocho a cuarenta años». Se pronunciaba por «un ejército centralizado bien instruido y equipado» y aprobaba el uso de «especialistas militares» [30]. Pero el Ejército Rojo, que venció en la guerra civil, era el lógico resultado de pasos inicia-

[27] *Ibid.*, n.º 41, art. 518; n.º 43, art. 528; n.º 44, art. 534.

[28] Véase vol. 1, p. 180.

[29] El informe de lo sucedido en Nizhni-Novgorod es probablemente característico del período. El Soviet de Nizhni-Novgorod no hizo nada para la organización del Ejército Rojo hasta que los miembros del comité de soldados del antiguo Tercer Ejército aparecieron allí a finales de febrero. Con su ayuda, se constituyó una «sección militar» provincial el 14 de marzo de 1918. Pero, entre esta fecha y el 23 de abril, se reclutaron solamente 1.680 voluntarios —la mayoría de ellos indeseables—, produciéndose entre ellos un motín el 23 de abril. Después de esto el alistamiento e instrucción de los reclutas empezó a tomarse en serio. Pero el decreto para la movilización general no se aplicó hasta finales de agosto (*God Proletarskoi Diktaturi: Yubiliini Sbornik* [Nizhni-Novgorod, 1918], pp. 54-57).

[30] *Piati Vserossiiski Syezd Sovetov* (1918), pp. 167-74; *Syezdi Sovetov RSFSR v Postanovleniyaj* (1939), pp. 88-91.

dos y cimientos establecidos con anterioridad al comienzo de la guerra. En el período que siguió a la crisis de Brest-Litovsk se tomaron las decisiones iniciales que hicieron posible transformar la Guardia Roja revolucionaria, en embrión y desorganizada, en un ejército nacional.

El cambio de criterio sobre la defensa nacional pareció implicar una mutación en el punto de vista con respecto a las relaciones exteriores, lo cual encontró una expresión simbólica cuando, al concluirse el Tratado de Brest-Litovsk, Trotski dimitió como Comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores. Al ardoroso agitador revolucionario siguió un vástago de la vieja diplomacia, cuya temprana conversión al bolchevismo no había borrado un cierto respeto innato a las formas tradicionales. Georgi Chicherin había dimitido como ministro de Asuntos Exteriores del régimen zarista en 1904, había abandonado Rusia y se había unido al Partido Socialdemócrata ruso, fluctuando, aparentemente, entre las facciones bolchevique y menchevique. La tarea más importante que le fue encomendada por el partido en esta época fue característica. A finales de 1907, durante el período de reunión de ambas facciones, el comité central constituyó una comisión especial para investigar las «expropiaciones» llevadas a cabo por la organización militante del partido. Chicherin, como persona de posición independiente en el partido, fue designado presidente de esta comisión. La investigación fue silenciada y no produjo resultado alguno. Este episodio debe considerarse como causa de las subsiguientes animosidades entre Chicherin y Stalin y Chicherin y Litvínov. En los años que siguieron a 1907, Chicherin era menchevique y no volvió a unirse a los bolcheviques hasta 1917. Chicherin era, gracias a su carácter y a su educación, una figura singular dentro de la constelación soviética, un hombre culto, de gustos personales delicados, algo esteta y un tanto hipocondríaco, cuya dedicación al marxismo radicaba en su sutil y preparadísimo intelecto más que en el aspecto emocional. Después de la fulgurante carrera de Trotski en el Narkomindel, Chicherin se dedicó a la paciente y poco espectacular tarea de organización.

El 25 de marzo de 1918, el Narkomindel se trasladó a su nuevo edificio de Moscú, con Karaján como subcomisario, y Radek como jefe de la división occidental. Litvínov se convirtió en miembro del Colegio del Comisariado unas semanas después [31]. Paulatinamente se fue constituyendo una plantilla diplomática y ministerial [32], y por

[31] *Desiat Let Sovetskoi Diplomati* (1927), pp. 7-10.

[32] El proceso fue naturalmente lento; en junio de 1918, un observador alemán informó que el «mismo Chicherin se ocupa de la firma de los pa-

medio del decreto de 4 de junio de 1918, al reconocer «la igualdad completa de grandes y pequeñas naciones», se abolieron los títulos y rangos de embajador y ministro, sustituyéndolos por el de «representante plenipotenciario» *(polpred* en abreviatura); y esto, a pesar de mostrar un ostentoso desprecio de la tradición, fue el comienzo de la organización de un servicio diplomático soviético regular [33].

Aunque Brest-Litovsk puso de relieve algunos de los impedimentos y contradicciones de la doble política, no afectó por ello a su esencia. El 14 de marzo de 1918, el cuarto Congreso de Soviets de toda Rusia contestó a las ambiguas congratulaciones de Wilson con un mensaje dirigido «al pueblo y, primero y principalmente, a las clases trabajadoras y explotadas de los Estados Unidos de Norteamérica», expresando su confianza de que «no se halla lejano el feliz momento en que las masas trabajadoras de todos los países burgueses se sacudan el yugo del capital y establezcan la organización socialista de la sociedad, única que puede asegurar una paz justa y duradera» [34]. Este mensaje estaba redactado en el mejor estilo de política extranjera, por medio de proclamas revolucionarias, y constituía —se dice que Zinóviev se jactó de ello— «una bofetada» al presidente americano [35]. Pero al día siguiente, cuando el Congreso aún debatía la ratificación del Tratado de Brest-Litovsk, *Izvestiya* publicaba un editorial del director Steklov, en el cual, aunque se mencionaba la respuesta sin criticarla, se adoptaba un punto de vista bastante diferente. Describía a la Rusia soviética como cercada por «dos imperialismos, uno de los cuales nos tiene cogidos por la garganta (Alemania), o se prepara a cogernos por la garganta (Japón), mientras que otro —en defensa de sus propios intereses, por supuesto— está dispuesto a echarnos una mano». El «otro» eran los Estados Unidos. La pregunta es obvia: «¿Qué imperialismo es más peligroso para nosotros: el alemán, el japonés o el americano?» Lo que se debatía —añadía el escritor en frase reveladora— era «el significado del Estado para la Revolución rusa». Entonces, después de una alusión a que los Estados Unidos «en vista de su rivalidad con Alemania y Japón no podía permitir que Rusia cayera bajo el dominio de una de estas dos potencias» y que los americanos podrían

pasaportes, de la reserva de alojamiento para nuestros corresponsales y de otras trivialidades por el estilo» (K. von Bothmer, *Mit Graf Mirbach in Moskau* [Tübingen, 1922], p. 59).

[33] *Sobranie Uzakoneni, 1917-1918,* n.° 39, art. 505.

[34] Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika,* ii (1926), 135.

[35] D. F. Francis, *Russia from the American Embassy* (N. Y., 1921), p. 230.

algún día «darnos dinero, armas, locomotoras, maquinaria, instructores, ingenieros, etc., para ayudarnos a remontar el desastre económico y crear un ejército nuevo y potente», el artículo terminaba con una firme declaración de principios:

Estamos convencidos de que una política totalmente socialista puede compaginarse con el más crudo realismo y con la práctica más juiciosa.

Una política estrictamente revolucionaria continuó, pues, ejerciéndose al mismo tiempo que una política exterior que tomaba en cuenta «el significado del Estado para la Revolución». En Brest-Litovsk fue la primera vez en que el nuevo régimen se vio obligado a enfrentarse con los usos consuetudinarios de las relaciones internacionales y a asumir obligaciones como Estado territorial. El nombramiento de Chicherin tuvo lugar durante un período de política «pasiva», cuando «el período de una política ofensiva y revolucionaria había sido remplazado por un período de retiradas y maniobras» [36].

Este cambio se compaginaba perfectamente con las necesidades de una situación desesperada, y es de señalar que cuando Lenin, en un memorándum confidencial escrito en mayo de 1918 y que no fue publicado durante su vida, definió la política de «retiradas y maniobras», de la cual Brest-Litovsk era el prototipo, estaba hablando en términos, no de cambio, sino de continuidad.

La política exterior del poder soviético no debe cambiarse bajo ningún concepto. Nuestra preparación militar no está todavía a punto y, por lo tanto, nuestra máxima general es la misma de antes: afianzarnos, retirarnos y esperar mientras continuamos la preparación con todas nuestras fuerzas.

Lenin no excluía la posibilidad de «acuerdos militares» con una u otra de las «coaliciones imperialistas». Pensando los pros y los contras de una amenaza alemana y otra japonesa, consideraba que, por el momento, «el peligro de ocupación alemana de Petrogrado, Moscú y la mayor parte de la Rusia europea» era más serio. Era de suma importancia evitar «cualquier paso precipitado o poco madurado» que pudiera «ayudar a los elementos extremistas de los partidos beligerantes» de uno u otro país; lo cual no excluía cualquier acuerdo con la coalición anglofrancesa [37]. Para los puristas, que pensaban que la política exterior podía deducirse de los primeros prin-

[36] G. Chicherin, *Vneshniaja Politika Sovetskoi Rossi za Dva Goda* (1920), p. 7.

[37] Lenin, *Sochineniya*, xxx, 384.

cipios revolucionarios, sin tomar en consideración las circunstancias del momento, y que uno de estos principios era el de mantener una hostilidad igual y absoluta frente a todas las potencias capitalistas, semejante especulación era una concesión al «oportunismo» o una regresión a los principios diplomáticos del antiguo régimen; Martov denunció duramente esta maniobra como «una retirada a la política de Miliukov» [38]. Pero la acusación, en la manera que se solía hacer, es decir, que después de Brest-Litovsk el gobierno soviético se había entregado a una política estrecha de intereses nacionales y había «decidido renunciar a las política de ataque al imperialismo», era falsa [39]. El nuevo énfasis —en la medida en que era nuevo— en el «significado político» de la Revolución no implicaba el abandono de posiciones revolucionarias anteriores. La doble política nació en el mismo momento en que la Revolución llegó al poder. Brest-Litovsk, y lo que vino después, no la crearon. Lo que hicieron fue poner de relieve y llevar a amigos y enemigos a la conciencia del carácter complementario y contradictorio de sus dos facetas, y ello estaba claro ya, en el verano de 1918, en la política soviética con respecto a los alemanes y a los aliados occidentales.

Las relaciones entre la Rusia soviética y Alemania estaban regidas formalmente por el Tratado de Brest-Litovsk, y los que más tarde reprocharon al gobierno soviético el abandono de los principios revolucionarios, citaban generalmente el artículo 2 del tratado por el que cada parte se comprometía a «evitar toda agitación o propaganda contra el gobierno o las instituciones políticas y militares de la otra parte». En la práctica, este famoso artículo tenía poca o ninguna importancia. No existe reseña de ninguna discusión sobre él en Brest-Litovsk o en Moscú antes de la firma del tratado ni de que se le hicieron objeciones. Parece ser que este artículo fue aceptado por la delegación soviética tan alegremente como los alemanes aceptaron la cláusula del armisticio que les prohibía retirar tropas para destinarlas al frente occidental de Alemania y con la misma falta de fe en que la otra parte respetase la cláusula. «Espero que podamos empezar también una revolución en su país», había dicho Joffe a Czernin en Brest-Litovsk [40] en tono amistoso. Al firmar el Tratado de Brest-Litovsk, Sokólnikov, jefe de la delegación soviética durante la última fase, expresó la creencia del Soviet de que «este triunfo del militarismo y el imperialismo sobre la revolución pro-

[38] *Chetverti Chrezvichaini Syezd Sovetov* (1920), p. 32.
[39] Esta acusación la hizo Radek en un artículo firmado «Viator», en *Kommunist*, n.º 2, 27 abril 1918.
[40] O. Czernin, *Im Weltkriege* (1919), p. 305.

letaria internacional será solamente temporal y transitorio»[41]. En público fue necesario mantener durante 1918 la ficción de que el artículo 2 del tratado se cumplía.

Nosotros realmente cumplimos este artículo [dijo Chicherin en una sesión del VTsIK], y, si alguno de nuestros organismos oficiales lo viola, el gobierno soviético toma las medidas pertinentes[42].

Pero en el séptimo Congreso del partido, que se reunió en privado para tratar de la ratificación del tratado, no era necesaria la discreción. «Sí, por supuesto, hemos violado el tratado —decía Lenin, defendiendo la ratificación—, lo hemos violado unas treinta o cuarenta veces»[43]. Y Sverdlov, en este mismo Congreso, explicaba la situación en su más pulido estilo:

Resulta del tratado que hemos firmado y que tendremos que ratificar dentro de poco en el Congreso [de Soviets de toda Rusia] que es inevitable que, como gobierno, como poder soviético, no podamos continuar ejerciendo la agitación internacional de gran alcance que hemos venido ejerciendo hasta ahora. Esto no quiere decir que tengamos que dedicar a tal agitación un adarme menos de esfuerzo, sino simplemente que no lo haremos en nombre del Sovnarkom sino en nombre del comité central de nuestro partido[44].

Rápidamente se tomaron medidas para poner en práctica este nuevo principio. El instrumento principal del gobierno soviético para llevar a cabo la propaganda revolucionaria organizada, había sido hasta el momento la sección internacional bajo la dirección de Radek, que primeramente formó parte del Narkomindel, y desde principios de 1918 estaba adscrita al VTsIK, y que estaba compuesta principalmente por grupos nacionales de prisioneros de guerra[45]. Esta sección fue abolida. Los grupos nacionales fueron encuadrados, como se dijo en un informe posterior, «en una organización exclusivamente dependiente del partido», transformándose luego en secciones adscritas al comité central del partido bolchevique ruso. Estas se organizaron más tarde en una «federación de grupos extranjeros del Partido Comunista ruso»[46]. Así, en el curso del mes de

[41] *Mirnie Peregovori v Brest-Litovske*, i (1920), 231.

[42] *Piati Soziv Vserossiiskogo Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta* (1919), p. 90.

[43] Lenin, *Sochineniya*, xxii, 327.

[44] *Sedmoi Syzed Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti* (1923), p. 195.

[45] Véase p. 33 anterior.

[46] *Vosmoi Syzed RKP(B)* (1933), p. 435; John Reed en *The Liberator* (N. Y.), enero 1919, p. 24: de acuerdo con esta fuente, la nueva organización «no oficial» recibía una subvención de 20.000.000 de rublos.

abril de 1918, se formaron en Moscú los grupos alemán, magiar, austriaco y yugoslavo del partido ruso, cada uno bajo su jefe nacional: Thomas, para los alemanes; Bela Kun, para los magiares; Ebengolz, para los austriacos, y Mijailov para los eslavos. Cada uno de estos grupos publicaba su periódico y otras formas de literatura propagandística. Cada uno de ellos trabajaba entre los prisioneros de guerra de su nacionalidad, induciendo a algunos a alistarse en el Ejército Rojo e instruyendo a otros para que trabajasen como agitadores o propagandistas o para ser enviados con misiones a su país en cuanto se presentara una oportunidad. Los grupos centrales eran bastante pequeños. El grupo alemán comenzó en abril de 1918 con once miembros, pero en el transcurso del año aumentó a varios cientos; el grupo magiar comenzó con cuatro o cinco, pero a final de año contaba ya con noventa [47]. Todas las referencias reconocen el éxito de su labor entre los prisioneros de guerra:

> En todos los campos, los prisioneros se dividían en dos grupos —la masa gris de la tropa (carne de cañón), en un lado, y la clase media o cuerpo de oficiales en otro—. El primer grupo se enviaba a los soviets y el segundo a los representantes de las diferentes legaciones de los llamados Estados neutrales y a las embajadas y consulados de sus enemigos de ayer, aliados de la antigua Rusia [48].

Los ejércitos desintegrados de los imperios centrales, internados en los campos de concentración, constituyeron un suelo tan fértil como el del propio ejército ruso derrotado para la recepción de una propaganda revolucionaria que se asentaba principalmente en la discriminación de clases. El trabajo llevado a cabo entre los prisioneros de guerra durante esta época fue, como más tarde diría Lenin, «el auténtico cimiento de lo que se ha hecho para crear una Tercera Internacional» [49]. Los pueblos orientales tampoco se salvaron de este

[47] *Vosmoi Syzed RKP(B)* (1933), pp. 436-39. Los checoslovacos fueron autorizados a formar en mayo de 1918 un partido comunista independiente suyo propio, con cerca de un millar de miembros (*ibid.*, p. 438); su congreso fundacional, celebrado en Moscú del 25 al 27 de mayo de 1918 ha sido descrito por P. Reimann, *Geshichte des Kommunistischen Partei der Tschechoslowakei* (1931), pp. 68-77. No sobrevivió, y el posterior partido comunista checoslovaco supuso un nuevo punto de partida. Se hace referencia a una «escuela húngara del partido» en Moscú, en noviembre de 1918 (*Krasnaya Nov*, n.º 10 (1926), p. 140).

[48] *Proletarskaia Revolutsiya*, n.º 7 (90), 1929, p. 97; según algunas fuentes, la labor tuvo mucho más éxito entre los austriacos que entre los alemanes, que «aun siendo socialdemócratas, mostraron una hostilidad descorazonadora» (J. Sadoul, *Notes sur la Révolution Bolchevique* [1919], p. 325).

[49] Lenin, *Sochineniya*, xxiv, 128.

proceso. Sufi, un socialista turco que había huido a Rusia en 1914 y había sido encarcelado, fue el principal agitador entre los prisioneros de guerra turcos; a fines de 1918 pretendía que «existen ya en Rusia organizaciones militar-revolucionarias turcas» y —sin duda con mucha exageración— que «hay miles de hombres del Ejército Rojo Turco sirviendo en estos momentos en las filas del Ejército Rojo Ruso a lo largo de los diferentes frentes de la República soviética» [50]. Los *coolies* chinos, traídos a Rusia como obreros agrícolas durante la guerra, se organizaron de la misma manera en una «Unión de trabajadores chinos en Rusia» [51].

Los cuidadosos intentos llevados a cabo para colocar la organización propagandística de guerra en una posición no oficial y dependiendo del partido no impidieron que se celebrara en Moscú, en abril de 1918, una serie de manifestaciones organizadas. El 14 de abril, Bela Kun se dirigió a una reunión de prisioneros de guerra en los siguientes términos:

> Barred todos los obstáculos del camino que lleva a la liberación de los esclavizados, convertid en cenizas todos los castillos, todos los palacios en los que entra vuestra riqueza y de los que salen el hambre y la pobreza que asolan a todo el país... Volved vuestras armas contra vuestros oficiales y generales y contra los palacios. Que cada uno de vosotros sea un maestro de revolución en su regimiento [52].

Tres días más tarde se inauguró un congreso de prisioneros de guerra internacionalistas de toda Rusia con cuatrocientos delegados. Lanzó un manifiesto exhortando a los prisioneros de guerra a unirse al Ejército Rojo o a volver a sus países y hacerse «pioneros de la revolución socialista internacional de los proletarios» y, entre las consignas que lanzaba, había una anticipada: «Viva la Tercera Internacional» [53]. El Congreso nombró un comité ejecutivo central que,

[50] *Sowjet-Russland und die Vötker der Welt* (Petrogrado, 1920).

[51] *Foreign Relations of the United States, 1919: Russia* (1937), pp. 190-94; a principios de 1919, el gobierno de los Estados Unidos puso reparos a la proposición británica de arreglar su repatriación, alegando que no era deseable devolver a China a «trabajadores y *coolies* que habían estado bajo la influencia del mando bolchevique en Rusia».

[52] *Izvestiya,* 17 abril 1918.

[53] *Ibid.*, 19 abril, 21 abril 1918; *Proletarskaya Revolutsiya,* n.º 7 (90), 1929, pp. 102-03; J. Sadoul, *Notes sur la Révolution Bolchevique* (1919), páginas 313-14. Lo escaso y bastante disimulado de los informes del Congreso aparecidos en *Izvestiya* sugieren una cierta ansiedad con respecto a las consecuencias de una publicidad excesiva. Se celebraron congresos de prisioneros de guerra casi al mismo tiempo en otros centros.

en un intento de camuflaje poco convincente, se denominó a sí mismo «comité ejecutivo de obreros y campesinos extranjeros»[54].

Los vencedores de Brest-Litovsk observaban estos acontecimientos con creciente indignación. En la víspera del congreso de Moscú se recibió una enérgica protesta del gobierno alemán; ésta decía, entre otras cosas, que Ebengolz y Mijailov habían estado obligando a los prisioneros de guerra de los campos que visitaban a unirse al Ejército Rojo, y pedía la detención de ambos[55]. La respuesta fue cauta y evasiva. Se concedió rápidamente la nacionalidad soviética a los que pudiesen ser objeto de represalias. El 20 de abril de 1918, Trotski, como Comisario del Pueblo para la Guerra, promulgó una orden encomendando a todas las instituciones militares que se ajustasen estrictamente a la disposición del Tratado de Brest-Litovsk prohibiendo la propaganda, especialmente en lo referente a los prisioneros. A esta orden siguieron disposiciones semejantes del Narkomindel y del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos, dirigidas a «todos los Soviets de Diputados de Obreros, Campesinos y Soldados»; y una semana más tarde, el «comité ejecutivo de obreros y campesinos extranjeros» fue remplazado por un «colegio central de prisioneros y refugiados de guerra» anejo al Comisariado del Pueblo para la Guerra y presidido por Unshlijt, el subcomisario[56]. Pero este compartir la responsabilidad de los prisioneros de guerra entre el Estado y el partido no anunció cambio alguno de política. En los últimos días de abril de 1918, el primer embajador alemán ante el gobierno soviético llegó a Moscú. Una de sus primeras apariciones oficiales fue en el desfile del Primero de Mayo, y entre las unidades militares que desfilaron había un destacamento de prisioneros alemanes llevando una enseña que exhortaba a sus camaradas alemanes a sacudirse el yugo del emperador. Este episodio dio origen a una respuesta soviética que prometía no alistar a más ciudadanos extranjeros en el Ejército Rojo, empeño que podía ser evitado dando la nacionalidad soviética a los encartados[57]. La propaganda realizada

[54] *Proletarskaia Revolutsiya,* n.° 7 (90), 1929, pp. 108-10.

[55] *Izvestiya,* 21, 23 abril 1918; *Proletarskaia Revolutsiya,* n.° 7 (90), 1929, p. 107.

[56] *Izvestiya,* 21, 23 abril 1918; *Proletarskaia Revolutsiya,* n.° 7 (90), 1929, pp. 107-108; *Sobranie Uzakoneni, 1917-1918,* n.° 34, art. 451.

[57] W. Hard. *Raymond Robins' Own Story* (N. Y., 1920), p. 182; *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, 1918: Russia,* ii (1932), 131. El haber armado a los prisioneros de guerra austriacos y alemanes causó también inquietud entre los aliados y fue motivo de una de las excusas para su intervención. La idea de que estos prisioneros pudieran volver a luchar a favor de las potencias centrales en contra de los aliados, era, por supuesto,

entre los prisioneros de guerra por los grupos nacionales bajo los auspicios del partido, y el alistamiento de prisioneros en el Ejército Rojo continuó sin cambios hasta el armisticio de noviembre de 1918, aunque parece que se evitó la repetición de las provocaciones de abril y mayo. Después del mes de noviembre de 1918, los prisioneros de guerra alemanes y austriacos ocuparon los edificios de sus embajadas respectivas en Moscú [58] y constituyeron consejos de diputados de obreros y soldados, que organizaron la expedición de agitadores a Europa central [59].

El Tratado de Brest-Litovsk, aunque hizo poco o nada para detener la actividad bolchevique entre los prisioneros de guerra, abrió un camino nuevo, y hasta entonces inexplorado, en la propaganda. La llegada de Joffe a Berlín en abril de 1918 como primer representante soviético en Alemania, fue la señal para una campaña revolucionaria intensiva. Joffe rehusó presentar sus credenciales al Kaiser e invitó a su primer banquete oficial a los jefes del Partido antibelicista Socialdemócrata Independiente, varios de los cuales estaban encarcelados [60]. Muchos años después, Joffe hizo un relato de su misión a un escritor norteamericano, que lo registró:

> Su embajada en Berlín [dijo] servía de cuartel general para la revolución alemana. Compró información secreta a funcionarios germánicos y se la pasó a los líderes radicales para que hiciesen uso de ella en discursos públicos y en artículos contra el gobierno. Compró armas para los revolucionarios y pagó cien mil marcos por ellas. Toneladas de literatura contra el Kaiser fueron impresas y distribuidas a expensas de la embajada soviética. «Queríamos derribar el Estado monárquico y acabar con la guerra», me dijo Joffe. «El Presidente Wilson trataba de hacer lo mismo a su manera.» Casi todas las tardes, al anochecer, los dirigentes del ala izquierda socialista independiente penetraban subrepticiamente en el edificio de la embajada en Unter den Linden, para consultar a Joffe sobre cuestiones tácticas. Era un consumado conspirador.

algo forzado; pero algunos de ellos participaron en las hostilidades contra la legión checa en Siberia.

[58] Radek informó sobre la protesta llena de buen humor del embajador austriaco, que se mantuvo firme en su habitación en la embajada; por otro lado, «los funcionarios alemanes se condujeron con una inaudita cobardía» (*Krasnaia Nov.*, n.º 10 (1926), p. 143.

[59] *Vosmoi Syzed RKP(B)* (1933), p. 437; dos delegados del Congreso de Diputados de Obreros y Soldados de Petrogrado no fueron admitidos al segundo Congreso de toda Alemania, celebrado en Berlín, en abril de 1919 (*2i Vsegermanski Syzed Rabochij i Soldatskij Sovetov* [1935], pp. 325-26).

[60] John Reed en *The Liberator* (N. Y.), enero 1929, p. 24; la misma fuente añade el detalle pintoresco de que Joffe envió diez «expertos propagandistas» a recorrer Alemania en bicicleta.

buscaban su guía, su consejo y su dinero. «Al final, sin embargo —comentaba Joffe amargamente—, ellos, nosotros, no realizamos nada, o muy poco, de valor permanente; éramos demasiado débiles para provocar una revolución» [61].

Después del colapso alemán, ambas partes tenían, por diferentes motivos, cierto interés en exagerar el papel representado en él por la propaganda bolchevique; era corriente oír algunas declaraciones exageradas sobre el alcance de las actividades de Joffe [62]. Pero está demostrado que dio dinero a Ernst Meyer, el editor de las *Cartas de Spartakus,* para la distribución de sus panfletos [63], y que largas sumas de dinero pasaron por las manos de Oscar Cohn, miembro del USPD, que parece que actuó como asesor jurídico y factótum de los asuntos de la embajada soviética [64]. El tráfico de armas no pudo

[61] L. Fisher, *Men and Politics* (1941), p. 31.

[62] Joffe, en contestación a una afirmación alemana de que había invertido 105.000 marcos en armas para los revolucionarios, replicó que «no había dado 105.000 marcos, sino varios cientos de miles de marcos» a este fin, a Barth, el líder socialdemócrata independiente *(Izvestiya,* 6 diciembre 1918); Chicherin, que había afirmado anteriormente la completa fidelidad del gobierno soviético al Tratado de Brest-Litovsk, admitió en una nota dirigida al gobierno alemán que se habían entregado a Joffe fondos para propaganda *(ibid.,* 26 diciembre 1918). Por parte alemana, Hoffmann repite una información de que Joffe tenía un saldo de 22 millones de marcos en un banco de Berlín *(Die Aufzeichnungen des Generalmajors Max Hoffmann* (1929), i, 223.

[63] El *Spartakusbund* fue el nombre popular aplicado a un grupo revolucionario antibelicista, compuesto principalmente de intelectuales surgidos de la extrema izquierda del Partido Socialdemócrata Alemán, en 1916; su figura más destacada era Rosa Luxemburgo. El nombre se derivaba del de *Spartakusbriefe,* título bajo el cual circulaba su literatura ilegal. En abril de 1917 se produjo una escisión en el Partido Socialdemócrata (SPD) y su ala izquierda constituyó el Partido Socialdemócrata Independiente (USPD) con un programa preponderantemente antibelicista. Los espartaquistas se unieron al USPD, pero permanecieron como un grupo independiente dentro de él, y siguieron formando la extrema izquierda revolucionaria del nuevo partido.

[64] De acuerdo con las manifestaciones de Joffe a *Izvestiya,* 17 de diciembre de 1918, Cohn recibió de él 10 millones de rublos «en interés de la revolución alemana», y otros 500.000 marcos y 150.000 rublos fueron entregados a Cohn el día anterior a la expulsión de Joffe; de ellos, 350.000 marcos y 50.000 rublos se asignaron «para las necesidades de los ciudadanos rusos que quedaban en Alemania». Para una información por parte alemana, véase R. H. Lutz, *The Causes of the German Collapse in 1918* (Stanford, 1934), pp. 108, 152; Cohn, que se jactó en diciembre de 1918 de que él había «aceptado con mucho gusto los fondos que nuestros amigos del partido han puesto a mi disposición a través del camarada Joffe con destino a la revolución alemana», procuró más tarde demostrar que la mayor parte del dinero había sido asignado para socorrer a los prisioneros de guerra rusos en Alemania.

haber sido muy grande, pero la corriente de literatura incendiaria era copiosa y continua.

Estas actuaciones eran una continuación de la política del período anterior a Brest-Litovsk y una deducción lógica de la doctrina de que el objetivo principal de esta política era alentar la revolución en los principales países capitalistas, especialmente en Alemania; pero además de estas actividades propagandísticas soviéticas, otras causas contribuyeron a la extrema tensión que marcó las relaciones soviético-alemanas durante los dos meses siguientes a la conclusión del Tratado de Brest-Litovsk. El gobierno alemán se apresuró a consolidar las ventajas dimanantes del tratado. El 7 de marzo de 1918 firmó un tratado de paz con el gobierno «blanco» de Finlandia, que estaba empeñado entonces en una cruenta guerra civil contra un gobierno de obreros socialistas finlandeses, que, a su vez, había concluido un tratado con el gobierno soviético una semana antes [65] y que, en el transcurso de los últimos dos meses había disfrutado de la ayuda de unidades rusas. A principios de abril, un ejército alemán, mandado por von der Goltz, desembarcó en Finlandia, y un mes más tarde la guerra civil había terminado —excepto por el «terror blanco» que siguió—. En Ucrania, las tropas alemanas avanzaron firmemente hasta que hubieron ocupado todo el país, hostilizadas sin éxito por destacamentos partisanos, bolcheviques y eseritas ayudados o alentados desde Moscú [66].

El 22 de abril Chicherin protestó contra el avance alemán en Crimea más allá de las fronteras establecidas en Ucrania por el Tratado de Brest-Litovsk, que eran también las que reclamaba todo gobierno ucraniano [67]. La frialdad de la recepción oficial al embajador alemán Mirbach, con ocasión de la presentación de sus credenciales a Sverdlov el 26 de abril de 1918, fue extensamente comentada [68], y el mismo día Chicherin mandó otra nota protestando contra la incursión de fuerzas alemanas en Rusia central y en la península de Crimea y pidiendo estricto respeto a las cláusulas de Brest-Litovsk [69]. Al mismo tiempo, la flota rusa del mar Negro se retiró desde Sebastopol a Novorossisk para no caer en manos alemanas, y cuando los alemanes pidieron que volviera, los barcos fueron hundidos en secreto

[65] Véase vol. 1, p. 307.

[66] Voroshilov, último Comisario del Pueblo para la Guerra, alcanzó la fama en estas operaciones como dirigente partisano; un relato muy idealizado de ellas se da en un volumen publicado en la Segunda Guerra Mundial, *Razgrom Nemetskij Zajvatchikov v Ukraine 1918 g.* (1943).

[67] *Izvestiya,* 23 abril 1918.

[68] *Foreign Relations of the United States: Russia,* i (1931), 506.

[69] *Ibid.*, i, 512-13.

para gran satisfacción de los aliados occidentales [70]. Ya desde el 5 de mayo de 1918, Bruce Lockhart enumeraba en una carta a Robins los pasos dados por Trotski para promover una cooperación con los aliados, y sacaba la conclusión de que ésta «no parecía la actuación de un agente proalemán» [71]. En este aspecto de la política soviética, que consistía en maniobrar entre los grupos de las potencias capitalistas y tratar de asegurarse contra la hostilidad de unos apaciguando a los otros, parecía en la primavera de 1918 como si Alemania fuese el enemigo principal e irreconciliable.

La balanza de la política soviética, sin embargo, se inclinó de nuevo muy pronto hacia la otra postura, como consecuencia de una nueva amenaza —y más directa— proveniente del campo contrario. Hasta mediados de mayo de 1918, la amenaza alemana seguía apareciendo como el mayor peligro exterior que amenazaba al régimen. En esos momentos se vio claramente que el desembarco japonés de abril [72] en Vladivostok no era un incidente aislado, sino un precedente de intervención aliada en mayor escala. La revuelta de la legión checa tuvo lugar en los últimos días de mayo de 1918, y el primer desembarco inglés de fuerzas en Murmansk, hacia finales de junio [73]. Así, lo mismo que en los días más tétricos de enero y febrero de 1918 se había hecho un intento desesperado y abortado de atraer la ayuda aliada para defenderse del inminente peligro alemán, ahora la amenaza de intervención aliada puso en movimiento, de manera casi automática, la maniobra de buscar ayuda en el otro lado y llegar a un acuerdo con el gobierno alemán sobre una base de ventajas mutuas más sólida que el acuerdo unilateral de Brest-Litovsk. Era una maniobra desesperada, y aún más por la necesidad de combinarla con la táctica revolucionaria que Joffe se dedicaba a practicar. Pero el peligro aliado crecía día a día. Lo que hizo posible esta maniobra

[70] Material oficial relacionado con este asunto se halla en el *Arjiv Russkoi Revolutsi* (Berlín), xiv (1924), 153-221; véase también R. H. Bruce Lockhart *Memoirs of a British Agent* (1932), p. 279.

[71] *Russian-American Relations*, ed. C. K. Commings y W. W. Pettit (N. Y., 1920), pp. 202-03.

[72] Las tropas japonesas desembarcaron en Vladivostok el 5 de abril de 1918, como supuesta represalia por el asesinato de dos japoneses ocurrido el día anterior. El 6 de abril, Chicherin dirigió una nota a los representantes aliados pidiendo ser informado de la actitud de sus gobiernos «sobre los acontecimientos ocurridos en Vladivostok» (*Correspondance Diplomatique* (Moscú, 1918), p. 3 —una pregunta que no obtuvo respuesta.

[73] Hubo un pequeño destacamento británico en Murmansk, con el propósito ostensible de guardar los almacenes y el ferrocarril contra posibles ataques alemanes, desde principios de marzo, en que desembarcó con el consentimiento tácito de las autoridades soviéticas.

—aunque de esto no se dieran cuenta entonces en Moscú— fue la creciente conciencia del mismo peligro que reinaba en los círculos militares alemanes. Cuando la ofensiva alemana fue detenida en Francia en el verano de 1918, Alemania se encontró por primera vez realmente arrinconada en el Oeste, y se hizo necesidad perentoria para Alemania mejorar en el frente oriental el estado de tregua armada, que había sido el único resultado del Tratado de Brest-Litovsk.

Este cambio fue señalado por un discurso largo y un tanto vago pronunciado por Lenin en una asamblea conjunta del VTsIK y el Soviet de Moscú, el 14 de mayo de 1918, en el que claramente trataba de dar un aviso de la necesidad de cautela. Describió a la Rusia soviética, restringida ahora a los límites de la «Gran Rusia», como, «por el momento, un oasis en un enfurecido mar de bandidaje imperialista». Repitió la advertencia de su memorándum confidencial de unos días antes [74], contra cualquier paso poco premeditado que pudiera «ayudar a los partidos extremistas de las potencias imperialistas de Oriente u Occidente», y terminó leyendo un telegrama tranquilizador que acababa de recibir de Joffe, en el que informaba de la buena disposición alemana para negociar en todos los puntos importantes [75]. Incluso esta insinuación de la necesidad de mejorar las relaciones con Alemania fue recibida con cierto grado de hostilidad, lo que explica el prudente tratamiento con que enfoca Lenin el asunto. Se encontró con una fuerte oposición por parte de los eseritas de derecha, que estaban a favor de una orientación pro Entente, y de los eseritas de izquierda, que pensaban que la Revolución era «suficientemente fuerte como para tener su propia orientación»; así como de los mencheviques, quienes todavía consideraban a los alemanes como «los dirigentes de todas las fuerzas contrarrevolucionarias» y que proponían volver a convocar la Asamblea Constituyente [76].

Pero los planes aliados de intervención y el apoyo aliado a la conspiración contrarrevolucionaria se desarrollaban rápidamente y no podían ocultarse por más tiempo. La sesión del 14 de mayo de 1918, que terminó con un voto formal de confianza para el gobierno soviético, señaló el momento crítico. Una comisión germano-soviética para la repatriación de prisioneros de guerra trabajaba lentamente pero en términos amistosos en Moscú [77]. El 15 de mayo comenzaron

[74] Véase p. 84.
[75] Lenin, *Sochineniya*, xxiii, 3-16.
[76] *Protokoli Zasedani VTsIK 4**o Soziva* (1920), pp. 277-78, 281-82, 290-91.
[77] Pueden hallarse muchos detalles en K. von Bothmer, *Mit Graf Mirbach in Moskau* (Tübingen), 1922; el autor, funcionario del personal de Mirbach,

en Berlín negociaciones germano-soviéticas para la reanudación de relaciones comerciales; se expuso, por parte soviética, que sería necesario un préstamo para que la Rusia soviética pudiese cumplir sus obligaciones con las potencias centrales; se discutió sobre el pago en oro o en mercancías y se ofrecieron, a modo de tentativa, concesiones en Rusia [78]. Los principales negociadores por el lado soviético eran, además de Joffe, Larin, Sokólnikov, Krasin y Menzhinski [79], en aquel entonces cónsul general en Berlín; por parte alemana, Nadolny y Kriege [80], dos funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores que también habían tomado parte en las negociaciones de Brest-Litovsk, y Stresemann, en su categoría de miembro del Reichstag, como portavoz de la industria alemana [81]. No se divulgó detalle alguno de estas conversaciones, pero antes de finales de mayo se hablaba en Moscú de una «orientación alemana» [82]. Los contactos de Krasin con

trabajó en esta comisión. Los alemanes, evidentemente, no tenían prisa en concluir las negociaciones, ya que no deseaban perder la mano de obra que suponía el millón y medio de prisioneros rusos que tenían.

[78] Afirmaciones de Bronski, jefe de la delegación comercial en Berlín, *Izvestiya,* 4 de julio de 1918.

[79] Se hace referencia a ellos en una entrevista de Joffe en *Izvestiya,* 16 agosto 1918. Krasin, que desempeñó su papel en los albores de la historia del partido (véase vol. 1, p. 62), lo dejó en 1908 y se dedicó exclusivamente a su trabajo profesional como ingeniero; se convirtió en director de la firma alemana Siemens-Schuckert en Petrogrado. Estuvo en dicha ciudad en noviembre de 1917, pero no tomó parte en la Revolución y se marchó a Suecia a principios de 1918. En mayo de 1918 vino a Berlín invitado por Joffe para ayudarle en las negociaciones germano-soviéticas. En agosto de 1918 volvió a Moscú, se convirtió en miembro de Presidium del Consejo Superior de Economía Nacional y se encargó del comercio exterior.

[80] Kriege, que era la cabeza del departamento legal, es denominado por Hoffman (*Die Aufzeichnungen des Generalmajors Max Hoffmann* [1929], ii, 218) y por Ludendorff (*My War Memories* [trad. inglesa, s. f.], ii, 657) como el genio maléfico, que logró mediante engaños imponer una política pro-rusa al gobierno alemán. Este mismo aspecto ha sido expuesto por K. von Bothmer (*Mit Graf Mirbach in Moskau* [Tübingen, 1922], pp. 91, 105), que también refleja la opinión militar. Sugiere W. von Blücher, *Deutschlands Weg nach Rapallo* (Wiesbaden, 1951), p. 15, que el punto de vista antisoviético tenía sus representantes en la embajada de Mirbach; habla de las relaciones secretas de la misión con la «oposición», y añade que «nunca, por lo que yo sé, llegaron a conocimiento de los bolcheviques».

[81] H. Kessler, *Walter Rathenau: His Life and Work* (trad. ingl. 1929), pp. 291-92; conforme a esta fuente «las negociaciones se prolongaron debido a las fantásticas exigencias de Ludendorff y su equipo», que pedían «una república cosaca en el Don, bajo el protectorado alemán».

[82] J. Sadoul, *Notes sur la Révolution Bolchevique* (1919), p. 354. La carta en la que se hace referencia a esto es una sensata descripción de la política y opinión en Moscú en aquel período. Los rumores de una inminente «alianza

alemanes, que eran gentes importantes e influyentes, tuvieron en esta ocasión probablemente más trascendencia que las actividades oficiales de Joffe. A principios de junio, Krasin viajó al frente occidental para entrevistarse con Ludendorff, entrevista que, al parecer, no fue sino un intercambio amistoso de reproches sobre las infracciones al Tratado de Brest-Litovsk por ambas partes. Se entrevistó con importantes personalidades oficiales alemanas, incluyendo a Brockdorff-Rantzau, a la sazón embajador alemán en Copenhague y reciente candidato a la Cancillería, que en el mundo alemán de los negocios se encontraba como en su casa. Los directores de Siemens-Schuckert, cuyo representante en Petrogrado había sido Krasin, deseaban únicamente saldar sus compromisos rusos. Krasin negoció también con la empresa rival AEG el suministro de material eléctrico a Rusia e hizo que se enviara carbón inmediatamente «para salvar a Petrogrado de morir de frío» [83]. Mientras tanto las negociaciones continuaban en Kiev para hacer la paz entre el gobierno soviético y el de Ucrania, patrocinado por los alemanes; todo intento de los eseritas de izquierda de implicar a Moscú en las revueltas contra la autoridad alemana en Ucrania fue duramente reprimido. La decisión de los eseritas de izquierda de asesinar a varios alemanes prominentes fue una tentativa deliberada de destruir este incipiente acercamiento germano-soviético. El asesinato del embajador alemán Mirbach se llevó a cabo el 6 de julio de 1918, durante la sesión del quinto Congreso de Soviets de toda Rusia, al mismo tiempo que los alzamientos contrarrevolucionarios preparados contra el gobierno soviético estaban coordinados para que comenzasen en diversos centros [84].

Era un cálculo razonable, por parte de los eseritas de izquierda, el pensar que el asesinato de Mirbach llevaría no sólo a un empeoramiento de las relaciones germano-soviéticas, sino a una pública ruptura. El precedente del asesinato del embajador alemán en Pekín

ruso-germana» eran muy corrientes en Alemania en el verano de 1918 y llevaron a encarcelar a Rosa Luxemburgo (P. Fröchlich, *Rosa Luxemburg: Her Life and Work* [1940], pp. 268-69).

[83] Las únicas informaciones existentes sobre la estancia de Krasin en Alemania son, desgraciadamente, las cartas a su esposa faltas de todo aspecto político, de las que se publicaron extractos traducidos al inglés, *Leonid Krasin: His Life and Work* (s. f. [1929]), pp. 79-95. En ellas se omite cualquier información de interés político: por ejemplo, refiriéndose a su conversación con Brockdorff-Rantzau, dice: «hablamos de multitud de cosas, y me ofreció su ayuda en el caso de que decidas ir a vivir a Dinamarca».

[84] Véase vol. 1, pp. 182-83; una gráfica descripción hecha por un testigo de vista del asesinato, puede encontrarse en K. von Bothmer, *Mit Graf Mirbach in Moskau* (Tübingen, 1922), pp. 71-79.

por los boxers chinos y las represalias militares que siguieron a este acto se trajeron a colación en repetidas ocasiones. Sin embargo, esta vez, para sorpresa de muchos, no hubo tal secuela. El gobierno soviético, en un momento en el que tenía que hacer frente a la conspiración interna patrocinada por los aliados occidentales, y a la amenaza exterior de intervenciones aliadas en el norte y en Siberia, tenía que evitar a cualquier precio una ruptura con el otro campo imperialista. Y Alemania, enfrentada con una situación militar que empeoraba rápidamente, deseaba también y sobre todo evitar cualquier recrudecimiento de la guerra en el frente oriental. Por lo tanto, el asesinato de Mirbach se tomó, por ambas partes, con un espíritu de prudencia y conciliación inesperados. Una petición inicial del gobierno alemán de enviar un batallón de tropas alemanas a Moscú fue reducida a un acuerdo para permitir una guardia desarmada, compuesta por trescientos hombres, en los locales de la embajada [85]. El gobierno alemán continuó protestando, en ese momento y más tarde [86], por no haber recibido una satisfacción plena, pero, no obstante, tres semanas después del asesinato, el 28 de julio de 1918, el nuevo embajador alemán, Helfferich, se instaló en Moscú. Su corta estancia se vio marcada por un episodio significativo. El primero de agosto de 1918, Chicherin le visitó en la embajada alemana [87] —parece que fue su única entrevista— y le informó de que, debido al desembarco inglés en Murmansk, el gobierno soviético ya no tenía interés en «posponer» la intervención germano-finlandesa en Karelia, que ya había sido discutida en Berlín, añadiendo que una «alianza militar manifiesta no era posible dado el estado de la opinión pública, pero que sí lo era una acción paralela efectiva» [88]. Esta invita-

[85] *Piati Soziv Vserossiiskogo Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta* (1919), p. 89. G. Chicherin, *Vneshniaya Politika Soviestkoi Rosi za Dva Goda* (1920), pp. 14-15.

[86] Véanse pp. 108-9 y 336-37.

[87] Por razones de seguridad, Helfferich no abandonó el edificio de la embajada sino para dar un corto paseo en una ocasión durante sus diez días de estancia en Moscú (K. von Bothmer, *Mit Graf Mirbach in Moskau,* pp. 120-21). Eichhorn, comandante alemán en Ucrania, fue asesinado dos días después de la llegada de Helfferich.

[88] K. Helfferich, *Der Welt Krieg* (1919), iii, 466. Chicherin hizo referencia a la misma conversación en un artículo conmemorativo publicado después de la muerte de Lenin. «Cuando en agosto la Entente estaba dispuesta virtualmente a emprender la guerra contra nosotros, ocupando Arkángel y presionando hacia el sur, avanzando en el este con la ayuda de los checoslovacos y dirigiendo el ejército «voluntario» de Alexiev al sur, Vladimir Ilich hizo la prueba de utilizar el antagonismo de las dos coaliciones imperialistas beligerantes para debilitar el ataque de la Entente. Después de una detallada discusión con

ción virtual a las tropas alemanas para que, con ayuda finlandesa, marcharan a través de territorio soviético contra los invasores aliados de Murmansk y Arkángel era la exacta contrapartida de los intentos de Trotski de febrero anterior de ganarse la ayuda aliada en contra del avance de los alemanes. Pero éstos, como los aliados, dudaron embarcarse en tan peligrosa aventura. Diez días después de su llegada y tras haber dado instrucciones de cambiar la embajada a Petrogrado, Helfferich dejó Moscú para asistir a un Consejo de la Corona Alemana en Spa, donde el 8 de agosto de 1918 el alto mando alemán se enfrentó por primera vez con el peligro de una inminente derrota y decidió que era de urgente necesidad reducir los compromisos militares; por lo tanto, no podía haber cuestión de ninguna aventura oriental. Helfferich no volvió a su puesto, y, unos días más tarde, de la embajada alemana se trasladó a Peskov, en territorio ocupado por los alemanes [89].

Mientras tanto las negociaciones germano-soviéticas proseguían sin mayores roces en Berlín, donde los negociadores soviéticos se mostraban más complacientes de lo que hubiese ocurrido caso de darse cuenta de la debilidad alemana [90]. A finales de junio, el estado mayor alemán había hecho dimitir a Kühlmann. Le sucedió en el Ministerio de Asuntos Exteriores Hintze, un almirante retirado que había sido agregado naval en Petersburgo. Pero el armazón bélico alemán se

Vladimir Ilich, visité al nuevo embajador Helfferich para negociar con él sobre una acción común contra Alexiev en el sur y sobre la posibilidad de enviar un destacamento alemán contra las tropas de la Entente en el Mar del Norte. El ulterior desarrollo de este plan se vio interrumpido por la repentina marcha de Helfferich» (*Lenin: Sein Leben und Werk* [Viena, 1924], p. 93). El testimonio de L. Fisher en, *The Soviets in World Affairs* (1930), i, 129, dice que Helfferich «en el extremo de su 'moscufobia' no sometió jamás a la consideración de su gobierno el ofrecimiento hecho por Chicherin», lo que es un ejemplo instructivo de la suspicacia de los soviéticos, y ciertamente inexacto. K. von Bothmer, *Mit Graf Mirbach in Moskau* (Tübingen, 1922), p. 117, registra explícitamente que «la cuestión de una alianza con Alemania contra la Entente a fin de marchar contra territorio rumano con nuestras tropas finlandesas y bálticas está siendo considerada seriamente».

[89] G. Chicherin, *Vneshniaya Politika Sovietskoi Rossiiza Dva Goda* (1920), p. 15.

[90] Según Chicherin (*ibid.*, p. 15), el gobierno soviético no se apercibió de la debilidad alemana hasta agosto de 1918: «En el verano temíamos aún que el tiempo de la recolección fuese el momento en que las tropas alemanas pudieran avanzar hasta el corazón de Rusia para llevarse el grano. Pero, cuando llegó el tiempo de la recolección, pareció como si el apetito del monstruo imperialista alemán se hubiese vuelto menos voraz.» Según una carta privada de Krasin de 7 de septiembre de 1918, aún se temía en Moscú que «si los checoslovacos toman Nizhni, los alemanes ocuparán Petrogrado y Moscú» (L. Krasin, *Leonid Krasin: His Life and Work* (s. f. [1929]), p. 90).

desmoronaba a pasos agigantados y las exageradas ambiciones y pretensiones militares que habían retrasado al principio el curso de las negociaciones, pertenecían ya al pasado. A mediados de agosto de 1918, Joffe informaba a *Izvestiya* de que «más que nunca los círculos oficiales y la opinión pública en Alemania reconocen que es necesario mantener relaciones pacíficas con Rusia» y que las negociaciones económicas «han terminado muy a satisfacción nuestra»[91]. El 27 de agosto se firmaron secretamente en Berlín tres acuerdos suplementarios al Tratado de Brest-Litovsk: un acuerdo político, otro financiero y un intercambio confidencial de notas, que representaba la iniciación del gobierno soviético en la diplomacia secreta. Como compensación a la evacuación de la Rusia Blanca por parte de los alemanes, la RSFSR renunciaba formalmente a todos los derechos de soberanía sobre Estonia y Lituania (excepto «el acceso al mar» a través de Tallia, Riga y Windau), reconocía la independencia de Georgia (a la sazón protectorado alemán) y se comprometía a pagar, parte en oro y parte en bonos, una indemnización de seis billones de marcos. Alemania se comprometía, a su vez, a no prestar ayuda a tropas rusas o de cualquier otro país que operasen contra el gobierno soviético en territorio ruso. Rusia soviética se comprometía a «emplear todos los medios a su alcance para expulsar a las fuerzas de la Entente del territorio del norte de Rusia en cumplimiento de su neutralidad»; si no lo lograba, entonces Alemania —esto formaba parte del cambio de notas— «se vería obligada a realizar dicho acto por sí misma, con la ayuda de tropas finlandesas si fuera necesario», y Rusia «no miraría semejante intervención como un acto de enemistad». El proyecto discutido entre Chicherin y Helfferich en Moscú se introdujo en el texto del acuerdo de Berlín, pero en un momento en que Alemania no se hallaba ya en situación militar de llevarlo a efecto[92].

Si el tratado original de Brest-Litovsk había sido un acto de fuerza unilateral impuesto a una víctima derrotada y pasiva, los documentos suplementarios del 27 de agosto de 1918 tenían el carácter normal, en términos diplomáticos, de una negociación entre dos partes, cada una de las cuales intentaba conseguir un cierto precio para asegurarse la buena voluntad de la otra. Era, por lo tanto,

[91] *Izvestiya*, 16 agosto 1918.

[92] Los dos acuerdos aparecen en forma abreviada en Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhduranodnaya Politika*, ii (1962), 163-6; el intercambio secreto de notas fue publicado, basándose en los archivos alemanes, en *Europäische Gespräche*, iv (1926), 148-53; nunca se publicó un texto ruso oficial. Traducciones de todos estos documentos se encuentran en J. Wheeler-Bennet, *Brest-Litovsk: The Forgotten Peace* (1939), pp. 427-46.

una etapa más en la normalización de las relaciones extranjeras soviéticas. Chicherin, al presentar los dos acuerdos al VTsIK para su ratificación, hizo hincapié, una vez más, en la importancia de «relaciones pacíficas» entre la Alemania imperialista y «el Estado de obreros y campesinos»:

> A pesar de las grandes diferencias entre los regímenes de Rusia y Alemania, y de las tendencias fundamentales de ambos gobiernos, la coexistencia pacífica de los dos pueblos, que ha sido siempre el objetivo de nuestro «Estado de obreros y campesinos», es, por el momento, igualmente deseable para la clase rectora alemana... Precisamente en interés de las relaciones pacíficas con Alemania, hemos firmado estos acuerdos que se someten hoy al VTsIK para su ratificación [93].

La política soviética se había alejado del concepto de predicar la revolución mundial como su función principal. Chicherin, en el Narkomindel, estaba profundamente entregado a la política de equilibrar a uno de los grupos de potencias hostiles contra el otro y de apaciguar a los enemigos políticos, dóciles a gestos pacíficos; y esta política, reconocida francamente como una política de debilidad, se veía patrocinada por Lenin. El que fuera posible durante varios meses combinar esta política con las actividades revolucionarias de Joffe en Berlín se debió, principalmente, a la creciente parálisis del gobierno alemán a medida que se acercaba la catástrofe.

La mejora de las relaciones soviéticas con Alemania era la contrapartida del empeoramiento de las relaciones con los aliados, que seguían una variación inversa del mismo modelo. En la actitud soviética hacia Alemania, el *leit motif* de la reconciliación y la acomodación fue ganando terreno durante el verano de 1918. En la actitud soviética hacia los aliados, el abortado movimiento hacia la acomodación de febrero y marzo, se desvaneció en vista del inflexible carácter de la hostilidad de los aliados y de la inminente amenaza de su intervención; después del verano de 1918, era indudable la determinación de éstos de destruir el régimen y ayudar a cualquiera que pretendiera su destrucción. Al desembarco inglés de Murmansk de finales de junio, siguió un desembarco anglo-francés en Arkángel a primeros de agosto; durante este último mes, tropas americanas se unieron a las francesas e inglesas del norte de Rusia y a las japonesas de Vladivostok; en el sur de Rusia las fuerzas «blancas» se unieron bajo el mando de Denikin, alentadas por los aliados y, un poco más tarde, con su ayuda activa. Las conspiraciones contrarre-

[93] *Piati Soziv Vserossiiskogo Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta* (1919), pp. 95-96.

volucionarias de julio y agosto producidas en el centro de Rusia estaban organizadas y financiadas desde el extranjero. En 31 de agosto, el agente oficial inglés Lockhart fue detenido bajo acusación de complicidad con ellas, y dos días después un detallado documento soviético denunciaba «la conspiración organizada por diplomáticos ingleses y franceses»[94]. El último puente se había roto. No quedaba abierta al gobierno soviético ninguna forma de conciliación o apaciguamiento.

Esta conclusión, en tanto que aceptada, sin más, en lo referente a Francia, Gran Bretaña y Japón, se aplicó con la mayor repugnancia a los Estados Unidos. Desde los primeros días de la Revolución prevaleció la opinión de que los Estados Unidos sentían más simpatías por los bolcheviques que cualquier otro país capitalista. En noviembre de 1917, Trotski especuló con el hecho de que «los diplomáticos americanos comprenden que no pueden derrotar la Revolución rusa y, por lo tanto, quieren entrar en relaciones amistosas con nosotros, pensando que esto será un excelente medio de competir con los capitalistas alemanes, y especialmente con los ingleses, después de la guerra»[95]. En aquellos momentos, la política soviética, que se basaba en la abierta antipatía de los americanos hacia el Japón[96] y en la obvia repugnancia de Wilson a participar en la intervención, se esforzó en separar a los gobiernos aliados, dando ostensibles muestras de amistad hacia los Estados Unidos. Cuando Robins volvió a Washington en mayo de 1918, llevaba consigo ofertas detalladas de concesiones en la Rusia soviética para los capitalistas americanos[97]. Con fecha 4 de agosto de 1918 se envió una ingenua nota a Poole, el cónsul americano en Moscú, como «representante de una nación que, usando sus propias palabras, no actuará contra los soviets», protestando contra la intervención de «fuerzas armadas anglo-francesas» en territorio soviético, y asegurando una amistad inalterable al pueblo americano[98]. Un mes más tarde, Chi-

[94] Véase vol. 1, p. 185; el informe apareció en *Izvestiya* de 3 septiembre de 1918.

[95] Trotski, *Sochineniya*, iii, ii, 179.

[96] Lenin, en su discurso del 14 de mayo de 1918, equiparó el conflicto americano-japonés con el británico-alemán, como el de dos divisiones fundamentales entre las potencias imperialistas (*Sochineniya*, xxiii, 5).

[97] Véanse pp. 292-93 más adelante; según L. Fisher, *The Soviets in World Affairs* (1930), i, 300, las propiedades de la American International Harvester Corporation, Westinghouse Brake Co. y la Compañía Singer de máquinas de coser no fueron incluidas en el proceso de nacionalización, debido a la intervención de Robins.

[98] Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika*, i (1926), 162-63.

cherin, en un discurso en el VTsIK, explicó que los ciudadanos americanos no eran internados junto con los de las demás potencias aliadas «porque, aunque el gobierno de los Estados Unidos está obligado por sus alianzas a participar en la intervención, mientras sea solamente de una manera formal, no consideramos su decisión irrevocable» [99]. Pero al cabo de unas semanas esta agradable idea de la amistad de los americanos era insostenible. Dos regimientos americanos habían desembarcado en Vladivostok, otros se unirían en breve a las fuerzas aliadas de otros frentes, y la RSFSR se veía enfrentada con una sólida falange de potencias intervencionistas. A principios de octubre de 1918, una resolución del VTsIK sobre la situación internacional agrupaba a los «bandidos imperialistas anglo-franceses, americanos y japoneses» bajo un mismo título [100]. El círculo se había cerrado.

Este desarrollo catastrófico de los acontecimientos dejó profunda huella en el pensamiento soviético. La acción de los aliados confirmó e intensificó el aspecto ideológico de la política exterior soviética e hizo que la revolución internacional apareciera de nuevo como su primordial objetivo, si bien sirviendo únicamente los intereses de la defensa nacional. La cuestión vital de si era posible o no la coexistencia entre los Estados capitalistas y los socialistas había quedado, en cualquier caso, como cuestión abierta en las primeras declaraciones del gobierno soviético y, de manera notable, por el decreto sobre la paz; en algunas de las declaraciones de la primavera y el verano de 1918 parecía que se había contestado afirmativamente a la pregunta. Ahora parecía de una claridad irrefutable que la coexistencia era imposible, al menos con los países de la Entente, y que la propaganda revolucionaria dirigida a los trabajadores de dichos países era el arma más eficaz; en realidad era la única arma efectiva con la que contaba un país cuyos recursos militares eran aún insignificantes. La política exterior soviética, desde el otoño de 1918 hasta finales de 1920, estuvo matizada de manera más específica y exclusiva por sus objetivos internacionalistas y revolucionarios que en cualquier otro período. La revolución mundial significaba, en cierto sentido, en la política exterior soviética, lo mismo que el comunismo de guerra en la política económica, En realidad, era un desarrollo lógico, si bien extremo, de la doctrina comunista, aunque venía impuesto al régimen, más que por ortodoxia doctrinal, por el estado desesperado de la guerra civil.

[99] *Piati Soziv Vserossiskogo Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta* (1919), p. 95.

[100] *Izvestiya*, 4 octubre 1918.

La guerra no declarada, que empezó con los desembarcos militares aliados en el verano de 1918, significó la ruptura de las relaciones cuasi-diplomáticas que se habían establecido en el invierno y primavera precedentes. A finales de julio de 1918, los representantes aliados, que se habían retirado de Petrogrado a Vologda cinco meses antes, se fueron del país o se dirigieron a zona ocupada, llevándose consigo las misiones militares a través de las cuales se había mantenido algún contacto con las autoridades soviéticas. Después del asesinato de Mirbach y de los alzamientos contra el gobierno soviético de julio de 1918, los pocos representantes civiles y militares de los países aliados que quedaban en Moscú fueron considerados como agentes de la conspiración contrarrevolucionaria. Lockhart, después de cuatro semanas de encarcelamiento, fue puesto en libertad y se le permitió volver a su país, y Litvínov fue expulsado de Gran Bretaña como represalia por la expulsión de Lockhart. El cierre de los canales normales de relación con el mundo exterior estimuló el uso de las armas de «diplomacia pública»; como diría más tarde Chicherin, «escribimos menos notas a los gobiernos y más invocaciones a las clases trabajadoras» [101]. El 1 de agosto de 1918, el Sovnarkom lanzó una proclama dirigida a «las masas trabajadoras de Francia, Inglaterra, América, Italia y Japón», que terminaba con las siguientes palabras:

> Forzados a luchar contra el capital aliado, que quiere añadir nuevas cadenas a las cadenas que nos ha impuesto el imperialismo alemán, nos volvemos hacia vosotros gritando:
> ¡Viva la solidaridad de los trabajadores del mundo entero!
> ¡Viva la solidaridad del proletariado francés, inglés, americano e italiano con el ruso!
> ¡Abajo los bandidos del imperialismo internacional!
> ¡Viva la revolución internacional!
> ¡Viva la paz entre las naciones! [102]

Días después, Chicherin comentaba en una nota oficial al cónsul norteamericano:

> En este mismo momento, estamos hablando a los países cuyos ejércitos están enfrentándose a nosotros con violencia y nosotros nos volvemos hacia sus pueblos, exclamando: ¡paz en los hogares humildes! [103]

[101] G. Chicherin, *Vneshniaya Politika Sovetskoi Rossi za Dva Goda* (1920), p. 95.

[102] Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika*, ii (1926), 161.

[103] *Ibid.*, ii, 163; la frase final se tomó del lema de los ejércitos de la Revolución francesa: «¡Guerra a las grandes casas! ¡Paz a los hogares humildes!»

Hacia el final de agosto, *Pravda* publicaba una carta abierta del propio Lenin a los trabajadores americanos:

Los millonarios americanos, esos modernos poseedores de esclavos, han abierto una página particularmente trágica en la sangrienta historia del sanguinario imperialismo al dar su consentimiento... a la campaña armada de las bestias anglo-japonesas con el propósito de aplastar a la primera República socialista... Nos encontramos en la situación de una fortaleza sitiada hasta que otros destacamentos de la revolución internacional socialista vengan en nuestra ayuda. Tales destacamentos existen, son más numerosos que el nuestro..., somos invencibles porque la revolución proletaria del mundo es invencible [104].

Entre tanto, el papel representado el año anterior entre los invasores alemanes por *Die Fackel* y *Völkerfriede,* lo cumplían ahora los innumerables panfletos y octavillas en inglés y francés distribuidos a las tropas aliadas estacionadas en suelo ruso. La historia era la misma:

No vais a luchar contra enemigos [decía una hoja distribuida entre las tropas inglesas y americanas de Arkángel], sino contra trabajadores como vosotros; y nosotros os preguntamos, ¿vais a aplastarnos?... Sed leales a vuestra clase y negaos a hacer el sucio trabajo de vuestros amos..., idos a vuestros propios países y juntos formaremos una comunidad cooperativa de amplitud mundial [105].

Folletos y periódicos redactados por el departamento de propaganda del Narkomindel eran lanzados por aviones sobre las líneas enemigas [106]. El trabajo de adoctrinamiento y propaganda, que tanto éxito había tenido con los prisioneros de guerra alemanes y austriacos, se emprendió ahora con los prisioneros capturados en los frentes aliados. El número de prisioneros era pequeño y los hombres no habían pasado por meses o años de cautiverio, por lo que los éxitos fueron relativamente pequeños, pero algunos se consiguieron y fueron publicados como triunfos [107]. Esta vuelta a la propaganda en pro de

[104] Lenin, *Sochineniya,* xxii, 176-89.

[105] M. Fainsod, *International Socialism and World War* (Harvard, 1935), p. 184; los títulos de otros muchos panfletos se enumeran en A. L. P. Dennis, *The Foreign Policies of Soviet Russia* (1924), p. 488. Los textos de otros panfletos semejantes distribuidos entre las fuerzas francesas en el sur de Rusia están en A. Marty, *La Revólte de la Mer Noire,* i (s. f. [1927]), 149-66; Lenin, *Sochineniya,* xxv, 600, nota 49, hace mención de dos periódicos, *The Call* y *La Lanterne,* publicados para las tropas francesas y británicas, respectivamente.

[106] *Kommunisticheski Internatsional,* n.º 9-10 (187-88), 1928, p. 189.

[107] Como ejemplos, véase p. 132 más adelante.

la revolución mundial, en su forma más cruda y descarada, formaba parte de una acción defensiva desesperada de las fuerzas de la Revolución contra la violenta embestida preparada por el mundo capitalista occidental. La actuación de las potencias occidentales era, tanto como la del gobierno soviético, la que había convertido en escena revolucionaria la situación internacional.

En el otoño de 1918, el hundimiento alemán hizo ver las perspectivas de la revolución internacional a una luz totalmente distinta. La propaganda soviética se convirtió de pronto en el instrumento, no ya de una desesperada acción defensiva contra la intervención aliada, sino de una ofensiva victoriosa que prometía barrer toda Europa central. La rendición búlgara y la petición alemana de armisticio, a finales de septiembre de 1918, mostraron que las potencias centrales estaban al límite de su resistencia. Ya el 1 de octubre de 1918 Lenin estaba enviando a Sverdlov y a Trotski notas impacientes sobre «los comienzos de la revolución en Alemania» y señalaba la táctica a seguir:

> Ninguna relación con el gobierno de Guillermo o con un gobierno de Guillermo II más Ebert u otros villanos por el estilo.
>
> En cuanto a las masas obreras alemanas, a los millones de trabajadores de Alemania, una vez que hayan arrancado con espíritu de revuelta (por el momento es *solamente* espíritu), empezamos a proponerles unión fraternal, *pan,* ayuda militar.

Y pedía «para la primavera» un ejército de tres millones para ayudar a la «revolución internacional de los trabajadores» [108]. Dos días más tarde había recuperado toda su fe en la inminencia de la revolución mundial:

> Ahora, incluso el más ciego de los obreros de los diferentes países, verá cuánta razón tenían los bolcheviques al basar todas sus tácticas en la ayuda a una revolución obrera de alcance mundial y al no asustarse ante los más variados y duros sacrificios...
>
> El proletariado ruso comprenderá que en el próximo futuro se requerirán los mayores sacrificios para ayudar a la causa del internacionalismo. Se acerca el momento en que las circunstancias pueden pedirnos ayudar al pueblo alemán a liberarse de su propio imperialismo contra el imperialismo anglofrancés...
>
> La historia del mundo en estos últimos días se ha acelerado de manera notable en el proceso de la revolución mundial de trabajadores [109].

[108] *Leninski Sbornik,* xxi (1933), 252-53.
[109] Lenin, *Sochineniya,* xxii, 215-17.

Quince días después, con patente desprecio de los usos diplomáticos, Lenin escribía a Joffe a Berlín:

¡Deberíamos representar el papel de una oficina de ideas a escala internacional y no estamos haciendo nada!

Debemos publicar cien veces más. Hay dinero. Contrate traductores.

Esta carta, corta y tajante, terminaba con la petición de que fuera enviada a Vorovski a Estocolmo para que actuara de la misma manera [110]. Al propio tiempo envió otra carta de felicitación al grupo Spartakus, cuya labor había «salvado el honor del socialismo y del proletariado alemán», y expresó «su esperanza inamovible de que, en un futuro próximo, será posible aclamar a la victoria de la revolución proletaria en Alemania»; unas semanas más tarde, cuando llegó la noticia de la puesta en libertad de Karl Liebknecht, se le mandó un mensaje en nombre del comité central del partido firmado por Lenin, Sverdlov y Stalin, saludando su libertad «como el principio de una nueva era, la era del socialismo victorioso que empieza ahora para Alemania y para todo el mundo» [111].

Las palabras finales de este mensaje eran significativas. Aunque Alemania estaba en el centro de la escena, ello no limitaba en absoluto la visión de los bolcheviques. Una resolución del VTsIK señaló que, seis meses atrás, Alemania parecía tan todopoderosa como el resto de los «bandidos imperialistas hoy». Pero también se les acercaba a ellos su hora.

Las profundas luchas internas entre los que toman parte en el latrocinio universal y las sacudidas cada vez más profundas de las masas engañadas y exhaustas, llevan al mundo capitalista a la era de la revolución social.

Ahora, al igual que en octubre del pasado año y que durante las negociaciones de Brest-Litovsk, el gobierno soviético basa toda su política en las perspectivas de revolución social en ambos campos imperialistas...

El VTsIK declara ante todo el mundo que, en esta lucha, la Rusia soviética ayudará, con todos sus recursos y todas sus fuerzas, al poder revolucionario de Alemania contra sus enemigos imperialistas. No dudamos de que el proletariado revolucionario de Francia, Inglaterra, América, Italia y Japón se encuentra en el mismo campo que la Rusia soviética y la Alemania revolucionaria [112].

Los acontecimientos se desarrollaron con extremada rapidez durante el mes de octubre. En una asamblea celebrada en Moscú, el 22

[110] *Leninski Sbornik*, xxi (1933), 253.

[111] Lenin, *Sochineniya*, xxix, 514-15.

[112] *Piati Soziv Vsedossiiskogo Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta* (1919), p. 252.

de octubre de 1918, cuando Alemania se encontraba al borde del colapso y se habían producido manifestaciones probolcheviques en Berlín, París, Italia y Escocia, Lenin se permitió mostrarse triunfante y confiado.

¡El bolchevismo se ha convertido en la teoría y la táctica mundiales del proletariado internacional! Se debe al bolchevismo el que haya aparecido ante la faz del mundo una vigorosa revolución social, que haya disputas entre todas las gentes sobre si estar a favor o en contra de los bolcheviques. Al bolchevismo se debe el que esté a la orden del día el programa de la creación de un Estado proletario... Nunca hemos estado tan cerca de la revolución mundial. Nunca ha sido tan evidente que el proletariado ruso ha impuesto su voluntad, ni tan claro que millones y decenas de millones del mundo proletario nos han de seguir [113].

El mismo tono de confianza se traducía a términos diplomáticos. Dos días después Chicherin radió una larga y desafiante nota al presidente Wilson, al que se dirigía de manera irónica como «señor Presidente», en casi todos los párrafos. Recordando las piadosas declaraciones de los catorce puntos y la expresión de la simpatía americana expuesta en el telegrama de Wilson al cuarto Congreso de Soviets de toda Rusia, de marzo de 1918 [114], la nota señalaba la contradicción entre los ideales del proyecto de Wilson de una Sociedad de Naciones y la realidad de la intervención armada aliada y americana en territorio soviético, y comparaba a los gobiernos aliados con «el gobierno imperialista de Alemania, encabezado por Guillermo II, con el que usted, señor Presidente, no se comporta mejor que nosotros, el gobierno revolucionario de obreros y campesinos, nos comportamos con usted» [115]. Y Lenin, en su principal trabajo teórico de este período, *La revolución proletaria y el renegado Kautsky,* que terminó la víspera de la rendición alemana, volvía a la tesis internacional, sustentada tan firmemente por él hasta el momento de la Revolución de Octubre:

Mi tarea, la tarea de representante del proletariado revolucionario, es preparar *la revolución proletaria mundial* como la *única* salvación de los horrores de la guerra mundial. Tengo que razonar, no desde el punto de vista de «mi» país..., sino desde el punto de vista de mi participación en preparar, predicar y acelerar la revolución proletaria mundial [116].

[113] Lenin, *Sochineniya,* xxiii, 230.
[114] Véase p. 62.
[115] Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika,* ii (1926), 181-88.
[116] Lenin, *Sochineniya,* xxiii, 381.

Durante la primera semana de noviembre de 1918, cuando ya el imperio de los Habsburgo se deshacía y se separaban sus partes integrantes [117], cuando los ejércitos alemanes se encontraban en franca retirada y habían comenzado a surgir consejos de soldados y campesinos en muchas ciudades alemanas, el gobierno alemán se permitió un último gesto desafiante al protestar por las notorias actividades de Joffe. El 2 de noviembre de 1918, resucitando el recuerdo del asesinato de Mirbach, ocurrido cuatro meses antes, ya medio olvidado, el gobierno alemán dirigió una nota al soviético declarando que «no podía tolerar que el asesinato del embajador permaneciera impune» [118]. Dos días más tarde, la policía alemana se las arregló para que un paquete de la valija diplomática consignado a Joffe se rompiera y se abriera durante un transporte en la estación de ferrocarril de Berlín, y de él emergió entonces un aluvión de propaganda revolucionaria [119]. Al día siguiente, Solf, recientemente nombrado secretario de Asuntos Exteriores en el gobierno de Max von Baden, llamó a Joffe y le informó de que «el comportamiento de la embajada rusa, al violar el derecho internacional, así como el hecho de no haberse recibido aún una explicación satisfactoria por el asesinato del embajador imperial, hace necesaria la retirada temporal de representantes diplomáticos por ambas partes, si bien esto no constituye una ruptura formal de relaciones diplomáticas» [120]. A la mañana siguiente, 6 de noviembre de 1918, Joffe y su equipo fueron introducidos rápidamente en un tren especial y despachados a la frontera [121]. El 9 de noviembre de 1918, fecha en que Joffe llegó a la frontera, el Kaiser abdicó, y el 10

[117] El 3 de noviembre se radió un mensaje en nombre de los «obreros, campesinos y soldados de Rusia», a los «camaradas obreros, campesinos y soldados del antiguo imperio austro-húngaro» (*Izvestiya,* 3 noviembre 1918).

[118] Esta nota no ha sido publicada.

[119] *The Memoirs of Prince Max of Baden* (Trad. ing., 1928), ii, 289 y P. Scheidemann, *Memoirs of a Social-Democrat* (Trad. ingl., 1929), ii, 534-36, admite que la ruptura fue deliberada; de acuerdo con W. von Blücher, *Deutschlands weg nach Rapallo* (Wiesbaden, 1951), p. 34, la sugerencia provino de Nadolni. El refinamiento de que estos documentos fueron colocados por la policía viene de una información que se publicó mucho después en la prensa austriaca (citado en J. W. Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk: The Forgotten Peace* (1939), p. 359.

[120] Esta declaración no ha sido publicada. En ese mismo día el consulado alemán en Moscú entregó una nota al Narkomindel redactada en términos similares, pero con una mayor extensión y omitiendo la cláusula final relativa a la ruptura formal, la cual fue leída *in extenso* por Lenin al sexto Congreso de Soviets de toda Rusia en 8 de noviembre de 1918 (Lenin, *Sochineniya,* xxiii, 257-58).

[121] El hecho fue descrito dos días después por Radek, entre gritos de «¡Vergüenza!», al sexto Congreso de Soviets de toda Rusia *(Shestoi Vserossiiski*

de noviembre, cuando la delegación alemana iba camino de Compiègne para firmar el armisticio, un consejo de obreros y soldados de Berlín decidió por unanimidad que «un consejo de representantes del pueblo» actuara como gobierno alemán provisional. Este consejo estaba compuesto por tres miembros del SPD, Ebert, Scheidemann y Landsberg, y tres del USPD, Haase, Dittmann y Barth; Ebert actuaba como presidente del Consejo y Haase estaba al frente de las relaciones exteriores, si bien no remplazaba a Solf como ministro de Asuntos Exteriores. En Moscú, la última sesión del sexto Congreso de Soviets de toda Rusia fue interrumpida dos veces para permitir que el presidente diera lectura a los últimos telegramas llegados de Alemania. Por la noche hubo una fiesta en el Kremlin, y a la mañana siguiente Lenin abandonó el Kremlin por primera vez desde el atentado sufrido a finales de agosto y se dirigió a la muchedumbre desde un balcón. Radek describe así la escena de su aparición:

> Decenas de miles de trabajadores estallaron en salvajes gritos. Jamás he vuelto a ver una cosa por el estilo. Hasta bien entrada la tarde, los obreros y los soldados del Ejército Rojo desfilaron. La revolución mundial había llegado. La masa del pueblo oía el férreo eco de sus pisadas. Nuestro aislamiento había terminado [122].

La revolución alemana parecía no sólo aportar un bien recibido alivio de los peligros militares inmediatos y romper el anillo de ejércitos que circundaban a la República soviética, sino que suponía la segunda y más potente ola de revolución mundial, que tanto se esperaba. Los líderes bolcheviques, desde Lenin para abajo, estaban unánime y absolutamente convencidos de que esta vez la Revolución se desarrollaría rápidamente y que calaría más hondo, al tiempo que, asumiendo un carácter proletario y socialista, se extendería por toda

Chrezvichaini Syezd Sovetov [1919], pp. 52-53); las circunstancias y la secuela dejada dieron algo de razón a la sospecha de los bolcheviques, manifestada por Lenin entonces (*Sochineniya*, xxiii, 259), de que Joffe fue depuesto por pensar que favorecía a las potencias occidentales victoriosas.

[122] *Krasnaya Nov*, n.° 10, 1926, p. 140. M. Philips Price, *My Reminiscences of the Russian Revolution* (1921), pp. 349-50, da la relación de un testigo de vista de la celebración en el Kremlin, y atribuye a Lenin, aún en este momento, una nota de precaución: «Me temo que la revolución social en Centro-Europa se desarrolla demasiado lentamente para que esperemos recibir ayuda de este sector» (*ibid.*, p. 345); de acuerdo con Radek (*Krasnaya Nov*, n.° 10, 1926, p. 139), Sverdlov observó en esta ocasión: «¡Estad en guardia!, las moscas otoñales pican fuerte». La descripción que de la escena hizo Radek a la mañana siguiente, también hace mención a la «mirada de entusiasmo, pero profundamente ansiosa» de Lenin.

Europa occidental. El 13 de noviembre de 1918, el VTsIK anuló formalmente el Tratado de Brest-Litovsk, y añadió a la declaración de anulación una llamada «a los trabajadores de Alemania, Austria y Hungría» para que se sustituyera por un nuevo acuerdo de otro tipo:

> Se reconocerá el pleno derecho a la autodeterminación a los trabajadores de todas las naciones. Se hará soportar todas las pérdidas a los verdaderos culpables de la guerra: las clases burguesas. Los soldados revolucionarios de Alemania y Austria, que están formando consejos de diputados de soldados en los territorios ocupados y tomando contacto con los consejos locales de campesinos y obreros, serán los colaboradores y aliados de los trabajadores en el cumplimiento de dichas tareas. Mediante una unión fraternal con los obreros y campesinos de Rusia, curarán las heridas infligidas a la población de los territorios ocupados por los generales austriacos y alemanes que defendían los intereses de la contrarrevolución... Las masas trabajadoras de Rusia, representadas por el gobierno soviético, ofrecen esta unión a los pueblos de Alemania y Austria-Hungría. Esperan que a esta poderosa unión de los pueblos liberados se unirán los pueblos de todos los demás países que no han sacudido todavía el yugo del imperialismo [123].

.Esta visión de la rápida extensión de la comunidad fraternal de la Revolución no era tan fantástica como puede aparecer a los ojos de las generaciones posteriores, que saben que fue desmentida por los acontecimientos. La invocación a la revolución mundial como clave de la política exterior soviética jamás había parecido tan justificada por sus frutos. Si el golpe final, que había destruido Alemania, había sido asestado por otros, existía la evidencia —que no era probable que ningún bolchevique pasase por alto ni subvalorase— del papel que la propaganda bolchevique había representado desmoralizando a los ejércitos alemanes. La población civil se rebelaba contra los horrores y privaciones de la guerra; la monarquía había caído, sin un solo disparo, entre el desprecio general; se habían formado consejos de obreros y soldados, según el modelo soviético, por toda Alemania, y el Consejo de Berlín había creado la contrapartida del Consejo de Comisarios del Pueblo; Alemania había entrado en su «período Kerenski»; parecía inconcebible que con el estímulo del ejemplo y la ayuda rusa no se siguiera el paralelo con la Revolución rusa hasta el final. Cuando Radek llegó a Berlín, en diciembre de 1918, tuvo la impresión de que las «nueve décimas partes de los

[123] *Sobranie Uzakoneni,* 1917-1918, n.º 95, art. 947; el Tratado de Brest-Litovsk, en lo que se refiere a Turquía, había sido ya denunciado por el gobierno soviético en 20 de septiembre de 1918 (G. Chicherin, *Vneshniaia Politika Sovetskoi Rossi za Dva Goda* [1920], p. 21).

obreros tomaban parte en la lucha contra el gobierno»[124]; otros observadores pensaron lo mismo. Incluso hoy no está demasiado claro el por qué del fracaso de la revolución alemana —si fue porque las masas alemanas no deseaban la revolución o porque el movimiento revolucionario estaba desunido y dirigido de mala manera, o porque los gobiernos aliados, temiendo la revolución en Alemania, prestaron justamente a los elementos contrarrevolucionarios socialdemócratas alemanes el apoyo necesario para sofocar la revolución—. La explicación más plausible parece ser que la rebelión de las masas alemanas contra la guerra y contra un régimen al que se consideraba responsable de ella se confundió en todas partes con una exigencia de revolución social por parte de las masas[125]. La demanda activa de revolución, una vez que la guerra hubo acabado con todas sus consecuencias, quedó confinada a una minoría. La tradición de Lasalle había moldeado un movimiento obrero en el que la inmensa mayoría tenía más confianza en arrancar concesiones al Estado existente que en destruirlo. Pero tal diagnóstico era difícil que se hiciese en noviembre de 1918, y tanto entonces como durante más de dos años después, la inminencia de la revolución proletaria en Alemania continuó siendo la pesadilla de los muchos que la temían y de los bolcheviques que la anhelaban.

El entusiasmo de Moscú se vio, no obstante, rápidamente enfriado por los primeros episodios del contacto directo con la nueva Alemania. La primera experiencia desconcertante surgió como consecuencia de una oferta de las autoridades soviéticas de mandar dos o tres trenes cargados de grano para la hambrienta población alemana. Se trataba de un gesto simbólico y, vista la escasez reinante en Rusia, de un gesto generoso a la vez. En vez de la aceptación entusiasta que se esperaba de Berlín, transcurrió casi una semana de silencio. Luego, el 17 de noviembre de 1918, llegó la respuesta de Haase. La oferta se acogía como un gesto de solidaridad internacional, pero Rusia también estaba hambrienta y, en lo que respecta a Alemania, América había prometido mandar grano suficiente para mantener las raciones actuales hasta la próxima cosecha[126]. Era la primera vez que

[124] *Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* (Hamburg, 1921), p. 256.

[125] El informe del subsiguiente comité de investigación del Reichstag sobre las causas del colapso alemán llamaba la atención hacia «la estrecha conexión entre la revolución y la cuestión de la paz en la mente de los socialistas alemanes» (R. H. Lutz, *The Causes of the German Collapse in 1918* [Stanford, 1934], pp. 322-24).

[126] La contestación se transmitió en conversación en teletipo entre Haase y Chicherin, y, al parecer, no existe texto oficial: se da cuenta de su contenido

Alemania se encontraba ante el dilema preñado de destino de elegir entre el Este y el Oeste. Los dos míseros trenes de grano de Moscú contrastaban con la perspectiva de la abundancia del otro lado del Atlántico. Hubiera sido quijotesco aceptar la pitanza soviética corriendo el riesgo de indisponerse con Washington y los aliados occidentales. La respuesta recibida se consideró en Moscú como una bofetada y como prueba de que los llamados líderes socialistas de Alemania preferían el sustancioso puchero del capitalismo a la solidaridad internacional de la revolución socialista. Radek, recordando la votación de los créditos de guerra por los socialdemócratas en el Reichstag, el 4 de agosto de 1914, lo llamó «un segundo 4 de agosto», y dijo que «Judas Iscariote había completado su traición» [127]. El insulto hirió en lo más vivo y su recuerdo duró mucho tiempo. Todavía era tema de amargas recriminaciones cuando se debatió, dieciocho meses más tarde, el ingreso del USPD en la Comintern [128].

El segundo episodio tenía que ver con Joffe, el embajador soviético expulsado de Berlín. Cuando estalló la revolución alemana, Joffe se encontraba en Borisov en la misma línea fronteriza ruso-alemana. El 10 de noviembre de 1918, el Consejo de obreros y soldados de Berlín, que había elegido al Consejo de Representantes del Pueblo, votó una resolución ordenando al gobierno que «reanudara las relaciones con el gobierno ruso» y expresando su afán por la llegada de los representantes rusos a Berlín [129]; y tres días más tarde el VTsIK, en el decreto que anulaba el Tratado de Brest-Litovsk, observaba que, mientras el último acto del gobierno del Kaiser había sido expulsar a Joffe, el «primer acto de los obreros y soldados insurrectos de Alemania, que han derrotado el régimen imperial, ha sido volver a llamar a la embajada soviética» [130]. Mientras tanto, Joffe esperaba con impaciencia que le llamaran de Berlín. En el caos que era la Alemania

en Radek, *Krasnaya Nov.*, n.º 10, 1926, p. 142 y fue resumida por Dittmann, colega de Haase en el segundo Congreso de la Comintern *(Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* [Hamburg, 1921], pp. 322-24).

[127] *Krasnaia Nov.*, n.º 10, 1926, p. 142.

[128] Puede hallarse eco aún posterior en un artículo de Stalin de noviembre de 1920, en el cual propone la creación de una «reserva de comestibles para la revolución en el Oeste». Escribía: «Lo cierto es que los Estados occidentales (Alemania, Italia, etc.) dependen por completo de América, que abastece de grano a Europa. La victoria de la revolución en estos países puede hacer enfrentarse al proletariado con una crisis de alimentos al día siguiente de la revolución si la América burguesa rehusa proveerles de trigo, lo que es muy probable» *(Sochineniya*, iv, 380).

[129] *Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* (Hamburg, 1921), p. 356.

[130] *Sobranie Uzakoneni, 1917-9118*, n.º 95, art. 947.

del armisticio podía perdonarse un pequeño retraso en recibir instrucciones, pero pronto se traslució que no se tomarían semejantes disposiciones. Haase explicó delicadamente a Chicherin que este asunto era de los que requerían negociación, y prometió remitirlo a sus colegas [131]. Más tarde los miembros del Consejo de Representantes, pertenecientes al USPD, se excusaron (esto también dio lugar a prolongadas recriminaciones) diciendo que los tres miembros del USPD se negaban a que Joffe fuese readmitido y que era imposible adoptar una decisión contra su voluntad [132]. Pero esto no era más que una verdad a medias; el 19 de noviembre de 1918, dos días después de ser rechazada la oferta de trigo, el asunto de Joffe se discutió largamente en el Consejo. Además de los seis miembros se hallaban presentes Kautsky, quien ahora aspiraba a la posición de decano político y árbitro imparcial del movimiento socialdemócrata, y a quien se conocía por su hostilidad al régimen soviético, y Solf, el antiguo ministro de Asuntos Exteriores que aún dirigía el Ministerio de Haase. Solf habló contra la admisión de Joffe, diciendo que había abusado de sus privilegios diplomáticos al inmiscuirse en asuntos internos. Haase aconsejó que se retrasara este delicado asunto, en lo que se vio apoyado por Kaustky, quien le ayudó con el argumento de que el régimen soviético de Moscú no podía durar muchas semanas más [133]. El 23 de noviembre la misión consular alemana llegó a la frontera y se efectuó el cambio [134]. Joffe retornó a Moscú desconsolado. El 1 de diciembre de 1918, Solf negó a Rakovski el permiso para cruzar por Berlín de paso para Viena, donde estaba destinado como embajador de la República soviética en Austria [135].

El tercer episodio arrojaba aún más luz sobre la incompatibilidad del temple y de los propósitos de los líderes bolcheviques de Moscú y los dirigentes socialdemócratas de ambas facciones de Berlín. El primer Congreso de Soldados y Obreros de toda Alemania había de celebrarse el 16 de diciembre de 1918. Al recibir la invitación del comité ejecutivo que organizaba el Congreso, el VTsIK nombró para

[131] *Krasnaya Nov.*, n.º 10, 1926, pp. 142-43.

[132] *Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* (Hamburg, 1921), p. 324.

[133] *Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* (Hamburg, 1921), pp. 257, 356.

[134] La estancia en Borisov está descrita por un miembro del equipo de Joffe, M. K. Larsen, *An Expert in the Service of the Soviet* (1929), pp. 30-33.

[135] *Izvestiya,* 3 diciembre 1918; de acuerdo con *Diplomaticheski Slovar,* ii (1950), 107, art. Marjlevski, el gobierno alemán se había negado a conceder facilidades, ya en octubre de 1918, para que Marjlevski fuese a Viena vía Berlín como representante soviético.

que asistiese a una numerosa e importante delegación rusa, formada por Radek, Bujarin, Joffe, Rakovski e Ignatov [136]. Esta decisión desconcertó al Consejo de Representantes del Pueblo, desconcierto que se transformó en consternación cuando en una conversación por teletipo, abierta a toda clase de interferencias por todo el mundo, Radek anunció su intención de llevar con la delegación un grupo de expertos propagandistas para que trabajara entre los prisioneros de guerra franceses e ingleses que aún se encontraban en los campos de concentración alemanes [137]. Resultaba evidente para Berlín que las autoridades soviéticas estaban haciendo todo lo posible —a propósito o sin darse cuenta— para indisponer a Alemania con las potencias occidentales. Solamente una fe revolucionaria sin límites, que ciertamente no poseían los jefes del USPD, podía haber encontrado justificación a un comportamiento semejante. Cuando la delegación llegó a la frontera, el Consejo de Representantes del Pueblo decidió, por cinco votos contra uno, no admitirla «en vista de la situación de Alemania» [138]. De acuerdo con un informe oficial ruso, las autoridades militares alemanas «apuntaron entonces con una ametralladora a nuestra delegación, la obligaron a volver y, en las condiciones más indignas, la condujeron al otro lado de la línea de demarcación» [139]. El incorregible Radek, sin dejarse intimidar por estas iniquidades y ayudado por su capacidad de cambiar de nacionalidad a su antojo, se disfrazó de prisionero de guerra austriaco y pasó la frontera en compañía de Reuter-Friesland, un prisionero de guerra alemán a la sazón miembro del USPD y más tarde del partido comunista alemán, y de dos comunistas alemanes, a los que había encontrado en Minsk [140]. Logró llegar a Berlín, pero demasiado tarde para asistir al primer Congreso de Consejos de Obreros y Soldados de toda Alemania, que había terminado sus sesiones el 21 de diciembre de 1918.

La conclusión que se sacó en Moscú de estos episodios fue la traición de los líderes socialdemócratas alemanes —tanto del USPD como del SPD— a la causa revolucionaria; ésta fue la primera, pero no la última, ocasión visible en que los bolcheviques se engañaron a

[136] *Otchet Narodnogo Komissariata po Inostrannnim Delam Sedmomu Syezdu Sovetov* (1919), p. 18.

[137] *Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* (Hamburg, 1921), p. 326. De acuerdo con otra versión, más dudosa, Radek ofreció también ayuda soviética para resistir al ejército aliado en el Ródano (*ibid.*, p. 327).

[138] *Ibid.*, p. 357.

[139] G. Chicherin, *Vneshniaia Politika Sovetskoi Rossi za Dva Goda* (1920), p. 23. La versión de Radek es menos dramática y habla solamente de «varios soldados con rifles» (*Krasnaya Nov.*, n.º 10, 1926, p. 145).

[140] *Ibid.*, n.º 10, 1926, p. 146.

sí mismos al creer, suponiendo una analogía con su propia experiencia en Rusia, que existía un conflicto entre masas revolucionarias y dirigentes contrarrevolucionarios, que se resolvería inevitablemente en la rebelión de las masas contra los dirigentes. Las circunstancias de la situación alemana de fines de 1918 eran bastante más complejas. Alemania se encontraba demasiado postrada e indefensa para hacer algo por su cuenta. Toda decisión en relación con la Rusia soviética se presentaba irremediablemente como una elección entre depender de Rusia o de los aliados occidentales. La mutua hostilidad entre Oriente y Occidente hacía que esta elección fuera inevitable y, a no ser que se hiciera caso omiso de las ventajas materiales, no podía haber duda alguna en la elección. Era cierto que los dirigentes socialdemócratas alemanes estaban particularmente enconados con los bolcheviques, quienes les habían estado llamando traidores desde hacía cuatro años y que estaban disputándoles la dirección de las masas, incluso de las masas alemanas. Era cierto que la socialdemocracia alemana se había nutrido durante dos o tres décadas con el desprecio hacia la Rusia semibárbara, y que estos sentimientos no se habían desvanecido de repente con el cambio de régimen [141]. También es cierto que el prestigio de la democracia y el liberalismo occidentales ejercía una poderosa atracción sobre el movimiento socialdemócrata, especialmente en la manera y en las condiciones que Woodrow Wilson los estaba predicando a un mundo cansado de «imperialismo» y «militarismo». Estos sentimientos iban a hacer de los socialdemócratas alemanes los mayores enemigos de una orientación oriental de la política alemana, orientación que, sin embargo, defendía y apoyaba una gran mayoría de la derecha alemana. Pero estas consideraciones no se tenían todavía en cuenta. A fines de 1918, las masas alemanas se encontraban aún desorientadas por la derrota y atraídas por el atractivo sentimental de la Revolución rusa. Pero ningún grupo serio de la opinión pública alemana, excepto un puñado de extremistas de izquierdas, pensaba seriamente en una alianza con la Rusia soviética como política práctica para un gobierno alemán, ya que esto exacerbaría la hostilidad de Occidente. Las masas, por tanto, aceptaron lo inevitable y se mostraron conformes, sin protestas, con la cautela de los dirigentes.

Un nuevo nombramiento vino a acentuar la repulsa del Consejo de Representantes del Pueblo contra el bolchevismo y la Revolución.

[141] P. Scheidemann, *Memoirs of a Social-Democrat* (trad. ingl., 1929), ii, 533, contrasta a «Alemania, país educado durante siglos», con Rusia, «tierra de analfabetos».

Cuando a finales de diciembre se hizo necesario prescindir de los servicios de Solf, que estaba demasiado enfrentado a los aliados por su historial como ministro de Colonias, se ofreció el cargo de ministro de Asuntos Exteriores a Brockdorff-Rantzau, que era una figura insólita en el cuerpo diplomático de los últimos días de la Alemania imperial. Un agudo interés intelectual por la política le convenció de la creciente importancia del Partido Socialdemócrata alemán y, por tanto, se esforzó por mantenerse en contacto con algunos de sus dirigentes. A través de estos contactos como embajador alemán en Copenhague, sirvió de intermediario del gobierno alemán en las negociaciones que llevaron a que Lenin y sus compañeros bolcheviques pasaran a través de Alemania, en el tren sellado, en abril de 1917. Estos mismos contactos le proporcionaron el nombramiento de ministro de Asuntos Exteriores alemán en diciembre de 1918. Antes de aceptarlo expuso sus puntos de vista en un memorándum dirigido al Consejo de Representantes del Pueblo, que los aceptó unánimemente. Entre sus manifestaciones más importantes estaba la de que era necesario «tomar las medidas más severas contra la propaganda bolchevique y sus dirigentes» y la «de restringir la competencia de los consejos de soldados y obreros» [142]. Al mismo tiempo, el primer Congreso de Consejos de Soldados y Obreros de toda Alemania decidió convocar elecciones para la formación de una Asamblea Nacional el 19 de enero de 1919, decretando de esta manera su propia desaparición como órgano soberano del pueblo alemán. Las esperanzas de Moscú en una revolución proletaria alemana de acuerdo con el modelo soviético se desvanecían rápidamente.

El 29 de diciembre de 1918, los tres miembros del USPD, conscientes de su inestable posición en el Consejo de Representantes del Pueblo, dimitieron de sus puestos, y el Consejo quedó como un monopolio de un solo partido, el SPD, para el resto de su existencia. El mismo día ocurrió un acontecimiento aún más significativo. Los dirigentes del grupo Spartakus se reunieron en secreto y decidieron separarse del USPD y formar un partido independiente, que se llamaría Partido Comunista Alemán (KPD), con la palabra *Spartakusbund* entre corchetes como tributo al pasado, y al día siguiente se reunió el primer Congreso del KPD *(Spartakusbund)* con cien delegados presentes. Radek, que había estado en discusiones con los líderes espartaquistas desde que había llegado a Berlín (da los nombres de Liebknecht, Rosa Luxemburgo, Jogiches, Levi y Talhei-

[142] Brockdorff-Rantzau, *Dokumente* (1920), p. 11.

mer)[143], representó al partido ruso y pronunció un largo discurso sobre las revoluciones rusa y alemana. Las comparaciones que hizo halagaron a su auditorio:

Cuando nos llegaron noticias de la revolución alemana, una auténtica conmoción de alegría se apoderó de la clase obrera rusa... La clase trabajadora rusa, más joven y mucho peor organizada sabe bien que, sin una revolución socialista en Alemania, la revolución obrera rusa, dependiendo solamente de sí misma, no tendría fuerza bastante para construir un edificio nuevo sobre las ruinas dejadas por el capitalismo.

Y nuevamente:

Lo que estamos haciendo ahora en Rusia no es más que *la grandiosa y pura enseñanza* del comunismo alemán, que Marx ha puesto de manifiesto para la clase obrera de todo el mundo... La guerra civil internacional nos salvará de la guerra de las naciones[144].

El Congreso mandó sus congratulaciones a la República soviética. Acusó al gobierno de «Ebert y Scheidemann» de «enemigo mortal del proletariado» y protestó por el empleo de tropas alemanas, bajo mando inglés, contra tropas soviéticas en el Báltico. Pedía la formación de consejos de obreros y soldados en todos los países y veía en esto «el único camino efectivo para construir una nueva Internacional en la cual la organización de clase del proletariado sea el centro de gravedad». El único asunto sobre el que hubo discrepancia fue en el de si participar o no en las elecciones de la Asamblea Nacional. Se argumentaba que, teniendo en cuenta que los parlamentos y los soviets eran formas de gobierno alternativas que representaban respectivamente la supremacía burguesa y la de los obreros, y puesto que la Asamblea Nacional estaba concebida con el propósito de sustituir al congreso de los soviets, un voto a favor de participar en las elecciones era un voto contra los soviets. La participación se rechazó por 62 votos contra 23, pero la mayoría de los líderes, incluyendo a Rosa Luxemburgo, votó con la minoría. Parece ser que la participación se rechazó unánimemente en los sindicatos existentes, aunque no hubo votación formal. Había varios delegados que estaban a favor de formar sindicatos comunistas independientes; otros, como Rosa

[143] *Krasnaya Nov.*, n.º 10, 1926, p. 149.
[144] K. Radek, *Die Russische und Deutsche Revolution un die Weltlage* (1919), pp. 15, 29-30.

Luxemburgo, pensaban que los sindicatos se verían rebasados por los consejos de obreros y soldados [145].

Tras los debates formales del Congreso se escondían, no obstante, dificultades y tensiones de no fácil solución. Las reacciones de los dirigentes espartaquistas alemanes frente al bolchevismo ruso eran complejas y no uniformes. Karl Liebknecht, quien, a pesar de ser un líder revolucionario brillante y consagrado a la hora de la acción, no poseía una sólida preparación marxista ni gran capacidad intelectual, podría acoger sin reservas la Revolución rusa y todas sus obras, y estaba dispuesto a imitarla, sin críticas, pero Rosa Luxemburgo, el verdadero genio del grupo Spartakus, había sido desde 1904 una tenaz opositora a la teoría de Lenin sobre la organización del partido [146], y durante los últimos meses de la guerra, que pasó en la cárcel, había escrito una larga crítica a la interpretación que Lenin daba a la dictadura del proletariado, crítica que, aunque no estaba aún publicada, era conocida sin duda por sus colaboradores más íntimos [147]. Rosa Luxemburgo creía que la revolución socialista no podía lograrse más que mediante un partido de masas que todavía no existía ni podía existir en Alemania. La época era propicia solamente para propaganda entre las masas, como la que distribuía el *Spartakusbund*, pero no para la acción. Por esta razón, Rosa Luxemburgo y su colaborador íntimo, Leo Jogiches, hubiesen preferido, en primer lugar, el aplazamiento de la creación del partido comunista alemán [148]; y, aunque permitieron que se pasara por encima de su decisión, los prudentes puntos de vista de Rosa Luxemburgo matizaban más de uno de los pasajes del programa del partido, que ella misma redactó por encargo del Congreso.

[145] *Bericht über der Gründungsparteitag der Kommunistischen Partei Deutschland (Spartakusbund)* (s. f. [1919]), pp. 13, 17-18. Este informe oficial del Congreso, impreso ilegalmente, contiene resúmenes de los discursos (sólo el de Rosa Luxemburgo parece haber sido impreso en su totalidad) y del programa; el discurso de Radek no se incluyó con la excusa de que había sido publicado por separado en forma de folleto (citado en la nota 144 anterior).

[146] Véase vol. I, pp. 49-50.

[147] Fue publicado primeramente en un folleto editado por Paul Levi, con algunos cortes (R. Luxemburgo, *Die Russische Revolution* [1922]; los pasajes omitidos se publicaron en *Archiv für die Geschichte des Sozialismus un der Arbeiterbewegung* (Leipzig), iii (1929), 285-98.

[148] Esta actitud, aunque no expresada públicamente, era bien conocida de los círculos del partido en aquel tiempo, e hizo referencia a ella Clara Zetkin en unas declaraciones que leyó en el tercer Congreso de la Comintern *(Protokoll des III. Kongresses der Kommunistischen Internationale* [Hamburg, 1921], pp. 668-69).

La esencia de la sociedad socialista consiste en el hecho de que la gran masa trabajadora deja de ser una masa regimentada y vive y dirige, en libre autodeterminación consciente, la totalidad de la vida política y económica...

La revolución proletaria no necesita del terror para su propósito y odia y abomina el crimen... No es un intento desesperado de una minoría para conformar el mundo de acuerdo con sus ideales, sino que es la acción de la gran masa de millones de personas, llamada a llevar a cabo la misión de la historia, a transformar en realidad la necesidad histórica.

Nada podía ser más frío o menos parecido al entusiasmo en pro de la solidaridad revolucionaria internacional que prevalecía en Moscú que el corto y convencional punto del programa dedicado a «tareas internacionales» (que a la sazón sólo podía tener aplicación práctica a las relaciones con Rusia):

El establecer inmediatamente relaciones con partidos fraternales del extranjero para asentar a la revolución sobre una base internacional y para asegurar la paz a través de la hermandad internacional y del alzamiento revolucionario del proletariado mundial [149].

La divergencia de puntos de vista entre Rosa Luxemburgo y Lenin, oculta tras los bastidores del Congreso fundacional del KPD, era un estadio más en la controversia que se inició con la publicación de *¿Qué hacer?* Puede que en esta ocasión se hiciera más aguda debido a la antipatía personal existente entre Rosa Luxemburgo y Radek, que comenzó con las luchas de fracciones en el seno del partido polaco en las que ambos habían representado papeles primordiales; en cualquier caso, era una disensión de carácter fundamental que habría de aparecer una y otra vez en las relaciones entre el partido comunista ruso y los partidos comunistas occidentales.

Por el momento, estas dificultades internacionales potenciales eran menos decisivas que las diferencias de opinión sobre política inmediata dentro del propio partido. Durante todo el Congreso, Liebknecht, sin gran apoyo por parte de los otros líderes, había estado en negociaciones para atraer hacia el nuevo partido al movimiento de los representantes de los obreros de talleres. Las negociaciones se rompieron por una serie de condiciones, en su mayoría formales, impuestas por los delegados de los talleres, y que el Congreso juzgó inaceptables. Pero el verdadero obstáculo era la oposición de Rosa Luxemburgo y su grupo. El esceptismo de Rosa Luxemburgo sobre las perspectivas de una revolución proletaria socialista en Alemania en un

[149] El programa se halla en *Bericht über den Gründungsparteitag der Kommunistischen Partei Deutschland (Spartakusbund)* (s. f. [1919]), pp. 49-56.

futuro próximo le hacía temer la entrada de una gran mayoría de revolucionarios exaltados, sin preparación, que podrían hacer que el partido se embarcara en aventuras revolucionarias, para las cuales ni era el momento ni este último se hallaba preparado. Su clarividencia se demostró por los acontecimientos que siguieron. Unos días después del Congreso hubo una revuelta en Berlín a causa del despido de un jefe de policía favorable a la izquierda. Los representantes de los obreros de talleres lanzaron alegremente todas sus fuerzas a la refriega, y se habló de proclamar un gobierno revolucionario; oficialmente, el partido recién fundado se mantuvo distante, pero varios de sus miembros dirigidos por Liebknecht tomaron parte en la revuelta. El papel representado por Radek en esta ocasión es incierto, pero tres meses después escribió desde la prisión que él había estado «en contra de cualquier intento de tomar el poder en febrero», basándose en que «la toma del poder político solamente puede efectuarse por una mayoría de la clase obrera, que en enero no estaba, ciertamente, al lado del partido comunista» [150]. El alzamiento fue sofocado sin mucha dificultad por el Reichswehr. En las represalias subsiguientes el nuevo partido comunista alemán fue declarado ilegal, y Liebknecht y Rosa Luxemburgo fueron detenidos y «muertos de un tiro al tratar de escapar» —al parecer ésta fue la primera ocasión en que se usó esta fórmula consagrada de asesinato oficial—. Un mes más tarde, Radek fue detenido y confinado en una celda de la cárcel Moabit, donde pasó sus primeras cuarenta y ocho horas «esposado y con grilletes» [151]. Con la vana esperanza de dotarle de inmunidad diplomática, el gobierno soviético de Ucrania le nombró representante suyo en Berlín, y también encarceló a tres o cuatro alemanes importantes en calidad de rehenes [152].

Los presagios que acompañaron el nacimiento del Partido Comunista Alemán, vistos con serenidad, fueron profundamente inquietantes. Incluso el entusiasmo externo del Congreso fundacional no había conseguido ocultar dos debilidades fundamentales —falta de unidad interna y falta de unidad del partido con los elementos revolucionarios de las masas alemanas [153]—. Nada más terminar el Con-

[150] *2i Vsegermanski Syezd Rabochij i Soldatskij Sovetov* (1935), p. 324.

[151] *Ibid.*, p. 324.

[152] *Otchet Narodnogo Komissariata po Inostrannim Delam Sedmomu Syezdu Sovetov* (1919), p. 22; uno de los presos escribió más tarde sus memorias (Heinz Stratz, *Drei Monate als Geisel für Radek* (1920).

[153] «El Congreso —escribió Radek algunos años después— reveló muy claramente la juventud y la inexperiencia del partido. Su conexión con las masas era muy escasa... Yo no podía pensar que esto fuese todavía un partido» *(Krasnaya Nov.,* n.º 10, 1926, p. 152).

greso sobrevendría la rápida y aplastante derrota del primer movimiento revolucionario con el que el partido había estado asociado —con poco entusiasmo, en verdad—, y, para mayor desgracia, por la muerte de dos de sus principales líderes. Pero tales augurios no fueron interpretados de esta manera en el momento, y mucho menos en Moscú. En una situación militar dominada por la fuerza reunida de Denikin en el sur y de Kolchak en Siberia, y el impacto cada vez mayor de la intervención aliada, el mero hecho de la fundación de un partido comunista en el país europeo más revolucionario de todos era el único rayo de luz que aparecía en un horizonte oscuro y sostenía el espíritu optimista dominante. En particular, tenía un significado simbólico para Lenin. La traición de los socialdemócratas alemanes, a los que había considerado como los portadores de la antorcha de la revolución socialista, era lo que principalmente había convencido a Lenin, en agosto de 1914, de la bancarrota a la Segunda Internacional. Ahora era la creación en Alemania, como avanzada de cualquier otro gran país industrial, de un partido destinado a la destrucción de la forma de gobierno capitalista y la construcción de un orden mundial socialista, el que vengaba la traición de 1914 y hacía posible la materialización del sueño de Lenin. En la primera llamarada del entusiasmo escribió una *Carta a los trabajadores de Europa y América,* con fecha de 12 de enero de 1919:

> Cuando el grupo Spartakus alemán, con sus famosos dirigentes conocidos en el mundo entero, tales como Liebknecht, Rosa Luxemburgo, Clara Zetkin, Franz Mehring, finalmente rompió sus vínculos con socialistas del tipo de Sheidemann y Südekum, con esos socialtriunfalistas (socialistas de palabra, chovinistas de hecho), que se deshonraron para siempre por su alianza con los bandidos imperialistas burgueses y con Guillermo II, cuando el *Spartakusbund* se llamó a sí mismo «Partido Comunista de Alemania», entonces la *fundación* de una Tercera Internacional, de una *Internacional Comunista,* realmente proletaria, realmente internacional y realmente revolucionaria, fue un *hecho.* Formalmente, esta fundación no se ha asegurado aún pero, de hecho, la Tercera Internacional existe ya [154].

Cuatro días después de que se escribieran estas palabras y antes de que aparecieran en las columnas de *Pravda,* Rosa Luxemburgo y Liebknecht estaban muertos, y el nuevo partido se hallaba fuera de la ley. Estos acontecimientos no bastaron para destruir ni el valor del símbolo ni el optimismo de Lenin. Quedaba transformar el «hecho» de la Internacional Comunista en una institución.

[154] Lenin, *Sochineniya,* xxiii, 494-95.

Capítulo 23

EL AÑO DEL AISLAMIENTO

El año 1919 fue el año del aislamiento más completo de la Rusia soviética con respecto al mundo exterior. También fue el año en que la política exterior soviética tomó la forma más declaradamente revolucionaria de su historia. Ambas circunstancias estaban interconectadas, y sería un error atribuir a premeditación la preeminencia adquirida por el aspecto revolucionario de la política soviética en esta época. Durante el año 1919 el factor dominante en la política exterior soviética, así como en la economía, fue la guerra civil, en la que los enemigos del régimen recibieron la ayuda moral, económica y militar de Gran Bretaña, Francia, Italia, Japón, Estados Unidos y otros de los aliados de menor importancia. Cuando acabó la guerra contra Alemania en noviembre de 1918, parecía que había grandes probabilidades de que también acabase la intervención aliada en la guerra civil rusa, puesto que el invariable pretexto para esta intervención, hasta la fecha del armisticio, había sido el de entorpecer los planes alemanes. Mientras existió este pretexto, la política soviética se mostró ansiosa de agarrarse a cualquier oportunidad de negociación y conciliación. El 8 de noviembre de 1918, el sexto Congreso de Soviets de toda Rusia propuso a los cinco principales gobiernos aliados entrar en negociaciones de paz, «ante todo el mundo» [1]. Litvínov, recién expulsado de Gran Bretaña, fue enviado a Suecia con la es-

[1] *Syezdi Sovetov RSFSR v Postanovleniyaj* (1939), p. 116.

peranza de establecer allí contacto con los diplomáticos y periodistas del mundo occidental, y desde Estocolmo mandó un mensaje en pro de la paz al presidente Wilson el 24 de diciembre de 1918, cuyo texto, de tono suave e implorante, sin la menor alusión a la meta de la revolución mundial, contrastaba notablemente con la irónica nota de Chicherin, dos meses antes, e incluso con el decreto de paz de 26 de octubre-8 de noviembre de 1917 [2]. La secuela inmediata de esta llamada a la paz fue muy alentadora. Un funcionario del Departamento de Estado americano llamado Buckler, destinado a la sazón en la embajada americana en Londres, recibió instrucciones de visitar Copenhague, donde a mediados de enero de 1919 mantuvo tres largas entrevistas con Litvínov. Se mostró éste conciliador con respecto a la posibilidad de reconocer deudas extranjeras, aunque la Rusia soviética quería «maquinaria extranjera y productos manufacturados importados, como *quid pro quo*». Se comprometió a que cesaría la propaganda contra el mundo occidental cuando se hiciera la paz, añadiendo explícitamente que «la guerra declarada por los aliados a Rusia exigía la propaganda revolucionaria como medida de represalia», y que «los rusos se dan cuenta de que en algunos países occidentales las condiciones no son favorables a una revolución del tipo ruso» [3].

Por tanto, cuando la conferencia de paz se reunió en París, casi al mismo tiempo que se celebraban las conversaciones Litvínov-Buckler, las perspectivas de un acuerdo eran razonablemente prometedoras, especialmente porque la cuestión rusa era una de las primeras a las que el Consejo de los Diez —cónclave solemne de las cinco principales potencias aliadas— dedicó su atención. Cuando el 6 de enero de 1919, Lloyd George propuso «una tregua de Dios» a «todos los gobiernos ahora en guerra con lo que fue el Imperio ruso», se encontró con la calurosa simpatía de Wilson y la velada oposición de las delegaciones francesa e italiana [4]. El 21 de enero, cuando Wilson leyó al Consejo el informe de Buckler de las conversaciones con Litvínov, la proposición se aprobó, en principio [5], tres días más tarde las principales potencias aliadas invitaron por radio a «todos los grupos organizados que ejercen o tratan de ejer-

[2] Kliuchnikov i Sabanin, *Mezdhuranodnaya Politika*, ii (1926), 210-12.

[3] *Foreign Relations of the United States, 1919: Russia* (1937), pp. 15-17.

[4] *Foreign Relations of the United States: The Paris Peace Conference, 1919*, iii (1943), 581-84; estos volúmenes facilitan la mejor y más completa información del desarrollo de la Conferencia, si bien muchos de los documentos e informes ya habían sido publicados en otra parte.

[5] *Ibid.*, iii, 643-46.

cer control sobre cualquier parte del antiguo territorio ruso» a asistir a una conferencia en Prinkipo[6]. El gobierno soviético aceptó con presteza. Su respuesta del 4 de febrero de 1919 mostraba una decidida disposición a llegar a un acuerdo sobre los asuntos debatidos. Anunciaba que el gobierno soviético «no rehúsa reconocer sus obligaciones financieras con los acreedores que son ciudadanos de las potencias aliadas»; que «ofrece garantizar el pago de los intereses sobre los préstamos por medio de cierta cantidad de materias primas» y que «se encuentra dispuesto a conceder a los ciudadanos de los países aliados concesiones mineras, madereras y de otro tipo»[7]. Era, como más tarde escribiría Chicherin, la primera ocasión en que se hacía «una llamada a la Entente invocando ventajas económicas», idea que se convirtió en «una de las principales de la política exterior de Lenin»[8]. La oferta respondía a un cálculo puramente práctico. El gobierno soviético estaba dispuesto a pagar un precio determinado para comprar el cese de hostilidades del mundo capitalista y ganarse un descanso muy necesario.

La proposición de Prinkipo se malogró por la negativa de los grupos de rusos «blancos», alentados por la velada oposición francesa, y este fracaso dio alas a la facción antibolchevique de la coalición inglesa, que sacaba principalmente sus fuerzas de círculos militares y diplomáticos, más conscientes de la defección rusa en la guerra, y de los círculos comerciales y financieros que mantenían fondos e intereses en Rusia. Churchill se convirtió en el más destacado portavoz de ambos grupos. Lloyd George describe a Churchill y a Curzon en esta época como «dos hombres influyentes del gobierno que se muestran infatigables y celosos abogados de la política de intervención»[9]. Mientras que Curzon permanecía en Londres, remplazando a Balfour en el Ministerio de Asuntos Exteriores, Churchill, en su calidad de Secretario de Estado para la Guerra, se desplazaba frecuentemente a París. El 15 de febrero de 1919, durante la ausencia de Wilson y Lloyd George, Churchill dirigió una enérgica petición al Consejo de los Diez para que se enviaran «voluntarios, expertos técnicos, armas, municiones, tanques, aviones, etc.», a Rusia para «armar a las fuerzas antibolcheviques», y repitió su alegato extensamente en otra reunión de la misma tarde. Balfour consiguió salir de esta difícil situación, propo-

[6] El texto de la invitación se halla en *Foreign Relations of the United States, 1919: Russia* (1937), pp. 30-31.
[7] Kliuchnikov i Sabanin, *Mezdhuranodnaya Politika*, ii (1926), 21-23.
[8] *Izvestiya*, 30 de enero de 1924, citado por L. Fisher en *The Soviets in World Affairs* (1930), i, 463.
[9] Lloyd George, *The Truth about the Treaties* (1938), i, 324.

niendo que la cuestión se aplazara hasta la semana siguiente [10]. Aunque no se sabe con exactitud lo que en realidad pasó entre bastidores, el caso fue que la discusión no se reanudó en el Consejo de los Diez. Una semana después, la delegación americana informó a Washington de que «el proyecto de Churchill está muerto y hay poco peligro de que sea resucitado de nuevo por la Conferencia» [11].

La derrota del proyecto de Churchill fue el contrapeso del fracaso de Prinkipo, y Lloyd George y Wilson, al volver a París, intentaron de nuevo la pacificación. El 8 de marzo de 1919, William Bullitt, un funcionario de segunda fila de la delegación americana en París, llegó a Petrogrado en misión confidencial con instrucciones extraoficiales de Wilson y Lloyd George de asegurarse, sin comprometer a nadie, de cuáles eran las condiciones de paz que aceptaría el gobierno soviético. Después de mantener conversaciones con Chicherin y Litvínov, salió con ellos el 10 de marzo para Moscú, donde mantuvo conversaciones diarias con ambos dirigentes, así como una entrevista con Lenin; el 14 de marzo recibió un memorándum de manos de Chicherin, fechado el 12, que contenía el texto de las propuestas que, caso de ser formuladas por los gobiernos aliados antes del 10 de abril, el gobierno soviético se comprometía a aceptar. Las más importantes de las propuestas eran: el cese de todas las hostilidades en Rusia en las líneas de demarcación ocupadas de momento por las tropas beligerantes, la retirada de todas las tropas aliadas y el cese de la ayuda aliada a los elementos antisoviéticos, reanudación del comercio y de las relaciones oficiales, y el reconocimiento por parte de la Rusia soviética de las obligaciones financieras, tal como se había ofrecido en la nota del 4 de febrero de 1919 [12]. Sin embargo, cuando Bullitt llegó a París con estas propuestas, en la segunda quincena de marzo, la opinión había cambiado radicalmente y se encontraba a favor de la política de Churchill y de los franceses. Ni Wilson ni Lloyd George se hallaban en disposición de someter las propuestas soviéticas a la Conferencia. Se man-

[10] *Foreign Relations of the United States: The Peace Conference, 1919,* iii (1943), 1043-44; iv (1943), 13-21.

[11] *Foreign Relations of the United States, 1919: Russia* (1937), p. 73.

[12] El informe de Bullitt se halla en *Foreign Relations of the United States, 1919: Russia* (1937), pp. 76-77; el memorándum está en forma telegráfica *(ibid.,* pp. 78-79)); el texto original del memorándum se publicó primeramente en *Hearings before the Senate Committee on Foreign Relations,* 66 Congreso, 1.ª Sesión, pp. 1248-250, y también está en *Documents on British Foreign Policy: 1st Series,* iii (1949), 426-29. El memorándum se presentó en inglés: la versión rusa está en Kliuchnikov i Sabanin, *Mezdhuranodnaya Politika,* ii (1926), 253-57, y tiene menos variantes.

tuvo el mayor secreto sobre ellas [13] y Lloyd George declinó toda responsabilidad en la misión de Bullitt [14]. La suerte estaba echada. Se llegó a un acuerdo en el campo aliado entre los que deseaban dar pleno apoyo militar a los rusos «blancos» y los que preferían permanecer al margen. Se decidió no mandar más tropas aliadas a Rusia y retirar gradualmente todas las allí estacionadas, pero al mismo tiempo se decidió suministrar a las fuerzas rusas antibolcheviques material militar y de otro tipo, de la manera más generosa posible [15]. En los tres meses siguientes Kolchak obtuvo sus éxitos más señalados contra el Ejército Rojo en Siberia, con lo cual el apoyo de los aliados fue más fuerte y entusiasta que nunca.

La misión Bullitt fue el último intento, en más de seis meses, de establecer cualquier clase de contacto directo entre la Rusia soviética y los aliados. Los últimos representantes diplomáticos aliados habían

[13] A finales de junio de 1919, el Ministerio de Negocios Extranjeros, habiendo leído una referencia en la prensa de la misión Bullitt, solicitó a la delegación en París le informara «acerca de las supuestas propuestas»; el secretario de Lloyd George, Philip Kerr, contestó enviando el texto de las propuestas, acompañado de una breve nota sobre el episodio, con el cual él había tenido una estrecha relación *(Documents on British Foreign Policy: 1st Series,* iii (1949), 425-26).

[14] Las disculpas de Lloyd George están en *House of Commons: 5th Series,* cxiv, 2945-46 (16 abril 1919); cxxi, 719 (17 noviembre 1919).

[15] No se anunció una decisión formal ni pueden hallarse huellas de ello en los documentos publicados; la exposición más completa de esta política fue un discurso de Lloyd George en la Cámara de los Comunes, el 16 de abril de 1919, en el cual justificó el envío de suministros pero no de tropas y se comprometió a ayudar «al general Denikin, al almirante Kolchak y al general Jarkoff», así como a «los países aliados que hacen frontera con el territorio bolchevique desde el Báltico hasta el mar Negro —Polonia, Chescoslovaquia y Rumania»— *(ibid.,* cxiv, 2943). Esta política fue llamada más tarde por Lloyd George «política de abril» *(ibid.,* cxxi, col. 720). Su conversión a ella se debió aparentemente a tres factores: creciente oposición en el Gabinete y en la Cámara de los Comunes a la conciliación con el régimen soviético; su deseo de ganarse a Clemenceau para una paz «moderada» con los alemanes, siguiendo los puntos de vista intransigentes de Francia sobre Rusia; y los primeros éxitos militares de Kolchak. Este factor, que le infundió esperanzas de que el régimen soviético podría ser derribado sin la intervención de tropas aliadas, fue, probablemente, el más importante. Bullitt, en su testimonio ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, describió de esta manera el sentimiento dominante en la Conferencia de París de abril de 1919: «Kolchak avanza cien millas; inmediatamente toda la prensa de París empieza a gritar que Kolchak estará en Moscú dentro de dos semanas; y, por lo tanto, todos los que estaban en París, incluyendo, siento decirlo, a miembros de la Comisión americana, empezaron a enfriarse con respecto a la paz con Rusia, porque pensaban que Kolchak llegaría a Moscú y barrería al gobierno soviético» *(The Bullitt Mission to Russia)* (N. Y., s. f. [1919], p. 90).

abandonado el territorio soviético en agosto de 1918; los agentes extraoficiales y consulares habían sido retirados o expulsados después de la detención de Lockhart en septiembre. Los representantes neutrales habían seguido el ejemplo de sus colegas aliados, uno detrás de otro. La embajada alemana se retiró a territorio ocupado en agosto de 1918, y el cuerpo consular que quedaba en Moscú se retiró a Alemania tras la expulsión de Joffe de Berlín, en noviembre de 1918. Después de la expulsión de Litvínov de Gran Bretaña en septiembre de 1918, los representantes soviéticos que habían intentado establecerse en países neutrales siguieron el mismo destino [16]. En diciembre de 1918, una misión de la Cruz Roja rusa fue expulsada de Varsovia y cuatro de sus cinco miembros fueron asesinados cuando regresaban a Moscú [17]. A una delegación soviética llegada a Francia, a principios de febrero de 1919, con el ostensible propósito de arreglar la repatriación de los soldados rusos que estaban en Francia, le fue denegada la entrada y sus componentes fueron ignominiosamente confinados en una pequeña isla fuera de Saint-Malo hasta el momento de su expulsión [18]. En marzo de 1919, Ludwig Martens, un alemán residente en Nueva York, nacido en Rusia, que había adquirido la nacionalidad soviética, mandó al Departamento de Estado americano las credenciales firmadas por Chicherin, que le acreditaban como representante soviético en los Estados Unidos. Esta comunicación, junto con un memorándum que contenía proposiciones para el comercio soviético-americano, fue totalmente ignorada y la única respuesta fue, tres meses más tarde, un registro de la policía llevado a cabo en su oficina, con el propósito de buscar propaganda para acusarle [19]. A principios de 1919, Moscú se encon-

[16] Berzin, el representante soviético en Suiza, fue expulsado en octubre de 1918; se negó a Vorovski el reconocimiento como representante soviético en Suecia en diciembre de 1918, y dejó el país al mes siguiente *(Otchet Narodnogo Komissariata po Inostrannim Delam Desmomu Syezd Sovetov,* 1919, pp. 14-16).

[17] *Krasnaya Kniga: Sbornik Diplomaticheskij Dokumentov o Russko-Polshij Otonosheniaj, 191-20* (1920), pp. 32, 35-36; algo más de un año después seis hombres fueron acusados, ante un tribunal polaco, por este crimen; tres recibieron condenas de corta duración y otros tres fueron declarados inocentes *(ibid.,* p. 94).

[18] *Otchet Narodnogo Komissariata po Inostrannim Delam Sedmomu Syezd Sovetov* (1919), p. 13. Los delegados eran Manuilski, Daftian e Inessa Armand; hay un relato de sus experiencias en un artículo de Manuilski publicado en *Pravda,* 20 de mayo de 1919.

[19] *Foreign Relations of the United States, 1919: Russia* (1937), pp. 133-34, 140-41; *Soviet Russia* (N. Y., 31 de enero de 1920, p. 110); *Foreign Relations of the United States, 1920,* iii (1936), 456.

traba totalmente incomunicado con el resto del mundo. Durante mucho tiempo, el único extranjero que quedaba en su puesto oficial era un representante de la Cruz Roja danesa, que se había comprometido a proteger los intereses de todos los ciudadanos de países escandinavos y otros países occidentales, así como de Estados Unidos [20]. Después del armisticio de noviembre de 1918 y antes del bloqueo marítimo, unos pocos barcos cargados de madera y de lino salieron de Petrogrado en un intento de restablecer el comercio con Alemania; fueron decomisados en puertos bálticos [21], y desde entonces el bloqueo se mantuvo con todo rigor.

Estas medidas, equivalentes a la guerra en todo menos en el nombre, pusieron fin a los primeros esfuerzos de la diplomacia soviética. La división del mundo en dos bloques hostiles, tema favorito de los escritores y oradores bolcheviques antes de la Revolución, era un hecho. En marzo de 1919, en el octavo Congreso del partido, Lenin defendió el régimen frente a la acusación de «militarismo» de Kautsky:

> No estamos viviendo simplemente en un Estado, sino en un *sistema de Estados,* y es inconcebible que la República soviética continúe existiendo durante un largo período de tiempo al lado de Estados imperialistas. Al fin, uno de los dos tiene que vencer. Hasta que esto ocurra, son inevitables una serie de terribles choques con los Estados burgueses [22].

Lo que al principio parecía una guerra civil en territorio ruso entre el Ejército Rojo y los ejércitos de los generales «blancos», tomó la forma de una guerra entre el régimen soviético revolucionario y las potencias del mundo capitalista; y contra estas potencias, «la guerra política», bajo la forma de propaganda a favor de la revolución mundial, era el arma más efectiva del arsenal soviético. Aunque su objetivo no se cumplía totalmente, su uso se justificaba por los resultados obtenidos. Pero, de la misma manera que sería erróneo considerar que el elemento revolucionario de la política soviética estaba siempre ausente cuando la diplomacia llevaba las de ganar, asimismo sería erróneo tratarlo como factor exclusivo en los momentos de mayor tensión. Es simbólico, en esta constante yuxtaposición de ambos elementos, que la aceptación soviética de la invitación aliada a la conferencia de Prinkipo llegase tan sólo unos

[20] *Otchet Narodnogo Komissariata po Inostrannim Delam Sedmomu Syezd Sovietov* (1919), p. 15.

[21] L. B. Krasin, *Voprosi Vneshnei Torgovli* (1928), p. 250.

[22] Lenin, *Sochineniya,* xxiv, 122.

días después de enviarse invitaciones desde Moscú para el congreso fundacional de una Internacional Comunista, y que Bullitt llegara a Rusia dos días después de que el Congreso hubiera terminado sus sesiones. Ambos elementos podían mantenerse en compartimentos estancos sin que hubiese incongruencia entre ellos. Bullitt, en sus largos informes sobre su visita a Moscú, no menciona el nacimiento de la Internacional Comunista y pudo muy bien no haberse dado cuenta de ello, aunque *Pravda* seguía publicando reportajes sobre el Congreso durante su estancia. El acontecimiento atrajo poco la atención de fuera, por el momento —e incluso la de dentro de Rusia—. Solamente a la luz de desarrollos y logros posteriores, puede ser, en justicia, calificado retrospectivamente como uno de los acontecimientos más sobresalientes del año.

La misión de crear una nueva Internacional había sido proclamada por Lenin por vez primera de 1914 y era uno de los elementos de sus Tesis de Abril de 1917. Pero la victoria del golpe de Octubre dejó poco tiempo a los bolcheviques para ocuparse de algo que no fuera la consolidación de la Revolución en el interior; el comienzo de la Revolución en otros lugares se retrasó de un modo desesperante, y mientras duró la guerra fue materialmente imposible unir algo parecido a un grupo representativo internacional. Por todas estas razones, el progreso fue lento. A lo largo del primer invierno de la Revolución, la paz era todavía el objetivo principal. Fue el VTsIK el que, en su reunión de 22 de diciembre de 1917-4 de enero de 1918, dio el primer paso en esa dirección; decidió mandar una delegación a Estocolmo «para establecer una unión más firme con todos los elementos obreros de Europa occidental» y para «preparar la convocatoria de una conferencia de Zimmerwald-Kienthal»[23]. Pero era esta una gestión a nivel gubernamental, no a nivel de partido (la delegación, reflejando la coalición de aquella época, se compondría de eseritas de izquierda y de bolcheviques); la organización de Zimmerwald seguía reconociéndose[24], lo cual implicaba que el objetivo primordial no era tanto la revolución mundial como la paz. El espíritu que se mantenía aún era el del molde radical burgués; la red se lanzaba para recoger la mayor cantidad posible de peces. El 24 de enero-6 de febrero de 1918, se persiguió este proyecto en una «conferencia socialista internacional», convocada en los locales del Narkomindel, a la que acudieron los bolcheviques (Stalin era el prin-

[23] *Protokoli Zasedani VTsIK 2 Soziva* (1918), p 179.

[24] Para lo relacionado con la organización Zimmerwald y con la actitud bolchevique, véase nota F: «La prehistoria de la Internacional Comunista» (pp. 581-85 posteriores).

cipal representante del partido), los eseritas de izquierda y diversos representantes de los países fronterizos y escandinavos, así como Petrov y Reinstein, representantes respectivos del Partido Socialista Británico y del Partido Socialista Obrero norteamericano [25], y se aprobó una resolución general abogando por una «lucha revolucionaria para la consecución inmediata de la paz» y ayuda para la «Revolución Rusa de Octubre y para el gobierno soviético» [26]. Unos días más tarde se nombró una delegación para que marchase a Estocolmo, formada por dos bolcheviques, Kolontai y Berzin, y dos eseritas de izquierda [27]. En el punto álgido de la crisis de Brest-Litovsk, la delegación partió para cumplir su misión, pero hubo de volverse al llegar a Finlandia y el proyecto sucumbió.

La conclusión del Tratado de Brest-Litovsk frenó durante algún tiempo cualquier intento directo de poner en marcha el movimiento socialista internacional en ayuda del gobierno soviético, y las comunicaciones con el mundo exterior se hicieron cada vez más precarias. Solamente después del armisticio de noviembre de 1918, los obstáculos parecieron desvanecerse repentinamente. Alemania, en vez de ser una barrera para el movimiento revolucionario era ahora el centro del fermento revolucionario mismo. El momento era propicio para levantar una vez más la bandera del socialismo internacional. El 19 de diciembre, el soviet de Petrogrado convocó una «asamblea internacional» presidida por Máximo Gorki. Gorki era una figura internacional de la izquierda, aunque en aquel momento decididamente antibolchevique, y el conjunto que le acompañaba constituía una mezcla de ideologías:

> Tenemos entre nosotros [dijo Zinóviev en el discurso inaugural] huéspedes que no son ni marxistas ni comunistas, pero todos los reunidos aquí estamos de acuerdo en un punto, en nuestro odio hacia la burguesía, en nuestro odio a una clase culpable de la muerte de millones de hombres para salvaguardar los intereses de un pequeño grupo.

[25] Petrov había sido repatriado con Chicherin a finales de 1917 y parece que no poseía credenciales de ninguna especie del Partido Socialista inglés. Reinstein, jefe de la sección internacional de propaganda del Narkomindel (véase p. 34 anterior), había llegado a Europa a principios del verano de 1917 con un mandato del Partido Socialista Obrero norteamericano para representarlo en la abortada Conferencia de Estocolmo (*Kommunisticheski Internatsional*, números 9-10 [187-88], 1929, p. 186); pero más tarde fue desacreditado por su partido, y su aparición como delegado suyo en esta conferencia, así como en el primer Congreso de la Comintern no estaba autorizada.

[26] *Pravda*, 30 de enero-12 de febrero de 1918.

[27] *Protokoli Tsentralnogo Komiteta RSDRP* (1929), p. 219; Kolontai fue nombrado por el comité central del partido (*ibid*., p. 216).

Reinstein volvió a hablar en representación de los Estados Unidos, y Fineberg, de origen ruso como él y vuelto a Rusia recientemente, en nombre de Gran Bretaña; Sadoul representaba a Francia, y había representantes búlgaros, chinos, turcos, hindúes, persas, servios y coreanos; también pronunciaron discursos los prisioneros de guerra escoceses, ingleses y americanos capturados en el frente de Arkángel (el primero de ellos fue presentado como «delegado por Escocia»), y un miembro del Consejo de soldados y obreros alemanes de Petrogrado. La reunión careció de todo menos de fervor, y respondió perfectamente a la descripción que de ella hizo Zinóviev como «la modesta precursora de una gran Asamblea futura» [28].

Después de esta manifestación externa, los acontecimientos dieron forma concreta a las aspiraciones de establecer una nueva Internacional. Durante la reunión internacional se supo que se iba a convocar una asamblea en Berna con el propósito de resucitar la Segunda Internacional, y el 24 de diciembre de 1918 el comité central del partido radió un mensaje condenando este proyecto [29]. A finales de diciembre de 1918, la fundación del Partido Comunista Alemán suministró por primera vez un núcleo respetable de organización comunista internacional. A principios de enero de 1919, Lenin presidió una pequeña reunión en el Kremlin en la que se decidió, sin más, invitar a «todos los partidos opuestos a la Segunda Internacional» para asistir a un congreso en Moscú con objeto de crear una Tercera Internacional [30]. Esta invitación fue radiada al mundo el 24 de enero de 1919, tres días antes de la fecha fijada para la confe-

[28] Las actas de la reunión se publicaron en alemán (*Sovjet-Russland und die Völkier der Welt* [Petrogrado, 1920]), y en francés (*La Russie des Soviets et les Peuples du Monde* [Petrogrado, 1920]) y probablemente también en ruso y en inglés; una «reunión internacional» anterior, celebrada en Moscú y presidida por Kámenev, está reseñada en *Izvestiya*, 7 de diciembre de 1918.

[29] *Izvestiya*, 28 de diciembre de 1918.

[30] De acuerdo con *Bolshaya Sovetskaya Entsiklopediya*, xxiii (1938), col. 737, art. «Kommunisticheski Internatsional», la decisión final de reunir este congreso se tomó «a principios de enero de 1919 en una reunión presidida por Lenin». El único informe publicado parece ser el de Fineberg, quien, al escribir diez años más tarde, sólo podía acordarse de cuatro de los asistentes —Lenin, Chicherin, Sirola y él mismo (*Kommunisticheski Internatsional*, n.º 9-10 [187-88], 1929, cols. 201-02); recuerda que Lenin enseñó en la reunión las invitaciones y un «manifiesto a los trabajadores del mundo», que fueron aprobados. La invitación fue redactada por Trotski (véase p. 133, nota 33 más adelante). Si el manifiesto a que se refiere Fineberg es también el adoptado eventualmente por el Congreso, vino asimismo de la pluma de Trotski (véase p. 136 posterior), pero si Trotski estaba presente en la reunión del Kremlin, hubiese sido peligroso recordarlo diez años después.

rencia de Berna[31]. Iba firmada en nombre del comité central del Partido Comunista Ruso (Lenin y Trotski), de los partidos comunistas polaco, húngaro, austriaco, letón y finlandés, de la Federación Socialdemócrata Revolucionaria de los Balcanes (Rakovski) y del Partido Socialista Obrero norteamericano (Reinstein). No estaba específicamente dirigido a nadie, pero nombraba treinta y nueve partidos o grupos que podían ser elegidos para asistir al congreso fundacional. De éstos, solamente uno (grupos socialistas de Tokio y Yokohama) estaba radicado en Asia[32]. Los proyectos bolcheviques de revolución se limitaban a Europa, por el momento; y el llamamiento principal se dirigía a los grupos opuestos a la Segunda Internacional. La invitación exponía principios que pretendían estar basados en los programas del grupo Spartakus y del Partido Comunista Ruso. La división de los socialistas en derecha, izquierda y centro, surgida durante la guerra, se conservaba. A uno de los tres grupos incluidos en la Segunda Internacional, los «socialchovinistas» o socialistas patrioteros, había que declararles una «guerra sin cuartel»; para los grupos del centro debía emplearse una «política de entresacar a los elementos más revolucionarios y de crítica despiadada y denuncia de sus dirigentes»; «el ala izquierda revolucionaria» se asumía que sería la que triunfase. La tarea del proletariado era ahora «la toma inmediata del poder político», y el propósito del Congreso era crear «un órgano general de lucha para la coordinación permanente y la dirección sistemática del movimiento, el centro de una Internacional Comunista, subordinando los intereses particulares del movimiento en cada país a los intereses de la revolución a escala internacional»[33].

A principios de marzo de 1919 se reunieron en Moscú más de cincuenta delegados, de los cuales treinta y cinco, representantes de partidos o grupos comunistas de diecinueve países, fueron admitidos como delegados con derecho a voto; los demás solamente a nivel consultivo. La gran mayoría de estos delegados provenía de Rusia o de pequeños países dentro del área de influencia rusa, ya que la mayor parte de los países lejanos no pudieron completar el cupo fijado de cinco delegados por país grande, tres por país mediano y uno para cada país pequeño. El partido ruso estaba representado

[31] Aunque la conferencia se había convocado originariamente para el 27 de enero, se reunió el 3 de febrero de 1919.

[32] Véase p. 504.

[33] La invitación se publicó originalmente en *Pravda*, 24 de enero de 1919. Su inclusión en, Trotski, *Sochineniya*, xxii, 33-37, publicadas en 1926, es suficiente prueba de que Trotski fue el autor; una nota editorial en, Lenin, *Sochineniya*, xxiv, 724, publicada en 1935, la atribuye a Lenin y Bujarin.

por Lenin (que fue elevado a la Presidencia del Congreso junto con los delegados de Suiza y Alemania), Trotski, Zinóviev, Stalin, Bujarin y Chicherin [34]. Había delegados en representación de los partidos comunistas de Polonia, Finlandia, Ucrania, Armenia, Letonia, Estocolmo, Rusia Blanca y Lituania; y un «grupo de union de los pueblos orientales de Rusia» tenía un delegado con voz y voto. Turquestán, Azerbaiyán y Georgia tenían delegados «consultivos»; Francia y los Estados Unidos tenían un delegado cada uno; el delegado inglés, Fineberg, carecía de mandato formal y era, por lo tanto, únicamente «consultivo». El Partido Socialdemócrata Suizo estaba representado por Platten, famoso en la Historia por haber sido el organizador del viaje de Lenin a Rusia en abril de 1917. Había delegados «consultivos» de China, Persia y Corea. La mayoría de éstos residían en Moscú y algunos pretendían representar países en los que no existía una organización comunista. El gran Partido Laborista Noruego, el mayor de los partidos obreros de Noruega, mandó un delegado; delegados holandeses, suecos, húngaros y austriacos representaban pequeños grupos de izquierda de sus respectivos países, no todos ellos de constitución impecablemente comunista. Rakovski representaba a la Federación Socialdemócrata de los Balcanes [35]. El idioma oficial del Congreso era el alemán [36].

[34] De éstos, Stalin fue el único que, en lo que muestran las actas oficiales, no representó papel alguno en las sesiones; cosa que no era de extrañar ya que no entendía ni hablaba el alemán. No se le distingue, en la fotografía de los delegados publicada en *Kommunisticheski Internatsional*, n.º 2 (junio de 1919). No fue delegado en el segundo, tercero o cuarto congresos, pero fue un delegado «candidato» al comité ejecutivo elegido por el segundo congreso.

[35] El único observador no comunista presente en el primer Congreso parece haber sido Arthur Ransome, cuyo informe *(Six Weeks in Russia in 1919* [1919], pp. 140-47) añade poco al informe oficial.

[36] Los debates del Congreso fueron también recogidos en alemán y publicados por vez primera en este idioma *(Der I. Kongress der Kommunistischen Internationale* [Hamburgo, 1921]); la edición rusa *(Pervi Kongress Kommunisticheskogo Internatsionala* [1921] fue traducida del alemán [Lenin, *Sochineniya,* xxiv, 729-30]. La tónica lingüística del segundo Congreso fue más abigarrada: inglés, francés, y hubo varios delegados orientales que hablaron en sus propios idiomas (algunos de los delegados orientales lo hicieron en inglés). Los delegados rusos continuaron hablando en alemán: Zinóviev y Bujarin presentaron excusas por su alemán *(Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* [Hamburgo, 1929], pp. 59, 404), el cual, aunque menos perfecto que el de Lenin o Trotski, era lo suficiente para cualquier propósito práctico. La insuficiencia de las traducciones fue motivo de queja por parte de los delegados de habla inglesa en varias ocasiones. En el tercer Congreso, los principales discursos fueron pronunciados en alemán, como se indica ocasionalmente (por ej., *Protokoll des III. Kongresses der Kommunistischen Internationale* [Hamburgo, 1921]), p. 49 (Trotski), p. 626 (Zinóviev), pero se dijo que no se

La actitud de los alemanes era, como todos sabían, el punto crucial para el futuro. De los dos delegados escogidos por el nuevo Partido Comunista Alemán solamente uno, Eberlein, había conseguido eludir a la policía alemana, y se presentó en el Congreso bajo el *nom de guerre* de Albert. De todas maneras traía instrucciones de oponerse a la fundación de una nueva Internacional, por considerarlo prematuro. Los comunistas alemanes, débiles y perseguidos en su país, se daban perfecta cuenta de que una Internacional fundada en Moscú en las circunstancias existentes había de tener exclusivamente carácter y dirección rusos, y hubieran preferido esperar a que el comunismo se hubiese desarrollado más en Alemania y en Europa occidental[37]. Estas objeciones aparecieron por primera vez en una discusión informal preliminar de los principales delegados, el 1 de marzo de 1919[38], y se enfrentaron con ellas hasta el extremo de que los delegados se reunieron al día siguiente, no como congreso formal, sino como «conferencia preparatoria»; Zinóviev fue elegido presidente, no de la futura Internacional, sino de la Conferencia, con Angélica Balabanov y Vorovski como secretarios[39]. Eberlein anunció en nombre del KPD que no tenía «objeción de principio» con respecto a la creación de una Internacional comunista, pero pidió que las sesiones en curso se limitaran a una conferencia «para probar nuestras fuerzas y revisar los fundamentos políticos sobre los que podemos unirnos»[40]. La resistencia del único partido

harían traducciones sino al ruso (*ibid.*, p. 28). La situación parece haber sido la misma en el cuarto Congreso de noviembre de 1922, último al que asistió Lenin; a partir del quinto Congreso de julio de 1924 el ruso empezó a competir progresivamente con el alemán y, al final, se impuso como idioma predominante.

[37] De acuerdo con un relato hecho por Eberlein diez años después, Rosa Luxemburgo, conociendo pocos días antes de su muerte la intención de convocar el congreso (la invitación formal no pudo llegarle), propuso a Eberlein que ella iría a Moscú como delegado del KPD, con un mandato para proponer un aplazamiento (pero solamente de algunos meses) para la fundación de la nueva Internacional. Este encargo fue formalmente cumplimentado después de su muerte, por Jogiches, Levi, Pieck y otros dirigentes del partido (*Kommunisticheski Internatsional*, n.° 9-10 [187-88], 1923, p. 194). En lo que concierne a Ernst Meyer, Eberlein tenía instrucciones de Jogiches para abandonar el Congreso si se tomaba la decisión de proceder a la fundación de la nueva Internacional (*Bericht über den 5. Parteitag der Kommunistischen Partei Deutschlands (Spartakusbund)* [1921], p. 27).

[38] Lenin, *Sochineniya,* xxiv, 724-25. *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), p. 52.

[39] *Vosmoi Syzed RKP(B)* (1933), p. 144. Balabanov había sido secretaria del comité socialista internacional de Zimmerwald.

[40] *Der I. Kongress der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1921), p. 76.

comunista serio de fuera del territorio soviético pareció al principio decisiva. La delegación bolchevique no tuvo más remedio que ceder, y un largo discurso pronunciado en su nombre por Bujarin mostró la voluntad implícita de aplazar la decisión vital [41]. «La proposición de tratar la reunión como asamblea constituyente de una nueva Internacional —según palabras de Balabanov—, había sido en general abandonada», cuando la opinión cambió como consecuencia de un ardiente discurso pronunciado por el delegado austriaco recientemente llegado, de nombre Steinhardt, *alias* Gruber, que describió a toda Europa central como si estuviera al borde de la revolución [42]. De acuerdo con el nuevo talante, cualquier retraso parecía muestra de una actitud pusilánime, y a Eberlein se le dejó totalmente aislado. Cuando en la reunión siguiente presentaron el proyecto de la constitución formal de una Internacional Comunista los delegados de Austria, Suecia, de la Federación balcánica y de Hungría, Eberlein volvió a presentar sus objeciones:

> Solamente existen partidos comunistas propiamente dichos en unos pocos países; en la mayor parte de ellos han sido creados en las últimas semanas; en muchos países en los que hay comunistas, carecen totalmente de organización... Lo que falta es toda la Europa occidental. Bélgica e Italia no están representadas; el representante suizo no puede hablar en nombre del partido; Francia, Inglaterra, España y Portugal no están aquí representadas, y América tampoco se encuentra en situación de decirnos qué partidos nos ayudarían [43].

Pero se le indujo a que se abstuviera de votar para no estropear la armonía de las sesiones, y el 4 de marzo de 1919 la Conferencia se transformó, por decisión unánime, en el primer congreso de la

[41] *Ibid.*, pp. 84-95; la actitud de la delegación bolchevique está confirmada por Zinóviev en *Vosmoi Syezd RKP(B)* (1933), p. 137.

[42] Angélica Balabanov, *Erimerungen und Erlebnisse* (1927), pp. 225-26; Reinstein, en *Kommunisticheski Internatsional*, n.° 9-10 (187-88), 1929, pp. 191-192, también atribuye el cambio de tono a la oratoria de Steinhardt. El discurso se halla resumido (no se tomó acta taquigráfica de este Congreso) en *Der I Kongress der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1921), pp. 99-105.

[43] *Der I. Kongress der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1921), p. 134. Escribiendo diez años más tarde, Eberlein se quejaba de que había sido tergiversado en las actas resumidas del Congreso, y exponía que, de haber tenido las manos libres, hubiera votado por la propuesta, ya que las razones para su oposición eran puramente tácticas (*Kommunisticheski Internatsional*, n.° 9-10 [187-88], 1929, pp. 195-96); pero en aquellos momentos, Eberlein estaba dispuesto a librarse de la reputación de haber sido el único hombre que se había opuesto en 1919 a la fundación de la Comintern.

Internacional Comunista[44]. La abstención de Alemania (aunque Eberlein firmó el manifiesto del Congreso) no pudo hacer nada para evitar el peligro que temían los comunistas alemanes. Incluso una cooperación total desde el principio podría por lo menos haber mitigado el predominio ruso, que se debía más a la falta de competencia seria que a un designio consciente de los rusos.

El hecho de la fundación de la Tercera Internacional, o Internacional Comunista, desde entonces conocida comúnmente con el nombre de Comintern, fue más importante que todo lo realizado en el primer Congreso. Se aprobaron un «programa político» y un manifiesto «A los proletarios del mundo entero», que pasaba revista al auge y a la caída del capitalismo y al desarrollo del comunismo en los setenta y dos años (más exactamente setenta y uno) desde que Marx y Engels publicaron el *Manifiesto comunista;* y que fue calificado más tarde por Zinóviev como *«segundo manifiesto comunista»*[45]. El Congreso aprobó una serie de tesis presentadas por Lenin denunciando a la democracia burguesa y al parlamentarismo y defendiendo la dictadura del proletariado (éste fue el tema del discurso principal de Lenin en el Congreso); abominó de los intentos de la Conferencia de Berna de resucitar la Segunda Internacional «amarilla» y atacó el imperialismo de las potencias de la Entente y el terror «blanco»; finalmente, lanzó una apelación «A los obreros de todos los países» cuyo tono urgente y contenido temático la diferenciaban de todos los demás documentos del Congreso. Comenzaba expresando la «gratitud y admiración» del Congreso por «el proletariado revolucionario ruso y su partido dirigente: el Partido Comunista de los bolcheviques». El trabajo de liberación y reforma emprendido por el gobierno soviético se veía entorpecido, sin embargo, por una guerra civil sostenida con la ayuda de los países de la Entente, sin cuyo apoyo acabaría en seguida. Por lo tanto, era el deber de «las masas trabajadoras de todos los países» presionar a sus gobiernos por todos los medios a su alcance («incluso con medios revolucionarios si fuese necesario») para que cesase la intervención, para que se retiraran los ejércitos de Rusia, reconociesen al gobierno soviético y establecieran relaciones diplomáticas y comerciales y para que enviasen a Rusia «algunos cientos o incluso miles» de ingenieros, instructores

[44] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), p. 85. Al día siguiente, 5 de marzo, la primera reseña del Congreso apareció en *Pravda.* En el curso de la semana siguiente, *Pravda* incluyó largos informes retrospectivos de las sesiones.

[45] *Vosmoi Syezd RKP(B)* (1933), p. 138; fue redactada por Trotski y figura en, Trotski, *Sochineniya,* xiii, 38-49.

y obreros especializados para ayudar a la restauración y reorganización de los transportes [46]. El Congreso eligió un comité ejecutivo de la Internacional Comunista (IKKI, o con las iniciales españolas CEIC) que contaba con representantes de los partidos comunistas de Rusia, Alemania, Austria, Hungría, la Federación balcánica, Escandinavia y Suiza, para que actuaran —como lo hacía el comité central del partido— en nombre de la institución, en los intervalos entre Congresos. Todos los demás partidos que se unieran a la Comintern antes del próxmo Congreso tendrían derecho a un escaño en el IKKI [47]. Zinóviev fue elegido presidente, y Radek secretario. El nombramiento de Radek, que parecía probable que permaneciese durante un período de tiempo indefinido en la cárcel de Berlín, era un vano gesto de desafío al mundo capitalista. En cuanto el congreso se disolvió, Angélica Balabanov tomó el puesto de secretaria del IKKI, pero no permaneció en sus funciones más que una semana [48]. Parecía impensable, por el momento, que la sede del IKKI pudiera estar en otro sitio distinto de Moscú, pero Zinóviev expuso que esto ocurriría sólo temporalmente y que «nos sentiremos satisfechos si podemos trasladar el lugar de residencia de la Tercera Internacional y su comité ejecutivo, tan rápidamente como sea posible, a otra capital, por ejemplo, París» [49].

La apelación a los obreros de todos los países para que se agruparan en auxilio del régimen soviético de Rusia, fue, en algunos aspectos, el documento más significativo del primer Congreso de la Internacional Comunista. La nueva organización había sido, sin duda, concebida por sus fundadores, como internacional en el sentido más

[46] Las principales resoluciones del Congreso aparecen en *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1953), pp. 53-88.

[47] *Der I. Kongress der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1921), pp. 200-01. La resolución decía que, hasta la llegada a Moscú de sus otros miembros, las funciones del IKKI serían ejercidas por la delegación rusa.

[48] Angélica Balabanov, *Erinnerungen und Erlebnisse* (1927), pp. 228-29, 239-41.

[49] Esto no apareció en las actas del Congreso, pero Zinóviev informó de ello al octavo Congreso del partido unos días más tarde *(Vosmoi Syezd RKP(B),* 1933, p. 139). Este punto de vista era compartido por todos los líderes bolcheviques. «Si hoy, escribía Trotski en *Izvestiya,* el 1 de mayo de 1919, Moscú es el centro de la Tercera Internacional, mañana —estamos profundamente convencidos— este centro se trasladará a Occidente: Berlín, París, Londres. Si el proletariado ruso recibió con alegría a los representantes de la clase trabajadora del mundo en el Kremlin, con más alegría aún mandará a sus representantes al segundo Congreso de la Internacional Comunista a uno de los centros de Europa occidental, ya que un Congreso Internacional Comunista en Berlín o París significará el completo triunfo de la revolución proletaria en Europa y probablemente en el mundo entero» (Trotski, *Sochinniya,* xxii, 28).

completo de la palabra, sucesora de la difunta y desacreditada «Segunda Internacional». Lenin, en uno de sus extraños brotes retóricos, la describió como la «predecesora de la República Internacional de Soviets» [50]. Pero las condiciones de su nacimiento la marcaron para un destino diferente. La constante e inamovible dualidad de propósito inherente a Lenin —la defensa del poder soviético en Rusia y el impulso a la revolución internacional— vino a teñir su visión del nuevo instrumento, y las circunstancias en parte imprevisibles que pusieron el control efectivo del mismo exclusivamente en manos rusas, completaron el vínculo orgánico entre la Comintern y el régimen soviético. Lo que ocurrió en Moscú en marzo de 1919, no fue en realidad la fusión de un determinado número de partidos comunistas nacionales aproximadamente de la misma fuerza, en un solo organismo internacional, sino la unión de un número determinado de grupos débiles, y en algunos casos embrionarios y todavía sin formar, a una organización cuyo apoyo primordial y fuerza motriz habían de venir necesariamente del poder del Estado soviético. Fue el poder soviético el que creó la Comintern y le dio su prestigio y su influencia; por lo tanto, era natural esperar que la propaganda y la acción comunista internacional ayudara a defender este poder en un momento en que se encontraba amenazado por todas las fuerzas reaccionarias del mundo capitalista. En este momento crucial de la guerra civil, la tarea a realizar se presentaba en la mente de Lenin bajo la forma de «una lucha del Estado proletario rodeado de Estados capitalistas» [51]. Los objetivos nacionales e internacionales, la seguridad del régimen soviético y los intereses de la revolución proletaria, se encontraron de nuevo inextricablemente unidos. En un artículo escrito por Lenin para el primer número de *Kommunisticheski Internatsional*, periódico de la nueva organización, esta sencilla verdad se veía realzada por el énfasis de la letra bastardilla:

> La nueva tercera «Asociación Internacional de Trabajadores» [52] ha *empezado ya a coincidir* en cierta medida *con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas* [53].

La lucha se libraba simultáneamente en los dos niveles: el nivel revolucionario y el de la acción política; sin ninguna clase de incompatibilidad entre ambos.

[50] Lenin, *Sochineniya,* xxiv, 26.
[51] *Ibid.,* xxiv, 56.
[52] Este fue el título oficial de la Primera Internacional fundada en Londres en 1884.
[53] Lenin, *Sochineniya,* xxiv, 247.

Sería, por lo tanto, un error sugerir que la fundación de la Internacional Comunista marcó un nuevo punto de partida en la política exterior soviética o tuvo un efecto determinado sobre su curso. Una vez empezada la guerra civil, la política se dirigía necesariamente a desintegrar el poder del enemigo —tanto en su país como en el campo de batalla— por medio de la propaganda revolucionaria. En el momento del nacimiento de la Comintern, la propaganda que había ayudado a desintegrar los ejércitos alemanes cansados de la guerra, amenazaba con producir un efecto similar en las tropas victoriosas, pero igualmente cansadas, de los aliados. En enero de 1919, cuando los hombres de estado aliados, reunidos en París para la Conferencia de Paz, discutían la ocupación de Rusia por las tropas aliadas, el primer ministro británico dijo llanamente a sus colegas que «si él proponía ahora mandar mil hombres a Rusia con ese propósito, los ejércitos se amotinarían», y que «si se iniciase una acción militar contra los bolcheviques, Inglaterra se volvería bolchevique y habría un Soviet en Londres» [54]. Lloyd George hablaba, como era su costumbre, para causar efecto, pero su mente perceptiva había diagnosticado correctamente los síntomas. Serios motines producidos en los primeros meses de 1919 en la flota y unidades militares francesas destinadas en Odesa y otros puntos del mar Negro, obligaron a realizar su evacuación forzosa a primeros de abril. Con respecto a las tropas de diferentes nacionalidades situadas bajo mando inglés en el frente de Arkángel, el director de operaciones militares del Ministerio de la Guerra informaba en marzo de 1919, que su moral era «tan baja que son fácil presa de la activa e insidiosa propaganda bolchevique que el enemigo emplea cada vez con más energía y habilidad» [55]. Los detalles se revelaron más tarde a través de informes oficiales americanos. El 1.° de marzo de 1919 estalló un motín entre los soldados franceses a quienes se ordenó ir al frente; varios días antes una compañía de infantería británica «rehusó ir al frente», y poco después una compañía americana «se negó, como un solo hombre, a volver a su puesto en el frente» [56]. A la luz de estas experiencias, el gobierno británico decidió en

[54] *Foreign Relations of the United States: The Paris Peace Conference, 1919*, iii (1943), 590-91.

[55] *The Evacuation of North Russia, 1919*, Cmd 818 (1920), p. 25.

[56] *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, 1919: Russia* (Washington, 1937), pp. 620-23; [J. Cudahy] *Archangel, the American War with Russia* (1924), pp. 99, 126-27 y C. Maynard, *The Murmansk Venture* (s. f. [1928]), p. 190, citan numerosos casos de insubordinación y pequeños motines entre las fuerzas aliadas del norte de Rusia por influencia de la propaganda soviética.

marzo de 1919 retirarse del norte de Rusia, si bien la retirada no se llevó a cabo hasta seis meses después.

El motín de las tropas coincidía con el descontento que cundía en los centros industriales de Gran Bretaña. En la época del armisticio, un informe del Ministerio de Asuntos Exteriores, entregado a la embajada americana en Londres, expresaba la creencia de que «aparte de ciertos centros, especialmente Clyde y Gales del Sur, el bolchevismo como tal es inofensivo por el momento»; de todas maneras no había que fiarse de las apariencias:

> Se mantiene una cuidadosa vigilancia sobre la propaganda bolchevique que pueda llegar a este país desde el extranjero, para que pueda ser interceptada y destruida, y se toman las medidas posibles en lo referente a la literatura incendiaria que pueda ser impresa secretamente en el país. Mientras tanto, se lleva a cabo una contrapropaganda a través de la distribución discreta de folletos proyectados para instruir al pueblo sobre la verdadera naturaleza del bolchevismo, y aparecen artículos apropiados en los periódicos dominicales que los obreros suelen leer [57].

La primera tentativa seria de desafiar el orden público mediante una huelga general se llevó a cabo en Glasgow a finales de enero de 1919, y el «Viernes Rojo» se recordó durante mucho tiempo como la cima del movimiento revolucionario en la región de Clyde. El descontento político se enfocó sobre la política rusa del gobierno en una reunión celebrada en el Albert Hall el 9 de febrero de 1919, que lanzó una campaña de «¡fuera las manos de Rusia!» En el congreso fundacional de la Comintern, un mes más tarde, el delegado británico, Fineberg, habló de una manera que parecía sustentarse en los hechos:

> El movimiento huelguístico se está extendiendo por toda Inglaterra y afecta a todas las ramas de la industria. En el ejército la disciplina se halla muy debilitada, lo cual fue, en otros países, el primer síntoma de la revolución [58].

[57] *Foreign Relations of the United States, 1919: Russia,* i (1931), pp. 727-28.

[58] *Der I Kongress der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1921), p. 70. En los Estados Unidos, de acuerdo con un informe oficial del servicio de espionaje, lleno de color, de junio de 1919, la oficina de Martens, el representante extraoficial soviético en Nueva York, era «la mayor y más peligrosa oficina de propaganda montada por el partido de Lenin en un país fuera de Rusia» *(Foreign Relations of the United States, 1919: Russia* [1937], p. 174). Las peticiones del Comité «Fuera las manos de Rusia» incluían la retirada de las tropas británicas, el final de la ayuda a los «blancos» y del bloqueo y el establecimiento de relaciones diplomáticas con el gobierno soviético (W. P. y Z. K. Coates, *A History of Anglo-Soviet Relations* [1943], p. 141).

«Inglaterra podrá parecerle a usted incólume —decía Lenin a un corresponsal británico en esta época—, pero el germen está allí» [59].

Mientras tanto, reinaba el hambre en Europa central y había desorganización por todas partes; hubo huelgas y desórdenes incluso en países neutrales y pacíficos, como Holanda y Suiza. El 21 de marzo de 1919, una quincena después de finalizado el Congreso de la Comintern, se proclamó una república soviética en Budapest. Al día siguiente, House, en París, exponía sus preocupaciones en su diario:

> El bolchevismo gana terreno en todas partes. Hungría acaba de sucumbir. Estamos sentados sobre un barril de pólvora y cualquier día una chispa puede prenderlo fuego [60].

Casi al mismo tiempo, Lloyd George dramatizaba la situación en un memorándum confidencial destinado a vencer la obstinación de Clemenceau en la Conferencia de Paz:

> Toda Europa está invadida por el espíritu de la revolución. Hay un sentimiento profundo, no de descontento, sino de furia y revuelta entre los obreros contra las condiciones existentes antes de la guerra. Todo el orden político, social y económico está siendo puesto en tela de juicio por las masas de la población de un extremo a otro de Europa [61].

A principios de abril se proclamó otra república soviética en Munich. La revolución mundial se hallaba en camino. Lenin, apelando al Consejo Central de Sindicatos para que dieran todos su apoyo a la movilización contra Kolchak, hizo referencia a los motines franceses de Odesa y a las Repúblicas soviéticas nacidas en Europa central, como prueba de que «nuestra victoria a escala internacional es absolutamente segura», y su discurso del 1.º de mayo en la Plaza Roja terminó con las consignas: «¡Viva la República Internacional de Soviets! ¡Viva el comunismo!» [62] No sólo Zinóviev hizo su famosa profecía en el primer número del periódico de la Comintern, de que al cabo de un año uno empezaría a olvidar que había habido una lucha para instaurar el comunismo en Europa [63], sino que Lenin, mucho más parco, descubrió, inspirado por el Tratado de Versalles, «un inmenso movimiento revolucionario» en Alemania, y predijo que «este julio será nuestro último julio difícil, pues el próximo mes de

[59] A. Ransome, *Six Weeks in Russia in 1919* (1919), p. 149.

[60] *The Intimate Papers of Colonel House*, ed. C. Seymour, iv (1928), 405.

[61] *Papers Respecting Negotiations for an Anglo-French Pact*, Cmd 2169 (1924), p. 78.

[62] Lenin, *Sochineniya*, xxiv, 230, 269.

[63] *Kommunisticheski Internatsional*, n.º 1 (mayo, 1919), col. 25.

julio saludaremos la victoria de la República Internacional de Soviets» [64]. Mientras tanto continuaba la labor de zapa en los frentes hostiles mediante la acción revolucionaria y a través de todos los instrumentos posibles, de los cuales la Comintern no era sino el más nuevo y el de mayor alcance, porque era la única política exterior eficaz de que aún disponía el gobierno soviético y que, en el verano de 1919, parecía rendir excelentes frutos.

Por tanto, no resultaba anómalo en absoluto que Chicherin, como cabeza del Narkomindel, trabajara durante esta época mano a mano con Zinóviev, como cabeza de la Comintern, y que el lenguaje de ambos organismos fuera casi indiscernible. Cuando se constituyó en Munich un gobierno soviético en abril de 1919, Chicherin lo saludó con un mensaje que fue publicado por *Izvestiya:*

> Podemos sentirnos seguros de que no está lejos el día en que los socialistas revolucionarios aliados unan sus fuerzas a las nuestras para ayudar a la República bávara contra cualquier ataque. Cada golpe dirigido contra vosotros, es un golpe contra nosotros. En unidad absoluta, llevamos nuestra lucha revolucionaria para el bienestar de todos los obreros y pueblos explotados [65].

El VTsIK, al mandar sus saludos a las Repúblicas soviéticas de Hungría y Baviera, expresaba su convicción de que «el proletariado del mundo entero, al tener ante sus ojos los asombrosos ejemplos de la insurrección victoriosa de los obreros en tres países de Europa, los seguirá con una fe ciega en la victoria» [66]. Diez días más tarde, Chicherin firmaba una apelación a los obreros de los países aliados, protestando por la ayuda prestada por éstos a las «fuerzas blancas» en la guerra civil y contra el bloque aliado [67].

Se ofreció una nueva oportunidad cuando se revelaron a Alemania, en Versalles, las condiciones de paz dictadas por los aliados. Zinóviev publicó una proclama en nombre del IKKI, que declaraba que «la revolución proletaria es la única salvación para las clases oprimidas del mundo entero», y concluía con las palabras:

> ¡Abajo la paz de Versalles, abajo el nuevo Brest!
> ¡Abajo el gobierno de los traidores sociales!
> ¡Viva el poder de los soviets en el mundo entero! [68]

[64] Lenin, *Sochineniya,* xxiv, 381.
[65] *Izvestiya,* 9, 10 de abril de 1919, citado por A. L. P. Dennis *The Foreign Policies of Soviet Russia* (1924), p. 532.
[66] Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika,* ii (1926), 237-38.
[67] *Ibid,* 238-42.
[68] *Kommunisticheski Internatsional,* n.º 2 (junio, 1919), cols. 149-50, pu-

Al mismo tiempo, Chicherin publicaba un folleto que fue difundido en francés y en alemán por el IKKI, titulado *Al obrero alemán*, que terminaba con la misma proclama revolucionaria:

> En las filas de los luchadores revolucionarios comunistas está vuesto sitio; allí encontraréis la salvación de vuestras calamidades presentes [69].

En Alemania, como en Rusia, sólo parecía relevante ahora la acción revolucionaria. Chicherin analizó *la política exterior de las dos Internacionales,* en un artículo aparecido en el periódico de la Comintern en octubre de 1919. Describía la actividad de este organismo como constitutiva de «una política exterior proletaria de contacto entre las organizaciones obreras y ayuda mutua en todos los casos posibles». Con el espíritu optimista del verano de 1919, escribía sobre los «gobiernos soviéticos» en plural:

> Se presenta ante los partidos y grupos proletarios revolucionarios de todos los países la tarea de luchar para garantizar y hacer más fuerte la posición internacional de los gobiernos revolucionarios soviéticos. No hay otra manera de abrir el camino a un nuevo programa de política exterior para estos partidos y grupos que ocupan su puesto en el campo revolucionario soviético.

Admitía que esos gobiernos, «como gobiernos existentes *de facto* entre otros gobiernos también existentes, están obligados a ponerse en relación con estos últimos, y esta relación les impone obligaciones que han de tomarse en cuenta». Pero, de otra parte, los gobiernos soviéticos —aquí Chicherin se refería probablemente a la Sociedad de Naciones— «se abstienen de toda participación en cualquier clase de combinación de gobiernos imperialistas» [70]. La ayuda mutua entre obreros y gobiernos de obreros parecía, durante esta época, llenar el contenido de una política exterior proletaria. Ninguna otra cosa era necesaria ni practicable.

Sin embargo, los presagios no eran en absoluto propicios. El 1.º de mayo de 1919 la carrera de la República soviética bávara, abandonada a sus propios recursos y sin el apoyo de ninguna acción decisiva por parte del proletariado prusiano, llegó a su inevitable fin. A mediados de junio un alzamiento comunista fue sofocado en Viena. A principios de agosto de 1919 el régimen, apenas de más enjundia, de Hungría sucumbió a las disensiones internas y a la intervención de tropas rumanas ayudadas por los aliados occidentales. Estas de-

blicado en alemán en *Die Internationale,* i, n.º 11-12 (18 agosto, 1919) páginas 244-48.

[69] G. Chicherin, *An den Deutschen Arbeiter* (Moscú, 1919).

[70] *Kommunisticheski Internatsional,* n.º 6 (octubre, 1919) cols. 817-28.

rrotas y el retraso de la revolución mundial dejaron a la RSFSR aislada de toda ayuda exterior en un mundo capitalista hostil. En otoño de 1919 todas las fuerzas «blancas», concentradas contra el régimen soviético, llegaron al cenit de su actividad y de su éxito —Kolchak en los confines de Siberia, Yudenich frente a Petrogrado, Denikin en Ucrania y Rusia central—. Los meses de octubre y noviembre marcaron el punto decisivo en que la continuidad del régimen pendía de un hilo.

En este mundo hostil y sombrío la Internacional Comunista, recién fundada, dio sus primeros pasos. Los ejércitos rusos «blancos», ayudados activamente por los aliados, habían penetrado profundamente en territorio soviético. En todos los puntos principales de la periferia había tropas enemigas acampadas. Por todos lados estaban cerradas las fronteras. El *cordon sanitaire* se había convertido en una realidad. Los periódicos extranjeros llegaban a Moscú irregularmente o no llegaban; los escritos de Lenin de este año están llenos de quejas sobre la dificultad de obtener información objetiva o actualizada sobre los acontecimientos extranjeros [71]. El periódico de la Comintern, *Kommunistichеski Internatsional,* apareció regularmente durante todo el año, con Zinóviev como director. Pero no se había creado nada más que el núcleo de una organización permanente, y en las desesperadas condiciones del verano de 1919 no se podía dar paso alguno para hacerla efectiva [72]. Cuando Rutgers, que había sido el delegado holandés en el Congreso fundacional de la Comintern, se marchó de Moscú a Holanda a mediados de octubre de 1919, llevaba consigo un encargo de Lenin de establecer en Holanda un buró de la Comintern para Europa occidental y convocar allí una conferencia internacional [73] —intento azaroso y bastante desesperado de vencer el aislamiento de Moscú—. A pesar de las apreciaciones más optimistas sobre la revolución mundial, probablemente no existió nunca una época en que los dirigentes soviéticos tuvieran menos posibilidades materiales de promoverla que en los seis meses que siguieron a la

[71] Lenin, *Sochineniya,* xxiv, 27-29, 35, 317, 475.

[72] El relato de Angélica Balabanov sobre los primeros meses de la Comintern está teñido de una extrema hostilidad hacia Zinóviev, pero la descripción general de confusión e intriga es plausible. Insiste en el predominio de los rusos en el IKKI; esto era difícil de evitar, ya que el comité estaba compuesto, de un lado, de «los miembros más experimentados del Partido Comunista Ruso» y, del otro, por «elementos desconocidos y de poca valía... que no habían tenido que ver nada anteriormente con la Internacional y ni siquiera con el movimiento, ignorantes que temblaban ante la autoridad» (Angélica Balabanov, *Erinnerungen und Erlebnisse* [1927], pp. 239-40).

[73] *Istorik Marksist,* n.° 2-3, 1935, pp. 90-91.

fundación de la Comintern; desde luego, no hubo momento alguno después de 1917 en que los partidos de la extrema izquierda del extranjero se enfrentaran a sus problemas con menos ayuda o menos interferencia de Moscú.

Después de la fundación de la Comintern parecía haberse perdido todo contacto con el partido comunista alemán, y durante un largo período de tiempo no se supo nada de él en Moscú, excepto que el *Rote Fahne* aparecía ilegal pero regularmente en Berlín, y que había periódicos comunistas similares en otras ciudades alemanas [74]. Las vicisitudes del partido después de la catástrofe de enero de 1919 eran grandes. Jogiches, el jefe reconocido de lo que quedaba del partido a la muerte de Rosa Luxemburgo, fue asesinado en condiciones similares el 10 de marzo de 1919. Le sucedió Paul Levi, que había asistido a la Conferencia de Zimmerwald de 1915, y era, después de Rosa Luxemburgo, el intelectual más distinguido del *Spartakusbund*, pero al que faltaba el temperamento de dirigente o de hombre de acción. En el segundo y último Congreso de Consejos de Soldados y Obreros de toda Alemania, que tuvo lugar en Berlín en abril de 1919, no había nada más que un delegado comunista. Las sesiones terminaron con una lucha entre la mayoría del SPD y la minoría del USPD, lucha totalmente irreal, ya que ambas facciones aceptaban la autoridad de la Asamblea Nacional, elegida por sufragio universal, que se reunía en Weimar desde febrero; y Lenin ridiculizaba desde lejos las inconsecuencias de los dirigentes del USPD, que creían que la democracia parlamentaria era compatible con un régimen de soviets [75]. El rápido colapso de la República soviética de Baviera, fuese la que fuese su carencia de ideología o de organización, significaba un golpe más a la causa de la revolución alemana, cuyos patrocinadores cayeron en el verano de 1919 en un completo estado de desánimo y de retirada [76]. Bajo el «estado de sitio», proclamado en enero de 1919, el KPD se convirtió en una organización ilegal y solamente pudo trabajar en la clandestinidad. Incluso el Tratado de Versalles fracasó como causa para disipar la apatía reinante. La inflamada condena del tratado que hizo el IKKI sólo encontró un ligero eco en las proclamas del KPD. Las «Tesis sobre la paz» del partido, que llevaban la marca de la pluma analítica y escéptica de Levi, argüían que la for-

[74] Lenin, *Sochineniya*, xxiv, 476.

[75] *Ibid.*, xxiv, 317-19.

[76] Dos años más tarde, el comunista bávaro Thomas declaró en un congreso del partido que «la caída de la prematura República soviética bávara había significado el fracaso de la revolución alemana» (*Bericht über den 5. Parteitag der Kommunistischen Partei Deutschlands (Spartakusbund)* [1921], p. 77).

ma de gobierno militar que había regido en Alemania antes de la guerra, había sido restaurada de nuevo y que «bajo un imperialismo en bancarrota» el rechazo o la aceptación de las condiciones de paz sería igualmente desastroso [77]. En una proclama preparada para una distribución general se daba preeminencia al rechazo, basándose en que, aunque los resultados de ambas variantes serían los mismos para el proletariado, la aceptación daría «un respiro a la contrarrevolución», mientras que el rechazo precipitaría a la burguesía alemana «a su última crisis, en la que finalmente perecerá» [78].

A finales del verano de 1919 el KPD adquirió un importante contacto ruso. Radek, después de su arresto en febrero de 1919 fue sometido a un prolongado interrogatorio y mantenido en estricto aislamiento durante seis meses. Entonces, por una decisión aparentemente emanada del Ministerio de la Guerra alemán, fue trasladado a una celda de privilegio de la prisión, donde durante cuatro meses mantuvo lo que él mismo llama «un salón político». En diciembre de 1919 salió de la cárcel y pasó las últimas semanas de su estancia en Berlín bajo una vigilancia policial más o menos nominal, primero en el apartamento de un general retirado simpatizante y luego en el de un comisario de policía, mientras esperaba que se arreglara todo para su viaje a Moscú, hacia donde finalmente embarcó en enero de 1920 [79]. Entre agosto de 1919 y el final del mismo año, Radek pudo mantener extensos y variados contactos con el mundo exterior, y pronto adquirió una posición única de prestigio e influencia en el KPD. De acuerdo con su propio informe, se negó a que los dirigentes del partido lo visitaran en la cárcel por miedo a comprometerles, aunque mantenía una correspondencia regular con ellos, y quedó impresionado por su falta de capacidad para dirigir; en esta época fue

[77] *Die Internationale*, i, n.º 2-3 (30 de mayo de 1919), pp. 28-32.

[78] Citado por O. K. Fletchtheim, en *Die KPD in der Weimarer Republik* (Offenbach, 1948), p. 56.

[79] Los recuerdos de Radek de esta experiencia, escritos de una manera bastante humorística, aparecieron siete años después en *Krasnaya Nov.*, n.º 10, 1926, pp. 163-72. Su primer contacto con el mundo exterior fue con un veterano socialdemócrata suizo, conocido por el nombre de Karl Moor, que era de origen austriaco. Este «empezó a arreglarme entrevistas con muchos que, sin su intervención, no hubieran llegado hasta mí». El único dato de que se dispone para fechar el cambio de la celda de castigo a otra de privilegio es el que coincidió con «la derrota de la heroica revolución húngara», es decir, después del 1 de agosto de 1919 (*ibid.*, p. 168). Ruth Fischer, que le visitaba en la cárcel con asiduidad, dice que el pase tenía que ser obtenido en el Ministerio de la Guerra (*Stalin and German Communism* [Harvard, 1948], pp. 206-207); las razones de la intervención, en su favor, del ministro de la Guerra se verán más tarde.

cuando adquirió la actitud de escepticismo con respecto a las perspectivas del partido y de la revolución alemana, que habría de teñir todo su pensamiento y actuación posteriores. Después de salir de la prisión se reunió con Levi, Clara Zetkin y todos los principales dirigentes [80]. A pesar de ello, hasta noviembre de 1919, en que Kopp llegó a Berlín como delegado soviético semioficial [81], ni Radek ni nadie en Berlín parece haber tenido medios regulares de comunicación con Moscú; de manera que lo que hizo, lo hizo por su cuenta y riesgo [82].

En otoño de 1919, en un intento de suplir estas deficiencias de organización, se constituyó en Berlín un «secretariado europeo-occidental» de la Comintern. No se puede asegurar de quién partió la iniciativa para tomar esta decisión, si precedió o siguió al encargo dado a Rutgers en Moscú en octubre de establecer una «oficina de Europa occidental» en Holanda o si se consultó al cuartel general de la Comintern en Moscú; el que a nadie se le ocurriera pensar en el peligro de conflicto entre las dos instituciones es síntoma del estado caótico y desorganizado de la Comintern en el primer año de su existencia. El testimonio de las circunstancias sugiere que Radek estuvo implicado en esta operación. Los jefes del secretariado eran Thomas, un comunista bávaro que había conseguido establecer una prensa ilegal de la Comintern en Hamburgo, y Bronski, comunista de origen polaco que había sido delegado comercial soviético en Berlín bajo las órdenes de Joffe en 1918; ambos se hallaban entre los que habían visitado a Radek en la cárcel [83]. El secretariado de Europa occidental

[80] *Krasnaya Nov.*, n.º 10, 1926, pp. 166-67, 171: Este veredicto sobre los dirigentes del KPD puede reflejar sus subsiguientes fallos. El pesimismo de Radek respecto a la revolución en Alemania llevaba también al pesimismo en cuanto a la posible supervivencia de la revolución en Rusia, puesto que las dos revoluciones estaban íntimamente ligadas en el pensamiento bolchevique. Ruth Fischer (*Stalin and German Communism* [Harvard, 1948], p. 93) describe a Radek dando paseos por su celda cuando la ofensiva de Yudenich y esperando por momentos un nuevo desastre.

[81] Con relación a Kopp, véase p. 329 más adelante.

[82] Radek se enteró por medio de *The Times* de su nombramiento como representante ucraniano en Berlín (*Krasnaya Nov.*, n.º 10, 1926, p. 162), y no obtuvo documentación relativa al octavo Congreso del partido celebrado en Moscú en marzo de 1919 más que cuando Kopp se la trajo a Berlín ocho meses después (*ibid.*, p. 169).

[83] *Krasnaya Nov.*, n.º 10, 1926, pp. 167-68; Bronski se mantuvo de acuerdo con Radek en que «la primera ola de la revolución se había apaciguado, y la tarea consistía en organizar a las masas para cuando llegase la nueva marea» (*ibid.*, p. 167). Cuando Levi y Zetkin visitaron a Radek en su piso de Berlín, en noviembre de 1919, él les ayudó a elaborar «tesis» para el secretariado de Europa occidental (*ibid.*, p. 171).

anunció su nacimiento con un manifiesto dirigido a los obreros de todo el mundo para que, con ocasión del segundo aniversario de la Revolución de Octubre, se opusieran a la intervención en Rusia. Si los obreros de Europa no corrían en auxilio de la Revolución rusa, los obreros de Rusia tendrían derecho a decir: «nosotros lo hemos sacrificado todo por la liberación del proletariado, vosotros nada. Morimos como hombres libres, vosotros estaréis condenados a vivir como esclavos»[84]. La principal función del secretariado era publicar información sobre el progreso y los adelantos conseguidos por el régimen soviético en Rusia. Pero parece que tenía poco contacto con Moscú, excepto en lo referente a la recepción de documentos oficiales de la Comintern, y no gozó de una posición política ni de importancia[85]. En el segundo Congreso de la Comintern de 1920, un orador la definió como «limitada, estrecha y, hasta cierto punto, nacionalista, y no internacionalista»[86].

Mientras tanto se había producido una crisis en el KPD. Los puntos de vista, compartidos por la mayoría en el primer Congreso, contra la participación en las elecciones parlamentarias y en los sindicatos existentes[87] figuraban en las actas. La primera de estas decisiones se llevó a efecto cuando, en enero de 1919, el partido se abstuvo de participar en las elecciones para la Asamblea Nacional (aunque había razones para esta abstención, ya que la Asamblea era rival de los Consejos de Diputados de Obreros y Soldados). Pero no se había dado paso alguno para retirarse de los sindicatos, ni parecía probable que se diesen, teniendo en cuenta la actual jefatura del partido. Este problema volvió a tratarse en una conferencia del partido celebrada en agosto de 1919, en la que los dirigentes se mostraron a favor de revisar la decisión de enero, mientras que un poderoso grupo de oposición, dirigido por dos comunistas de Hamburgo, Lau-

[84] *Kommunisticheski Internatsional*, n.º 7-8 (noviembre-diciembre, 1919), cols. 1099-102; esta es una de las pocas ocasiones en que se hizo mención del secretariado europeo del Oeste en un periódico oficial de la Comintern. Un aspecto extraño del manifiesto es que parece tratar a la Internacional Comunista como si aún no existiera: «La Internacional de la reacción mundial ha vuelto a surgir. Marcha contra la cuna de la revolución mundial, contra la Rusia soviética. Por lo tanto, es indispensable fundar la Internacional de la revolución mundial.»

[85] R. Fischer, *Stalin and German Communism* (Harvard, 1948), pp. 134-35; *Bericht über den 3. Parteitag der Kommunistischen Partei Deutschlands (Spartakusbund)* (s. f.), p. 77 (las observaciones de Clara Zetkin se citan en la p. 184, nota 9).

[86] *Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* (Hamburgo, 1921), p. 599.

[87] Véanse pp. 117-118 anteriores.

fenberg y Wolffhein, quería separar a todos los comunistas de los sindicatos existentes y crear un solo sindicato comunista[88]. Esto se señaló como el asunto más importante del segundo Congreso, celebrado secretamente en las proximidades de Heidelberg en octubre de 1919.

En este momento intervino Radek, quien ahora gozaba de las facilidades de la celda de privilegio[89]. La doctrina bolchevique, a favor de la intervención en las elecciones parlamentarias y los sindicatos, estaba clara y era inequívoca, y así lo escribió Radek en una comunicación que se leyó en el Congreso de Heidelberg y que fue publicada luego por el KPD como folleto independiente[90]. Poco antes del Congreso, Radek recibió la visita de Ruth Fischer, quien le llevaba un mensaje de Bronski, al efecto de que Levi intentaba presentar en el Congreso una resolución que, no sólo apoyaría la participación en elecciones y sindicatos, sino que tendría el efecto de expulsar del partido a los que votaran contra ella. Esta información alarmó a Radek, quien ya estaba preocupado por el aislamiento y lo reducido de los efectivos del KPD[91], y se oponía totalmente a una separación que reduciría aún más el partido hasta llevarlo a la categoría de una secta política insignificante. Escribió rápidamente a Levi una carta rogándole que se tratara el asunto, más como un caso de

[88] O. K. Flechtheim, *Die KPD in der Weimarer Republik* (Offenbach, 1948, p. 59).

[89] De acuerdo con la declaración de Radek, su intervención fue provocada por una carta de Levi, en la que decía que se había pasado al punto de vista del grupo de Hamburgo (*Krasnaya Nov.*, n.º 10, 1926, pp. 166-67), pero esto no parece haberse confirmado por ningún dato testimonial contemporáneo.

[90] K. Radek, *Zur Taktik des Kommunismus: Ein Schreiben an den Oktober Parteitag der KPD* (Hamburgo, 1919); Radek comparaba el punto de vista del grupo de Hamburgo con el proudhonismo, el anarquismo y el sindicalismo del grupo de los Obreros Industriales Americanos del Mundo, y lo llamó «la nueva línea Hamburgo-América» (*ibid.*, pp. 10-11).

[91] Según su propio informe, Radek, durante esta época, no sólo quería mantener contacto con la izquierda del USPD para alentar una escisión en dicho partido (escisión producida un año más tarde en el Congreso de Halle), sino que ofreció a Stampfer, el director de *Vorwärts*, uno de los pocos del SPD que le visitaban, una «coalición temporal» entre el SPD y el KPD para rechazar un *putsch* contrarrevolucionario, con la condición de resucitar los soviets —condición rechazada por Stampfer (*Krasnaya Nov.*, n.º 10, 1926, pp. 167, 170). Probablemente también fue visitado por Laufenberg y Wolffheim (R. Fischer, *Stalin and German Communism* [Harvard, 1948], p. 92); siete años más tarde, cuando la ortodoxia se hizo más estricta, no consignó en sus escritos este contacto con los dirigentes de un grupo rebelde. La descripción de Radek de sus puntos de vista en esta época, puede estar influenciada por el tiempo. Probablemente no anticipó, de manera tan explícita como pretendía, nada parecido a la táctica posterior de un «frente unido», pero lo que manifiesta se compagina muy bien con lo que puede establecerse mediante otros testimonios.

persuasión que de disciplina, y que no dividiese al partido; entregó esta carta a Ruth Fischer para que la llevara a Heidelberg [92]. La carta llegó en el último momento [93], y Levi no la vio, y presentó sus tesis al Congreso sin cambiarlas, con la cláusula final de que quien no aceptase los puntos de vista manifestados en ella sería excluido del partido [94]. Después de una dura lucha con votos sensiblemente igualados sobre asuntos determinados, se votó toda la resolución por una mayoría de 31 votos contra 18, y la minoría abandonó el Congreso [95]. La noticia llegó a Moscú sin previo aviso a través de la radio oficial alemana. Lenin, evidentemente, no sabía nada de la minoría separada, excepto que constituía una oposición «de izquierda». Llegando, por su parte, a la misma conclusión que Radek, pensó que era importantísimo que la izquierda estuviese unida contra los kautskistas, y escribió una angustiosa carta al comité central del partido alemán sugiriendo que «si había acuerdo *sobre la cuestión principal* (a favor del poder de los Soviets contra el parlamentarismo burgués)», debería evitarse el cisma por todos los medios posibles; «desde el punto de vista internacional, el restablecimiento de la unidad del partido comunista alemán es a la vez posible y esencial» [96]. Era demasiado tarde, porque la oposición expulsada estaba ya dedicada a formar un partido comunista obrero alemán separado (KAPD), el cual se llevó a casi la mitad de los cincuenta mil miembros del KPD, y entre ellos casi todos los miembros del norte de Alemania y aun del mismo Berlín. Pero es interesante señalar que el primer ejemplo de expul-

[92] *Krasnaya Nov.*, n.º 10, 1926, p. 168; R. Fischer, *Stalin and German Communism* (Harvard, 1948), p. 207. La referencia anterior para este Congreso (*ibid.*, pp. 118-19), es falsa; la razón por la que la oposición no recibió la notificación de la última reunión del Congreso es porque ya se la había expulsado.

[93] De acuerdo con P. Levi, *Was ist das Verbrechen? Die März Aktion oder die Kritik daran?* (1921), p. 29, la carta de Radek se recibió «media hora antes de la inauguración del Congreso». Radek niega esto último (*Krasnaya Nov.*, n.º 10, 1926, p. 168), pero su declaración de que escribió la carta «al mismo tiempo» que su mensaje al Congreso no es convincente.

[94] *Bericht über den 2. Parteitag der Kommunistischen Partei Deutschlands (Spartakusbund)* (s. f. [¿1919?]), pp. 4-6.

[95] *Ibid.*, p. 42. Las actas del Congreso revelan la presencia de un «representante de la Tercera Internacional», que no se nombra y que intervino para rebatir el argumento de Wolffheim de que una estructura federal del partido estaba justificada por el precedente de la RSFSR (*ibid.*, p. 35), pero que, aparentemente, no tomó parte en las sesiones después. Su identidad se desconoce y parece ser que no estaba en contacto con Moscú.

[96] Lenin, *Sochineniya*, xxiv, 502-03; Lenin no se apercibió de que el asunto de los soviets alemanes, que había sido vital en las primeras semanas de la revolución, estaba muerto ya.

sión, después de la formación de la Comintern, de una gran minoría disidente, basándose en razones de ortodoxia y efectuada por dirigentes de un partido, tuvo lugar en el partido comunista alemán, con la oposición de Lenin y de Radek.

La escisión de Heidelberg fue el síntoma más que la causa de una debilidad fundamental del KPD, que todavía no se sospechaba en Moscú. En el verano y otoño de 1919, la ola revolucionaria decrecía rápidamente en toda Europa. Los fracasos de Munich y Budapest se llevaron lo que quedaba de la fe revolucionaria de las masas. Parecía que, más que la revolución social o política, el objetivo primordial de los que habían desafiado el orden existente durante el sombrío invierno de 1918-1919 era el pan y la paz. En Alemania, el KPD encontró fácil, en vista de estas condiciones, cambiar su concepto de un partido de masas dedicado a la acción revolucionaria inmediata por el de un grupo de dirigentes dedicado a la penetración y adoctrinamiento de las masas políticamente inmaduras; de esta manera heredó las tradiciones y el nombre del grupo Spartakus, que había sido fundado con este último propósito. Por eso, mientras Radek era considerado en Berlín como el oráculo de Moscú que formaba al joven KPD en la línea rusa, la influencia no se ejercía solamente desde un lado, y sería igualmente cierto pintar al versátil Radek, ganado inconscientemente, por el contacto con las condiciones que se daban en Alemania, para esa más prudente tradición que representaba el espartaquismo. El mensaje al Congreso de Heildelberg estaba hecho con el entusiasmo revolucionario convencional, pero el párrafo en que el autor intentaba consolarse de la catástrofe del régimen soviético de Hungría daba una nota de profundo pesimismo:

> La revolución mundial es un proceso muy lento, en el que hay que esperar más de una derrota. No tengo duda alguna de que en todos los países el proletariado se verá obligado a construir su dictadura varias veces y la verá hundirse muchas veces antes de vencer definitivamente [97].

Este estilo inspiró el tono cauto de la «Tesis sobre los principios y las tácticas comunistas», redactada por Levi y aprobada por el Congreso:

> La revolución, que no consiste en un solo golpe, sino en la larga y obstinada lucha de una clase pisoteada durante miles de años y, por lo tanto, como es natural, no plenamente consciente aún de su tarea y de su fuerza, está

[97] K. Radek, *Zur Taktik des Kommunismus: Ein Schreiben an den Oktober-Parteitag der KPD* (1919), p. 5.

expuesta al proceso de auge y caída, de flujo y de reflujo... La noción de que los movimientos de masas se pueden crear con la fuerza de una forma particular de organización, que la revolución es, pues, una cuestión de formas organizativas, se rechaza como una caída en el estúpido utopismo pequeño-burgués [98].

Finalmente, cuando en noviembre de 1919 Radek ayudó a Levi y a Clara Zetkin a elaborar tesis para el secretariado de la Comintern de Europa occidental, el punto principal en que se insistía al señalar directrices técnicas era que «la revolución, incluso a escala europea, será un proceso prolongado», y fue a causa de esta asunción —confiesa francamente Radek— por lo que fue atacado por Bujarin a su vuelta a Moscú [99]. En aquellos momentos se pueden detectar no sólo los primeros síntomas de división entre los dirigentes bolcheviques, en lo referente a las tácticas comunistas en Europa, sino también los de un malentendido fundamental existente en Moscú sobre la amplitud y el desarrollo del movimiento revolucionario europeo. Radek, que había visto la situación alemana de cerca, estaba menos afectado que los demás dirigentes bolcheviques por este error de cálculo.

En otros países importantes, los hechos estaban menos avanzados y las esperanzas no se habían sometido a la prueba de la experiencia. En Italia la situación, al principio, estaba dominada por el hecho de que el gran PSI (partido socialista italiano) se oponía en bloque a la guerra. El patriotismo y el socialismo estaban en campos opuestos, y los socialistas que, como Mussolini, se unieron a la causa nacional fueron tildados de traidores. El PSI saludó a la Revolución bolchevique con ferviente simpatía, tanto por su invocación a la paz como por su programa social; Lazzari y Bombacci, el secretario y vicesecretario del partido, fueron detenidos y encarcelados a principios de 1918 por manifestar su entusiasmo en el caso. Aunque ningún delegado italiano pudo llegar a Moscú en marzo de 1919 para asistir al Congreso fundacional del Comintern, el PSI declaró inmediatamente su adhesión a la nueva Internacional. Esta adhesión se confirmó en un congreso del partido celebrado en Bolonia en octubre de 1919, en el que, bajo la dirección e inspiración de Serrati —el director del periódico *Avanti*—, se adoptó un programa que por lo menos tenía una gran afinidad superficial con el de los bolcheviques —la toma por la fuerza del poder político y económico por el proletariado—. Y el Congreso aclamó a la Comintern como «el órgano del proletariado mundial». Por otra parte, en él nacieron, por lo menos,

[98] *Bericht über den 2. Parteitag der Kommunistischen Partei Deutschlands (Spartakusbund)* (s. f. [¿1919?], p. 61).
[99] *Krasnaya Nov.*, n.º 10, 1926, pp. 171-72.

tres grupos minoritarios: los «reformistas», dirigidos por Turati, cuya postura era similar a la del SPD en Alemania; los «centristas» de Lazzari, de tendencia general pacifista y más o menos parecido al USPD, y los «izquierdistas» dirigidos por Bordiga, que se oponían, en principio, a la acción parlamentaria. También había un grupo de Turín que llevaba el nombre de su periódico, *Ordine Nuovo,* encabezado por Gramsci, Tasca y Togliatti, que insistía sobre la importancia de los consejos de fábrica y que tenía, como en otros sitios el movimiento de los delegados de obreros de taller, puntos de vista vagamente sindicalistas. Pero nadie pensaba en expulsar a ninguno de estos grupos del partido, que de esta manera continuó siendo un cuerpo de composición francamente ecléctica. Los dirigentes de la Comintern no podían permitirse aún el lujo de mostrarse exigentes. Lenin saludó esta «brillante victoria del comunismo» y expresó su confianza de que este ejemplo sirviera para eliminar las desavenencias en el partido alemán, si bien añadía una advertencia contra los «oportunistas secretos o declarados» en el seno del partido. Solamente se lamentaba de que el partido hubiese conservado su antiguo nombre de «socialista» [100].

En Gran Bretaña se desarrollaba un movimiento potencialmente comunista, de manera irregular y poco sistemática, del cual Lenin recibió informe detallado y bastante exacto en una carta de Sylvia Pankhurst, escrita a mediados de julio de 1919 y recibida en Moscú a finales de agosto. En esta carta se enumeraban siete grupos o partidos de izquierda en Gran Bretaña: 1) sindicalistas y Partido Laborista u Obrero, a los que no se podía considerar socialistas en absoluto; 2) Partido Obrero Independiente (ILP), pacifista y de aspecto, a veces, religioso; 3) el Partido Socialista Británico (BSP), rama de la antigua Federación Socialdemócrata, que tenía un programa revolucionario, pero que creía en la acción parlamentaria; 4) la organización de delegados de obreros de taller, que se llamaban a sí mismos Movimiento del Comité Obrero, que creían en la revolución por «la acción directa» de los trabajadores y rechazaban como futiles los métodos convencionales de los sindicatos y del parlamentarismo; 5) el Partido Socialista Obrero (SLP), arraigado principalmente en Escocia, asociado con el movimiento anterior y que compartía su creencia en la acción directa, aunque presentara algunos candidatos al Parlamento en las elecciones generales de diciembre de 1918; 6) la Federación de Obreros Socialistas (organización a la que pertenecía Slyvia Pankhurst), en principio una rama del antiguo movimiento

[100] Lenin, *Sochineniya,* xxiv, 475, 504.

feminista, que ahora contaba con varios seguidores en el East End de Londres y que rechazaba la acción parlamentaria y, en su Congreso de Whitsun de 1919, reclamó el título de Partido Comunista Británico; y 7) la Sociedad Socialista del Sur de Gales, grupo local con puntos de vista parecidos. Discusiones preliminares entre estos grupos sobre las posibilidades de unión mostraron que el punto de divergencia principal consistía en si era o no deseable la participación en las elecciones parlamentarias. Sylvia Pankhurst escribió a Lenin con la esperanza de obtener de él una respuesta autorizada a favor de la acción directa y contra la acción parlamentaria. Lenin contestó prudentemente que él personalmente pensaba que la abstención en las elecciones parlamentarias era un error, pero que una ruptura entre «sinceros partidarios del poder soviético», a causa de este asunto secundario, sería un error aún mayor. Si era imposible llegar a la unidad en esa cuestión, entonces supondría «un paso adelante hacia la unidad total» el que hubiera «*dos* partidos comunistas, es decir, dos partidos a favor de la transición del parlamentarismo burgués al poder de los soviets», que difieren solamente por su actitud hacia el parlamentarismo burgués existente [101]. Se mandó una circular del IKKI a todos los partidos miembros de la Comintern, reconociendo como permisible la divergencia de opiniones en esta cuestión «de segundo orden» [102]. Parece ser que esto no produjo efecto alguno, aunque en octubre se anunció la adhesión del BSP a la Comintern [103].

En Francia la situación era aún menos alentadora. El Partido Socialista Francés, en el que Longuet, el nieto de Marx, era figura preeminente, era todavía predominantemente «reformista»; la *Confédération Générale du Travail* era sindicalista. El Partido Socialista Francés había apoyado la guerra de manera activa y compartía el prestigio de la victoria; después del Partido Laborista Inglés, éste era el más fuerte paladín de la resurrección de la Segunda Internacional. Un grupo de sindicalistas franceses opuestos a la guerra había acudido a la Conferencia de Zimmerwald y, cautelosamente, se habían organizado como «comité para la reanudación de relaciones internacionales». En mayo de 1919, después de que una ola de huelgas masivas diera nuevas esperanzas a la izquierda, este grupo se transformó, bajo la

[101] La carta de Sylvia Pankhurst fue publicada de forma anónima, junto con la respuesta de Lenin, en *Kommunisticheski Internatsional*, n.º 5 (septiembre, 1919), cols. 681-84; la respuesta de Lenin está en *Sochineniya*, xxiv, 437-442.

[102] *Kommunisticheski Internatsional*, n.º 5 (septiembre, 1919), cols. 703-08.

[103] *Ibid.*, n.º 7-8 (noviembre-diciembre, 1919), cols. 1114.

dirección de Loriot y Rosmer, en un «comité para la adhesión a la Tercera Internacional» [104], pero el grupo continuó sin efectividad y tenía poco contacto con Moscú. De los dirigentes bolcheviques, Trotski, que había pasado dos años en París durante la guerra, era el que mejor conocía a sus principales miembros, y en septiembre les dirigió una carta abierta en el periódico de la Comintern, expresando su confianza de que «la causa del comunismo en Francia está en manos firmes y honradas» [105]. A finales de octubre Lenin recibió una carta de salutación de Loriot, y en su respuesta pronosticaba una larga lucha contra «oportunistas del tipo de Longuet». Esta respuesta fue publicada en *La Vie Ouvrière*, órgano del grupo, en enero de 1920 [106].

En los Estados Unidos los tres grupos más importantes de la extrema izquierda antes de 1919 eran: los Obreros Industriales del Mundo (IWW), gran organización sindicalista, casi revolucionaria, con gran número de seguidores en los estados del Oeste, pero sin un programa político preciso; el Partido Socialista de Eugène Debs y el Partido Socialista Obrero, fundado por Daniel de León, quien, hasta su muerte en 1914, era el teórico marxista más importante de los Estados Unidos. El Partido Socialista y el Partido Socialista Obrero se habían separado después de 1916 como consecuencia de la participación en la guerra. Durante la contienda, Lenin pidió información a Alejandra Kolontai, que estaba en Nueva York en 1916, acerca del Partido Socialista Obrero y sus relaciones con el Partido Socialista [107]. Y después de la Revolución de Febrero, basándose sin duda en informaciones suministradas por ella, había concebido esperanzas con respecto al Partido Socialista Obrero y en «elementos internacionalistas encuadrados en el oportunista Partido Socialista» [108]. Pero los únicos americanos con quienes Lenin estuvo en contacto durante

[104] G. Walter, *Histoire du Parti Communiste Français* (1948), pp. 23-24.

[105] Trotski, *Sochineniya*, xiii, 123-26.

[106] Lenin, *Sochineniya*, xxiv, 501; Longuet, en esta época, tomó una postura «centrista».

[107] Lenin, *Sochineniya*, xxiv, 237-290.

[108] *Ibid.*, xx, 128. Después de la Revolución de Octubre, Lenin leyó algunas obras de De León y «se impresionó al ver lo lejos y lo pronto que De León había llegado a las mismas conclusiones que los rusos», añadiendo que «su teoría de que la representación debería ser por industrias y no por áreas, era el germen del sistema soviético» (A. Ransome, *Six Weeks in Russia in 1919* [1919], pp. 80-81); al mismo tiempo, Lenin dijo a un corresponsal americano, Robert Minor, que «el americano Daniel de León había sido el primero en formular la idea de un gobierno soviético» *(The World* [N. Y.] de 8 de febrero de 1919).

algún tiempo después de la Revolución de Octubre [109] fueron John Reed, un joven intelectual que no estaba afiliado a ningún partido, y Reinstein, que había sido expulsado del Partido Socialista Obrero. Cuando, en 1918, Michael Borodin, bolchevique emigrado a los Estados Unidos después de 1905, volvió a Moscú y ofreció transmitir una carta a los obreros americanos, la carta que escribió Lenin era una apelación general propagandística que ignoraba, por razones tácticas, todos los asuntos de partido [110]. El ímpetu dado por el nacimiento de la Comintern fue, más que una iniciativa interna, lo que llevó a algunos grupos de la extrema izquierda a enviar delegados a una convención celebrada en Chicago el día 1.º de septiembre de 1919 para fundar un partido comunista americano. Pero los optimistas habían subestimado las fisíparas tendencias del movimiento obrero americano producidas por la dispersión geográfica, las diversidades lingüísticas y raciales y por la presencia de un gran estrato de obreros prósperos y contentos. La conferencia no fue en modo alguno representativa, e incluso los delegados que se reunieron en Chicago no se pusieron de acuerdo entre sí. De esta convención emergieron, finalmente, dos partidos distintos: el Partido Comunista Obrero, en el que el espíritu era John Reed, y el Partido Comunista de América, dirigido por Louis Fraina [111], que se dirigía principalmente a los recién llegados. La resolución que creó el Partido Comunista Obrero y que decidió su adhesión a la Comintern fue publicada en el periódico

[109] Volodarski, un viejo bolchevique que había emigrado a los Estados Unidos en 1913, y había vuelto a Rusia en 1917, no contaba como «americano». Fue asesinado en Petrogrado en junio de 1918.

[110] Lenin, *Sochineniya,* xxiii, 176-89. La carta ya se ha citado en la p. 98 anterior; durante esta época Lenin se preocupaba más por la defensa, en la guerra civil, que por la propagación del comunismo. El comentario más interesante sobre las perspectivas revolucionarias, lo hizo hacia el final: «Confiamos en la inevitabilidad de la revolución internacional, pero esto no quiere decir que seamos tan tontos como para confiar en la inevitabilidad de la revolución internacional dentro de un período corto y *definido.* Hemos visto dos grandes revoluciones, la de 1905 y la de 1917, en nuestro país, y sabemos que las revoluciones no se hacen por encargo o por acuerdo.» Incluso para los marxistas, la revolución en los Estados Unidos siempre aparecía como un acontecimiento muy lejano. La carta de Lenin conocida como «Carta a los Obreros Americanos», de septiembre de 1919, fue probablemente una entrevista concedida al corresponsal del *Christian Science Monitor (ibid.,* xxiv, 465-66, 804, nota 150) y no aludía para nada al comunismo o la revolución.

[111] Fraina, de origen italiano, había editado una selección de los escritos y discursos de Lenin y Trotski bajo el título *The Proletarian Revolution in Russia* (N. Y., 1918).

oficial de este último, en el último número del año [112], y es dudoso que llegara más información sobre esta disputa a Moscú [113].

En los países más pequeños, el aspecto del crecimiento de los partidos comunistas en el año 1919 es igualmente confuso. El Partido Comunista Polaco se había formado en diciembre de 1918 mediante una fusión entre la socialdemocracia del reino de Polonia y Lituania y el Partido Socialista Polaco de Izquierda (el PPS se había dividido en partidos de izquierda y derecha en 1905). Durante algunas semanas dicho partido controló la cuenca carbonífera de Dombrowa, donde los soviets locales tomaron el poder y controlaron los movimientos obreros de Varsovia y Lodz [114]. A principios de 1919 el nuevo gobierno polaco, ayudado por los aliados occidentales, se enfrentó con éxito a una insurrección comunista y estableció su autoridad en todo el país; y cuando Marjlevski (bajo el nombre de Karski) apareció en el Congreso fundacional de la Comintern en marzo, el Partido Comunista Polaco, al que representaba, era ya una organización semiilegal y perseguida, condición que conservó durante un cuarto de siglo. El Partido Socialdemócrata Búlgaro, regido por su ala izquierda (los llamados Tesniaki o «estrechos»), se transformó en mayo de 1919 en Partido Comunista Búlgaro, sin secesiones importantes, llevando así al seno de la Comintern el único partido de masas además del ruso, de conformación claramente bolchevique. El Partido Obrero Noruego, que tenía un tinte doctrinal típico, mezclando teorías luteranas y anarquistas con el marxismo que decía profesar, se unió a la Comintern sin cambiar de nombre. Su estructura inconexa y abigarrada no era muy diferente a la del Partido Socialista Italiano, y ambos causarían parecidas dificultades a Moscú más tarde.

La mayoría de los restantes partidos europeos que se unieron a la Comintern durante el primer año de su existencia eran pequeños grupos sectarios, compuestos principalmente por intelectuales y que no ejercían influencia alguna en la vida política de sus países. De éstos, el Partido Comunista Holandés era el que tenía más profun-

[112] *Kommunisticheski Internatsional,* n.° 7-8 (noviembre-diciembre, 1919) cols. 1113-114.

[113] Algunas reseñas de estas actuaciones están contenidas en un informe presentado al segundo Congreso de la Comintern por el Partido Comunista Obrero Americano en junio de 1920 (*Berichte zum 2. Kongress der Kommunistischen Internationale* [Hamburgo, 1921], pp. 367-68). Son numerosas las fuentes americanas posteriores, pero contradictorias y confusas; parece que se han conservado muy pocas actas auténticas.

[114] Un informe detallado de los orígenes del Partido Comunista Polaco figura en *The American Slavic and East European Review* (N. Y.), xi (1952) 106-22.

das raíces nacionales y algo de participación obrera, pero también era el menos ortodoxo, ya que incluía fuertes corrientes sindicalistas y era el que menos se amoldaba a la disciplina de la Comintern. Otros partidos, sobre todo el húngaro y el finlandés, estaban compuestos principalmente por exiliados residentes en Moscú.

Por tanto, en el año más duro —1919—, cuando Moscú se encontraba casi totalmente aislado, incluso el refuerzo indirecto que la Rusia soviética pudiese esperar de la fundación de la Comintern, era más potencial que real. Chicherin, en un folleto publicado durante esta época, lo llamaba «el mayor acontecimiento histórico que ha puesto su sello en toda nuestra política exterior de este año», y declaraba que la política exterior soviética se hallaba «aún más identificada con la lucha mundial entre la Revolución y el viejo mundo» [115]. El séptimo Congreso de Soviets de toda Rusia, reunido en diciembre de 1919, lo llamaba «el mayor acontecimiento de la Historia Universal», y concluía que «el lazo más estrecho entre los Soviets y la Internacional Comunista está determinado por los intereses de los obreros y campesinos trabajadores del mundo entero» [116]. Pero la nueva Internacional no poseía todavía ninguno de los atributos de una organización política en marcha: miembros representativos, maquinaria eficiente o política definida. Al revisar los partidos que la componían se suscitaba incluso, en esta primera etapa, una cuestión que habría de resolverse en un futuro inmediato. ¿Debía la Comintern tener como objetivo la adhesión de partidos de masas de la izquierda, como el Partido Socialista Italiano o el Noruego, a costa de insistir en una conformidad doctrinal rígida? ¿O debía hacer hincapié en una disciplina ideológica estricta a riesgo de conseguir una afiliación numéricamente insignificante —la política proseguida por Levi en Heidelberg?—. Por el momento, la actitud de Lenin y de los demás bolcheviques era de una cuidadosa moderación; nunca volvió la Comintern, en su afán de reclutamiento, a mostrarse tan tolerante en cuanto a diversidad de opiniones, pero no por ello eran menos precisos los límites de tal tolerancia. Lenin estaba aún obsesionado con la traición de los socialdemócratas ortodoxos en 1914, traición que había provocado el derrumbamiento de la segunda Internacional; y la creación de la tercera fue, primero y principalmente, un intento de agrupar a todas las fuerzas sinceramente internacionales y constitutivas del ala izquierda en contra de los traidores. Sometiéndose a

[115] G. Chicherin, *Vneshniaya Politika Sovietskoi Rossi za Dva Goda* (1920), pp. 29, 32.

[116] *Syezdi Sovetov v Postanovleniyaj* (1939), pp. 141-42.

este propósito dominante, podía concederse una cierta laxitud por razones tácticas, y Lenin se mostró en una actitud comparativamente templada en este tiempo, incluso con respecto a pacifistas y sindicalistas, quienes, al menos, estaban inmunes del cáncer de la veneración al Estado. Por eso deploraba la escisión que había separado en Alemania al KAPD del KPD, y trató ansiosamente de lograr un acercamiento con el ala izquierda del USPD. Se mostraba impaciente con las divisiones que reinaban en Gran Bretaña sobre cuestiones tan secundarias (que en otros momentos y circunstancias hubiera considerado primordiales) como la participación en las elecciones para el Parlamento. Pero esto no significaba ningún compromiso con los partidos socialdemócrata o laborista del viejo estilo, y aún menos con los partidos burgueses. A pesar del evidente deseo de Lenin de abrir al máximo las puertas, supondría un anacronismo adscribir a este período inicial los conceptos posteriores de un «frente unido» con los partidos socialdemócratas o burgueses, o creer simplemente que la idea de la seguridad de la RSFSR impulsaba a Lenin, incluso en este momento desesperado, a una aparente tolerancia de la diversidad doctrinal.

Capítulo 24
TENTATIVAS DIPLOMATICAS

A lo largo del año 1919 la debilidad del gobierno soviético, amenazado por el enemigo por los cuatro costados, le privó de toda posibilidad de iniciativa en cuestiones de política exterior e hizo depender sus movimientos de los sucesivos movimientos de sus adversarios. La causa inmediata de la total ruptura de relaciones entre la Rusia soviética y el mundo exterior fue la decisión de los gobiernos aliados de prestar ayuda directa a los «blancos» en la guerra civil y de tratar al gobierno soviético como una facción rebelde y hostil. Fueron los gobiernos aliados los que, de forma deliberada y con éxito, trataron de aislar a Moscú, y no Moscú el que trató de aislarse del resto del mundo. Por tanto, para que desaparecieran las barreras había que esperar a que se produjera un cambio de actitud y de política en el campo aliado y, en particular, en Gran Bretaña, cuya posición con respecto al problema ruso continuó caracterizándose, durante todo este año que nos ocupa, por sus enormes fluctuaciones e inconsecuencias, que no eran sino el reflejo de las agudas diferencias existentes no sólo en la opinión pública, sino en los círculos gubernamentales. El cambio de política que se produjo en abril de 1919, cuando se abandonó todo intento de establecer relaciones con la Rusia soviética y se inició una campaña de ayuda total —que anduvo rozando la acción militar directa— en favor de los «blancos», nunca llegó a ser totalmente respaldada por liberales y laboristas que, en

general, deseaban evitar compromisos y llegar a acuerdos con el gobierno soviético, si ello fuese de alguna forma posible; y este deseo era compartido por Lloyd George, en tanto que pudiera facilitarlo sin alterar por ello el difícil equilibrio de la coalición. El miedo a que el bolchevismo se extendiera por Europa, unido a la esperanza de que los «blancos» consiguieran derrocar al gobierno soviético, bastaron para dar un nuevo ímpetu a la opinión antibolchevique durante el verano de 1919. Pero esta actitud, sostenida a medias frente al creciente escepticismo popular, falló en sus propósitos; y cuando al final del otoño de 1919 resultó evidente que todos los generales «blancos» —Kolchak, Denikin y Yudenich— habían agotado sus principales recursos sin resultado, la opinión pública comenzó a oponerse abiertamente a una política que había sido aceptada a regañadientes cuando parecía que iba a verse coronada por el éxito, y que se abandonó en cuanto se demostró su inutilidad.

El otro factor que, junto con el evidente fracaso de los «blancos», provocó al fin nuevos intentos de reconciliación fue la creciente preocupación por las necesidades económicas. A medida que el mundo tanteaba su vuelta a lo que consideraba lo «normal», empezaron a revivir recuerdos respecto al lugar que Rusia ocupaba con anterioridad en la economía mundial, ahora quebrantada. Cada vez parecía más difícil bloquear en el terreno comercial a uno de los mayores países del mundo, sólo por no estar de acuerdo con su forma de gobierno. A primeros de agosto de 1919 apareció una carta en *The Times*, representante por entonces de la máxima opinión antibolchevique, que expresaba, con reservas, cierta ansiedad respecto al futuro del comercio británico con Rusia y subrayaba la necesidad de considerar «las nuevas condiciones creadas por la guerra». Después de la Revolución bolchevique, el bloqueo a que había sido sometida Alemania por las potencias aliadas se hizo extensivo a Rusia, y siguió mantenido en silencio incluso después de cesar las hostilidades con Alemania. A principios de octubre de 1919 el Consejo Supremo, en un evidente intento de refutar una crítica existente, pidió a los principales gobiernos neutrales su anexión al bloqueo en curso contra la Rusia soviética, intento éste que, a fin de evitar susceptibilidades americanas, se denominó eufemísticamente «presión económica»; y una nota parecida fue enviada al gobierno alemán, que de forma tosca incluía los términos de la nota a los gobiernos neutrales requiriendo su conformidad [1]. El gobierno soviético reaccionó al instante, ele-

[1] El Consejo Supremo examinó el primer borrador de estas notas el 21 de agosto de 1919, pero lo remitió al «Comité del bloqueo» para tomar

vando una enérgica protesta a los gobiernos neutrales y alemán, a quienes advirtió que su aceptación de la petición aliada sería considerada como «acto hostil intencionado» [2]. Las respuestas de los neutrales a dicha petición aliada fueron, o evasivas, o francamente desfavorables. El gobierno alemán, al tiempo que era «plenamente consciente del enorme peligro que amenazaba a la cultura y a la vida económica de todos los países si se extendía el bolchevismo», opinó que el bloqueo no cumplía su propósito, y se excusó alegando que ya no tenía ninguna frontera común con Rusia. La nota concluía en forma de protesta diciendo que, «mientras las potencias aliadas y sus asociados proponen que Alemania participe en el bloqueo de Rusia, están, de hecho, aplicando la política de bloqueo a las costas y a los buques germánicos» [3]. Los aliados no insistieron más en sus peticiones. Existiera o no el bloqueo, el comercio con la Rusia soviética se hacía, por el momento, impracticable. Pero nadie estaba en condiciones de pronosticar el porvenir.

El fracaso en la extensión del bloqueo, coincidiendo con un momento de desencanto respecto a las perspectivas de los ejércitos «blancos», preparó el camino para un cambio radical de frente. A finales de octubre, Krasin, observador agudo y conocedor de la Europa occidental, diagnosticó la nueva actitud con gran precisión en una carta privada:

> La perspectiva de continuar la guerra indefinidamente no será bien vista por las potencias, y si Denikin no nos ha metido en cintura para los comienzos del invierno —lo cual es muy poco probable—, entonces, al menos Inglaterra, considerará que, en su propio interés, es razonable supeditar a los bolcheviques en el terreno político llegando a algún tipo de acuerdo y estableciendo relaciones pacíficas con la Rusia soviética. Quizá este plan de conquista de la Rusia bolchevique tenga más probabilidades de éxito que las improductivas campañas militares de los últimos dos años [4].

en cuenta las objeciones americanas (*Documents on British Foreign Policy, 1919-1939: 1st Series*, i [1947], 495, 501-02). Se tomó la decisión de enviar la nota a los neutrales el 29 de septiembre de 1919 (*ibid.*, i, 826; para el texto de la nota, véase *ibid.*, i, 830). No consta la decisión de enviar la nota al gobierno alemán, pero se envió y el texto se publicó en la prensa; el texto está en C. K. Cummings y W. Pettit, *Russian-American Relations* (N. Y., 1920), pp. 349-351.

[2] Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika*, ii (1926), 398-99.

[3] *The Times*, 31 de octubre de 1919: la nota no aparece en ninguna colección de documentos. Para la discusión sobre el asunto en el Reichsrag, véase p. 319, nota 3.

[4] L. Krasin, *Leonid Krasin: His Life and Work* (s. f. [1919], pp. 111-12). No se han publicado los originales de las cartas de Krasin citadas en la traducción de este volumen.

Lloyd George reaccionó ante el cambio de opinión con su acostumbrada sensibilidad. Su discurso en el Guildhall, el 8 de noviembre de 1919, causó bastante sensación al afirmar que «la paz es imposible si no se tiene paz en Rusia» [5]. Habló muy intencionadamente del coste de «la intervención en una interminable guerra civil»; se refirió a Rusia como «un país en el que resulta peligroso intervenir», y expresó su esperanza de que «se presente una oportunidad para que las grandes potencias mundiales promuevan la paz y la concordia en esa gran nación». En la Cámara de los Comunes, cinco días más tarde, atacó abiertamente el bloqueo, calificando a Rusia de «uno de los grandes recursos para el abastecimiento de alimentos y de materias primas» [6]. A continuación, el 17 de noviembre de 1919, y a modo de respuesta a los que le habían hecho críticas, pronunció un importante discurso que, evidentemente, estaba destinado a preparar el camino para el abandono de la política de intervención y su sustitución por una política de negociación comercial con la Rusia soviética. En un pasaje, citado frecuentemente, invocaba la memoria de «lord Beaconsfield, que consideraba a una Rusia creciente, enorme, gigantesca, colosal, deslizándose como un glaciar hacia Persia y hacia las fronteras de Afganistán e India, como la mayor amenaza con la que el Imperio británico podía enfrentarse» [7]. Este argumento no favorecía en modo alguno a los «blancos», que pretendían reconstruir el anterior Imperio ruso, y sí a los bolcheviques, que estaban totalmente dispuestos a prometer autonomía a las partes integrantes [8]. Estas declaraciones no pasaron desapercibidas en Moscú, donde

[5] Utilizó casi las mismas palabras en un discurso en la Cámara de los Comunes el 19 de febrero de 1919 (*House of Commons: 5th Series*, cxxii, 194); pero eso fue antes del cambio de política producido en abril.

[6] *Ibid.*, cxxi, 474. Lo que preocupaba al gobierno británico en esta época era Rusia como proveedor más que como mercado. Un memorándum confidencial del Tribunal de Comercio, de 6 de enero de 1920, señaló que Rusia, antes de 1914, había sido fuente de la cuarta parte de la exportación mundial de trigo, y que Gran Bretaña había recibido de Rusia un tercio de sus importaciones de lino: el memorándum terminaba con la recomendación de «abandonar definitivamente el bloqueo y no poner ningún obstáculo a las relaciones comerciales con la totalidad de Rusia» (*Documents on British Foreign Policy, 1919-1939: 1st Series*, ii [1948], 867-70). La observación de Lloyd George, tan ridiculizada, de que «las arcas del cereal ruso estaban henchidas de grano» tuvo lugar en un discurso en la Cámara de los Comunes el 10 de febrero de 1920 (*House of Commons: 5th Series*, cxxv, 45).

[7] *Ibid.*, cxxi, 723.

[8] La consecuencia del nuevo giro de la política fue que en enero de 1920 el Consejo Supremo decidió, por iniciativa británica, reconocer *de facto* a los gobiernos de Georgia, Armenia y Azerbaiyán, Letonia y Estonia.

Chicherin, en un discurso retransmitido, expuso una nueva y significativa actitud con respecto a las relaciones con el mundo capitalista:

Hay bastantes posibilidades de mantener relaciones con Rusia, a pesar de las profundas diferencias que existen entre los regímenes británico y ruso... El consumidor y el productor británicos nos son tan necesarios como nosotros a ellos... No sólo deseamos la paz y la posibilidad de un desarrollo interno, sino que además somos plenamente conscientes de la necesidad de la ayuda económica de los países más plenamente desarrollados, como Gran Bretaña. Incluso estamos dispuestos a sacrificarnos por conseguir un estrecho contacto económico con Inglaterra... Por tanto, acojo encantado la declaración del primer ministro británico como un primer paso hacia una política sana y real que responde a los intereses de ambos países [9].

No habían transcurrido más que ocho meses desde que Lenin había afirmado que era «inconcebible que la República soviética continuara existiendo mucho tiempo al lado de Estados imperialistas», y que mientras tanto «era inevitable que se produjeran una serie de choques terribles entre la República soviética y los Estados burgueses» [10]. No se abandonó esta doctrina. Los dirigentes bolcheviques, de Lenin en adelante, continuaron creyendo firmemente, no ya sólo en que la revolución en Europa era necesaria, sino además en que era inminente. Pero el cambio de opinión consecuente al cambio de circunstancias fue repentino y de gran alcance.

Con estas nuevas tentativas por ambas partes la situación maduró como para intentar un restablecimiento de contactos, y la excusa fue la necesidad de negociar un intercambio de prisioneros. Durante la peor época, los gobiernos británico y soviético habían conseguido llevar a cabo, de cuando en cuando, intercambios de agentes importantes capturados por uno u otro bando —un curioso ejemplo de reciprocidad profesional—; y dos representantes de la Cruz Roja británica habían seguido distribuyendo socorros a los prisioneros británicos que se hallaban en manos de los rusos soviéticos [11].

Las proposiciones de paz que fueron entregadas a Bullitt en marzo de 1919 incluían una referente a la repatriación mutua de prisioneros y otros ciudadanos de cada país. En mayo de 1919, el gobierno británico, en un mensaje radiado, propuso un intercambio general de prisioneros, y el 10 de junio del mismo año Chicherin res-

[9] Radio Moscú de 20 de noviembre de 1919, citado en A. L. P. Dennis, *The Foreign Policies of Soviet Russia* (1924), p. 380.

[10] Véase p. 129.

[11] *Documents on British Foreign Policy, 1919-1939: 1st. Series*, iii (1949), 418.

pondió por la misma vía afirmando que dicha propuesta era aceptable sólo «si se permite al gobierno ruso enviar a Londres o, alternativamente, a algún país neutral una comisión capacitada para ponerse en contacto con los rusos que se hallen en Gran Bretaña» [12]. Esta condición provocó un prolongado desconcierto y bastante retraso, y hasta que el hielo empezó a derretirse en otros puntos no se pudo llegar al acuerdo de un encuentro en Copenhague entre plenipotenciarios británicos y soviéticos, en el que sólo había de tratarse la cuestión de los prisioneros de guerra.

El representante soviético fue Litvínov y el representante británico un diputado laborista llamado O'Grady, que se reunieron en Copenhague el 25 de noviembre de 1919, reunión que constituyó el primer contacto formal serio diplomático que se había producido desde hacía más de un año entre Rusia y cualquiera de las potencias aliadas [13].

En el mes siguiente se produjeron otros acontecimientos de significación. En septiembre de 1919 se habían iniciado negociaciones con el gobierno de Estonia que, sin embargo, habían sido rotas por ésta con la disculpa de que no se podría alcanzar la paz con la Rusia soviética sin el acuerdo de los demás Estados fronterizos [14]: esta negativa fue resultado de la presión británica en vísperas de la aventura de Yudenich [15]. La derrota sufrida por éste en la segunda mitad de octubre amenazó con provocar una crisis en las relaciones entre la Rusia soviética y Estonia. Trotski proclamó el deseo del Ejército Rojo de perseguir a las derrotadas tropas de Yudenich hasta Esto-

[12] *Ibid.*, iii, 343-44, 360.

[13] *Ibid.*, iii, 593, 643-44, 661.

[14] Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika*, ii (1926), 344-46, 387-88.

[15] El 16 de septiembre de 1919 el gobierno británico hizo apremiantes declaraciones a los gobiernos de Estonia y de Letonia a favor de «no dar ningún paso en favor de la paz» (*Documents on British Foreign Policy, 1919-1939: 1st. Series*, iii [1949], 554). Dos días más tarde el ministro de Asuntos Exteriores de Estonia informó al representante británico en Tallin que el gabinete de Estonia había «decidido no hacer la paz sin la autorización de Gran Bretaña», pero «hizo hincapié en la necesidad de iniciar las negociaciones de paz por razones internas, como un truco para satisfacer la opinión pública» (*ibid.*, iii, 558). Las declaraciones subsiguientes de los gobiernos de Letonia y Estonia (*ibid.*, 562-64) mostraban, sin embargo, una gran inquietud respecto a este punto; y el 25 de septiembre de 1919, el gobierno británico envió un comunicado formal a los de Estonia, Letonia y Lituania, en el sentido de que él no se consideraba «autorizado a ejercer ninguna presión sobre la libre iniciativa de los Estados bálticos», y que «eran ellos los que debían decidir sin coacción si deberían llegar a un acuerdo con las autoridades rusas, y, si así fuera, de qué naturaleza» (*ibid.*, iii, 570).

nia, en tanto que Chicherin pensaba que la aparición de las fuerzas soviéticas en territorio estoniano sólo conseguiría «provocar la enemistad de los liberales ingleses y de los conservadores moderados», y que ello sería «hacerle el juego a Churchill». Lenin apoyó a Chicherin, y se contuvo al Ejército Rojo, aunque se le envió una advertencia al gobierno de Estonia exigiendo el desarme de las tropas de Yudenich, que se habían refugiado allí [16]. Una vez superadas estas dificultades, se iniciaron las negociaciones, en Dorpat, el 2 de diciembre de 1919, entre una delegación de Estonia y otra soviética encabezada por Krasin [17].

Entretanto, y en el más estricto secreto, en un vagón de ferrocarril situado en un lugar desértico de la zona fronteriza de Pinsk, se habían estado reuniendo Marjlevski, el comunista polaco que había hecho su aparición en el Congreso fundacional de la Comintern y que ahora actuaba como delegado de la Cruz Roja rusa, y delegados polacos con credenciales de la Cruz Roja de su país. Este semidesconocido y pintoresco episodio de la diplomacia soviética dio como resultado un acuerdo de 2 de noviembre de 1919, para la liberación de los rehenes polacos retenidos por la Rusia soviética, y la renuncia por ambas partes a la práctica de tomar rehenes; una semana más tarde se produjo otro acuerdo para la puesta en libertad de los prisioneros civiles, por ambas partes [18]. Pero estos acuerdos prácticos sirvieron también como pantalla para discusiones más delicadas. Al comienzo de las negociaciones, a principios de octubre de 1919, el Ejército Rojo se hallaba en una situación precaria en dos frentes distintos —contra Yudenich ante Petrogrado y contra Denikin en Rusia central—; y era necesario evitar una intervención polaca provocando una retirada que cediera terreno a las fuerzas de este país [19]. El éxito de este plan se debió, no ya a la astucia

[16] Este episodio está registrado en documentos de los archivos de Trotski con las fechas de 17 a 27 de octubre de 1919.

[17] El discurso de apertura pronunciado por Krasin y las propuestas se publicaron en *Pravda*, el 8 y 9 de diciembre de 1919, y fueron luego reeditados por L. B. Krasin, en *Voprosi Vneshnei Torgovli* (1928), pp. 267-73.

[18] Los documentos están en *Krasnaya Kniga: Sbornik Diplomaticheskij Documentov o Russko Polskij Otnosheniyaj*, 1918-1920 (1920), pp. 70-80.

[19] K. Radek, *Die Auswärtige Politik Sowjet-Russlands* (Hamburgo, 1921), p. 56, habla de «un tratado secreto con Pilsudski, por el cual el Ejército Rojo se retiró a una línea determinada». Los archivos de Trotski contienen el documento de una decisión del Politburó de 14 de noviembre de 1919, cuando la campaña contra Denikin estaba aún en un momento crítico, a favor de aceptar todas las condiciones del armisticio polaco, excepto la interrupción de las operaciones contra Petliura en Varsovia: Petliura estaba en ese momento tratando de conseguir ayuda polaca (véase vol. 1, pp. 321-23).

y a la flexibilidad de los delegados soviéticos, sino a que Pilsudski no era partidario de que el régimen soviético fuera derrocado por los generales «blancos» que, a largo plazo, parecían representar un mayor peligro para la independencia polaca. Por otro lado, ni siquiera la oferta de concesiones territoriales aún más extensas podía persuadir a Pilsudski de traicionar a los aliados occidentales concertando una paz formal con el gobierno soviético; y en diciembre, cuando el Ejército Rojo estaba ya fuera de peligro inminente, terminaron las negociaciones, sin más resultados que el del intercambio de unos centenares de polacos por unos centenares de bolcheviques. De momento se había asegurado la pasividad temporal de Polonia, y ésta era la mayor concesión que Pilsudski estaba dispuesto a hacer [20]. Tras el fracaso de estas negociaciones secretas, el gobierno soviético, advirtiendo que el Ministerio polaco de Asuntos Exteriores había negado oficialmente la recepción de propuestas de paz por parte de la Rusia soviética [21], hizo pública una propuesta para negociar la paz, sin recibir respuesta [22].

El año nuevo de 1920, en el que Kolchak fue capturado y ejecutado en Siberia y Denikin definitivamente vencido en el sur de Rusia, trajo consigo el que estas tentativas de romper las barreras que aislaban a la Rusia soviética, no sólo de las potencias occidentales propiamente dichas, sino también de sus pequeños vecinos del Oeste que estaban bajo su protección, llegaran a un punto decisivo. El 14

[20] Las negociaciones se narran en Y. Marjlevski, *Viona; Mir mezhdu Burzhuaznoi Polshoi i Proletarskoi Rossiei* (traducción rusa del polaco, 1921), pp. 12-15, 38. Según K. Radek, *Die Auswärtige Politik Sowjet-Russlands* (Hamburgo, 1921), p. 56, que añade algunos detalles más, la oferta a Pilsudski incluía la cesión de «toda la Rusia Blanca hasta Beresina, Volhinia y Podolia»; esto es compatible con la declaración de Marjlevski de que Polonia obtuvo del armisticio de octubre de 1920 «mucho menos de lo que se le ofreció en otoño de 1919». El ministro inglés en Varsovia supo el 3 de noviembre de 1919 que «el Comisario de la Cruz Roja bolchevique» había hecho unas «ofertas muy atractivas a los polacos», que comprendían «toda la Rusia Blanca, incluyendo las zonas del Este todavía sin ocupar por las fuerzas polacas». Esto fue diagnosticado como un intento «de involucrar a Polonia en un segundo tratado de Brest-Litovsk» *(Documents on British Foreign Policy, 1919-1939: 1st. Series,* iii [1949], 630).

[21] El 15 de diciembre de 1919, Pilsudski dijo al representante inglés en Varsovia que, «a pesar de que los bolcheviques pudieran estar dispuestos a hacer la paz, nunca mantendrían ningún tratado que hicieran, y que él no pensaba ciertamente en negociar con ellos». *(Ibid.,* iii [1949], 787.)

[22] Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika,* ii (1926), 423-24. El representante británico en Varsovia declaró que el gobierno polaco encontraba la propuesta «bastante embarazosa» *(Documents on British Foreign Policy, 1919-1939: 1st. Series,* iii [1948], 745).

de enero de 1920, el Consejo Supremo reunido en París concedió audiencias a dos representantes de la oficina de París de las cooperativas rusas que, por alguna extraña coincidencia, habían continuado existiendo durante el período revolucionario; estos representantes afirmaron que «la sociedad cooperativa no tenía política», que contaba con 25.000.000 de miembros, de forma que «prácticamente incluía a toda la población rusa», y que el sur de Rusia tenía un excedente de 10.000.000 de toneladas de trigo para exportar [23]. Basándose en estas afirmaciones, el Consejo Supremo anunció, dos días más tarde, su decisión de «permitir el intercambio de bienes en un régimen de reciprocidad entre el pueblo ruso y los países aliados o neutrales»; el propósito de esta decisión era el de «importar a Rusia ropas, medicamentos, maquinaria agrícola y otros artículos que el pueblo ruso necesita urgentemente, a cambio de cereales, lino, etc., de los cuales Rusia tiene excedente de oferta». Se añadía de forma explícita que «estos arreglos no implican cambio alguno en la política de los gobiernos aliados con respecto al gobierno soviético» [24]. Esta decisión, que equivalía a una concentración de importaciones y exportaciones rusas en manos de la Unión Central de Cooperativas de toda Rusia (Tsentrosoyuz), no presentaba problema alguno al gobierno soviético. Era un medio conveniente de lograr el monopolio del comercio exterior, ya que, por este tiempo, la Tsentrosoyuz era un organismo totalmente controlado por los soviets [25]. El 23 de enero de 1920, el presidente de la Tsentrosoyuz telegrafió a la oficina de París comunicando que las autoridades soviéticas habían concedido a dicho organismo la facultad de iniciar relaciones comerciales directas, tanto con cooperativas como con empresas privadas de Europa occidental, Estados Unidos y otros países [26]. El fin del bloqueo fue un acontecimiento de gran importancia simbólica: fue acogido en la Rusia soviética como una declaración del final de la guerra con las potencias occidentales. Las dificultades prácticas provocadas por la reapertura del comercio aparecerían después.

Esta decisión trajo consigo otra. Si la Rusia soviética había de comerciar con Europa occidental, era casi imprescindible que existieran un puerto y una cámara de compensación en algún país neutral, o al menos no enemigo, a través del cual llevar a cabo dicho co-

[23] *Ibid.*, iii (1948), 868-74.

[24] *Documents on British Foreign Policy, 1919-1939: 1st.* Series, ii (1948), 912.

[25] Véase vol. 2, p. 250.

[26] Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika,* iii, i (1928), 2-3.

mercio. Tallin, la capital de Estonia, reunía las condiciones necesarias para ser elegida. Las negociaciones soviético-estonianas se desarrollaron rápidamente y sin dificultades, y el 2 de febrero de 1920 se firmó un tratado de paz [27]. Unos días antes Lloyd George había aconsejado encarecidamente al primer ministro polaco que firmara la paz con el gobierno soviético [28]; y tres semanas más tarde el Consejo Supremo, reunido en Londres, publicó una declaración según la cual si «cualquiera de las comunidades que lindan con las fronteras de Rusia» pide consejo a las potencias aliadas, éstas no podrán «asumir la responsabilidad de aconsejarle que continúe una guerra que puede ser perjudicial para sus propios intereses» [29]. Entretanto, las negociaciones que venían teniendo lugar en Copenhague con Litvínov desde noviembre de 1919, terminaron, tras muchos momentos difíciles, en un acuerdo anglo-soviético para la repatriación de prisioneros. Este acuerdo se firmó el 12 de febrero de 1920 [30]. Lenin, brevemente y sin gran énfasis, resumió la moraleja de estos acontecimientos:

> Hemos demostrado que sabemos cómo rechazar la violencia, pero que, en la victoria, sabemos también cómo renunciar.

Y de nuevo:

> Ya hemos abierto una ventana a Europa que pretendemos utilizar al máximo [31].

Parecía como si tras las alarmas y desviaciones producidas por la guerra civil, y tras la intervención aliada a favor de los «blancos», estuviera a punto de comenzar un período de convivencia pacífica con el mundo capitalista. La época de aislamiento había concluido.

La nueva actitud que empezó a desarrollarse en política exterior soviética durante los primeros meses de 1920, surgió de forma automática de la existencia continuada de la Rusia soviética en un mundo de Estados capitalistas. El gobierno soviético se halló casi involun-

[27] Véase vol. 1, p. 331.

[28] *Documents on British Foreign Policy, 1919-1939.- 1st. Series,* iii (1949), 803-05.

[29] *Foreign Relations of the United States, 1920,* iii (1936), 647.

[30] RSFSR: *Sbornik Deistvuyuschij Dogovorov,* i (1921), n.º 20, pp. 120-24; *Agreement Between His Majesty's Government and the Soviet Government of Russia for the Exchange of Prisoners,* Cmd 587 (1920).

[31] Lenin, *Sochineniya,* xxv, 21 27; Krasin calificó a Estonia de «la primera ventana que conseguimos abrir» *(Voprosi Vneshnei Torgovli* [1928], p. 265).

tariamente en la postura de tener que defender, no ya los intereses de la revolución mundial, sino aquellos intereses nacionales que cualquier gobierno de Rusia se hubiera visto obligado a defender. Al principio se evitó admitir cualquier forma directa de continuidad. La protesta que se alzó contra el intento, por parte de las potencias aliadas, de establecer el futuro de las islas Aland en la Conferencia de paz sin consultar al «gobierno soviético ruso», no estaba basada en ninguna invocación formal de los derechos de anteriores gobiernos rusos. Pero el telegrama soviético del 2 de octubre de 1919 invocaba tanto el principio de autodeterminación nacional como al argumento militar y político de que «la misma situación geográfica de las islas Aland, a la entrada del Golfo de Finlandia, establece una estrecha conexión entre el futuro de estas islas y las necesidades y requerimientos de los habitantes de Rusia» [32]. Cuatro meses más tarde, el gobierno soviético citaba específicamente derechos de antiguos acuerdos rusos en una protesta contra el tratado acordado en París el 9 de febrero de 1920, según el cual se asignaba la isla de Spitzbergen a Noruega. El telegrama soviético del 12 de febrero de 1920 declaraba que «el estatuto internacional de Spitzbergen ha sido frecuentemente objeto de acuerdos entre Rusia, Suecia y Noruega o entre los gobiernos de estos países y otros gobiernos», y citaba hechos de 1872 y de 1914 para dar apoyo a la protesta contra el reconocimiento de la soberanía noruega sobre Spitzbergen «sin la participación de Rusia» y «sin tan siquiera haber informado al gobierno soviético ruso» [33]. La mera existencia de un gobierno en Moscú que ejercía su autoridad en nombre propio y en el de otros gobiernos soviéticos muy ligados a él, sobre aproximadamente el mismo territorio que era anteriormente regido desde Petrogrado, lo convertía en custodio de los mismos intereses nacionales rusos, y le imponía una herencia de valores, derechos y obligaciones nacionales rusas de la cual no podía a la larga desentenderse; y estas condiciones modificaron de forma insensible, tanto la idea del gobierno soviético sobre sí mismo, como la que los demás tenían de él.

Más adelante, el resurgir de las esperanzas en una revolución mundial y en una política revolucionaria, como efecto de los acontecimientos del verano de 1920, oscureció una buena parte de lo hecho durante los primeros meses de aquel año. La creencia, por entonces frecuente en Moscú, de que la guerra civil había termi-

[32] Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika*, ii, p. 391.
[33] *Ibid.*, iii, 11-12.

nado, de que se tenía al alcance una época de reconstrucción pacífica, puso en movimiento determinados procesos de la política exterior soviética que fueron revertidos o interrumpidos por la reanudación de la guerra en el verano de 1920, y que sólo dieron fruto una vez introducida la NEP en la primavera de 1921. De la misma manera que las principales ideas que llevaron a la creación de la NEP habían sido propuestas un año antes de ser aceptadas y aplicadas [34], así las declaraciones de los primeros meses de 1920 casi anticiparon la política exterior finalmente adoptada tan sólo un año más tarde. El 22 de enero de 1920, Radek, que se hallaba esperando un medio de transporte a Rusia en «una pequeña estación polaca», envió una carta a los dirigentes del Partido Socialista Polaco pidiéndoles que se resistieran a las órdenes de Pilsudski de hacer la guerra a la Rusia soviética, manteniendo que «la Rusia soviética no acaricia ningún plan de conquista respecto a Polonia, ni en nombre del nacionalismo, ni del comunismo», y denunciando concretamente al «comunismo militante» [35]. El 28 de enero de 1920, el Sovnarkom hizo una nueva llamada al gobierno polaco para negociar una línea de demarcación entre las fuerzas polacas y el Ejército Rojo. Pero la fraseología diplomática de esta nota era nueva y desconocida:

> El Consejo de Comisarios del Pueblo declara que el gobierno soviético no ha llevado a cabo acuerdo o tratado alguno con Alemania ni con ningún otro país, que directa o indirectamente vaya dirigido en contra de Polonia y que el carácter y significado de la política internacional del poder soviético excluye cualquier posibilidad de que se produzcan tales acuerdos, así como cualquier intento de utilizar una posible confrontación entre Polonia y Alemania u otro país para atentar contra la independencia de Polonia o la inviolabilidad de su territorio [36].

Unos días más tarde, el VTsIK publicó una larga y razonada «Invocación al Pueblo Polaco», que combinaba el llamamiento revolucionario con un cauteloso intento de tranquilizar el sentimiento nacionalista polaco:

> *Nosotros, los representantes de la clase obrera y campesina rusa, hemos aparecido y seguimos apareciendo abiertamente ante el mundo entero como*

[34] Véase vol. 2, p. 293.

[35] Se dice que la carta se publicó en el periódico del partido *Robotnik;* apareció una traducción en *Soviet Russia* (N. Y., 1 de mayo de 1920), páginas 448-49.

[36] *Krasnaya Kniga: Sbornik Diplomatischeskij Documentov o Russko-Polskij Otnosheriyaj,* 1918-1920 (1920), pp. 84-85.

los campeones de los ideales comunistas; estamos plenamente convencidos de que los trabajadores de todos los países terminarán por salir al camino que los trabajadores rusos ya están pisando.

Pero nuestros enemigos y los vuestros os engañan cuando dicen que el gobierno soviético ruso desea implantar el comunismo en territorio polaco con las bayonetas de los soldados del Ejército Rojo. Un orden comunista es sólo posible cuando la inmensa mayoría de los trabajadores están convencidos de la idea de crearlo con su propia fuerza. Sólo entonces será sólido; porque sólo entonces el comunismo podrá echar raíces profundas en un país. Por el momento los comunistas de Rusia no están luchando más que para defender su propio territorio, su trabajo pacífico y constructivo; no están luchando ni pueden luchar para implantar el comunismo por la fuerza en otros países [37].

Aún había que desarrollar estas insinuaciones vagas para convertirlas en una política. A lo largo del mes de febrero de 1920, Lenin, Trotski, Joffe y Litvínov, todos ellos, concedieron entrevistas a la prensa extranjera para hablar de las oportunidades de paz y de las relaciones comerciales entre la Rusia soviética y el mundo capitalista [38]. El 25 de febrero Chicherin hizo aún otra llamada más a los gobiernos americano y aliados para que iniciaran negociaciones de paz [39]. Unos días más tarde Radek abordó el mismo tema, sólo que con menos delicadeza, según su costumbre:

Si nuestros colegas capitalistas se abstienen de actividades antirrevolucionarias en Rusia, el gobierno soviético se abstendrá de llevar a cabo actividades revolucionarias en países capitalistas; pero seremos nosotros los que determinemos si están o no provocando agitación antirrevolucionaria. Hubo un tiempo en que un Estado feudal podía existir al lado de Estados capitalistas. En aquella época la Inglaterra liberal no luchaba continuamente contra la Rusia de los siervos de la gleba. Pensamos que ahora los países capitalistas pueden coexistir con un Estado proletario. Consideramos que los intereses de ambos lados se centran en obtener la paz y en el establecimiento de un intercambio de bienes y, por lo tanto, estamos dispuestos a concluir la paz con todo país que hasta el momento ha luchado contra nosotros, pero que en el futuro esté dispuesto a darnos locomotoras y maquinaria a cambio de nuestras materias primas y nuestros cereales [40].

En el noveno Congreso del partido, que tuvo lugar en marzo de 1920, Lenin se dirigió al auditorio en el lenguaje tradicionalmente usado en política exterior por el mundo entero.

[37] *Ibid.*, p. 88.
[38] Hay referencias a estas entrevistas en *Calendar of Soviet Documents on Foreign Policy*, ed. J. Degras (1948), p. 50.
[39] *Foreign Relations of the United States, 1920*, iii (1936), 447.
[40] Radio Moscú de 3 de marzo de 1920, citado en A. L. P. Dennis, *The Foreign Policies of Soviet Russia* (1924), pp. 358-59.

Lo que más nos interesa es maniobrar en nuestra política internacional sin desviarnos de la línea que hemos adoptado y estando preparados para cualquier cosa. Hemos estado llevando a cabo la guerra por la paz con la mayor energía. Esta guerra está dando excelentes resultados... Pero nuestros pasos en pro de la paz deben ir acompañados de una puesta a punto de todos nuestros recursos militares[41].

Y Chicherin siguió dirigiéndose al mundo sobre el tema de las relaciones pacíficas entre la Rusia soviética y los países capitalistas:

Es posible que existan diferentes opiniones acerca de la duración del sistema capitalista, pero, por el momento, éste existe, de forma que es necesario encontrar un *modus vivendi* para que nuestros Estados socialistas puedan coexistir pacíficamente con los Estados capitalistas, y para que las relaciones entre ambos sean normales; esto es una necesidad que interesa a todos[42].

Un llamamiento empírico al interés común de los países socialistas y capitalistas y a la posibilidad de relaciones «normales» entre ambos, pudo haber asombrado a algún purista doctrinario, pero la lógica del nuevo acercamiento había de dar sus frutos bien pronto. Tras la decisión tomada en enero por el Consejo Supremo de finalizar el bloqueo a favor de reanudar el comercio a través de las cooperativas, la Tsentrosoyuz propuso a su oficina de París el envío de una delegación al extranjero que negociara en su nombre y, provisionalmente, denominó a Litvínov como su delegado en Copenhague. Ciertas negociaciones, llevadas a cabo con toda cautela, fracasaron en su intento de conseguir permiso de entrada en Francia e Inglaterra para la delegación. Pero, al menos, podría operar en algunos países neutrales, y el 25 de febrero de 1920 se anunciaron los nombres de sus componentes. Estaba encabezada por Krasin, y los restantes miembros eran Litvínov, Noguin, Rozovski y Jinchuk[43]; de todos ellos, tan sólo los dos últimos eran miembros activos de la organización de cooperativas. La composición de la delegación estaba pensada de forma que quedara borrada lo antes posible la distinción formal entre representantes de la Tsentrosoyuz y representantes del gobierno soviético; de hecho, era evidente que la delegación estaba capacitada para hablar con autoridad gubernamental. A mediados de marzo de 1920, Krasin, acompañado por

[41] Lenin, *Sochineniya*, xxv, 102.

[42] Citado en A. L. P. Dennis,, *The Foreign Policies of Soviet Russia* (1920), p. 384.

[43] Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika*, iii, i (1928), 3-4.

«quince expertos representantes de varias industrias», salió para Copenhague y Estocolmo [44].

Estos prometedores acontecimientos, producto del breve intervalo de paz que siguió a la derrota de Kolchak y Denikin, fueron frenados una vez más a causa de un conflicto armado con Polonia, que absorbió los recursos y fijó la política del Estado soviético. Durante marzo y la primera parte de abril de 1920, los ansiosos y crecientes esfuerzos del gobierno soviético para concluir el período de hostilidades, suspendidas ya, e iniciar negociaciones de paz con Polonia, chocaron con respuestas cada vez más evasivas [45].

El 28 de abril de 1920, Pilsudski dirigió una proclama a los habitantes de Ucrania anunciando una ofensiva general [46], y el 6 de mayo Kiev estaba ya en manos de Polonia. La consecuencia inmediata fue la publicación en nombre del VTsIK de una apelación a los «obreros, campesinos y soldados polacos» para que se rebelaran contra su gobierno y su acción agresiva [47], señalando de esta forma, y por efecto de la guerra, el resurgimiento, rápidamente y sin atenuantes, del elemento revolucionario en la política soviética. Pero en un principio parecía que las relaciones con el resto del mundo capitalista no iban a verse afectadas, especialmente porque la acción polaca no contó con grandes simpatías en ningún país occidental, a excepción de Francia. En el momento del ataque, Krasin estaba embarcado en Estocolmo en otras negociaciones. El levantamiento oficial del bloqueo aliado no había podido vencer otro obstáculo para el comercio soviético: el llamado bloqueo del oro. La Rusia soviética no disfrutaba de crédito ninguno, y en las condiciones de alteración en que se encontraba la economía soviética ni siquiera existían géneros ni materiales en cantidad suficiente para exportar. El gobierno soviético estaba dispuesto a pagar en oro importaciones que necesitaba desesperadamente. Sin embargo, ninguno de los grandes bancos del mundo aceptaba en esta época el oro soviético, con el pretexto de que había sido confiscado a sus anteriores propietarios, los cuales pudieran reclamarlo algún día con éxito; y durante algunas semanas este hecho se tradujo en una insuperable barrera para el comercio soviético.

El primer país que, persuadido por Krasin, rompió el bloqueo

[44] L. Krasin, *Leonid Krasin: His Life and Work* (s. f.—1929—), p. 122.

[45] La correspondencia fue publicada tras la ruptura de las hostilidades, en *Krasnaya Kniga: Sbornik Diplomaticheskij Dokumentov o Russko-Polskij Otnosheniyaj, 1918-1920* (1920), pp. 92-98.

[46] *Ibid.*, pp. 104-05.

[47] *Ibid.*, pp. 105-07.

del oro y se arriesgó a aceptar el oro soviético, fue Suecia. El gobierno sueco se negó a negociar con la delegación soviética, pero un grupo compuesto por quince empresas suecas aceptó un pedido por valor de 100.000.000 de coronas, principalmente de maquinaria y material ferroviario, telegráfico y de teléfonos, la cuarta parte de cuyo valor había de pagarse inmediatamente en oro y el resto en letras a corto plazo. Este primer acuerdo comercial soviético no oficial se firmó el 15 de mayo de 1920 [48]. El principio de la depresión económica de la posguerra ya había empezado a sentirse en Gran Bretaña; y más o menos al mismo tiempo que se firmaba el tratado sueco, Krasin fue invitado por Lloyd George para ir a Londres. Llegó el 26 de mayo de 1920 y fue recibido por el primer ministro el último día de dicho mes, asistiendo también a la reunión Bonar Law, Horne y Curzon. Pronto se iniciaron las negociaciones para un acuerdo comercial entre los gobiernos británico y soviético. En Rusia la posición de Krasin fue reforzada por un decreto de 11 de junio de 1920, que convertía los restos de lo que fue el Comisariado del Pueblo para el Comercio y la Industria, en un Comisariado del Pueblo para el Comercio Exterior (Vneshtorg) presidido por Krasin; el nuevo comisariado debía controlar todas las operaciones de los departamentos gubernamentales y de las instituciones estatales que se refiriesen a comercio exterior [49]. En las discusiones no oficiales que se estaban llevando a cabo en Londres daba la impresión de que no existían dificultades insuperables para llegar a un acuerdo. En una reunión celebrada el 7 de junio de 1920, los negociadores británicos establecieron tres condiciones para ello: la interrupción de actos y propaganda hostiles, la repatriación de todos los prisioneros de guerra y el reconocimiento, en principio, de las deudas a particulares. Una larga nota argumentativa de Krasin, de 29 de junio de 1920, que era de tono conciliador, pero muy evasiva en sustancia, llevó a que los ingleses reiteraran las tres condiciones en una nota de 1.° de julio, que exigía una respuesta afirmativa en el plazo de una semana, como condición para continuar las negociaciones. Al día siguiente Krasin llevó consigo esta nota a Moscú

[48] I. B. Krasin, *Voprosi Vneshnei Torgovli* (1928), pp. 245-46.

[49] *Sobranie Uzakoneni,* 1920, n.° 53, art. 235; la falta de cumplimiento de este decreto por parte de algunos «departamentos centrales de la RSFSR» y «órganos del gobierno de las repúblicas autónomas» pedían una reafirmación ulterior de los poderes del Vneshtorg, que fue objeto de un decreto del 17 de febrero de 1921 (*Sobranie Uzakonlhi,* 1921, n.° 14, art. 89).

y la consecuencia fue la aceptación formal de las condiciones por parte de los rusos en fecha 7 de julio [50].

Fue este el momento en que la guerra polaco-soviética vino a perturbar en forma decisiva el curso de las negociaciones. Incluso los países occidentales, a quienes había extrañado que Polonia asumiese un papel agresivo contra la Rusia soviética, se mostraron perturbados por ello y, en junio de 1920, las fuerzas polacas fueron obligadas a abandonar Kiev y Ucrania, al tiempo que el Ejército Rojo emprendía la ofensiva. La amenaza a Polonia puso en estado de alarma a los aliados reunidos en la Conferencia de Spa para estudiar las reparaciones germánicas; y Curzon, que asistía a la conferencia, dirigió a Chicherin, el 12 de julio de 1920, una comunicación en la que, tras advertir brevemente que el gobierno soviético aceptaba las tres condiciones, formulaba detenidamente una nueva demanda de distinto carácter: la conclusión de un inmediato armisticio con Polonia [51]. Los contactos diplomáticos de tanteo y los compromisos de los últimos seis meses quedaron bruscamente interrumpidos, y ambas partes volvieron al talante de beligerancia e intransigencia que había prevalecido durante el año anterior.

[50] Las mejores fuentes generales para las negociaciones y para los artículos escritos por Krasin a comienzos de 1921 están en *Narodnoe Joziaistvo,* n.º 1-2, 1921, pp. 3-12 y en *Ekonomicheskaya Zhizn,* 6 de febrero de 1921 (el último reimpreso en L. B., *Voprosj Vneshnei Torgovli* [1928], pp. 278-86); las tres notas de 30 de junio, 1 y 7 de julio de 1920 se publicaron en *Soviet Russia* (N. Y.), 14 de agosto de 1920, pp. 149-51. Los documentos británicos relativos a las negociaciones no han sido aún publicados.

[51] Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika,* iii, i (1928), 34-35.

Capítulo 25
LA REVOLUCION EN EUROPA

La declaración de guerra con Polonia, que trajo consigo un resurgir de la guerra civil en el Sur en contra de las fuerzas «blancas» al mando de Wrangel, reprodujo a menor escala la situación de 1919. El Ejército Rojo era más fuerte, mientras que las fuerzas militares formadas en su contra eran menos sólidas, pero el país estaba exhausto, no existían reservas y el transporte estaba totalmente desorganizado, por lo cual la amenaza de 1920 apenas dio la impresión de ser más débil que la del año anterior. El incipiente *rapprochement* con el Oeste, que había comenzado en los primeros meses de 1920, quedó segado en germen con el mismo resultado de remplazar los contactos diplomáticos por propaganda revolucionaria como el principal artículo de la política exterior soviética. Sin embargo, se hizo patente una diferencia notable. En 1919 la propaganda de los bolcheviques, aunque a menudo era localmente eficaz, había tenido un carácter aleatorio y no constituía algo organizado a escala internacional. En 1920 la Comintern era ya un tinglado en marcha, capaz de representar una parte conspicua en la escena internacional y de suponer un foco eficaz de propaganda revolucionaria en muchos países. Quedaba por ver si lograba a largo plazo más de lo conseguido por los esfuerzos comparativamente desorganizados y poco coordinados de los bolcheviques en 1919. Pero la propaganda revolucionaria que ahora emanaba de Moscú mostraba más

confianza, ampulosidad y coherencia que todo lo intentado anteriormente, y daba la clara impresión de estar respaldada por un poder organizado. El verano y el otoño de 1920 marcaron las más altas cotas del prestigio de la Comintern y de sus esperanzas de promover la revolución en todo el mundo.

La reanudación gradual de los contactos entre la Rusia soviética y Europa central había ayudado a remediar la falta de organización que hizo estimar en poco la fuerza de la Comintern durante su primer año de existencia. En enero de 1920, Radek fue liberado de su exilio en Berlín y volvió a Moscú; en él encontró en seguida la Comintern un guía más enérgico y flexible que Zinóviev, y menos preocupado por los asuntos de partido. Radek tenía una ejecutoria de figura internacional, y por no gozar de una alta posición en el partido podía ser empleado para hacer avances o entablar negociaciones que pudieran desautorizarse más tarde. En la persona de Radek, la Comintern reanudaba al punto el contacto estrecho y permanente con el KPD y con otros partidos alemanes. Fue, pues, durante los cuatro años siguientes una activa y conspicua figura en la política de la Comintern, y una institución donde Radek tuviese un puesto destacado no era fácil que permaneciese ociosa. Tras la caída del régimen comunista en Hungría en agosto de 1919, la mayoría de los dirigentes del partido húngaro huyeron a Viena, donde se estableció, bajo sus auspicios, el nuevo buró de la Comintern que publicó desde febrero de 1920 en adelante una revista con el nombre de *Kommunismus,* en la cual fueron destacados colaboradores Bela Kun, Varga y Lukacs. En el verano de 1920, los comunistas húngaros fueron expulsados de Viena y se refugiaron en Moscú. No podían ser absorbidos ni en el partido ruso ni en la administración soviética, pero era natural y también conveniente el usarlos para construir el aparato internacional de la Comintern o para llevar a cabo misiones con los partidos comunistas extranjeros, ya que podían resultar menos denigrantes que si las realizaban los rusos. Por consiguiente, Bela Kun, Rakosi, Varga, Rudnianski, así como otros dirigentes, formaron el núcleo de la nueva burocracia internacional de la Comintern, y ocuparon en los primeros años de esa institución un lugar desproporcionado a la importancia de su país de origen.

El invierno de 1919-20 trajo consigo una nueva fase en la historia de la Comintern. La Segunda Internacional parecía extinguida; los intentos de hacerla revivir en las conferencias de Berna, en febrero, y de Lucerna en septiembre de 1919, se habían venido abajo sin esperanza, y la idea de la conferencia de Ginebra proyectada para enero de 1920 se abandonó. En el otoño de 1919, el Partido So-

cialista Suizo, que representaba a la clase proletaria suiza, no muy numerosa, empleada en la industria pesada, ganó breve notoriedad en la historia del socialismo, presentando, a través de su enérgico dirigente Robert Grimm, un proyecto de «reconstrucción» de la Internacional, que absorbiese la vieja Segunda Internacional y la nueva Tercera en una organización completa. Esto era, en efecto, un nuevo resurgir de la posición «centrista» que mantuvo durante la guerra la mayoría de Zimmerwald. El proyecto se mantuvo durante algún tiempo, pero a pesar de no haber sido oficialmente aceptado encajó en el ánimo de los partidos izquierdistas de más de un país que se sentían reacios, tanto a volver sobre lo viejo como a aceptar lo nuevo —especialmente si se presentaba bajo la forma rusa—, y que dudaban entre los dos extremos. Entre estos partidos intermedios, el USPD ocupaba una posición decisiva. Había aumentado rápidamente el número de sus afiliados durante el transcurso de 1919, alcanzando un millón de miembros al final de ese año, y parecía normal que se convirtiese en un rival electoral importante del SPD. Pero esta fuerza numérica reflejaba en parte lo que demostró ser el punto débil del USPD: una posición política indefinida. Había surgido como partido antibélico y, sin embargo, se encontró sin una plataforma política firme y coherente una vez terminada la guerra. Oscilaba entre el programa revolucionario del KPD y el programa reformista del SPD; entre pedir la formación de «consejos de obreros y soldados» y abogar por el apoyo a la Asamblea Nacional; entre el Este y el Oeste; entre la Tercera y la Segunda Internacionales. En su Congreso de Leipzig de diciembre de 1919, se sacaron a relucir estas cuestiones. Sin embargo, la tendencia general era hacia la izquierda. El veneno destilado por Radek durante su estancia en la prisión de Moabit, en el oído, al menos, de algunos de los dirigentes del USPD[1] había comenzado a surtir efecto. En la cuestión de inmediata práctica, el USPD decidió unánimemente no apoyar el resurgimiento de la Segunda Internacional. También decidió por mayoría no unirse a la Comintern. Pero la resolución del compromiso adoptada por la mayoría le llevó mucho más allá de esa línea; declaró que «una Internacional proletaria efectiva debería formarse uniendo nuestro partido con la Tercera Internacional y con los partidos socialrrevolucionarios de otros países», y exhortó al comité central del partido para que entrase en negociaciones «con objeto de llevar a cabo la unión de la clase trabajadora en la Tercera Internacional, con vistas a la acción revolucionaria». La terminología empleada era

[1] *Krasnaya Nov.*, n.º 10, 1926, 172.

equívoca y estaba manifiestamente dirigida a aplacar a la minoría. Pero el objetivo final quedó claramente establecido[2].

La comunicación oficial de la decisión a Moscú originó una cuestión de principio. El USPD era un partido de masas y hubiera dado a la Comintern lo que ésta más echaba en falta en Alemania: el apoyo de un gran número de trabajadores. La prueba consistía en si, de hecho, el USPD se había desligado de los errores del SPD y se podía confiar en el futuro para que luchara enérgicamente contra él. El 5 de febrero de 1920, el IKKI hizo un llamamiento general «a todos los trabajadores alemanes, al comité central del Partido Comunista Alemán, y al comité central del Partido Independiente Socialdemócrata Alemán», en el cual, después de llamar la atención sobre errores pasados, invitaba al partido a mandar delegados a Moscú para negociar. Pero se hizo la advertencia de que la Comintern rechazaba toda colaboración con los «dirigentes del ala derecha... que están haciendo retroceder al movimiento, dentro de la ciénaga burguesa de la Segunda Internacional amarilla»[3]. Dos días más tarde, el IKKI envió una carta al disidente KAPD, en la que expresaba desacuerdo de su oposición a participar en las elecciones sindicales y parlamentarias, pero invitándolo a enviar delegados a Moscú para discutir de palabra la cuestión[4]. La Comintern estaba empezando a sentir su fuerza y a tomar parte activa en los asuntos de la izquierda alemana. La unidad de todos los elementos de la izquierda opuestos a la socialdemocracia de la Segunda Internacional, así como la conciliación y el compromiso en cuanto a diferencias doctrinales menores que pudiera haber entre ellos —tal como había sido expuesto por Lenin en el otoño de 1919—, era todavía la consigna reinante. El nuevo paso significativo fue el requerir a los candidatos para que aceptasen el parecer de Moscú y para que los casos dudosos fueran juzgados por el IKKI como tribunal de apelación.

Casi en el mismo momento, el Partido Socialista Francés, que había participado en los intentos abortados de 1919 para restablecer la Segunda Internacional, siguió el ejemplo del USPD de manera bastante inesperada. Al igual que el partido italiano, había

[2] *Kommunisticheski Internatsional*, n.º 7-8 (noviembre-diciembre, 1919), col. 1113; Lenin, *Sochineniya*, xxv, 598.

[3] *Kommunisticheski*, n.º 9 (22 marzo, 1920), cols. 1381-92.

[4] Esta carta no parece haber sido publicada en el *Kommunisticheski Internatsional*, pero se hizo referencia a ella en el tercer congreso del KPD (*Bericht über den 3. Parteitag der Kommunistischen Partei Deutschlands (Spartakusbund* [s. f.], p. 14).

admitido siempre una cierta flexibilidad en la disciplina y una amplia diversidad de opiniones. Su ala izquierda se había fortalecido como consecuencia de la guerra y de las desilusiones traídas por la paz; y en el Congreso del partido celebrado en Estrasburgo en febrero de 1920, la conocida división entre derecha, centro e izquierda se había manifestado ya. Renaudel, Albert Thomas y Sembat eran los dirigentes del ala derecha que habían apoyado de todo corazón la guerra, eran fieles a la Segunda Internacional, y apoyaban o toleraban la intervención en Rusia. El pequeño pero bien organizado grupo de la izquierda, dirigido por Loriot, Monatte y Souvarine, se había adherido a la línea de Zimmerwald durante la guerra y ahora pedía la adhesión a la Comintern. Entre los dos extremos existía un gran grupo, de opiniones dudosas e indefinidas.

El Congreso, reflejo de estas divisiones, votó por una gran mayoría el abandono de la Segunda Internacional, pero una mayoría casi igualmente numerosa rechazó una propuesta para unirse a la Comintern y decidió enviar delegados a Moscú para investigar las credenciales de la nueva organización [5]. Fueron seleccionados para esta misión Cachin y Frossard, ambos integrantes del grupo del centro. Antes de que abandonaran París, dieciocho miembros del ala izquierda, incluidos Loriot y Souvarine, fueron detenidos bajo la acusación de atentar contra la seguridad pública organizando huelgas masivas.

Otra serie de acontecimientos ocurridos en las primeras semanas de 1920, parecieron prometer una rápida extensión del prestigio e influencia de la Comintern. Rutgers, con la asistencia de un grupo pequeño pero decidido de comunistas alemanes, había cumplido las instrucciones recibidas de establecer un buró europeo-occidental de la Comintern en Amsterdam. Su presidente, Wijnkoop, y sus secretarios, el mismo Rutgers y Henriette Roland-Holst, eran prominentes intelectuales marxistas holandeses; este grupo publicaba un boletín redactado en tres lenguas [6]. Su primera acción consistió en convocar una conferencia internacional de grupos de izquierda, principalmente de países de Europa occidental, para los primeros días de febrero de 1920, con el ostensible propósito de preparar el camino para un segundo congreso de la Comintern en Moscú. Asistieron, además del partido holandés, tres delegados británicos representando a otros tantos grupos, delegados de Francia, Italia, Bélgica, Escandinavia y Estados Unidos, tres delegados del KPD, encabezados por

[5] *Parti Socialiste: 17 Congrès National tenu à Strasbourg les 25, 26, 28 et 29 Février 1920* (s. f.).
[6] *Istorik Marksist*, n.° 2-3 (1935), pp. 91-92.

Clara Zetkin (la cual llegó tarde y de mala gana porque, aparentemente, su invitación había sido pospuesta) y, el más importante de todos, Michael Borodin —que acababa de volver de los Estados Unidos— en calidad de delegado de la Comintern. La conferencia resultó un fracaso, pues fue interrumpida por la policía el segundo día [7]. Pero el hecho significativo fue que el movimiento comunista en Europa occidental comenzaba a tomar forma, y que esta forma la estaba tomando bajo los auspicios de una organización que, cualquiera que fuese su grado de subordinación a Moscú —y, como se vio por los resultados, no era grande—, mostraba claramente su recelo y desconfianza con respecto a Berlín.

Estos procederes no fueron, en modo alguno, del gusto del KPD. La Comintern había decidido establecer negociaciones tanto con el USPD, que ni siquiera se declaraba como partido comunista, cuanto con el KAPD, sin consideración para con el que se proclamaba como único Partido Comunista Alemán ortodoxo [8]; y el buró de Amsterdam, que disfrutaba del patronazgo de Moscú, parecía eclipsar al secretariado de Europa occidental en Berlín. El tercer Congreso del KPD, reunido en Karlsruhe en febrero de 1920, hizo algunas referencias solapadas al coqueteo de la Comintern con el USPD y el KAPD, y tras escuchar un áspero informe de Clara Zetkin sobre la conferencia de Amsterdam, aprobó una resolución pidiendo la conservación del secretariado de Berlín y la convocatoria de un congreso de la Comintern en un futuro próximo, con el fin de discutir estas gestiones [9]. La atmósfera política era de un profundo pesimis-

[7] No existe reseña oficial de la conferencia; está descrita con simpatía en J. T. Murphy, *New Horizons* (1941), pp. 87-89, con antipatía por Clara Zetkin en *Bericht über den Parteitag der Kommunistischen Partei Deutschlands (Spartakusbund)* (s. f.), pp. 79-84.

[8] El KPD era sin duda el responsable de una declaración sobre la solicitud del USPD hecha por el «secretariado de Europa occidental» el 15 de enero de 1920 (reimpresa en el *Kommunisticheski Internatsional*, n.º 10, 11 mayo de 1920, cols. 1604-620); éste señalaba que «la cuestión no es unir diferentes partidos en una nueva Internacional revolucionaria, sino simplemente si el USPD quiere entrar en la Tercera Internacional o no».

[9] *Bericht über den 3. Parteitag der Kommunistischen Partei Deutschlands (Spartakusbund)* (s. f.), pp. 84-85. De acuerdo con la declaración, probablemente exagerada, de Clara Zetkin al Congreso, el secretariado de Europa occidental «se había desarrollado más allá de sus funciones de información», y se había convertido «en el centro de comunicación y unión de los comunistas de Europa occidental». Se habían establecido contactos con Austria y Suiza; se habían buscado lazos con la «sección de los socialistas franceses con mentalidad revolucionaria» y con «organizaciones seriamente inclinadas al comunismo en Inglaterra»; se habían hecho acercamientos con «los socialistas revolucionarios en los Balcanes» *(ibid.*, p. 77). Si esto era cierto, hubiera sido mirado in-

mo. Brandler, dirigente sindical sajón, y uno de los pocos obreros que participaba activamente en la dirección del partido, exclamó: «Todavía no tenemos partido —y se refería a la región del Rhin y de Westfalia, que acababa de visitar—; lo que hay es peor que si no tuviéramos nada, por lo que no será posible, en un futuro próximo, poner al partido comunista en marcha.» [10] La debilidad extrema del KPD bastaba por sí misma para explicar la táctica de la Comintern. Los dirigentes del KPD podían considerar que estaban siguiendo el modelo bolchevique, y Levi podía justificar la escisión del Congreso de Heidelberg por el ejemplo de Lenin, el cual, a lo largo de su exilio en Europa occidental, había preferido la pureza doctrinal a un apoyo masivo. Pero Alemania tenía ya un fermento revolucionario y un proletariado numeroso y políticamente consciente, y, en los comienzos de 1920, era impensable que la Comintern concediese su protección en Alemania exclusivamente a una pequeña secta compuesta principalmente de intelectuales que, siguiendo a Rosa Luxemburgo, creían que las masas alemanas no estaban maduras para la revolución proletaria. Es posible que esta creencia fuese acertada, pero en la primera euforia de entusiasmo revolucionario estaba abocada a aparecer como pusilánime; había que intentar y esperar algo mejor. Lenin, en un momento en el que la guerra civil iba ya camino de un final victorioso, no perdía para nada su confianza en una futura revolución europea y alemana. Si los gobiernos capitalistas habían fracasado abyectamente en sus nefandos intentos para destruir el poder soviético, esto había sucedido porque «los trabajadores de la Entente han demostrado estar más cerca de nosotros que de sus propios gobiernos» [11]. En un discurso durante la celebración del primer aniversario de la Comintern, Lenin se jactó de que «la defección del Partido Independiente Socialdemócrata Alemán y su reconocimiento de la dictadura del proletariado y del poder del soviet era el último y decisivo golpe asestado a la Segunda Internacional», de que «la Segunda Internacional está muerta», y «las masas de trabajadores en Alemania, Inglaterra y Francia se están poniendo del lado de los comunistas» [12]. En un artículo de aquellos días, comparaba al USPD con sus similares de Francia e Inglaterra, el grupo Longuet del Partido Socialista Francés y el ILP, habién-

evitablemente en Moscú como una usurpación de las prerrogativas de la organización central.

[10] *Ibid.*, p. 14.

[11] Lenin, *Sochineniya*, xxv, 50.

[12] *Ibid.*, xxv, 75.

dose ambos opuesto a la guerra, y expresaba su esperanza de que ellos también viesen pronto la luz [3].

En ese momento ocurrían sucesos enojosos en Alemania. El débil y vacilante KPD se veía forzado —como había ocurrido en febrero de 1919, y había de ocurrir en más de una ocasión posterior— por una situación revolucionaria que no habían hecho nada por crear y que sus dirigentes deploraban secretamente. Dos generales encabezaron una revuelta —el llamado «*putsch* de Kapp»— en contra del gobierno socialdemócrata en Berlín. El 13 de marzo de 1920, los ministros huyeron a Stuttgart, y los generales instalaron un gobierno nacionalista de derechas con un oficial prusiano llamado Kapp como canciller. El golpe hubiese tenido probablemente éxito de no haber sido por una huelga general convocada por los sindicatos, que impidió establecerse a la nueva autoridad y al final forzó una restauración del antiguo gobierno. La *Zentrale del* KPD [14] en Berlín, en un folleto publicado el 13 de marzo, se negó de manera inflexible «a levantar un dedo por la república democrática» [15]. El dirigente sindical Legien, organizador de la huelga, había sido más de una vez singularizado en los ataques de Lenin como el renegado típico; y la lucha entre los socialdemócratas y los nacionalistas fue contemplada con indiferencia por los comunistas que eran igualmente hostiles a ambos. Al siguiente día, sin embargo, cuando la huelga había demostrado ser un gran éxito, y ocurrió que la base del partido se encontró siguiendo el ejemplo de sus camaradas sindicales, el cuartel general del mismo cambió rápidamente su actitud por una de apoyo moderado. Se aprobó la huelga; pero las secciones locales del KPD fueron advertidas en contra de «las ilusiones... sobre el valor de la democracia burguesa» y recibieron instrucciones en el sentido de que la única forma correcta de acción común por parte de los trabajadores era la institución de consejos de fábrica y consejos de obreros como órganos políticos [16]. La recomendación, hecha más bien

[13] *Ibid.*, xxv, 32.

[14] La *Zentrale* fue establecida por estatuto del KPD como un grupo interno de siete miembros del comité central con residencia permanente en Berlín; su posición correspondía al anterior Politburó (*Bericht über den 2. Parteitag der Kommunistischen Partei Deutschland (Spartakusbund)* [s. f.] (¿1919?), p. 68.

[15] La octavilla está citada por M. J. Braun, *Die Lehren des Kapp-Putsches* (1920), p. 8; es una versión alemana de un artículo en defensa de la actitud de la *Zentrale,* firmado «Spartak», que apareció en *Kommunisticheski Internatsional,* n.° 10 (11 de mayo de 1920), cols. 1581-604.

[16] La instrucción del 14 de marzo de 1920 está citada por M. J. Braun, *Die Lehren des Kapp-Putsches* (1920), pp. 28-29.

a desgana, de apoyar la huelga fue entusiásticamente acogida; en la región del Ruhr, los socialdemócratas, socialdemócratas independientes y comunistas hicieron un llamamiento conjunto para declararse en huelga en contra del gobierno «contrarrevolucionario» de Kapp, y para luchar por «la toma del poder político a través de la dictadura del proletariado» y «la victoria del socialismo sobre las bases del sistema soviético». El 15 de mayo, en Chemnitz, Brandler y otros comunistas se unieron de hecho a los socialdemócratas locales proclamando un gobierno soviético para la defensa común frente a los nacionalistas; duró éste varios días, para desaparecer más tarde una vez que los generales y su gobierno fueron expulsados de Berlín. Estas primeras experiencias en la historia de la Comintern en lo que luego se llamaron tácticas de «frente único» contra la derecha, se llevaron a cabo como respuesta, no a ninguna decisión política de Moscú o Berlín, sino a la aplastante lógica de los acontecimientos.

Mientras tanto, en Berlín, el *putsch* había terminado, y los sindicatos victoriosos habían sondeado al cuartel general del KPD sobre cuál sería su actitud con respecto a un gobierno socialdemócrata. El 21 de marzo de 1920, la *Zentrale* hizo una declaración por la cual, en el caso de que ocupase el poder un gobierno de los obreros, la actitud del KPD sería de «leal oposición», esto es, abstención de cualquier intento de derrocarlo por la fuerza; y esto fue tomado por el KPD como un paso adelante hacia una política de conciliación y de «frente unido» con el SPD y el USPD [17]. La declaración, que fue muy criticada en los círculos del partido, perdió su efectividad cuando el proyecto de un gobierno de trabajadores fracasó, y cuando la coalición gubernamental, que incluía a los dos partidos socialdemócratas, así como a representantes de los partidos burgueses, volvió al poder. Esta solución satisfizo a todo el mundo excepto a los extremistas nacionalistas que habían participado en el golpe militar. El Reichswehr no había tomado parte en el *putsch,* aunque tampoco había hecho nada por evitarlo (el Reichswehr no disparaba contra alemanes a no ser que fuesen alemanes de izquierdas); había permanecido técnicamente leal al orden constitucional, y apoyaba al gobierno constitucional restaurado. Como recompensa, ahora les estaba permitido volver sus armas, no contra los nacionalistas, que habían sido los únicos responsables del *putsch,* sino contra los trabajadores del Ruhr, que habían tomado las armas en su contra. El auténtico triunfador del golpe de Kapp había sido Seeckt,

[17] Las negociaciones están descritas y la declaración del 21 de marzo de 1920 reimpresa, *ibid.,* pp. 19-21.

el cual, inmediatamente después, recibió el nuevo cargo de «jefe del alto mando del ejército». Al llegar a un acuerdo con la república de Weimar, el Reichswehr se convirtió en la mayor fuerza dentro de ella, y Seeckt, como cabeza del Reichswehr, se convirtió en el hombre fuerte que movía los hilos de la política alemana. La industria pesada, que encontró su portavoz en Stresemann, jefe del Partido del Pueblo Alemán, también condenó el pronunciamiento y se adhirió al gobierno restaurado; la derrota del *putsch* representó un golpe para los intereses *junker* en la política alemana, en la medida en que ésta iba en contra de los intereses de los industriales. Los sindicatos habían demostrado su poder de resistencia a los ataques, pero también su falta de política constructiva; no podían gobernar, pero hasta el momento nadie podía gobernar en contra de ellos. Sólo el KPD había dado una muestra de ceguera, vacilación y compromiso poco edificante. Levi, que estaba en la cárcel en el momento de producirse el *putsch,* escribió con fecha del 16 de marzo un largo alegato condenatorio de la inacción del partido [18]. El cuarto congreso del KPD, celebrado al mes siguiente, tomó en sus sesiones cierta forma de *post mortem.* El comité central del partido había, mientras tanto, pasado una resolución condenando la acción de la *Zentrale;* resolución que el congreso aprobó por una gran mayoría [19].

Los acontecimientos durante el *putsch* habían sido demasiado rápidos para permitir una toma de posición por parte de la Comintern o de cualquier autoridad en Moscú [20]. El noveno Congreso del partido ruso, reunido inmediatamente después del pronunciamiento, envió «calurosas felicitaciones» a los trabajadores alemanes y deseos de éxito en «la dura lucha» que estaban sosteniendo [21]. Pero no era más que un acto formal; pronto empezaron a oírse voces críticas. Bela Kun, escribiendo en el periódico comunista de Viena, diagnosticó correctamente el *putsch* como la primera ocasión en la cual

[18] El documento fue publicado y apareció en *Kommunistischeski Internatsional* n.º 12 (20 julio, 1920), cols. 2077-80.

[19] *Bericht über den 4. Parteitag der Kommunistischen Partei Deutschlands (Spartakusbund)* (s. f.), pp. 39-53.

[20] Un miembro berlinés del KPD escribe de este período: «sólo con dificultad se podrían mandar correos de un sitio a otro. Los asuntos importantes se arreglaban por carta y, ocasionalmente, por telégrafo; entre el grupo de Berlín y el centro de Moscú no había conexión telefónica directa. En este período, estas dificultades técnicas hacían que la opinión rusa sobre los acontecimientos alemanes sólo se pudiese saber cuando los momentos críticos habían ya pasado» (R. Fischer, *Stalin and German Communism* (Harvard, 1921), p. 45).

[21] *Deviati Syezd RKP(B)* (1943), pp. 10-11.

«la contrarrevolución democrática había encontrado en Alemania un competidor antidemocrático»; y predijo que «el resultado será en cualquier caso el sacrificar la democracia» [22]. Tres semanas más tarde atacaba la fórmula de «oposición leal» de la declaración del KPD [23]. Radek también atacó la política pusilánime del KPD en el transcurso del golpe militar, así como su declaración de «oposición leal» [24]. Lenin, por otra parte, más cautelosamente, escribió sobre la declaración, que «la táctica era sin ninguna duda fundamentalmente correcta», aunque algunas de las frases empleadas no eran afortunadas [25]. Esta diversidad de juicios era característica de un período en el que los dirigentes soviéticos, que emergían gradualmente tras dos años de casi total aislamiento del mundo exterior, tenían todavía poca dosis de atención que distraer hacia los movimientos comunistas extranjeros, a los que continuaban juzgando desde un punto de vista de teoría abstracta y no desde el de una observación objetiva.

Entre los factores que explicaban, tanto la suprema confianza de los bolcheviques de aquel tiempo en la inminente proximidad de la revolución europea, como su creciente actitud didáctica para con los partidos comunistas occidentales, el más importante quizás era la incuestionable aceptación, común a todos los dirigentes bolcheviques, de la validez de los precedentes extraídos de la Revolución rusa. Estaba implícito en el marxismo que la revolución seguía un curso científicamente establecido, obedeciendo a condiciones que podían ser determinadas por la observación y dilucidadas por el análisis teórico. Mientras que ningún marxista serio pretendía que estas condiciones fuesen completamente uniformes en todas partes, o que dos revoluciones se ajustasen a un plan idéntico, era natural que los bolcheviques reconociesen el camino de otras revoluciones a la luz de su propia experiencia, que diagnosticasen los mismos puntos débiles y las mismas fuentes de energía; la revolución alemana era la más avanzada, la más decisiva y, en todos los aspectos externos, la que presentaba mayor analogía con la rusa, que había estado desde el principio constantemente sujeta a este proceso. Los acontecimientos de noviembre de 1918 representaban en Alemania la Revolución de Febrero; Ebert y Scheidemann eran su Kerenski y su

[22] *Kommunismus* (Viena), n.º 11 (27 de marzo de 1920), pp. 316-322.

[23] *Ibid.*, n.º 14 (17 de abril de 1920), pp. 403-11.

[24] *Kommunisticheski Internatsional*, n.º 12 (20 de julio de 1920), cols. 2087-2098; un año más tarde se refirió a la política como «una castración del comunismo» *(Protokoll des III. Kongresses der Kommunistischen Internationale* [Hamburgo, 1921], p. 45).

[25] Lenin, *Sochineniya*, xxv, 243.

Tsereteli; Liebknecht sería su Lenin. El primer Congreso de Consejos de Obreros y Soldados de toda Alemania parecía una réplica del primer Congreso de Soviets de toda Rusia celebrado en julio de 1917, cuando una pequeña minoría de bolcheviques había sido muy superada numéricamente por los eseritas y mencheviques [26]. Los enfrentamientos de enero de 1919 en Rusia eran los «días de julio» de Berlín, manejados menos hábilmente por los jóvenes e inexpertos miembros del KPD que lo fueron los disturbios de Petrogrado en julio de 1917 por los bolcheviques, pero exponentes del mismo hito en el desarrollo de la revolución [27]. El camino era tan obviamente el mismo que sólo podía llevar al mismo destino. Objetivamente considerado, el *putsch* de Kapp de marzo de 1920 podía haber sido una súbita revelación de la debilidad del comunismo alemán —en verdad de todo grupo en Alemania a la izquierda de los sindicatos conservadores—. Pero Lenin llevado por la primera ola de entusiasmo, no dudó en diagnosticarlo como el «asunto Kornilov alemán». Los obreros alemanes, dijo en el noveno Congreso del partido, «estaban formando ejércitos rojos» y «enardeciéndose más y más» [28]. Esas habían sido las consecuencias del prototipo ruso, y ¿cómo podrían ser diferentes las del «asunto Kornilov alemán»? El calendario alemán había retrocedido a agosto de 1917. El Octubre alemán no podía tardar mucho. Analogías similares se le ocurrieron a Lenin repetidamente en otras ocasiones. A finales de enero de 1920 justificó la inminente conclusión de un tratado de paz con el gobierno burgués de Estonia, con el argumento de que Estonia estaba «atravesando el período de Kerenski», y que los trabajadores estonianos «pronto derrocarán ese poder y crearán una Estonia soviética que firmará una nueva paz con nosotros» [29]. En septiembre de 1920 dio por sentado que los «consejos de acción» creados en Gran Bretaña para organizar la oposición contra la acción militar en contra de la Rusia soviética, eran soviets bajo otro nombre, que Gran Bretaña había entrado en «el período de Febrero del poder doble», y que los «mencheviques británicos» estaban «despejando el camino para la revolución bolchevique» [30]. Con esta creencia en el paralelismo de las revoluciones firmemente enraizada en su mente, era

[26] Esta comparación volvió a hacerla Stalin años después, en enero de 1933 (*Sochineniya*, xiii, 226).

[27] Estos paralelos fueron elaborados por Trotski en un artículo de abril de 1919 (*Sochineniya*, xiii, pp. 97-98).

[28] Lenin, *Sochineniya*, xxv, 101.

[29] *Ibid.*, xxv, 16.

[30] *Ibid.*, xxv, 378-79, 403-04.

difícil no considerar la experiencia bolchevique como la fuente principal de instrucción para los comunistas occidentales [31].

En este estado de ánimo de fe y esperanza en la conquista total, se convocó el segundo Congreso de la Comintern para el verano de 1920 y Lenin escribió en abril, a modo de preparación para él, un folleto titulado *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo.* El último de sus grandes escritos, y considerado entre los más influyentes, es por ello que reviste particular importancia el resaltar las circunstancias que lo inspiraron. Fue escrito en un momento de legítima autosatisfacción por haber terminado la guerra civil con una victoria que sobrepasaba todo lo esperado; la triunfante justificación de la teoría y la práctica del bolchevismo daba pie al tema, que se desarrollaba en el folleto desde la primera a la última frase, de que la experiencia rusa debía servir como faro y ejemplo para los movimientos revolucionarios de otros países. Fue escrito en un momento en el que el período de dos años de aislamiento ruso con respecto al mundo exterior acababa justamente de iniciar su terminación y, por tanto, Lenin disponía todavía de pocas fuentes de información y aun menos de contactos directos que trajesen ante él las realidades de la situación política, especialmente de los movimientos de izquierda, en Occidente; contemplaba la evolución europea en el espejo distorsionante de todo lo que había pasado en Rusia desde su dramática vuelta a Petrogrado en abril de 1917. Finalmente estaba escrito en el credo, en el cual confiaba, que la revolución proletaria, después de triunfar en Rusia, estaba a punto de extenderse sobre Europa occidental. Los argumentos y recomendaciones del folleto estaban escritos con destino a ese breve intervalo necesario para que tal pronóstico se consumase. Sólo más tarde, lo que Lenin había concebido como expedientes tácticos a corto plazo, fue invocado y aplicado para un período mucho más largo de lo que nunca pensó Lenin.

Partiendo de la premisa de que algunos rasgos de la Revolución rusa eran susceptibles de ser reproducidos a escala internacional, Lenin resumió la historia del bolchevismo para demostrar cómo el partido había tenido que vérselas con dos enemigos principales:

[31] Las mismas analogías revolucionarias fueron aceptadas igualmente por comunistas no rusos. La comparación del *pustch* de Kapp con la insurrección de Kornilov la hace a la larga M. J. Braun, *Die Lehren des Kapp-Putsches* (1920), pp. 14-19; y en el *post morten* del Congreso del KPD en abril de 1920, tanto Pieck como Levi defendieron sus posiciones citando los precedentes rusos *(Bericht über den 4. Parteitag der Kommunistischen Partei Deutschlands (Spartakusbund)* [s. f.], pp. 40, 50).

el oportunismo socialdemócrata por la derecha, y el anarquismo pequeño-burgués por la izquierda. Los ataques de Lenin a la oposición habían sido dirigidos principalmente contra las derechas; una vez en el poder, los dirigió contra el extremo opuesto. Lenin creía que el peligro para el partido desde la derecha, aunque más grave que el peligro desde la izquierda, había sido sustancialmente superado; la Segunda Internacional era uno de sus últimos coletazos. Por consiguiente, se concentró en el peligro menor pero más actual del «izquierdismo». Los dos principales casos de «izquierdismo» en la historia del partido habían sido la oposición a la participación en la Duma de 1908 y la oposición al tratado de Brest-Litovsk en 1918; en ambos casos la oposición se había basado en razones de «principio» en contra del «compromiso». Lenin la emprendió en sus ataques contra el ala izquierda del movimiento socialista alemán (y también contra el inglés) por rechazar la participación en las elecciones parlamentarias y en los sindicatos: estos mismos errores «izquierdistas» fueron ejemplificados en el sindicalismo francés, italiano y americano. Las líneas de actuación para el próximo congreso fueron establecidas de manera clara y precisa, siempre con la premisa de que el objetivo fuese persuadir a los «izquierdistas» y no romper con ellos. La línea seguida a lo largo del pasado año de inflexible hostilidad hacia los socialdemócratas de derecha, pero de suavidad hacia las desviaciones de izquierda, entre aquellos que todavía podían ser incorporados a un frente común contra ella, no la abandonó Lenin; en un apéndice del folleto llegó a admitir, con los ojos puestos en Alemania, que los comunistas de izquierda tenían en ocasiones más éxito que los ortodoxos en conseguir el apoyo de las masas [32]. Pero el tono era notablemente más duro que en el verano y otoño anteriores, la insistencia en la disciplina y la conformidad era más enfática y las condiciones de aceptación estaban expuestas más rigurosamente. La participación en los parlamentos y en los sindicatos, que había sido tratada por Lenin y la Comintern en el otoño de 1919 como un asunto secundario por el que no merecía la pena discutir, ahora se convirtió en una obligación imperativa.

Lenin se metió también en algunas generalizaciones más amplias. En un capítulo titulado «¿Compromisos, no?», citaba un

[32] Esto podía ser cierto en Alemania, donde el sentimiento revolucionario y la situación potencial revolucionaria todavía existían en 1920; aquí podía la extrema izquierda ganar apoyo masivo fuera del partido oficial. En la mayoría de los otros países, donde un programa revolucionario era un ejercicio académico, la extrema izquierda permaneció como una pequeña secta doctrinaria con las masas mucho más a la derecha.

texto de Engels en el cual se dice que los comunistas tienen que estar dispuestos a pasar «por todos los estados y compromisos creados, no por ellos, sino por el curso de la historia» en el camino hacia su meta. En respuesta a los izquierdistas que pretendían permanecer en los principios puros, declaraba que «toda la historia del bolchevismo, tanto antes como después de la Revolución de Octubre, está *llena* de maniobras, de conciliaciones, de compromisos con otros partidos, incluyendo a los partidos burgueses». Pero el ejemplo más detallado que se daba en el folleto sobre las tácticas de maniobra y compromiso revelaba algunas de las dificultades prácticas. Este era el famoso pasaje en el cual se recomendaba a los comunistas británicos el «ayudar a los Hendersons y Snowdens a derrotar juntos a Lloyd George y a Churchill». Se debía proponer un compromiso a los «Hendersons y Snowdens» bajo la forma de un «acuerdo electoral» para una campaña en común en contra de «Lloyd George y los conservadores», y, para una división de los escaños ganados —de acuerdo con algún principio que Lenin no establecía—, entre los laboristas y los comunistas. Todo esto se debía conseguir, sin embargo, bajo condiciones que permitiesen a los comunistas «la más absoluta libertad para condenar a los Hendersons y Snowdens» —al igual que los bolcheviques habían permanecido durante largo tiempo asociados a los mencheviques en un solo partido mientras continuaban condenándolos sin ninguna limitación. Y para que esta propuesta de compromiso, incluso tan limitada, no pareciese en conflicto con la actitud, abordada en otra parte del folleto, de inflexible hostilidad hacia los socialdemócratas de derechas, Lenin aconsejó a los comunistas británicos el «explicar de forma popular» que él «apoyaría a Henderson con su voto como la cuerda sostiene al hombre que va a ser ahorcado», ya que cuanto más se aproximasen los Hendersons al poder, más cerca estarían de su «muerte política», pues quedaría patente su verdadero color político ante las masas trabajadoras [33]. Este cálculo astutamente imaginado para una alianza táctica temporal en pro de objetivos específicamente limitados con fuerzas que había que condenar y finalmente destruir, podía haber parecido plausible para un liderazgo que tuviese tras de sí a una masa disciplinada dispuesta a seguir sus instrucciones sin ninguna crítica ni discusión. Pero recomendarlo como táctica política en la campaña electoral británica, donde tanto los procedimientos como los fines habían de ser calurosamente debatidos

[33] Lenin, *Sochineniya*, xxv, 221-25.

en el seno de los partidos y entre los partidos mismos, tenía necesariamente que provocar una sonrisa en los políticos con práctica. *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo* revelaba inconscientemente por vez primera el punto flaco del armazón bolchevique —el compromiso resultante de la suposición de una estrecha analogía, inatacable, entre los procesos revolucionarios y las tácticas revolucionarias en Rusia—, pueblo que había pasado casi directamente de la autocracia a la revolución proletaria, y países donde el proletariado contaba con una larga etapa de adoctrinamiento en la teoría y práctica de la democracia burguesa. Cuando un diputado anarquista, durante un debate en el VTsIK, señaló en 1918 que, a pesar de que el proletariado ruso no tenía «conciencia estatal», el proletariado occidental «se siente poseedor de un fragmento del poder como una parte del mismo Estado que está ahora defendiendo», Lenin contestó con desusada aspereza que ese punto de vista del trabajador occidental era «tan estúpido que no sé cómo podría serlo más» [34]. Los bolcheviques, en su avidez por negar la existencia de diferencias nacionales innatas, estaban a veces tentados de ignorar la realidad de las diferencias nacionales que tenían profundas raíces económicas y sociales. Subestimaban de manera insistente la proporción de trabajadores que en los países occidentales habían obtenido beneficios utilizando los procedimientos democráticos y para los que no era fácil olvidar la validez de dichos procedimientos. Lenin, en realidad, nunca comprendió por qué «el reformismo», que no significaba nada en Rusia, era un persistente y victorioso rival, en Europa occidental, de la doctrina de la revolución; por qué la acción ilegal, que era aceptada como algo evidente por los trabajadores rusos, suscitaba tan fuertes prejuicios en Occidente; o por qué la disolución de la Asamblea Constituyente, que no levantó la más leve indignación entre los obreros rusos, había impresionado a un gran número de trabajadores occidentales.

La confusión se agudizaba particularmente en la cuestión de las relaciones entre la dirección del partido y las masas, que se suscitaba intermitentemente desde la controversia en el partido, de 1903. Lenin se mostró siempre muy atento al papel de las masas en el movimiento revolucionario. Era el socialismo utópico el que creía que la nueva sociedad sería creada por «gente especialmente virtuosa criada en un marco especial, a modo de estufa». Los marxistas sabían

[34] *Protokoli Zasedani VTsIK 4*^*go*^ *Soziva* (1920), p. 231; Lenin, *Sochineniya,*

que había que construirla a partir de «la masa de material humano, retorcida por siglos y milenios de esclavitud, servidumbre, capitalismo, pequeñas economías individuales y guerra de todos contra todos por un lugar en el mercado, por más altos precios para las mercancías o la mano de obra» [35]. Pero esta concepción de las masas como material revolucionario traía consigo una visión particular sobre las funciones del liderazgo. Si el liderazgo no tenía sentido sin un apoyo de las masas, las masas eran impotentes sin una dirección. En *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo,* Lenin declara vigorosamente que plantearse la cuestión de la «dictadura de los dirigentes *o* la dictadura de las masas» de esa manera era prueba «de una increíble e intrincada confusión de pensamiento» [36]. Significaba meramente el separar dos cosas que formaban parte de una unidad revolucionaria indisoluble. Este concepto había surgido de un estudio de las condiciones rusas y fue brillantemente aplicado entonces, como lo demostró el éxito de la política bolchevique. Lo necesario en Rusia era crear una conciencia revolucionaria entre las masas de los trabajadores, hasta entonces políticamente inconscientes; y para este propósito el imprimir una dirección revolucionaria fuerte y disciplinada era de primerísima necesidad. La misma concepción de «las masas» como una gran reserva de proletarios oprimidos y desorganizados [37], que adquirió una importancia creciente en el pensamiento bolchevique, reflejaba el atraso del obrero industrial ruso característico. Pero el mismo concepto no era aplicable, o lo era sólo en aspectos muy lejanos, en países donde el problema no era el imprimir una conciencia revolucionaria sobre la *tabula rasa* de las masas políticamente inconscientes, sino el penetrar y transformar una conciencia política altamente desarrollada en la tradición democraticoburguesa. Esta tarea era diferente a todo aquello con que se habían encontrado los bolcheviques rusos, y mucho más sutil y complicada; la incomprensión de esta diferencia explica el por qué las recetas prescritas a Occidente por los bolcheviques, y luego por la Comintern, resultaban tan a menudo inadecuadas e inaplicables. Tuvieron que pasar muchos años para que se alcanzase una situación en la cual las decisiones uniformes tomadas desde Moscú eran automáticamente aplicadas por los dóciles partidos comunistas sin apenas considerar

[35] *Ibid.*, xxv, 458.
[36] *Ibid.*, xxv, 187.
[37] El segundo Congreso definió a las masas como «la totalidad de los trabajadores y víctimas de la explotación capitalista, especialmente los menos organizados y menos brillantes, los más oprimidos y los más inaccesibles a la organización» *(Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* [1933], p. 95).

su validez a la luz de la opinión y las condiciones locales. Pero los primeros e insidiosos comienzos hay que buscarlos en el período en el que Lenin escribió *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo* y en que se celebró el segundo Congreso de la Comintern.

Otro elemento constante en la doctrina de la Comintern hace su primera aparición durante ese período. Tan pronto como en 1858, Engels, deprimido por la total bancarrota del movimiento cartista, había expuesto a Marx en una carta el punto de vista de que «el proletariado inglés está en realidad convirtiéndose en más y más burgués, de manera que esta nación, la más burguesa de todas, lo que quiere aparentemente en definitiva es tener a ambos lados de su burguesía a una aristocracia burguesa y a un proletariado burgués»; y añadía que, «para una nación que explota al mundo entero», esto era «hasta cierto punto natural» [38]. Repetía esta tesis en una carta a Kautsky de 1882 [39] que, tres años más tarde, tras la muerte de Marx, Engels consintió en dar a la luz en un artículo retrospectivo de una publicación periódica inglesa, con una elaboración ulterior que se convirtió en algo muy importante:

> Durante el tiempo en que el monopolio de Inglaterra se mantuvo, la clase obrera inglesa compartió hasta cierto punto las ventajas de este monopolio, cuyos beneficios eran distribuidos entre los trabajadores de manera desigual; la parte del león se la llevaba una minoría privilegiada, aunque algo se dejaba, de vez en cuando, para la gran masa [40].

Lo que esto implicaba no era ya que el proletariado inglés se hubiese como tal transformado en «burgués», sino que una «privilegiada minoría» dentro de él había adquirido esta condición a costa de la base. En *El imperialismo, fase superior del capitalismo,* Lenin, construyendo sobre los cimientos establecidos por Engels, repetía que una parte del proletariado inglés se había convertido en burgués, y añadía que «parte de él se deja conducir por hombres vendidos, o al menos pagados, por la clase media» [41]. Ese capitalismo monopolista, mediante la explotación de los mercados coloniales y semicoloniales, era capaz de beneficiar, y por tanto corromper, a una «pri-

[38] Marx i Engels, *Sochineniya,* xxii, 360.
[39] *Ibid.,* xxvii, 238.
[40] *Ibid.,* xvi, i, 200; el pasaje lo citaba Engels *in extenso* en un nuevo prefacio de la edición inglesa de 1892 de *La condición de la clase obrera en Inglaterra (The Condition of the Working Class in England) (Ibid.,* xvi, ii, 275).
[41] Lenin, *Sochineniya,* xix, 157-58; la frase «dirigidos por hombres vendidos a, o al menos pagados, por la clase media» fue tomada por Lenin de una carta de Engels a Marx el 11 de agosto de 1881, donde se utiliza (en inglés) para «lo peor» de los sindicatos (Marx i Engels, *Sochineniya,* xxiv, 529).

vilegiada minoría» de la clase obrera, y el hecho de que esta minoría hacía el papel de dirigente «pagado por la burguesía» se había convertido ya en un lugar común de la doctrina marxista. Parecía verse confirmado, además, por el fenómeno del «revisionismo» en el Partido Socialdemócrata Alemán, que afectaba mucho más a los dirigentes que a la base, y por la experiencia de más de un dirigente socialista en Francia, que empezó por unirse a una coalición gubernamental burguesa y terminó uniéndose de todo corazón a la burguesía.

Los bolcheviques, por tanto, heredaron una doctrina sólidamente establecida, que se vio nuevamente reforzada con el colapso de la revolución alemana en el invierno de 1918-1919, cuando los dirigentes socialdemócratas se convirtieron en defensores de la república burguesa. En un artículo para la celebración de la fundación de la Comintern, Lenin aplicó el argumento a los recientes sucesos de Alemania. Mientras que Alemania permaneció económicamente detrás de Gran Bretaña y Francia, la socialdemocracia alemana había sido preeminente y estaba a la cabeza mundial.

Pero cuando —continuaba diciendo Lenin— Alemania superó económicamente a estos dos países, lo cual ocurrió en la segunda década del siglo veinte, apareció a la cabeza de este partido modelo de obreros alemanes marxistas, una pandilla de bribones consumados, la más sucia canalla de asalariados capitalistas, desde Scheidemann y Noske hasta David y Legien, los más repugnantes verdugos de la clase obrera al servicio de la monarquía y de la burguesía contrarrevolucionaria [42].

Y dos meses más tarde, en un artículo sobre «Las tareas de la Tercera Internacional», volvía sobre el tema de la conversión a la burguesía de las «altas esferas de la clase obrera en Inglaterra», y denunciaba una vez más a la Segunda Internacional como «la servidora del imperialismo, el agente de la influencia burguesa, de la corrupción y las mentiras burguesas en el movimiento obrero» [43]. El argumento llevó a una conclusión convincente y extensa de gran alcance, que fue aceptada y aplicada sin demora por los dirigentes bolcheviques en la Comintern. Cuando quiera que los partidos obreros de Europa occidental experimentaban duda o hacían obstrucción, el diagnóstico era obvio: los dirigentes del movimiento en aquellos países —lo que llegó a ser llamado la «aristocracia obrera»— eran agentes conscientes o inconscientes de la burguesía y sólo podía esperarse de ellos el que en cualquier crisis se apresurasen a apoyar a la

[42] Lenin, *Sochineniya,* xxiv, 249.
[43] *Ibid.,* xxiv, 390.

democracia burguesa y al capitalismo burgués. Así formulada, la tesis de la «aristocracia obrera» tachaba a todos los reformistas de heréticos y traidores a su clase, traidores a la causa proletaria, no ya culpables de error intelectual, sino de ignominia moral. La tarea del revolucionario era la de iluminar a la base de los partidos obreros sobre el carácter de sus dirigentes e incitarla a levantarse contra ellos. Todos los consejos tácticos en *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo* estaban imbuidos de esta idea.

Antes de que se publicase el folleto de Lenin, ya había habido ocasiones de poner en práctica las inflexibles medidas que proponía. El buró para Europa occidental en Amsterdam, que estaba bajo el control de los dirigentes holandeses, fue acusado de izquierdismo bajo la forma de pregonar la abstención de toda forma de acción parlamentaria y sindical. Por una decisión del IKKI en abril de 1920 el buró fue disuelto, y sus nebulosas funciones fueron transferidas al secretariado para Europa occidental en Berlín [44]. Casi durante el mismo tiempo se cumplieron hasta cierto punto las esperanzas de Lenin de que el ILP británico, así como el Partido Socialista Francés, siguiesen el ejemplo del USPD alemán. En su conferencia anual de abril de 1920 [45], el ILP decidió por gran mayoría retirarse de la Segunda Internacional. Pero sólo una pequeña minoría votó a favor de la propuesta de unirse a la Tercera Internacional; las otras decisiones fueron de carácter exploratorio y contemporizador. El consejo administrativo nacional del partido recibió instrucciones de ponerse en contacto para mantener discusiones con el Partido Socialista Suizo, el cual había tomado ya la iniciativa en este sentido [46], sobre la «posibilidad de reestablecer una Internacional que englobase a todas», pero al mismo tiempo para inquirir sobre la constitución de la Comintern y sobre las condiciones para afiliarse a ella. La gestión fue encomendada a dos delegados del ILP, Wallhead y Clifford Allen, que viajaron en compañía de una numerosa delegación del partido laborista que iba a visitar la Rusia soviética. En este grupo iban incluidos un número de sindicalistas, parlamentarios laboristas e intelectuales de izquierda, entre ellos, Tom Shaw y Robert Williams, Bertrand Russell y Ethel Snowden, Haydn Guest y Roden Buxton. Tres meses antes, George Lansbury había visitado Moscú y regresado a Gran Bretaña con un informe entusiasta de lo que había

[44] *Kommunisticheski Internatsional,* n.º 10 (11 de mayo de 1920), cols. 1659-660; *Istorik Marksist,* n.º 2-3 (1935), p. 92.

[45] *Independent Labour Party: Report of the Twenty-Eigth Annual Conference* (1920).

[46] Véanse pp. 180-81.

visto. Pero la delegación laborista era el primer grupo grande e influyente de la izquierda británica que hacía el viaje, y la ocasión era por consiguiente de alguna importancia.

Cuando la delegación llegó a Moscú a mediados de mayo de 1920, la invasión de Ucrania por Pilsudski estaba en pleno apogeo y en la cumbre de su éxito. No era de extrañar que Lenin, que recibió a los delegados el 26 de mayo, estuviese principalmente interesado en dar a sus visitantes la impresión del deseo soviético de paz, y de la perversidad del gobierno británico al ayudar a los «blancos» y a Polonia —especialmente porque algunos de los delegados parecían escépticos en cuanto a la realidad de esta ayuda—. Algunos de ellos hicieron la desconcertante pregunta de cuál de los dos desiderata le parecía más importante: «la formación en Inglaterra de un partido comunista revolucionario consistente o la ayuda inmediata de las masas obreras a la causa de la paz con Rusia». Lenin devolvió la pregunta diciendo que era «una cuestión de convicción». Aquellos que quisiesen liberar a los trabajadores no podían estar en contra de la fundación de un partido comunista; por otra parte, no se ganaría nada si gentes que continuaban alimentando ilusiones sobre la democracia burguesa y el pacifismo «tenían la idea de llamarse a sí mismos comunistas y de unirse a la Tercera Internacional». Semejantes personas sólo aprobarían «tímidas resoluciones en contra de la intervención», aunque semejantes cuestiones al final servirían para poner en ridículo a sus autores. Esta parece ser la única mención de la Comintern en las sesiones [47]. Lenin tenía otras cosas en las que pensar. Los delegados se dispersaron en grupos para visitar diversas partes de la Rusia soviética.

Esto, sin embargo, no podía satisfacer a los dos delegados del ILP que tenían el mandato de investigar los asuntos de la Comintern y que tuvieron menos suerte. Ni Lenin ni Trotski tenían tiempo para atenderles; Zinóviev, que apenas hablaba inglés, permaneció en la sombra; y tuvieron que tratar principalmente con el ubicuo Radek. Los delegados, acostumbrados al formalismo de las instituciones británicas, descubrieron con sorpresa que después de más de doce meses de existencia la Comintern era todavía «un cuerpo totalmente *ad hoc*», que no tenía «ni constitución formal ni reglas». Debido a los métodos «dilatorios» de la sede central de la Comintern, fue difícil conseguir una entrevista oficial con el IKKI como organismo cor-

[47] El informe de la conversación lo hizo el mismo Lenin en forma de una *Carta a los trabajadores ingleses* publicada unos días más tarde en *Pravda* (*Sochineniya*, xxv, 262-65).

porativo; y cuando por fin se acordó una, los únicos portavoces que tomaron parte en las conversaciones fueron Bujarin y Radek, ya que los miembros extranjeros aparentemente no contaban. Se presentaron una serie de preguntas escritas que provocaron una larga respuesta por parte del IKKI, no comprometida en sustancia y no conciliadora en la forma. Se denunciaba a Ramsay MacDonald y a Snowden, dirigentes del ILP, como «centristas» que habían «protestado contra la guerra con palabras», pero que «hacían el papel de Poncio Pilato lavándose las manos de toda culpa». No se podía progresar más que «mediante el desarrollo de la revolución, por el incremento de la conciencia de clase, y no por medio de conferencias y compromisos con los dirigentes». El IKKI sabía bien que el ILP «cuenta solamente con una cuarta parte de simpatizantes sinceros y consistentes de la Internacional». Estos debían juntarse a otros grupos comunistas para formar un partido comunista único; la nota terminaba con el llamamiento: «¡Comunistas de Gran Bretaña, uníos!» El intento de separar a los partidos existentes provocando un levantamiento de la base en contra de sus dirigentes se proclamó abiertamente. El tono inflexible y la mordiente terminología eran sin duda producto de la indiscreta pluma de Radek [48]. Pero quizá esta política no era sino un desarrollo lógico de la línea trazada por *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo.* El cuartel general de la Comintern, minado por los reveses militares en Ucrania, mostraba un talante de intransigencia. El 27 de mayo de 1920, simultáneamente a la réplica dada a la delegación del ILP, se despachó una nota al comité central del USPD quejándose de no haber recibido respuesta a la carta del 5 de febrero de 1920 y de que ni siquiera hubiese sido comunicada a los miembros del partido [49]. No se debía pensar que la entrada en la Comintern sería fácil. *Es necesario poner un cerrojo en las puertas de la Internacional Comunista* —clamaba Zinóviev en letras bastardillas del periódico oficial—, *es necesario poner una guardia segura a la entrada de la Internacional Comunista* [50].

Los delegados del ILP pronto tuvieron sucesores en los delegados del Partido Socialista Francés, desde mucho anunciados, Frossard y Cachin, que llegaron a Moscú a mediados de 1920 con instruccio-

[48] El informe de los delegados está en *Independent Labour Party: Report of the 29th Annual Conference* (1921), pp. 49-61; las preguntas y la respuesta del IKKI en *The ILP and the 3rd International* (1920); una traducción rusa de la nota del IKKI fue publicada en *Kommunisticheski Internatsional,* n.° 12 (20 de julio de 1920), cols. 2231-256.

[49] *Kommunismus* (Viena), n.° 24 (26 de junio de 1920), pp. 833-34.

[50] *Kommunisticheski Internatsional,* n.° 11 (14 de junio de 1920), col. 1730.

nes no sólo de asegurarse sobre las condiciones de entrada en la Comintern, sino también para hacer una amplia encuesta sobre las condiciones sociales y políticas de la Rusia soviética [51]. El 19 de junio de 1920, los delegados fueron convocados a una reunión con el IKKI, más representativa que la que había recibido a los representantes del ILP. Les fueron hechas preguntas indagatorias sobre el estado del partido francés; intervinieron Radek, Zinóviev, Bujarin (el cual hirió su orgullo nacional al pedirles que condenasen la «traición» de su partido durante la guerra), Serrati, John Reed y, finalmente, Lenin. Los puntos sobre los que Lenin insistió fueron: una línea clara del partido, una prensa disciplinada (*L'Humanité* —observó— no tenía más aspecto socialista que su lista de suscriptores) y la expulsión de los «reformistas» del partido. Los delegados, que quizá esperasen un trato más deferente, sólo pudieron argumentar y prometer un informe [52]. Se presionó mucho sobre ellos, intentando persuadirles de que permanecieran en Moscú para el inminente congreso, para el que no habían recibido instrucciones de su partido, puesto que no había sido anunciado antes de su salida de París. Después de algunas dudas, accedieron a quedarse [53].

Antes de que se reuniese el segundo Congreso de la Comintern, a mediados de julio de 1920, la guerra había experimentado un cambio dramático: el invasor polaco había sido empujado hasta bastante más lejos de la frontera ucraniana; el Ejército Rojo avanzaba por Polonia en dirección oeste sin apenas resistencia; y la caída de Varsovia —así como la revolución polaca— parecían inminentes. Zinóviev, que presidía el Congreso, describió luego la escena de esta manera:

> En la sala del Congreso había un mapa colgado donde todos los días se señalaban los movimientos de nuestros ejércitos, y los delegados miraban con emocionante interés el mapa. Era una especie de símbolo: los mejores representantes del proletariado internacional con emocionado interés, con el corazón palpitante, seguían cada movimiento de nuestros ejércitos, todos

[51] La carta de instrucción, fechada el 23 de abril de 1920, está en L. O. Frossard, *De Jaurès à Lénine* (1930), pp. 235-44.

[52] El informe de Frossard y Cachin sobre la reunión está en *ibid.*, pp. 245-69; algunos comentarios personales de Frossard, *ibid.*, pp. 64-66; los cáusticos comentarios del IKKI tomaron cuerpo en una carta del 26 de julio de 1920 dirigida a «todos los miembros del Partido Socialista Francés y a todos los proletarios franceses conscientes» (*Ibid.*, pp. 281-303).

[53] *Ibid.*, pp. 105-10; Frossard se retrata a sí mismo como un hombre débil empujado en contra de su mejor juicio por un colega más impetuoso y entusiasta.

dándose cuenta perfectamente de que, si se conseguía el objetivo militar perseguido por nuestro ejército, ello significaría un inmenso avance de la revolución proletaria internacional [54].

Zinóviev mismo, al inaugurar el Congreso, se expresó en el mismo sentido:

El segundo Congreso de la Internacional Comunista ha pasado a la historia en el momento de inaugurarse. Guardad en vuestra memoria este día. Sabed que es la recompensa de todas vuestras privaciones y de vuestro bravo y continuado esfuerzo. Decidles y explicadles a vuestros hijos el significado de este día. Grabad en vuestros corazones esta hora solemne [55].

Al Congreso asistieron más de doscientos delegados de unos treinta y cinco países. La delegación rusa era, una vez más, la más sobresaliente. Zinóviev, que a veces hablaba desde la presidencia y otras como delegado ruso, fue la figura prominente del Congreso. Lenin habló sobre todas las cuestiones principales, hábilmente secundado por Bujarin y Radek. Trotski, ocupado en la campaña polaca, no hizo más que apariciones esporádicas. La delegación del KPD alemán estaba encabezada por Paul Levi. El USPD mandó a cuatro delegados, dos a favor de la afiliación a la Comintern y dos en contra de ella; pero como todavía se discutía la adhesión de su partido a la Comintern, fueron admitidos sin derecho a voto. Otros dos delegados del KAPD fueron admitidos solamente con capacidad consultiva, sin que tomaran parte en los debates [56]. La delegación italiana estaba encabezada por Serrati, pero tenía representantes de todos los grupos del Partido Socialista Italiano, con excepción del de la derecha. La delegación británica incluía a representantes del Partido Socialista Británico, del Partido Laborista Socialista, de la organización de delegados de talleres y de otros grupos más pequeños. Los dos delegados del Partido Socialista Francés, al igual que los del USPD, tenían solamente derecho consultivo, ya que el partido no había decidido todavía unirse a la Comintern. Sin embargo, otros cinco delegados franceses tenían derecho a voto como representantes del «comité fran-

[54] *Desiati Syezd Rossiskoi Kommunisticheskoi Parti* (1921), p. 271.

[55] *Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* (Hamburgo, 1921), p. 14.

[56] Levi, en nombre de la delegación del KPD, parece que amenazó con retirarse del Congreso si los representantes del KAPD eran admitidos como delegados con voto *(Bericht über den 5. Parteitag der Kommunistischen Partei Deutschlands (Spartakusbund)* [1921], pp. 27-29); de acuerdo con una declaración posterior de Zinóviev, Radek apoyó a Levi *(Protokoll: Fünfter Kongress der Kommunistischen Internationale* [s. f.], i, 468).

cés para la Tercera Internacional», siendo alguno de ellos miembro al mismo tiempo del Partido Socialista Francés. Los delegados del Partido Comunista Americano y los del Partido de Obreros Comunistas Americanos, a pesar de los requerimientos de la Comintern para que se unieran, se discutían mutuamente la validez de sus representaciones [57].

En su primera sesión, el Congreso aprobó sin discusión y a propuesta del delegado alemán, Levi, un llamamiento «a los trabajadores y trabajadoras de todos los países» para que impidiesen, mediante huelgas y manifestaciones, «todo tipo de ayuda a la Polonia blanca, cualquier tipo de intervención en contra de la Rusia soviética» [58]. Pero, en tanto que el primer Congreso se había reunido bajo la sombra de la tensión desesperada de la guerra civil, el segundo Congreso se reunía en el momento del triunfo militar del Ejército Rojo; y se hizo menos hincapié que en el primer Congreso —y que en cualquiera de los posteriores— en la necesidad de una asistencia y apoyo directos a la RSFSR. El peso de los debates recayó en la más amplia tarea de acelerar la revolución mundial, que estaba ya claramente a la vista.

> La Internacional Comunista [decía una resolución] proclama la causa de la Rusia soviética como suya propia. El proletariado internacional no envainará la espada hasta que la Rusia soviética se convierta en el punto de unión de todas las repúblicas soviéticas del mundo [59].

La confianza en la inminente cercanía del desenlace del drama revolucionario fue el tema constante del Congreso, dando forma a los puntos de vista, tanto sobre el tipo de organización que se requería como sobre los pasos apropiados para crear dicha organización.

[57] *Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* (Hamburgo, 1921), pp. 607-10; según fuentes oficiales americanas se tomó una decisión en Moscú el 12 de enero de 1920, para efectuar la unificación de los dos partidos (*Propaganda rusa: sesiones de un subcomité del Comité de Relaciones Extranjeras. Senado de los Estados Unidos* [66 congreso, 2.ª sesión, 1920], pp. 415-16), y comunicada por un «correo bolchevique» (*Foreign Relations of the United States*, 1920, iii [1936], 449-50), pero fracasó en soldar la brecha.

[58] *Ibid.*, p. 56. En el texto alemán, el llamamiento termina con la frase: «Esa es la acción para la que llamamos a los proletarios del mundo, y 'Rusia espera que todo hombre cumplirá su obligación'» (las últimas palabras estaban en inglés). Esta frase no aparece en la edición rusa: aparentemente pertenecía al discurso de Levi, a quien le gustaba rodear sus peroratas con alusiones literarias, y no al texto del llamamiento.

[59] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), p. 152.

La necesidad imperiosa era ahora la de hacer de la Comintern el instrumento práctico de la Revolución:

¿Qué era la Tercera Internacional en el momento de su fundación en marzo de 1919? [preguntaba Zinóviev]. Nada más que una asociación de propaganda; y así permaneció durante su primer año de vida... Ahora no queremos ser una asociación de propaganda, sino el órgano de lucha de la internacional proletaria [60].

Este cambio en las funciones implicaba un cambio en la organización; en lugar de una serie de partidos nacionales, la Comintern debía convertirse «en un único partido comunista con ramificaciones en los diferentes países» [61]. Más de una vez se extrajo una moraleja del contraste entre la Primera y la Segunda Internacional. La Primera había sido una «institución fuertemente centralizada»; Marx y Engels habían grabado en su estatuto la necesidad para los obreros de una «unidad internacional» y de «una estricta organización internacional». El ejecutivo de la Segunda Internacional no era más que un «apartado de correos» [62]. La Tercera Internacional no debía repetir los errores de la Segunda. En un momento en el que el Congreso como tal se sentaba a deliberar, podía contemplar a la Revolución extenderse diariamente en dirección oeste con el avance del Ejército Rojo, y había menos razón que nunca para poner en entredicho la validez del ejemplo ruso para el resto de Europa. La unidad de la acción revolucionaria y la unidad de la doctrina de partido parecían estar establecidas, sin duda alguna, bajo la única y suprema autoridad de la Internacional Comunista. Las pequeñas desviaciones, toleradas oficialmente en 1919, fueron objeto de interdicción: ya no era admisible el diferir sobre la cuestión de la participación en las elecciones parlamentarias y en los sindicatos; incluso en cuestiones de detalle había que establecer y seguir una línea de partido. Cuando se suscitó la cuestión de la afiliación del Partido Comunista Británico al Partido Laborista, considerada como peculiar y esotérica, un delegado británico abogó por una cierta laxitud, y Lenin defendió enfáticamente el principio de uniformidad:

El camarada Ramsay dice: dejadnos a nosotros, comunistas ingleses, arreglar nuestros propios asuntos. ¿Qué sería de la Internacional si cada pequeña facción viniese diciendo: algunos estamos a favor, otros en contra; dejadnos

[60] *Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* (Hamburgo, 1921), pp. 193-94.
[61] *Ibid.*, p. 102.
[62] *Ibid.*, pp. 13, 238.

decidir por nosotros mismos? ¿Qué necesidad habría de una Internacional, de un congreso y de toda esta discusión?

Semejante flexibilidad había sido característica de la Segunda Internacional y era «radicalmente errónea» [63]. En todas las cuestiones tácticas y de estrategia revolucionaria, las decisiones correctas era más fácil que las tomase una institución que representaba a todo el movimiento revolucionario y que generalizaba todo el cuerpo de la experiencia revolucionaria.

Este propósito sólo podía alcanzarse mediante la rígida disciplina institucional. La Segunda Internacional —explicaba Zinóviev al Congreso— había fracasado porque «toleró en su seno a partidos cuya táctica y práctica estaban en flagrante oposición con las tácticas del proletariado revolucionario» [64]. La revolución en Hungría el pasado año había fracasado al cometer el mismo error [65]. Los partidos sólo podían asegurar su propia ortodoxia excluyendo rigurosamente de sus filas a los herejes. «Escisión, escisión, escisión», había exclamado Lenin en 1904 defendiendo la división del Partido Socialdemócrata Ruso [66]. A lo largo de los diez años siguientes, durante los buenos y los malos tiempos, batalló por la pureza doctrinal de los bolcheviques y en contra del eclecticismo de los mencheviques. Dividir al partido, reducirlo a una insignificancia numérica, era mejor que diluir su doctrina o debilitar su disciplina. En 1920 aplicó a la Comintern este principio tan ensayado. La condición esencial para la admisión de un partido en la Comintern era la aceptación incondicional de su programa y de sus reglas y la exclusión de los disidentes. Cuando un delegado inglés al segundo Congreso que nos ocupa argumentó que la mayoría de los comunistas ingleses rechazarían tales términos, Lenin preguntó por qué era necesario estar de acuerdo con la mayoría: la minoría que permaneciese fiel podía ser «organizada separadamente». Mejor la separación que «dejar sin respuesta la pregunta sobre las tácticas correctas a seguir» [67]. Zinóviev hizo una categórica declaración a este respecto en nombre del partido ruso:

[63] Lenin, *Sochineniya,* xxv, 348, 365.

[64] *Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* (Hamburgo, 1921), p. 572; Zinóviev podía haber dicho lo mismo de la Primera Internacional, sin, por supuesto, culpar a Marx.

[65] *Ibid.,* pp. 45, 241. El preámbulo a las «21 condiciones» (véanse páginas 197-99). También referido a las «lecciones» del fracaso húngaro: «La unión de los comunistas húngaros con los socialdemócratas costó cara al proletariado húngaro».

[66] Véase vol. 1, p. 52.

[67] Lenin, *Sochineniya,* xxv, 350.

Suponiendo que nuestros camaradas italianos u otros cualesquiera nos dijesen que querían mantener la conexión con tales elementos de la derecha, entonces nuestro partido preferiría permanecer solo antes que estar conectado con esos elementos a los cuales consideramos como burgueses [68].

El principio de división para excluir a los herejes, una vez adoptado, fue aplicado con una severidad que era inevitable, al considerarse automáticamente a los dirigentes heréticos como traidores «vendidos a la burguesía». Las implicaciones de esta doctrina penetraron rápidamente en los procedimientos de la Comintern. Lenin, en la *Carta a los trabajadores ingleses,* en la cual daba cuenta de su reunión con la delegación del laborismo británico en Moscú, describía «el que se pase una mayoría de los dirigentes parlamentarios y sindicales de los obreros al lado de la burguesía» como un «absceso constante». No era a los enemigos declarados de los trabajadores a los que había que derrotar más urgentemente, sino a los traidores que tenían en su seno. «El enemigo se sienta en vuestra propia casa», exclamó Zinóviev en el segundo Congreso [69]. Lenin vituperó a Crispien, uno de los delegados del USPD, por haberse referido a la separación entre el USPD y el SPD como una «amarga necesidad»:

Los independientes no debían lamentar eso, sino decir: la clase obrera internacional está todavía bajo el talón de la aristocracia obrera y de los oportunistas.

Crispien había dicho que la revolución sólo podía llevarse a cabo en Alemania con la condición de que no empobreciese «demasiado» a los trabajadores alemanes:

Una aristocracia obrera que tenga miedo a los sacrificios, que tema un excesivo empobrecimiento durante el tiempo de la lucha revolucionaria, no puede pertenecer al partido [70].

Aquellos a los que se quería eliminar no eran hombres de buena voluntad, que habían tenido una visión errónea de las tácticas revolucionarias correctas; eran renegados y traidores a la causa proletaria.

Este era el trasfondo del más famoso e importante documento salido del segundo Congreso —las «21 condiciones» determinantes de la admisión de un partido en la Comintern—. El primer Congreso no había intentado establecer las condiciones de ingreso; tampoco el IKKI lo había hecho. Ya no podían seguir siendo ignoradas. Lenin

[68] *Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* (Hamburgo, 1921), p. 243.
[69] *Ibid.,* p. 111.
[70] Lenin, *Sochineniya,* xxv, 357-58.

preparó e hizo circular por el Congreso una lista de diecinueve «condiciones de admisión a la Internacional Comunista». La lista requería de cada partido miembro de la Comintern el hacer propaganda a favor de la revolución proletaria y de la dictadura del proletariado y el hacerse responsable de su prensa y de sus publicaciones; comprometerse a cubrir todos los puestos de responsabilidad en el movimiento obrero con sus miembros y conseguir desplazar a los reformistas y centristas; combinar las actividades legales con las ilegales y crear una organización clandestina para prepararse para una próxima guerra civil; hacer propaganda en el ejército y en el campo; denunciar a los socialpatriotas y a los socialpacifistas, y demostrar que los expedientes, tales como el arbitrio internacional o una Sociedad de Naciones reorganizada, no podían pretender salvar a la humanidad de las guerras imperialistas; romper totalmente con los reformistas, incluidos algunos dirigentes reformistas bien conocidos; denunciar la explotación colonial, especialmente por su propio gobierno; organizar células comunistas, directamente dependientes del partido, en los sindicatos, cooperativas y otras organizaciones obreras; llevar una inflexible campaña en contra de la Internacional sindical «amarilla» de Amsterdam y apoyar a la nueva Internacional de los sindicatos rojos, que estaba en período de formación; supervisar las actividades de sus representantes en el Parlamento; organizarse sobre el principio de centralismo democrático con una disciplina férrea y purgas periódicas, apoyar con todos los medios a toda república soviética en su lucha contra las fuerzas contrarrevolucionarias; revisar sus programas de partido de acuerdo con los principios de la Comintern y someterlos al Congreso y al IKKI para su confirmación; aceptar como vinculantes todas las decisiones de la Comintern; adoptar, en el caso de que no se hubiese hecho ya, el nombre de «comunista», y convocar inmediatamente un congreso del partido para ratificar su aceptación de las condiciones [71].

Las diecinueve condiciones para el ingreso, a pesar de su rigidez, eran la formulación lógica de la concepción de la Comintern expuesta por Lenin y por sus demás principales patrocinadores en los meses previos. Fueron presentadas en primera instancia a una comisión del Congreso, la cual hizo algunas enmiendas verbales, añadiendo, a propuesta del mismo Lenin, una última «condición», por la cual, en cada partido que se adhiriese a la Comintern, su comité central y sus otros organismos centrales deberían de componerse, al menos en

[71] La lista de 19 condiciones original de Lenin, publicada en *Kommunisticheski Internatsional* la víspera del Congreso, está en *Sochineniya*, xxv, 208-14.

sus dos terceras partes, de miembros que se hubiesen declarado previamente a favor de la adhesión. Al ser resumidas en una sola dos de las condiciones originales de Lenin, se mantuvo la cifra total de diecinueve. Las nuevas diecinueve condiciones fueron entonces discutidas por el pleno del Congreso a lo largo de tres sesiones sucesivas. Una parte considerable del tiempo lo ocuparon los discursos de los cuatro delegados del USPD, dos a favor y dos en contra de las condiciones, y por las recriminaciones que provocaron. El USPD era el más grande y poderoso partido de masas representado en el Congreso —un partido cuyas posibilidades aumentaban rápidamente[72]—. La cuestión crucial era si aceptaría o no las condiciones y si se adheriría a la Comintern. Las condiciones encontraron poca oposición en el Congreso. En el último momento fueron añadidas otras dos que aumentaron la cifra final a veintiuna. Una de éstas exigía de los órganos del partido el publicar todos los documentos y decisiones importantes de la Comintern; la otra establecía que los miembros de cualquier partido que votasen en contra de la aceptación de las condiciones en el congreso de su partido fuesen inmediatamente expulsados de él. La condición número veintiuno, en muchos aspectos la más drástica de todas, fue propuesta por el italiano Bordiga y secundada por Humbert-Droz, un delegado de la Suiza francesa y antiguo pastor calvinista, en el discurso más inflexible sobre este punto que se pronunció a lo largo del Congreso:

> La propuesta de Bordiga de conminar a los partidos para que expulsen a aquellos que voten en contra del programa de la Internacional Comunista es de la máxima utilidad para llevar a cabo una primera purga de los de extrema derecha. La palabra «división» asusta a todos los oportunistas que anteponen la unidad a cualquier otra cosa. La primera purga será, naturalmente, incompleta, pero es el primer paso para la creación de un partido genuinamente comunista[73].

[72] En 1919 el SPD superaba numéricamente al USPD por cinco a uno; el KPD no participó en las elecciones de 1919. En las elecciones tenidas en junio de 1920, el USPD obtuvo cerca de 5.000.000 de votos por los 5.600.000 del SPD; el KPD había obtenido 440.000.

[73] *Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* (Hamburgo, 1921), p. 365; Zinóviev jugó más tarde en el congreso de Halle (véanse pp. 221-26) con el hecho de que la más severa de todas las condiciones había sido propuesta no por un ruso, sino por un italiano *(USPD: Protokoll über die Verhandlugen des Ausserordentlichen Parteitags zu Halle* [s. f.], p. 175). Parece claro que los rusos no hubiesen propuesto semejante condición. Realmente rebasó la previsión de Lenin sobre los dos tercios de miembros de los comités centrales y organismos centrales (aunque fue mantenido, sin embargo, en la lista de las condiciones); según la declaración de entonces de Zinóviev *(Der Zweite Kon-*

El total de las veintiuna condiciones fue aprobado a continuación con sólo dos votos en contra [74].

Las veintiún condiciones tenían por objeto, no ya el consumar la ruptura formal con la Segunda Internacional (que estaba considerada como ya muerta), sino para eliminar cualquier posibilidad de compromiso mediante la exclusión de la Tercera Internacional de aquellos elementos del centro que tenían una oculta simpatía por la Segunda y que buscaban algo a mitad de camino entre las dos [75]. Según el punto de vista de Lenin, estos elementos se reducían únicamente a los dirigentes. Por consiguiente se trataba de dividir a los partidos «centristas» —principalmente al USPD, el Partido Socialista Italiano y el ILP británico—, desacreditando y excomulgando a sus dirigentes y llevando a su base leal a la órbita de la Comintern. Las veintiún condiciones señalaban específicamente a Turati y Modigliani, Kautsky y Hilferding, MacDonald, Longuet y el americano Hillquit como «notables oportunistas» que no podían ser reconocidos bajo ninguna circunstancia como miembros de la Comintern. Por otra parte, a pesar de su universalidad, estas condiciones tan estrictas no estaban encaminadas en la práctica a excluir a los disidentes de la izquierda, hacia los cuales se seguía mostrando una sorprendente suavidad. Una resolución del Congreso, al tiempo que condenaba los puntos de vista de grupos como el KAPD, el IWW americano y el Comité Británico de Delegados Obreros de Talleres, admitía que alguno de ellos representaba a «un movimiento profundamente proletario y de masas, cuyos fundamentos se establecían en el terreno de los principios radicales de la Internacional Comunista»; los comunistas no debían, por tanto, «frenar sus repetidos intentos para unirse con estas organizaciones en un partido comunista único» [76]. Otras resoluciones

gress der Kommunist. Internationale [Hamburgo, 1921], pp. 235-36), la delegación rusa ni siquiera presionó ésta como «condición», y se hubiera dado por satisfecha con que el Congreso hubiese expresado un deseo general en ese sentido.

[74] *Ibid.*, p. 400: las condiciones, una vez aprobadas, están en alemán, *ibid.*, pp. 387-95, en ruso en *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), pp. 100-04, y Lenin, *Sochineniya*, xxv, 579-89.

[75] Zinóviev, mucho más tarde, describió las 21 condiciones como «un baluarte contra el centrismo» *(Protokoll: Fünfter Kongress der Kommunistischen Internationale* (s. f., i, 45).

[76] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), p. 99; Radek justificó en el Congreso «la decisión de admitir organizaciones sindicalistas en la Internacional» sobre la base de que «vemos en el sindicalismo tan sólo una enfermedad del período de transición entre los trabajadores revolucionarios» *(Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* [Hamburgo, 1921], p. 496).

del Congreso reafirmaban la obligación de los comunistas de participar en los sindicatos y en los parlamentos burgueses. Una comisión especial se enfrentó con la incómoda cuestión de si el Partido Comunista Británico debería intentar su afiliación al Partido Laborista Británico, una federación amplia que no imponía lealtades doctrinales a sus miembros constituyentes; y sobre su informe, el Congreso contestó afirmativamente por una mayoría de 58 votos frente a 24 [77]. Hubo una resolución sobre la cuestión agraria, que ya ha sido citada [78], y un importante debate y un conjunto de tesis sobre la cuestión nacional y colonial, que se tratará en el próximo capítulo. El segundo Congreso de la Comintern realizó un ambicioso intento, no sólo de establecer una organización comunista a nivel mundial, sino también de discutir y establecer los principios fundamentales de una política comunista en las materias más importantes.

El segundo Congreso señaló el momento culminante de la historia de la Comintern como potencia internacional, el momento en el que la Revolución rusa, ciertamente, parecía estar a punto de transformarse en revolución europea, con los destinos de la RSFSR inmersos en los de una unidad europea más amplia. Nadie más interesado en que esto se consumase que los bolcheviques rusos, los cuales todavía creían implícitamente que su propia salvación dependía de ello. Era sin duda una parte del precio de la victoria el que el centro de gravedad del movimiento revolucionario se dirigiese en dirección oeste a través de Europa; pero éste era un precio sobre el que hubiese sido absurdo dudar. Había, pues, una profunda paradoja en el trasfondo de los procedimientos del segundo Congreso. Los rusos trataban sincera y ávidamente de destruir su predominio exclusivo en el movimiento revolucionario extendiendo la revolución a través de Europa y del mundo. Sin embargo, cuando fracasaron, cuando la Revolución permaneció obstinadamente en la frontera rusa, todo lo hecho en el segundo Congreso tuvo la inesperada consecuencia de confirmar y codificar la predominancia rusa, de manera que muchos llegaron a atribuir a algún siniestro e intrincado plan lo que no era sino el resultado inevitable de las condiciones bajo las cuales había trabajado el Congreso. En ninguna otra cosa se hizo más patente este proceso que en la estructuración de los estatutos de la Comintern, que fue llevada a cabo por el segundo Congreso. Seguía de cerca a los estatutos del Partido Comunista Ruso. El órgano supremo era el Congreso Mundial, que en principio se reuniría anual-

[77] *Ibid.*, p. 654.
[78] Véase nota 58, p. 179, vol. 2.

mente. El comité ejecutivo elegido por él regiría en su lugar durante los intervalos entre sus reuniones y sería responsable «únicamente ante el Congreso Mundial». La composición del IKKI era un punto delicado. De acuerdo con la decisión tomada en el segundo Congreso, iba a estar compuesto de entre quince y dieciocho miembros [79], de los que cinco provendrían del «partido del país en el cual, por decisión del Congreso Mundial, tenga su asiento el comité ejecutivo», y el resto uno de cada «partido nacional de los más grandes». En el inconexo debate sobre el estatuto en la sesión plenaria, un delegado holandés sugirió que el IKKI podía tener su sede en Italia o en Noruega, mientras que un delegado alemán propuso Berlín sin mucha convicción. Estaba claro, sin embargo, que en las circunstancias del momento la única alternativa seria era Moscú; y, en defecto de una extensión de la revolución hacia el oeste, el IKKI estaba destinado a convertirse, como previó correctamente el delegado holandés, «en un comité ejecutivo ruso aumentado» [80].

El papel histórico del segundo Congreso, tan distinto de su ostensible e incluso de su consciente propósito, fue el de establecer la dirección rusa en la Comintern sobre unas bases inexpugnables. La dirección rusa a lo largo del Congreso fue absoluta e incontestada. Rusia disfrutó de las usuales ventajas reservadas a los anfitriones de una reunión internacional: podían hacer uso de todo el caudal de talento de que disponían sobre cualquier materia. Los visitantes estaban limitados a la fuerza y capacidad de las delegaciones que se encontraban en Moscú; muchos de los delegados extranjeros habían hecho el viaje con dificultades y se habían visto obligados a viajar en condiciones de ilegalidad, para evitar la prohibición impuesta por sus propios gobiernos. Más importante, la delegación rusa hablaba invariablemente con una sola voz; las otras delegaciones principales —alemana, inglesa, francesa, italiana y americana— provenían de más de un partido o grupo nacional, y estaban divididas entre sí en las cuestiones fundamentales, de manera que se creó automáticamente una situación en la cual los dirigentes rusos de la Comintern enfrentaron a los delegados extranjeros disidentes en contra de sus compatriotas más dóciles. Lo más importante de todo, el liderazgo era la recompensa natural al éxito revolucionario. Los rusos, y sólo ellos, habían demostrado que sabían hacer una revolución; así y de este

[79] La cifra se aumentó inmediatamente después del Congreso a veintiuna.

[80] Los pasajes relevantes del debate están en *Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* (Hamburgo, 1921), pp. 582-87, 594-97; el texto del estatuto, *ibid.*, pp. 602-06; el voto para Rusia como sede del IKKI «en el inmediato futuro» fue unánime *(ibid.*, p. 659).

modo habían alcanzado la victoria en Octubre de 1917, y así y de este modo sería alcanzada en cualquier parte. Uno de los delegados del ILP, que había negociado con el IKKI en vísperas del segundo Congreso, dejó un informe sobre sus impresiones:

Era muy difícil discutir los asuntos con los dirigentes de la Tercera Internacional por causa de la fuerte dirección nacionalista que adoptaron. Todas las cuestiones están muy influidas por ideas peculiares rusas. Pienso que es comprensible, pero ciertamente la postura pontificia que adoptan no hace fácil la discusión. Están bastante dispuestos a admitir que las revoluciones no tienen un origen metafísico; que son producto del desarrollo histórico, y que la revolución social debe desarrollarse en cada país por vías diferentes; pero siempre vuelven sobre el punto de que sus tácticas son el modelo sobre el que debe basarse todo método socialista [81].

Era consecuencia natural del prestigio ruso antes que maquinación rusa el que la organización de la Comintern reflejara la experiencia rusa y estuviese modelada sobre el ejemplo ruso. La Internacional Comunista, que haría la revolución mundial, fue creada a la imagen de un partido que había hecho la Revolución rusa [82]. Los delegados extranjeros podían dudar sobre este o aquel punto, pero nadie en el Congreso se planteaba —y de ninguna manera abiertamente— la necesidad de una nueva Internacional; y nadie tenía ningún prototipo que presentar. Los partidos extranjeros y sus representantes eran todos muy conscientes de su inferioridad. Alguno de ellos no tuvo inconveniente alguno en aceptarlo:

¿Qué soy yo [preguntaba Serrati] comparado con el camarada Lenin? El es el líder de la Revolución rusa. Yo represento a un diminuto partido socialista comunista [83].

Y el Congreso escuchaba con paciente docilidad, mientras que Zinóviev se extendía por turno sobre los defectos de casi todos los

[81] *Independent Labour Party: Report of the 29th Annual Conference* (1921), 53-54; la impresión similar de Gorter, el comunista holandés, que visitó a Lenin en ese tiempo, está recogida por F. Borkenau, *The Communist International* (1938), p. 191.

[82] Así Hilferding, el dirigente de la derecha del USPD, pudo hacer un ataque efectivo en el congreso de Halle contra la organización de la Comintern, citando las críticas de Rosa Luxemburgo de 1904 sobre la organización de Lenin del grupo bolchevique *(USPD: Protokoll über die Verhandlungen des Ausserordentlichen Parteitags zu Halle* [s. f.], pp. 194-96).

[83] *Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* (Hamburgo, 1921), p. 340.

partidos comunistas, o que iban a ser comunistas, de Europa, con excepción del ruso [84]. Los períodos de tiempo tampoco alteraban la posición. La desilusión de las grandes esperanzas mantenidas durante el verano de 1920 aumentó simplemente la diferencia de autoridad entre aquellos que habían conseguido hacer su revolución y los que habían fracasado, y dejó la organización de la Comintern firmemente sometida al molde ruso.

El predominio ruso en la Comintern se vio más tarde incrementado por el procedimiento de «división», que fue sistematizado por el segundo Congreso y que se convirtió en un instrumento regular de la política del primero. En la mayor parte de los partidos empezaron pronto a aparecer dirigentes conocidos como protegidos y portavoces de la Comintern, y a los cuales se hacía referencia en Moscú como «los mejores representantes del proletariado» —frase que apareció por primera vez en una resolución del segundo Congreso y frecuentemente en los labios de Zinóviev—. «En todos los países del mundo —escribió Lenin resumiendo los resultados del Congreso— los mejores representantes de los trabajadores revolucionarios se han puesto al lado del comunismo» [85]. Pero estos dirigentes no eran necesariamente los más cualificados para hacer un análisis objetivo de la situación en sus respectivos países ni tampoco disfrutaban siempre del apoyo y confianza de sus respectivos partidos. Se llegó a hacer la acusación de que el principal motivo de la política de división era destruir el poder independiente de los partidos nacionales para hacerlos dependientes de Moscú [86]. La acusación era ciertamente falsa, al menos durante este primer período. Pero la tentación de considerar la docilidad en los dirigentes nacionales por encima del enjuiciamiento independiente era inherente a una organización predominantemente rusa; y semejante Comintern estaba abocada a permanecer, mientras la Revolución hubiese triunfado en Rusia y no en ningún otro país.

Sin embargo, mientras el segundo Congreso parecía haberse apuntado una gran victoria en pro de los principios de una organización altamente disciplinada y una estricta ortodoxia doctrinal, el viejo

[84] *Ibid.*, pp. 243-55.

[85] Lenin, *Sochineniya*, xxv, 370.

[86] Lo hizo Angélica Balabanov, una testigo muy subjetiva, específicamente en contra de Zinóviev, en *Erinnerungen und Erlebnisse* (1927), p. 257; Martov lo hizo de manera más general en el congreso de Halle, donde describió el propósito de la política de división como algo para «levantar un sólido muro contra la invasión de elementos capaces de exigir su parte en la toma de decisiones para ellos mismos y para sus propios partidos» *(USPD: Protokoll über die Verhandlugen des Ausserordentlichen Parteitags zu Halle* [s. f.], pp. 210-11).

dilema de reconciliar estos principios con la obtención de un apoyo masivo —dilema que había sido tan fácilmente superado en Rusia y que, sin embargo, parecía tan insuperable en Occidente— se volvía a presentar bajo una nueva forma. Las resoluciones del segundo Congreso imponían a los partidos comunistas de los países con democracias burguesas la obligación de participar en las elecciones parlamentarias presentando a sus propios candidatos o, en el caso de que esto fuese imposible, apoyando a candidatos de otros partidos. El precepto no tenía sentido, salvo en el caso de que los partidos buscasen apoyo masivo y de que actuasen de manera calculada para obtener dicho apoyo. Pero esto implicaba cuestiones de táctica y de principio. El juego parlamentario se hacía en cada país bajo reglas nacionales diferentes y en constante cambio; no era dado a ser jugado con éxito por partidos sujetos a instrucciones uniformes dadas en Moscú, donde las concepciones de la acción parlamentaria estaban muy influidas por las experiencias sacadas de la Duma zarista. Los obstáculos, sin embargo, no eran meramente tácticos o formales. El precepto del segundo Congreso a los partidos comunistas extranjeros de «utilizar las instituciones del Estado burgués para destruirlas» [87] era el equivalente de la recomendación de Lenin a los comunistas británicos de que ayudasen a los dirigentes del laborismo ahorcándolos. Pero estos preceptos presuponían que la lealtad de las masas a las instituciones estatales y a los dirigentes laboristas podía ser socavada. Mientras no se cumpliese este precepto, los partidos comunistas de la mayoría de los países occidentales tenían dos variantes para elegir. Podían mantener la pureza y rigidez de su doctrina al coste de quedarse en pequeñas sectas compuestas principalmente de intelectuales y sin ninguna influencia en las masas, o podían ganar influencia en los partidos de masas de la izquierda mediante compromisos que implicaban la aceptación de una lealtad temporal y condicional hacia las instituciones y los dirigentes existentes. Esta segunda vía les exponía a ser acusados de duplicidad.

La cuestión de la participación en los sindicatos era análoga e incluso más complicada. Teóricamente, era posible argüir que los sindicatos eran un producto del capitalismo burgués que, al igual que los partidos políticos de la Segunda Internacional, habían traicionado la causa de los trabajadores apoyando a sus respectivos gobiernos nacionales en 1914, y eran por su naturaleza incapaces de un papel revolucionario, y que los comunistas deberían, por tanto, boicotear a los sindicatos existentes y formar nuevas y separadas asociaciones

[87] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), p. 114.

de trabajadores comunistas. Esta fue la actitud tomada en el segundo Congreso, con algunas reservas, por la mayoría de los delegados británicos, italianos y americanos. También era posible argumentar teóricamente, a pesar de que nadie expuso esta opinión abiertamente, que las mejoras más pequeñas en la suerte del obrero que intentaban conseguir los sindicatos no eran deseables de por sí, ya que suavizaban la arista del descontento obrero y por consiguiente tendían a retrasar la revolución definitiva. En oposición a estos dos puntos de vista, los bolcheviques mantenían que los pasados defectos de los sindicatos se habían debido en parte a una dirección corrompida y, en parte, al hecho de que los sindicatos, en los países avanzados, habían contenido hasta entonces un número desproporcionado de obreros altamente especializados y de trabajadores privilegiados —la «aristocracia laboral»—, cuyos intereses les ponían a menudo del lado de la burguesía en vez de junto a los miembros menos privilegiados de su propia clase. La guerra había traído consigo en todos los países un influjo masivo de los trabajadores en los sindicatos y había, por tanto, hecho cambiar su carácter y sus posibilidades. Lejos de separarse de los sindicatos existentes, aislándose de las masas proletarias, los comunistas debían entrar en los sindicatos y revolucionarlos, introduciéndose entre la masa afiliada, levantándola en contra de sus dirigentes, que ya no representaban sus verdaderos intereses. Cuanto más se aferraba la Comintern a la política de restringir el tamaño de los partidos comunistas insistiendo en la rígida disciplina y en la pureza doctrinal, más esencial se hacía mantener el contacto con las masas obreras a través de sus sindicatos.

Pero la decisión de participar en los sindicatos, al igual que la de participar en las elecciones parlamentarias, marcó el comienzo de las dificultades, y no su final. En primer lugar, hizo comprometerse a los comunistas a apoyar a los sindicatos existentes, a pesar de ser reaccionarios, y a oponerse a los movimientos separatistas, a pesar de ser revolucionarios, tanto por su carácter como por su propósito. Esta cuestión se agudizaba en los Estados Unidos, donde una minoría de trabajadores especializados se agrupaba en la Federación Americana del Trabajo, constituida sobre el principio de la unión gremial, y donde el único atractivo para la masa mal pagada (principalmente inmigrantes) de mano de obra no especializada residía en el sindicalista y revolucionario IWW. En Alemania, los representantes revolucionarios de obreros de talleres habían intentado organizar a los obreros fuera de los sindicatos; en Gran Bretaña, el movimiento de delegados obreros de taller o fábrica, a pesar de no estar formalmente fuera de los sindicatos, se había alzado en contra de su opo-

sición y tenía al principio una complexión sindicalista. La actitud de los comunistas hacia estos movimientos disidentes era difícil de definir.

La segunda dificultad de la actitud bolchevique era aún más grave. El propósito declarado de los bolcheviques era el fortalecer la cohesión, el alcance y el poder de los sindicatos poniéndolos bajo dirección comunista. Pero, salvo en el caso de que esto se pudiese hacer de un solo golpe —o, en otras palabras, que la revolución proletaria fuese inminente—, la realización de este propósito requeriría un largo período de guerras internas dentro de los sindicatos que les dividirían y debilitarían. Lenin, en un pasaje muy criticado de su trabajo *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo,* había previsto la posibilidad de que «los dirigentes del oportunismo» empleasen cualquier medio, limpio o sucio, para excluir y expulsar a los comunistas de los sindicatos:

> Se debe aprender a resistir esto, a aceptar todos y cada uno de los sacrificios, incluso —en caso de necesidad— a recurrir a toda clase de trucos, astucias, expedientes ilegales, ocultación y disimulo de la verdad, para penetrar en los sindicatos, para permanecer en ellos, y para realizar en ellos, a cualquier precio, una labor comunista [66].

Radek, en el segundo Congreso de la Comintern, llegó casi a admitir abiertamente que la política comunista significaba la destrucción de los sindicatos existentes como un paso previo para su transformación en los sindicatos futuros, más grandes y mejores:

> Intentaremos transformar los sindicatos en organizaciones de lucha... Vamos a entrar en los sindicatos no para conservarlos, sino para crear la cohesión entre los trabajadores sobre la que se pueda construir la gran unión industrial de la revolución social [67].

Un programa semejante sonaba muy bien en los oídos bolcheviques. En Rusia la tradición sindical era débil. Pocos sindicatos habían manejado un poder efectivo o inspirado una lealtad profunda entre sus miembros; y algunos de éstos habían estado dominados por los mencheviques, los cuales los convirtieron en focos de resistencia al nuevo régimen. Pero en Europa central y occidental los sindicatos eran considerados por las masas de trabajadores como baluartes parciales contra el poder opresivo del capitalismo, que de otra forma

[66] Lenin, *Sochineniya,* xxv, 198.
[67] *Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* (Hamburgo, 1921), p. 449.

sería incontenible. Cualquier política que amenazase incluso temporalmente con separar, debilitar, y quizá destruir estos baluartes en interés de un remoto e incierto futuro, estaba abocada a encontrarse con una oposición suspicaz y obstinada, lo cual era equivocadamente atribuido en Moscú a las maquinaciones de unos cuantos dirigentes o de la «aristocracia obrera».

Los dirigentes de la Comintern en el segundo Congreso complicaron aún más la difícil y delicada tarea que había por delante al dar un paso que revelaba claramente todas las incongruencias de su política sindical. Una Federación Internacional de Sindicatos (IFTU), organizada inconexamente, había existido antes de 1914 sin estar formalmente asociada con la Segunda Internacional, pero externamente vinculada a ella. Como los bolcheviques estaban firmemente dispuestos a crear una Tercera Internacional que remplazase a la difunta Segunda, parecía un corolario natural durante los primeros días de la Revolución el crear una nueva organización sindical que remplazase a la difunta IFTU. La revolución mundial estaba a la vista y era impensable una resurrección de los órganos internacionales del viejo orden. El primer Congreso de Sindicatos de toda Rusia, en enero de 1918, expresó su determinación de «ayudar con todos los medios al renacimiento del movimiento internacional sindical», y convocó una conferencia internacional de sindicatos para reunirse en Petrogrado en febrero de 1918 [90]. La invitación fue comunicada al mundo; pero, en las condiciones de aquel tiempo, no es sorprendente que no obtuviese respuesta alguna. Esto no significó, sin embargo, que el proyecto se abandonara. Los pocos comunistas que dudaban de su utilidad no lo hacían por temor a un enfrentamiento con la IFTU (cuya desaparición se daba por hecha), sino porque consideraban que los sindicatos pertenecían al régimen reaccionario capitalista y no tenían ningún papel que cumplir en la construcción del socialismo. La resurrección oficial de la IFTU sin su delegación alemana, en julio de 1919, con una sede central en Amsterdam (de ahí que se la conociese comúnmente por la «Internacional de Amsterdam»), no afectó seriamente la idea. Las dificultades para hacer revivir a la IFTU

[90] *Pervi Vserossiiski Syezd Professionalinik Soyuzov* (1918), p. 365. Esta decisión no se tomó con espíritu hostil hacia los sindicatos occidentales, cuya voluntad de cooperación era inocentemente admitida. El prefacio del informe oficial del primer Congreso de Sindicatos de toda Rusia, escrito por Tomski y fechado en septiembre de 1918, está lleno de esperanza por el movimiento sindical occidental *(ibid.,* pp. i-xi). Lozovski declaró muchos años más tarde que «no había idea, incluso inmediatamente después de la Revolución de Octubre, de establecer una Internacional sindical revolucionaria» (A. Lozovski, *The World's Trade Union Movement* [1925], p. 126).

parecían tan definitivas como las surgidas para hacer renacer a la Segunda Internacional. Al igual que la Segunda Internacional «capituló» ante la Tercera, declaró el presidente del Consejo Sindical de Petrogrado a finales de 1919, había llegado el momento para todos los sindicatos del mundo de «unirse en una única y poderosa organización internacional para luchar junto a la Tercera Internacional» [91].

El restablecimiento de relaciones con los sindicatos de Europa occidental no se llevó a la práctica hasta la primavera de 1920, cuando la guerra civil parecía acabada, cuando se levantó el bloqueo aliado y cuando empezaron a establecerse los primeros contactos diplomáticos [92]. Zinóviev dio un primer paso cuando presentó al noveno Congreso del partido, en marzo de 1920, una recomendación en el sentido de que «el movimiento sindical ruso debería de tomar la iniciativa formando una Internacional roja de sindicatos, al igual que hizo el Partido Comunista Ruso fundando la Tercera Internacional» [93]. La cuestión, sin embargo, no se consideró lo suficientemente urgente, y el Congreso no la discutió. Un mes más tarde, un acontecimiento decisivo hizo imposible la inacción por más tiempo. En abril de 1920 los sindicatos occidentales y la IFTU tomaron parte activa en la organización de la Conferencia de Washington, en la cual fue fundada la Organización Internacional del Trabajo (ILO). Fue entonces cuando, en palabras de Lozovski, la IFTU decidió «unir su destino al de la Sociedad de Naciones a través de la ILO», y cuando «se hizo sentir la necesidad de un centro para la concentración del movimiento sindical de izquierda del mundo entero» [94]. La ILO era la encarnación de la noción de la colaboración entre las clases, antítesis misma de la lucha de clases y de la dictadura del proletariado. En el tercer Congreso Sindical de toda Rusia, en el mismo mes, Zinóviev lanzó una áspera denuncia de los «traidores sociales», los cuales, obedeciendo a dictados de los capitalistas, intentaban reconstruir la Internacional «amarilla» de Amsterdam, compensándose de esta manera del colapso de la Segunda Internacional. Había llegado el momento de «una unión internacional realmente proletaria de sindicatos rojos a favor de la dictadura del proletariado», y expresó sus esperanzas de que «los sindicatos proletarios de todo el mundo» asistiesen al próximo

[91] *Kommunisticheski Internatsional*, n.º 7-8 (noviembre-diciembre de 1919), cols. 9387-388.

[92] El retraso en la creación de una Internacional sindical tras la feliz fundación de la Comintern, se debe en parte al hecho de que antes de 1920 el control bolchevique sobre los sindicatos rusos era precario.

[93] G. Zinóviev, *Sochineniya*, vi (1929, 345.

[94] A. Lozovski, *The World's Trade Union Movement* (1925), p. 127.

Congreso de la Comintern y se constituyesen en una sección de la misma [95]. La resolución del Congreso señalaba la decisión de los sindicatos rusos de «ingresar en la Tercera Internacional» y de hacer un llamamiento a «los sindicatos revolucionarios de todos los países» para que siguiesen su ejemplo; el Consejo Sindical Central debería dar los pasos necesarios en conjunción con el IKKI para organizar un congreso sindical internacional [96]. Se podía haber argumentado que si la política de penetración en los sindicatos existentes, insistentemente pregonada por los bolcheviques y recientemente confirmada por Lenin en *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo,* tenía éxito cambiaría lentamente, pero con seguridad, la dirección de los sindicatos y, por consiguiente, de la IFTU, y transformaría a toda la organización, sin destruirla. Pero este proceso parecía demasiado pedestre y vulgar para los entusiastas que creían que la revolución europea era una cuestión de semanas. Parecía esencial el acelerar o anticiparse al proceso creando de inmediato una nueva Internacional, de manera que los sindicatos, penetrados con éxito y ganados, podían de una vez desligarse de la IFTU y unirse a la nueva organización de sindicatos rojos. Siguiendo esta idea, se discutió el asunto con Williams y Purcell, dos prominentes sindicalistas británicos, miembros de la delegación visitante del laborismo británico; aparentemente se mostraron favorables a una nueva Internacional sindical [97].

El terreno había sido por consiguiente preparado cuando se reunió el segundo Congreso de la Comintern en el verano de 1920 bajo la fascinación revolucionaria de la marcha victoriosa a través de Polonia. Dos de las veintiuna condiciones de ingreso a la Comintern aprobadas por el Congreso se referían a los sindicatos. La novena condición hacía obligatorio para los miembros del partido el trabajar activamente en los sindicatos y, al mismo tiempo, «exponer la traición de los socialpatriotas y la vacilación del centro» (la doble actitud establecida por Lenin en *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo);* la décima prescribía «una lucha obstinada en contra de la «Internacional» de federaciones sindicales amarillas de Amsterdam». Una larga resolución sobre los sindicatos seguía en

[95] *Treti Vseronssiski Syezd Professionalinik Soyuzov* (1920), i (Plenumi), 14-15.

[96] *Ibid.*, i, 145.

[97] B. Vinogradov, *Mirovoi Proletariat i SSSR* (1928), p. 72; Lenin le hizo mención a Murphy de la aprobación del proyecto por Williams y Purcell (J. T. Murphy, *New Horizons* [1941], p. 157).

esta misma línea [98]. Fue aprobada por gran mayoría, aunque se opusieron a ella en un debate acalorado la mayoría de los delegados británicos y americanos, que deseaban rechazar a los sindicatos existentes y crear nuevos sindicatos revolucionarios, y por un delegado italiano que consideraba a los sindicatos como contrarrevolucionarios de *per se* [99]. El Congreso se abstuvo de cualquier pronunciamiento sobre la creación de una Internacional sindical —quizá porque no hubiese sido fácil el obtener una mayoría—. Pero mientras el Congreso estaba en sesión, un grupo que representaba a las delegaciones rusa, italiana y búlgara, algunos miembros de la delegación británica y un solo delegado francés de la extrema izquierda, pretendiendo dudosamente hablar en nombre de ocho millones de trabajadores organizados, decidieron crear un Consejo Sindical Internacional (Mezhsovprof) cuya principal función sería la de organizar un «congreso internacional de sindicatos rojos». Lozovski se convirtió en presidente del nuevo consejo, con Tom Mann y Rosmer como vicepresidentes. La dependencia del Mezhsovprof con respecto al IKKI se puso de manifiesto cuando se propuso que el IKKI hiciese un llamamiento a «todos los sindicatos del mundo» denunciando «la Internacional amarilla de Amsterdam» e invitándolos a unirse a la nueva Internacional sindical [100].

Esta funesta decisión se tomó en un momento en el que la marea revolucionaria estaba todavía en pleamar, cuando la Segunda Internacional se presumía muerta, y cuando el menor éxito obtenido en el renacimiento de la IFTU parecía constituir el principal obstáculo para la captura por los comunistas del movimiento obrero internacional [101]. La decisión supuso la iniciación de una campaña para dividir al movimiento sindical, con las Internacionales de Moscú y de Amsterdam como polos de atracción de dos facciones opuestas y fratricidas. Pero una guerra de este tipo estaba destinada a poner

[98] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), pp. 120-26.

[99] *Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* (Hamburgo, 1921), pp. 510-26, 610-38: Radek admitía en su informe que existían «profundas diferencias de opinión» en el asunto sindical, y que «muchos miembros de todos los partidos comunistas» estaban a favor de crear nuevos sindicatos *(ibid.*, pp. 623-33).

[100] *Ibid.*, pp. 622, 637-37.

[101] «El principal enemigo es Amsterdam (IFTU), no Bruselas (Segunda Internacional)», exclamó Zinóviev en el Congreso *(ibid.*, p. 638). «La Segunda Internacional está políticamente aplastada», repitió tres meses más tarde en el congreso de Halle, «...pero la llamada Internacional Sindical es, lamentablemente algo todavía, es el bastión de la burguesía internacional» *(USPD Protokoll über die Verhandlungen des Ausserordentlichen Parteitags zu Halle* [s. f.], p. 151); esto influyó en la extrema dureza de los ataques a la IFTU.

en claro la latente incompatibilidad entre la obligación impuesta a los comunistas de trabajar dentro de los sindicatos existentes, y la obligación de dividir a los movimientos actuales en contra de Amsterdam y a favor de Moscú; entre una política de infiltración pacífica en el plano nacional y una política de ataque frontal en el plano internacional; y este dilema, que no hubiera aparecido si la revolución mundial hubiese estado efectivamente al alcance de la mano, nunca fue arrostrado por Lenin ni por los otros dirigentes bolcheviques en las nuevas condiciones. Los procedimientos seguidos para poner en pie al Mezhsovprof en julio de 1920 fueron envueltos en una niebla de confusión sobre este mismo punto. Sólo los rusos y sus aliados los búlgaros fueron decididos partidarios de la decisión. El partido italiano, al igual que el búlgaro, era heredero de un partido socialista que había disfrutado de apoyo sindical en el pasado, y que por lo tanto no tenía que enfrentarse con la división de lealtades de los sindicatos italianos. Pero aun así, la actitud italiana no fue clara ni uniforme [102]. Todavía reinaba mayor confusión en la delegación británica. Murphy, que asistió a la reunión en la cual se tomó la decisión de crear el Mezhsovprof, y que se convirtió en el representante británico en él, dijo más tarde que «de haber contenido la más mínima sugestión de dividir a los sindicatos», el proyecto no hubiera «por supuesto» obtenido apoyo británico [103]. Sólo Tanner, un dirigente del movimiento de delegados obreros de talleres y el único sindicalista influyente en la delegación, pareció haberse dado cuenta de la contradicción entre la propuesta de «permanecer en los sindicatos a nivel nacional» y la creación de un órgano internacional independiente; pero Zinóviev le negó la palabra cuando intentó exponer su punto de vista en la sesión plenaria del Congreso [104]. La fundación del Mezhsovprof llevó a la Comintern un paso más allá en la ambigua trayectoria a que había sido lanzada por el contenido de *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo.* Fue un paso dado en un momento de entusiasmo acalorado y de

[102] Lozovski cuenta «las serias diferencias de opinión» que surgieron entre él y D'Aragona, el portavoz de la delegación italiana: «Durante varios días discutí con él sobre los principios que nos separaban. Serrati entonces propuso una fórmula que buscaba el compromiso, pero desde mi punto de vista no estaba lo suficientemente clara. Cuando presenté la propuesta de Serrati a Lenin, éste dijo: 'Contiene, por supuesto, puntos oscuros, pero esto no es importante; hay que crear un centro, la claridad vendrá después'» (A. Lozovski, *Lenin und die Gewerkschaftsbewegung* [Hamburgo, 1924], p. 17).

[103] J. T. Murphy, *New Horizons* (1941), p. 158.

[104] *Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* (Hamburgo, 1921), pp. 637-38.

firme convicción en la inminencia de la revolución europea; y un instrumento concebido para hacer de puente en una corta transición y preparar el camino para la gran consumación, que tuvo consecuencias inesperadas y fatales cuando el período intermedio se prolongó durante meses y años.

El período del segundo Congreso de la Comintern coincidió con el rápido y continuo avance del Ejército Rojo por Polonia. La nota de Curzon a Chicherin desde la conferencia de Spa[105] había sido despachada pocos días antes de que empezara el Congreso. Proponía que las conversaciones para el armisticio comenzaran inmediatamente entre Rusia y Polonia sobre las bases de una línea trazada en el otoño de 1919, tras un detallado estudio de los datos etnográficos por los expertos de la conferencia de paz (conocida más tarde por la «línea Curzon»); y añadía significativamente que el gobierno británico estaba «comprometido por el Convenio de la Sociedad de Naciones, a defender la integridad e independencia de Polonia dentro de los límites de sus legítimas fronteras etnográficas». El 17 de julio de 1920, Chicherin, al tiempo que vituperaba al gobierno inglés por su tardío interés por la paz entre Rusia y Polonia, se mostraba de acuerdo en abrir negociaciones si así lo pedía el gobierno polaco, y ofrecía a Polonia una línea fronteriza más favorable para ella que la línea Curzon[106]. El 22 de julio, finalmente, el gobierno polaco hizo a Moscú una demanda de condiciones. Pero el gobierno soviético no tenía prisa. Se retrasó el comienzo de las negociaciones con varios pretextos, y en los últimos días de julio el Ejército Rojo atravesaba la línea Curzon y entraba en lo que era indiscutiblemente territorio polaco. Tras la caída de Brest-Litovsk el 1 de agosto, no era de esperar resistencia seria hasta que se alcanzasen las defensas exteriores de Varsovia.

La decisión de proseguir con la guerra de Polonia estuvo precedida de controversias en las reuniones internas del partido. Trotski se opuso al avance por consideraciones tanto políticas como militares. Lenin rechazó sus objeciones con el argumento específico de que los trabajadores polacos en Varsovia y en otros lugares se alzarían con la proximidad del Ejército Rojo y lo recibirían como a su libertador. Radek, que conocía Polonia, advirtió a Lenin en contra de estas esperanzas. Pero sus opiniones sobre Alemania le habían ganado una reputación de pesimista, y Lenin le llamó derrotista[107].

[105] Véase p. 177.

[106] Ambas notas están en Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika*, iii (1928), 34-38.

[107] Clara Zetkin, *Erinnerungen an Lenin* (Viena, 1929), pp. 20-21.

Stalin, antes de que comenzase la ofensiva, había señalado que «la retaguardia del ejército polaco era sustancialmente diferente a la retaguardia de Kolchak y Denikin», siendo «homogénea y *nacionalmente* unida», de manera que una vez que estuviesen las tropas polacas defendiendo territorio polaco, sería «difícil el contender con ellas»; y a finales de junio atacó «la fanfarrona y nociva autocomplacencia» de los camaradas que pedían una «marcha sobre Varsovia» o que «orgullosamente declaran que harán la paz solamente en la 'Varsovia soviética roja'» [108]. Pero cuando llegó el momento decisivo, Stalin no se hizo oír. El único que apoyó a Trotski fue Rikov [109]. Se impuso el punto de vista de Lenin y el avance prosiguió. Las tropas soviéticas habían apoyado a los rojos en Finlandia en el invierno 1917-18; unidades del Ejército Rojo habían ayudado a establecer las repúblicas soviéticas de Estonia y Letonia a finales de 1918, y habían de hacer lo mismo en Georgia en 1921. Pero en todos estos casos los comunistas locales habían supuesto una base parcial para la empresa. La decisión de avanzar sobre Varsovia, coincidiendo con el segundo Congreso de la Comintern, y tomada en un momento en el que todas las precauciones se habían echado a un lado por la entusiasta fe en la inminencia de la revolución europea, confirió a la campaña militar un especial fervor revolucionario que la hizo diferente a cualquier otra guerra en la historia soviética. Que el Ejército Rojo no era ruso, sino internacional, ejército que no servía a los intereses nacionales de un país sino a los intereses internacionales de una clase, fue doctrina aceptada desde el principio; la fundación de la Comintern pareció dotar al Ejército Rojo de una réplica política. «Puedo aseguraros —exclamó Trotski en el primer Congreso de la Comintern— que los trabajadores comunistas que forman el verdadero meollo de este Ejército se consideran a sí mismos no sólo como las fuerzas que defienden a la república socialista rusa sino también como el Ejército Rojo de la Tercera Internacional» [110]. Durante el segundo Congreso, el avance triunfal del Ejército Rojo parecía la demostración irrefutable de este principio. En vísperas del Congreso, Tujachevski, comandante del Ejército Rojo que

[108] Stalin, *Sochineniya,* iv, 323-24, 333.

[109] Trotski menciona dos veces el apoyo de Rikov *(Moya Zhizn* [Berlín, 1930], ii, 192; *Stalin* [N. Y., 1946], p. 328); en la primera ocasión no menciona a Stalin, en la segunda lo nombra entre los que apoyaron a Lenin. Según la cronología derivada de las obras completas de Stalin *(Sochineniya,* iv, 474-75), Stalin estuvo en el frente, ausente de Moscú, desde el 12 de julio de 1920 hasta mediados de agosto.

[110] *Der Erste Kongress der Kommunist. Internationale* (Hamburgó, 1921), p. 49.

avanzaba hacia el oeste, escribió una carta a Zinóviev en la cual decía que el proletariado debía de estar preparado «para la guerra civil que se avecina, para el ataque mundial de todas las fuerzas armadas del proletariado contra el mundo capitalista armado», y proponía que, «considerando lo inevitable de una guerra civil mundial en el próximo futuro», la Comintern debería crear un estado mayor [111]. Esta sugestión no se tuvo en cuenta. Pero en la sesión inaugural del segundo Congreso, el delegado italiano Serrati propuso que se enviara un mensaje al Ejército Rojo, diciendo que confiaban que se aproximaba el día en el que «el Ejército Rojo proletario estará compuesto no sólo de proletarios rusos, sino de proletarios de todo el mundo», y lo saludó como a «una de las principales fuerzas de la historia mundial» [112].

A pesar de esto, aunque todo lo que se hizo en el verano de 1920 estuvo basado en la tradición bolchevique, representó uno de esos cambios de acentuación, una de esas bruscas transiciones de política que eran equivalentes a un cambio radical de frente y exponían al gobierno soviético a acusaciones bien fundadas de mala fe. En los primeros meses de 1920 se hicieron algunas tentativas diplomáticas indiscutibles para acomodarse temporalmente al mundo capitalista. Chicherin, Krasin y Radek parecían ocupar el centro de la escena como artífices de la nueva política de precaución y compromiso; se dejó a Zinóviev y Bujarin que teorizaran sobre la revolución mundial, pero relegados a las alas. A finales de enero de 1920 se negaba enérgicamente que «el gobierno soviético ruso quiera implantar el comunismo en suelo polaco con las bayonetas de los soldados del Ejército Rojo» [113]. El 20 de julio de 1920, mientras los delegados estaban reuniéndose para el Congreso de la Comintern, el Sovnarkom reafirmaba solemnemente que «estamos tan lejos de cualquier tipo de ataque a la independencia de Polonia o a la inviolabilidad de su territorio como en los días de nuestras mayores dificultades militares» [114]. Pero a los pocos días semejantes aseveraciones eran olvidadas o explicadas de otra manera. Las victorias militares y el entusiasmo de los delegados reavivaron la fe en la revolución mundial y en la evanescente estrella de Zinóviev. Conquistado Lenin, se tiraron las precauciones por la ventana y se comenzó fervorosamente la guerra revolucionaria. Tan pronto como el Ejército Rojo atravesó la

[111] M. N. Tujachevski, *Voina Klassov* (1921), pp. 139-40.
[112] *Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* (Hamburgo, 1921), pp. 42-44.
[113] Véase p. 172.
[114] Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika*, iii (1928), 43.

frontera, se formó un «comité provisional revolucionario polaco en acuerdo con el Partido Comunista Ruso y con su participación, así como con la del mando del Ejército Rojo», que avanzaba tras la estela del Ejército. Su presidente era Marjlevski, y entre sus miembros estaba Dzerzhinski, Unshlijt y Kon —tres veteranos bolcheviques polacos y un antiguo dirigente del Partido Socialista de Izquierda Polaco; este comité debería entregar su autoridad al Partido Comunista Polaco a su llegada a Varsovia [115]. Y Varsovia no era más que el comienzo. «Junto a ella —diría luego Lenin— está el centro del imperialismo mundial que tiene su asiento en el tratado de Versalles»; Polonia era «el último baluarte contra los bolcheviques» [116]. Hasta qué punto era decisiva la capital polaca lo demostró la rapidez con que las potencias occidentales enviaron municiones y misiones militares a Varsovia para alejar la amenaza. Pero lo más importante de todo, a juicio de Lenin, era el llamamiento que el avance sobre Varsovia hacía a los trabajadores del mundo capitalista:

Grandes son las victorias de la República Soviética de obreros y campesinos sobre los terratenientes y capitalistas, sobre los Yudenichs, los Kolchaks, los Denikins, los polacos «blancos» y los que les respaldan: Francia, Inglaterra, América y Japón.

Pero más grande aún es nuestra victoria sobre las mentes y los corazones de los trabajadores, de los asalariados, de las masas oprimidas por los capitalistas, la victoria de las organizaciones e ideas comunistas por todo el mundo.

La revolución del proletariado, la liberación del yugo capitalista está en marcha y llegará a todos los países del mundo [117].

Cuando los trabajadores alemanes fueron a la huelga en Danzing por no descargar municiones para Polonia, cuando los obreros ingleses no sólo se negaron a cargar los barcos, sino que formaron «consejos de acción» y amenazaron al primer ministro con hacer la revolución si se mandaba ayuda a Polonia [118], fue cuando los bolche-

[115] Y. Marjlevski, *Voina i Mir mezhdu Burzhuaznoi Polshoi i Proletarskoi Rossiesi* (traducción rusa del polaco, 1921), p. 22.

[116] Lenin, *Sochineniya*, xxv, 377.

[117] *Ibid.*, xxv, 371.

[118] El 10 de agosto de 1920, Lloyd George recibió una delegación del «consejo de acción» central; su portavoz era Ernest Bevin quien *inter alia* dijo: «No dudaron en mostrar sus cartas sobre la mesa y, si se apoyaba la guerra directamente a favor de Polonia o indirectamente ayudando al general Wrangel, se pondría una cerilla junto a material explosivo, cuyo resultado nadie podría prever» *(The Times,* 11 de agosto de 1920). El 12 de agosto, Wrangel, que había agrupado a las fuerzas de Denikin que quedaban en Crimea, y avanzaba

viques no pudieron por menos de pensar que se había logrado la victoria del comunismo «sobre las mentes y los corazones de los trabajadores».

Cuando terminó el segundo Congreso de la Comintern, el 7 de agosto de 1920, el avance soviético sobre Varsovia progresaba rápidamente sin casi oposición, y el optimismo y el entusiasmo eran la regla general. Por fin se llegó a un acuerdo entre las delegaciones de paz soviética y polaca para reunirse en Minsk el 11 de agosto; la noche anterior, en Londres, Kámenev comunicaba las condiciones de paz soviéticas a Lloyd George. Proponían, conforme a lo prometido, rectificar la línea Curzon a favor de Polonia en las regiones de Belostok y Jolm. Polonia debería reducir sus fuerzas armadas a 50.000 hombres, con no más de 10.000 oficiales y personal administrativo; en adición a esto, se reclutaría una milicia civil para el mantenimiento del orden. No se pedían compensaciones, pero el gobierno polaco se comprometería a repartir tierras entre las familias de los ciudadanos polacos muertos o mutilados en la guerra. Lloyd George consideró razonables las condiciones y aconsejó al gobierno polaco el aceptarlas. Pero cuando finalmente se presentaron las condiciones ante la delegación polaca el 17 de agosto (había habido otro retraso inexplicado), se descubrió que contenían un requisito no incluido en el sumario que Kámenev presentase a Lloyd George, que especificaba que la milicia civil propuesta debería ser reclutada exclusivamente entre los obreros [119]. Esto, y el requisito de la distribución de la tierra, eran intentos claramente dirigidos a alterar la estructura de clases del Estado polaco en interés de la revolución; la primera disposición del Ejército Rojo lo limitaba a los obreros y campesinos [120]. Las discusiones sobre estos términos no llegaron, sin embargo, demasiado lejos, porque la situación experimentó un cambio total. El 16 de agosto se desencadenó una poderosa contraofensiva polaca, y a los pocos días el Ejército Rojo se retiraba tan rápidamente como había avanzado.

Posteriormente se dieron muchas explicaciones de la derrota soviética. Los expertos militares soviéticos posteriores, disfrutando

en el sur de Rusia, recibió el reconocimiento *de facto* del gobierno francés, pero no así del inglés.

[119] El texto completo está en Kliuchnikov y Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika*, iii, i (1928), 47-49; el sumario presentado por Kámenev a Lloyd George está en *The Times*, 11 de agosto de 1920. Según L. Fisher, *The Soviets in World Affairs* (1930), i, 269, la cláusula sobre la milicia civil fue deliberadamente omitida por Kámenev.

[120] Véase p. 76.

de las ventajas de la visión retrospectiva, condenaron toda la campaña como mal calculada militarmente: el Ejército Rojo estaba inadecuadamente equipado y preparado, en todo menos en entusiasmo, para una empresa tan seria como la invasión de Polonia [121]. Tujachevski, comandante de las fuerzas que avanzaron sobre Varsovia, fue criticado por dedicar su fuerza principal al intento de rodear Varsovia desde el Norte, exponiendo de esta manera a su frente principal a un contraataque desastroso; esto fue visto por algunos como una maniobra política tendente a cortar el pasillo polaco y establecer contacto con el Reichswehr alemán. Finalmente, el ejército del Sur, que avanzaba sobre Lvov, no pudo en los últimos días críticos responder con rapidez a la orden del capitán general Sergei Kámenev, de dirigirse hacia el Norte a rescatar a las tropas que había frente a Varsovia, aunque no estuvo claro si esto se debió a un fallo en las comunicaciones o a la impetuosa obstinación de su comandante Egorov y del jefe de la caballería Budioni, o a rivalidades políticas [122]. Se cometieron desatinos tanto militares como políticos. El «comité provisional revolucionario polaco», cuando estableció su autoridad por primera vez en Belostok, se dice que enemistó a los comunistas polacos dando la administración a rusos y judíos [123]. Pero por muchos errores determinados que se cometieran, ninguno de ellos fue el responsable primordial del desastre. Nadie, salvo en la breve intoxicación de los inesperados fáciles triunfos militares, había creído realmente que el Ejército Rojo conquistase Polonia. Lenin y todos los que con él votaron a favor de continuar el avance sobre

[121] Un resumen objetivo de la campaña, junto con referencias de algunas autoridades militares, está en W. H. Chamberlin, *The Russian Revolution 1917-1918* (1935), ii, 311-14. El punto de vista de Tujachevski, coincidente en lo fundamental con el de Trotski, se expresó en conferencias sobre la campaña dadas en 1923, y reimpresas *in extenso* por J. Pilsudski, *L'Année 1920* (traducción francesa del polaco, 1929), pp. 203-55.

[122] Según presenta el caso L. Trotski, *Moya Zhizn* (Berlín, 1930), ii, 192-93, y con más detalle y mayor amargura en L. Trotski, *Stalin* (N. Y., 1946), pp. 328-32, Stalin, como representante del consejo militar revolucionario del Ejército del Sur, indujo a Egorov y Budioni a persistir en el avance sobre Lvov por celos hacia Smilga, su oponente en el Ejército Central, quien compartiría con Tujachevski la gloria de la captura de Varsovia.

[123] Y. Marjlevski, *Voina i Mir mezhdu Burhuaznoi Polshoi i Proletarskoi Rossiei* (traducción rusa del polaco, 1921), p. 25. Este error, y otros parecidos, pudieron ser debidos no ya a la inadvertencia o al chovinismo, sino a las dificultades inherentes a la situación. A través de las ciudades orientales de Polonia, el elemento polaco se limitaba a los terratenientes y clases oficiales; los judíos eran mayoría, o una gran minoría, de la población urbana y aportaban una mayoría a los comunistas locales.

Polonia habían contado con el proletariado rojo de Polonia. El Partido Comunista Polaco clandestino intentó, según una declaración posterior, convocar una huelga general. Pero la respuesta se limitó a los mineros de algunos pozos en la región de Dombrowa, en el extremo sudoeste, y el movimiento fue rápidamente aplastado [124]. Cuando los trabajadores polacos de Varsovia no se levantaron, e incluso se unieron al ejército nacional para defender la capital [125], la empresa estaba sentenciada. No fue el Ejército Rojo, sino la causa de la revolución mundial la que había sido derrotada frente a Varsovia en agosto de 1920.

La derrota también fue significativa como balance de las fuerzas en la propia Rusia soviética. El ejército campesino había luchado valientemente y con éxito —y habría de hacerlo otra vez— en contra de los invasores «blancos» que habían amenazado la supervivencia del régimen soviético. Pero este mismo ejército campesino había demostrado una vez más que era formidable para la defensa pero no para la ofensiva, y que mientras que en suelo ruso luchaba obstinadamente, no tenía arrestos para la lucha por llevar la revolución proletaria a otras tierras. El menchevique Dan puso los puntos sobre las íes en un diagnóstico contemporáneo del acontecimiento:

> La campaña contra Varsovia demostró de manera irrefutable la imposibilidad para el Ejército Rojo de una guerra ofensiva «comunista», y en este sentido señaló la crisis real de la política extranjera de los bolcheviques... Y, tras un cortísimo intervalo, este mismo Ejército Rojo, que se había mostrado impotente en el ataque contra Polonia, hizo alardes prodigiosos de valor inmortal y de invencibilidad en la guerra contra Wrangel, el epígono de la reacción zarista-feudal. ¿Qué puede haber de más claro que esta ilustración histórica? ¿Y cómo puede quedar más recalcado que el vencedor real de todas las guerras civiles del período bolchevique fue el campesino ruso y nadie más? [126]

[124] *Protokoll des III. Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1921), p. 581.

[125] La aparición de obreros polacos como voluntarios de las fuerzas polacas con las que se enfrentaban, se ha dicho que tuvo un efecto descorazonador en la moral del Ejército Rojo (V. Putna, *Visle i Obratno* [1927], pp. 137-38); un observador que estuvo en Minsk durante la campaña habla de deserciones masivas (F. Dan, *Dva Goda Skitani* [Berlín, 1922], pp. 73-74). Tujachevski, por otra parte, aparentemente se negaba a aceptar este diagnóstico: «todos los comentarios sobre el renacimiento del sentimiento nacional entre la clase obrera polaca, en conexión con nuestra ofensiva es, simplemente, una consecuencia de nuestra derrota» (J. Pilsudski, *L'Année 1920* [traducción francesa del polaco, 1921], p. 231).

[126] F. Dan, *Dva Goda Skitani* (Berlín, 1922), p. 74.

El fracaso del avance en Polonia puede establecerse como el primer síntoma de la reafirmación del poder de los campesinos en los dictados de la política soviética, que se manifestó al año siguiente con la introducción de la NEP.

Lo completo de la derrota pronto se hizo evidente. Para finales de agosto, el frente principal estaba detrás de la línea Curzon, y durante el mes de septiembre las líneas polacas establecieron posiciones bastante avanzadas con respecto a la línea que mantenían cuando comenzaron las hostilidades en abril, aunque menos favorable que la línea que el gobierno soviético había estado dispuesto a conceder el invierno anterior [127]. En este punto ambos contendientes hicieron un alto. Si Lenin reconocía ahora la locura de intentar revolucionar Polonia a punta de bayoneta, Pilsudski había aprendido los riesgos de intentar penetrar demasiado profundamente en territorio soviético; mientras tanto, Wrangel, a quien Pilsudski no tenía ningún deseo de ayudar, se estaba apuntando sus primeros éxitos en el sur de Rusia. Lenin se encontró en la misma postura que en Brest-Litovsk de inculcar en sus colegas y compatriotas la necesidad de una paz «desfavorable» [128]. Pero esta vez la oposición fue leve. El 12 de octubre de 1920, las delegaciones soviética y polaca firmaron un armisticio sobre la línea mantenida por los ejércitos contendientes [129]. Esta línea se vio confirmada por el tratado de paz firmado cinco meses más tarde en Rusia el 18 de marzo de 1921, que configuró la base de las relaciones entre la Rusia soviética y Polonia durante cerca de dos décadas. Además de ceder a Polonia una franja de territorio predominantemente ruso-blanco, la nueva frontera permitía introducir una ancha cuña de territorio polaco entre Lituania y la RSFSR, aislando de esta manera Lituania y cerrando una vía potencial de penetración hacia el Oeste [130].

La guerra polaco-soviética de 1920 tuvo repercusiones de largo alcance en más de un aspecto de la política exterior soviética. Pero estas repercusiones no se hicieron notar inmediatamente en toda su importancia ni se digirieron de golpe las lecciones de la derrota. El revés militar se compensó unas semanas más tarde con la victoria

[127] Véase p. 168, nota 20.

[128] Clara Zetkin, *Erinnerungen an Lenin* (Viena, 1929), p. 21; la comparación, más bien exagerada, con Brest-Litovsk la hizo el mismo Lenin. Tan tarde ya como el 22 de septiembre, Lenin contaba con la posibilidad de una «campaña de invierno» (*Sochineniya*, xxv, 379-80).

[129] *RSFSR: Sbornik Deistvuyushchij Dogovorov*, i (1921), n.º 14, pp. 63-73.

[130] *RSFSR: Sbornik Deistvuyushchij Dogovorov*, ii (1921), n.º 51, páginas 43-71.

sobre Wrangel, que finalmente terminó con la guerra civil y la derrota del último invasor «blanco»; y el sacrificio temporal de territorio a Polonia todavía se compensaba con el pensamiento de que el nacimiento, en un futuro próximo, de la Polonia soviética eliminaría la importancia de las fronteras. El entusiasmo generado en el segundo Congreso de la Comintern y las directrices que de él salieron no se desvanecieron inmediatamente. Al igual que se continuaba con el programa de comunismo de guerra, se continuó con la ofensiva revolucionaria en Europa durante el invierno de 1920-21. Desde su segundo Congreso, la Comintern había surgido como la sede central rectora de las fuerzas de la revolución mundial, con los partidos nacionales de los principales países agrupados en torno a ella. El cuartel general de la Comintern, donde bajo todos los ropajes internacionales la opinión del partido ruso era, en última instancia, decisiva, trataba separadamente con los partidos que normalmente no tenían relación unos con otros excepto a través de dicha organización. Esta fue la esencia de las relaciones establecidas por las veintiuna condiciones. El sometimiento de estas condiciones al arbitraje de los partidos de izquierda de los principales países europeos durante el otoño y el invierno de 1920-21 señaló el punto decisivo en la historia del socialismo europeo y en su actitud con respecto a Moscú. Se puede observar el mismo proceso, con pequeñas diferencias, en Alemania, Francia, Italia y Gran Bretaña.

Fue en Alemania donde se discutió la cuestión con el mayor detalle y aspereza. Alemania era el punto clave de la revolución europea; era el único entre los grandes países europeos que tenía un gran movimiento obrero con un carácter revolucionario potencial, y había sido la determinación de forzar la cuestión en el USPD lo que condujo a la formulación de las veintiuna condiciones. La primera prueba tuvo lugar cuando se sometieron las condiciones al congreso extraordinario del USPD en octubre de 1920, en Halle. Tres semanas antes de que se reuniera, el IKKI dirigió una larga carta abierta a todos los miembros del partido, que contenía una dura acusación contra sus dirigentes del ala derecha que se oponían a la afiliación [131]. Zinóviev en persona asistió al congreso como delegado de la Comintern, habiendo obtenido un visado de las autoridades alemanas para una estancia de diez días. El delegado que le acompañaba era Lozovski, que había estado en Alemania durante tres semanas con una delegación sindical [132]. La oposición contrarrestó esta

[131] *Kommunisticheski Internatsional*, n.º 14 (6 noviembre, 1920 cols. 291-92)

[132] Según una declaración hecha por el ministro alemán de Asuntos Exteriores en el Reichstag, Lozovski llegó el 15 de septiembre de 1920 con una

invasión bolchevique, invitando a Martov, el antiguo jefe menchevique, que había abandonado recientemente Moscú para establecerse permanentemente en Berlín.

Después de casi un año de ásperas discusiones en las filas del USPD, los ánimos estaban enardecidos y los debates fueron de una gran acritud. Hablaron en primer lugar los cuatro delegados del USPD al congreso de Moscú del mes de julio; dos a favor y dos en contra de la afiliación. A continuación Zinóviev pronunció un memorable discurso de cuatro horas, y que como proeza de oratoria en lengua extranjera y resistencia dejó impresionados incluso a aquellos a los que no convencieron sus argumentos. Le respondió, durante casi la misma extensión de tiempo, Hilferding, el principal teórico del partido. Otras intervenciones dignas de tener en cuenta fueron las de Lozovski y Martov. El debate fue extenso y largo. Se atacó aquella política agraria de los bolcheviques que había distribuido la tierra en pequeñas parcelas a los campesinos en vez de crear extensas unidades de cultivo de propiedad estatal; su política nacional, que había apoyado a movimientos nacionales puramente burgueses en Asia (la aparición de Enver Pasha en el reciente congreso de pueblos orientales en Bakú [133] fue muy criticada) y la introducción del terror. Las denuncias de Zinóviev y Lozovski de la Internacional «amarilla» de Amsterdam provocaron las escenas más tormentosas del Congreso; en un momento dado, Lozovski fue abucheado y se le impidió continuar. Fue un síntoma interesante del hecho, ya evidente en los tiempos del *putsch* de Kapp, de que los sindicatos tenían más influencia sobre los obreros alemanes que cualquier partido político. Las veintiuna condiciones fueron atacadas por la derecha en razón de constituir una «dictadura de Moscú», y defendidas por la izquierda como la única salvaguardia contra una vuelta de la ineficacia y el oportunismo de la Segunda Internacional. Pero ambos lados mostraron una sorprendente presteza en reconocer que las veintiuna condiciones no eran el auténtico obstáculo. «Estamos dividiéndonos —dijo Zinóviev— no porque sólo queráis dieciocho de las veintiuna condiciones, sino porque no estáis de acuerdo en la cues-

gran delegación sindical soviética para asistir a un congreso de los comités de fábrica de Berlín (los discursos de Lozovski en esta ocasión están en A. Lozovski, *Desiat Let Borbi za Profintern* [1930], pp. 102-23); sólo fueron admitidos los seis que habían solicitado el visado previamente. El 4 de octubre Kopp pidió los visados de Zinóviev y Bujarin para asistir al congreso de Halle; el día siguiente se los concedieron previa consulta al USPD (*Verhandulgen des Reichstag*, cccxlv [1921], 759-60); Bujarin no hizo el viaje.

[133] Véase pp. 277-80.

ción de la revolución mundial, la democracia y la dictadura del proletariado» [134].

La cuestión se centró principalmente en la diferencia de opinión básica sobre las probabilidades de la revolución mundial. Siguiendo la costumbre bolchevique de interpretar los problemas revolucionarios europeos en términos de la experiencia revolucionaria rusa, Zinóviev comenzó su discurso comparando el Congreso con los congresos del partido ruso, a los que asistían conjuntamente los bolcheviques y los mencheviques después de 1906, y la presencia de Zinóviev y Martov apoyando respectivamente a las alas izquierda y derecha del USPD parecía dar pie a lo que era, históricamente hablando, en cierta manera, una comparación caprichosa [135]. La cuestión que ahora dividía al USPD se podía resumir en la fórmula: ¿1847 o 1849? [136]. Zinóviev citó la declaración de uno de los dirigentes de la derecha del USPD de que el mundo estaba «en una situación similar a la que siguió a la revolución burguesa de 1848». Zinóviev preguntó indignado si era «realmente un hecho el que todo el plan de acción de la clase obrera deba estar regido por la presunción de que la revolución mundial ya no se producirá en un futuro próximo». ¿Podía decirse esto en un momento en el que la revolución proletaria estaba comenzando en Italia, cuando en Inglaterra había ya un consejo de acción que era «el principio de un soviet, de un segundo gobierno» y del famoso «doble poder», cuando la revolución podía estallar en cualquier momento en Austria, e incluso los Balcanes eran un «fruto maduro para la revolución proletaria»? [137] Zinóviev no dudaba ni por un momento de que los bolcheviques estarían hoy justificados en contra de los mencheviques alemanes como lo habían estado en contra de los mencheviques rusos después

[134] *USPD: Protokoll über die Verhandlugen des Ausserordentlichen Parteitags zu Halle* (s. f.), p. 156; este informe sobre los debates lo publicó el resto del USPD que había quedado tras la escisión de la mayoría para unirse al KPD.

[135] Esta fue la constante en el discurso de Zinóviev; MacDonald y Henderson fueron descritos como mencheviques *(ibid.,* p. 154).

[136] La referencia se hacía a un pasaje bien conocido de la introducción de Engels al folleto de Marx, *La lucha de clases en Francia,* en el que se resumían las conclusiones de Marx —«que había sido en realidad la crisis del comercio mundial de 1847 la que dio origen a las revoluciones de febrero y marzo, y que el resurgir industrial que comenzó poco a poco en la segunda mitad de 1848 y que alcanzó su máximo desarrollo en 1849 y 1850, fue el que dio nueva fuerza a la reacción europea»— (Marx y Engels, *Sochineniya,* xvi, ii, 466).

[137] *USPD: Protokoll über die Verhandlungen des Ausserordentlichen Parteitags zu Halle* (s. f.), pp. 147-48, 153-54.

de 1905. Pero su referencia a los Balcanes provocó gritos de «¡fantástico!» del ala derecha del Congreso; y Hilferding, en su réplica, se burló de las predicciones de Zinóviev declarando que una política basada en que se cumpliesen era «un juego de *va-banque*, una aventura sobre la que ningún partido podía construir nada»[138].

Detrás de esta diferencia de opinión sobre las probabilidades objetivas de la Revolución quedaba el viejo debate que caracterizaba todas las controversias mantenidas en términos marxistas —la guerra entre «conciencia» y «espontaneidad» que Lenin había declarado en cierta ocasión en contra de los «economistas»[139], que fue reanudada bajo lemas apenas alterados entre los bolcheviques y los mencheviques, y que una vez más apareció en la sala del congreso de Halle. ¿Tenía Zinóviev razón al pensar ahora que un esfuerzo de voluntad consciente era todo lo que se necesitaba para extender la revolución por Europa y Asia?

> Existen en Europa occidental [contestó Hilferding] muchas tendencias hacia un desarrollo revolucionario, y es nuestra obligación el conducirlas y prolongarlas. Pero, camaradas, el camino de este desarrollo revolucionario no puede ser establecido desde fuera, depende de las relaciones de poder económico y social entre las clases en cada país, y es utópico el suponer que puede realizarse mediante cualquier lema, mediante cualquier orden de fuera[140].

Y una vez más, detrás de este conflicto entre las interpretaciones «voluntarista» y «determinista» de la filosofía marxista estaba, como siempre, un oculto conflicto de propósitos. Zinóviev se equivocaba en su estimación de las perspectivas revolucionarias. Pero tenía toda la razón cuando, frente a los gritos de protesta, acusaba a sus oponentes de «miedo a la revolución, que corre como una amenaza roja a través de toda vuestra política». Además, diagnosticó correctamente la naturaleza del miedo —miedo de «dislocación», de «hambre», de «lo que tenemos en Rusia»[141].

Pero Zinóviev no sacó en Halle ninguna conclusión del diagnóstico. La verdadera conclusión era demasiado perjudicial, no ya sólo para el caso que tenía que defender, sino para todo el principio de la argumentación por analogía entre Rusia y Europa occidental. La mayoría de los obreros rusos de 1917 no habían tenido nada que

[138] *Ibid.*, p. 184.
[139] Véase vol. 1, pp. 29-30.
[140] *USPD: Protocoll über die Verhandlungen des Ausserordentlichen Parteitags zu Halle* (s. f.), p. 188.
[141] *USPD: Protokoll über die Verhandlungen des Ausserordentlichen Parteitags zu Halle* (s. f.), pp. 148-49.

perder más que sus cadenas; viviendo en un nivel de subsistencia que rayaba en la indigencia y enloquecidos por los absurdos sacrificios de la guerra, ni esperaban ni creían en ninguna de las instituciones existentes y estaban lo suficientemente desesperados para aceptar con presteza la dirección revolucionaria de un pequeño grupo de hombres dispuestos a derrocarlas. La mayoría de los trabajadores de Europa occidental —y no ya sólo una minoría privilegiada, como creían los bolcheviques— tenía un nivel de vida que, aunque pobre, como podía ser a menudo, todavía valía la pena defender. De ninguna manera querían sacrificarlo lo más mínimo por las ventajas que la Revolución prometía; no hubo propaganda que perjudicara tanto la Revolución bolchevique en Europa occidental como la que hizo hincapié en el bajo nivel de vida del pueblo ruso y en las privaciones de la guerra y de la guerra civil. Por consiguiente, el miedo a la revolución del que hablaba Zinóviev no se limitaba en Europa occidental a unos cuantos dirigentes o a los obreros privilegiados. Demasiados eran los que tenían mucho que perder, para abandonar la legalidad burguesa o para aceptar la disciplina de los dirigentes revolucionarios; esta era la diferencia fundamental que existía bajo las discusiones sobre democracia burguesa o dictadura del proletariado, sobre la actitud de las masas con respecto a la dirección revolucionaria. Tras su vuelta a Rusia, Lozovski dio una imagen reveladora del estado de ánimo que había encontrado en los obreros europeos en el otoño de 1920:

> Cuando hace unos meses hablaba, en Alemania, con obreros alemanes, los partidarios de Scheidemann se presentaban en las reuniones y decían: «Sí, vosotros los rusos habláis de revolución en Alemania. Bien, haremos una revolución en Alemania, pero ¿qué pasará si no hay revolución en Francia?» Y al mismo tiempo se levanta un colega francés y, golpeándose el pecho, dice: «¿Y qué pasa si nosotros hacemos la revolución y esos camaradas no?» Y los oportunistas italianos, igual de ansiosos y de malhumorados que otros oportunistas, dicen también: «Es fácil para vosotros hablar de revolución. Italia hará una revolución, pero recibe carbón de Inglaterra, ¿cómo podremos pasarnos sin carbón?» Entonces se estarán esperando uno a otro para no ser el primero [142].

Y un poco más tarde escribía Lenin:

> En Europa occidental apenas existen personas que hayan vivido una revolución seria; la experiencia de la gran revolución está casi completamente

[142] *Chetverti Vserossiiski Syezd Professionalnij Soyuzov* (1921), i (Plenumi), 61-62.

olvidada; y la transición del deseo de ser revolucionario y de las conversaciones (y resoluciones) respecto a revolución, a la auténtica labor revolucionaria, es una transición difícil, lenta y dolorosa [143].

Algunos de los obreros europeos querían la revolución; la mayoría quería hacer primero un seguro para la revolución [144]. En la Alemania de 1920, sin embargo, había muchos signos indicadores de que las masas estaban todavía en un estado de ánimo revolucionario; Zinóviev observó que no era «por casualidad» el que hubiese una mayoría a favor de los bolcheviques en el congreso de Halle [145].

Las fuerzas del Congreso estuvieron bien trabajadas y calculadas y se supieron los resultados con antelación a las pocas votaciones. La moción en pro de adherirse a la Comintern y de entrar en negociaciones para la creación de un partido comunista alemán unificado se aprobó por una mayoría de 237 contra 156 votos. Zinóviev volvió triunfal a Berlín, donde recibió una notificación de expulsión de la policía por «extranjero indeseable» [146]. Mientras estuvo confinado en su casa esperando la fecha del primer barco que saliese de Stettin, vio a representantes no sólo de los dos partidos que iban a unir sus fuerzas bajo la bandera de la Comintern sino también del KAPD,

[143] Lenin, *Sochineniya*, xxvi, 487.

[144] A. Sturmthal, *The Tragedy of European Labour, 1918-1930* (1944), es un benévolo análisis crítico de la bancarrota política de los partidos socialdemócratas europeos entre las dos guerras mundiales; las causas se encuentran en la persistencia de la mentalidad de «grupo de presión» en lugar de una actitud responsable en estos partidos que no querían aceptar la responsabilidad de gobernar porque eran incapaces de definir su actitud fundamental hacia el Estado capitalista. Esto coincide con el célebre aforismo del dirigente socialdemócrata Tarnov en 1931: «estamos junto al lecho de enfermo del capitalismo no solamente como profesionales, sino también —¿cómo diría yo?— ¿como un doctor que intenta curar, o como un gozoso heredero que apenas puede esperar el fin y que lo que más le gustaría sería ayudar a que llegue con un poco de veneno? Esta imagen expresa toda nuestra situación» (*Social-Demokratischer Parteitag in Leipzig 1931* [1931], p. 45).

[145] *USPD: Protokoll über die Verhandlungen des Ausserordentlichen Parteitags zu Halle* (s. f.), p. 154.

[146] G. Zinóviev, *Zwölf Tage in Deutschland* (Hamburgo, 1921), pp. 59-60. Según el Ministro de Asuntos Exteriores, se dieron órdenes de mantener a Zinóviev y Lozovski bajo arresto domiciliario a su vuelta de Halle a Berlín, ya que sus visados expiraban el domingo 15 de octubre. Zinóviev esperaba una manifestación en Berlín para ese día aunque estaba demasiado ronco para hablar. Los dos delegados recibieron orden de abandonar el país antes de una semana y se les negó el permiso para permanecer hasta el 1 de noviembre: Lozovski (aunque no Zinóviev) fue acusado de no cumplir la condición de su visado que le impedía pronunciar discursos políticos (*Verhandlungen des Reichstags*, cccxlv [1921], 759-60).

al cual esperaban aún unir a la combinación [147]. Esta esperanza se vio frustrada. Pero en diciembre de 1920, el KPD y la mayoría del USPD se reunieron en congreso en Berlín para constituir el Partido Comunista Alemán Unificado [148]. Las nupcias entre los dirigentes intelectuales del KPD y la base proletaria del USPD pudo haber sido un poco difícil al principio [149], pero por primera vez había un partido comunista de masas en Alemania con unos 350.000 afiliados [150] y con el proyecto de representar un papel en la política alemana.

> La ofensiva de la Internacional Comunista en Europa occidental [escribió Zinóviev triunfalmente a su vuelta a Petrogrado] ha sido un completo éxito. La batalla entre los representantes del comunismo y del reformismo ha terminado a nuestro favor [151].

El ejemplo del USPD fue decisivo para los partidos francés e italiano. Frossard y Cachin se encontraron tan firmemente manejados en el Congreso como en la reunión precedente del IKKI [152]. Una moderada declaración de simpatía leída por Cachin fue seguida por un discurso de otro delegado francés, Lefebvre, quien pidió que se aplicase la más rigurosa disciplina dentro del vacilante Partido Socialista Francés [153]. Zinóviev acusó al partido de «wilsonismo», «so-

[147] G. Zinóviev, *Zwölf Tage in Deutschland* (Hamburgo, 1921), pp. 78-80; una carta de Zinóviev al próximo congreso del KPD en la que rogaba «trataran al KAPD con más tolerancia que hasta ahora» está en *Bericht über den 5. Parteitag der Kommunistischen Partei Deutschlands (Spartakusbund)* (1921), pp. 62-63. Un mes más tarde el IKKI mandó un ultimátum al KAPD para que se uniera al KPD (*Kommunisticheski Internatsional*, n.º 15 [20 de diciembre de 1920], cols. 3367-370), pero una vez más no pudo obligarlo.

[148] *Bericht über die Verhandlungen des Vereinigungsparteitages der USPD (Linke) un der KPD (Spartakusbund)* (1921).

[149] La mordaz descripción de Ruth Fischer del disgusto de los obreros del USPD con el pulido discurso de Levi al Congreso (*Stalin and German Communism* [Harvard, 1948], p. 147) es algo exagerada pero contiene un elemento de verdad.

[150] Levi, *Unser Weg* (segunda ed., 1921), p. 3, pretendía tener 500.000 miembros en febrero de 1921, vísperas de la «acción de marzo». Radek, en el tercer Congreso de la Comintern, declaró que el KPD «nunca había tenido más de 350.000 miembros», y que su pretensión de tener 500.000 «no había sido verificada» (*Protokoll des III. Kongresses der Kommunistischen Internationale* [Hamburgo, 1921], p. 457); de los 350.000, cerca de 300.000 vinieron del USPD. Los simpatizantes eran mucho más numerosos: se registraron más de 1.100.000 votos para los candidatos comunistas en las elecciones prusianas de febrero de 1920.

[151] G. Zinóviev, *Zwölf Tage in Deutschland* (Hamburgo, 1921), p. 90.

[152] Véase pp. 200-201.

[153] *Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* (Hamburgo, 1921), pp. 261-70.

cialpacifismo» y falta de disciplina; y Lozovski declaró que padecía de la enfermedad de «unidad a cualquier precio»[154]. Los dos delegados se mostraron, sin embargo, dóciles a la persuasión; aceptaron las veintiuna condiciones y comenzaron el trabajo para que el partido las aprobara. Cumplieron esta tarea a su vuelta a Francia[155]. Las veintiuna condiciones fueron presentadas al congreso del partido que se inauguró en Tours el 24 de diciembre de 1920[156]. Ningún delegado ruso pudo obtener permiso de entrada en Francia, aunque los debates dieron comienzo con la lectura de un telegrama de Zinóviev en el que denunciaba a los dirigentes del centro, Longuet y Faure, como «agentes de la influencia burguesa en el proletariado»[157]. Clara Zetkin viajó ilegalmente desde Alemania para defender la causa de la Comintern. La oposición se mostró inflexible, y León Blum estuvo entre los que hablaron duramente en contra de la adhesión a Moscú. Aun así, la situación resultó algo más fácil que en Halle, en parte porque los dos delegados franceses al Congreso de Moscú volvieron a favor de la aceptación, y en parte porque la dirección sindical, que en Francia como en Alemania era hostil a la Comintern[158], no tenía influencia en el partido francés. La moción a favor de la aceptación recibió 3.247 mandatos (se votaba por el sistema de cartulinas) contra 1.308 de una propuesta alternativa de aceptar, con reservas sustanciales, y 150 abstenciones por parte de la irreconciliable ala derecha. De esta manera, el Partido Socialista Francés se convirtió en el Partido Comunista Francés, abandonando el viejo nombre a la minoría disidente. Frossard fue elegido secretario general del partido; Souvarine, que había salido de la cárcel, fue a Moscú como delegado del partido francés en el IKKI.

[154] *Ibid.*, pp. 243-45, 307.

[155] Frossard parece haber sido el primero en presentar la doctrina de la Comintern de forma algo distinta. «Trabajadores —dicen que se dirigió a una concentración masiva el 13 de agosto de 1920 en París—, no se trata de pediros una revolución mañana, ni, si la hacéis, que sea una copia servil de los soviets rusos. Lo importante es afirmar de otra manera que con palabras nuestra solidaridad con el proletariado ruso (citado por G. Walter, *Histoire du Parti Communiste Français* [1948], p. 31).

[156] Los debates están recogidos en *Parti Socialiste: 18e Congrès National* (1921).

[157] La recepción de este telegrama la describe L. O. Frossard, *De Jaurès à Lénine* (1930), p. 176.

[158] Inmediatamente después del Congreso de Tours, la Confederación General del Trabajo lanzó una advertencia a sus miembros contra el «nuevo partido comunista» (G. Walter, *Histoire du Parti Communiste Français* [1948], pp. 44-45).

El Partido Socialista Italiano presentaba una mayor variedad y mezcolanza de opiniones que el partido francés. Habían pasado ya los oscuros días de 1919 en los que Lenin les felicitaba por su acceso a la Comintern, y Zinóviev arremetió vigorosamente contra su eclecticismo en el segundo Congreso [159]. Sus delegados en Moscú habían aprobado las veintiuna condiciones sujetas a confirmación por el partido, pero la cuestión se había dejado en suspenso pendiente del congreso del partido, que se reunió en Leghorn en enero de 1921; Rakosi, el húngaro, y Kabakchiev, un búlgaro que también había estado en Halle, asistieron como delegados de la Comintern [160]. Pero en ese tiempo ya había comenzado a decrecer la corriente de asuntos de la Comintern. En Leghorn, Serrati, que había sido el jefe de la delegación italiana al segundo Congreso de la Comintern y vicepresidente del mismo, apareció como portavoz de un gran grupo de centro con casi 100.000 miembros, cuyos delegados tenían mayoría absoluta en el congreso; Bordiga y los otros dos delegados italianos venidos a Moscú representaban el ala izquierda de unos 50.000 miembros, donde lo mismo se incluían anarcosindicalistas que comunistas, y que aceptaron incondicionalmente las veintiuna condiciones; y había un ala derecha de unos 14.000 «reformistas» que no habían asistido al Congreso de Moscú. El grupo de centro se adhería tácitamente al programa de la Comintern pero, siguiendo la tradición del partido, se negaba a transigir con las opiniones divergentes expulsando al ala derecha reformista; esto significaba el rechazo de la última y más esencial de las veintiuna condiciones. Paul Levi, que estaba en el Congreso como delegado del KPD, aplaudió la actitud de Serrati. El resultado fue que el Partido Socialista Italiano, por mayoría de votos, se separó de la Comintern dejando al ala izquierda del Congreso bajo la dirección de Bordiga, que formase un partido comunista italiano sobre la base de las veintiuna condiciones. Un pequeño grupo, algo más grande que el KPD antes de su fusión con el USPD, remplazó al partido italiano de masas, al

[159] *Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* (Hamburgo, 1921), pp. 250-52.

[160] No parece haberse publicado ningún informe oficial del Congreso. Los principales documentos referentes a la escisión se publicaron en Rusia en *Doklad Ispolkoma Kominterna o Rascole v Italianskoi Sotsialisticheskoi Parti* (1921) e *Italianscaya Sotsialisticheskaya Partiya i Kommunisticheski Internatsional: Sbornik Dokumentov* (1921). Zinóviev y Bujarin tenían que haber asistido como delegados del partido ruso al congreso de Leghorn, pero el gobierno italiano les negó los visados (*Protokoll des III. Kongresses der Kommunistischen Internationale* [Hamburgo, 1921], p. 167).

que Lenin había dado la bienvenida a la Comintern en el verano de 1919. En las elecciones parlamentarias italianas de mayo de 1921 obtuvo trece escaños.

Ningún país se podía comparar como campo de las actividades de la Comintern con Alemania, Francia e Italia. La primera iniciativa en el intento de combinar a los partidos divididos de la izquierda británica en un único partido comunista parece que se tomó en abril de 1920. Pero las rivalidades eran grandes y el progreso lento; y bastantes grupos y partidos mandaron delegados independientes al segundo Congreso de la Comintern. Fue cuando este Congreso estaba todavía reunido cuando se fundó el Partido Comunista de Gran Bretaña (CPGB), en un congreso celebrado en Londres el 1 de agosto de 1920. Las únicas divergencias fundamentales que dividían a este congreso eran las cuestiones de la acción parlamentaria y la afiliación al Partido Laborista. En la primera, tras la confusa votación de diferentes resoluciones, se encontró una fórmula que aprobaba la participación en las elecciones parlamentarias y fue aceptada sin divisiones; en la segunda, la propuesta de solicitar la afiliación se aprobó por una mayoría de 150 contra 85 [161], aunque cuando se hizo la solicitud inmediatamente después del congreso, fue firme y decididamente rechazada por el Partido Laborista [162]. El CPGB celebró un congreso posterior en Leeds en enero de 1921 para completar su constitución y dar constancia de su aceptación de las veintiuna condiciones. Pero aunque había tenido éxito en reunir en su seno a todos los pequeños grupos de la extrema izquierda, tenía pocas esperanzas de convertirse en un partido de masas, pues no contaba más de 2.500 afiliados [163]; el ILP rechazó las veintiuna condiciones en su conferencia de Southport en marzo de 1921 [164], por una mayoría de cinco a uno, dejando que una minoría disidente se separara y se uniera al CPGB. Los grandes partidos búlgaro y noruego, y los pequeños holandés,

[161] *CPGB: Communist Unity Convention* (1920), pp. 29, 57. El relato de las negociaciones que llevaron a la fundación del Partido Comunista de Gran Bretaña (GPGB) en T. Bell, *The British Communist Party* (1937), pp. 52-57, fue criticado por extralimitar las funciones del Partido Socialista Laborista del que era miembro Bell; más de la mitad de los delegados en el congreso de fundación provenían del Partido Socialista Británico.

[162] La correspondencia está en T. Bell, *The British Communist Party* (1937), pp. 63-67.

[163] T. Bell, *Pioneering Days* (1941), pp. 194-95; el escritor admite que la cifra de 10.000 pretendida en el tercer Congreso de la Comintern era ficticia (*Protokoll des III. Kongresses der Kommunistischen Internationale* [Hamburgo, 1921], pp. 18-19).

[164] Se recogieron sus debates en *Independent Labour Party: Report of the 29th Annual Conference* (1921).

austriaco y húngaro (este último se reducía a exiliados en Viena y Moscú) aceptaron las veintiuna condiciones sin demora. En Checoslovaquia se produjo una división en los mismos términos que en Alemania y en Francia, y el resultado fue un Partido Comunista Checoslovaco de regular tamaño. Se formó un Partido Comunista Serbio-Croata-Esloveno, que aseguró 200.000 votos y 58 escaños en las elecciones parlamentarias serbio-croata-eslovenas de noviembre de 1920, surgiendo como el tercer partido más fuerte. Su éxito, que parecía emular al del partido búlgaro, resultó ser fatal. Se tomaron medidas policíacas que lo destruyeron virtualmente en el año siguiente al de su nacimiento. En casi todos los países europeos más pequeños, una mayoría de los socialistas rechazaron las veintiuna condiciones y se escindieron pequeños grupos para formar partidos comunistas que se adhirieron a la Comintern pero que no tenían ni fuerza numérica ni influencia. Dos reprimendas del IKKI [165] no consiguieron acabar con el cisma entre los dos partidos americanos.

En el invierno de 1920-21, el éxito de la política introducida por el segundo Congreso de la Comintern parecía sobre el papel de gran alcance. La Segunda Internacional, tras fracasos en Berna y Lucerna en 1919, había conseguido reconstituirse formalmente en una conferencia sostenida en Ginebra en julio de 1920, al mismo tiempo que el segundo Congreso de la Comintern. El Partido Laborista Británico, junto con el Partido Socialdemócrata Alemán, habían reunido en torno a ellos a los partidos socialdemócratas de los países del noroeste de Europa y uno o dos pequeños grupos de otros países. Pero este fantasma del pasado no parecía ser un antagonista serio de la joven Internacional Comunista. Había sido creada una organización revolucionaria con sus cuarteles generales en Moscú y sus sucursales en todos los países europeos. Bandas de esperanzados y devotos comunistas que creían en la revolución proletaria se habían desembarazado —con mayor o menor debilitamiento numérico, pero con un fortalecimiento moral consiguiente— de su incómoda alianza con otros partidos de la izquierda. Las fuerzas de la revolución estaban ascendiendo y se dirigían hacia una pronta victoria. El mundo capitalista continuaba mostrando síntomas de alarma; uno de ellos era el crecimiento de extensas organizaciones de propaganda antibolcheviques, las cuales, no contentas con la abundancia de material auténtico, se metieron en la difusión de documentos trucados que describían la visión y propósitos de la Comintern en

[165] *Kommunisticheski Internatsional,* n.° 14 (6 noviembre 1920), col. 2944; n.° 17 (7 junio 1921), cols. 4295-296.

unos términos salidos de tono [166]. Sin embargo, el estado de ánimo optimista que había en Moscú no duró todo el invierno; y la fe incuestionable que tenían los dirigentes bolcheviques en la revolución europea, se perdió para siempre. La primavera de 1921 trajo consigo el final de un período. Fue señalado por tres acontecimientos decisivos: uno afectaba a la política interna de la RSFSR, el segundo afectaba a su política exterior, y el tercero a las perspectivas de revolución en el país donde hasta entonces aparecían como más claras y más ciertas. En marzo de 1921, después del levantamiento de Kronstadt, Lenin introdujo la Nueva Política Económica; se concluyó un acuerdo comercial entre la RSFSR y Gran Bretaña; y un levantamiento comunista en Alemania fue dura e ignominiosamente derrotado.

[166] A. L. P. Dennis, *The Foreign Policies of Soviet Russia* (1924), pp. 363-5, hace referencia a algunas de estas falsificaciones que tuvo a los periodistas a los servicios de espionaje de muchos países ocupados por algún tiempo; la principal fuente parece haber sido una organización en Berlín llamada *Ostnformation.*

\ REVOLUCION EN ASIA

Marx dio poca importancia a las cuestiones coloniales, por no urrírsele que las colonias y las regiones atrasadas del mundo estan llamadas a jugar un papel importante en la derrota del capitamo. La Primera Internacional las ignoró totalmente. La Segunda ternacional permaneció durante largo tiempo igualmente desintesada de la cuestión. En el Congreso de París de 1901, bajo la luencia de la guerra sudafricana, Rosa Luxemburgo, que más tarde ría un lugar central a la explotación colonial en su teoría de la umulación del capital, propuso por primera vez una resolución en que se deploraban los males parejos de la política militarista y lonialista. La Revolución rusa de 1905 trasladó el centro de intes inmediato de Africa a Asia, donde los movimientos revoluciorios nacionales —la revolución persa de 1906, la «joven» revoción turca de 1908, la revolución china de 1912 y los comienzos l nacionalismo hindú— se despertaban excitados por el levantaiento ruso. En 1907 Kautsky escribió un folleto titulado *El sociamo y la política colonial* en el cual publicaba por primera vez una rta de Engels de 1882, profetizando una revolución en India y ciendo que, una vez que el proletariado hubiese conseguido su ctoria en Europa y América del Norte, «esto dará tal ejemplo y l ímpetu colosal que los países medio civilizados nos seguirán de

propio acuerdo»[1]. En 1908 un artículo de Lenin titulado *Material explosivo en la política mundial,* encontraba un nuevo significado en los movimientos revolucionarios de Persia, Turquía, India y China: «El obrero europeo consciente tiene ahora camaradas asiáticos, y el número de estos camaradas crecerá de hora en hora»[2]. Unos años más tarde, cuando triunfó la revolución china, Lenin diagnosticó con más precisión el significado del resurgir de Asia:

> Esto significa que el Este ha tomado al fin el camino del Oeste, que nuevos *cientos y cientos de millones* de seres humanos tomarán parte consiguiente en la lucha por los ideales que el Oeste ha logrado gracias a sus esfuerzos. La burguesía occidental está podrida y ya es enfrentada por su enterrador —el proletariado—. Pero en Asia hay *todavía* una burguesía capaz de levantarse por una democracia sincera, enérgica y consistente, un valioso camarada de los grandes maestros y revolucionarios de finales del siglo dieciocho en Francia[3].

Era un comienzo significativo, que Lenin en aquel tiempo no valoraba, el que el movimiento democrático revolucionario para la liberación nacional de los países atrasados de Asia debiera estar unido en alianza potencial con el movimiento socialista revolucionario de los países industriales de Europa.

La guerra de 1914 demostró ser una a modo de estufa donde madurasen rápidamente las aspiraciones nacionales de los países atrasados. Los pueblos asiáticos y africanos fueron arrastrados a representar un papel en una lucha que no les concernía. Tropas coloniales e indias lucharon por primera vez en los campos de batalla europeos. Los designios aliados de anexionar a las colonias alemanas comenzaron a excitar a los círculos radicales de oposición incluso en los países europeos victoriosos, y casi de manera total en los Estados Unidos. Era cada vez más difícil el excluir a los pueblos dependientes del alcance de la doctrina Wilson de autodeterminación nacional que los aliados habían aceptado calurosamente en Europa. Lenin, construyendo en parte sobre los cimientos puestos cinco años antes por Rosa Luxemburgo en su *Acumulación del capital,* publicó a principios de 1917 su obra *El imperialismo, fase superior del capitalismo,* describiendo la adquisición y explotación de colonias mediante procesos de inversiones rentables como la esencia del capitalismo en su última fase. La cuestión apareció por primera vez en un documento del partido bolchevique, en una resolución de la

[1] Marx i Engels, *Sochineniya,* xxvii, 238-39.
[2] Lenin, *Schonineniya,* xii, 306.
[3] *Ibid.,* xvi, 28.

conferencia de abril de 1917, en la cual se observaba de modo casual que «el imperialismo contemporáneo, al fortalecer la necesidad de subyugar a los pueblos débiles, es un nuevo factor que intensifica la opresión nacional» [4].

Cuando se produjo la Revolución bolchevique, en el cuarto año de la primera guerra mundial, la cuestión colonial tenía cualidades incendiarias que ningún revolucionario serio podía ignorar. El fracaso del Gobierno Provisional al enfrentarse a esta cuestión se consideró como una de las muchas pruebas de que no poseía en serio credenciales como gobierno revolucionario. Aquellos que intentaban aplicar la doctrina marxista al mundo contemporáneo se enfrentaban a la tarea de crear programas políticos no sólo para los pueblos «adelantados» de Europa occidental y sus derivados ultramarinos, sino también para los pueblos «atrasados» de Africa y Asia. Esto era de la máxima incumbencia para los revolucionarios que se veían dueños de un vasto país encerrado entre dos continentes —un país cuyo gobierno había estado siempre obligado a conjugar juntos dos modelos divergentes de política extranjera aplicables a los muy diferentes medios de vida y civilización de Europa y Asia [5]. Con los otros continentes Moscú no tenía todavía puntos de contacto, y esto por lo menos limitaba el alcance del problema. Socialismo proletario entre el Occidente industrial y el prolífico Oriente dependiente de la tierra, Rusia entre Europa y Asia [6] —éstas eran las fórmulas gemelas, revolucionaria y nacional, que una vez más imponían un doble enfoque y una doble política al gobierno soviético.

El éxito de la política asiática del gobierno soviético se debía principalmente a su habilidad para asimilar la cuestión «colonial»

[4] *VKP(B) v Rezolutsiyaj* (1941), i, 233.

[5] Eslavófilos como Danilevski atribuían a Rusia un reinado espiritual sobre el Este y una misión mediadora con él de lo que era aceptable de la cultura occidental; la penetración económica de Rusia en el Este con las fuentes materiales derivadas del Oeste fue la realización práctica de esta visión romántica; Trotski veía a la economía rusa como la que reunía en sí las características tanto de una potencia colonial como las de una colonia: «tenemos en nuestro centro al mismo tiempo tanto a Londres como a la India» (Trotski, *Sochineniya,* xiii, 104).

[6] Bujarin se extendió en este tema durante el duodécimo Congreso del partido en 1923, atribuyéndole el análisis a Lenin: «*La Rusia soviética queda geográfica y políticamente entre dos mundos gigantes —el todavía fuerte y, desgraciadamente, imperialista mundo capitalista de occidente y las cifras colosales de población del oriente donde está ahora comenzando el fermento revolucionario—*. Y la República soviética se balancea entre estas dos fuerzas enormes, las cuales, hasta cierto punto, se igualan una con la otra» *(Dvenadtsati Syezd Rossiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1923], p. 240).

con la «nacional». La disposición de la RSFSR a reconocer el derecho de secesión de los pueblos dependientes —ya fuesen europeos o asiáticos— del antiguo imperio zarista, atestiguaban su sinceridad al proclamar el mismo derecho para los pueblos sometidos de otros imperios. Esto hizo de la política colonial un corolario lógico y una prolongación natural de la política nacional; las bases teóricas de ambas eran las mismas. La emancipación colonial, al igual que todas las formas de emancipación nacional, pertenecían a la fase de revolución burguesa. Era sin duda, en último caso, significativo como un preludio necesario para la revolución socialista mundial. Pero en esta fase seguía siendo burguesa; y la política soviética podía expresarse en lenguaje wilsoniano de autodeterminación y libertades democráticas, dirigiéndose de esta manera no sólo a los pueblos oprimidos sino también a la opinión avanzada del mundo burgués. Tampoco era necesario el hacer distinciones entre los diferentes pueblos de Asia. Todos, cualesquiera que fuesen su situación política, habían estado sometidos a la intromisión y dominio del capitalismo burgués; como Lenin apuntaba en *El imperialismo, fase superior del capitalismo,* Persia, Turquía y China eran ya «pueblos semicoloniales» [7]. La política soviética atraía grandemente a los pueblos de Asia en su totalidad, a los antiguos súbditos del zar, a los súbditos de otros imperios y a las independencias nominales dependientes del mercado mundial capitalista.

Estos principios tuvieron su primera aplicación en un llamamiento del Sovnarkom «a todos los obreros musulmanes de Rusia y del Este» hecho el 24 de noviembre-7 de diciembre de 1917. Se aseguraba a los musulmanes de Rusia que «sus creencias y costumbres», sus «instituciones nacionales y culturales», serían en adelante libres e inviolables. Los del Este, entre los que se nombraba específicamente a los persas y los turcos, los árabes y los hindúes, eran incitados a que arrojasen de sus países a «los ladrones y traficantes de esclavos» imperialistas. Los tratados secretos que proveían la captura de Constantinopla por Rusia habían sido «destruidos»; Constantinopla «debe permanecer en manos de los musulmanes». El tratado para la partición de Persia había seguido el mismo camino: serían retiradas las tropas de Persia tan pronto como finalizasen las operaciones militares [8]. El tratado para «la partición de Turquía y

[7] Lenin, *Sochineniya,* xix; Lenin hizo la misma descripción sobre los tres países en su discurso al segundo Congreso de la Comintern en 1920 *(ibid.,* xxv, 351).

[8] «Sobre las bases del principio de libertad, independencia e inviolabilidad territorial del Estado neutral persa», el armisticio de Brest-Litovsk del 2-15 de

la anexión de Armenia» fue también anulado: los armenios tendrían libertad para elegir su destino político [9].

Caminamos de manera firme y resuelta [concluía el manifiesto] hacia una paz honorable y democrática.

En nuestras banderas llevamos la liberación para los pueblos oprimidos del mundo [10].

La declaración de los Derechos del Pueblo Trabajador y Explotado anunciaba en términos más generales «el completo rechazo de la bárbara política de la civilización burguesa, que construyó la prosperidad de los explotadores en unas cuantas naciones privilegiadas sobre la esclavitud de cientos de millones de masas trabajadoras en Asia, en las colonias en general, y en los países pequeños».

El período de extrema debilidad por el cual atravesó la joven RSFSR durante su primer año de existencia, dio pie a esta política altruista. A lo largo de la mayor parte del año 1918, las tropas alemanas ocuparon Ucrania, cortando a la RSFSR del mar Negro. Turquía, bajo el Tratado de Brest-Litovsk, se había asegurado disimuladamente la cesión de las antiguas regiones rusas de Kars, Ardahan y Batum, y había progresado en el verano de 1918 ocupando Bakú. Tras la derrota de las potencias centrales, las fuerzas británicas aparecieron en Transcaucasia. Desde marzo de 1918, cuando las tropas británicas penetraron en Persia persiguiendo a los turcos en retirada, Persia había estado totalmente bajo influencia británica. Japón, y más tarde Kolchak, cortaron los accesos de Moscú con el lejano Oriente. En semejantes condiciones costaba poco renunciar a los derechos del antiguo gobierno zarista, cuyo sucesor no estaba en posición de mantener [11]. Las declaraciones sobre política en Asia

diciembre de 1917 hecho para la evacuación de Persia de las tropas tanto rusas como turcas. La declaración de Trotski del 14-27 de enero de 1918 al pueblo persa, publicada en el *Izvestiya* de esa fecha, renunciaba explícitamente a «los tratados, entre Rusia e Inglaterra u otras potencias, relacionados con Persia»; y bajo el Tratado de Brest-Litovsk del 3 de marzo de 1918, el gobierno soviético se comprometía a no mantener «esferas de influencia e intereses exclusivos en Persia».

[9] Según B. Boryan, *Armeniya, Mezhdunarodnaya Diplomatiya i SSSR* (1929), ii, 260, este pasaje fue inspirado por bolcheviques armenios, especialmente Shaumyan.

[10] Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika*, ii (1926), 94-96; véase también Vol. I, p. 336.

[11] Un artículo en *Izvestiya*, 19 diciembre 1917-1 enero 1918, citado por A. L. P. Dennis, *Foreign Policies of Soviet Russia* (1924), p. 237, señalaba que la renuncia soviética a los derechos zaristas fue el mejor sistema de acabar con la influencia británica en Persia.

de los dirigentes bolcheviques, en aquel tiempo, raramente iban más allá del aserto del derecho de autodeterminación de los pueblos oprimidos y de la denuncia del imperialismo y de los tratados secretos —todos ellos temas favoritos de Wilson. Unicamente Stalin, como Comisario del Pueblo para las Nacionalidades, estaba continuamente preocupado con el panorama asiático. En un artículo de aniversario en *Pravda* en noviembre de 1918, desarrolló el tema de «el significado mundial de la Revolución de Octubre»:

> La Revolución de Octubre es la primera revolución en la historia del mundo que interrumpe el largo letargo de las masas trabajadoras de los pueblos oprimidos del Este y que las conduce a la lucha contra el imperialismo mundial...
>
> La gran importancia mundial de la Revolución de Octubre es, principalmente, que ha... *construido por este mismo hecho, un puente entre el socialismo occidental y la esclavitud oriental,* creando un nuevo frente revolucionario que va, a través de la Revolución rusa, a los pueblos oprimidos de oriente, *en contra* del imperialismo mundial [12].

Continuó con dos artículos en el periódico del Narkomnats, *No olvidemos el Este* y *La luz que viene del Este* [13]. No había nada original en estos artículos excepto el tiempo en el que fueron escritos. En las primeras semanas después del armisticio, cuando todos los dirigentes soviéticos tenían la mirada puesta en Berlín y en la incipiente revolución alemana, la voz de Stalin clamaba casi sola en el desierto. El primer Congreso de toda Rusia de las Organizaciones Comunistas Musulmanas, reunido en noviembre de 1918 [14], atrajo poca atención y se ocupó principalmente de los musulmanes del antiguo Imperio ruso. En la reunión revolucionaria internacional de Petrogrado de diciembre de 1918, presidida por Zinóviev, el delegado turco Sufí declaró que «el cerebro del capitalismo anglo-francés está en Europa, pero su cuerpo queda en las llanuras de Asia y Africa» [15].

En el año 1919, aunque no aumentó el poder militar soviético, se le vio dar un gran paso adelante en su política oriental. Hicieron su aparición dos nuevos factores: en primer lugar, el balance internacional del poder había cambiado con el hundimiento de las potencias centrales. La RSFSR no tenía ya nada que temer de Alemania o Turquía; por otra parte los aliados victoriosos, y especial-

[12] Stalin, *Sochineniya,* iv, 164-66.
[13] *Ibid.,* iv, 171-73, 177-82.
[14] Véase vol. 1, p. 337.
[15] *Sowjet-Russland und die Vöker der Welt* (Petrogrado, 1920), p. 32.

mente Gran Bretaña, mostraron una disposición a dirigir parte de los recursos que quedaban tras el armisticio hacia una campaña en contra del bolchevismo. Esto significaba un giro del mayor campo de actividades, de Europa a Asia. Además de los refuerzos enviados a los ejércitos rusos «blancos», los contingentes británicos en el Cáucaso y en Asia central hicieron en los primeros meses de 1919 numerosos movimientos abiertamente en contra de las fuerzas soviéticas. Mediante esta acción británica, el Oriente Medio se convirtió en 1919 en el teatro de operaciones de una guerra no declarada entre la RSFSR y Gran Bretaña; el Oriente Medio era, como pronto demostraron los acontecimientos, el punto más vulnerable del poder británico. En estas circunstancias, la RSFSR pronto se vio obligada, a falta de otros medios de defensa, a una ofensiva diplomática general contra Gran Bretaña en Asia.

El otro factor nuevo, que ayudó a determinar la forma de esta ofensiva, fue el nacimiento de la Comintern y el creciente énfasis en la revolución mundial como el *leitmotiv* de la política exterior soviética. El primer Congreso de la Comintern, reunido en marzo de 1919, no se preocupó mucho de los asuntos orientales, y los únicos delegados asiáticos parece que fueron los miembros del Comisariado del Pueblo para las Nacionalidades. Pero una sección de su manifiesto, tras referirse a «una serie de levantamientos abiertos e inquietud revolucionaria en todas las colonias», observaba que «el propósito del programa de Wilson, en su interpretación más favorable, se reduce a cambiar la etiqueta de la esclavitud colonial», declarando que «la liberación de las colonias sólo puede pensarse en conexión con la liberación de la clase obrera en los países metropolitanos», y terminaba con el llamamiento:

> ¡Esclavos coloniales de Africa y Asia! La hora de la dictadura del proletariado en Europa será para vosotros la hora de vuestra liberación [16].

Más tarde, en el mismo mes, Bujarin se expresaba con cínica franqueza en el octavo Congreso del Partido Comunista Ruso:

> Si proponemos la solución del derecho de autodeterminación de las colonias, los hotentotes, los negros, los indios, etc., no perdemos nada por ello. Por el contrario, ganamos; ya que la victoria nacional en su conjunto dañará al imperialismo extranjero... El movimiento nacionalista más derechista, por

[16] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), p. 57; Trotski, *Sochineniya*, xiii, 43-4.

ejemplo, el de los hindúes, no es sino agua para nuestro molino, ya que contribuye a la destrucción del imperialismo inglés[17].

Y el Congreso adoptó un programa revisado del partido que puntualizaba que el crecimiento mundial del imperialismo había traído consigo «una unión de la guerra civil dentro de cada país con las guerras proletarias revolucionarias y los pueblos oprimidos en contra del yugo de las potencias imperialistas», pidiendo «una política de unificación de los proletarios y semiproletarios de las diferentes nacionalidades para una lucha revolucionaria común en contra de los terratenientes y la burguesía»[18]. Más adelante, en el segundo Congreso de toda Rusia de Organizaciones Comunistas Musulmanas, Lenin llevó esta doctrina un paso más adelante:

La revolución socialista no será única o principalmente una lucha de los proletarios revolucionarios de cada país en contra de la burguesía —no, será la lucha de todas las colonias y países oprimidos por el imperialismo, de todos los países dependientes en contra del imperialismo internacional.

Y habló abiertamente de la necesidad de «traducir la verdadera doctrina comunista que estaba dirigida a los comunistas de los países más avanzados, a la lengua de cada nación»[19]. Una resolución del Congreso declaraba llanamente que «el problema de la revolución social internacional» era insoluble «sin la participación del Este»[20]. La política exterior soviética en el Oriente Medio empezó así en 1919 a tomar su doble forma; como lucha para la revolución mundial, adaptándose a las condiciones orientales, y como lucha contra Gran Bretaña, cabeza del ataque contra la Rusia soviética y principal potencia imperialista en Asia. Aquí como en cualquier parte, los aspectos nacionales e internacionales de la política se confundían unos con otros, y su distinción se hizo irreal y difícil de mantener.

La primera manifestación de la nueva política se produjo en Afganistán. En abril de 1919, Amanullah, el joven y progresista emir, que había subido al trono como resultado de una revolución de palacio ocurrida dos meses antes, denunció el tratado aceptado

[17] *Vosmoi Syezd RKP(B)* (1933), p. 49; en el mismo Congreso Zinóviev, dando cuenta de la visita de dos hindúes que habían pronunciado discursos en Moscú y Petrogrado, añadió que el movimiento en India «no era un movimiento puramente comunista, sino nacionalista, tocado aquí y allá con un tinte comunista» *(ibid.*, p. 145).

[18] *VKP(B) v Rezolutsiyaj* (1941), i, 283, 286.

[19] Lenin, *Sochineniya,* xxiv, 548, 551.

[20] *Zhizn Natsionalnostei,* n.º 47 (55), 14 diciembre 1919.

por sus predecesores que le obligaba a seguir los consejos británicos en las relaciones exteriores de su país, comenzando una campaña contra la India británica que llegó a ser conocida con el nombre de «tercera guerra afgana». El movimiento nacional afgano, encabezado por Amanullah, era comparable, aunque a un nivel mucho más primitivo, con la revolución persa de 1906 y la revolución «joven Turquía» de 1908, y debía su inspiración a la revolución bolchevique de la misma manera indirecta que estos movimientos la habían debido a la Revolución rusa de 1905 [21]. No es seguro —y quizá improbable— que alguien en Moscú tuviera conocimiento de la inminencia del brote de hostilidades entre Gran Bretaña y Afganistán [22]. Pero Amanullah, buscando apoyo moral en esta crítica coyuntura, dirigió una carta de felicitación de tipo oriental a Lenin, como el «Presidente bien nacido de la gran República Rusa», y a Chicherin como Comisario para Asuntos Extranjeros, proponiéndole el establecimiento de relaciones diplomáticas [23]; y casi al mismo tiempo llegó a Moscú desde Kabul vía Tashkent un conocido propagandista anti-británico que se hacía llamar Profesor Barkatullah [24] y que se convirtió en «la cabeza de la delegación afgana en Moscú». En este cargo, hizo una declaración, publicada en el *Izvestiya* de 6

[21] A. Gurevich, *Afganistán* (segunda ed., 1930), pp. 43-45, llama al régimen de Amanullah un «absolutismo inteligente», y hace un recuento más bien precipitado de las fuerzas sociales a favor y en contra suyo; según el veredicto de *Pravda* del 26 de enero de 1929 (citado *ibid.*, p. 56), sus reformas «estaban imbuidas de un carácter extremadamente superficial y no daban nada real al campesinado afgano».

[22] Un oficial del ejército hindú destinado en Asia central afirmó que «eran los soviets quienes organizaron la tercera guerra afgana» (I. V. S. Blacker, *On Secret Patrol in High Asia* [1922], p. 186). Esto puede ser un reflejo del punto de vista del gobierno hindú; pero semejantes informes se divulgaban rápidamente durante aquel período sin estar apoyados en una evidencia seria.

[23] *Diplomaticheski Slovar*, ii (1950), 694, art. «Sovetsko-Afganskie Dogovori i Soglasheniya».

[24] Un oficial del espionaje británico, que da cuenta de la presencia de Barkatullah en Tashkent durante la primavera de 1919, hace la siguiente descripción de su carrera, probablemente sacada de fuentes oficiales: «Nació en el estado de Bofal, en India central, y fue profesor de indostaní en Tokio hasta que fue expulsado por los japoneses, marchándose a América, donde no desaprovechó ocasión para vilipendiar nuestra autoridad en India. Pretendió pasar por súbdito alemán e incluso declaró ser el agente diplomático alemán en Kabul. Llevaba un pasaporte alemán expedido en Dar-es-Salaam en Africa oriental... Durante la guerra se formó en Berlín una organización llamada gobierno provisional de la India. El presidente era Mahendra Pratap... y este Barkatullah era el ministro del exterior» (F. M. Bailey, *Mission to Tashkent* [1946], p. 143).

de mayo de 1919, ofreciendo unas bases realistas de colaboración entre Moscú y los pueblos orientales oprimidos:

> No soy ni un comunista ni un socialista, pero mi programa político lleva consigo la expulsión de los ingleses de Asia. Soy un enemigo implacable de la capitalización de Asia por Europa, cuyos principales representantes son los ingleses. En esto me acerco a los comunistas, y a este respecto somos aliados naturales.

De todas maneras no estaba claro cómo podría ayudar Moscú; y los ejércitos afganos estaban ya rindiéndose a las tropas militares inglesas cuando Lenin contestó a la carta de Amanullah, el 27 de mayo de 1919, con un telegrama en el que felicitaba al pueblo afgano por su lucha contra «los opresores extranjeros», y sugería ayuda mutua en ataques futuros [25].

A la rendición afgana siguió sorprendentemente un reconocimiento británico de la independencia que Amanullah intentaba [26]. Esto no impidió, sin embargo, el desarrollo posterior de las relaciones sovieticoafganas. En el otoño de 1919, un enviado afgano llamado Mohammed Wali Kan llegó a Moscú, y un representante soviético, un antiguo cónsul llamado Bravin, parece que llegó a Kabul casi al mismo tiempo [27]. En noviembre Lenin envió una carta a Amanullah, en la cual se congratulaba de que Afganistán fuese «el único Estado musulmán independiente en el mundo» (Persia y Turquía no se consideraban realmente independientes al estar parcialmente ocupados por tropas británicas o aliadas), destinado a «la gran tarea histórica de reunir en torno suyo a todos los pueblos musulmanes esclavizados y dirigirlos por el camino de la libertad e independencia». Este era el preludio a una declaración de disposición «para discutir con el gobierno del pueblo afgano con vistas a llegar a acuerdos comerciales y amistosos, cuyo propósito no sea sólo el de llegar a unas buenas relaciones de vecindad para el interés mutuo, sino también el de la lucha junto a Afganistán en contra del gobierno más imperialista de

[25] Citado por L. Fisher, *The Soviets in World Affairs* (1930), i, 285-86, de los archivos del Narkomindel: nunca ha sido publicado completo.

[26] Los documentos relativos a esta «guerra» y los acuerdos que la concluyeron fueron publicados en *Papers Regarding Hostilities with Afganistan 1919*, Cmd. 324 (1919).

[27] F. M. Bailey, *Mission to Tashkent* (1946), pp. 174-76, describe la partida simultánea de Mohammed Wali y Bravin de Tashkent el 14 de junio, y las dificultades por las que atravesaron antes de llegar a sus respectivos destinos; según la misma fuente, Bravin dio un informe desfavorable sobre la actitud de Amanullah y del gobierno afgano. Fue asesinado poco después en Kabul.

la tierra, Gran Bretaña» [28]. Viniendo de un gobierno implicado en una desesperada crisis de guerra civil y con sus medios de comunicación con Asia central cortados, es posible que la carta no fuese muy impresionante. Amanullah tenía fuertes lazos de lealtad musulmana y le atraían las ambiciones de unir todo el Islam. Los movimientos panislámicos y panturanios en Asia central eran, sin embargo, armas de dos filos; porque, aunque su filo se podía volver fácilmente contra Gran Bretaña, especialmente mientras la política británica fuese hostil a Turquía, su atractivo para los pueblos musulmanes y de lengua turca, que estaban dentro de la órbita soviética, también suponía peligro para la autoridad soviética. Entre otras cosas, Amanullah tenía especial interés en la suerte de otro potentado, el emir de Bujara, quien no era fácil que se aviniese a unas relaciones con Moscú [29]. Esto no le impedía el jugar a enfrentar a Gran Bretaña con Rusia. La tradición del siglo XIX había hecho de Afganistán un país neutral, en donde los agentes secretos rusos e ingleses llevaban una guerra subterránea. El sistema perduró con los mismos métodos y probablemente con el mismo *personal*. En el estado de ánimo del año 1919 y siguientes, era difícil que tanto las autoridades rusas como las británicas desaprovechasen la menor oportunidad para poner las cosas difíciles los unos a los otros; y Afganistán era el campo propicio de estas pequeñas oportunidades.

No se abandonó a las otras víctimas del imperialismo británico. En Persia, al igual que en Afganistán, el verano de 1919 vio un recrudecimiento del interés ruso tras un largo período de forzosa inactividad. Un joven enviado bolchevique llamado Kolomitsev había llegado a Teherán desde el Cáucaso en el verano de 1918. Pero el gobierno persa se había negado a recibirle, con la excusa de que no tenía credenciales de Moscú, sino tan sólo del gobierno soviético en Bakú;

[28] Citado de los archivos del Narkomindel por L. Fisher, *The Soviets in World Affairs* (1930), i, 286; no hay duda de su autenticidad, aunque es posible que no fuese hecho personalmente por Lenin.

[29] Una carta fechada en febrero de 1920 de la madre de Amanullah al emir de Bujara, dice *inter alia* que Amanullah «hace de la independencia de Bujara, nuestro amigo y correligionario, la primera condición de su amistad con la república rusa soviética», está citada en *Asie Française*, noviembre 1921, p. 420; la carta está llena de fervor religioso y la autora pudo haber sido un centro de influencia en la corte de Amanullah. I. Maiski, *Vneshniaya Politika RSFSR, 1917-1922* (1922), p. 147, habla de fricciones en ese tiempo entre la RSFSR y Afganistán. Según el general Malleson, que mandaba las fuerzas británicas en Asia central, la RSFSR estaba preocupada por los designios afganos sobre el Turkestán: los afganos parecían pretender «un enorme levantamiento de todo el Islam a través de Asia central» (*Journal of the Central Asian Society*, ix [1922], ii, 103-04).

y se dijo que su misión había sido atacada y expulsada por los «cosacos» —soldados persas al mando de oficiales rusos «blancos» [30]—. La ocupación británica de Persia, mientras fue incidental en la guerra contra las potencias centrales, no dio lugar a dificultades políticas. Pero cuando la guerra terminó, el gobierno británico se enfrentó a una gran división de opiniones. Por una parte, la presión para la desmovilización era grande y las operaciones militares estaban sometidas a la supervisión del Parlamento y de la opinión pública. El Ministerio de la Guerra no se inclinaba a aceptar compromisos duraderos en el norte de Persia, lo cual estaba más allá de la esfera tradicional británica; y esta desgana encajaba en el deseo de Lloyd George de evitar cualquier política que implicase la acción militar directa en contra de los bolcheviques. Por otra parte, el Foreign Office, ahora controlado por Curzon, buscaba el aprovecharse de la impotencia de Rusia para establecer una forma velada de protectorado británico sobre toda Persia; y esta ambición se expresó en un tratado negociado en Londres a principios del verano de 1919. Mientras que en su preámbulo se rendía tributo a «la independencia e integridad de Persia», establecía que el gobierno persa aceptaría a consejeros económicos británicos, a oficiales británicos que reorganizasen el ejército y a ingenieros británicos para la construcción del ferrocarril, todo ello respaldado por un crédito de 2.000.000 de libras. Esto era la revocación del principio aceptado en la convención anglo-rusa de 1907, que reconocía una esfera de influencia rusa en el norte de Persia y una esfera de influencia británica en el sur; y, a pesar de que el gobierno soviético había renunciado a todo derecho por su declaración de enero de 1918 [31], esta intromisión de una nación comprometida, apenas veladamente, en una acción hostil al poder soviético en el Caúcaso y en Asia central, no podía por menos que provocar la alarma en Moscú [32].

[30] *Diplomaticheski Slovar*, i (1948), art. «Kolomitsev»; para el corto gobierno soviético en Bakú, véase vol. 1, p. 360.

[31] Véase p. 246, nota 8.

[32] Uno de los consejeros financieros británicos del gobierno persa, nombrado para el tratado, lo describe como un acto de «provocación», y escribe: «Si nos hubiésemos contentado y permanecido satisfechos con nuestra posición y prestigio, es improbable que los bolcheviques hubiesen provocado la acción que hicieron; pero en lugar de eso, elegimos deliberadamente el correr los más graves riesgos cuando no se podía prever una ventaja correspondiente... El que el Foreign Office eligiese el momento en el que Rusia estaba en la angustia de la Revolución para repudiar la Convención (de 1907), y entrase de lleno en una política que intentaba suplantar la influencia rusa, sólo podía mirarse, desde un punto de vista bolchevique, como un acto de agresión deliberada» (J. M. Balfour, *Recent Happenings in Persia* [1922], pp. 120-21).

Cuando se conoció el alcance del proyectado convenio, el gobierno soviético envió una nota al gobierno persa el 26 de junio de 1919, en la que recapitulaba todas las concesiones que había hecho, contrastándolas con las de la imperialista Gran Bretaña: la cancelación de las deudas zaristas, la renuncia a las concesiones zaristas en Persia, el abandono de la jurisdicción consular y la entrega al gobierno persa de las antiguas propiedades públicas rusas en Persia y de los fondos del Banco Ruso de Descuento [33]. La firma del tratado anglo-persa el 9 de agosto de 1919 fue seguida tres semanas más tarde por una declaración pública de Chicherin a «los trabajadores y campesinos de Persia». Revisaba las diferentes actitudes de los gobiernos soviético y británico a lo largo de los dos años anteriores en lo referente a la independencia y los derechos persas, describía el «vergonzoso tratado anglo-persa» como «un trozo de papel cuya validez legal no será reconocida nunca», y terminaba con un pasaje que contenía una amenaza y una promesa:

> La hora de vuestra liberación está próxima, la hora de la derrota pronto llegará para el capitalismo inglés, en contra del cual hay un gran movimiento que se extiende cada vez más amenazante entre las masas trabajadoras de la misma Inglaterra...
>
> El pueblo trabajador de Rusia os extiende a vosotros, las masas oprimidas de Persia, su mano fraternal. Se acerca la hora en la que podremos cumplir nuestra tarea de lucha común con vosotros en contra de los bandidos y los opresores, grandes y pequeños, que son la causa de vuestros incontables sufrimientos [34].

Gracias en parte a estas advertencias, el tratado anglo-persa no fue bien recibido en Persia; y la convocatoria de los Mejlis, que deberían ratificarlo antes de que fuese efectivo, se retrasó deliberadamente. Con la guerra civil en un momento crítico y las fuerzas militares británicas todavía activas en el Caúcaso y en Asia central, el ejercer la influencia soviética en Persia era una tarea difícil. Kolomitsev, el enviado que había sido rechazado el año anterior, fue enviado de nuevo a Teherán en el verano de 1919 con las credenciales apropiadas de Moscú, pero fue capturado mientras cruzaba el Caspio y fusilado por las fuerzas rusas «blancas» «con el apoyo de las fuerzas inglesas que ocupan Persia» [35]. Al principio de 1920, sin

[33] Esta nota no ha sido publicada; L. Fisher hace citas de ella en *The Soviets in World Affairs* (1930), i, 289, y su contenido se recapitulaba en la declaración del 30 de agosto de 1919.
[34] Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika*, ii (1926), 341-44.
[35] *Novi Vostok*, viii-ix (1925), 151.

embargo, Denikin y Kolchak fueron derrotados decisivamente, y las tropas inglesas se retiraban de todas partes. En abril de 1920 se restableció el poder soviético en Azerbaiyán y llegó el tiempo para una acción más efectiva en Persia.

La situación se complicó con la presencia en Gilan, la región más norteña de Persia que lindaba con Azerbaiyán, de un gobernante virtualmente independiente, mitad aventurero y mitad fanático, que predicaba doctrinas nacionalistas y revolucionarias, llamado Kuchik Kan, en cuyo programa se incluía el destronamiento del sha y la distribución de la tierra a los campesinos [36]. Era fuertemente turcófilo, y se dijo de él que recibió subsidios alemanes durante la guerra por sus actividades antibritánicas; esto hizo fácil para él más tarde el sustituir el apoyo bolchevique por el alemán [37]. En la primavera de 1920, cuando el gobierno soviético estaba listo para dar el golpe, débiles fuerzas británicas todavía permanecían en el norte de Persia; pero tenían, por motivos políticos, órdenes de evitar cualquier enfrentamiento directo con las tropas soviéticas. En la noche del 18 de mayo de 1920, una fuerza soviética considerable, bajo el mando de Raskolnikov, desembarcó desde el Caspio en el puerto de Enzeli, con el inmediato propósito de apoderarse de los barcos rusos de la flota del Caspio, que con sus tripulaciones habían sido abandonados allí tras la derrota de Denikin. La operación tuvo un éxito completo. La guarnición inglesa se retiró de Enzeli y de la ciudad vecina de Resht, que también fue ocupada por las tropas soviéticas. Al mismo tiempo las tropas soviéticas de Azerbaiyán (o unidades del Ejército Rojo que pasaban por tales) entraron en Gilan. En una reunión entre Kuchik y los representantes soviéticos en Resht el 20 de mayo de 1920 se llegó a un acuerdo, proclamándose una república soviética independiente de Gilan. Para dejar sentadas las credenciales revolucionarias de Kuchik, éste le envió una carta a Lenin rogando «a ti y a todos los socialistas que son miembros de la Tercera Internacional el ayudar

[36] Las dos fuentes sobre Kuchik más asequibles parecen ser un artículo contemporáneo de Martchenko, un antiguo oficial ruso «blanco» en Persia (*Revue du Monde Musulman*, xl-xli [1920], 98-116), y los últimos recuerdos de Ekshanllah, uno de los lugartenientes de Kuchik (*Novi Vostok*, xxix [1932], 88-103). Cada cual tiene su preferencia particular: Martchenko da una imagen más romántica de Kuchik, a quien describe como «un fanático desinteresado, un soñador nacionalista».

[37] Según la *Revue du Monde Musulman*, xl-xli (1920), 104, Kuchik huyó de Gilan a Afganistán tras la victoria aliada a finales de 1918, y volvió un año más tarde con el respaldo bolchevique; esto está en parte confirmado en *Novi Vostok*, xxix (1930), 92, que describe sus intentos para establecer contactos en el Cáucaso con los bolcheviques en el verano de 1919.

a liberar al nuestro y a todos los pueblos débiles y oprimidos del yugo de los opresores persas y británicos» [38]. Simultáneamente a estos acontecimientos, y para demostrar que no indicaban hostilidad por parte de Moscú hacia el gobierno de Teherán, se publicó un intercambio de notas entre los gobiernos persa y soviético, acordando la reanudación de las relaciones oficiales y el envío de una delegación persa a Moscú [39].

El resultado inmediato del golpe de Enzeli fue un declive del prestigio británico, que resultó definitivo para las pocas posibilidades que quedaban de ratificación del tratado anglo-persa. El gobierno persa protestó ante Moscú por la acción soviética en Gilan; y Chicherin, en una respuesta deprecatoria, habló de la seguridad del Caspio y negó cualquier intención agresiva [40]. Esto fue seguido de una protesta ante la Sociedad de Naciones, que entonces no tenía más de seis meses de existencia; pero la reunión del Consejo de la Sociedad se retrasó hasta el 16 de junio, y para ese día el delegado persa informó que las conversaciones con el gobierno soviético progresaban, dando al Consejo una oportunidad bien recibida de archivar el asunto [41]. Mientras tanto, el primer ministro persa había dimitido. Si el gobierno soviético hubiese podido aprovecharse de su ventaja, es posible que hubiese establecido su autoridad en Teherán en el verano de 1920. Pero su poder no era todavía lo suficientemente grande para una acción decisiva, especialmente con sus preocupaciones en Europa. A pesar de todo, también sufrió una división de opiniones. ¿Debía sostenerse la autoridad de Kuchik Kan, quien no era comunista, pero podía ser utilizado en contra de los ingleses o en contra de un gobierno persa hostil? ¿Se debía apoyar al pequeño Partido Comunista Persa, que tuvo su primer Congreso en Enzeli en julio de 1920, proclamando la lucha «en contra del imperialismo británico, en contra del gobierno del sha y en contra de todos los que les apoyan»? [42] ¿O se debería tratar con el gobierno persa, que estaba resentido por igual del apoyo dado tanto a los movimientos separatistas como a los comunistas, con la esperanza de establecer la influencia soviética en

[38] *Ibid.*, xxix, 106; I. Maiski, *Vneshnyaya Politika RSFSR, 1917-1922* (1922), p. 157.

[39] *Pravda*, 21 mayo 1920.

[40] *The Times*, 21 mayo, 3 junio 1920; las notas no parece que hayan sido publicadas.

[41] *Sociedad de Naciones: Diario Oficial*, n.º 5 (julio-agosto 1920) pp. 216-18.

[42] *Kommunisticheski Internatsional*, n.º 13 (28 septiembre 1920), cols. 2551-552; n.º 14 (6 noviembre 1920), cols. 2889-892; según un informe de Sultan-Zade en *Pravda* del 16 de julio de 1921 (citado en *Revue du Monde Musulman*, iii [1922], 147), el partido en aquel tiempo decía tener 4.500 miembros.

Teherán? Todos estos caminos tenían sus defensores, pero eran incompatibles unos con otros y había que decidirse. El verano y el otoño de 1920 fue un período de duda de la política soviética con respecto a Persia y al Oriente Medio.

En Turquía, el curso de los acontecimientos era notablemente similar. Aquí también los errores de la política británica la ponían en manos del poder soviético. Mientras la Rusia soviética, tanto en Turquía como en Persia, publicaba los tratados secretos y renunciaba ostensiblemente a los proyectos imperialistas del gobierno zarista, encerrados en dichos tratados. Gran Bretaña había abandonado su papel tradicional durante el siglo XIX de protectora de la independencia turca frente a Rusia para convertirse en el enemigo más implacable de Turquía. El nacionalismo en Turquía estaba de esta manera destinado, al igual que en Persia y Afganistán, a adoptar la forma de una revuelta contra la política británica; y estaba igualmente destinado a encontrar en la Rusia soviética su aliado natural, el otro objeto principal de la animosidad británica en Europa oriental y Oriente Medio. El 13 de septiembre de 1919, siguiendo el precedente del llamamiento a Persia un poco antes, Chicherin hizo unas declaraciones radiadas a «los obreros y campesinos de Turquía». Habiendo recordado la pronta renuncia por parte del gobierno soviético a la pretensión que tenían los zares sucesivos e incluso el Gobierno Provisional, de Constantinopla y los Estrechos, y el apoyo dado por el régimen soviético a todos los pueblos oprimidos, analizaba la situación del momento:

> Está el camino abierto para que Inglaterra caiga sobre los Estados musulmanes, pequeños y grandes, con vistas a su esclavitud. De hecho ya está haciendo lo que quiere en Persia, en Afganistán, en el Cáucaso y en vuestro país. Desde el día en que vuestro gobierno puso los Estrechos a disposición de Inglaterra, no ha habido una Turquía independiente, ni una ciudad histórica turca de Istambul en el continente europeo, ni una nación otomana independiente.

Era, continuaba Chicherin, una clase dirigente mercenaria la que había vendido a los trabajadores turcos, primero a Alemania y luego a los victoriosos aliados; el destino del país debería estar en manos del pueblo. La declaración terminaba con un llamamiento «del gobierno de obreros y campesinos de la Rusia soviética» a «los obreros y campesinos de Turquía» para «estrechar nuestras manos fraternalmente y así expulsar a los bandidos europeos mediante la fuerza simultánea y combinada, y destruir y quitar el poder a aquellos que dentro del

país se han acostumbrado a construir su fortuna sobre vuestra desgracia» [43].

Algunas semanas antes de que se hiciese esta declaración, había sucedido un acontecimiento en Turquía del que no se hacía mención. En una concentración en Erzerum, en agosto de 1919, Kemal, el comandante del ejército turco en Anatolia, había renunciado públicamente a su compromiso con el gobierno servil de Constantinopla y se había puesto a la cabeza de un movimiento nacionalista contra los aliados occidentales vencedores. El movimiento se extendió rápidamente por todo el país, excepto en Constantinopla y en los otros escasos lugares de ocupación aliada. Kemal, aunque mantenía sus diferencias con los antiguos dirigentes de la «joven Turquía», que habían llevado al país al desastre en la guerra, conservaba la tradición de la revolución de la «joven Turquía». Esto daba a su programa una gran similitud con el de los bolcheviques en lo relativo a algunas reformas prácticas, principalmente la industrialización, educación general, emancipación de la mujer y la adopción de la escritura y el calendario occidentales. El programa incluía también un fuerte énfasis en la autodeterminación nacional aplicada a las poblaciones no turcas del antiguo Imperio turco; esto permitió a Kemal el aparecer como un campeón de los pueblos oprimidos, especialmente de los pueblos musulmanes, bajo dominio occidental —otro punto importante de contacto con los bolcheviques—. La revolución kemalista era una revolución esencialmente nacional, no social. La declaración de Chicherin del 13 de septiembre de 1919, con el llamamiento a «los obreros y campesinos de Turquía» de una potencia extranjera, no pudo ser del todo agradable para el dirigente nacional turco [44]. Los intentos activamente promovidos desde Moscú, de crear un partido comunista turco [45], tenían aún menos probabilidades de ser vistos con agrado. A pesar de todo, Kemal en aquel tiempo tenía desesperada necesidad de apoyo y ayuda, que no encontró en ninguna parte más que en la Rusia soviética; y la desconfianza y hostilidad tradicionales turcas hacia Rusia fueron desplazadas por el reconocimiento del urgente, aunque quizá transitorio, interés común.

Mientras tanto, a falta de unas relaciones oficiales soviético-turcas,

[43] Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika*, ii (1926), 284-87.

[44] Un informe escrito un año más tarde por un director turco de educación protestaba de que «la notable carta escrita por Chicherin» había minado la disciplina en el ejército y animado la resistencia de los armenios. *(A Speech Delivered by Ghazi Mustapha Kemal, October 1927* [trad. ingl., Leipzig, 1929], pp. 414-15).

[45] Véanse pp. 310-11.

se habían hecho algunos contactos personales de manera poco ortodoxa en Berlín. Los dos antiguos dirigentes de la joven Turquía, Talaat y Enver, habiendo sido responsables como Gran Visir y Ministro de la Guerra, respectivamente, de la alianza alemana, huyeron de Turquía tras el armisticio y se refugiaron en Berlín. Allí, en agosto y septiembre de 1919, fueron de los primeros visitantes que tuvo Radek en prisión. La reunión tuvo su picante. Talaat, que se había sentado frente a Radek ante la mesa de la Conferencia de Brest-Litovsk, ahora le aseguraba que «el Este musulmán puede ser liberado de la esclavitud, confiando únicamente en las masas populares y en una alianza con la Rusia soviética». Pero Enver era el personaje más joven y de más energías; y fue a él a quien Radek propuso que fuera a Moscú para tratar allí de seguir adelante con el audaz proyecto de la alianza soviético-musulmana —un pacto entre el bolchevismo ruso y el nacionalismo turco contra el imperialismo británico[46]—. A través del general Köstring, un oficial del Estado Mayor de Seeckt[47], se arregló el que Enver volase a Moscú a principios de octubre en un nuevo avión Junker con el director de la firma, que también hacía el viaje. Viajó junto a un compañero turco, camuflados bajo falsos nombres como delegados de la Media Luna Turca. Desgraciadamente para Enver, el avión tuvo que hacer un aterrizaje forzoso cerca de Kovno, y hasta que no se descubrió su identidad fue detenido por sospechas de que fuese un espía, y permaneció dos meses en prisión[48]. Tras esta salida en falso, Enver volvió hacia finales del año a Berlín, donde se planeó un segundo viaje. Esta vez sería Radek, recientemente puesto en libertad, quien le acompañase, pero no pudo obtener un permiso polaco a tiempo[49]. Una vez más la mala suerte perseguía a Enver. Fue detenido otra vez en el camino —esta vez

[46] *Krasnaya Novi*, n.º 10, 1926, p. 164; según K. Okay, *Enver Pascha: Der Grosse Freund Deutschlands* (1935), p. 333, Radek le dijo a Enver que «en la Rusia soviética sería bienvenido todo aquel que apoyase la ofensiva en contra del imperialismo inglés».

[47] Para Köstring, véase p. 325, nota 18.

[48] La identidad del avión que llevaba a Enver con el que detuvieron las autoridades británicas en Kovno el 15 de octubre de 1919, está establecida con certeza razonable mediante una comparación de *Documents on British Foreign Policy: 1st Series*, ii (1948), 44-47, con *Enver Pascha: Der grosse Freund Deutschlands*, K. Okay (1935), pp. 334-35; este último trabajo es de estilo periodístico, pero el autor ha utilizado evidentemente fuentes auténticas. F. von Rabenau, *Seeckt: Aus Seinem Leben, 1918-1936* (1940), p. 306, equivoca la fecha de la partida de Enver.

[49] *Krasnaya Novi*, n.º 10, 1926, p. 336.

en Riga— y puesto en prisión por algún tiempo en Wolmar, llegando a Moscú en la primavera o el verano de 1920 [50].

Para ese tiempo ya habían sucedido muchas cosas en las relaciones soviético-turcas. Mientras los intentos de establecer contactos entre Ankara y Moscú a través del frente de Denikin se habían abandonado [51], los acontecimientos corrían rápidamente en Asia Menor. En enero de 1920, algunos antiguos diputados del Parlamento turco en Constantinopla se habían constituido en asamblea independiente en Ankara bajo la presidencia de Kemal y promulgado el «pacto nacional», que se había de convertir en el programa del movimiento kemalista —un documento en el que se reconocían las pretensiones de independencia de las poblaciones no turcas del antiguo Imperio otomano, pero afirmaba iguales derechos contra los invasores extranjeros de sus territorios predominantemente turcos—. El 16 de marzo de 1920 fuertes contingentes británicos ocuparon la misma Constantinopla en un intento vano de aplastar la agitación nacionalista. Kemal desautorizó formalmente al gobierno de Constantinopla y promulgó una proclama convocando a elecciones para la Gran Asamblea Nacional Turca. La asamblea se reunió puntualmente en Ankara el 23 de abril de 1920 y confirió a Kemal las funciones de jefe del gobierno, habiéndosele declarado al gobierno de Constantinopla, bajo coacción extranjera, incompetente para actuar en nombre del pueblo turco. Tres días más tarde, Kemal envió una nota al gobierno soviético expresando «el deseo de establecer relaciones regulares con él y de tomar parte en la lucha contra el imperialismo extranjero que amenaza a ambos países» [52].

Cuando esta nota fue enviada, un nuevo y directo interés común acercaba a los dos países. Los tres Estados semiindependientes que estaban bajo el patronazgo de los aliados occidentales y que formaban un tope entre Turquía y la Rusia soviética, Georgia, Armenia y Azerbaiyán, recibieron el reconocimiento *de facto* del Consejo Supremo de los aliados en enero de 1920. En el pasado habían sido la manzana de la discordia entre sus dos mayores vecinos; y esa rivalidad todavía estaba bastante viva. Pero, a pesar de todo, había un interés común inmediato en erradicar estos centros, o centros en po-

[50] K. Okay, *Enver Pascha: Der Grosse Freund Deutschlands* (1935), p. 336.

[51] A finales de 1919, dos oficiales turcos —el uno descrito como sobrino de Kemal y el otro como ayuda de campo de Enver— fueron capturados por las fuerzas de Denikin en Crimea cuando intentaban llegar a Moscú (*Documents on British Foreign Policy: 1st Series*, iii [1949], 794).

[52] La nota no ha sido publicada, pero en esencia la cita Chicherin en su respuesta del 2 de junio de 1920; la fecha la da L. Fisher, *The Soviets in World Affairs* (1930), i, 390.

tencia, de influencia extranjera hostil a ambos. Cuando en abril de 1920 la autoridad soviética remplazó a la influencia británica en Azerbaiyán mediante la creación de la República Socialista Soviética de Azerbaiyán, este paso pareció contar con la aprobación, cuando no con el apoyo activo, de las fuerzas turcas [53]. Hubiese estado o no precedido de un entendimiento tácito, no le podía haber parecido otra cosa a Kemal que un golpe al enemigo común; y fue mientras estas operaciones progresaban cuando Kemal hizo su apertura al gobierno soviético. Cuando se develaron en mayo los términos de la paz aliada con Turquía, proporcionaron motivos frescos de alarma común. La demanda de apertura incondicional de los Estrechos y garantía del libre acceso al mar Negro a todos los barcos de guerra de cualquier nacionalidad era tan amenazadora para Rusia [54] como humillante para Turquía; y la oferta a Persia de un puerto libre en Batum fue interpretada como una parte de un lejano plan para hacer de Inglaterra, que se erigía en patrona y protectora de Persia, una potencia del mar Negro en detrimento de ambos. Este momento fue seguramente el de mayor nivel de la amistad soviético-turca. El 9 de mayo de 1920 hubo en la Asamblea General una manifestación considerable a favor de la Rusia soviética cuando fue leído públicamente el llamamiento del Sovnarkom, del 24 de noviembre-7 de diciembre, «a todos los trabajadores musulmanes de Rusia y del Este» [55]; y fue poco después cuando Bekir Sami salió como primer enviado de Kemal a Moscú [56]. Simultáneamente, el primer enviado oficioso soviético, Manatov, un baskir evidentemente elegido por sus cualificaciones raciales y lingüísticas, llegaba a Ankara [57].

A pesar de todo, el camino de la amistad soviético-turca demostró ser todo menos fácil. Hasta el 2 de junio de 1920 no envió Chicherin una respuesta a la nota de Kemal del 26 de abril. En ella expresaba

[53] Véanse vol. 1, pp. 364-66: Según la *Revue du Monde Musulman*, iii (1922), 194, altos oficiales turcos, incluido Halil Pasha, el tío de Enver, estuvieron presentes en la sovietización de Azerbaiyán; un artículo de Sultan-Galiev en *Izvestiya* del 7 de mayo de 1920 habla de los oficiales turcos al mando de las tropas de Azerbaiyán, que eran enemigos de la Entente y abogaban abiertamente por la alianza con la Rusia soviética; estos oficiales pueden haber sido antiguos prisioneros de guerra. Numerosos informes subsiguientes de los acuerdos secretos entre Rusia y Turquía en ese tiempo son insustanciales.

[54] De 1919 a 1920, el dominio aliado de los Estrechos permitió a los aliados ayudar a Denikin enviando unidades navales y pertrechos militares a los puertos del mar Negro.

[55] El diario oficial *Hakimiyeti Milliye*, citado en *Die Welt des Islams*, xvi, (1934), 28.

[56] *Ibid.*, xvi, 28.

[57] *Ibid.*, xx (1938), 123.

su más calurosa simpatía hacia la política y las aspiraciones turcas, y tomaba nota de la «decisión de la Gran Asamblea Nacional de coordinar nuestros trabajos y nuestras operaciones militares contra los gobiernos imperialistas». Pero las ofertas concretas se limitaban a una oferta para mediar «en cualquier momento» en las negociaciones fronterizas con Armenia o Persia y una propuesta para el restablecimiento inmediato de relaciones diplomáticas [58]. Una contestación de 20 de junio de 1920, firmada por el mismo Kemal, adoptaba una actitud más bien ambigua ante la oferta de mediación:

Aceptamos gustosamente la mediación de la República Socialista Soviética para fijar nuestras fronteras con Armenia y Persia, y preferimos el método de la solución de las dificultades existentes mediante las negociaciones diplomáticas.

La nota añadía que el gobierno turco había suspendido las operaciones militares en las provincias de Kars, Ardahan y Batum al recibo de la nota de Chicherin, pero protestaba por las provocaciones y ataques armenios e invitaba al gobierno soviético a que terminase con ellos. La propuesta para el restablecimiento de relaciones diplomáticas fue bien recibida: la misión diplomática turca a Moscú ya estaba de camino, pero había sido retenida por las autoridades armenias en Erzerum [59]. Cuando llegó a Moscú el 11 de julio de 1920, las diferencias sobre Armenia eran el principal obstáculo para unas relaciones cordiales [60]. Pero parte de la dificultad quizá fuese de índole doctrinal. En el verano de 1920 la política soviética todavía dudaba ante la elección entre el apoyo universal de los partidos comunistas en los países extranjeros para la expansión de la revolución mundial [61] y la cooperación con los gobiernos burgueses selectos, allí

[58] Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika,* iii, i (1928), 26-27. Según *Diplomaticheski Slovar,* i (1948), 566, art. «Diplomaticheskie Otnosheniya», las relaciones se establecieron como en la fecha de la nota de Chicherin; un artículo de Tewfik en *Dictionnaire Diplomatique,* ii (1933), 985, menciona un acuerdo de 16 de mayo de 1920 para el establecimiento de relaciones.

[59] La nota fue publicada en el diario oficial turco, *Hakimiyeti Milliye,* del 8 de junio de 1920, y traducida en *Mitteilungen des Seminars für Orientalische Sprachen zu Berlin,* xxxvii (1934), ii, 135-36; Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika,* iii, i (1928), 27-28, está por consiguiente equivocado al tratar la nota de Kemal del 29 de noviembre de 1920 como la réplica a la nota de Chicherin del 2 de junio. La aparente ambigüedad de la respuesta turca sobre la mediación puede desaparecer con el examen del original turco: está claro que la intención era la de rechazar cortésmente la oferta soviética.

[60] I. Maiski, *Vneshnyaya Politika RSFSR, 1918-1222* (1922), p. 164; *Die Welt des Islams,* xvi (1934), 28.

[61] Para el apoyo dado durante ese tiempo a los movimientos comunistas en Turquía, véanse pp. 310-11.

donde los intereses nacionales lo requiriesen, incluso a costa de los partidos comunistas de los países de que se tratara. El optimismo sobre las posibilidades de la revolución mundial, que se había eclipsado parcialmente durante el invierno de 1919-1920, era otra vez general; y los círculos poderosos del Kremlin todavía desconfiaban de las alianzas militares y diplomáticas con los países no comunistas, y continuaban creyendo en la propaganda en contra de los gobiernos capitalistas como instrumento más efectivo, y verdaderamente el único propio, de la política exterior soviética.

Estas eran las circunstancias cuando, en julio de 1920, el segundo Congreso de la Comintern se puso a formular una política sobre lo que fue conocido como «la cuestión colonial y nacional». La tarea ante el Congreso era la de aplicar los principios de la revolución mundial a los pueblos orientales, la de desarrollar la doctrina de una lucha común, en la cual todos los trabajadores del mundo, Este y Oeste, tendrían su parte que hacer, y en particular fortalecer la lucha con el liderazgo de la RSFSR contra el imperialismo británico. Esta vez, y no como la última, asistieron al Congreso delegados no sólo de pueblos no rusos del antiguo Imperio zarista, incluyendo a Georgia, Armenia, Azerbaiyán y Bujara, sino también de India, Turquía, Persia, China y Corea. Había todavía muchos ausentes, pero algunos de éstos estaban representados vicariamente. El recientemente fundado Partido Comunista de las Indias Holandesas estaba representado por un holandés de Java, que había tomado parte en su creación, y que se presentó en el Congreso bajo el nombre de Maring [62]; y la causa de

[62] La historia del Partido Comunista de las Indias Holandesas tiene un interés que excede al de su importancia intrínseca. En 1912 fue creado un partido musulmán (Sarekat Islam) por dirigentes de Java, para promover los intereses de la población nativa. Pronto acogió a muchos miembros nativos, y tomó forma mezclando lo religioso con lo nacional. En 1914 un grupo de holandeses en Java, entre los que destacaban Sneevliet y Baars, formaron una asociación socialdemócrata de las Indias (ISDV) como centro de un movimiento radical secular entre los trabajadores nativos, y publicaron una revista, *Het Vrye Woord.* Este movimiento se fortaleció durante la guerra y, especialmente, tras la Revolución rusa; y en 1918, Sneevliet fue expulsado por las autoridades holandesas. En mayo de 1920, Baars hizo la transformación del ISDV en el partido comunista de las Indias (PKI) bajo la dirección de dos javaneses, Semaun y Darsono; y Sneevliet, que había ido a Moscú, representó a este partido con el alias de Maring (por el cual fue conocido en la Comintern) en el segundo Congreso de la Comintern. El PKI se afilió formalmente a la Comintern en diciembre de 1920. La más completa fuente de información sobre el PKI está en J. T. P. Blumberger, *Le Communisme aux Indes Néerlandaises* (trad. francesa del holandés, 1929); un relato en *Revue du Monde Musulman,* lii (1922), pp. 55-83, también cubre los primeros años, pero parece menos informado en los detalles. Hace una relación del Sarekat Islam S. Dingley,

los negros en los Estados Unidos estaba elocuentemente representada por el americano John Reed. El 24 de julio de 1920, en una de sus primeras sesiones, el Congreso nombró a una comisión para que considerara la cuestión nacional y colonial e hiciera un informe, y Maring fue elegido secretario [63]. La comisión trabajó con extremada rapidez y presentó el resultado de sus trabajos al Congreso el 26 de julio; se dedicaron dos días a una discusión en sesión plenaria. El delegado hindú, M. N. Roy, señaló que era la primera vez que podía «tomar parte seriamente en una discusión sobre la cuestión colonial en un congreso del proletariado revolucionario» [64].

La comisión se había encontrado frente a dos tesis sobre la cuestión nacional y colonial, presentadas respectivamente por Lenin y Roy [65]. El tema general de la liberación de los pueblos oprimidos mediante la revolución proletaria mundial era común en ambos. Pero aparecieron entre ellos dos diferencias menores y una mayor. Primero, Roy consideraba al orden económico prevaleciente en los territorios coloniales y semicoloniales como «precapitalista». La mayor parte de la comisión prefería describirlo como «dominado por el capitalismo imperialista», y esta enmienda a la tesis de Roy fue rápidamente aceptada [66]. Roy desarrolló la conocida tesis de que la burguesía en los países capitalistas era capaz de anular la revolución proletaria mediante subsidios dados a los obreros sacados de la explotación colonial, y llevó el argumento hasta el punto de afirmar que la revolución en Europa era imposible en tanto los países asiáticos no se hubiesen liberado del yugo del imperialismo europeo. Esta tesis le pareció a la mayoría de la comisión que ponía excesivo énfasis en la revolución asiática, pero sólo tuvo que hacer algunos ajustes de frases

The Peasant's Mouvement in Indonesia (Berlín, s. f.), 1926, pp. 33-37, una publicación de la «Internacional de granjeros y campesinos».

63 *Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* (Hamburgo, 1921), p. 101.

64 *Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* (Hamburgo, 1921), p. 150.

65 Para las tesis de Lenin en su forma original, véase *Sochineniya,* xxv, 285-90; para las de Roy, véase *Vtoroi Kongress Kommunisticheskogo Internatsionale* (1921), pp. 122-26, aparentemente la única edición que las conserva en su forma original.

66 Las tesis de Roy fueron escritas y enmendadas en inglés; la frase según fue enmendada está cuidadosamente reproducida en *Theses and Statutes of the Third (Communist) International* (Moscú, 1920), p. 70. pero está mal traducida en la versión alemana (*Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* [Hamburgo, 1921], p. 145); y esta equivocación se repitió en todas las versiones rusas anteriores a 1934, hasta que fue corregida en *Vtoroi Kongress Kominterna* (1934), pp. 496-98.

para hacerla estar sustancialmente de acuerdo con la de Lenin [67]. La tercera y mayor diferencia surgió en la cuestión práctica de la táctica, la cual, de una manera o de otra, parecía destinada a ser una constante fuente de preocupaciones, tanto para el gobierno soviético como para la Comintern. Esta cuestión se debatió primero en el seno de la comisión y luego en la sesión plenaria del Congreso, en forma de un reto directo a las tesis presentadas por Lenin.

El punto inicial de las tesis de Lenin era la necesidad de «una alianza del proletariado y de las masas trabajadoras de todas las naciones y todos los países en una lucha revolucionaria simultánea para la derrota de los terratenientes y de la burguesía», es decir, del feudalismo en los países atrasados y del capitalismo en los avanzados. La ventaja era mutua, ya que esta alianza facilitaría la victoria del proletariado sobre el capitalismo, y sin esta victoria la opresión de los pueblos sometidos por las naciones capitalistas no podría vencerse. Se debía tomar nota, sin embargo, de la situación política mundial:

> Todos los acontecimientos de la política mundial se concentran en torno a un punto central: la lucha de la burguesía mundial contra la República soviética rusa, la cual inevitablemente agrupa en torno suyo, por una parte, a todos los movimientos nacionales de liberación de las colonias y de las nacionalidades oprimidas, que están convencidos por amarga experiencia de que no hay otra salvación para ellos que la victoria del poder soviético sobre el imperialismo mundial, y, por otra parte, a los movimientos soviéticos de los obreros avanzados de todos los países.

Lo que hacía falta, por consiguiente, era «una estrecha alianza de todos los movimientos nacionales de liberación con la Rusia soviética». Se planteaba la cuestión de si los movimientos con los cuales se hiciese esta alianza serían proletario-comunistas o democrático-burgueses. Esto debería decidirse según el grado de desarrollo del país de que se tratara. En los países atrasados, los comunistas debían estar preparados para asistir «a un movimiento democrático-burgués de liberación», y especialmente para apoyar al campesinado en contra del terrateniente y «contra todas las manifestaciones y reliquias del

[67] Aquí existen dos diferencias entre dos versiones: la versión alemana (*Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* [Hamburgo, 1921], páginas 146-47) y todas las versiones rusas anteriores a 1934 ponen el énfasis en la dependencia europea de la revolución asiática más enérgicamente que el texto inglés enmendado, el cual está correctamente traducido en la versión rusa de 1934 (véase nota anterior).

feudalismo». Pero sobre dónde sería esto necesario no debía haber confusión ideológica:

> La Internacional Comunista debe marchar en alianza temporal junto a la democracia burguesa de las colonias y los países atrasados, pero no se debe de fundir con ella y debe preservar absolutamente la independencia del movimiento comunista, incluso en su forma más rudimentaria [48].

Las tesis de Roy, que habían sido preparadas independientemente, no contradecían a las de Lenin, pero eran marcadamente diferentes en el énfasis y en la cuestión vital de la táctica, y parecían llegar a una conclusión diferente. Roy hacía una distinción entre dos tipos de movimientos en los países coloniales: el primero, un movimiento nacionalista democrático-burgués que buscaba la independencia política dentro del orden capitalista; el segundo, «una lucha de los campesinos sin tierra contra cualquier forma de explotación». Era asunto de la Comintern el resistir a todos los intentos por subordinar el segundo tipo de movimiento al primero. La necesidad urgente era «la creación de organizaciones comunistas de trabajadores y campesinos», los cuales en los países atrasados podían ser ganados al comunismo, «no mediante el desarrollo capitalista, sino a través del desarrollo de la conciencia de clase». Así, la verdadera fuerza, la base del movimiento de liberación, no debe forzarse en las colonias entre los estrechos márgenes del molde del nacionalismo democrático-burgués. Aunque, sin embargo, los partidos comunistas de los trabajadores con conciencia de clase deben de tomar la iniciativa, «la revolución en los países coloniales no será al principio comunista»; de hecho, la política agraria de la Comintern para estos países no debería moldearse según principios comunistas, sino más bien según principios pequeño-burgueses, esto es, debería de tender a una distribución de la tierra entre el campesinado. Esta aceptación provisional de la propiedad agraria era una respuesta implícita a la crítica de los socialrevolucionarios, de que ellos solos, y no los bolcheviques, podían llevar la revolución a los pueblos campesinos del Este. Era, después de todo, la política seguida por los mismos bolcheviques en Rusia cuando adoptaron la política agraria de los socialrevolucionarios en Octubre de 1917.

Aunque las actas de la comisión no se publicaron en su totalidad, está claro que las tesis de Roy disfrutaron, por lo menos, de iguales simpatías que las de Lenin. Las tesis de Lenin salieron de la comisión con un número de enmiendas. La más importante de ellas

[48] Lenin, *Sochineniya*, xxv, 285-90.

tuvo el efecto de amortiguar el lado afilado del pensamiento de Lenin y de evitar el desacuerdo acudiendo a una ambigüedad potencial: allí donde el escrito de Lenin recomendaba a los comunistas de los países coloniales el apoyar «a los movimientos nacionales democrático-burgueses de liberación», el específico epíteto «democrático-burgués» fue remplazado por el más comprensivo de «revolucionario», que podía ser sin duda aplicado a un movimiento revolucionario democrático-burgués, pero sonaba menos comprometidamente. Las otras adiciones importantes insistían en la «lucha contra la influencia reaccionaria y medieval de los padres de las misiones cristianas y elementos similares», y «la lucha contra los movimientos panislámicos y panasiáticos y tendencias similares»; estas adiciones parecen haber sido hechas a instancias del delegado turco, que no quería que el apoyo a la revuelta nacional turca contra el imperialismo occidental degenerase en una simpatía general hacia los movimientos panislámicos, tales como los que estaban patrocinados en ese momento por el renegado Enver [69]. Las tesis de Lenin, así enmendadas, fueron aprobadas unánimemente por la comisión y enviadas al Congreso junto con las propuestas de Roy, también algo cambiadas, como «tesis suplementarias» [70]. Defendiendo sus cuidadosamente equilibradas tesis en la sesión plenaria, Lenin argumentó que la división fundamental en el mundo en ese momento era entre naciones opresoras y oprimidas; el curso de los acontecimientos estaba siendo determinado «por la lucha de un pequeño número de naciones imperialistas contra el movimiento soviético y los Estados soviéticos, con la Rusia soviética a su cabeza» [71]. Además, Lenin estaba dispuesto a admitir, a título de excepción, en los países atrasados la misma posibilidad que Marx había concedido una vez a Rusia. Si el «proletariado revolucionario victorioso» iba en su ayuda, entonces no sería inevitable el que estos países pasasen por «la fase capitalista de desarrollo económico»: podían con esta ayuda «hacer la transición al orden soviético, y así, a través de fases definidas de desarrollo, al comunismo, evitando la fase capitalista de desarrollo» [72].

[69] Véanse pp. 276-77.

[70] Las enmiendas a las tesis de Lenin estaban detalladas en el informe del Congreso hecho por Maring (*Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale*, Hamburgo, 1921, pp. 144-45); las tesis de Roy fueron someramente leídas por él mismo al Congreso en su forma enmendada (*ibid.*, pp. 145-50). Ambas tesis están en *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* [1933], pp. 126-32); estas versiones de las tesis de Roy contienen ambas las equivocaciones señaladas en p. 251.

[71] Lenin, *Sochineniya*, xxv, 352.

[72] *Ibid.*, xxv, 354.

El apoyo de Lenin a los movimientos de liberación nacional, incluso de carácter burgués, fue respaldado entusiásticamente por el delegado irlandés Connolly, hijo de un dirigente nacionalista ejecutado en Dublín en 1916 [73], y por uno de los delegados ingleses, Mac Lean, quien pensaba que la fuerza del capitalismo británico sólo podría ser destruida acabando con la explotación colonial [74]. Por otra parte, los delegados de Persia y Corea, donde, al igual que en la India británica, el capital extranjero había iniciado la industrialización y surgía un proletariado industrial, reiteraron las advertencias de Roy contra un compromiso demasiado estrecho con el nacionalismo democrático-burgués [75]. Maring ensalzó al partido musulmán, Sarekat Islam, en las Indias orientales holandesas, el cual, a pesar de su nombre religioso, era revolucionario en el sentido nacionalista, y había incluso «adquirido un carácter de clase». Pero aunque él fundamentalmente se había puesto del lado de Lenin, Maring argumentó con tacto que no existían discrepancias entre las tesis de Lenin y las de Roy; y el Congreso aceptó ambas. La única voz discrepante fue la del delegado italiano, Serrati, quien veía ambas tesis como un inexcusable compromiso con la conveniencia, manteniendo hasta el final que «la verdadera liberación de los pueblos oprimidos se puede alcanzar únicamente mediante una revolución proletaria y un orden soviético, y no

[73] Las conversaciones entre los representantes soviéticos y los del Sinn Fein habían tenido lugar recientemente en Nueva York, y un «tratado entre la RSFSR y la República de Irlanda» circuló en junio de 1920 por Dublín, donde cayó en manos de las autoridades británicas; a juzgar por los documentos oficialmente publicados por el gobierno británico (*Intercourse between Bolshevism and Sinn Fein,* Cmd 1326 [1921], las negociaciones no se tomaron muy en serio por ninguna de las dos partes. A principios de 1921, el diario oficial de la Comintern publicaba un mensaje de felicitación del Ejército Rojo Irlandés y de los trabajadores de la república al Ejército Rojo ruso y a los trabajadores de la república (*Kommunisticheski Internatsional,* n.º 16, 31 de marzo de 1921, cols. 3779-782). La alianza entre el comunismo y el nacionalismo irlandés proporcionó algunas ventajas electorales al CPGB; uno de los dos candidatos comunistas que vencieron en las elecciones generales de 1922, lo proporcionó el distrito de Glasgow, en donde el voto irlandés era importante.

[74] Los delegados británicos en la comisión, Quelch y Ramsay, dieron una incómoda impresión al confesar que la mayoría de los trabajadores ingleses verían «el apoyo a la lucha revolucionaria de las colonias en contra del imperialismo británico como una traición» y aplaudirían la supresión del levantamiento en India; se hizo referencia numerosas veces a estos comentarios durante la sesión plenaria, en la que fueron desacreditados porque no podía ser verdad lo que decían (*Der Zweite Kongress der Kommunist. Internatsionale* [Hamburgo, 1921], pp. 160, 185, 193, 199).

[75] Para Corea, véanse pp. 505-7; el delegado coreano, Pak Din-Shun, había ya expuesto su punto de vista en un artículo en *Pravda,* 27 de julio de 1920, citado por K. S. Weigh, *Russo-Chinese Diplomacy* (Shangai, 1928), p. 326.

mediante una unión temporaria y accidental de los partidos comunistas con los llamados partidos revolucionarios burgueses»[76].

Las tesis de Lenin se convirtieron de esta manera en la base aceptada de la teoría bolchevique y de su práctica en la cuestión nacional y colonial. Las tesis suplementarias de Roy fueron olvidadas[77]. La línea ahora establecida no introducía ningún nuevo principio. En 1905 Lenin había trabajado sobre el programa de una alianza entre el proletariado y el campesinado pequeño-burgués para alcanzar la primera fase de la Revolución, y lo había aplicado con éxito en 1917. Este precedente actuaba sin duda sobre las mentes de muchos delegados en el segundo Congreso de la Comintern; incluso Roy admitió que el programa agrario de los partidos comunistas orientales debía de ser todavía el programa pequeño-burgués de distribución de la tierra entre los campesinos. La tesis de Lenin seguía con precisión la doctrina trazada en el programa del partido de 1919, el cual reconocía el derecho incondicional a la secesión de las naciones sometidas, pero decidía qué clase —la obrera o la burguesa— era la portadora de este derecho, y por consiguiente merecía el apoyo del partido, condicional desde «el punto de vista de clase histórica», esto es, del nivel de desarrollo alcanzado por la nación de que se tratara[78]. Una actitud que había sido formulada por primera vez en relación con los pueblos sometidos al antiguo Imperio zarista, demostró ser perfectamente aplicable a otros pueblos orientales. Finalmente, la nueva línea también correspondía con la concepción «de maniobra, de conciliación, de compromisos con otros partidos, incluidos los partidos burgueses», que Lenin había propuesto tres meses antes en *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*[79]; la cooperación táctica con los partidos socialdemócratas de Europa occidental, que eran a pesar de todo denunciados como esencialmente burgueses, se unía a la cooperación táctica con los movimientos democrático-burgueses, que buscaban el alcanzar la liberación nacional para los pueblos orientales. Aun así y todo, estos precedentes, mientras podían explicar y justificar la adopción de las tesis de Lenin por parte de la Comintern, también sugerían el peligro latente en ellas. Estas proyectadas alianzas temporales con los grupos burgueses eran, cada una y todas, combinaciones en las cuales los aliados de hoy —los campe-

[76] El instructivo debate en las dos sesiones plenarias está en *Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* (Hamburgo, 1921), pp. 137-232.

[77] Es significativo el que los errores en las versiones alemana y rusa permanecieran catorce años sin ser detectados.

[78] Véase vol. 1, pp. 287-88.

[79] Véase p. 198.

sinos, la burguesía nacionalista, los socialdemócratas— eran los enemigos de mañana, y tenían que ser declarados como tales en el mismo momento en que su cooperación estuviese terminando. Este era, meramente, un aspecto más del dilema fundamental de una revolución proletaria socialista que no se quedase en las seguras y establecidas bases de una revolución democrático-burguesa; una vez que el proletariado —o el partido comunista que actuase en su nombre— se viese abocado a tomar el mando para completar la revolución burguesa como preludio antes de embarcarse en la revolución proletaria, sus relaciones recíprocas con la burguesía se convertirían en incurablemente ambivalentes [80]. Lo difícil en la política de cooperación con los movimientos nacionales democrático-burgueses no era el que expusiese a los dirigentes bolcheviques a acusaciones de oportunismo por parte de los izquierdistas o de los puristas doctrinales en las filas del partido, sino que los potenciales aliados con los cuales se proponía la unión, eran tan conscientes de los cálculos a corto plazo que inspiraban la alianza como los propios comunistas, y estaban igualmente reacios a convertir la alianza en la base principal de su política.

En el verano de 1920, los peligros inherentes a esta situación no eran del todo obvios. En primer lugar, la cooperación con los movimientos nacionales burgueses, al igual que los expedientes recomendados por Lenin en *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo,* estaba concebida como un breve período anterior a la ya inminente revolución proletaria europea, la cual transformaría la escena asiática y borraría cualquier reminiscencia incómoda resultante de estas alianzas transitorias. En segundo lugar, los movimientos nacionales existentes en Asia, tanto fuera como dentro de las fronteras de la RSFSR, eran todavía lo suficientemente débiles como para depender por completo de la ayuda y el apoyo de Moscú (Turquía era una excepción a esta regla, todavía no reconocida) [81]; era Moscú la que decidía los términos en los que podía prestarse esta ayuda. Siempre que prevaleciesen estas dos condiciones, la cuestión de la incompatibilidad potencial entre los intereses del gobierno soviético y los de los partidos comunistas de los países de los que se tratara, no parecía plantearse. Pero cuando la política enunciada en las tesis de Lenin se aplicó a lo largo de un amplio período de tiempo y en las situaciones en las que los gobiernos nacionales eran lo suficientemente fuertes para establecer en sus propios términos la alianza con Moscú,

[80] Véase vol. 1, pp. 57-60.

[81] China era la excepción más importante de todas, pero en aquel tiempo se acercaba rara vez a las órbitas políticas rusa o de la Comintern.

y donde esos términos incluyeran el derecho a suprimir los partidos comunistas nacionales, aparecían dificultades que no habían podido ser previstas en la entusiástica atmósfera del verano de 1920. Las decisiones del segundo Congreso de la Comintern sobre la cuestión nacional, como la mayor parte de sus otras decisiones, fueron tomadas con incuestionable fe en la inminencia de la revolución proletaria que se extendería por todo el mundo. Una vez que esta fe se vio defraudada, las decisiones en sí mismas, aplicadas en condiciones radicalmente diferentes a las existentes cuando su concepción, no sólo desvirtuaban las intenciones de sus autores, sino que fueron utilizadas para justificar una serie de compromisos y retiradas, que en la hora de la fe y el entusiasmo hubiesen sido rechazados por inconcebibles.

La larga discusión de la cuestión colonial y nacional en el segundo Congreso era evidencia de la nueva concentración del interés en los asuntos orientales, que correspondía con el cambio realizado durante ese tiempo por la política soviética del Oeste al Este, que siguió a las victorias sobre Kolchak y Denikin en la guerra civil [82]. Por primera vez se hizo posible el entretejer la política nacional seguida por la RSFSR dentro de sus fronteras, con su política exterior de apoyo a los movimientos nacionales en lucha contra las potencias imperialistas, y el contrastar la autonomía o independencia concedida a las repúblicas nacionales dentro de la RSFSR, con la suerte de los pueblos asiáticos directa o indirectamente dentro de la órbita de las potencias occidentales. El primer Congreso de Soviets de toda Kalmikia, en julio de 1920, celebró su nacimiento haciendo un llamamiento «a los pueblos de India, Tíbet, Mongolia, China y Siam, y a todos los otros pueblos bajo el talón del imperialismo mundial»; el primer Congreso de Soviets de toda Kirguisia (esto es, Kazaj) siguió su ejemplo tres meses más tarde [83]. Pero el primer paso fue el llevar la cuestión oriental a un lugar más apropiado para ella que el Congreso universal de la Comintern en Moscú. El número del periódico oficial de la Comintern que apareció el primer día del segundo Congreso llevaba una invitación «a las esclavizadas masas populares de Persia, Armenia y Turquía» para un congreso que se debía reunir en Bakú el 15 de agosto de 1920. La cita para Bakú, hecha en el cuartel general de la Comintern antes de los debates del segundo Congreso en Moscú, no traicionaba la inclinación al compromiso con la utilidad, ni la disposición para buscar la alianza con los movimientos nacionalistas burgueses que Lenin predicó en sus tesis ante el Congreso. Al apostrofar

[82] Véase vol. 1, pp. 344-51.

[83] Ambas proclamaciones están en *Zhizn Natsionalnostei*, n.º 34 (91), 3 de noviembre de 1920.

a los «campesinos y trabajadores de Persia», la invitación continuaba denunciando «a los lacayos del gobierno de Teherán», que «os oprimen con sus impuestos a voluntad y, una vez que redujeron la tierra a unas condiciones en las que ya no les producía lo necesario, vendieron a Persia el año pasado a los capitalistas ingleses». Al dirigirse a los «campesinos de Anatolia» expresaba satisfacción de que, a pesar de los insistentes llamamientos de Kemal para que acudiesen bajo su bandera, estaban «intentando organizar un partido de vuestro pueblo, vuestro propio partido campesino, que será capaz de continuar la lucha incluso si los pachas hacen las paces con los explotadores de la Entente». Exhortaba a los trabajadores del Este, en general, a resistir no sólo a los «capitalistas extranjeros», sino también a los «nativos aprovechados». La tradicional peregrinación musulmana a los lugares sagrados se debía convertir en una peregrinación al lugar de reunión de la revolución mundial:

Antiguamente acostumbrábais a atravesar el desierto para visitar los lugares sagrados; cruzad ahora montañas, desiertos y ríos para reuniros todos juntos y discutir la manera de liberaros a vosotros mismos de las cadenas de la servidumbre, reuniéndoos en unión fraterna para vivir una vida igual, libre y fraternal [84].

El «primer Congreso de Pueblos del Este» (como se le llamó oficialmente) se reunió en Bakú el 1.° de septiembre de 1920 bajo la presidencia de Zinóviev, que, junto a Radek y Bela Kun, representaban a la Comintern en el Congreso y recibieron a los delegados en su nombre. Gracias a los trabajos preparatorios realizados por las organizaciones del partido en el Cáucaso y en el Turquestán [85], fue con mucho la mayor concentración que la Comintern había logrado reunir hasta entonces. Entre los 1.891 delegados, 235 eran turcos, 192 «persas y parseos», 8 chinos, 8 kurdos y 3 árabes; el resto, incluyendo a 157 armenios y 100 georgianos, venían principalmente de los pueblos caucasianos y del Asia central, que antiguamente pertenecieron al Imperio ruso y ahora formaban parte de la RSFSR o estaban relacionados por tratados con ella. Más de los dos tercios de los delegados se declararon comunistas [86]. La invitación proclamaba la doctrina de la revolución mundial en su forma más pura e incom-

[84] *Kommunisticheski Internatsional*, n.° 12 (20 julio 1920), cols. 2259-264.
[85] *Izvestiya Tsentralnogo Komiteta Rossiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, n.° 22, 18 septiembre 1920, p. 2.
[86] *Iyi Syezd Narodov Vostoka* (1920), p. 5; por otra parte, Zinóviev, en *Kommunisticheski Internatsional*, n.° 14 (6 noviembre 1920), cols. 2941-944, describía a la mayoría de los delegados como sin partido.

prometida. El discurso inaugural de Zinóviev, influido sin duda por los debates del segundo Congreso en Moscú, por la cambiada situación militar en Occidente y por el carácter de su auditorio en Bakú, pulsaba una nota bastante diferente. Las creencias e instituciones musulmanas fueron tratadas con velado respeto, y la causa de la revolución mundial se llevó a dimensiones más específicas y manejables. La tradición musulmana del Yehad, o guerra santa contra el infiel, fue convertida en una cruzada moderna de los pueblos oprimidos contra sus opresores imperialistas, con Gran Bretaña como blanco principal de los ataques. El discurso hizo sensación y llevó al auditorio a un estado de ánimo entusiasta. Lo que se dijo e hizo puede ponerse en el lenguaje del informe oficial:

¡Camaradas! ¡Hermanos! Ha llegado la hora en la que podéis empezar a organizar la verdadera guerra santa del pueblo contra los ladrones y los opresores. La Internacional Comunista se vuelve hoy hacia los pueblos del Este y les dice: «¡Hermanos, os convocamos a una guerra santa, en primer lugar contra el imperialismo británico!» *(Aplausos estruendosos. Vivas prolongados. Los miembros del Congreso se levantan de sus asientos y enarbolan sus armas. El orador es incapaz durante largo rato de continuar con su discurso. Los delegados, en pie, aplauden. Suena el grito: «¡Lo juramos!»)*

¡Que la declaración de hoy sea oída en Londres, en París y en todas las ciudades donde los capitalistas estén todavía en el poder! ¡Que escuchen el solemne juramento tomado a los representantes de decenas de millones de trabajadores del Este, que en el Este el poder de los opresores, de los ingleses, del yugo capitalista que cae sobre los trabajadores del Este, no durará más!

¡Viva la fraternal unión de los pueblos del Este con la Internacional Comunista!

¡Abajo el capital, viva el imperio del trabajo! *(Aplausos estruendosos. Voces: «¡Viva la resurrección del Este!»* Gritos de *«¡Hurra!»* Aplausos. *Voces: «¡Viva la Tercera Internacional Comunista!» Gritos de «¡Hurra!» Aplausos. Voces: «¡Viva la unión del Este, nuestros honrados dirigentes, nuestro querido Ejército Rojo!» Gritos de «¡Hurra!» Aplausos.)* [97]

[97] *Y^yi Syezd Narodov Vostoka* (1920), p. 48. Un comentarista hostil alemán, cuya información venía principalmente de fuentes mencheviques georgianas, declaró que el informe oficial del Congreso de Bakú había sido «en parte directamente falsificado» por la omisión de documentos y por la abreviación o distorsión de discursos hostiles, y que esto se demuestra mediante la comparación de la prensa de Bakú contemporánea *(Archiiv für Sozialwissen und Sozialpolitik* [Leipzig], 1 [1922], 195-96). Los periódicos de Bakú de 1920 no son ya asequibles; tampoco parece que el autor los haya consultado. Los documentos que menciona fueron omitidos probablemente por razones de espacio, como sucedía con los informes de casi todos los congresos del partido; algunos de ellos fueron publicados tras el Congreso en *Kommunisticheski Internatsional.*

Más de un orador posterior recordó con entusiasmo esta escena de apertura del Congreso, en la cual espadas, dagas y revólveres fueron «desenvainados» para la lucha contra el imperialismo [88].

No parece que el Congreso, a lo largo de los debates que siguieron, volviese a alcanzar este primer frenesí. Una asamblea multinacional de cerca de 2.000 personas no es un cuerpo de trabajo; y los asuntos serios se trataron a puerta cerrada por las dos «fracciones» o comités que representaban respectivamente a los congresistas miembros del partido y a los que no lo eran. La mera tarea de la traducción dificultaba la discusión. Las lenguas oficiales fueron el ruso, el turcoazerbaiyaní y el persa [89]. El turco normal parece que no lo entendían algunos de los delegados de Azerbaiyán y Uzbek, los cuales, de tiempo en tiempo, pedían que se les tradujese a sus propias lenguas; también se hace mención a las traducciones al kalmika, chechen y otras lenguas. A pesar de estos inconvenientes, el Congreso escuchó discursos no sólo de Radek y Bela Kun, sino también de los delegados de muchos pueblos orientales. Radek se encargó de eliminar cualquier sospecha de que la amistad de Moscú pudiera ser débil y efímera:

> Una paz permanente entre el país de los trabajadores y los países explotadores es imposible. La política oriental del gobierno soviético no es por lo tanto una maniobra diplomática, no empujamos a los pueblos del Este a la línea de fuego para, traicionándolos, sacar ventajas para la República Soviética... Estamos unidos a vosotros por un destino común: o nos unimos con los pueblos del Este para acelerar la victoria del proletariado europeo occidental, o pereceremos y vosotros seréis esclavos [90].

Y más tarde otro delegado de Moscú, Pavlovich, repetía la significativa admisión hecha por Lenin en el segundo Congreso de la Comintern, explicando que «con la ayuda de los países proletarios los pueblos atrasados podrán pasar al sistema soviético y, a través de una etapa definida, al comunismo, evitando la fase capitalista de desarrollo» [91].

El Congreso no estuvo, sin embargo, libre de problemas. La cuidada unión que Lenin había efectuado en Moscú entre los destinos del proletariado europeo y los de los pueblos oprimidos de Asia era menos convincente en la variada asamblea de Bakú. El peliagudo

[88] *Iyi Syezd Narodov Vostoka* (1920), pp. 72, 82.
[89] *Ibid.*, pp. 99-100.
[90] *Ibid.*, p. 70.
[91] *Ibid.*, p. 144.

problema religioso se olvidó[92]. Pero aun así fue difícil establecer, tanto en la práctica como en la doctrina marxista, una ecuación permanente entre el proletariado revolucionario de Occidente y el campesinado del Oriente. Los dirigentes de la Comintern y los pueblos orientales encontraron una causa común en el odio, basado en razones distintas, aunque no incompatibles, del «imperialismo inglés». Lo que más les unía eran los proyectos de una campaña unida en contra del enemigo común. El Congreso de Bakú se reunió en un momento en el que la creencia en lo inminente de la revolución mundial había alcanzado su punto álgido; el Congreso mismo era un producto de esa creencia. Si se realizaban las esperanzas, todo iría bien. Mutishev, un delegado del Cáucaso, gritó, refiriéndose a Turquía:

> El movimiento de Mustafá Kemal es un movimiento de liberación nacional. Nosotros lo apoyamos, pero, tan pronto como la lucha contra el imperialismo llegue a su fin, creemos que este movimiento se transformará en una revolución social[93].

Ningún delegado en el Congreso tuvo el suficiente valor para preguntar qué pasaría si esta creencia no se realizaba.

La contradicción potencial entre las políticas alternativas de apoyo a los movimientos burgueses de liberación nacional, que buscaban la alianza con la RSFSR, y el apoyo a los partidos comunistas locales que luchaban contra la burguesía nacional, no había sido resuelta en las discusiones de la tesis de Lenin y Roy en el segundo Congreso de la Comintern. La misma contradicción, que podía representarse fácilmente como una elección entre el oportunismo revolucionario y el rígido internacionalismo revolucionario, no se mitigó de manera alguna en Bakú. Por el contrario, un incidente imprevisto dio un avance del dilema con el que pronto se enfrentaría la política soviética en otros campos —la elección entre menospreciar un interés aparentemente nacional y el actuar de manera poco reconciliable con el principio revolucionario—. Las conversaciones entre Radek y Enver en Berlín en 1919 habían hecho que Enver se plantease en su cabeza la firme determinación de utilizar a la Rusia soviética a modo de trampolín para su propia rehabilitación y para la venganza sobre su

[92] Un organismo que se llamaba a sí mismo «la organización revolucionaria hindú en el Turquestán» envió una petición al Congreso desde Tashkent pidiendo ayuda para «los 315 millones de oprimidos en India», pero señalando que esta ayuda fuese concedida «sin interferencia alguna en la vida doméstica o religiosa de aquellos que esperaban la liberación del yugo capitalista e imperialista» (*ibid.*, p. 106); no hay señal de discusión alguna de este asunto en el Congreso.

[93] *Ibid.*, p. 159.

mayor enemigo, Gran Bretaña. Cuando llegó a Moscú en el verano de 1920 para ofrecer sus servicios al gobierno soviético, sus credenciales eran su considerable talento militar y administrativo y su firme y superviviente odio a Gran Bretaña, conquistadora de su país y causa de todas sus desgracias. Se desconoce lo que ocurrió en las conversaciones que mantuvo, pero hay evidencias de su amistosa bienvenida en Moscú, y el informe de que fuese recibido por Lenin es plausible [94]. Fue mirado con el suficiente favor como aliado potencial de la política oriental como para serle permitido el aparecer como visitante en el Congreso de Bakú de los pueblos orientales [95].

Aquí empezaron, sin embargo, las dificultades. La revolución «joven Turquía» de 1908 era principalmente de carácter nacionalista y, por consiguiente, «antiimperialista». Podía ser llamada, apurando un poco el lenguaje, burguesa. Pero no era obviamente democrática; y no era una revolución de los trabajadores, ni proletarios ni campesinos. Nada había en la historia personal de Enver que sugiriese que fuese un campeón ni de los proletarios ni de las nacionalidades oprimidas. Fue uno de los autores de las notables matanzas armenias, y había una gran delegación armenia en el Congreso. Bajo la hipótesis de que el Congreso era un lugar de reunión para todos aquellos que, bajo cualquier pretexto, odiasen al imperialismo británico, Enver Pasha era un huésped de honor; bajo cualquier otra hipótesis, era enemigo declarado de casi todo lo que el Congreso decía profesar. Peor todavía, Enver era el enemigo jurado de Kemal, y era justamente sospechoso de ambición para quitarle del puesto que ocupaba en la nueva Turquía. Los turcos que había en Bakú detestaban el imperialismo británico y eran en su mayor parte fieles a la revolución nacional que Kemal había hecho en Turquía (no está claro que fuesen revolucionarios en cualquier otro sentido) [96], pero no querían saber nada con Enver. De esta

[94] W. von Blücher, *Deutschlands Weg nach Rapallo* (Wiesbaden, 1951), p. 132; el informe evidentemente emanaba del mismo Enver.

[95] En una carta a Seeckt el 26 de agosto de 1920, Enver escribía: «antes de ayer concluimos un tratado ruso-turco de amistad; de acuerdo con él, los rusos nos ayudarán con oro y con todos los medios» (F. von Rabenau, *Seeckt Aus Seinem Leben, 1918-1936* [1940], p. 307). Según L. Fisher, *The Soviets in World Affairs* (1930), i, 386, Enver «intentó actuar como intermediario en las conversaciones ruso-turcas y ponerse en la posición del verdadero representante de Turquía»; mientras que la evidencia es débil, el acuerdo al que se refiere parece haber estado más relacionado con las propias actividades de Enver que con las relaciones con Ankara.

[96] Según Zinóviev, un delegado turco, un profesor, «dijo abiertamente que Turquía no quería nada de Rusia excepto armas» (*Kommunisticheski Internatsional*, n.º 14 [6 noviembre 1920], col. 2943).

manera, el principal patrocinador de Enver en el Congreso de Bakú fue el mismo Zinóviev. Esto no constituía una paradoja tan grande como pudiera parecer a primera vista. Enver era un valor potencial de la política soviética; pero no podía ser mirado fácilmente como partidario ni de la liberación nacional ni de la revolución mundial, excepto en el sentido en el cual la política soviética pudiese ser automáticamente identificada con estas dos causas.

Se llegó a un compromiso. Enver no apareció en persona en el salón del Congreso, pero se leyó una declaración desde la mesa —no sin ruidos y protestas desde la sala— en la cual lamentaba el que hubiese sido «obligado a luchar al lado del imperialismo alemán», argumentando que «si la Rusia de hoy en día hubiese existido entonces y hubiese estado luchando por sus objetivos actuales»; él hubiera estado de todo corazón a su lado, y, finalmente, pretendió representar «a la unión de las organizaciones revolucionarias de Marruecos, Argelia, Túnez, Egipto, Arabia y el Indostán» (lo cual parece que se lo inventó sobre la marcha). Esto fue seguido por la lectura de una declaración del «representante del gobierno de Ankara», que también estaba en el Congreso en calidad de observador y que consideraba con tacto la estrecha amistad entre el nuevo «gobierno revolucionario y nacional de Turquía» y la Rusia revolucionaria. A continuación, Bela Kun presentó una resolución a favor del presidium; y Zinóviev, desde el sillón presidencial, ignoró las peticiones en voz alta para que se discutiese, declarando ásperamente que ya había sido discutida. Tras algunas reflexiones generales sobre la revolución turca, se lanzó una llamada de atención contra «aquellos dirigentes del movimiento que en el pasado llevaron a los obreros y campesinos turcos a la muerte en interés de un grupo imperialista» (lo cual podía ser tomado como una censura a Enver), y aconsejaba a esos dirigentes que redimiesen los errores pasados mediante la acción al servicio de la población obrera (lo que dejaba la puerta abierta para que fuese empleado en el futuro)[97]. Las impresiones exactas dejadas por estos procedimientos en el Congreso no se pueden determinar. Pero la historia de Enver como campeón de la revolución mundial en Bakú recorrió todos los círculos socialistas en Europa; y seis semanas más tarde Zinóviev, al ser preguntado en el congreso de Halle, tuvo alguna dificultad para defender incluso la versión algo retocada de la resolución que leyó a los delegados[98].

[97] *1yi Syezd Narodov Vostoka* (1920), pp. 108-18.

[98] *USPD: Verhandulgen des Ausserordentlichen Parteitags zu Halle* (s. f.), pp. 159-61. La carrera de Enver podía terminarse eventualmente. Tras el fracaso de Bakú, volvió a Moscú, y, tras la conclusión del tratado soviético-turco

Era demasiado sencillo para los críticos el argumentar, por una parte, que «los turcos, los persas, los coreanos, los hindúes y los chinos» se volvían «no hacia el comunismo de Moscú, sino hacia la fortaleza política de Moscú» [99], y, por otra parte, que la Comintern no era inmune a la tentación «de mirar a los pueblos del Este como piezas sobre el tablero de ajedrez de la guerra diplomática con la Entente» [100]. Todos estos elementos estaban presentes en Bakú, y fueron impuestos a la fuerza sobre las actitudes originales de sincero entusiasmo revolucionario.

Este incómodo episodio jugó probablemente una baza mayor en la crítica retrospectiva que en el Congreso mismo. Los debates públicos terminaron en una atmósfera de logros y de congratulaciones mutuas. El Congreso promulgó dos manifiestos —uno dirigido a «los pueblos del Este», el otro «a los trabajadores de Europa, América y Japón» [101]— y aprobó varias resoluciones. La primera de ellas invitaba al «campesinado oprimido del Este» para que «contase en su lucha revolucionaria con el apoyo de los trabajadores revolucionarios del Oeste, con el apoyo de la Internacional Comunista y de los estados soviéticos, presentes y futuros, para crear una potencia soviética en el Este» [102]. La segunda recomendaba la apropiación de la tierra por los campesinos y la expulsión tanto de «los conquistadores capitalistas extranjeros» como de «los terratenientes, burgueses y otros opresores» [103]. Por una tercera resolución, el Congreso creaba un «consejo de propaganda y acción» para ejecutar las directrices adoptadas. El consejo, compuesto de cuarenta y siete miembros de más de veinte nacionalidades, debería reunirse una vez cada tres meses en Bakú. Durante los intervalos, sus asuntos

de 16 de marzo de 1921, volvió al Cáucaso a intrigar contra Kemal; según L. Fisher, *The Soviets in World Affairs* (1930), i, 387, Kemal pidió al gobierno soviético que pusiese fin a sus actividades; Enver consiguió permiso para ir a Bujara. Para sus aventuras subsiguientes y muerte, véase vol. I, p. 357.

[99] Como sugirió Longuet en el congreso de Tours (*Parti Socialiste: 18 Congrès National* [1921], p. 403).

[100] Como alegó Martov en el congreso de Halle (*USPD: Verhandulgen des Ausserordentlichen Parteitags zu Halle* [s. f.], p. 214); Hilferding ya había dicho que el Congreso de Bakú no tenía nada que ver con el socialismo, y era una pura política de poder (*ibid.*, p. 189). Aparte del episodio de Enver, la defensa de Zinóviev en el congreso de Halle de la necesidad de llevar parejas las revoluciones occidental y oriental, no fue mal vista (*ibid.*, pp. 161-63).

[101] Fueron aprobados en principio por el Congreso sin ver el texto propuesto (*Iyi Syezd Narodov Vostoka* [1920], pp. 118-19); no fueron incluidos en las actas del Congreso, pero fueron publicados en ***Kommunisticheski Internatsional***, n.º 14 (6 noviembre 1920), cols. 2941-944.

[102] *Iyi Syezd Narodov Vostoka* (1920), pp. 183-86.

[103] *Ibid.*, pp. 199-206.

los trataría un presidium de siete miembros incluyendo a dos representantes de la Comintern, a los cuales se les concedió el derecho al veto. El consejo tendría una sucursal en Tashkent «y en otros lugares que pueda considerar necesarios»[104]. El último acto simbólico del Congreso fue el asistir a una ceremonia funeraria en memoria de los veintiséis comisarios bolcheviques de Bakú que encontraron la muerte a manos de los «blancos» con la atribuida complicidad de los británicos, en septiembre de 1918, y cuyos cuerpos acababan de ser trasladados a Bakú[105].

El Congreso de Bakú, a pesar de estar enunciado como primer congreso de los pueblos orientales, no tuvo sucesores, y dejó escasas maquinaciones tras de sí. El consejo de propaganda y acción se estableció en Bakú y pasó su primer informe al IKKI en noviembre de 1920[106]. En diciembre anunció el primer número de una revista, *Los Pueblos del Este,* que iba a editarse en ruso, turco, persa y árabe[107]. No quedan apenas más detalles de sus actividades. La rápida desaparición del consejo y de su revista[108] es posible que fuese debida en parte al acuerdo comercial anglo-soviético de marzo de 1921; también ilustró la dificultad de crear cualquier órgano político efectivo fuera de Moscú. Sin embargo, aunque el consejo de propaganda y acción de Bakú demostró ser un fracaso, la intensificación del interés por las cuestiones orientales en la segunda mitad de 1920 fue el motivo de que naciese una institución significativa. El debate en el segundo Congreso de la Comintern había producido una fructífera sugestión del delegado de las Indias orientales holandesas de que la Comintern llevara a los dirigentes comunistas de los países orientales a Moscú para un entrenamiento de seis meses que les sirviera como preparación para la actividad comunista entre sus propios pueblos.

> Debemos aquí en Rusia dar a los revolucionarios orientales la oportunidad de obtener una educación teórica de manera que el Lejano Oriente pueda convertirse en un miembro vivo de la Internacional Comunista[109].

En Tashkent funcionaba ya una escuela propagandística, donde los miembros jóvenes, que prometían, de las naciones orientales, de

[104] *Ibid.*, pp. 211-12, 219-20.
[105] *Ibid.*, pp. 233-34. Véase vol. I, p. 363, nota 178.
[106] *Kommunisticheski Internatsional,* n.º 15 (20 diciembre 1920), col. 3367.
[107] *Ibid.*, cols. 3473-74; no se han encontrado ejemplares de este periódico.
[108] Según una nota de Stalin, *Sochineniya,* iv, 439, el consejo «continuó existiendo cerca de un año».
[109] *Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* (Hamburgo, 1921), pp. 195-96.

dentro o de fuera de las fronteras de la RSFSR, eran entrenados para convertirlos en propagandistas y dirigentes revolucionarios de sus respectivos países [110]. En el otoño de 1920 se creó un nuevo Instituto de Estudios Orientales sobre los cimientos del antiguo instituto de Lenguas Orientales de Lazarevski, y se le asignó la función de dar instrucción a «aquellos que se preparan para la actividad práctica en el Este o en conexión con el Este» [111]. Y en abril de 1921, por decreto del comité central de toda Rusia, se creó una universidad comunista para los trabajadores del Este, en la cual, y para preparar a las personas «sin dominio de la lengua rusa» para el trabajo político, las clases se darían en la lengua nativa de los estudiantes [112]. Se agregó al Narkomnats, siendo Broido, delegado del Comisariado del Pueblo para los Asuntos de las Nacionalidades, su primer director. Nativos de los países orientales, tanto de dentro como de fuera de la RSFSR, fueron matriculados en el curso, que tendría una duración de cuatro o cinco años; el principio general era el de alternar los períodos de instrucción de ocho o nueve meses con el trabajo práctico de propaganda en el campo. Al final del primer año se dijo que la universidad tenía 700 estudiantes de cincuenta y siete nacionalidades diferentes; y se estaban instalando sucursales en el Turquestán, en Bakú y en Irkutsk [113]. A finales de 1921 se intentó movilizar el acerbo de conocimiento experto en cuestiones orientales que había en Rusia (para el cual las fuentes del partido eran insuficientes) mediante la creación de una sociedad científica de orientalistas rusos con una revista sólida y a menudo informada, *Novi Vostok,* bajo la dirección editorial de Pavlovich, quien combinó con éxito las actitudes revolucionarias y tradicionales rusas hacia los pueblos asiáticos, y que fue durante algunos años un órgano autorizado de la opinión oficial [114].

[110] Esta escuela fue motivo de constante preocupación para el gobierno británico como nido potencial de revolucionarios hindúes; la blanda afirmación del gobierno soviético en noviembre de 1921 de que «no existe ninguna escuela en Tashkent para la preparación de emisarios a la India» fue tomada con reservas *(Anglo-Sovetskie Otnosheniya, 1917-1927* [1927], p. 24). Según Castagné *(Revue du Monde Musulman,* li [1922], 48), tenía en aquel período 300 alumnos.

[111] *Novi Vostok,* i (1922), 456.

[112] *Sobranie Uzakoneni,* 1921, n.º 26, art. 191.

[113] *Revue du Monde Musulman,* li (1922), 46-48; la información parece derivarse de un folleto escrito por Broido en el primer aniversario de la universidad. Su cuarto aniversario, en 1925, se celebró con un discurso de Stalin *(Sochineniya,* vii, 132-52).

[114] *Novi Vostok,* i (1922), 454; *Revue du Monde Musulman,* li (1922) 49-53.

Así, aunque la simple fe en la revolución mundial que abarcase simultáneamente a las naciones industriales occidentales y a los pueblos coloniales orientales que había inspirado al Congreso de Bakú, se desvaneció pronto, lo que quedó fue una firme convicción de la importancia de Asia tanto en la política revolucionaria como en la nacional y de la necesidad de extraer fuerzas del Este para enfrentarse al mundo hostil del capitalismo occidental. El Congreso de Bakú tuvo al menos un papel simbólico al restablecer en la política soviética el sentido del doble destino de Rusia, en el Este como en el Oeste, en Asia como en Europa. Era fácil, sin modificar la sustancia de ese destino, expresarlo en términos revolucionarios. Eso hizo Stalin en un discurso insólitamente elocuente pronunciado en Bakú, dos meses después del Congreso, en el tercer aniversario de la Revolución:

> Parafraseando las famosas frases de Lutero, Rusia podría decir: «Aquí estoy, en la línea divisoria entre el viejo mundo capitalista y el nuevo mundo socialista; aquí, en esta línea, uno los esfuerzos de los proletarios de Occidente con los de los campesinos de Oriente para así destruir el viejo mundo. Que el Dios de la historia me ayude» [115].

Mientras tanto, cuanto más crecía la desilusión por los fallidos proyectos de revolución en Occidente, todavía se depositaba más confianza en la ayuda que vendría del Este para la expulsión final de las potencias capitalistas. Lenin, en su último artículo, publicado bajo el título *Mejor menos, pero mejor,* al señalar la lentitud con la que los países occidentales estaban «completando su desarrollo hacia el socialismo», se consolaba con la consideración de que «el Este ha entrado finalmente en el movimiento revolucionario», resaltando el hecho de que «Rusia, India, China, etc., constituyen una mayoría gigantesca de la población del mundo» [116]. El Congreso de Bakú puede ser señalado con justicia como el punto inicial de este proceso de acudir al Este para enderezar el desfavorable balance del Oeste. El que la política exterior soviética siguiera las vías revolucionarias o se replegase al molde tradicional de los intereses nacionales seguía discutiéndose, pero el completo reconocimiento de la importancia del papel del Este como determinante de este camino puede decirse que data del invierno de 1920-21.

[115] Stalin, *Sochineniya,* iv, 393.
[116] Lenin, *Sochineniya,* xxvii, 415-17.

Capítulo 27

LA NEP EN LA POLITICA EXTERIOR

El último período durante el cual la creencia en lo inminente de la revolución europea actuó como factor determinante de la política exterior soviética, fue el verano de 1920. La guerra con Polonia y la interrupción que esto acarreó en el incipiente acercamiento a los países de Europa occidental, proporcionó un nuevo estímulo a la propaganda revolucionaria; las espectaculares victorias del Ejército Rojo abrieron, por primera vez desde el invierno de 1918-19, lo que pareció una perspectiva inmediata de revolución en Europa. Pero cuando esta posibilidad pasajera se esfumó con la derrota del Ejército Rojo ante Varsovia y el armisticio del 12 de octubre de 1920, lo que representaba, en el peor de los casos, una derrota para el poder soviético, y en el mejor, un punto muerto, la revolución mundial volvió a ser un sueño del futuro y la política se hizo, una vez más, un objeto esencialmente de maniobra diplomática y negociaciones. Hacia finales de octubre de 1920, Gran Bretaña, que era en ese momento el adversario más importante de la Rusia soviética en el juego diplomático, estaba también dispuesta a tratar los acontecimientos del verano de 1920 como un episodio pasajero y volver a coger el hilo, temporalmente dejado, mientras este episodio avanzaba. Las negociaciones se reanudaron y llevaron, como conclusión, a un acuerdo comercial anglo-soviético en marzo de 1921.

Los meses de mayo a octubre de 1920, aunque en cierto sentido

representaron un apartamiento de una línea anterior a ellos y reanudada al finalizar, dejaron a pesar de todo profundas huellas en las relaciones soviéticas con el mundo exterior. En los primeros meses de 1920 el sentimiento de alivio que experimentaron con el supuesto fin de la guerra civil, y el vivo deseo de paz y reconstrucción, llevó a primer plano la política de conciliación. El otoño de 1920 reforzó aquellos elementos de la política soviética que intentaban un acuerdo temporal con el mundo capitalista. La imposición a la República Socialista Federal Soviética Rusa de otro período de hostilidades había aumentado las ya intolerables dificultades para la población, y llevado aún más lejos el derrumbamiento de la quebrantada organización económica.

El descontento y los desórdenes de los campesinos, que por primera vez aparecieron amenazadores en el otoño de 1920, exigían un relajamiento en la tensión de la política económica interna y un alivio a las condiciones materiales que solamente un acuerdo con el capitalismo exterior les podía proporcionar en un futuro inmediato. La fe en la ayuda revolucionaria del proletariado europeo resultó fallida una vez más. En tanto que el mecanismo de la Comintern seguía manipulando la política intransigente y de no cooperación propuesta por el segundo Congreso, el país evolucionó hacia una actitud que hacía la Nueva Política Económica posible e indispensable; y una política exterior de conciliación y compromiso fue la consecuencia natural de la NEP.

Al mismo tiempo, la guerra con Polonia y las últimas etapas de la guerra civil habían ido acompañadas de un cambio de sentimientos en todas las esferas de la población que resulta difícil de analizar. Ya antes de 1920, los azares de la guerra civil y el creciente prestigio y poder de un régimen que al principio pareció no tener posibilidades de sobrevivir, creó en las masas, si no una lealtad positiva al nuevo orden, al menos una tolerancia para aceptarlo. No había trabajador ni campesino que de verdad deseara la vuelta de los «blancos»; la ayuda extranjera que éstos recibieron levantó una oleada de sentimiento nacional a favor de la lucha sostenida en contra del intruso y en defensa de la joven república[1]. La invasión polaca en mayo de 1920 fue la que finalmente despertó en la RSFSR la llama del patriotismo ruso. Incluso Zinóviev se dio pronto cuenta

[1] La intervención del Japón fue más eficaz que la de los aliados occidentales en provocar reacciones patrióticas, en parte porque les recordaba la guerra ruso-japonesa y, en parte, porque estaba claramente inspirada por ambiciones de engrandecimiento nacional. Por esta razón los representantes británico y americano en Moscú no aprobaron el uso de tropas japonesas.

del significado de esta nueva ventaja y de la perspectiva de sacarle partido:

La guerra se está haciendo nacional. No solamente los campesinos avanzados, sino incluso los campesinos ricos son hostiles a los designios de los terratenientes polacos... Nosotros los comunistas debemos estar a la cabeza de este movimiento nacional que ganará el apoyo de toda la población y que crece a diario [2].

En la atmósfera de entusiasmo que se produjo con los triunfales avances en Polonia y en el segundo Congreso de la Comintern, el sentimiento patriótico se mostró como un estimulante tan poderoso como el fervor revolucionario y, por lo menos, tan duradero en sus consecuencias.

Igualmente significativo fue el ímpetu que la guerra de Polonia dio a la reconciliación gradual de miembros de las antiguas clases administrativas y militares, como técnicos y burócratas atraídos en número creciente para reclutarlos en el servicio del gobierno soviético. Una reconciliación que no sólo anunciaba un reconocimiento cualificado de los fines y política de los soviets por sus antiguos adversarios, sino también una cierta medida de asimilación de esos fines y política al sentimiento ruso tradicional antes despreciado [3].

La guerra con Polonia señaló también un hito importante en la transformación del Ejército Rojo en ejército nacional. El Ejército Rojo que ganara la guerra civil estaba integrado por un cuadro de antiguos oficiales zaristas de muy diferentes tipos que iban desde oficiales de graduación superior como Vatsetis y Sergei Kámenev, los dos principales jefes supremos del Ejército Rojo, ambos antiguos coroneles de la plantilla imperial, hasta jóvenes subalternos como Tujachevski, que hizo una brillante carrera en el nuevo ejército y que ascendió a general al cabo de un año. Trotski refiere la sorpresa de Lenin cuando a comienzos de 1919 le oyó decir a él que 30.000 de estos oficiales habían sido ya reclutados por el Ejército Rojo, y cuando le afirmó que «por cada traidor hay un ciento que son de

[2] *Pravda,* 18 de mayo de 1920; la delegación laborista británica que en aquel momento visitaba Rusia, anota «el nacimiento y desarrollo de un nuevo patriotismo» (*British Labour Delegation to Russia, 1920: Report* [1920], p. 122).

[3] Véase vol. I, p. 391. En los primeros años del régimen, la acusación más frecuente de los «blancos» emigrados era que sacrificaban los intereses de Rusia a los ideales comunistas: una expresión típica de este reproche puede verse, por ejemplo, en *Russia in the Far East,* de L. Pasvolsky (N. Y., 1922), pp. 140-41. La acusación contraria, es decir, sacrificar el comunismo a los intereses nacionales rusos, vino más tarde.

confianza»[4]. El octavo Congreso del partido, en marzo de 1919, dio su cautelosa aprobación para que se diera empleo a esos «especialistas militares»[5]; y una vez conseguida la victoria, se les empezó a rendir tributo por la parte que en ella habían tenido. En marzo de 1920 Trotski rindió un elocuente homenaje a un antiguo general zarista, Nikolaev, que fue capturado y muerto por los «blancos» en la campaña contra Yudenich cuando prestaba servicio en el Ejército Rojo[6]. En mayo de 1920, al estallar la guerra con Polonia, Brusilov, el último general en jefe zarista, ofreció sus servicios al Ejército Rojo y propuso convocar una conferencia de oficiales destacados del viejo ejército zarista para considerar las formas y medios de ayudar en su organización. El gobierno soviético aceptó la propuesta[7]. Sería inútil profundizar en la naturaleza de los variados motivos, conscientes o inconscientes, que llevaron a estos antiguos oficiales zaristas a prestar servicio en el Ejército Rojo. Pero hacia la primavera de 1920, la lealtad de la nación hacia lo que, después de todo, era el gobierno establecido de su país, jugó un importante papel; esta evolución se completó con la oportunidad que tuvieron de participar activamente en la guerra contra los polacos que habían sido tradicionalmente uno de los más persistentes enemigos e invasores. Hacia finales de 1920 Radek escribe un elogio de Sergei Kámenev y en él hace constar que «en los tres años de guerra civil ha cristalizado una *élite* de oficiales zaristas que, en su fuero interno, está unida al gobierno soviético»[8]. Pero también aquí la influencia era mutua. El Ejército Rojo, al asimilar a oficiales de antiguos ejércitos rusos y al conquistar su lealtad, aceleraba su propia evolución para convertirse en ejército nacional de la República soviética. Aquí, de nuevo, la guerra con Polonia fue un fértil terreno de cre-

[4] L. Trotski, *Moya Zhizn* (Berlín, 1930), ii, 180; Lenin hizo referencia a esta conversación en un discurso público *(Sochineniya*, xxiv, 65).

[5] *VKP(B) v Rezolutsiyaj* (1941), i, 302; Sokólnikov, que fue *rapporteur* en el Congreso sobre la cuestión militar durante la ausencia en el frente de Trotski, habló de «millares de antiguos especialistas» en el Ejército Rojo *(Vosmoi Syezd RKP(B)* [1933], p. 148); la llamada «oposición militar» en el Congreso no discutía el empleo de los antiguos oficiales, aunque trataba de fortalecer el control sobre ellos a través de los comisarios políticos.

[6] *Kommunisticheski Internatsional*, n.º 9 (22 marzo 1920), cols. 1423-424, reimpreso en L. Trotski, *Kak Vooruzhalas Revolutsiya*, ii (1924), i, 100; elogios semejantes se encuentran en *ibid.*, ii, i, 106-07.

[7] *Ibid.*, ii, ii, 115; la carta de Brusilov con la propuesta se publicó en *Pravda*, 7 de mayo de 1920.

[8] K. Radek, *Die Auswärtige Politik Sowjet-Russlands* (Hamburgo, 1921), pp. 67-68; en una traducción rusa publicada dos años más tarde *(Vneshnaya Politika Sovetskoi Rossi* [1923]) se omite este pasaje.

cimiento del patriotismo tradicional. Así, en el otoño de 1920, al vislumbrarse el fin de una larga etapa de guerra civil e internacional, se estaba preparando el camino a un nuevo concepto de la política exterior que diese más importancia a defender los intereses nacionales y que fuese el punto de partida para retirarse de una política hostil, en principio, a todos los regímenes capitalistas hacia otra actitud política dispuesta a negociar individual o colectivamente con gobiernos capitalistas en terrenos de mutua conveniencia. Sería exagerado, no obstante, calificar de cambio radical en los puntos de vista lo que sólo fue un cambio de acentuación. La nueva situación no había prescindido de intentar la revolución mundial de la misma manera que la vieja nunca dejó de perseguir el interés nacional. Sin duda, es siempre posible argüir que la intención de ambas políticas era la defensa de los intereses nacionales y que eran más complementarias que alternativas. Si el régimen soviético pudo sobrevivir a la dura prueba de la guerra civil, en parte gracias a la propaganda revolucionaria dirigida a las masas en los países capitalistas y en parte a las hostilidades y celos mutuos del mundo capitalista, se podía deducir que su supervivencia y bienestar iría en aumento no sólo manteniendo la propaganda, sino además fomentando los celos y hostilidades. Así, en un momento en que la creciente oposición de los obreros del mundo capitalista a la acción antisoviética y el principio de la crisis económica conducían a los países occidentales hacia una cooperación con la Rusia soviética, de un modo diferente aunque igualmente acuciante, había fuerzas que obligaban a los jefes soviéticos a una nueva política de cooperación con el mundo capitalista. Lenin, en noviembre de 1920, al dirigirse, en una conferencia, al partido, en Moscú, dio la nota en el nuevo registro:

> No sólo disfrutamos un respiro, sino que estamos en una nueva etapa en la cual ha sido ganada nuestra posición fundamental en el marco de los Estados capitalistas.

Pretender que los bolcheviques habían «prometido o soñado que podrían transformar el mundo entero con el sólo empuje de Rusia» era absurdo:

> De semejante locura nunca fuimos culpables: siempre hemos dicho que nuestra Revolución vencerá cuando tenga el apoyo de los trabajadores de todos los países. Resulta que nos han apoyado a medias, debilitando el brazo que se alzaba en contra nuestra; pero aun así, en ese sentido, nos han ayudado [9].

[9] Lenin, *Sochineniya*, xxv, 485-86.

La idea de una república soviética o grupo de repúblicas soviéticas, sola en el territorio del antiguo imperio zarista, como una isla en un mundo capitalista —idea que fue desechada por quimérica en los primeros días de la Revolución— empezaba a tomar cuerpo. Dos veces en su discurso, Lenin se refirió a lo que estaba llamado a ser, en tales condiciones, una preocupación primordial para la diplomacia soviética:

Mientras continuemos siendo, desde el punto de vista militar y económico, más débiles que el mundo capitalista, debemos guardar las reglas: tenemos que ser suficientemente hábiles valiéndonos de las oposiciones y contradicciones entre los imperialistas... Políticamente tenemos que utilizar los conflictos entre nuestros adversarios que tienen su raíz en causas profundamente económicas [10].

Como ya había hecho antes [11], Lenin proclamaba esta política con caracteres de continuidad, no de cambio. «Utilizar la división entre los países capitalistas para hacer difíciles los acuerdos entre ellos o, hasta donde nos sea posible, hacerlos temporalmente imposibles —añadió un mes después—, ha sido la línea fundamental de nuestra política durante tres años» [12]. Sin embargo, la cautelosa inquietud que demostró Lenin en noviembre y diciembre de 1920 constituyó un contraste impresionante con el optimismo de sus pronunciamientos a principios de año. Políticamente la Revolución se había consolidado, como lo había demostrado la adhesión de la clase oficial y de la antigua burguesía a la bandera bolchevique. Económicamente, el aprieto era más desesperado que nunca, ya que el proletariado de los países más avanzados les falló al no venir en su ayuda. El mismo dilema que estaba creando las condiciones propicias para la NEP en el país estaba también, de una manera casi inadvertida, dando nueva forma a las relaciones del gobierno soviético con los países extranjeros.

Cuando ahora Lenin consideraba la necesidad de entablar relaciones con los Estados capitalistas, lo hacía pensando única y exclusivamente en acuerdos calculados para mejorar las dificultades e incertidumbres económicas, fomentando una corriente de importaciones extranjeras, en maquinaria y locomotoras sobre todo, para hacer frente a las necesidades más perentorias.

Tenemos que ser suficientemente hábiles [escribió Lenin en esta época] para sacar aquellas ventajas que, por extraño que esto parezca, fortalezcan nues-

[10] *Ibid.*, xxv, 498-501.
[11] Véanse anteriormente pp. 83-84.
[12] Lenin, *Sochineniya*, xxvi, 8.

tra posición económica, valiéndonos de las particularidades del mundo capitalista y explotando su avidez de materias primas [13].

Hasta tanto no se llegó a negociaciones de conjunto con países capitalistas, el acuerdo oficioso con Suecia del 15 de mayo de 1920 [14] fue lo único que se había logrado. En las últimas etapas de la guerra con Polonia el tratado concertado con Estonia en el mes de febrero anterior fue completado por tratados con Lituania, Letonia y Finlandia [15], pero éstos más bien abrieron nuevos canales para el comercio que proporcionar la materia para ello. En septiembre de 1920, Litvínov fue a Oslo y sostuvo unas largas negociaciones comerciales con el gobierno sueco, mas sin resultado [16]. Pero sobre todo, las vitales negociaciones con Gran Bretaña habían llegado a un total punto muerto por el conflicto con Polonia. Cuando Krasin llegó a Londres a principios de agosto, después de un mes de ausencia, y esta vez acompañado por Kámenev, encontró la atmósfera totalmente cambiada. A Lloyd George sólo le interesaba salvar a Polonia [17]; círculos políticos hostiles a la Rusia soviética predominaban de nuevo. Se recurrió a prejuicios que no hacían al caso en la cuestión polaca, a fin de impedir una reanudación de las negociaciones comerciales; y el 10 de septiembre de 1920 se requirió a Kámenev para que abandonara el país, acusándolo de haber tomado parte en la venta de las joyas de la corona rusa, de haber servido de intermediario en las subvenciones al *Daily Herald,* así como de su relación con el subversivo «Comité de acción» y de haber llevado a Lloyd George, un mes antes, a conclusiones erróneas respecto a las condiciones ofrecidas a Polonia [18]. Una semana más tarde, Krasin hizo una declaración rechazando toda responsabilidad en las «actividades de Kámenev». Se trataba de una situación irreal, en la cual un delegado podía desautorizar las pretendidas actividades de su colega y que tal desaprobación fuera aceptada como satisfactoria. Pero en aquel momento el Ejército Rojo estaba en completa

[13] *Leninski Sbornik,* xx (1932), 169.

[14] Véase p. 175.

[15] *SSSR: Sbornik Deistvuiushchij Dogovorov,* i-ii (1924), n.º 35; pp. 130-42.

[16] La correspondencia, tal como fue publicada por el gobierno noruego, se reimprimió en *Soviet Russia* (N. Y., 25 de diciembre de 1920, pp. 642-45).

[17] Lloyd George recibió a Krasin y a Kámenev el 4 de agosto de 1920 y presionó para que detuvieran el avance del Ejército Rojo.

[18] El requerimiento para la expulsión de Kámenev se publicó en *The Times* el 11 de septiembre de 1920; los cargos contra él, tres días más tarde; para los comités de acción y el incidente de las condiciones a Polonia, véanse páginas 226-27, anteriores.

retirada y Wrangel había comenzado su ofensiva en el sur de Rusia. Por corto tiempo el espejismo del verano de 1919 volvió de nuevo a dominar la política británica. Pocas semanas antes, los temores de que Europa fuera barrida por el Ejército Rojo combatiendo bajo la bandera de la revolución mundial, habían impedido cualquier posibilidad de reasumir las negociaciones con Krasin. Ahora, la esperanza de que el régimen soviético sucumbiera a los asaltos combinados de Pilsudski y Wrangel tuvo exactamente el mismo resultado. En palabras de Krasin: «Lloyd George estaba esperando hasta ver si el poder soviético se derrumbaba ante los ataques de las legiones polacas» [19]. La interrupción del verano de 1920 duró hasta bien entrado el otoño.

El lento progreso de las negociaciones con Gran Bretaña fue lo que determinó, en parte, que los gobernantes soviéticos, en el verano de 1920, después de casi dos años, pusieran su atención en los Estados Unidos; al mismo tiempo, los círculos oficiales americanos comenzaban a barajar las posibilidades comerciales con la Rusia soviética. En diciembre de 1919, Lansing, secretario de Estado, redactó un memorándum confidencial en el que se sugería la creación de un instituto con un capital de cien millones de dólares para financiar el comercio americano con Rusia [20]. En marzo de 1920, los primeros informes de una inminente invitación para que Krasin visitara Londres, provocaron por parte del gobierno americano suspicaces indagaciones [21]. Sin embargo, a lo largo de 1920 continuaron dominando los elementos antisoviéticos. En diciembre de 1919, doscientos cuarenta y nueve comunistas conocidos o sospechosos fueron deportados de Nueva York a la Rusia soviética, incidente que creó cierta inquietud en un país que hasta entonces había disfrutado de un historial no interrumpido de ofrecer el derecho de asilo indiscriminado a los rebeldes políticos. En marzo de 1920 [22] se iniciaron los trámites para la deportación de Martens tras una minuciosa investigación pública de su historial y actividades ante el Comité de Asuntos Exteriores del Senado [23]. Ante los soviets, la política americana continuaba ostentando su carácter ambiguo y problemático. Los Estados Unidos habían intervenido, como los

[19] L. B. Krasin, *Voprosi Vneshnei Torgovli* (1928), p. 279.

[20] *Foreign Relations of the United States, 1920,* iii (1936), 443; no se volvió a oír nada de este proyecto.

[21] *Ibid.*, iii, 706-07.

[22] *Ibid.*, iii, 455-56.

[23] *Senate Foreign Relations Committee: Russian Propaganda, Hearing... to investigate Status and Activities of Ludwig C. A. K. Martens* (1920); Martens fue al fin deportado en enero de 1921.

demás aliados, en la guerra civil en contra del régimen soviético, al tiempo que proclamaban que su política era no intervencionista y negaban su participación en el bloqueo de la República Socialista Federal Soviética Rusa, tomando, sin embargo, medidas efectivas, como los demás, para impedir que sus súbditos comerciaran con aquel país. El 7 de julio de 1920 el gobierno americano suspendió todas las restricciones comerciales con la Rusia soviética, pero instruyó al mismo tiempo a todos los enviados diplomáticos y consulares americanos para que no actuaran «oficial u oficiosamente, directa o indirectamente, asistiendo o facilitando tratos comerciales o de otra índole» entre súbditos americanos y de aquel país [24]. Finalmente, en agosto de 1920, en respuesta a una indagación del gobierno italiano, Colby, el último secretario de Estado de Wilson, definió la actitud americana en una nota que fue hecha pública y que se hizo célebre por mucho tiempo. En ella se describían los «actuales gobernantes de Rusia como un gobierno con el cual no pueden mantenerse las mismas relaciones que con gobiernos amigos». Por el contrario, habían «alardeado abierta y frecuentemente de su disposición para firmar acuerdos y compromisos con potencias extranjeras sin tener la menor intención de observar tales compromisos o cumplir tales acuerdos». Además habían sustentado la opinión de que «la misma existencia del bolchevismo en Rusia y el mantenimiento de su mismo poder depende y ha de continuar dependiendo de que sucedan revoluciones en todas las demás grandes naciones civilizadas y expresado claramente su intención de utilizar todos los procedimientos, incluso, por supuesto, las representaciones diplomáticas para promover movimientos revolucionarios semejantes en otros países». La nota provocó una réplica de Chicherin que apareció en *Izvestiya* bajo el encabezamiento: «Refutación de una mentira burguesa», y fue comunicada oficialmente al Departamento de Estado por Martens. Tras los comentarios habituales a propósito de la falsedad de la libertad democrática burguesa, la declaración proclamaba audazmente que la Rusia soviética había cumplido siempre sus compromisos «incluso el Tratado de Brest-Litovsk que fue impuesto a Rusia por la violencia» y que si «el gobierno ruso se compromete a abstenerse de divulgar literatura comunista, a todos sus representantes en el exterior se les impone que observen escrupulosamente este compromiso». Esta declaración, no obstante su naturaleza polémica, terminaba con el augurio esperanzador «de que en el futuro próximo pudieran ser establecidas relaciones normales entre

[24] *Foreign Relations of the United States, 1920,* iii (1936), 717-19.

Rusia y Estados Unidos»[25]. Trotski, dos semanas después, en una entrevista con John Reed, lanzó una clara alusión en relación a otro campo de común interés a la Rusia soviética y los Estados Unidos:

> No sólo podemos convivir con gobiernos burgueses, sino que podemos trabajar juntos con ellos dentro de unos límites muy amplios. Está perfectamente claro que nuestra actitud en el conflicto del Pacífico estará determinada por la actitud del Japón y Estados Unidos hacia nosotros[26].

En esta sazón, cuando la guerra civil estaba casi terminada, cuando las presiones económicas del comunismo de guerra creaban tensiones intolerables en el frente interno y cuando los decididos intentos de establecer relaciones comerciales con Gran Bretaña y otros países capitalistas occidentales parecían haber llegado a un punto muerto, fue cuando una sucesión de hechos condujo a resucitar y poner en práctica un plan que ya se había discutido en 1918[27] y que nunca habían olvidado del todo —la oferta de concesiones en la Rusia soviética a capitalistas extranjeros—. En un momento en que Rusia necesitaba desesperadamente bienes de equipo del extranjero para el desarrollo de su industria, sin tener nada que ofrecer a cambio, salvo sus fuentes naturales de riqueza, en su mayor parte inexplotadas, era lógico que se les ocurriera continuamente la idea de atraer capital extranjero mediante la oferta de concesiones para la explotación de dichos recursos naturales; era igualmente lógico que su pensamiento volviera constantemente hacia los Estados Unidos como la fuente más prometedora de inversiones de capital, no sólo porque Estados Unidos tenía capital para invertir, sino porque resultaba menos sospechoso que otros países capitalistas importantes de abrigar intenciones políticas contra el poder soviético. El memorándum entregado a Robins en mayo de 1918 sugería que Estados Unidos podría «participar activamente en la explotación de las riquezas marítimas del este de Siberia, de sus minas de carbón y demás minas, así como en la construcción de transportes ferroviarios y marítimos en Siberia y en el norte de la Rusia europea». El desarrollo de canales navegables en el norte de Rusia y en la cuenca del Don se citaban como futuras oportunidades para el capital americano; también se sugería que «los Estados Unidos podrían participar

[25] La nota de Colby y la respuesta de Chicherin están en *Foreign Relations of the United States, 1920,* ii (1936), 463-68, 474-78; la respuesta de Chicherin apareció por primera vez en *Izvestiya,* 10 de septiembre de 1920.
[26] L. Trotski, *Kak Vooruzhalas Revolutsiya,* ii (1924), ii, 283.
[27] Véase vol. 2, pp. 141-43.

en gran escala en el desarrollo de ciertas extensas zonas agrícolas, bien conocidas, introduciendo métodos modernos, y que recibiría a cambio una gran proporción de los productos»[28]. Todo el programa del gobierno soviético para concesiones posteriores se esbozaba en este memorándum.

El proyecto de concesiones extranjeras se mantuvo en la vanguardia de la política económica soviética por algún tiempo. En el verano de 1918, el Sovnarkom nombró una comisión para estudiar las condiciones en que habían de ser otorgadas las concesiones a extranjeros; y en septiembre de 1918, Lomov hizo un informe al Vesenja rebatiendo el argumento de la oposición de izquierdas, según el cual «tales concesiones eran incompatibles con la constitución socialista de Rusia». Pero el tema no tenía actualidad por el momento, puesto que ningún inversionista se había presentado, y el Vesenja se abstuvo de dar la aprobación final[29]. En el invierno de 1918-19 se empezaron unas ambiciosas negociaciones con intereses noruegos y rusos «blancos», para la construcción de un ferrocarril desde Murmansk, a través del norte de Rusia, hasta la desembocadura del Ob, en Siberia, ofreciendo a cambio la concesión de una vasta zona de explotación forestal en el norte de Rusia por una duración de cuarenta y ocho años. Lomov fue de nuevo el campeón de la propuesta. En principio consiguió la aprobación del Sovnarkom, pero la filiación «blanca» del proyecto hizo que fuera un objetivo fácil para la oposición. En mayo de 1919 se abandonó el proyecto, y algunos ciudadanos soviéticos asociados con él fueron detenidos bajo la acusación de estar asociados con enemigos del régimen[30]. En adelante, la oferta de concesiones, aunque nunca del todo abandonada, sufrió una interrupción debida a la continuación de

[28] *Russian-American Relations,* ed. C. K. Cummings y W. W. Pettit (1920), p. 211. Robins presentó el memorándum al Departamento de Estado americano con un informe adicional fechado el 1 de julio de 1918 en el cual abogaba por el envío de una comisión económica a Rusia *(ibid.,* 212-19); Lansing envió este memorándum a Wilson, que hizo la siguiente anotación: «Sólo difiero de ellas (i. e. de las propuestas) en los detalles prácticos»; pero no se supo nada más *(Foreign Relations of the United States: The Lansing Papers, 1914-1920,* ii [1940], 365-72).

[29] R. Labry, *Une Législation Communiste* (1920), pp. 168-72, donde se da la traducción completa del informe Lomov; *Narodnoe Joziaistvo,* n.° 12, 1918, p. 27. El deseo de otorgar concesiones así como el de reconocer deudas extranjeras, se anunció, en una nota a las potencias aliadas, el 4 de febrero de 1919, aceptando la invitación a Prinkipo (véanse anteriormente pp. 124-25).

[30] Las fuentes de este episodio, sobre todo la prensa contemporánea, se citan en G. Gerschuni, *Die Konzessionspolitik Sowjetrusslands* (1927), pp. 33-37; no está claro que este proyecto tuviera nunca un sólido respaldo económico.

la guerra civil [31], al creciente aislamiento de la Rusia soviética y a la antipatía cada vez mayor del comunismo bélico a los métodos y procedimientos capitalistas. Solamente volvió a surgir bien entrado el verano de 1920, en un artículo de Lomov, que se tradujo significativamente para el periódico soviético publicado en Nueva York [32].

Así estaban las cosas, cuando en el otoño de 1920 llegó a Moscú un viajero americano llamado Vanderlip. Profesionalmente era ingeniero de minas y más de veinte años antes había hecho un viaje con un compañero por el norte de Sajalín y Kamchatka, haciendo prospecciones auríferas sin éxito [33]. Parece que lo tomaron, con su consentimiento, por un conocido banquero de su mismo nombre y con el cual no tenía ningún parentesco [34]. Pero había pocos americanos en Moscú en 1920 y todos los hombres de negocios americanos tenían fama de millonarios; a Vanderlip lo aceptaron como un personaje altamente importante e influyente. Su pretendida riqueza y categoría le aseguró que se le prestara atención para lo que más adelante había de proponer. Según Lenin, Vanderlip llegó con unas proposiciones que expresó «con toda la franqueza, el cinismo y la crudeza de un *kulak* americano» para obtener un arriendo en Kamchatka, cuyas reservas minerales, especialmente petróleo y nafta, serían de incalculable valor en la futura guerra americana con el Japón. Explicó que se esperaba que «nuestro partido», es decir el republicano, ganara las próximas elecciones presidenciales; y que si se les concedía el arriendo en Kamchatka, esto crearía tal entusiasmo que el reconocimiento del gobierno soviético era seguro [35]. Kamchatka, naturalmente, había sido considerada hasta entonces como parte de la República de Extremo Oriente. Afortunadamente las

[31] Un artículo en *Narodnoe Joziaistvo,* n.° 7 (1919), p. 32, era de la opinión de hacer concesiones a extranjeros sólo para proyectos estructurales destinados a ser administrados directamente por las autoridades del Estado o municipio (ferrocarriles, canales, instalaciones eléctricas, etc.) de manera que un total control público estuviera asegurado.

[32] *Soviet Russia* (N. Y., 11 de septiembre de 1920, pp. 254-358); la fuente original del artículo no se indica y no se ha localizado.

[33] W. B. Vanderlip y H. B. Hulbert, *In Search of a Siberian Klondyke* (N. Y.,1903), describe el viaje.

[34] Según el informe de un empleado del Departamento de Estado que interrogó a Vanderlip antes de su partida para Moscú, éste representaba a un grupo de negociantes de California, cuyos intereses, no obstante, dependían de un «acuerdo obligatorio» entre los gobiernos americano y ruso (Archivos Nacionales de los Estados Unidos, Registro Grupo 861-602, v, 2814).

[35] Lenin, *Sochineniya,* xxv, 502-03; xxvi, 6; L. Fischer, que tuvo acceso a las fuentes oficiales soviéticas, calculó el valor de la concesión en 3.000 millones de dólares *(The Soviets in World Affairs* [1930], i, 300).

fronteras no habían sido establecidas; Kamchatka fue devuelta apresuradamente a la RSFSR [36]. Si en aquella época existía alguna autoridad real en la lejana península, parece que se ejercía desde el Japón. Pero esto no disminuyó el atractivo que la propuesta tenía para el gobierno soviético, que no estaba dispuesto a perder ninguna ocasión, por remota que fuera, de conseguir ayuda americana contra las usurpaciones japonesas en Siberia. Antes de abandonar Moscú, Vanderlip se entrevistó con Lenin y firmaron un contrato [37]; y este acuerdo inspiró inmediatamente un importante decreto aprobado por el Sovnarkom el 23 de noviembre de 1920 sobre concesiones. Tal decreto hacía ver que el porcentaje de recuperación de la economía rusa podía ser «incrementado en muchas veces» atrayendo sociedades e instituciones extranjeras «para explotar y desarrollar las riquezas naturales de Rusia» y que por otra parte existía una escasez de materia prima y un exceso de capitales «en algunos países europeos y especialmente en Estados Unidos»: ello había conducido a que ya se le hubieran hecho propuestas concretas al gobierno soviético para concesiones al capital extranjero. Tales concesiones habían de ser otorgadas, en principio, a compañías extranjeras solventes y de confianza, que recibirían en compensación una parte de los productos de la explotación concesionaria con derecho a exportarlos. A fin de asegurar un beneficio adecuado, garantizado contra la nacionalización o la confiscación, las concesiones tendrían una duración suficiente. Los obreros soviéticos habrían de ser empleados en las condiciones prescritas por la legislación laboral soviética. Una lista de setenta y dos productos susceptibles de concesiones a inversores extranjeros se anexionó al decreto, comprendiendo concesiones madereras en el norte de Rusia y Siberia, concesiones mineras en Siberia y concesiones agrícolas en el sudeste ruso [38]. Este decreto, que se anticipó a la Nueva Política Económica en el terreno de política exterior y que fue mirado con desconfianza por muchos incondicionales del partido [39], no tuvo resultados inmediatos. Aunque la condición principal

[36] El tratado señalando las fronteras se firmó en Moscú el 15 de diciembre de 1920 *(RSFSR: Sbornik Deistvuiushchij Dogonorov,* ii [1921], n.° 53, páginas 78-79).

[37] Por parte soviética, el tratado fue firmado por Rikov como presidente del Vesenja *(Trudi IV Vserossiiskogo Syezda Sovetov Norodnogo Joziaistva* [1921], p. 57); parece que el texto no se publicó nunca.

[38] *Sobranie Uzakoneni,* 1920, n.° 91, art. 481.

[39] La oposición fue especialmente fuerte en los sindicatos, y así lo expresaron en el cuarto Congreso Sindical de toda Rusia en mayo de 1921 cuando, a propósito de ello, por lo menos 150 preguntas fueron enviadas a la tribuna

establecida por el acuerdo Vanderlip —una victoria republicana en la elección presidencial— se cumplió rápidamente, el proyecto no pasó adelante y Lenin, que permanecía sospechosamente convencido de que «todo este cuento jugaba un cierto papel en la política imperialista», se sintió ofendido cuando Harding, el nuevo presidente electo, hizo una declaración de que nada sabía de ninguna concesión Vanderlip[40]. Sin embargo, el decreto de concesión significaba para Lenin algo más que un golpe hábil para enfrentar los Estados Unidos al Japón; más, incluso, que la perspectiva de aliviar en algo las dificultades económicas actuales: significó para la Rusia soviética el reconocimiento de un lugar en la economía capitalista mundial, base para futuras relaciones con las potencias capitalistas.

Si leéis atentamente y releéis el decreto de concesiones —dijo a un grupo de obreros del partido—, veréis que nosotros subrayamos la importancia de la economía mundial y que lo hacemos a propósito. No cabe duda que este es, sin discusión, un punto de vista certero. Es esencial para la recuperación de la economía mundial, utilizar las materias primas rusas. Vanderlip dice que es preciso contar con Rusia, y Rusia se adelanta y ante el mundo entero declara: echamos sobre nuestros hombros la recuperación de la economía mundial, tal es nuestro plan[41].

(Cheteverti Vserossiiski Syezd Professionalnij Soyuzov [1921], i [Plenumy], 61). La situación equívoca que podía surgir al emplear obreros soviéticos por *concessionaires* extranjeros fue clara desde el principio; como dijo Radek en mayo de 1918, «en el futuro no debe haber dos clases de leyes en territorio ruso, leyes para obreros libres que trabajan en empresas soviéticas y leyes para esclavos que trabajen para el capital extranjero» *(Trudi I Vserossiiskogo Syezda Sovetov Narodnogo Joziaistva,* 1918, p. 22). Un largo artículo semioficial escrito por Stepanov defendiendo la política de concesiones, que apareció en *Russische Korrespondenz,* ii, i, n.° 1-2 (enero-febrero, 1921), pp. 68-87, empezaba admitiendo que «la cuestión de las concesiones a capitalistas extranjeros está provocando descontento en los círculos del partido»; esto se omitió de la versión en *Kommunistcheski Internatsional,* n.° 16 (31 de marzo de 1921), cols. 3515-322, que se refería únicamente al «entusiasmo» de la burguesía a propósito del decreto.

[40] Lenin, *Sochineniya,* xxv, 505. Costó trabajo deshacer la leyenda de Vanderlip, el primer visitante millonario que llegó a la Rusia soviética: el índice biográfico de la segunda edición de las obras de Lenin continúa identificando al visitante con F. A. Vanderlip, el industrial y banquero *(ibid.,* xxv, 652). Lenin cometió la misma equivocación al referirse al libro de F. A. Vanderlip, *What Happened to Europe (ibid.,* xxv, 502). Una semblanza impresionante del todopoderoso millonario americano que le suplicó concesiones a Lenin y aguantó un desaire, apareció en *Sobranie, Sochinenii* (1928), i, 214-18 de L. Reisner, y, después, en una traducción alemana, *Oktober* (1930), pp. 87-93; según este relato, Vanderlip fue de Moscú a Afganistán, donde se encontró con el autor. A su regreso pasó por Moscú a principios de marzo de 1921 (véase p. 353 más adelante).

[41] Lenin, *Sochineniya,* xxv, 507. Algunas semanas después Lenin insistió

Se trataba de una perspectiva a largo plazo que Lenin había de usar eficazmente con el mismo argumento en fecha posterior. Pero por ahora y con el comunismo de guerra dominando todavía la política económica soviética, el nuevo enfoque era prematuro y el decreto de concesiones no había nacido a su debido tiempo. Seis meses después Lenin había de confesar que ni una simple concesión había sido otorgada porque no había ninguna proposición seria por parte del capital extranjero [42].

En tanto que las varias alternativas de la guerra polaco-soviética y la campaña contra Kámenev [43] prolongaban el punto muerto de las negociaciones anglo-soviéticas en Londres hasta bien entrado el otoño de 1920, Krasin no había desperdiciado del todo el período de ostracismo político y la inacción oficial. Rápidamente se orientó en el mundo industrial británico y pudo sacar partido a sus ventajas como el único hombre importante de negocios que llegó a ocupar una posición dirigente en la jerarquía soviética. Durante este período de paralización, suspendidas las negociaciones oficiales, Krasin emprendió conversaciones provisionales con un buen número de compañías británicas. Menciona él mismo tres ejemplos: conversaciones con las industrias de maquinaria de Slough para servir quinientos automóviles; con la compañía Marconi «para formar una sociedad ruso-británica para comerciar con Inglaterra», y con Armstrongs de Newcastle para un contrato continuado de reparación de locomotoras rusas. La oferta de pedidos sustanciales en un momento de creciente depresión y de paro era un arma poderosa. Krasin extendió bien sus redes y pudo pretender que el resultado de su acción fue «que varios grupos industriales presionaran al Ministerio de Asuntos Exteriores y a Lloyd George» y que «en cuanto se reanudaran las conversaciones, la delegación rusa tenía tras ella un grupo de cierta importancia en la City» [44]. Cierto que el empeoramiento de la crisis económica durante el último semestre había fortalecido el partido de aquellos

más sobre esta idea: «Tenemos cientos de miles de fincas excelentes que podían ser mejoradas con tractores; vosotros tenéis tractores, vosotros tenéis petróleo y vosotros tenéis mecánicos preparados, y nosotros las ofrecemos a todos, incluyendo a las personas de los países capitalistas, para hacer de la restauración de nuestra economía nacional y del hecho de salvar a todos los pueblos del hambre, la piedra de toque de nuestra política» (*ibid.*, xxvi, 20). Un año después, la Rusia soviética, presa de los horrores del hambre, recibía socorros de los Estados Unidos.

[42] *Ibid.*, xxvi, 390.

[43] Véase p. 289.

[44] L. B. Krasin, *Voprosi Vneshnli Torgovli* (1928), pp. 279-80; esto, junto con los otros artículos de Krasin de la época (véase p. 177, nota 50 anterior), sigue siendo la mejor fuente de información para las negociaciones.

que sostenían que una expansión del comercio con la RSFSR ayudaría a aliviar las dificultades económicas británicas. La importancia que un año antes habían concedido a los suministros rusos pasó ahora a sus mercados; Krasin hábilmente ofreció a influyentes compañías británicas perspectivas de pedidos rusos importantes. Una compañía soviética comercial denominada ARCOS, Sociedad Cooperativa de toda Rusia *(All Russian Cooperative Society)* fue registrada en Londres en octubre de 1920. Durante los tres primeros meses de su existencia hizo pedidos de mercancías en Gran Bretaña por un valor de cerca de dos millones de libras [45].

En noviembre de 1920 quedó una vez más expedito el camino para las negociaciones oficiales. Al armisticio soviético con Polonia en octubre había seguido, pocas semanas después, una victoria completa sobre Wrangel. La política británica, aunque alarmada por la amenaza a Polonia, no había mirado nunca benévolamente las aventuras militares polacas en Europa oriental bajo la égida francesa, y el decepcionante Wrangel fracasó en su intento de resucitar el entusiasmo antes sentido por Denikin y Kolchak, incluso en los círculos militares y conservadores británicos. El gobierno inglés rehusó en agosto seguir a Francia en el reconocimiento del gobierno de Wrangel. Incluso cuando dos meses más tarde sus ejércitos se batían en retirada, las fuerzas inglesas que continuaban todavía en el mar Negro se abstuvieron de ayudar a los franceses en los trabajos de rescate [46]. Resurgió entonces la política de Lloyd George, causante de la venida de Krasin a Londres en mayo anterior. El juego volvió a empezar a causa de una nota de Krasin a Curzon, fechada el 6 de noviembre de 1920, en la que protestaba de los interminables retrasos [47]. El 18 de noviembre de 1920 Lloyd George anunció en la Cámara de los Comunes que el gobierno había elaborado un proyecto que estaba a punto de ser enviado a la delegación soviética; diez días después fue entregado a Krasin. Desde este momento las conversaciones avanzaron con bastante rapidez, girando mucho más en torno a la condición subsidiaria de que el gobierno soviético había de abstenerse de propaganda contra el imperio británico y especialmente en los países asiáticos, que en las mismas cuestiones comerciales. En determinados momentos el gobierno inglés quiso incluir Asia Menor y el Cáucaso entre las regiones en las cuales

[45] *Russian Information and Review*, n.º 1, 1 de octubre de 1921, p. 19.

[46] Este detalle se anotó en el informe anual del Narkomindel al noveno Congreso de Soviets de toda Rusia, y evidentemente hizo impresión en Moscú *(Godovoi Otchet NKIDkIX Syezdu Sovetov* [1921], p. 4).

[47] Kliuchnikov y Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika*, iii, i (1928), 70-72.

el gobierno soviético había de comprometerse a no hacer propaganda antibritánica, pero al cabo aceptó que no se hiciera ninguna mención específica de «los pueblos asiáticos» excepto en el caso de «la India y el Estado independiente de Afganistán». Por parte soviética, las dos dificultades principales eran el peligro de procedimientos judiciales legales por parte de antiguos propietarios de mercancías soviéticas importadas a Gran Bretaña, y el llamado «bloqueo del oro». La delegación soviética pedía que se protegieran legalmente las propiedades soviéticas en Gran Bretaña contra las reclamaciones de los supuestos propietarios primitivos, pero se le aseguró que la declaración por parte del gobierno británico que suponía la conclusión del acuerdo constituía «de facto» el reconocimiento del gobierno soviético, y podía esperarse que constituyera una barrera efectiva ante tales reclamaciones. En caso de que los tribunales determinaran otra cosa, el gobierno británico se comprometía a buscar otros medios que resolvieran la dificultad [48]. Respecto al «bloqueo del oro» las autoridades británicas convinieron que, guardadas ciertas formalidades, el oro soviético sería aceptado en su valor real [49]. En diciembre de 1920 Lenin atribuyó la demora en concluir el acuerdo a «la parte reaccionaria de la burguesía inglesa y al corrillo militar oficial», y declaró que la política soviética «actuaba en la línea de las máximas concesiones a Inglaterra» [50]. Estos esfuerzos fueron al fin coronados por el éxito. El 16 de marzo de 1921 fue firmado el acuerdo en Londres por Krasin y Horne, Canciller del Tesoro [51], el cual contenía, bajo forma de condición preliminar, la cláusula más trabajada hasta entonces, ideada contra la propaganda enemiga.

Que cada parte se abstenga de cualquier intento de acción hostil contra la otra y de dirigir fuera de sus propias fronteras propaganda de ninguna clase,

[48] L. B. Krasin, *Voprosi Vneshnei Torgovli* (1928), pp. 280-81. Después de firmar el tratado, Lloyd George declaró en la Cámara de los Comunes que el tratado reconocía al gobierno soviético como «el gobierno ruso *de facto,* lo que sin duda es» *(House of Commons 5th. Series,* cxxxix, 2506); y en consecuencia los tribunales prestaron la protección necesaria a la propiedad soviética.

[49] Los Estados Unidos siguieron en seguida esta actitud al retirar, el 18 de diciembre de 1920, todas las restricciones relacionadas con el oro ruso *(Foreign Relations of the United States, 1920,* ii [1936], 724).

[50] Lenin, *Sochineniya,* xxvi, 12-13.

[51] *RSFSR Sbornik Deistvuiushchij Dogovorov,* ii (1921), n.º 45, pp. 18-23; *Trade Agreement between His Britannic Majesty's Government and the Government of the Russian Socialist Federal Soviet Republic,* Cmd. 1207 (1921): El tratado se firmó sólo en inglés, pero cuando se hiciese la traducción al ruso, había de ser tratada como igualmente válida que el texto inglés.

directa o indirecta, contra las instituciones del Imperio británico o contra la República Soviética Rusa, respectivamente, y más en particular que el gobierno soviético ruso se abstenga de cualquier intento de acción de propaganda diplomática, militar o de cualquier otra clase que fomente en cualquiera de los pueblos asiáticos, especialmente India y el Estado independiente de Afganistán, cualquier forma de acción hostil contra los intereses británicos o del Imperio británico. El gobierno británico da una garantía especial semejante al gobierno soviético ruso con respecto a los países que formaron parte del antiguo imperio ruso y que ahora han venido a ser independientes.

Gran Bretaña se comprometió a no incautarse o tomar posesión de ningún oro, fondos, acciones o mercancías que Rusia exportara; en caso de que algún tribunal diera orden de semejante incautación, el gobierno soviético podía dar inmediatamente por cancelado el acuerdo. El gobierno soviético reconoció, en principio, su obligación de «pagar compensaciones a las compañías privadas que hubieran suministrado mercancías o servicios a Rusia que no hubieran sido pagadas». El ajuste de tales reclamaciones se reservaba para un tratado futuro. Para suplir las relaciones diplomáticas normales, cada parte se comprometía a recibir un agente o agentes oficiales de la otra. Al tiempo de firmar el acuerdo, se le entregó una carta a Krasin firmada por Horne, conteniendo una serie de minuciosas y detalladas alegaciones contra «actividades por parte del gobierno soviético en las regiones de India y Afganistán que eran incompatibles con lo estipulado en el acuerdo». Ello servía como un recordatorio del principal *quid pro quo* que Gran Bretaña esperaba obtener del acuerdo [52].

El acuerdo comercial anglo-soviético fue firmado justamente una semana después de que Lenin anunciara al décimo Congreso del partido las propuestas para el impuesto en especie sobre los productos agrícolas que era la base para la Nueva Política Económica. Esto podía ser considerado, al igual que la NEP, desde distintos puntos de vista, como un paso, bien en el proceso de estabilización, bien en el de retroceso. Un año más tarde, una proposición del IKKI justificaba a la NEP como «la expresión de la solución en la tarea de incorporar el Estado proletario a la cadena de las relaciones internacionales» [53]. Las mismas palabras podían haber sido usadas más adecuadamente para describir la intención del acuerdo anglo-soviético del 16 de marzo de 1921. Tal acuerdo era lo que Chicherin

[52] La carta apareció en *The Times* del 17 de marzo de 1921, pero parece que nunca se publicó oficialmente: hay una versión rusa en *Anglo-Sovetskie Otnosheniya, 1917-1927* (1927), pp. 8-11.

[53] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), 272.

llamó «un cambio de giro en la política exterior soviética», de la misma manera y por las mismas razones que la NEP lo había sido en la política interior. La crisis de la guerra civil que impuso una política al día y sin lugar para consideraciones a largo plazo, había pasado. El país estaba en un trance desesperado; la reconstrucción era imprescindible, e incluso sacrificando aparentemente los principios revolucionarios habrían de hacerse concesiones no solamente a los campesinos sino al mundo capitalista extranjero. Un mes después de firmar el acuerdo, Lenin volvió a emplear la metáfora del año anterior:

> Es importante para nosotros abrir ventana tras ventana... Gracias a este tratado hemos abierto una de las ventanas [54].

Se había dado el primer paso hacia la necesaria política de «espacio vital» para la reconstrucción económica por medio de la cooperación pacífica con los países capitalistas.

Lo mismo se consiguió, y precisamente en el mismo momento, en la política oriental del gobierno soviético. En Oriente como en Occidente, el otoño de 1920 había señalado el más alto nivel de la revolución mundial como la fuerza dinámica de la política exterior soviética y de la Comintern como su principal instrumento, a lo que había sucedido una cierta reacción. No se abandonó la idea de Moscú como el libertador, a través del proceso de la revolución nacional y socialista, de las oprimidas masas orientales; pero comenzó a quedar en segundo lugar tras la idea de Moscú como centro de un gobierno que, permaneciendo como campeón y depositario de las aspiraciones revolucionarias del género humano, se veía obligado entre tanto a ocupar su lugar entre las grandes potencias del mundo capitalista. En el Congreso de Bakú no dejaron de aparecer síntomas de este cambio inminente que cobraron fuerza a medida que las perspectivas revolucionarias se esfumaban en el invierno de 1920 y 1921. Las fuerzas que habían conducido, en los asuntos interiores a la NEP, y en los asuntos europeos al tratado anglo-soviético, desembocaron casi simultáneamente en una serie de acuerdos con los países orientales; con Persia el 26 de febrero de 1921, con Afganistán el 28 de febrero y con Turquía el 16 de marzo del mismo año. Fue un paso más en el proceso según el cual las relaciones

[54] *Leninski Sbornik*, xx (1923), 179; I. Maiski, *Vneshniaya Politika RSFSR, 1917-1922* (1922), p. 103, lo llama «la apertura de una puerta al ruedo de la política mundial».

de Moscú con el mundo exterior fueron establecidas predominantemente sobre bases oficiales.

Las relaciones soviéticas con Afganistán fueron las menos complicadas, ya que no existía ni era probable que existiera ningún movimiento local comunista y Moscú podía apoyar sin reservas al gobierno nacional. A comienzos de 1920, Suritz llegó a Kabul como representante del gobierno soviético para suceder a Bravin, que había sido asesinado. Más importante aún, Jemal Pasha, uno de los dirigentes turcos jóvenes quien, como Talaad y Enver, se habían refugiado en Alemania después del fracaso de 1918 y encaminado a Moscú posteriormente, fue invitado a Kabul por el rey Amanullah, como su consejero político, paso probablemente instigado por los soviets [55]. En cualquier caso, ello cuadraba bien con las ambiciones del gobierno soviético de fomentar un bloque antiimperialista en Asia, y Jemal parece haber jugado un papel importante en disipar las sospechas afganas sobre Moscú [56].

Los temores británicos sobre las actividades soviéticas en Afganistán y las amenazas en la vulnerable frontera con la India Británica eran, a la sazón, muy vivos. Por otra parte, las relaciones afgano-soviéticas no carecían de dificultades. En Moscú, inevitablemente se sintió inquietud cuando, en septiembre de 1920, el desposeído emir de Bujara, expulsado de su capital por un movimiento de la «joven Bujara» [57] patrocinado por los bolcheviques, se refugió en Kabul como huésped del gobierno afgano [58]. Roces en éste y en otros aspectos, que surgían de los supuestos proyectos afganos sobre los territorios soviéticos del Turquestán oriental, parecen haber demorado la firma de un tratado afgano-soviético, que se dice había

[55] *Diplomaticheski Slovar*, i (1948), 553, art. «Dzhemal Pasha»; L. Fisher, *The Soviets in World Affairs* (1930), i, 385 establece que fue Moscú quien «volvió la atención de Jemal Pasha hacia Kabul». La ceremonia de su llegada en octubre de 1920 está descrita en *Novi Vostok*, ii (1922), 292-94.

[56] Se dice que una carta de Amanullah a Lenin en diciembre de 1920, contenía el siguiente pasaje: «Su Alteza Jemal Pasha nos ha informado de todas las nobles ideas e intenciones de la República soviética concernientes a la liberación de todo el mundo oriental y del hecho de haber sido firmado un tratado de alianza entre este gobierno y el gobierno turco» (*Asie Française*, noviembre de 1921, p. 421). Según L. Fisher, *The Soviets in World Affairs* (1930), i, 385, «la constitución de Afganistán fue en gran parte obra suya y estimuló igualmente la organización del ejército afgano». Un escritor dice en *Novi Vostok*, ii (1922), 294, que «las relaciones amistosas entre la RSFSR y Ankara han ayudado, en parte, al éxito de la política de la RSFSR en Kabul».

[57] Véase vol. 1, pp. 354-55.

[58] *Revue du Monde Musulman*, li (1922), 221-226.

sido aceptado en borrador ya en septiembre de 1920[59]. En enero de 1921, Jemal salió de Kabul en visita para Berlín, de la que nunca volvió (fue asesinado en el viaje de vuelta, en Tiflis, por un armenio). En el mismo mes, un nuevo y activo ministro británico llegó a Kabul. Esto podía aparecer claramente como el presagio de un resurgimiento de la presión británica que hubiera convencido al gobierno afgano de la urgencia de buscar un contrapeso en la otra parte, coincidiendo con el deseo, cada vez mayor, de Moscú para estabilizar las relaciones exteriores soviéticas, tanto en Asia como en Europa. El tratado soviético-afgano se firmó en Moscú[60] el 28 de febrero de 1921, al que siguió, al día siguiente, la firma —también en Moscú— de un tratado de alianza turco-afgano[61].

El tratado afgano-soviético estableció relaciones diplomáticas formales entre los dos países, reconociendo claramente el estatuto de Afganistán como país independiente. El Afganistán abriría siete consulados en la RSFSR, y esta última, cinco en Afganistán. Las partes se declaraban de acuerdo en «la liberación de los pueblos de Oriente» y la Rusia soviética se comprometía a devolver a Afganistán, previo plebiscito, los territorios cedidos a la fuerza por Afganistán a Rusia o a Bujara en el siglo XIX. Asimismo fueron dadas seguridades de asistencia técnica y financiera. Desde el punto de vista afgano, el tratado suponía un avance notable hacia la independencia formal en el campo internacional y estaba bien pensado para fortalecer al gobierno afgano en sus futuros tratos con Gran Bretaña. Desde el punto de vista soviético, señaló un paso más en el reconocimiento del poder y el prestigio soviéticos en Asia central y le proporcionaba nuevas oportunidades para acciones ofensivo-defensivas contra Gran Bretaña. El gobierno británico se dio cuenta de que los consulados soviéticos previstos en Afganistán oriental no podían tener otro objeto que el de llevar a cabo propaganda antibritánica, y sospechó que una de las cláusulas no escritas en el tratado era un compromi-

[59] I. Maiski, *Vneshniaya Politika RSFSR, 1917-1922* (1922), p. 145; *Diplomaticheski Slovar,* ii (1950), 694, art. «Sovetsko-Afganskie Dogovori i Soglasheniya».

[60] *RSFSR: Sbornik Deistvuiushchij Dogovorov,* ii (1921), n.º 44, pp. 15-17.

[61] El tratado turco-afgano es un documento curioso. Hace referencia a la «antigua unidad moral y natural alianza» entre los «dos Estados y naciones hermanos», y en un punto invoca la voluntad de Dios, pero es, en esencia, un pacto de ayuda mutua entre los dos países para el caso de que alguno de ellos fuera atacado «por cualquier Estado imperialista»; Turquía promete «ayudar a Afganistán militarmente y enviar profesores y oficiales». Ambas partes «reconocen la independencia de los Estados de Jiva y Bujara» *(British and Foreign State Papers,* cxviii [1926], 10-11).

so que permitiera el paso de armas a través de Afganistán hacia las tribus hindúes, considerando, por tanto, todo ello como un intento «de conseguir facilidades para atacar la paz de India a través de Afganistán»[62].

Si bien alguna de estas imputaciones pudiera ser inexacta o exagerada, y aunque dentro de la política soviética no hubo ninguna campaña organizada contra la India, lo esencial de la política soviética consistía a la sazón en denunciar el imperialismo británico y en promover conflictos al gobierno inglés donde quiera que ejerciera su autoridad en el suelo asiático. Lo significativo en todo esto no era la extensión de la propaganda en pro de la revolución mundial, sino que la Rusia soviética hubiera sucedido a la Rusia tradicional en el papel de rival principal de Inglaterra en Asia central.

Los acontecimientos en Persia anduvieron más despacio y con interrupciones por el mismo camino de compromiso y consolidación. Las dudas mostradas en la política soviética desde el verano de 1920[63] no se habían disipado inmediatamente. El ambiguo Kuchik continuó disfrutando de apoyo soviético en Gilan. Sin embargo, en el otoño de 1920 la política de *rapprochement* entre Moscú y Teherán empezó a ganar terreno[64]. Se frenaron las actividades no demasiado serias del partido comunista persa. El 22 de octubre de 1920 se indujo al comité central del partido para que declarara que la revolución en Persia sólo sería posible cuando se hubiera llegado a completar el proceso del desarrollo burgués[65], y esto allanó el camino para una alianza con la naciente burguesía persa a la que cabía la esperanza de expulsar y remplazar al capitalismo extranjero. Unos días más tarde, el delegado persa llegó a Moscú a fin de abrir negociaciones para un tratado soviético-persa, negociaciones que continuaron durante el invierno. La cuestión de Gilan resultó un obstáculo muy serio; Karajan hizo una declaración el 22 de enero de 1921, según la cual las tropas soviéticas serían retiradas cuando las tropas británicas abandonaran el territorio persa, y sólo

[62] Carta de Horne a Krasin del 16 de marzo de 1921 (véase p. 299 anterior); en Londres no se conocía todavía el texto del tratado cuando se escribió la carta.

[63] Véase p. 257.

[64] Martchenko hizo constar en el otoño de 1920 que los bolcheviques habían «tomado partido contra Kuchik» y que estaban «declarándole la guerra» (*Revue du Monde Musulman,* xl-xli [1920], 114-15); el diagnóstico era totalmente correcto, aunque algo prematuro (véase p. 480).

[65] Esta resolución fue citada en un artículo de Chicherin en *Izvestiya,* 6 de noviembre de 1921 y en la *Revue du Monde Musulman,* lii (1922), 105, también sin indicar la procedencia.

entonces [66]. En febrero de 1921 un golpe de estado llevó al poder a Riza Kan, que era el equivalente persa del turco Kemal y del afgano Amanullah, y que pronto se reveló como dictador nacionalista, empleando principios radicales contra los supervivientes del antiguo régimen, pero decididamente opuesto a cualquier cosa que tuviera visos de socialismo o comunismo y perseguidor implacable del comunismo local. El *coup* no perturbó las negociaciones en Moscú, las cuales habían alcanzado en aquel momento su punto cumbre. El tratado soviético-persa se firmó el 26 de febrero de 1921 [67].

Era este último el más detallado entre los tres tratados orientales firmados entonces, debido a la posición vital de Persia con respecto a los intereses exteriores de la Rusia soviética. Buena parte de ello eran recapitulaciones de anteriores declaraciones. El gobierno soviético declaraba sin efecto todos los tratados anteriores acordados «en detrimento de los derechos de la nación persa», expresaba su «desaprobación y su condenación» de «la antigua política del gobierno zarista, consistente en concluir acuerdos con las potencias europeas sobre los países asiáticos contrarios a los deseos de las naciones interesadas y que, so pretexto de garantizar su independencia, acababan por posesionarse del país objeto del acuerdo». Insistía en la renuncia de todos los privilegios, concesiones y propiedades del gobierno zarista en suelo persa en la inteligencia de que éstas habían de continuar en posesión del pueblo persa sin que pudieran ser transferidas a cualquier otra potencia extranjera. En pago de la satisfacción concedida por este medio a los intereses y al orgullo persas, al gobierno soviético sólo se le concedió un derecho especial: en caso de intervención en territorio persa de las fuerzas armadas de una tercera potencia, o del intento de crear allí un «centro de acción para atacar a Rusia», no siendo el gobierno persa lo suficientemente fuerte para rechazar el peligro, el gobierno soviético tendría entonces el derecho a enviar tropas a Persia para este propósito defensivo. Esta cláusula no disgustaba, quizá, enteramente al gobierno persa, ya que se dirigía evidentemente contra Gran Bretaña; de hecho fue invocada veintidós años después contra Alemania. El tratado de 26 de febrero de 1921, aunque no resolvió todos los problemas, puso las relaciones soviético-persas en un nuevo terreno. Al mes siguiente, el comité central del partido comunista persa,

[66] *Ibid.*, lii (1922), 106; parece ser que el gobierno persa se negó a recibir a Rothstein, cuyo nombramiento como representante soviético en Teherán había sido anunciado en noviembre de 1920, hasta que se solucionara esta cuestión.

[67] *RSFSR: Sbornik Deistvuiushchij Dogorov,* ii (1921), n.º 49, pp. 36-41.

establecido con todas las seguridades en Bakú, animó a los comités locales del partido a luchar a un tiempo contra «el imperialismo colonial inglés» y el gobierno del Sha [68]. Pero esos «experimentos» de juguetear con el comunismo indígena persa o con movimientos separatistas como el de Kuchik, «que habían sido llevados adelante sin plan y sin tener en cuenta las condiciones y posibilidades locales» [69] fueron ahora abandonados en favor de la consolidación de relaciones con el gobierno persa. En abril de 1921 la llegada a Teherán de Rothstein como representante soviético [70] inauguró un nuevo período de actividad de la diplomacia soviética.

El proceso en Turquía fue más complejo que en Afganistán y Persia, pero acabó en el mismo ambiente propicio a los tratados y aproximadamente en el mismo momento. El incidente con Enver en Bakú, cualesquiera que fueran sus otras implicaciones, señaló la decisión del gobierno soviético de constituir en clave de su política turca la amistad con Kemal y no la de Enver. Pero quedaba todavía mucho por hacer. La primera condición para estabilizar relaciones entre Moscú y Ankara era acabar con el *status* indeterminado de las pequeñas repúblicas transcaucásicas —resultado involuntario de la intervención militar occidental—, que todavía se cruzaba en el camino de la directa comunicación terrestre entre ambos. El destino de Azerbaiyán, que ya había sido sentenciado en abril de 1920 [71], sirvió de prototipo. El 27 de septiembre de 1920, el gobierno turco anunció al mundo que estaba a punto de tomar «medidas enérgicas» contra el gobierno armenio, con objeto de poner fin a la persecución contra la población musulmana [72]. Kemal empezaba a sentirse fuerte y estaba decidido a consolidar su autoridad en Asia Menor. Puede haber sido una coincidencia que la maniobra contra Armenia tuviera lugar en un momento en que el Ejército Rojo estaba ocupado de lleno con la ofensiva de Wrangel en el sur de Rusia. Por el momento el gobierno soviético se encontraba reducido a la acción diplomática.

[68] *Revue du Monde Musulman,* lii (1922), 144-56; el delegado persa proclamó los mismos objetivos tres meses más tarde en el tercer Congreso de la Comintern (*Protokoll des III. Kongresses der Kommunistischen Internationale* [Hamburgo, 1921], p. 1003).

[69] *Novi Vostok* (1922), 261; este artículo expresa el punto de vista oficialmente adoptado en 1921.

[70] I. Maiski, *Vneshñiaya Politika RSFSR,* 1917-1922 (1922), p. 157.

[71] Véanse pp. 261-62.

[72] *Écho de l'Islam,* n.º 21, 1 de febrero de 1921; extractos en *Mitteilungen des Seminars für Orientalische Sprachen zu Berlin,* xxxvii (1934), ii, 137-38; un nuevo pronunciamiento turco, algún tiempo después, achacó «la causa de la nueva guerra armenia» a «la rapacidad británica» (*Écho de l'Islam,* n.º 20, 20 de enero de 1921).

Su enviado a Kemal, recientemente nombrado, Mdivani, hermano del político georgiano, se detuvo en su viaje de Ankara, a comienzos de octubre de 1920, en Tiflis, capital de la entonces Georgia menchevique, y ofreció allí al ministro armenio la ayuda militar soviética con tal que el gobierno armenio pidiera tal ayuda y se declarara dispuesto a aceptar el arbitraje soviético para fijar las fronteras entre Armenia y Turquía. La oferta fue rechazada: de hecho, según fuentes soviéticas, el gobierno armenio invitaba en aquel preciso momento al gobierno georgiano a unirse a él en acción común contra los bolcheviques [73]. En estas circunstancias las operaciones militares turcas tropezaron con poca resistencia efectiva. El gobierno armenio estaba pidiendo ya un armisticio con negociaciones que parecen haber sido obstaculizadas deliberadamente por parte turca [74], cuando la misión soviética se desplazaba de Tiflis a Erivan. La inquietud de Moscú, en vista del giro que tomaban los acontecimientos, era ahora clara, y se publicó una declaración disociando al gobierno soviético del «ataque turco» y proclamando sus «sentimientos amistosos hacia el pueblo armenio» [75]. Entre tanto una misión soviética había llegado a Ankara, y su cabeza visible, llamado Upmal, fue recibido el 9 de noviembre de 1920 como el primer representante oficial soviético en la Turquía de Kemal [76]. No se conoce el curso de las conversaciones que siguieron a esta llegada, aunque se dice que Chicherin había repetido su oferta de mediación, esta vez al gobierno turco, y suplicado un cese del avance turco [77]. El 20 de noviembre Lenin advirtió con inquietud la posibilidad de que «de la noche a la mañana les fuera impuesta una guerra» [78], pero al cabo de pocos días los dados cayeron del lado de la paz. El 29 de noviembre Kemal envió a Chicherin un

[73] La fuente de información para este episodio son ciertos archivos soviéticos no publicados que se citan en *Voprosi Istori,* n.º 9, 1951, pp. 144-45, donde se dan extractos de la propuesta soviética a Armenia.

[74] *Mitteilungen des Seminars für Orientalische Sprachen zu Berlin,* xxxvii (1934), ii, 138-42.

[75] *Voprosi Istori,* n.º 9, 1951, p. 145; esta afirmación se hizo en Tiflis, probablemente porque esta era la fuente de los numerosos informes que circulaban entonces acerca de un tratado secreto turco-soviético dirigido contra la Armenia dashnaka y la Georgia menchevique.

[76] *Godovoi Otchet NKIDkIX Syezdu Sovetov* (1921), p. 42; *Izvestiya,* 6 de noviembre de 1921. Según *Die Welt des Islams,* xvi (1934), Mdivani no llegó a Ankara hasta febrero de 1921.

[77] Archivos soviéticos no publicados y citados en *Voprosi Istori,* n.º 9, 1951, p. 146.

[78] Lenin, *Sochineniya,* xxv, 487; la preocupación que claramente mostraba Lenin, hace más evidente la falsedad de la idea de que el avance turco contra Armenia fuera precedido por un entendimiento con la Rusia soviética.

larguísimo telegrama refiriéndose, una vez más, a la nota de Chicherin del 2 de junio y expresando su admiración por la «magnitud de los sacrificios que el pueblo ruso había aceptado para la salvación de la raza humana»; el telegrama acaba con un pasaje significativo:

Estoy profundamente convencido, y mi convicción es compartida por todos mis compatriotas, de que el día que los trabajadores de Occidente, por una parte, y los pueblos esclavizados de Asia y Africa, por otra, comprendan que el capital internacional los está utilizando al presente para aniquilarlos y esclavizarlos mutuamente en beneficio exclusivo de sus dueños, y el día en que la conciencia de la perfidia de la política colonial penetre el corazón de los trabajadores del mundo, acabará el poder de la burguesía.

La alta autoridad moral del gobierno de la República Socialista Federal Soviética Rusa entre los explotados de Europa y el amor del mundo musulmán a la nación turca, nos dan la seguridad de que nuestra estrecha alianza será bastante para unir contra los imperialistas de Occidente a todos aquellos que hasta ahora han sostenido tal poder, a través de una obediencia basada en la pasividad y en la ignorancia[79].

Este esquema, astutamente trazado, de una alianza entre la Rusia soviética como campeón de los trabajadores europeos y Turquía como cabeza de los oprimidos pueblos musulmanes asiáticos, contenía la implicación apenas velada de un pacto para que ninguno de los aliados se inmiscuyera en los terrenos del otro. Sobre esta base fue fácil llegar a un acuerdo. El mismo día en que se envió tal comunicación, y en tanto continuaban avanzando las negociaciones turco-armenias en Alexandropol, se tramaba en Erivan un golpe de estado que tuvo éxito. El 29 de noviembre un comité revolucionario, establecido en la frontera soviética bajo la égida de un destacamento del Ejército Rojo, proclamó una Armenia soviética independiente. Presionado por este acontecimiento, el gobierno armenio de Dashnak se transformó, mediante el nombramiento para los puestos principales de simpatizantes soviéticos, y fue proclamada en Erivan una dictadura militar. El 2 de diciembre de 1920 se firmaron dos tratados: el primero en Erivan por el gobierno armenio reorganizado y la RSFSR, que reconocía a Armenia como república socialista y, entre tanto se constituía un congreso armenio de soviets, confiaba todo el poder a un comité revolucionario compuesto de cinco comunistas y dos dashanakos. Mientras se formaba este comité continuaría la dictadura militar. El segundo tratado era uno de paz con Turquía, firmado en Alexandropol por la delegación del primitivo gobierno

[79] Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika*, iii, i (1928), 27-28.

armenio, y constituía una aceptación completa de las demandas turcas territoriales y otras [80]. Este tratado fue desde su comienzo repudiado con indignación por el nuevo régimen de Erivan y por sus patronos soviéticos [81]. Pero los dos tratados tomados en su conjunto constituían la base final de un compromiso que había de hallar su expresión definitiva en el tratado soviético-turco del siguiente mes de marzo. El resultado fue un convenio que en su aspecto territorial era muy favorable a Turquía, pero que aseguraba la aprobación turca para la existencia de una pequeña y compacta República Socialista Soviética Armenia, con su capital en Erivan.

La eliminación de Azerbaiyán y Armenia como Estados independientes era de común interés para la Rusia soviética y para Turquía, y allanó el camino para el tan deseado acuerdo entre ambos países. El caso análogo de Georgia se trataría con los mismos métodos. Pero quedaba todavía un estorbo de otra especie en el camino: la existencia de un pequeño pero vigoroso movimiento comunista turco. El movimiento estaba formado por tres ramales diferentes: un movimiento comunista turco creado y organizado por prisioneros de guerra turcos en Rusia, que operaban en y desde territorio soviético; un movimiento comunista turco que al parecer debía su origen a exiliados de vuelta de Alemania, entrenados en el movimiento spartakista, y en el cual estaban comprendidos antes del final de 1919 grupos separados e independientes de Constantinopla y Ankara; y varios movimientos indígenas a través de Asia Menor, que no eran ciertamente comunistas en doctrina y organización, pero que profesaban una vaga simpatía hacia el comunismo y hacia las formas de gobierno soviéticas. Kemal fue hostil a los dos primeros grupos desde un principio, y según le conviniera, los suprimía o los toleraba a regañadientes; el tercero se componía de ardientes defensores del movimiento na-

[80] La declaración del comité revolucionario del 29 de noviembre de 1920 se encuentra en *ibid.*, iii, i (1928), 73-75. El texto del tratado entre la RSFSR y la República de Armenia, *ibid.*, iii, i, 75-76, está muy abreviado; el texto completo se halla en *RSFSR: Sbornik Deistvuiushchij Dogovorov*, iii (1922), n.º 79, pp. 14-15, pero está incorrectamente titulado como «Tratado entre la RSFSR y la República Socialista Soviética Armenia». El texto abreviado del acuerdo firmado con Turquía en Alexandropol, en Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika,* iii, ii (1929), 71-73, no concuerda con fidelidad con el texto citado de fuentes armenias en la obra de F. Kazemzadeh, *The Struggle for Transcaucasia (1917-1921)* (N. Y., 1951), p. 289. Otras fuentes importantes de estos acontecimientos son: B. Borian, *Armeniya Mezhdunarodnaya Diplomatiya i SSSR* (1929), ii, 122-23; *Mitteilungen des Seminars für Orientalische Sprachen zu Berlin,* xxxvii (1934), ii, 142.

[81] Artículo de Chicherin en *Izvestiya,* 6 de noviembre de 1921; la referencia a este acuerdo en el vol. 1, p. 366, no es exacta.

cionalista, y durante algún tiempo disfrutó de la ayuda y el apoyo de Kemal.

La figura más importante del movimiento comunista turco bajo el patrocinio de los soviets era Sufí, el socialista turco que, habiendo huido desde Turquía a Rusia en 1914, pasó la mayor parte de la guerra internado en Rusia y tomó parte en la reunión internacional revolucionaria en Petrogrado en diciembre de 1918 [82]. Llevó a cabo la tarea de crear grupos comunistas entre los prisioneros de guerra turcos en Rusia y de prepararlos para trabajar en su país. Estas operaciones estaban bajo el control del Departamento Central de Organizaciones Comunistas de los Pueblos Orientales, adscrito al Narkomnats. La pretensión de que, en la primavera de 1920, ocho mil hombres pertenecientes a «grupos de guerrilleros» habían sido organizados y mandados a Turquía [83] era sin duda exagerada. Pero las perspectivas parecían esperanzadoras, especialmente teniendo en cuenta la clara orientación prosoviética de la política de Kemal en aquel momento. En mayo de 1920 Sufí trasladó su cuartel general y el periódico *Yeni Dünya (El mundo nuevo)*, que él editaba, de Moscú a Bakú [84]; y dos meses más tarde, en el segundo Congreso de la Comintern, el representante de la sección turca del Departamento de Organizaciones Comunistas, Ismael Hakki, chocó por la nota exclusivamente nacionalista de su breve discurso [85], según está consignado en las actas del Congreso. Sufí fue miembro del presidium del Congreso de Bakú de Pueblos Orientales en septiembre de 1920 [86]; y el mismo mes presidió una conferencia de comunistas turcos, también en Bakú, con el fin de organizar actividades del partido dentro de la misma Turquía [87]. A esta conferencia asistió un grupo de spartakistas turcos de Ankara, donde se había fundado clandestinamente un partido comunista en junio de 1920 [88]. En noviembre de 1920, al parecer confiado en la relativa tolerancia que había mostrado Kemal última-

[82] Véase p. 234 anterior.

[83] *Zhin Natsionalnostei*, n.º 15 (7), 23 de mayo de 1920.

[84] *Yeni Dünya* empezó a editarse en Crimea, en febrero de 1919, antes de la ocupación alemana.

[85] *Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* (Hamburgo, 1921), pp. 187-88.

[86] *Iyi Syezd Narodov Vostoka* (1920), p. 28.

[87] Una fuente de información importante de las actividades de Sufí que se cita en *Voprosi Istori*, n.º 9, 1951, p. 60, es una biografía y colección de sus artículos que se publicó en Moscú, en el segundo aniversario de su asesinato, en turco; en la biblioteca Hoover de Standford existe un microfilm de este folleto.

[88] *Novi Vostok*, ii (1922), 258.

mente, Sufí entró en Turquía con algunos camaradas acompañando a la misión oficial rusa.

El movimiento indígena turco de simpatía por el comunismo, que prosperó en 1919, era en su mayoría de origen rural y arraigaba en el descontento de los campesinos. Su actividad consistía en crear multitud de soviets locales, que fueron por algún tiempo los órganos efectivos de gobierno local [89]. Kemal favorecía este movimiento, en parte porque su lealtad a la causa nacionalista era incuestionable y ferviente, y en parte porque hacía falta dar una salida al verdadero descontento social y agrario que representaban. En la primavera de 1920 tomó forma organizada al crearse el Ejército Verde, reclutado entre pequeños campesinos sin tierras y que constituía una parte importante de las fuerzas nacionales. Hakki Behic y Hikmet, principales promotores del movimiento en aquel momento, eran «orientalistas» con respecto a la política exterior turca, y de los dos se dice que eran marxistas convencidos [90]. Una secuela algo absurda de este proceso fue un partido comunista turco, patrocinado oficialmente, al cual se le llamó Manzana Verde; su jefe [91] fue Hakki Behic y, según una declaración hecha por un delegado turco a la Comintern, estaba compuesto principalmente «por altos funcionarios e intelectuales» [92].

[89] Dos años más tarde, un delegado turco recordó en el cuarto Congreso de la Comintern que, cuando el gobierno ruso estaba «en proceso de establecer sus primeras relaciones con el gobierno soviético, sus delegados enviados a Moscú afirmaban que había un gran partido comunista e incluso soviets campesinos en algunos distritos» (*Protokoll des Vierten Kongress der Kommunistischen Internationale* [Hamburgo, 1923], p. 527); la afirmación de la existencia de soviets campesinos está confirmada por una nota del gobierno turco a Chicherin, en noviembre de 1920, que se refiere a que «pequeños gobiernos soviéticos» en algunos distritos turcos habían sido derrotados por dashnakos armenios (*Mitteilungen des Seminars für Orientalische Sprachen zu Berlin*, xxxvii [1934], ii, 136).

[90] Halidé Edib, *The Turkish Ordeal* (1928), pp. 171-74. Un artículo en *Voprosi Istori*, n.º 9, 1951, pp. 65-66, cita los programas del Ejército Verde y explica que «no era una consistente organización de clase de los campesinos turcos explotados, ni podía serlo, ya que carecía de dirección proletaria», pero que «reflejaba los intereses de los campesinos»; no se menciona a Hakki Behic ni a Hikmet; por otro lado, el artículo, que es extremadamente hostil a Kemal, ignora la ayuda prestada por el Ejército Verde al movimiento nacionalista y la protección inicial de Kemal a dicho movimiento.

[91] Halidé Edib, *The Turkish Ordeal* (1928), p. 175.

[92] *Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1923), p. 527. La «Manzana Verde» aceptaba en cualquier caso las formas externas de religión; creía que el comunismo se podía conseguir sin «revoluciones sangrientas»; admitía algunos derechos de propiedad y mantenía que la doctrina comunista se debía adaptar a las necesidades de cada país, y que el comunismo no tenía necesariamente que vencer en todos los

Entre tanto, el jefe de más éxito del Ejército Verde fue Edhem, soldado de fortuna, quien, aunque proclamando su lealtad a Kemal, amenazaba con llegar a convertirse en un Majno turco [93]. El Ejército Verde alcanzó sus éxitos máximos en el verano de 1920, pero en septiembre —el mes mismo en que se decidió la acción contra Armenia— Kemal se sintió lo bastante fuerte para poner su casa en orden quitando una posible causa de rivalidad por insubordinación, para lo cual publicó un decreto disolviéndolo. La orden no fue obedecida y Kemal contemporizó. En noviembre nombró un representante turco en Moscú, Ali Fuad, un jefe del ejército a quien quería quitarse de encima, y ofreció a Edhem que formara parte de la misión. Edhem rehusó, y en diciembre, habiendo acabado con éxito la campaña contra Armenia, decidió al fin Kemal enfrentarse con el Ejército Verde. Edhem fue derrotado el 6 de enero de 1921, huyó a Grecia, y el resto de su movimiento fue rápidamente liquidado [94].

La eliminación de Edhem fue seguida inmediatamente por medidas radicales contra los comunistas turcos. Agentes desconocidos detuvieron a Sufí en Erzerum el 28 de enero de 1921 y juntamente con otros dieciséis importantes comunistas turcos, y fueron arrojados al mar en Trebisonda, que era el sistema tradicional turco para ejecuciones ocultas. Pasó algún tiempo antes de que su destino fuera descubierto. Se dice que Chicherin se dirigió al gobierno de Kemal para averiguar algo sobre ellos, y recibió como respuesta la de que

países a la vez, hasta incluso nunca (*Revolutsionnaya Turtsiya*, de M. Pavlovich, 1921, pp. 110-16; documentos sobre el movimiento se citan en un artículo del mismo autor en *Kommunisticheski Internatsional*, n.º 17 [17 de junio de 1921], cols. 4227-232). Sobrevivió o existió de forma intermitente, durante tres o cuatro años; en una resolución del cuarto Congreso de la Comintern de noviembre de 1922, se describía a la «Manzana Verde» como «un partido que recubría el pan-turanismo de Turquía de un matiz comunista» (*Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* [1933], p. 320).

[93] Se le describe como «circasiano de nacimiento y casi analfabeto» (Halidé Edib, *The Turkish Ordeal* [1928], p. 152); era, a pesar de todo, un pilar del movimiento nacionalista en su momento de mayor debilidad, y el recibimiento entusiasta que le hizo Kemal en Ankara está descrito en *ibid.*, 167. En Moscú se le consideró al principio como un comunista turco, pero, más tarde, se descubrió que sólo se trataba de un «bandido» (*Zhizn Natsionalnostei*, n.º 5 [11], 1 de abril de 1922).

[94] Este relato del Ejército Verde está principalmente tomado de *A Speech Delivered by Ghazi Muztapha Kemal, October 1927* (traducción inglesa, Leipzig, 1929), pp. 401-04, 436, 455-56, 467; Kemal sostiene que «los fundadores originales de esta sociedad eran conocidos camaradas nuestros con quienes estábamos en estrecha relación»; en ningún momento sugiere ninguna filiación comunista o soviética.

pudieran haber sucumbido en un accidente marítimo [95]. Este desgraciado incidente no llegó a afectar las más amplias consideraciones sobre las que se fundaba la creciente amistad de Kemal y Moscú. Por primera, aunque no por última vez, quedó demostrado que cualquier gobierno podía tratar duramente a sus partidos nacionales comunistas sin comprometer la buena disposición del gobierno soviético si ésta había sido ganada en otros terrenos.

Durante el verano 1920-1921 la opinión moscovita se desplazaba a favor de la proyectada negociación con Kemal [96]. En diciembre de 1920 el diario oficial del Narkomnats argumentaba que las relaciones amistosas con la Turquía nacionalista causarían buen efecto entre los musulmanes del Cáucaso [97]. En el octavo Congreso de Soviets de toda Rusia del mismo mes, Lenin, refiriéndose una vez más a «la coincidencia de los intereses fundamentales entre todos los pueblos que sufrían la opresión del imperialismo», habló del inminente tratado con Persia y del afianzamiento de las relaciones con Afganistán y, «más aún», con Turquía [98]. En el mismo Congreso, Dan acusó a los bolcheviques de seguir en el Cáucaso «una política que apela a la unidad entre los nacionalistas de un país oprimido, Turquía, por ejemplo, y a la cooperación con las iniciativas militares de tales nacionalistas contra otros, quizá nacionalistas también, oprimidos por el imperialismo de países distintos»; y los mencheviques hicieron una propuesta pidiendo que se rompieran las relaciones con Kemal [99]. Pero tal actitud, claramente inspirada en el deseo de secundar la causa de una Armenia dashnaka y una Georgia menchevique, no era probable que causara impresión alguna en la política soviética. El 18

[95] Las autoridades sobre este episodio son M. Pavlovich, *Revolutsionnaya Turtsiya* (Moscú, 1921), pp. 108-23; una nota del mismo autor en *Kommunisticheski Internatsional,* n.º 17 (7 junio 1921), cols. 4427-428; y un artículo firmado «W.» en la *Revue du Monde Musulman,* lii (1922), 191-208. Era obvio que los autores conocían los hechos principales, uno por la parte soviética, otro por la turca, y sus relatos se complementan, sin contradecirse.

[96] Uno de los pocos síntomas de diversidad de opinión en el partido, a este respecto, es una entrevista con Stalin a la vuelta de su viaje por el Cáucaso (véase vol. I, p. 346) que apareció en *Pravda* del 30 de noviembre de 1920; Stalin descubrió «síntomas que indicaban un intento grave de la Entente para colaborar con los kemalistas y quizás un cierto giro de los kemalistas hacia la derecha», y especuló con la posibilidad de que los kemalistas pudieran «traicionar la causa de la liberación de los oprimidos» o incluso «aparecer en el campo de la Entente» (Stalin, *Sochineniya,* iv, 411-12). Stalin fue uno de los que se opusieron a la política de ayuda a Turquía un año después (véanse pp. 461-62 más adelante).

[97] *Zhizn Natsionalnostei,* n.º 40 (97, 15 diciembre 1920).

[98] Lenin, *Sochineniya,* xxvi, 27.

[99] *Vosmoi Vserossiiski Syezd Sovetov* (1921), pp. 36, 52.

de febrero de 1921 llegó a Moscú la delegación turca para negociar un tratado turco-soviético [100]. A partir de aquí las cosas se movieron rápidamente, pero antes de que se llegara a un acuerdo final hubo necesidad de pactar sobre el principal punto contencioso territorial, es decir, la última de las tres repúblicas transcaucásicas. Ambas partes procedieron a exponer sus derechos. El 21 de febrero de 1921 el Ejército Rojo y sus «protegidos» bolcheviques georgianos cruzaron la frontera de Georgia, y cuatro días más tarde proclamaron la República Socialista Soviética de Georgia [101]. Turquía replicó con un ultimátum reclamando la cesión de las dos provincias de Artvin y Ardahan, derechos que Moscú estaba dispuesto a concederle. El 28 de febrero de 1921 las tropas turcas ocupaban el puerto de Batum, una reclamación implícita a la que se opuso fuertemente el gobierno soviético. Sin embargo, ninguno de estos acontecimientos fue causa de que se deshiciera la armonía de las negociaciones en Moscú, donde el 16 de marzo de 1921 se firmó el tratado soviético-turco —el mismo día en que se firmaba en Londres el tratado comercial anglo-soviético—. Además de lo que se insistía en el preámbulo sobre la solidaridad entre los dos países «en la lucha contra el imperialismo», un artículo especial proclamaba solemnemente «la afinidad mutua entre el movimiento nacional de liberación de los pueblos orientales y la lucha de los obreros rusos por un nuevo orden social». El tratado repetía la renuncia de Rusia a capitulaciones en Turquía como «incompatible con el libre desarrollo nacional de cualquier país o con la plena realización de sus derechos soberanos». En la estipulación de la frontera se incluía la entrega del puerto de Batum a la recién nacida República Socialista Soviética de Georgia. A fin de garantizar «que se abrirían los Estrechos y el libre acceso a través de ellos del comercio de todas las naciones» —sin perjudicar para ello la completa soberanía de Turquía o «la seguridad de Turquía y su capital, Constantinopla»—, la conferencia de las potencias del mar Negro habría de redactar un estatuto internacional. Rusia se comprometió a concluir los trámites para que las tres repúblicas transcaucásicas llegaran con Turquía a los acuerdos necesarios donde quedaran establecidas las obligaciones asumidas por ellas bajo el presente tratado —un reconocimiento implícito, por parte de Turquía, de una tutela o protectorado ruso sobre estos Estados [102]—. Para Turquía, el tratado

[100] N. Rubinstein, *Sovetskaya Rossiya i Kapitalisticheskie Strani, 1921-1922* gg., (1948), p. 67.

[101] Véase vol. 1, p. 368.

[102] *RSFSR: Sbornik Deistvuiushchij Dogovorov*, ii (1921), n.º 52, pp. 72-77;

suponía un apoyo material y moral de la Rusia soviética en su continuo forcejeo con Gran Bretaña; para la Rusia soviética, la reafirmación de su posición como la gran potencia antiimperialista del Oriente Medio; y para ambos, la exclusión de intrusos extranjeros desde Transcaucasia y las costas del mar Negro. Estas ventajas contrapesaban para ambas partes cualquier discrepancia en el tratamiento dado a los comunistas turcos. El diario comunista turco *Yeni Dünya* volvió a publicarse en Bakú. El diario del Narkomnats no publicó, hasta mayo de 1921, una relación detallada en una carta de Bakú de la *noyade* de Trebisonda [103]. Algunos meses después el gobierno turco decidió, y de ello informaron a Moscú, «dar libertad a todos los prisioneros comunistas turcos y entregar a la justicia los culpables del asesinato del comunista turco Mustafá Sufí» [104].

El cambio de frente que llevó a cabo Moscú en marzo de 1921 afectó más al clima en el cual había de moverse la política exterior soviética en adelante que a la esencia misma de esta política. No significó que abandonaran la meta del socialismo y del comunismo en política interna ni la de la revolución mundial en política externa, pero sí significó el reconocimiento de la necesidad de posponer en cierta medida el logro de estas metas mientras se construía, por todos los medios posibles, la fuerza económica y displomática de la Rusia soviética, incluso si estos medios significaban en apariencia una retirada del camino directo hacia el socialismo y la revolución mundial. La nueva política exterior, según las palabras empleadas por Lenin con respecto a la NEP, «había sido adoptada seriamente y por largo tiempo» [105]. Lo que hizo cambiar más las características de la política soviética a partir de 1921 fue la relativa duración que tal política impuso a expedientes, que hasta ese momento se habían invocado solamente con maniobras prácticas y a corto plazo.

para el tratado suplementario firmado por las repúblicas transcaucásicas, véase vol. 1, pp. 411-12.

[103] *Zhizn Natsionalnostei,* n.° 10 (108), 14 de mayo de 1921; la misma carta apareció también en caracteres pequeños en *Kommunisticheski Internatsional,* n.° 17 (7 junio 1921),

[104] I. Maiski, *Vneshniaya Politika RSFSR, 1917-1922* (1922), p. 165; el escritor tuvo acceso a los archivos del Narkomindel, que fueron, sin duda, la fuente de esta información.

[105] Véase vol. 2, p. 288.

Capítulo 28
RUSIA Y ALEMANIA

Alemania ocupó un lugar único en las relaciones exteriores de la Rusia soviética. Si en los primeros años posteriores a la Revolución los dirigentes soviéticos hubieran dividido el mundo en dos grandes categorías —las potencias capitalistas hostiles de Occidente y los posibles amigos de Oriente, víctimas ellos también de las potencias de Occidente—, Alemania no hubiera encajado en ninguna de las dos categorías. La derrota de noviembre de 1918 la clasificó en la categoría de víctima del imperialismo occidental, que ahora compartía con la Rusia soviética y con los países orientales oprimidos —tema importante del discurso de Lenin en el segundo Congreso de la Comintern—. Por otra parte, su avanzado desarrollo industrial y organización social, así como su posición geográfica, la colocaban decididamente del lado de Occidente. Para la economía rusa había sido siempre Alemania la principal potencia capitalista y la mayor proveedora de productos industriales. Pero había, además, una tercera categoría para la cual estaba Alemania destinada, según el consenso unánime de la opinión bolchevique: el papel de adelantada o pionera, juntamente con la Rusia soviética, de la revolución proletaria. La política soviética se preocupó al principio exclusivamente de la tarea de inducir y equipar a Alemania para asumir este papel, y sólo con reluctancia y de una manera muy gradual fue aquélla relegada a un lugar secundario y finalmente abandonada

como cosa fallida. Si estas complicaciones de la relación ruso-germana no fueron patentes de inmediato fue porque, por mucho tiempo, la Rusia soviética casi no estuvo en situación de poder llevar adelante una política externa con respecto a Alemania. Desde el momento de la derrota alemana hasta mediados de 1920, la Rusia soviética estuvo tan completamente aislada de Alemania como de los países occidentales, pero aunque el aislamiento hubiera sido menos total, no existía en Alemania ninguna autoridad política única con poder o iniciativa suficiente para mantener relaciones con la Rusia soviética. Sin embargo, mucho de lo sucedido en Alemania en este período resultó altamente significativo y sirvió de trasfondo al subsiguiente desarrollo de las relaciones germano-soviéticas.

La elección entre Oriente y Occidente, impuesta al Consejo Alemán de los Representantes del Pueblo a las pocas horas del armisticio por la oferta de dos trenes de grano ruso [1], era un dilema permanente para la política exterior alemana, especialmente cuando la elección había de ser hecha en condiciones de inferioridad. Entre todos los partidos políticos alemanes de la República de Weimar, sólo el partido socialdemócrata (SPD) tenía raíces en Occidente y era enteramente occidental en su postura. Estaba ligado a otros partidos de la Segunda Internacional, cuya fuerza principal redicaba en Europa occidental; era tradicionalmente hostil a Rusia, que era considerada no solamente como un país reaccionario, sino también como retrógrado y bárbaro; y habiéndose de hecho liberado, aunque no en teoría, de la pureza revolucionaria y la intolerancia del marxismo, estaba imbuido en gran parte por el radicalismo demócrata-burgués de la izquierda europeo-occidental. Así, prácticamente el único entre los partidos alemanes, prestó un oído atento al pacifismo demócrata de Wilson, encarnado en conceptos tales como la autonomía nacional y la Sociedad de Naciones. Durante el primer período de la República de Weimar, en que era esencial para Alemania una orientación occidental, el SPD llevó las riendas del poder; su importancia fue decreciendo a medida que Alemania adquiría capacidad para proseguir con una política exterior independiente. De los demás partidos, el centro católico tenía inclinaciones occidentales, pero, basado en lealtades más confesionales que políticas, rara vez se expresó firme o unánimemente en cuestiones fundamentales, y no pudo actuar la mayoría de las veces más que como un poder moderador. Ninguna de las demás fuerzas políticas alemanas mostró tendencias fundamentalmente occidentales. La extrema izquierda, incluidos el Partido Comunista

[1] Véase anteriormente p. 112.

Alemán (KPD) y una sección del Partido Socialdemócrata Independiente Alemán (USPD) (que vacilaba y acabó por escindirse en comunistas y socialdemócratas), era partidaria de una alianza con la Rusia soviética. Los partidos situados a la derecha del centro eran, en mayor o menor grado, hostiles a Occidente. El núcleo de estos partidos estaba formado por las dos fuerzas que, tras la fachada de la República de Weimar, siguieron dominando Alemania como lo habían hecho bajo Guillermo II: el ejército y la industria pesada. Los oficiales del ejército vencido alimentaban como un solo hombre la antigua ambición de tomar su revancha sobre Occidente, y para ello era indispensable una alianza con el Este. La industria pesada, excluida de los mercados occidentales y de ultramar, no podía encontrar salida más que hacia el Este [2]. Las fuerzas que favorecían una orientación oriental eran ya poderosas en Alemania en 1919, aunque tenían pocos medios para llevar adelante sus opiniones y sus ambiciones [3]. Es significativo que en la primera ocasión en que la República de Weimar desafió abiertamente a los aliados en una cuestión de política exterior fuera la negativa a participar en el bloqueo de la Rusia soviética, y que esta decisión estuviera avalada, con distinta medida de entusiasmo, por todos los partidos del Reichstag [4].

[2] Más tarde aparecieron divisiones dentro de la propia industria: las industrias químicas y eléctricas y algunas industrias ligeras seguían teniendo conexiones con Occidente y se hicieron dependientes del capital occidental. Pero las industrias del hierro y del acero, que no podían existir sin los mercados rusos (hasta que Hitler empezó el programa de rearme), siguieron siendo el factor dominante.

[3] La situación fue hábilmente resumida en un informe de la misión militar inglesa en Berlín de agosto de 1919: «Todas las clases, en Alemania, tienen sus ojos puestos en Rusia por una u otra razón. Los extremistas de la izquierda la consideran como la realización de sus ideales políticos; los pangermanistas la miran como la única posible salida para su exceso de población y como una compensación a la pérdida de las colonias; los funcionarios piensan que les podrá ofrecer empleos, cosa que ya no es posible en su propio país; los industriales creen que será una manera de emplear el capital y que, en último término, será el medio para terminar de pagar las indemnizaciones de guerra. Sin embargo, la puesta en práctica de estas ideas pertenece a un futuro muy lejano y, de momento, la comunicación resulta demasiado difícil para hacer posible ninguna medida práctica (*Documents on British Foreign Policy, 1919-1939: 1st. Series*, iii [1949], 511).

[4] El debate del Reichstag del 23 de octubre de 1919 sobre el requerimiento de los aliados para que Alemania participara en el bloqueo de la Rusia soviética (véase p. 163 anterior) dio por resultado que la propuesta fuese rechazada por unanimidad; incluso Wels, portavoz del SPD, que opinaba que «la existencia del gobierno soviético es una desgracia para el socialismo», afirmó que «para nosotros no puede haber más que una respuesta: un 'no' rotundo, claro y simple» (*Verhandlungen des Reichstag*, cccxxx [1919], 3362).

Sin embargo, aunque la colaboración futura con Rusia fuera el objeto de todas aquellas fuerzas más influyentes en Alemania, tal objetivo parecía en 1919 infinitamente remoto y difícil de lograr, y la opinión estaba dividida sin remedio acerca de la manera de cómo alcanzarlo en última instancia. En términos generales, el problema estribaba en consideraciones ideológicas. La izquierda no concebía la colaboración con Rusia, salvo a través de una revolución comunista y el establecimiento de un régimen comunista en Alemania. La derecha no podía imaginarlo más que suprimiendo a los bolcheviques y restaurando la monarquía en Rusia. En la primavera de 1919 las perspectivas de revolución en Alemania se fueron desvaneciendo. Pero las esperanzas de una restauración en Rusia eran todavía ampliamente sustentadas en muchos países. En Alemania estas esperanzas adoptaban una forma práctica con la continuada presencia en las antiguas provincias rusas del Báltico de importantes fuerzas alemanas —último residuo organizado del ejército imperial alemán— mandadas por el general Von der Goltz, que había acudido triunfalmente en ayuda de los «blancos» en la guerra civil finlandesa de la primavera de 1918. Esta anomalía era una consecuencia de la política aliada, la cual, incluso en el momento del armisticio, templaba la hostilidad al militarismo germano con el miedo a la Revolución bolchevique. Según el artículo 12 del armisticio del 11 de noviembre de 1918, Alemania se obligaba a evacuar todos los antiguos territorios rusos «tan pronto como los aliados estimen el momento oportuno, teniendo en cuenta la situación interna de tales territorios» [5]. Se estimó que no había llegado el momento todavía para la evacuación del Báltico, y en los primeros meses de 1919 Von der Goltz consolidó sus posiciones reclutando refuerzos importantes provenientes de las antiguas colonias alemanas de los países bálticos y de los rusos «blancos» refugiados, así como de los alemanes desmovilizados y de los prisioneros de guerra rusos en Alemania, y se proclamó a sí mismo jefe de la cruzada antibolchevique. Estos hechos no eran muy del gusto de los gobiernos aliados, quienes, habiéndose recuperado en parte del miedo a la extensión del bolchevismo, empezaban a sentir un profundo desasosiego ante la posibilidad de una alianza entre Alemania y la monarquía rusa, restaurada por Von der Goltz; comenzó, pues, a cobrar realidad la política de apoyar la independencia de los Estados bálticos para crear, juntamente con Polonia, una barrera entre Alemania y Rusia.

[5] Por una extraña incongruencia, esta disposición se repitió textualmente en el artículo 433 del Tratado de Versalles, a pesar de que cuando se firmó el tratado, ya se había dado la orden de evacuación.

El 3 de mayo de 1919, la comisión aliada del armisticio dio una orden de evacuación de los países bálticos, orden que fue ignorada. El 18 de junio, los gobiernos aliados se la confirmaron al gobierno alemán [6]. Siguió siendo ignorada, y aunque el gobierno socialdemócrata de Berlín manifestó su interés en cumplirla [7], el gobernador socialdemócrata de Prusia oriental, llamado Winnig, colaboraba mano a mano con Von der Goltz, cuyas fuerzas mantuvieron sus posiciones, combatiendo intermitentemente a la vez contra los bolcheviques y contra las tropas de Letonia y Estonia, que recibían ayuda de los aliados [8].

No tardaron mucho, a pesar de todo, en aparecer otras corrientes de opinión en la propia Alemania. Los gobiernos aliados, al insistir en la completa disolución del viejo ejército imperial, habían sancionado la creación de un nuevo ejército alemán, el Reichswehr, de tamaño limitado y a base de voluntarios. Este fue creado por el decreto de 15 de marzo de 1919. La organización del Reichswehr en el verano de 1919 estuvo a cargo de un grupo de antiguos oficiales sumamente inteligentes, siendo el mejor de todos el general Von Seeckt, que acabó la guerra como consejero militar alemán del estado mayor turco. Este grupo trató de averiguar fríamente cuál era la situación, tanto en Alemania como en Rusia, y en ambos casos llegaron a conclusiones diametralmente opuestas de las de la mayoría de los oficiales alemanes (incluyendo a los más antiguos y destacados), quienes veían en Von der Goltz a un nuevo héroe nacional. En Alemania, hombres como Ludendorff y Von der Goltz eran enemigos irreconciliables de la República de Weimar y deseaban la vuelta a una especie de monarquía o régimen autoritario; Seeckt estaba dispuesto a aceptar la República de Weimar como el instrumento más

[6] Se hicieron nuevas advertencias el 1 y el 24 de agosto y el 16 de septiembre *(Documents on British Foreign Policy, 1919-1939: 1st. Series*, i [1947], 720-21; iii [1949], 40).

[7] Según F. von Rabenau, *Seeckt: Aus Seinem Leben, 1918-1936* (1940), p. 135, el gobierno alemán tomó la firme decisión de retirarse al recibir el primer requerimiento de los aliados el 9 de mayo de 1919.

[8] Sobre los acontecimientos de 1919 en el Báltico existe una abundante literatura. Los documentos más importantes son *Die Rückführung des Ostheeres* (1936), colección oficial de documentos; R. von der Goltz, *Meine Sendung in Finland und im Baltikum* (Munich, 1920), *Als Politischer General im Osten* (1936); P. Ovalov-Bermondt, *V Borbes Bolshevizmom* (Glückstadt, 1926); A. Winning, *Heimkehr* (1935); J. Bisschof, *Die Letzte Front* (1935); *United States Commission of Inquiry in Finland and the Baltic States: Report* (1919); *Documents on British Foreign Policy, 1919-1939*, C.° 1. Parece ser que no existe ninguna publicación por parte soviética, excepto un breve resumen de los acontecimientos en *Politiko-Ekonomicheskie Vzaimootnosheniya mezhdu SSSR i Pribaltikoi za Desiat Let, 1919-1927*, de M. G. Baj (1928). Se podría escribir una historia aclaratoria de este episodio.

conveniente y práctico de su política, al menos hasta que el poder militar alemán se rehiciera. En Rusia, Ludendorff y Von der Goltz sólo concebían la política de la ofensiva total contra el bolchevismo. Seeckt, observando que el régimen bolchevique llevaba casi dos años en el poder y que las confiadas predicciones sobre su caída no se realizaban, empezó a sospechar que había alcanzado la estabilidad. Pero si éste era el caso, entonces los ejércitos de Von der Goltz en el Báltico no estaban constituyendo, como se decía, un «puente» hacia Rusia [9], sino una barrera frente a ella. Si los gobiernos aliados estaban resueltos a hacer de la Rusia soviética su implacable enemigo, Alemania, en cambio, no ganaba nada con seguir su ejemplo. En agosto de 1919, el Reichswehr decidió que se cumpliera la orden aliada de que Von der Goltz se retirara. La orden se cursó y, después de algún tiempo, Von der Goltz volvió a Alemania. Sin embargo, el grueso de sus tropas permaneció en el Báltico y se puso a las órdenes de un ruso «blanco» que decía ser de origen caucasiano, llamado Avalov-Bermondt. Al serles cortadas las fuentes oficiales de ingresos, la nueva aventura fue financiada por la industria pesada alemana, que todavía creía en la política de derrocar a los bolcheviques para abrir el mercado ruso y que no se convencía con los sutiles razonamientos de Seeckt [10]. Gracias a esta ayuda, Avalov-Bermondt pudo mantenerse durante el invierno. En la primavera de 1920 la mayoría de las fuerzas se disolvieron por falta de financiación o por la hostilidad aliada.

Desde un punto de vista retrospectivo, es fácil ver cuán clara e inevitablemente las razones alegadas por Seeckt y sus colegas del Reichswehr apuntaban finalmente hacia una alianza entre la Rusia bolchevique y una Alemania de derechas. En caso de que el régimen bolchevique subsistiera, tal alianza daría al Reichswehr lo que un día llegaría a necesitar: libertad de acción contra Occidente; y proporcionaría también el indispensable mercado que necesitaba la

[9] Von der Goltz escribió a Seeckt el 2 de noviembre de 1919: «toda nuestra política estatal se mantiene o cae con el puente ruso-alemán» (F. von Rabenau, *Seeckt: Aus Seinem Lebem, 1918-1936* [1940], p. 204).

[10] Pruebas de las fuentes de ingresos de Bermondt se pueden encontrar en F. von der Goltz, *Meine Sendung in Finland und im Baltikum* (Munich, 1920), pp. 299-303; *Documents on British Foreign Policy, 1919-1939: 1st. Series*, iii (1949), 55, 97, 211-12, 225-27, 296-97. Según una fuente de información diplomática alemana, «representantes ingleses» anónimos, en Berlín, y «emisarios ingleses», en el Báltico, difundieron rumores de que «hombres ingleses importantes, como Churchill, eran partidarios de que siguiera la empresa de Bermondt dentro del marco de la campaña general de intervención», y que «pronto se había de decidir si esta línea de conducta empezaría a dominar en el gobierno inglés» (W. von Blücher, *Deutschlands Weg nach Rapallo* [Wiesbaden, 1951], p. 82).

industria pesada alemana. Hacia enero de 1920, Seeckt había aceptado «un futuro acuerdo político y económico con la Rusia soviética» como «un propósito irreversible de nuestra política», aunque al tiempo declaraba que «estamos dispuestos a levantar una muralla en contra del bolchevismo» en la misma Alemania [11]. Seeckt fue quizá el primer alemán de alto grado en darse cuenta que estas dos políticas no eran en modo alguno incompatibles, pero pocos fueron los alemanes capaces de ver el futuro de una manera tan completa y clara en este invierno de 1919-1920. Dentro del piélago confuso de opiniones, tan característico del pensamiento político alemán a partir de la derrota, se hacía sentir la necesidad de establecer algunos vínculos, tanto ideológicos como políticos, con el gran vecino del Este. La Revolución rusa ejerció tal fascinación sobre la Alemania derrotada que llegó a rebasar con mucho los estrechos límites de los círculos que simpatizaban con la doctrina bolchevique, y se hizo sentir tanto en la derecha nacionalista como en la izquierda comunista. Muchos alemanes, incluyendo militares, cuya tradición era enteramente de derechas, no veían en 1919 más salida para Alemania que la revolución. La actitud de pura desesperación fue un factor importante en esta visión destructiva; a la hora de la derrota y de la humillación el Sansón alemán conjuraba los tenebrosos poderes del bolchevismo en demanda de ayuda para derribar los pilares del templo y birlarles el triunfo a los filisteos. Pero la visión contenía también su lado positivo, que no habría necesariamente de chocar con los fines de la Revolución rusa. El golpe se dirigiría contra Occidente y contra la democracia liberal; sería autoritario, pero reconocería la nueva fuerza del proletariado urbano, y su objetivo sería la restauración de la potencia militar nacional alemana. De esta manera se podría sellar una alianza entre la Alemania nacionalista y la Rusia bolchevique, apoyada en un odio común hacia Occidente, determinado por antipatías ideológicas a la vez que por conflictos de intereses con las potencias occidentales.

La idea, a primera vista, parecía fantástica e incluso podría haber pasado por la típica invención de oficiales poco adiestrados políticamente y de jóvenes con la cabeza a pájaros [12], pero tenía su contrapar-

[11] F. von Rabenau, *Seeckt: Aus Seinen Leben, 1918-1936* (1940), p. 252; Seeckt, en su memorándum del 11 de septiembre de 1922 (véanse pp. 428-29 más adelante), vuelve a hablar de la misma convicción de que «Alemania no será bolchevizada, ni siquiera a través de un entendimiento con Rusia en el campo de asuntos exteriores» (*ibid.*, p. 317).

[12] Hoffmann, quien, como Ludendorff, siguió siendo un antibolchevique fanático, aludió a que la cooperación con los bolcheviques encontraba muchos

tida en la extrema izquierda. Laufenberg, Wolffheim y los líderes del grupo de izquierdas, expulsados del KPD en el Congreso de Heidelberg de octubre de 1919 [13], eran los promotores de una doctrina que llegó a llamarse «bolchevismo nacional», e invitaron a comunistas alemanes a proclamar una «guerra del pueblo revolucionario» en contra del Tratado de Versalles, y con ello ganar el apoyo de los nacionalistas alemanes a favor de la revolución proletaria [14]. Radek les atacó en una carta abierta al Congreso acusándoles de querer iniciar una guerra contra la Entente e intentar, en vano, hacer las paces con la burguesía, la cual, en caso de elección, preferiría una ocupación total extranjera a una dictadura del proletariado [15]. Casi al mismo tiempo Eltzbacher, un anarquista intelectual, escribió un folleto titulado *El bolchevismo y el futuro de Alemania,* en el cual defendía que Alemania sólo podría librarse de la esclavitud del Tratado de Versalles aceptando el bolchevismo, que de este modo se extendería por Europa occidental destruyéndola. Para ello estaba dispuesto a enfrentarse con el desorden, el terror y el hambre. En la confusión del razonamiento, los temas de unión política e ideológica *(Anschluss)* con Rusia llegaban a confundirse: «los rotos lazos de la unión con Rusia se restaurarán automáticamente tan pronto como Alemania se acoja al bolchevismo» [16]. Desde este extremo de intoxicación revolucionaria hasta el opuesto, representado por Seeckt y los generales del Reichswehr, que calculaban fríamente el valor y el interés de una alianza rusa, el prisma de la opinión germánica acerca de su gran vecino del Este reflejaba toda la gama del espectro. Lo que todos estos grupos tenían en común era el odio hacia Occidente, la admiración —algunas veces entusiasta y las más con reluctancia y a regañadientes— del poder ruso, y la esperanza y la fe en que este poder pudiera ser enrolado de alguna manera en la lucha contra los vencedores de Versalles.

La desconcertante confusión de opiniones entre aquellos alema-

adeptos, «especialmente entre los profesores, en círculos de estudiantes y entre jóvenes oficiales» *(Die Aufzeichnungen des Generalmajors Max Hoffmann* [1929], ii, 324-25).

[13] Véanse pp. 151-52.

[14] La exposición más completa de esta doctrina estaba en H. Laufenberg y F. Wolffheim, *Revolutionärer Volkskrieg oder Konterrevolutionärer Bürgerkrieg?* (Hamburgo, 1920); la clave de este programa está en la ambigüedad de la palabra *Volk.*

[15] K. Radek, *Zur Taktik des Kommunismus: Ein Schreiben an den Oktober-Parteitag der KPD* (Hamburgo, 1919), pp. 11-12, 15-16.

[16] P. Eltzbacher *Der Bolschewismus und die Deutsche Zukunft* (Jena, 1919).

nes, que en el otoño de 1919 buscaban en Rusia la solución para sacarlos del apuro político, económico e ideológico de la derrota, se refleja muy bien en las conversaciones sostenidas en aquel tiempo por Radek desde su celda privilegiada de la cárcel de Moabit y desde los alojamientos que ocupó en Berlín mientras esperaba ser repatriado a Moscú. Resulta difícil desconectar las circunstancias que influyeron en su favor [17] con el nuevo sesgo de las opiniones sustentadas por los generales del Reichswehr. Alguien en las altas esferas vio la ventaja de no indisponerse con el único dirigente bolchevique que había venido a Berlín desde la expulsión de Joffe en noviembre de 1918, y quizá de establecer algún contacto oficioso con él. La única información disponible sobre los que vieron a Radek en aquella época proviene casi exclusivamente del mismo Radek y, desde luego, no pretende ser exhaustiva. No anota ninguno de sus contactos directos o indirectos con ningún sector oficial alemán; e incluso parece poco probable que ningún oficial importante del Reichswehr se arriesgara en 1919 a acercarse a Radek comprometiéndose por ello [18]. Pero las audaces ideas sobre Turquía, debatidas en las conversaciones de Radek con Talaat y Enver [19], también podían aplicarse más cerca, es decir, en Alemania misma; y es concebible que Enver, que estuvo estrechamente asociado con Seeckt en Turquía durante la guerra, le hubiera contagiado algunas de estas ideas a su antiguo compañero de armas. Enver —escribió Radek— «fue el primero que expuso a los militares alemanes que la Rusia soviética era una nueva y creciente potencia mundial con la que tenían

[17] Véase nota 79, p. 147.

[18] Las memorias de Radek en *Krasnaya Nov*, n.º 10, 1926 (véase nota anterior), se publicaron en una época en que la cooperación militar soviético-alemana estaba en su apogeo y era riguroso secreto: si en 1919 él hubiese tenido algún trato directo o indirecto con algún portavoz oficial del Reichswehr, hubiera juzgado imprudente el mencionarlo. Según B. Nikolaevski (*Novi Zhurnal* [N. Y.], n.º 1, 1942, p. 244), las memorias de Radek se reeditaron en 1927 en forma de folleto omitiendo su informe de las conversaciones con los alemanes; esto podría indicar que las anotaciones de Radek se consideraban indiscretas en algunos círculos, especialmente después de las declaraciones que se hicieron en el Reichstag sobre este asunto en diciembre de 1926. En una entrevista en *Svenska Dagbladet*, el 5 de septiembre de 1949, el general Köstring, agregado militar alemán en Moscú en los años 30, habló de los contactos militares de Radek en 1919 y de su colaboración para concertarlos (en esta época formaba parte del personal de Seeckt); desgraciadamente sus testimonios son vagos, y después negó haber dicho que Radek había tenido una reunión secreta con Seeckt (A. Fredborg, *Storrbritannien och den Ryska Fragan, 1918-1920* [1951], p. 196, nota 52).

[19] Véanse pp. 259-60.

que contar si de verdad querían luchar contra la Entente» [20]. El clima político de Berlín en el otoño de 1919 era ya propicio para el nacimiento de esta idea, y sería difícil y relativamente de poca importancia llegar a saber cuál fuese la fértil mente en que la idea nació.

El primero y más asiduo de los contactos registrados por Radek con los círculos militares alemanes fue el de un general retirado llamado Reibnitz [21], antiguo amigo íntimo de Ludendorff, de cuyas furibundas opiniones antibolcheviques disentía, sin embargo, totalmente. Había leído, y le impresionó mucho, el libro de Lenin *Tareas actuales del poder soviético,* escrito en abril de 1918 y cuya traducción alemana acababa de publicarse; era un folleto dedicado a la urgente tarea práctica de crear una administración eficaz, y terminaba declarando que ahora no eran necesarias «explosiones histéricas», sino el «paso rítmico de los férreos batallones del proletariado». El general aseguró a Radek que predicaba a sus colegas militares «no sólo la alianza con Rusia, sino una —por así decir— revolución pacífica». Reibnitz era quizá más entusiasta que inteligente, pero fue en su casa donde vivió Radek durante las primeras semanas al salir de la cárcel [22]; y allí tuvo contactos con otros portavoces de las mismas ideas. Entre los nuevos visitantes de Radek dos eran de especial importancia. El coronel Max Bauer [23], antiguo jefe del servicio de información de Ludendorff, «hombre de movimientos felinos», que no parecía un soldado, y que anhelaba que las derechas se apoderasen del poder en Alemania, pero no hasta que «los obreros se desilusionen de la democracia burguesa y lleguen a la conclusión de que una 'dictadura laborista' no es posible en Alemania más que mediante un acuerdo de la clase obrera y la militar». Radek refiere: «Me dio a entender que sobre esta base los oficiales podían concertar un pacto con el partido comunista y con la Rusia soviética; ellos creen que nosotros no podemos ser vencidos y que somos aliados de Alemania en su lucha contra la Entente». El almirante Hintze, que fue agregado naval en Petersburgo y ministro de Asuntos Exteriores por poco tiempo en el verano de 1918 —durante el cual firmó una serie de acuerdos con Rusia complementarios al de Brest-Litovsk—,

[20] *Krasnaya Nov,* n.° 10, 1926, p. 164; para la carta de Enver a Seeckt de agosto de 1920, véase más adelante p. 339.

[21] Radek escribe el nombre en algunos pasajes como Raivnits y en otro como Reignits.

[22] *Krasnaya Nov,* n.° 10, 1926, pp. 169-72.

[23] Según R. Fischer, en *Stalin and German Communism* (Harvard, 1948), p. 207, Bauer visitaba a Radek en la prisión «con regularidad»; Radek (*Krasnaya Nov,* n.° 10, 1926, p. 169) afirma de manera explícita que vio a Bauer por primera vez (y parece que por única) en el piso de Reibnitz.

ahora «era partidario de tratar con la Rusia soviética» y le preguntó a Radek si la revolución mundial llegaría a Occidente «a tiempo para impedir que la Entente estrangule a Alemania». Pero Hintze también tenía sus puntos de vista acerca de la revolución. De sus conversaciones con los obreros de sus posesiones de Silesia, que eran católicos, había llegado al convencimiento de que «la revolución consistía en que los obreros rehusaran trabajar por más tiempo para el capitalismo», que «la burguesía era odiada» y que «Alemania difícilmente sería capaz de resurgir sin un cambio de régimen» [24].

Sin embargo, el visitante alemán más distinguido de Radek fue Walther Rathenau, hijo del fundador de la gran compañía eléctrica alemana AEG, y creador en la primera guerra mundial del departamento de materias primas del Ministerio de Guerra alemán —el equivalente y precursor de los ministerios de municiones inglés y francés—. La impresión era confusa. Radek vio en Rathenau, con bastante justeza, «una enorme inteligencia abstracta, ausencia total de intuición y una vanidad morbosa». Judío de mentalidad inquisitiva y alerta, pero de una marcada inestabilidad temperamental, Rathenau era el perfecto representante de ese sector de la industria alemana que, por seguir manteniendo contactos comerciales y financieros con Occidente, no podía compartir la decidida orientación hacia el Este de los grandes magnates del hierro y del acero, y se veía condenada a una actitud vacilante y ambivalente en las decisiones políticas importantes. En una carta abierta a los aliados vencedores, en diciembre de 1918, Rathenau sostenía que si se le imponían a Alemania condiciones de venganza, «será destruido lo que ha sido uno de los pilares más fuertes de la estructura europea y la frontera con Asia avanzará hasta el Rhin». Pero la instintiva aversión que Rathenau sentía hacia el Este se hallaba compensada por la fuerte fascinación intelectual que ejercía sobre él. Era manifiestamente el promotor de una «misión industrial» que fue a Moscú en el verano de 1919 para «estudiar las condiciones industriales» [25], y el primero que se movió para establecer en Berlín, a comienzos de 1920, a un pequeño grupo de industriales como «comisión de estudios» sobre asuntos rusos [26]. En el momento que nos ocupa se

[24] *Ibid.*, p. 171. Se dice que Bauer dijo en abril de 1927 que «el bolchevismo total debe venir antes para que Alemania pueda llegar a saber cómo exigir el hombre fuerte» (E. Troeltsch, *Spektator-Briefe* [Tubinga, 1924], p. 139).

[25] *Documents on British Foreign Policy, 1919-1939: 1st. Series*, iii (1949), 511.

[26] Walther Rathenau, *Briefe* (1926), ii; 229-30.

presentó ante Radek sin preámbulos, se instaló confortablemente con las piernas cruzadas, y durante más de una hora «expuso su punto de vista sobre la situación mundial». En esta ocasión quedó también establecido un sólido argumento político dentro de un contexto ideológico y casi revolucionario: la necesidad de cooperación económica entre los dos países. Rathenau estaba de acuerdo en que no se podía volver al capitalismo y afirmaba haber propuesto en sus escritos un «socialismo constructivo», el primer paso científico adelantándose a Marx, que sólo había dado «una teoría de la destrucción»; los obreros podrán destruir, pero para construir hacía falta el liderazgo de la «aristocracia intelectual». No habría revolución en Alemania en muchos años, ya que el obrero alemán era «un filisteo». Volviendo a Rusia, Rathenau añadió: «Probablemente dentro de algunos años yo vendré a usted como técnico y usted me recibirá vestido de seda». Radek rechazó la idea de que los bolcheviques se vistieran alguna vez de seda. Pero la fecunda oferta de los servicios de técnicos alemanes abrió el camino hacia nuevos enfoques y perspectivas. El hábito de volverse hacia el Este arraigó rápidamente, incluso entre los más occidentalistas de los industriales alemanes [27]. La única contribución de Radek a la conversación con Rathenau, registrada por él mismo, fue la lectura que le hizo del artículo de Lenin, que le había llegado «a través de los Países Escandinavos» y que trataba del logro del *Subbotniki* en Moscú, audaz intento de desarrollar una filosofía de trabajo voluntario bajo un régimen socialista [28]. Rathenau fue a visitar a Radek por segunda vez, y esta vez no en la cárcel, sino en el apartamento de Reibnitz, acompañado por Félix Deutsch, director general de AEG. Pero Deutsch, casado con la hija de un banquero americano, representaba aquellos círculos financieros alemanes más afiliados a Occidente; durante el año siguiente, uno de los primeros créditos americanos concedidos a Alemania desde el armisticio, fue obtenido por Deutsch para la AEG. El tema del inminente fin del capitalismo y de la necesidad de una orientación hacia el Este para Alemania, parece que quedó relegado a último término de la conversación a lo largo de esta se-

[27] Es significativo que el único visitante, según Radek, que defendía una orientación occidental era el socialdemócrata Heilmann, quien sostenía que «una revolución socialista en Alemania es imposible ahora, ya que la industria alemana no tiene materias primas, ni pan el país», y que «la restauración de la economía alemana es imposible sin esclavizar el país al capital americano» (*Krasnaya Nov*, n.° 10, 1926, p. 170).

[28] K. Radek, *Portreti i Pamfleti*, ii (1934), 75: ésta parece ser la única referencia hecha por Radek en sus últimos escritos a sus conversaciones de Berlín. Para el artículo de Lenin, véase vol. 2, p. 220.

gunda entrevista. Pero incluso Deutsch llegaría a conceder que los rusos podían tener el régimen que les viniera en gana «con tal que mantengamos el comercio con la AEG», y quería visitar la Rusia soviética [29].

Radek no hace mención de todos los alemanes que le visitaron en Berlín. Parece que vio a Otto Hoetzsch, un profesor de Historia Rusa, más tarde miembro del Reichstag y experto del Partido Nacional Alemán para asuntos rusos [30]. No se sabe de lo que pasó entre él y Radek. Más tarde Hoetzsch se convertiría en un gran defensor de una alianza germano-rusa basada en el puro poder político y ajena a ideologías; si habló con Radek en este sentido en el otoño de 1919, se adelantó a la mayoría de sus contemporáneos. El mismo Radek habla de la visita de Maximiliano Harden, el periodista radical que adquirió fama, antes de 1914 y durante la guerra, como enemigo del sistema imperial de Guillermo II, y para cuyo diario, *Die Zukunft,* prometió Radek escribir un artículo [31]. La gran variedad de filiaciones profesionales y políticas entre los visitantes de Radek son muestra de la ansiedad, casi desesperada, que había en Alemania por encontrar algún tipo de acuerdo con el poder que nacía en el Este. Sería prematuro deducir en aquel momento perspectivas inmediatas de algún cambio en la política alemana. El Tratado de Versalles aún no se había ratificado y la República de Weimar podía apenas aspirar a tener una política exterior. Pero dos hechos significativos ocurrieron hacia el final de la estancia de Radek en Berlín. En noviembre de 1919, casi al mismo tiempo en que Litvínov viajaba a Copenhague como delegado para negociar un intercambio de prisioneros con Gran Bretaña, el gobierno alemán acordó recibir un representante soviético con el mismo propósito; y Victor Kopp, antiguo menchevique y asociado con Trotski en Viena antes de 1914, llegó a Berlín para convertirse, según Radek, en un «*polpred* semioficial» [32]. Durante el mismo mes, Seeckt fue nombrado jefe del llamado Truppenamt del Ministerio de la Guerra alemán, que era un camuflaje del estado mayor que Alemania tenía prohibido mantener, según el Tratado de Versalles. Durante los cuatro años si-

[29] *Krasnaya Nov,* n.º 10, 1926, p. 171.

[30] R. Fischer, *Stalin and German Communism* (Harvard, 1948), p. 207.

[31] *Krasnaya Nov,* n.º 10, 1926, p. 166; el artículo apareció en *Die Zukunft* de febrero de 1920 (véase p. 332, nota 40, más adelante).

[32] *Ibid.,* p. 169; sin embargo, parece que Kopp no fue formalmente reconocido por el gobierno alemán hasta febrero de 1920, y entonces, tan sólo para negociaciones sobre prisioneros de guerra (I. Maiski, *Vneshniaya Politika RSFSR, 1917-1922* [1922], p. 106).

guientes, fue la política de Seeckt la seguida por Alemania con la Rusia soviética.

En enero de 1920, Radek fue conducido ceremoniosamente a la frontera, tras algunos días que fueron necesarios para arreglar su paso por Polonia. El viaje por Polonia fue lento y no llegó a Moscú casi hasta finales de enero [33]. Cuando Radek había llegado a Berlín, en diciembre de 1918, creía firmemente, como todos los bolcheviques, en la inminencia de la revolución alemana. En diciembre de 1918, en el Congreso fundacional del KPD, había ofrecido a su auditorio alemán la esperanza de librarse de las consecuencias de la derrota por medio de una revolución proletaria:

> No hay otra manera de conseguir que Alemania sea capaz de defenderse, y de protegerla contra el yugo que la Entente quiere imponerle, que la de hacer a los obreros dueños de Alemania... Lo que más temen los jefes de la Entente es dejar que sus ejércitos tomen contacto con obreros que saben lo que quieren [34].

Pero esto no era más que una repetición de las viejas ilusiones de Brest-Litovsk. Alemania, en las primeras semanas de 1919, era tan importante frente a Foch como la Rusia soviética lo había sido un año antes frente a Hoffmann. Radek, como se ha visto [35], empezó pronto a tener una impresión pesimista respecto al futuro inmediato de la revolución alemana, e incluso de las posibilidades de sobrevivir de la Revolución rusa; había que encontrar alguna forma nueva, tanto de salvar a la Rusia soviética como de liberar a Alemania de la Entente. Por eso Radek llegó a creer, antes que ningún otro bolchevique activo, en la necesidad de un período de maniobras políticas y compromisos, más que en la de un logro revolucionario prematuro. La manera de enfocar la política exterior rusa que trajo de Berlín a su vuelta se puede deducir de varios artículos que escribió allí en los últimos tres meses de 1919. El primero de ellos era una carta abierta al Congreso del KPD, de Heidelberg, en octubre de 1919, en el momento más bajo de la curva de la fortuna de los soviets.

> *El problema de la política exterior de la Rusia soviética, y de todos lps países donde ha triunfado la clase obrera* [escribió en un párrafo subrayado], *consiste en llegar a un «modus vivendi» con los Estados capitalistas, a menos*

[33] *Ibid.*, pp. 172-75; para la cronología de la vuelta de Radek, véase *Soviet Studies*, iii, n.° 4 (abril 1952), pp. 411-12.
[34] K. Radek, *Die Russiche und Deutsche Revolution und die Weltlage* (1919), p. 29.
[35] Véase p. 152.

que la revolución mundial se anuncie como más rápida que hasta ahora... La posibilidad de paz entre los Estados capitalistas y proletarios no es una utopía [36].

Esta política parecía la pura antítesis del «bolchevismo nacional» (todavía no se conocía por este nombre) de Laufenberg y Walffheim, que había sido condenado por Radek como encaminado a indisponer a Alemania, e implícitamente a Rusia, con los países capitalistas de Occidente [37].

Planteó la cuestión en su país con otros tres artículos escritos justamente antes de salir de Berlín. El primero era un ataque directo al «bolchevismo nacional» —ya señalado bajo este nombre—. «El problema de la política exterior de la Rusia soviética —repetía Radek— consiste en llegar a un *modus vivendi* con los Estados capitalistas» [38]. En un segundo artículo, publicado casi a la vez en la edición alemana del periódico oficial de la Comintern, Radek desarrolló la misma tesis, desde el punto de vista revolucionario. La «descomposición del capitalismo es un hecho» —escribía Radek—. Pero será «un largo proceso», y la Rusia soviética se verá inevitablemente obligada, mientras tanto, «a buscar y encontrar un *modus vivendi* en los Estados capitalistas». Otro argumento llevaba a la misma conclusión: «Si la Rusia soviética ha de seguir luchando, no puede empezar a restaurar su economía nacional»; por tanto, la alternativa que se le presentaba era: «estructura socialista dentro de un sistema de compromiso temporal, o guerra sin ninguna clase de reconstrucción económica». Lo que buscaba Radek era, en efecto, un «compromiso con el capital mundial», que dejase intacta la dictadura del proletariado —una anticipación sorprendente de la actitud exterior de la NEP. Pero Radek no había pasado en vano tres meses de conversaciones intensivas con políticos, soldados e industriales alemanes. Y desde este punto pasa a referirse a Alemania:

Alemania ha sido derrotada, pero, a pesar de ello, su montaje técnico y sus posibilidades técnicas son todavía grandes. Los países anglosajones son los vencedores y, a pesar de ello, su desconcierto económico ha ido tan lejos que no están en situación de prestar ayuda suficiente a Francia e Italia... En

[36] R. Radek, *Zur Taktik des Kommunimus: Ein Schreiben an den Oktober-Parteitag der KPD* (Hamburgo, 1919), pp. 9, 11-12.
[37] Véanse pp. 324-25.
[38] *Gegen den National-Bolschewismus* (Hamburgo, 1920), p. 9; este folleto contiene artículos de Radek y Thalheimer, el primero de los cuales, titulado *Die Auswärtige Politik des Kommunismus und der Hamburger National-Bolschewismus,* se publicó primero en *Die Internationale,* n.° 17-18 (20 diciembre 1919), pp. 332-46, bajo el seudónimo «Arnold Struthan».

Alemania, gracias a que han sido destruidas sus relaciones exteriores y al derrumbamiento de su economía, hay miles de ingenieros sin trabajo y hambrientos que podrían hacer un gran favor a Rusia ayudándola a restaurar su economía nacional.

Radek intentó defenderse contra la acusación de buscar la manera de «ayudar a los alemanes a restaurar el poder del capitalismo alemán en suelo ruso» y llegó a su principal conclusión:

Ni intercambio de productos, ni inversión de capital alemán en Rusia, sino ayuda en el trabajo. Esta es la ***nueva base de las relaciones económicas germano-rusas.***

Y el último de los disparos era una advertencia a Alemania poniéndola en guardia acerca del aislamiento que le esperaba si no aprovechaba estas oportunidades [39]. El tercer artículo, por estar destinado al lector burgués (se dirigía al «burgués con mentalidad de derechas»), estaba escrito con más precaución. Pero se basaba en el mismo argumento de que «Alemania y Rusia necesitan mutuamente mantener relaciones económicas porque ninguno de los dos países puede él solo esperar conseguir de la Entente lo que necesita, y porque pueden ayudarse mutuamente de muchas maneras»; y sugería como «conclusiones prácticas» que se reanudaran las relaciones diplomáticas, y el envío a Rusia de economistas alemanes para organizar un intercambio de productos, o si esto fallara, el envío a Rusia de representantes de los intereses económicos alemanes que podrían preparar el camino para tal intercambio; y «también organizar para Alemania un servicio de información objetivo en Rusia» [40]. Así, la invocación a una amistad soviético-germana procedía tanto del lado soviético como del alemán. Pero en tanto que los intereses alemanes eran desde su inicio principalmente políticos y militares, el interés soviético era en aquel momento exclusivamente económico [41].

[39] K. Radek, *Die Auswärtige Politik Sowjet-Russlands* (Hamburgo, 1921), pp. 37-39, 44, 46-47; este capítulo es reproducción de un artículo de *Die Kommunistische Internationale* (el equivalente berlinés a *Kommunisticheski Internatsional),* n.° 3 (diciembre 1919), pp. 9-27, que también apareció bajo el seudónimo «Arnold Struthan», y que fue escrito «en diciembre de 1919 en la prisión de Berlín» (K. Radek, *Wege der Russischen Revolution* [Hamburgo, 1922], p. 28).

[40] *Deutschland und Russland: Ein in der Moabiter Schutzhaft geschriebener Artikel für richtiggehende Bourgeois* (1920), pp. 11-12; se publicó primero en *Die Zukunft,* en febrero de 1920, y apareció una traducción inglesa en *Soviet Russia* (N. Y.), 17 de abril de 1920, pp. 383-87.

[41] La prueba de que Radek no pensaba en términos de una amistad ex-

En las caóticas condiciones de 1919, las conversaciones con Radek no comprometían a nadie; esto era, sin duda, uno de sus atractivos para los alemanes. Por el lado soviético, Radek estaba actuando por propia cuenta. En cuanto cabe hablar de política exterior soviética oficial, en aquella sazón Radek no era ciertamente el más autorizado exponente. Pero no se puede prescindir de la influencia que tuvo en los múltiples factores que contribuyeron a cambiar el curso de los acontecimientos a principios de 1920. La razón principal para un acuerdo de la política soviética con el mundo capitalista era lo que tardaba en madurar la revolución europea, y de ello era Radek un testigo directo y apasionado [42]. Pero mientras que el panorama general de la política exterior soviética, que Radek había percibido en Berlín, encajaba con esta tendencia y la reforzaba con poderosos argumentos, no hay evidencia de que ni siquiera Radek pensara seriamente en ningún proyecto específico de colaboración entre la Rusia soviética y aquellas fuerzas de Alemania que se mostraban rebeldes con respecto a Versalles [43], y si lo hizo no encontró eco en Moscú. Lenin, en su folleto *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo,* escrito en abril de 1920 para preparar el segundo Congreso de la Comintern, trataba duramente, al igual que Radek, la desviación alemana del «bolchevismo nacional», que equivalía a proponer «un bloque con la burguesía alemana para la guerra contra la Entente». Los comunistas «no tienen por qué rechazar la paz de Versalles a cualquier precio, y menos inmedia-

clusivamente con Alemania es la declaración hecha por él a un corresponsal del *Manchester Guardian,* el 6 de enero de 1920, víspera de su partida de Alemania: «El punto de vista del gobierno soviético es que se pueden mantener relaciones buenas y normales entre socialistas y capitalistas, al igual que se han mantenido entre capitalistas y Estados feudales... Yo estoy personalmente convencido de que el comunismo sólo se salvará a través de buenas relaciones con los Estados capitalistas» (*Manchester Guardian,* 8 enero 1920). Esta declaración se puede comparar a otra similar hecha en Moscú dos meses después (véanse pp. 173-74).

[42] La primera vez que Radek habló en un mitin público, después de su vuelta a Moscú, dijo que «el camino de la revolución es más duro para los obreros europeos que para los rusos, porque del lado del proletariado ruso estaba el ejército que deseaba la paz y los campesinos que luchaban por apoderarse de la tierra; mientras que en Europa las masas están desarmadas y la burguesía forma una guardia blanca» (*Izvestiya,* 20 enero 1920).

[43] En un discurso dirigido al noveno Congreso del partido, en abril de 1920, sostuvo que, debido al Tratado de Versalles, «es imposible un frente unido de capitalistas», y que los aliados habían fallado en su intento de armar a los alemanes contra la Rusia soviética. Se desconocen las conclusiones que sacó de su tesis, ya que no existe el texto íntegro de su discurso; fue publicado en un breve resumen en *Pravda* el 3 de abril de 1920.

tamente». Esta era una de las confusiones con respecto al propósito real de la política bolchevique.

> El derrocamiento de la burguesía en cualquiera de los grandes países europeos, incluida Alemania, significa tal victoria para la revolución internacional que por ello podemos y tenemos que aceptar —si necesario fuera— que siga existiendo la paz de Versalles. Si Rusia sola pudo, en beneficio de la revolución, soportar por varios meses la paz de Brest, no sería en absoluto imposible que la Alemania soviética aliada con la Rusia soviética soportara, en beneficio de la revolución, que continuara en existencia la paz de Versalles [44].

De esta forma se rechazó de manera tajante el que la causa soviética se aliara a una rebelión nacionalista alemana contra el Tratado de Versalles; y si Radek acarició esta idea durante su estancia involuntaria en Berlín, pronto fue desautorizada. Mientras que durante los primeros meses de 1920 la idea de un compromiso temporal con el mundo capitalista había ganado terreno en Moscú, todavía no había nadie allí que pensara en la posibilidad de llegar a un acuerdo con Alemania que estableciera unas relaciones especiales entre los dos países. Sin embargo, no se puede negar que el escepticismo de Radek con respecto al futuro de la revolución, junto con su conocimiento de Alemania, le conferían en aquel momento una intuición más clara que a Lenin acerca de algunas de las fuerzas en juego.

Las tendencias que, frente a cada obstáculo, colaboraban a un *rapprochement* entre la Rusia bolchevique y Alemania nacionalista, maduraban poco a poco. El *putsch* de Kapp de marzo de 1920 fue un momento importante en la historia de la República de Weimar, y en último término había de tener una influencia decisiva en las relaciones de ésta con sus vecinos del Este. Los que llevaron a cabo el pronunciamiento estaban encuadrados en la tradición militar del viejo ejército, de los Ludendorffs y de los von der Goltzes; muchos de los destacamentos que marcharon sobre Berlín habían peleado en el Báltico durante el otoño y el invierno anteriores, y eran unos antibolcheviques irreconciliables que todavía creían en una restauración en Rusia como preludio necesario para restablecer la alianza germano-rusa. La actitud del nuevo Reichswehr era muy distinta. Sus astutos jefes no sólo habían llegado a aceptar la República de Weimar como una fachada apropiada tras la cual poder trabajar en la recuperación del poderío militar alemán, sino que también estaban dispuestos a aceptar el bolchevismo ruso como

[44] Lenin, *Sochineniya*, xxv, 214-15.

posible aliado para apoyar la consecución de este objetivo. La sublevación de Kapp terminó relegando al reino de la pura insensatez en política alemana, de aquellos que todavía creían en una cruzada contra el bolchevismo, y con la aparición en primer término de jefes militares que estaban dispuestos a negociar con la Rusia soviética de poder a poder. Sin embargo, las relaciones oficiales progresaban despacio. En abril de 1920 se firmó en Berlín un tratado sobre prisioneros de guerra con el representante soviético Kopp, cuya función aparente de ocuparse de la repatriación de éstos probablemente no le impedía cierta actividad política. Y tres meses más tarde, se firmó otro acuerdo sobre el mismo tema [45]. En junio de 1920 Gustav Hilger, que fue uno de los últimos miembros del personal consular alemán que abandonó Moscú en noviembre de 1918, volvió allí como el equivalente alemán de Kopp en Berlín y recibió de Chicherin la certeza de que la actitud de la Rusia soviética hacia Alemania estaba «dictada por el único deseo de establecer relaciones económicas, políticas y culturales más estrechas» [46].

La guerra ruso-polaca del verano de 1920 hizo que maduraran estas semillas ocultas y puso en movimiento nuevas fuerzas vitales. Entre los soviéticos hubo un impresionante resurgir de patriotismo ruso que se identificó con el bolchevismo, inyectando en la política exterior rusa un nuevo elemento nacional [47]. Entre los alemanes, la primera ofensiva polaca de mayo de 1920 no despertó ningún especial interés por la guerra, pero cuando inesperadamente el Ejército Rojo devolvió el golpe y, en julio, empezó su marcha sobre Polonia, una ola de emoción se extendió por Alemania. El bolchevismo amenazaba con extenderse por Europa central, pero por este mismo golpe resultaba en peligro de muerte el principal enemigo de Alemania en el Este y se tambaleaba el bastión oriental de Versalles. La actitud de Alemania en esta contienda había sido puesta de manifiesto por el perspicaz Seeckt, seis meses antes:

[45] *RSFSR: Sbornik Deistvuiushchij Degorov*, i (1921), n.º 22, pp. 128-30; n.º 24, pp. 133-34. No se pueden descartar los rumores de que Kopp «había mantenido detalladas conversaciones con Kapp antes del *putsch* de éste» (E. Troeltsch, *Spektator-Briefe* [Tubinga, 1924]), pero es poco probable que existieran (p. 271); los asociados del pronunciamiento de Kapp eran todos antibolcheviques, y todavía no entraba dentro de la política soviética el mantener contacto directo con nacionalistas alemanes. Sería interesante averiguar si Kopp tuvo algún contacto con el KPD en esta época; si fue así, no apareció insinuación alguna en posteriores recriminaciones del partido.

[46] *Soviet Russia* (N. Y.), 14 agosto 1920, p. 148.

[47] Véanse pp. 284-86.

Me niego a apoyar a Polonia, ni siquiera ante el peligro de que se la traguen. Por el contrario, cuento con ello; e incluso, aunque de momento no podamos ayudar a Rusia a restablecer sus antiguas fronteras imperiales, ciertamente no debemos estorbarla [48].

Maltzan, jefe del departamento ruso del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, mantuvo conversaciones confidenciales con Kopp, cuyo prestigio en Berlín crecía con cada avance del Ejército Rojo. No hubo inconveniente alguno a la hora de asegurar que el Ejército Rojo no cruzaría la frontera alemana existente. Pero cuando Maltzan delicadamente sacó a relucir la cuestión de «revisar las fronteras alemanas artificiales impuestas por el Tratado de Versalles», Kopp contestó con evasivas y propuso el reconocimiento *de jure* de dichas fronteras y la reanudación de relaciones diplomáticas totales como base necesaria a cualquier negociación [49]. Resultaba evidente que al liberar a Polonia de sus dirigentes capitalistas, tal y como se concebía en Moscú en esta época, se incluía a la antigua Polonia germánica y no había caso de detenerse en la vieja frontera de 1914. Pero la insinuación de Kopp no pasó desapercibida en Berlín. El 22 de julio de 1920 el ministro alemán de Asuntos Exteriores entregó a Kopp, para ser transmitida a Chicherin, una carta en la que proponía conversaciones con vistas a la reanudación de relaciones diplomáticas normales entre Alemania y la Rusia soviética; la única condición que establecían era que se celebrara una ceremonia durante la cual sería izada la bandera alemana en la Embajada Alemana

[48] F. von Rabenau, *Seeckt: Aus Seinem Leben 1918-1936* (1940), p. 252.

[49] W. von Blücher, *Deutschlands Weg nach Rapallo* (Wiesbaden, 1951), pp. 100-01. Según un memorándum de Reibnitz, sin publicar, y escrito alrededor de 1940, del cual Gustav Hilger me ha proporcionado algunos extractos, Reibnitz negoció en aquella época con Radek y Kopp un plan según el cual destacamentos alemanes de *Freikorps* avanzarían hacia Prusia occidental, Posen y la Alta Silesia hasta alcanzar la antigua frontera alemana, tan pronto como el Ejército Rojo entrase en Varsovia; R. Fischer relata conversaciones entre Radek, Kopp y Reventlow en *Stalin and German Communism* (Harvard, 1948). Los rumores de la presencia de Radek en Berlín en el momento crítico del avance del Ejército Rojo en Polonia son, a pesar de todo, objeto de duda; lo más tarde que estuvo en Moscú fue el 24 de julio de 1920, cuando habló en el segundo Congreso de la Comintern. Los rumores acerca de las negociaciones para una colaboración militar soviético-alemana en aquel momento están, en general, demasiado viciados por una visión «a posteriori»; cualquier discusión tuvo que ser muy aleatoria. Según la «confesión» de Krestinski en el proceso de 1938, Seeckt estaba en contacto con Kopp en julio de 1920; Krestinski insistió en que se trataba de un contacto «oficial» y no «criminal» (es decir, un contacto específicamente «trotskista») *(Report of Court Proceedings in the Case of the Anti-Soviet «Bloc of Rights and Trotskyites»* [1938], pp. 269-70).

de Moscú en presencia de una compañía del Ejército Rojo, como muestra de arrepentimiento por el asesinato de Mirbach. La nota terminaba expresando el deseo de que se reanudase el comercio entre los dos países y la petición de que cuando las tropas soviéticas en su avance se aproximaran a «la antigua frontera alemana», el grupo de ejército en cuestión pudiese llevar un representante militar alemán con el fin de evitar «incidentes desagradables» [50]. A todo esto, los aliados occidentales, previendo también el desastre de Polonia, habían organizado el envío de ayuda en forma de consejeros militares y municiones. Alemania contestó con una declaración de neutralidad que implicaba la prohibición del paso de municiones hacia Polonia a través de Alemania. Al anunciar Simons esta decisión al Reichstag el 26 de julio de 1920, añadió de forma significativa que el reconocimiento formal, por parte alemana, del gobierno soviético, contenido en el Tratado de Brest-Litovsk, seguía en pie, pero eludió cualquier referencia concreta a relaciones diplomáticas [51]. Una semana más tarde, el 2 de agosto de 1920, Chicherin contestó a la propuesta de Simons de discutir la renovación de las relaciones diplomáticas, con una nota llena de amabilidades y esperanzas de cooperación amistosa, pero en la que rechazaba firmemente la petición de una ceremonia expiatoria por el asesinato de Mirbach, por considerarla innecesaria y fuera de lugar [52]. En un momento en que las esperanzas de una victoria militar y de la propagación de la revolución hacia el Oeste habían llegado al punto máximo, cualquier compromiso con el gobierno alemán burgués bien podía parecer superfluo.

Sin embargo, estos cautelosos intercambios oficiales no restaron importancia al avance del Ejército Rojo en cuanto a las relaciones soviético-germanas. Una ola de entusiasmo popular por la Rusia soviética atravesó Alemania. En la Ciudad Libre de Danzig, anteriormente alemana y ahora bajo la administración aliada, los obreros portuarios alemanes se declararon en huelga, negándose a cargar

[50] La nota no ha sido publicada; Radek, en un artículo en *Pravda* el 15 de octubre de 1921, declaró que el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán estaba preparado para entablar de nuevo relaciones diplomáticas en aquel momento.

[51] *Verhandlungen des Reichstags,* cccxliv (1921), 263.

[52] Esta nota no ha sido publicada. El asunto de la expiación por el asesinato de Mirbach se mencionó de nuevo dos años más tarde en el debate que tuvo lugar en el Reichstag sobre el Tratado de Rapallo, cuando Hoetzsch insistió en que «después, como antes, exigimos una satisfacción adecuada por el asesinato del conde Mirbach» *(ibid.,* cccilv [1922], 7711); después de esto parece que se abandonó el asunto.

las municiones enviadas a Polonia a través de aquel puerto [53]. El periódico comunista alemán *Die Rote Fahne* adoptó una actitud tan militante en apoyo del lema del partido «alianza con la Rusia soviética», que incurrió en la acusación por parte de los otros partidos de izquierda de tratar de comprometer a los obreros alemanes en una guerra con Francia [54]. Voluntarios alemanes (Tujachevski, comandante en jefe del Ejército Rojo, los describió como «espartakistas» y «trabajadores sin partido», y habló de «cientos y miles» de ellos) [55] acudieron en tropel a unirse al Ejército Rojo —un curioso reverso de la situación del otoño anterior, cuando los voluntarios alemanes acudieron en masa al Báltico para luchar contra los bolcheviques. Tampoco es cierto que el entusiasmo por la causa soviética fuera prerrogativa exclusiva de los comunistas o de los obreros. Por primera vez, bajo el estímulo de la amenaza a Polonia y al odiado Tratado de Versalles, el anhelo de las derechas por una alianza rusa se expresó abiertamente en simpatía por la causa soviética. La unión entre el nacionalismo alemán y el bolchevismo ruso había dejado de parecer una paradoja aterradora [56]. Repasando estos hechos dos o tres meses más tarde, Lenin se refirió al «bloque antinatural de las 'Centurias negras' y los bolcheviques», e hizo hincapié en que «todo el mundo en Alemania, incluidos los reaccionarios y monárquicos más aferrados, decían cuando vieron saltar hecha pedazos la paz de Versalles: 'los bolcheviques nos salvarán'» [57]. Incluso los soldados profesionales empezaron a sentir respeto y admiración por las proezas del Ejército Rojo y a reflexionar sobre el valor militar de una alianza. Max Bauer posteriormente rindió tributo a Trotski como «organizador militar y jefe nato» y añadió:

[53] La narración completa de este episodio está en I. F. D. Morrow, *The Peace Settlement in the German-Polish Borderlands* (1936), pp. 67-72.

[54] Esta acusación, apoyada por citas de *Die Rote Fahne,* se repitió varias veces en el Congreso de Halle *(USPD: Protokoll über die Verhandlüngen des Ausserordentlichen Parteitags zu Halle* [s. f.], pp. 178-79, 198, 213).

[55] J. Pilsudski, *L'Anée 1920* (trad. francesa del polaco, 1929, p. 231).

[56] R. Fischer, *Stalin and German Communism* (Harvard, 1948), p. 197, cita un artículo de Reventlow en el *Deutsche Tageszeitung,* el periódico del Partido Nacional alemán, en el que pide una campaña «contra los verdaderos enemigos de la clase obrera, contra la Entente, que ha atado al proletariado con las cadenas de la esclavitud»; Reventlow declaró más tarde que había intentado entonces, en vano, convencer «a los dirigentes políticos alemanes» de que cooperasen militarmente con la Rusia soviética contra Polonia (K. Radek, *Schlageter: Eine Auseinandersetzung* [1923], p. 19).

[57] Lenin, *Sochineniya,* xxv, 378, 418; para una declaración posterior de Lenin, véase más adelante p. 342.

> La manera que tuvo de levantar un ejército nuevo, partiendo de la nada, en medio de durísimas batallas, y además la forma de organizarlo e instruirlo es absolutamente napoleónica [58].

Y Hoffmann coincidió en el veredicto:

> Incluso desde el punto de vista puramente militar, uno se asombra de que las tropas rojas recién reclutadas pudiesen aplastar las fuerzas, a veces todavía potentes, de los generales blancos y eliminarlos totalmente [59].

Según otro testigo, el jefe del estado mayor soviético, Lebedev, estaba «muy altamente considerado en los círculos militares germánicos» [60]. Pero, por otra parte, no se dejó ningún cabo suelto para evitar el peligro de una infección bolchevique. El biógrafo de Seeckt cuenta que cuando 45.000 rusos fueron internados en Prusia oriental después de la retirada del Ejército Rojo, se tuvo buen cuidado de separar a los comisarios políticos de la tropa, a pesar de lo cual esto no les impidió crear «un centro de agitación comunista dentro del Reich» [61].

Los sentimientos confusos y las actitudes dudosas en el campo alemán se reflejan en el lado soviético. Existe lo que parece ser una historia auténtica de una reunión en Soldau, justo dentro de la frontera de Prusia oriental, entre oficiales y comisarios del Ejército Rojo y «nacionalistas alemanes», en la cual los rusos se jactaron de que el Ejército Rojo liberaría Prusia occidental, cedida a Polonia por el Tratado de Versalles, y la restituirían a la madre patria alemana. Para confirmar esta intención se abstuvieron de establecer soviets locales, como hicieron en el territorio ocupado de Polonia [62]. La evidencia más directa del cariz que estaba tomando la opinión de ciertos círculos soviéticos en el momento culminante de la guerra de Polonia la tenemos en la carta escrita, en un alemán poco correcto, el 26 de agosto de 1920, por Enver, que estaba entonces en Moscú,

[58] Max Bauer, *Das Land der Roten Zaren* (Hamburgo, 1925), p. 79.

[59] *Die Aufzeichnungen des Generalmajors Max Hoffmann* (1929), ii, 321.

[60] W. von Blücher, *Deutschlands Weg nach Rapallo* (Wiesbaden, 1951), p. 173.

[61] F. von Rabenau, *Seeckt: Aus Seinen Leben, 1918-1936* (1940), p. 253.

[62] Martov contó la historia, sin protestas, en el Congreso de Halle en octubre de 1920 (*USPD: Protokoll über die Verhandlungen des Ausserordentlichen Parteitags zu Halle* [s. f.], pp. 112-13): se repite con pequeñas variaciones en Z. Smogorzewski, *La Pologne Restaurée* (1927), p. 152. Por otro lado, un artículo que apareció en *The Times* el 20 de agosto de 1920, de su corresponsal especial en Danzig, decía que era falso que Trotski se hubiese reunido secretamente en Prusia oriental con oficiales del estado mayor alemán.

a Seeckt, que estaba en Berlín. Enver informaba de cómo acababa de ver «al ayudante verdaderamente importante de Trotski» (el oficial que mejor podía responder a esta descripción podría ser Sklianski, subcomisario de Guerra del Pueblo) y continuaba diciendo:

> Existe un partido con verdadero poder, y al que Trotski también pertenece, que aboga por un acuerdo con Alemania. Dicho partido estaría dispuesto a reconocer la antigua frontera alemana de 1914. Sólo ven una salida posible para el presente caos universal —esto es, cooperación con Alemania y Turquía—. Para fortalecer la postura de este partido y para ganarse a todo el gobierno soviético para la causa, ¿no sería posible ayudar oficiosamente e incluso vender armas?... Creo importante que lleguéis a un acuerdo con sus representantes para que la posición de Alemania quede clara también. Para ayudar a los rusos se puede, intrigando en los pasillos o en cualquier otro lugar apropiado, crear un ejército de voluntarios o un movimiento de insurrección [43].

Si estos consejos no se pudieron llevar a efecto, cabe suponer que la intención con que se daban y el informe de Enver sobre la opinión de los círculos influyentes de Moscú, vinieron a confirmar los proyectos que empezaban ya a tomar forma en la mente de Seeckt. En el ambiente revolucionario de 1920, un acuerdo diplomático para «reconocer la antigua frontera alemana de 1914», es decir, apoyar la devolución a Alemania de territorio suyo cedido a Polonia por el Tratado de Versalles, a pesar de todo podía parecer un acto demasiado cínico para ser considerado seriamente en Moscú. Todavía no era el momento oportuno para llegar a un acuerdo entre el bolchevismo ruso y el nacionalismo alemán, pero desde el principio era inherente a la situación que dicho trato se cerrara —y que sólo podía cerrarse— a costa de Polonia.

En el lado alemán, el desastroso final de la campaña militar soviética en Polonia terminó con la efímera visión de un *rapprochement* germano-soviético a expensas de Polonia. En el otoño de 1920, muchos alemanes todavía esperaban la posibilidad de un convenio con Occidente; los plebiscitos de Prusia oriental y occidental habían terminado favorablemente para Alemania, y el plebiscito de la Alta Silesia estaba todavía pendiente; la cuenta final de las reparaciones aún no había sido presentada y la inflación fue momentáneamente

[43] F. von Rabenau, *Seeckt: Aus Seinem Leben, 1928-1936* (1940), p. 307; dos meses más tarde Enver, que entretanto había estado en el Congreso de Bakú, volvió a Berlín para comprar armas, no se sabe para quién o con qué propósito (W. von Blücher, *Deutschlands Weg nach Rapallo* [Wiesbaden, 1951], pp. 133-34).

parada. La prematura y exagerada fe del verano anterior en la salvación militar procedente del Este fue seguida de una reacción en la cual se ponía seriamente en duda, una vez más, incluso la supervivencia del régimen soviético. Las relaciones oficiales de los dos países se enfriaron por momentos. Se observó que cuando Simons, ministro de Asuntos Exteriores en octubre de 1910, apoyó la negativa del gobierno a dar los visados a Zinóviev y a Lozovski [64], acabó su discurso con expresiones de amistad para el pueblo ruso pero no para el gobierno soviético; y otro diputado centrista, el futuro Canciller Fehrenbach, se felicitó de que Alemania «no se hubiera equivocado interviniendo en la guerra ruso-polaca» [65]. Casi al mismo tiempo, Maltzan, que había sido el verano anterior un ferviente defensor del reconocimiento del gobierno soviético, fue transferido del Ministerio de Asuntos Exteriores a un puesto en el extranjero. Hasta las relaciones comerciales se vieron perjudicadas por una malhumorada declaración de Simons en el Reichstag en enero de 1921, en la que dejó ver que las relaciones diplomáticas con la Rusia soviética no podrían ser reanudadas «hasta que no se diera una satisfacción por el asesinato del representante del Reich», pero que «el comunismo como tal no justificaba el que un gobierno republicano y burgués no tuviera relaciones comerciales con el gobierno soviético» [66]. Kopp, a pesar de no tener aún ninguna función oficial ni reconocimiento, excepto en lo concerniente a los prisioneros de guerra, estaba tratando de establecer con algunas empresas alemanas las mismas relaciones comerciales que Krasin estaba estableciendo con empresas en Gran Bretaña; y a tales actividades las autoridades hacían la vista gorda «en tanto que no afectaran los intereses del Reich» [67]. Kopp, que fue a Moscú de vacaciones en enero de 1921, incluso llegó a declarar ante *Izvestiya* que había posibilidades de abrir delegaciones comerciales en Berlín y Moscú respectivamente en un futuro próximo [68]. Pero tales esperanzas eran prematuras. La política oficial alemana actuaba con extrema precaución y hasta que los acuerdos comerciales anglo-soviéticos no rompieron el hielo, el gobierno alemán no se decidió a hacer lo mismo. La tibieza oficial no representa, sin embargo, el panorama completo. Se hicieron a la vez sondeos secretos por vías militares,

[64] Véase p. 235, nota 146, anterior.
[65] *Varhandlunger des Reichstags,* cccxlv (1921), 762-63, 786-87.
[66] *Ibid.,* cccxlvi (1921), 1990, 1994.
[67] Clara Zetkin citó en el Reichstag una orden policial con este fin *(ibid.,* cccxlvii [1921], 2060).
[68] *Izvestiya,* 1 de febrero de 1921.

aunque nadie supo de ellos entonces y aún hoy en día es difícil encontrar documentos que los atestigüen[69].

Es una coincidencia que cuando los círculos militares y políticos alemanes perseguían políticas divergentes e incluso opuestas en lo referente a la Rusia soviética, la política exterior soviética exhibiese su ambivalencia natural de una manera particularmente acusada con respecto a Alemania. La derrota en Polonia acabó bruscamente con cualquier tentativa de cooperación germano-soviética; los acontecimientos de agosto de 1920 aparecían, al mirarlos retrospectivamente, como la luz de un relámpago que iluminara momentáneamente una perspectiva que ahora, una vez más, quedaba sumida en la oscuridad. Pero las fuerzas que en el crudo invierno de 1920-21 impulsaban a los dirigentes soviéticos hacia un acuerdo con el mundo capitalista, se hacían sentir ahora en la política soviética en dirección a Alemania. Un mes después del decreto de concesiones de noviembre de 1920[70], Lenin, dirigiéndose al octavo Congreso de Soviets de toda Rusia y haciendo mención de los extraordinarios acontecimientos del verano anterior, discutió por primera vez en público el problema de las relaciones germano-soviéticas en un contexto diferente del de la revolución mundial. Después de llamar a Alemania «el país más avanzado después de Estados Unidos», prosiguió:

Este país, atado por el Tratado de Versalles, se encuentra en condiciones que le impiden existir, y en esta situación Alemania tiende, naturalmente, hacia una alianza con Rusia. Cuando los ejércitos rusos se acercaban a Varsovia, toda Alemania estaba hecha un hervidero. Una alianza con Rusia, para ese país estrangulado y que tiene la posibilidad de poner en movimiento gigantescas fuerzas productivas, todo esto ayuda a crear la confusión política en Alemania; las «Centurias negras» alemanas simpatizaban con los rusos bolcheviques y con los espartakistas...

Nuestra política exterior, en tanto que estamos solos y el mundo capitalista es fuerte..., consiste en estar obligados a sacar partido de los desacuerdos... Nuestra existencia depende, en primer lugar, de la existencia de una divergencia radical en el campo de las políticas imperialistas y, en segundo lugar, del hecho de que la victoria de la Entente y la paz de Versalles han arrojado a la nación germana a una posición en la que no puede sobrevivir... El gobierno burgués alemán odia terriblemente a los bolcheviques, pero los intereses de la situación internacional le empujan, contra su voluntad, hacia la paz con la Rusia soviética[71].

[69] Para los comienzos de las negociaciones secretas, véanse pp. 373-78, más adelante.

[70] Véase p. 295 anterior.

[71] Lenin, *Sochineniya*, xxvi, 14-15.

Así, tres meses antes de que fuese introducida la NEP y de concluir el acuerdo comercial anglo-soviético, Lenin insinuó, en términos bastante claros, la buena disposición del gobierno soviético para recibir proposiciones alemanas, caso que llegaran a formularse.

No sabemos si aquellos que ahora barajaban con precaución las ventajas de una colaboración en el gobierno alemán medían las distancias recorridas desde que la salvación del gobierno soviético se había hecho depender de una temprana revolución en Alemania, o del cambio en la manera de pensar requerida por la nueva política. En cualquier caso, Zinóviev y los demás jefes de la Comintern, alentados con los triunfos del segundo Congreso y las victorias obtenidas desde entonces en Alemania y en Francia, no estaban dispuestos a abandonar el deslumbrante sueño de la revolución mundial, sueño en el que Alemania ocupaba necesariamente un puesto central. Así, en el crítico invierno de 1920-21, se contraponían en Moscú dos aspiraciones contrarias e irreconciliables respecto a Alemania. Si el choque entre ellos no era patente se debía a que el trabajo día a día de la Comintern y del gobierno soviético (e incluso de los diferentes comisariados) se llevaba todavía a cabo en compartimientos estancos y solamente cuando surgía una situación altamente crítica los jefes tomaban una decisión en el comité central del partido o en el Politburó, obligatoria para todos aquellos a quienes podía afectar. Durante el invierno 1920-21 los dirigentes hubieron de concentrar toda su atención en la creciente amenaza de la oposición dentro del partido, por la controversia de los sindicatos y sobre todo por la apurada situación económica del país. Es evidente que no hubo una revisión general de la política con respecto a Alemania a lo largo de este período, cualquiera que sea la interpretación que se dé a los sucesos subsiguientes.

Los acontecimientos que ocurrieron dentro del KPD condujeron a la nueva crisis. La afluencia masiva de nuevos miembros a un KPD mucho mayor —al tener acceso a él la mayoría de los miembros del USPD tras el congreso de Halle— fue a los ojos de todos una gran victoria para la Comintern y el KPD. Pero ocasionó nuevos problemas. El KPD ya no podía contentarse con desempeñar el papel de una pequeña facción de la *élite* revolucionaria descendiente directa del *Spartakusbund*. Se había convertido en un partido de masas compuesto principalmente de obreros a los que no interesaban los refinamientos teóricos. Tanto sus miembros como otras personas, esperaban que el partido podría ejercer una influencia política activa y que su acción se dejaría sentir en el escenario político alemán. Uno de los líderes del KPD anunció, en noviembre de 1920, que los rusos

habían acusado al partido de tener «demasiados pocos contactos con la masa obrera», de falta de «destreza agitadora» e incluso de «mentalidad *anti-putsch*», pero que el remedio a tales males podría estar en el acceso de las mayorías del USPD y más tarde en las del KAPD [72]. Esta idea, transmitida por Zinóviev tras su triunfo en Halle, se tradujo dentro del partido en un movimiento izquierdista que, siguiendo la tradición de Liebknecht más bien que la de Rosa Luxemburgo, colocaba la acción revolucionaria sobre la propaganda revolucionaria y reclamaba una política de acción. El movimiento empezó en la sección berlinesa del partido, donde se hizo pronto con la mayoría, y su cabecilla más sobresaliente fue Ruth Fischer, que había sido portavoz de Radek ante Levi en octubre de 1919. Los dirigentes del partido no se impresionaron. Levi había heredado el escepticismo que Rosa Luxemburgo sentía hacia la madurez revolucionaria de las masas alemanas y nunca acabó de deshacerse de la mentalidad sectaria del antiguo Spartakusbund. Brandler, el más impresionante portavoz de los obreros en el comité central del KPD, estaba inmerso en la tradición sindicalista, creía firmemente en organizaciones y manifestaciones masivas, pero rehuía instintivamente la insurrección armada. Levi decidió tomar la iniciativa de acción por medio de un experimento en las tácticas del frente unido que Brandler había ya ensayado en Sajonia cuando el *putsch* de Kapp [73]. El 28 de enero de 1921, el periódico del partido, *Rote Fahne,* publicaba una carta abierta del comité central del KPD, dirigida nominalmente a un gran número de sindicatos y organizaciones políticas izquierdistas, incluyendo al SPD, al remanente del USPD y al KAPD. La carta, que mencionaba la «situación intolerable» de los obreros alemanes en la presente crisis, proponía una campaña conjunta para subir salarios y subsidios de paro, para reducir el coste de vida y para implantar el control obrero sobre los artículos de primera necesidad. También animaba a disolver y desarmar las «asociaciones burguesas de defensa», a crear «organizaciones de autodefensa proletaria» y establecer relaciones comerciales y diplomáticas con la Rusia soviética.

El KPD reconocía que «tales medidas no pueden mejorar radicalmente la pésima situación del proletariado» y no renunciaba «ni por un momento a la lucha por la dictadura»; pero tras este rendir pleitesía a la doctrina del partido, renovó la apelación a un esfuerzo

[72] *Bericht über den 5. Parteitag der Kommunistischen Partei Deutschlands (Spartakusbund)* [1921], pp. 27-8.
[73] Véanse pp. 186-87.

común «en pro de las peticiones arriba expuestas» [74]. En el Reichstag, Levi, que era uno de los pocos diputados comunistas, sacó la consecuencia de las implicaciones internacionales de la doctrina del frente unido:

Este es un momento decisivo en la historia universal. Los oprimidos de todo el orbe se alzan contra los opresores del mundo entero y la cabeza rectora de los oprimidos de todo el mundo, la potencia que hoy une su acción y los conduce, es la Rusia soviética [75].

La moraleja era clara: de igual modo que los comunistas habían de ser los campeones de los trabajadores oprimidos de cualquier partido, así también la Rusia soviética había de ser la campeona de las naciones oprimidas, cualquiera que fuera su color político. Ningún alemán dudaba en 1921 que Alemania era un país oprimido.

Radek, a partir de la estancia en Berlín en 1919, había compartido el balance pesimista de Levi sobre las posibilidades revolucionarias del KPD y era defensor entusiasta de la nueva tendencia, si no su inspirador original: se dice que «la carta abierta» había sido redactada conjuntamente por Levi y Radek. Zinóviev, por otra parte, alimentaba todavía los sueños de la revolución mundial que había parecido tan cerca de su realización seis meses antes. Como héroe del Congreso de Halle, se consideraba a sí mismo responsable de la victoria que había transformado el KPD de una secta de intelectuales en un partido de masas preparado para la acción revolucionaria, y sus opiniones eran compartidas por el grupo izquierdista del KPD. Por eso, cuando Radek propuso discutir en el comité ejecutivo de la Internacional Comunista (IKKI) el proyecto de la carta abierta, Zinóviev se opuso vigorosamente apoyado por Bujarin, quien todavía se estimaba a sí mismo custodio de la ortodoxia revolucionaria. Lenin, que en los últimos tiempos había girado hacia la política de un acuerdo temporal con el mundo capitalista, intervino en favor de Radek, y la carta abierta fue aprobada [76]. Cayó completamente en el vacío, sin hallar respuesta en ninguna organización influyente de la izquierda. Fue taxativamente rechazada por el SPD y por el remanente del USPD, que no quería relaciones

[74] Se pueden encontrar amplios extractos de la carta en *Sochineniya* de Lenin, xxvi, 679-80, nota 200.

[75] *Verhandlungen des Reichstags*, cccxlvii (1921), 2318.

[76] Tanto Radek como Zinóviev expusieron los hechos en el quinto Congreso de la Comintern en 1924 (*Protokoll: Fünfter Kongress der Kommunistischen Internationale* [s. f.], i, 165, 468); en el tercer Congreso, en junio de 1921, Lenin defendió la carta abierta como «un modelo de movimiento político» (*Sochineniya*, xxvi, 443).

con el KPD, así como por el KAPD, que la denunció como puro oportunismo. En Moscú, donde los dirigentes tenían problemas más serios y más inmediatos, la repulsa fue apenas perceptible. En el KPD su efecto fue desacreditar la jefatura de Levi y fortalecer el poder del grupo izquierdista en el partido.

Cuando un mes después de la aparición de la carta abierta, Levi se marchó a Leghorn como delegado del KPD en el importantísimo congreso del Partido Socialista Italiano [77], bien pudo haber supuesto que la aprobación que acababa de dar Moscú implicaba una nueva actitud de benevolencia hacia otros partidos y grupos de izquierdas, que no estaban preparados para aceptar la doctrina comunista en todo su rigor. Es cierto que se podría trazar una división entre la colaboración con otros partidos de izquierda tras objetivos comunes concretos y la colaboración con heterodoxos, dentro de las filas de un partido comunista declarado. Pero esta distinción no era tan corriente al comienzo de 1921 como llegó a serlo después. En Leghorn, la política de la Comintern no estaba en manos de Radek sino de Rakosi y Kabakchiev, que habían sido nombrados por Zinóviev y que eran conscientes de la distinción entre una colaboración táctica temporal con otros partidos y la tolerancia de la heterodoxia dentro del partido mismo. Cuando fueron impuestos a Serrati los extremos rigorísimos de los 21 puntos, Levi acudió en su auxilio y lo animó a la resistencia. La abierta oposición de Levi a la política de los delegados acreditados de la Comintern creó evidentemente una situación intolerable y proporcionó un arma a sus enemigos dentro del KPD. Por eso, cuando Rakosi y Kabakchiev llegaron a Berlín en su viaje de regreso a Moscú y pidieron el voto del comité central condenando la actitud de Levi, encontraron muchos adictos y obtuvieron una pequeña mayoría [78]. Levi, Clara Zetkin y otros tres dimitieron del comité central. La destitución de Levi fue considerada en el partido como una victoria en pro de una política avanzada. Los hombres que le sucedieron en la jefatura, Ernst Meyer, Brandler, Thalheimer y Frolich, aunque no pertenecían al ala izquierda del partido, se habían pasado a la llamada «teoría de la ofensiva» y convenían en que había llegado la hora de pasar de la propaganda a la acción revolucionaria.

[77] Véanse pp. 238-39.

[78] Según Levi, que recurrió a documentos inéditos del partido, Rakosi dijo en la reunión del comité central que el KPD, al igual que el partido italiano, necesitaba ser depurado; después Rakosi negó la expresión, pero no el contenido de la observación (P. Levi, *Unser Weg* [segunda ed., 1921], p. 54). Le habló en un tono parecido a Clara Zetkin (véase p. 401 más adelante).

Fue entonces cuando Bela Kun, junto con otro húngaro llamado Pogany, y un polaco, Guralski, llegaron a Berlín desde Moscú como enviados de la Comintern [79]. Bela Kun había sido un año antes uno de los más fervientes críticos de la pasividad del KPD durante el *putsch* de Kapp. Como miembro de los seguidores cercanos de Zinóviev en la Comintern, era probablemente contrario a la «carta abierta» y creyó que la salida de Levi de la jefatura proporcionaba la oportunidad para una política más activa, y hasta pudo haber recibido instrucciones de Zinóviev a este efecto. Los miembros del nuevo comité central guardaron después el secreto. Sin embargo, Bela Kun habló también a Levi y a Clara Zetkin, quienes, aunque no pertenecían ya al comité central, eran todavía miembros importantes del partido. Según Levi, Bela Kun, en una conversación con Clara Zetkin el 10 de marzo y con el propio Levi cuatro días después, insistió en que el KPD debía actuar creando provocación en pro de la acción, si fuera necesario. Así «el primer impulso para actuar en la forma que lo hizo no provenía del lado alemán» [80]. Zetkin, que continuó en el partido, dijo más cautelosamente en el tercer Congreso de la Comintern, que «los representantes del ejecutivo (es decir, el IKKI) tienen en cualquier caso una gran parte de responsabilidad por el hecho de que la actuación de marzo se llevó de la manera que se llevó... y por las falsas consignas y falsa actitud política del partido, o mejor dicho del comité central» [81]. Este período fue de gran inquietud en Alemania. Existía una lucha entre el gobierno bávaro y el del Reich sobre la existencia de ejércitos privados de la derecha que se beneficiaban de la protección bávara. Como repre-

[79] No se ha fijado la fecha exacta de su llegada, pero debió ser lo más tarde en los primeros días de marzo de 1921; no es probable que saliesen de Rusia después del 1.° de marzo, y se viene abajo la teoría comúnmente aceptada (por ej., O. K. Flechtheim, *Die KPD in der Weimarer Republic* [Offenbach, 1948], p. 73) que relaciona su misión con la rebelión de Kronstadt. Por otro lado, una vez en Berlín pudieron haber utilizado la sublevación de Kronstadt como un argumento que sirviese para impulsar a su país a la necesidad de acción, ya que en mayo de 1921 Heckert, el delegado alemán en el Congreso de Sindicatos de toda Rusia, declaró que los obreros alemanes se habían sacrificado por los obreros rusos en la «acción de marzo»: «Estos comunistas alemanes se dejaron fusilar y encarcelar porque eran conscientes de que, al levantar el estandarte de la rebelión, estaban ayudando al proletariado ruso» *(Chetverti Vrosossiiski Syezd Professionalnij Soyuzov* [1921], i (Plenumy), 13.

[80] Paul Levi, *Was ist das Verbrechen? Die Märzaktion oder de Kritik Daran?* (1921), pp. 8-9: Este folleto fue un discurso pronunciado por Levi ante el comité central el 4 de mayo de 1921, al ser expulsado del partido.

[81] *Protokoll des III Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1921), p. 297.

salia, los franceses acababan de ocupar Düsseldorf; el plebiscito pendiente en la Alta Silesia había provocado allí multitud de desórdenes. Se produjeron disturbios con o sin el apoyo expreso de Berlín en las minas de Mansfeld, un conocido reducto comunista en el centro de Alemania. El 16 de marzo de 1921 la policía y el Reichwehr decidieron ocupar la zona y desarmar a los obreros. Esto provocó una resistencia armada que se extendió a otros centros de Alemania central. Al día siguiente, el comité central del KPD llamó a las armas a los obreros y proclamó abiertamente la insurrección contra el gobierno. Un diputado comunista en el Reichstag anunció en son de desafío que el proletariado alemán «cumpliría su misión histórica y llevaría la revolución proletaria de Oriente a Occidente»[82]. Hubo choques intermitentes en distintos sitios, pero la lucha sólo se intensificó en las regiones de Alemania central donde el conflicto había empezado. Una semana después, cuando el levantamiento había empezado a apagarse, el comité central anunció una huelga general, que no hizo más que agravar el desastre al llevar a los huelguistas comunistas a luchar no solamente con la policía sino con la masa de obreros que preferían continuar en su trabajo. El 31 de marzo, cuando la derrota de los comunistas fue total, con muchas bajas y miles de detenciones, el comité central desistió de toda acción.

La «acción de marzo» no fue ni tan significativa ni tan importante como el *putsch* de Kapp. Sin embargo, tanto la crucialidad del momento como su evidente fracaso, hicieron de ello un punto crítico en la historia del comunismo alemán y de la política soviética, y se dijo en el KPD que el resultado fue que los miembros del partido disminuyeron de 450.000 (quizá sea exagerado) a 180.000[83] en tres meses y, además, que desencadenó una ola de recriminaciones que con los años llegó a dividir al partido en una facción izquierdista y otra de derechas. El comité central emitió una serie de tesis en las que, aunque atribuía el movimiento al hecho de haber provocado la policía a los obreros de Mansfeld, se felicitaba de su intento de «hacerse con la iniciativa revolucionaria» para promover una «ofensiva revolucionaria», y en ellas abandonaba implícitamente el intento de formar un «frente unido» y condenaba también «la oposición activa y pasiva de determinados camaradas durante la acción»[84]. Levi, no teniendo en cuenta las restricciones

[82] *Verhandlungen des Reichstags,* cccxlviii (1921), 3108.

[83] *Bericht über den III (8) Parteitag der KPD* (1923), p. 63.

[84] *Taktik und Organization der Revolutionären Offensive: Die Lehren der Märzaktion* (1921), pp. 139-35.

de disciplina que imponía el partido, publicó un folleto llamado *Unser Weg* en el que se denunciaban los sucesos de marzo como «el mayor *putsch* bakunista de toda la historia» [85]. Fue expulsado del partido por este acto de insubordinación, aunque no sin que dirigiese al comité central un largo discurso de protesta, que se publicó en otro folleto y provocó una posterior reclamación por parte de este organismo [86]. En Moscú, el IKKI se apresuró a dar su consentimiento a la expulsión de Levi [87], pero las recriminaciones internas del partido alemán fueron llevadas tres meses más tarde ante el tercer Congreso de la Comintern, que tuvo que enfrentarse con la delicada tarea de emitir juicio sobre ellas [88].

Desde el punto de vista de la política soviética, el fracaso de la acción de marzo representaba el ángulo alemán de un amplio cambio de frente apuntado por los otros dos grandes acontecimientos de marzo de 1921 —la implantación de la NEP y la firma del acuerdo comercial anglo-soviético—. Nunca se aclaró del todo en Moscú quiénes fueron los personalmente responsables de la acción. No cabe duda que la sugerencia de Bela Kun, aunque no fue ni mucho menos el único factor (todavía no había llegado el momento en que el KPD aceptaría, de forma automática y sumisa, las órdenes de Moscú), fue uno de los factores que impulsaron al comité central a intentar su malograda «ofensiva». Se puede dar por hecho que Bela Kun actuó bajo instrucciones implícitas o explícitas de Zinóviev. Pero lo que es dudoso es si estas instrucciones eran tenidas en consideración y aprobadas por el Politburó o si su peso era conocido o calibrado fuera del círculo de Zinóviev. Lenin, Trotski y las demás figuras importantes del partido estaban absorbidos por la crisis económica, por las controversias entre los sindicatos y por los preparativos para la NEP, y no podían dedicar tiempo a los asuntos de Alemania. Radek, que estaba muy versado en los asuntos alemanes, no parece haber estado enterado de lo que se tramaba [89] y

[85] P. Levi, *Unser Weg* (segunda ed., 1921), p. 39.

[86] P. Levi, *Was is das Verbrechen? Die Märzaktion oder die Kritik Daran?* (1921); *Der Weg des Dr. Levi und der Weg der UKPD* (1921).

[87] *Kommunisticheski Internatsional*, n.º 17 (7 junio 1921), col. 4297.

[88] Véase p. 399.

[89] Radek es el único dirigente bolchevique de cuya actitud se tiene testimonio específico, aunque éste sea bastante poco convincente. En septiembre de 1921, Levi publicó en su periódico *Unser Weg* (nuevo título para el antiguo *Sowjet* citado en la p. 414, nota 59 anterior) una carta escrita por Radek el 14 de marzo de 1921 desde Moscú al comité central del KPD. Tras referirse brevemente a la introducción de la NEP, Radek habla de los asuntos del KPD y ataca a Levi: «Con su política está dividiendo el partido, mientras que nos-

lo mismo es sin duda cierto de Chicherin y del personal del Narkomindel. Cuando se demostró que la acción era un fiasco, no se pudo negar la evidente moraleja. El intento del KPD de obtener la victoria atacando de frente al gobierno burgués alemán había terminado en un desastre vergonzoso, y no podía esperarse en el inmediato futuro que ningún partido comunista triunfara en ningún otro país tras el fracaso de un partido relativamente nutrido y poderoso en un país intensamente industrializado. Este pesimismo de nuevo cuño y bien fundamentado con respecto a las posibilidades de la revolución europea, confirmó y reforzó la tendencia hacia un acuerdo temporal con el mundo capitalista.

otros podemos atraer a nuevas masas activando nuestra política.» A Levi se le permitiría marcharse, pero habría de hacerse todo lo posible para impedir que Däuming y Zetkin se fuesen con él. «Aquí nadie piensa que tenga que haber una ruptura mecánica —ni ningún tipo de ruptura— en Alemania.» Radek continúa: «Todo depende de la situación política mundial. Si se acentúa el desacuerdo entre la Entente y Alemania, puede llegar la guerra con Polonia, y entonces hablaremos. Precisamente porque existen estas posibilidades, se debe hacer todo lo posible para movilizar al partido. La acción no puede salir disparada de un revólver. Si ahora no se hace todo lo posible para crear una conciencia de la necesidad de actuar, mediante una presión continua por parte de las masas comunistas en pro de la acción, para crear el sentimiento de la necesidad de esa acción, fracasaréis en el momento decisivo» (*Unser Weg*, iii, n.º 8-9, agosto-septiembre de 1921, pp. 248-49). Estas frases un tanto misteriosas sugieren que Radek, tras su ruptura con Levi, se había pasado a la izquierda, en términos de política del KPD, pero no que hubiese decidido galvanizar al KPD para la acción inmediata. Según Trotski, la víspera del tercer Congreso de la Comintern, Radek se puso del lado de la izquierda con Zinóviev y Bujarin (véase p. 396); pero era notorio que las opiniones de Radek eran muy variables.

Capítulo 29
HACIA GENOVA Y RAPALLO

Si el gobierno soviético suponía que la firma del acuerdo comercial anglo-soviético del 16 de marzo de 1921, completado por los tratados recientemente firmados con las tres naciones orientales —Persia, Afganistán y Turquía— y seguido dos días más tarde por el tratado de paz final con Polonia, iba a romper el hielo y dar como resultado el establecimiento de unas relaciones normales con el mundo exterior, esta suposición no tuvo en cuenta lo bastante la persistencia en actitudes hostiles de los países capitalistas. El ejemplo dado por Gran Bretaña no fue seguido por un importante número de imitadores. De los países europeos solamente Alemania, que era, como Rusia, un proscrito de la comunidad europea, se apresuró a concertar un tratado comercial provisional con la República Socialista Federal Soviética Rusa [1]. Se firmó el 6 de mayo de 1921, y probablemente no fue pura coincidencia que se firmara al día siguiente de un ultimátum aliado a Alemania, en el cual se amenazaba con nuevas sanciones (tres ciudades del Ruhr habían sido ocupadas ya en marzo de 1921) en el caso de incumplimiento de reparaciones y peticiones de desarme. El acuerdo comercial resolvió algunas dificultades prácticas de comercio entre compañías privadas y el monopolio comercial del Estado, pero las disposiciones más

[1] *RSFSR: Sbornik Deistvuiushchij Dogovorov*, ii (1921), n.º 46, pp. 24-28.

importantes no se referían en absoluto al comercio; los dos países acordaron conceder mutuos privilegios diplomáticos a sus representantes acreditados, y el gobierno alemán se comprometió a reconocer a la misión soviética como único representante de Rusia en territorio alemán. Esto suponía una retractación del hasta entonces reconocimiento extraoficial de las organizaciones de rusos «blancos» en Berlín, y constituyó el entierro oficial de la cruzada antibolchevique. Comoquiera que fuese, de allí en adelante la política rusa del gobierno alemán estaría enfocada a mantener relaciones con el gobierno soviético y no a derrocarlo. Sin embargo, la persistencia de una atmósfera hostil se traslucía en la queja de Krasin de que el gobierno alemán no sólo no había cumplido con su compromiso de poner a disposición de la delegación comercial un edificio adecuado, sino que tampoco «ayudó a la delegación comercial a ocupar unas cuantas casas que la delegación había adquirido a este propósito» [2]. De los demás países europeos, Italia consintió en recibir a una misión comercial soviética en mayo de 1921, pero su acogida fue fría y las prolongadas negociaciones no llevaron a la firma del acuerdo comercial hasta finales del año [3]. Por esas fechas, Noruega y Austria firmaron acuerdos similares [4]. Se firmó un acuerdo con Suecia a comienzos de 1922 [5], pero el gobierno sueco no lo ratificó. Poco después siguió un acuerdo con Checoslovaquia [6]; todos ellos estaban basados en el modelo británico. La lista de países donde se habían establecido delegaciones comerciales soviéticas a finales de 1921, incluía: Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, Suecia, Noruega, Alemania, Checoslovaquia Austria, Italia, Gran Bretaña, Turquía (Ankara y Constantinopla) y Persia [7].

Pero, por otra parte, había dos grandes naciones que seguían siendo implacablemente hostiles a la Rusia soviética. La victoria republicana en Estados Unidos y la sustitución de Wilson por Harding les hizo concebir vanas esperanzas de un cambio en la actitud americana. El incansable Raymond Robins estuvo algún tiempo haciendo campaña en los Estados Unidos a favor del reconocimiento de la Rusia soviética y evidentemente él mismo creyó haber obtenido la promesa de Harding de su buena disposición para volver a considerar la

[2] L. B. Krasin, *Voprosi Vneshnei Torgovli* (1928), p. 254.

[3] *Izvestiya*, 27 de mayo de 1921: *RSFSR: Sbornik Deistvuiushchij Dogovorov*, iii (1922), n.º 86, pp. 39-45.

[4] *RSFSR: Sbornik Deistvuiushchij Dogovorov*, ii (1921), n.º 48, pp. 32-35; *SSSR: Sbornik Deistvuiushchij Dogovorov*, i-ii (1924), n.º 2, pp. 4-8.

[5] *Russian Information and Review*, 1 de mayo de 1922, pp. 355-56.

[6] *RSFSR: Sbornik Deistvuiushchij Dogovorov*, iv (1923), n.º 111, pp. 17-21.

[7] *Za Piat Let* (1922), p. 416.

cuestión rusa [8]. Esto pudo haberse sabido en Moscú; y Vanderlip, a su paso por Moscú en su viaje de vuelta, en mayo de 1921, habló de la «actitud favorable» de Harding con respecto al comercio con Rusia [9]. El 20 de marzo de 1921 se dirigió una nota al nuevo Congreso americano en nombre del comité central de toda Rusia (VTsIK), sugiriendo negociaciones para un tratado comercial entre los dos países, pero se encontró con la respuesta glacial de que cualquier intento de restaurar relaciones económicas sería vano hasta que la Rusia soviética hubiera establecido una «sólida base económica» que implicara «seguridad de vida, el reconocimiento de unas garantías firmes de la propiedad privada, la inviolabilidad del contrato y el derecho a la libre contratación» [10]. Por otra parte, los intentos extraoficiales que hizo la República del Extremo Oriente para establecer un contacto discreto con Washington tuvieron más éxito, y unos observadores americanos visitaron Chita en mayo de 1921 [11]. La otra gran potencia que permaneció implacablemente hostil fue Francia. En febrero de 1921 había firmado un tratado de alianza con Polonia y estaba dedicada durante ese año a consolidar bajo su égida la Pequeña Entente [12]. Estos embrollos políticos y militares y las reclamaciones de los propietarios franceses de acciones rusas, dictaron una actitud de no transigencia con el culpable. El desacuerdo de Francia con respecto al acuerdo comercial anglo-soviético que se vio reflejado, tanto en una serie de notas oficiales [13] como en la

[8] Información sacada de los papeles Gumberg, en la Universidad de Wisconsin, comunicada por Mr. W. A. Williams.

[9] *Leninski Sbornik XX* (1932), 189, Lenin no volvió a ver a Vanderlip pero le habló de él a Chicherin.

[10] Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika*, iii, i (1928), 104-05; *Foreign Relations of the United States, 1921*, iii (1936), 768.

[11] *Ibidem.*, iii (1936), 732-44. La opinión soviética informada estaba muy impresionada en esta época por el creciente poder de los Estados Unidos: en el tercer Congreso de la Comintern en julio de 1921, Trotski se refirió a los «hechos elementales» de que «Europa está arruinada, la capacidad de producción de Europa es mucho más baja que antes de la guerra, y el centro económico se ha trasladado a América» (*Protokoll des III. Kongresses der Kommunistischen Internationale* [Hamburgo, 1921], p. 74).

[12] La delegación de la República del Extremo Oriente en la conferencia de Washington de finales de 1921 comunicó a la prensa la correspondencia habida desde diciembre de 1920 en adelante entre los gobiernos francés y japonés, que culminaba en un supuesto acuerdo secreto del 12 de marzo de 1921 para una acción común contra la Rusia soviética (resumen en el *Manchester Guardian*, 2 de enero de 1922); pero no se ha publicado ningún texto completo y es dudosa su autenticidad.

[13] *Correspondence between His Majesty's Government and the French Government respecting the Anglo-Russian Trade Agreement*, Cmd. 1456 (1921).

prensa francesa, en el verano de 1921, contribuyeron a deteriorar las relaciones anglo-francesas en aquel momento.

A los cuatro meses de la firma del acuerdo anglo-soviético, la situación en Rusia estaba ensombrecida por el inminente desastre del hambre. Las reservas se habían agotado; el transporte era caótico, y la sequía había afectado seriamente la nueva cosecha. La creación, el 21 de julio de 1921, de un Comité Panruso de Ayuda a los Hambrientos [14] fue seguido unos días después de un llamamiento del IKKI a los obreros de todo el mundo [15]. La rápida respuesta de Herbert Hoover, cuya reputación como organizador y dispensador de la ayuda americana estaba entonces en su apogeo, no se hizo esperar; y el 20 de agosto de 1921 se firmó un acuerdo en Riga entre Litvínov y un representante de la Administración de Socorro Americana (ARA) [16]. Una semana después se firmó en Moscú un acuerdo similar con Nansen, como representante de la Conferencia de la Cruz Roja que acababa de celebrarse en Ginebra [17]. Los términos de estos acuerdos eran humillantes, ya que implicaban la admisión en Rusia de un gran número de agentes extranjeros para llevar a cabo la distribución de suministros. Pero la necesidad era tremenda, y parecía una circunstancia atenuante el hecho de haber llegado al acuerdo con organizaciones privadas y no con los gobiernos. Una propuesta del Consejo Supremo aliado para mandar una comisión «para estudiar e investigar la manera de prestar ayuda al pueblo ruso» fue rechazada inmediatamente en términos de gran acritud, con el agravante de que Noulens, antiguo embajador francés en Rusia, que se distinguió por sus declaraciones hostiles a la Revolución desde un principio, había sido designado para presidente de la comisión [18]. Durante el invierno 1921-22, los americanos y la misión de socorro de la Cruz Roja trabajaron activamente en el área del Volga, donde el hambre y las epidemias habían alcanzado proporciones catastróficas [19]. A pesar de la generosidad de la ayuda dispensada, la Administración de Socorro Americana era mirada con mucho recelo, sobre todo en la sede central del partido. No gustó el deseo de asegurarse el monopolio de la ayuda manifestado en su tentativa de impedir que otras organizaciones americanas trabajasen en

[14] Véase vol. 1, pp. 195-96.

[15] *Kommunisticheski Internatsional,* n.º 18 (8 octubre 1921), cols. 4758-759.

[16] *RSFSR: Sbornik Deistvuiushchij Dogovorov,* ii (1921), n.º 73, pp. 152-55; *Foreign Relations of the United States,* 1921, ii (1936), 813-17.

[17] Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika,* iii, i (1928), 109-12.

[18] *Ibid.,* iii, i, 114-18.

[19] Véase vol. 2, pp. 297-98, para datos sobre el hambre.

el mismo terreno y en su boicot a la misión de Nansen [20]; y muchos miembros de ella eran sospechosos, en el peor de los casos, de espionaje directo y, en el mejor, de intentar favorecer sus propios intereses o los intereses comerciales de su país [21]. Sobre todo, el trabajo de ARA era interpretado como una forma velada de intervención extranjera. La mayor parte de los comprometidos en ello sentían poco menos que una hostilidad absoluta hacia el régimen; Hoover y otros jefes occidentales acentuaron con frecuencia la importancia que había tenido la ayuda para combatir el bolchevismo en Europa en 1919. A pesar de todo, fue plenamente reconocida la inmensa ayuda práctica que dispensó ARA; tanto Kámenev como Chicherin dejaron claramente establecido que había excedido con mucho a la ayuda recibida por cualquier otro conducto [22]. El noveno Congreso de Soviets de toda Rusia, reunido en diciembre de 1921, dedicó una larga resolución a la cuestión del hambre. Expresaba «ferviente gratitud» a los obreros de todos los países que habían acudido en ayuda de los sufrimientos de sus camaradas (una referencia a la Ayuda Obrera Internacional [23]), añadiendo que los trabajadores rusos «valoraban muy especialmente la ayuda fraternal de las callosas manos de obreros europeos y americanos». Hacía referencia a que una parte del mundo burgués veía el hambre como «una buena oportunidad para intentar de nuevo derribar el poder soviético» y otra parte como «una coyuntura favorable para adquirir una posición económica personal dominante en Rusia»; de todas maneras, el Congreso expresó su gratitud a Nansen, a ARA y «a otros países que en cualquier forma han ayudado a los hambrientos». Aparte de esta resolución, se votó que quedara especialmente consignada «la profunda gratitud» por parte de «los millones de la población trabajadora de la RSFSR» al

[20] *Foreign Relations of the United States, 1921,* ii (1936), 821.

[21] Según L. Fisher, *The Soviets in World Affairs* (1930), i, pp. 316-17, «todo el personal de ARA estaba formado por hombres del ejército de los Estados Unidos, y los bolcheviques desconfiaban de este tipo de personas, sobre todo porque los nativos reclutados como ayudantes para la asociación de ayuda procedían a menudo de círculos que no simpatizaban con el régimen rojo». Apenas se intentaba ocultar el motivo que era el obtener información comercial: «de esta manera se obtendrá información completa sin riesgo de complicaciones a través de la acción del gobierno», escribía Hughes el 2 de septiembre de 1921 (Archivos Nacionales de los Estados Unidos: Grupo de Archivos 59: 861. 48/1601). Sin embargo, es dudoso que en esta época se buscase seriamente cualquier otro tipo de información.

[22] Para la opinión de Kámenev sobre la envergadura de la ayuda americana, véase vol. 2, p. 299; el elogio a Chicherin está en *Materiali Geueezskoi Konferentsi* (1922), p. 20.

[23] Véase más adelante p. 416.

«gran explorador científico y ciudadano F. Nansen, que heroicamente se abrió camino a través de los hielos eternos del helado Norte, pero fue impotente para vencer la infinita crueldad, ambición y dureza de sentimientos de la clase dirigente del mundo capitalista»[24].

Los desastres del hambre, la hostilidad del mundo capitalista hacia el régimen soviético, el constante escepticismo con respecto a su capacidad para sobrevivir, la suspicacia y susceptibilidad que esta actitud creaba en las mentes soviéticas, fueron los factores que hicieron que la última parte de 1921 fuera un período agitado en las relaciones exteriores de la Rusia soviética. Los resultados de la nueva política exterior, así como los de la NEP en el interior, no maduraron en realidad hasta el año siguiente. Durante mucho tiempo no pareció que el tratado comercial anglo-soviético hiciera mucho para aliviar los roces endémicos en las relaciones entre los dos países. De acuerdo con lo previsto en el tratado, una misión comercial británica permanente se estableció en Moscú el 31 de julio de 1921, pero pronto se vio inmersa en controversias políticas. Si en Moscú había división de opiniones acerca de la relativa importancia de la concordia entre los gobiernos y la propaganda en pro de la revolución mundial, la política británica hacia la Rusia soviética suponía asimismo un campo de batalla entre facciones opuestas. El acuerdo anglo-soviético había supuesto una victoria para el Primer Ministro y para el Ministerio de Comercio ingleses. La carta que simultáneamente se dirigió a Krasin acerca de las actividades soviéticas en Afganistán tenía todo el aspecto de ser un producto conjunto de los departamentos británicos de Asuntos Exteriores, de Guerra y de la India[25]. Durante algún tiempo pareció que la situación subyacente en Gran Bretaña había cambiado muy poco a consecuencia del acuerdo. Lloyd George, allí donde quería o encontraba tiempo para ejercer su poder, llevaba la voz cantante, pero mientras tenía otras ocupaciones el curso diario de las relaciones anglo-soviéticas seguía estando determinado por estos tres influyentes departamentos; y especialmente, mientras Curzon estuvo a cargo del departamento de Relaciones Exteriores, transcurrieron éstas en un espíritu de profunda desconfianza hacia las acciones e intenciones soviéticas.

El primer conflicto diplomático importante tuvo lugar seis se-

[24] *Syezdi Sovetov RSFSR v Postanovleniyaj* (1939), pp. 204-06; un delegado al Congreso repitió una comparación, que había sido hecha —se dice— por un miembro del Parlamento británico, sobre las sumas que los países aliados habían aportado para ayudar a sufragar los gastos con que se apoyó a Denikin y a Kolchak (*Deviati Vserossiiski Syezd Sovetov* [1922], p. 35).

[25] Véase p. 300 anterior.

manas después de la llegada de la misión británica a Moscú y en un momento en que la fortuna soviética parecía estar en su nivel más bajo. El 7 de septiembre de 1921, Curzon hizo llegar al gobierno soviético un largo memorándum de protesta contra una serie de manifestaciones y actividades del gobierno soviético y de la Comintern, que fueron declaradas contrarias al compromiso contraído en el acuerdo anglo-soviético de abstenerse de hacer propaganda «contra las instituciones del Imperio británico». La acusación general de que las actividades antibritánicas en Asia no habían sido abandonadas era totalmente cierta; se citaban actividades tales en India, Persia, Turquía y Afganistán. Pero la nota parece ser que fue redactada con cierta ligereza, basándose en informes de agentes secretos que no resistían la investigación y que fueron fácilmente refutados en todos sus puntos [26]. El 27 de septiembre, el gobierno soviético contestó con una nota hábil e intencionada, firmada por Litvínov; la correspondencia se cerró por el momento, el 12 de noviembre, con una contrarrespuesta del gobierno británico [27]. La correspondencia supone una valiosa aclaración acerca de la actitud y estado de ánimo de ambas partes frente al acuerdo. Las autoridades soviéticas, que prácticamente desde el momento de la Revolución habían estado dispuestas a comprometerse a no llevar a cabo propaganda hostil contra otros Estados, interpretaron dicho compromiso en un sentido puramente formal. Dicho compromiso era aplicable, por lo que a ellos se refería, solamente a la política expresa y directa del gobierno, y no cubría la acción de agentes que hubieran recibido instrucciones confidenciales. Por tanto, se creían con derecho a negar, a la vista de hechos evidentes, que en Tashkent había una escuela de propaganda

[26] La nota pretendía citar informes dados al «comité central» de la Comintern por Stalin, «presidente de la división oriental de la Tercera Internacional», por Eliava, y por Nuerteva, descrito como «director de propaganda bajo la Tercera Internacional». La contestación soviética del 27 de septiembre declaraba que ninguna de estas personas había ejercido jamás funciones bajo la Comintern; a lo cual la contrarréplica británica del 12 de noviembre contestó secamente que «nunca se ha dicho que ninguna de estas personas perteneciese a la Tercera Internacional, aunque esa no es una cuestión importante». La nota británica del 7 de septiembre de 1921 citaba un discurso de Lenin del 8 de junio. Cuando se indicó que Lenin no había pronunciado ningún discurso ese día, la nota británica del 12 de noviembre cambió la fecha al 5 de julio; pero el documento oficial del discurso de Lenin en el tercer Congreso de la Comintern en esa fecha, no contiene ningún párrafo que se parezca al que cita la nota británica.

[27] Las tres notas se publicaron en *A Selection of Papers dealing with the Relations between His Majesty's Government and the Soviet Government*, Cmd. 2895 (1927), pp. 14-30.

para los revolucionarios hindúes o que Jemal había recibido ayuda del gobierno soviético para su misión en Kabul; y toda la denegación de responsabilidad en las actividades de la Comintern y de sus agentes no se basaba más que en una distinción formal. Hubieran estado más en la realidad si se hubieran contentado con aducir que, tanto ellos como los ingleses, habían permitido la conclusión del tratado para interferir en el comportamiento poco amistoso de sus agentes. En efecto, ambas partes, sin dejarse intimidar por el tratado, seguían considerando las actividades de sus propios agentes como legítima represalia o legítima autodefensa, y las de los agentes de la parte contraria como agresiones que no habían sido provocadas. La diferencia más significativa entre ellos era que, mientras que los departamentos británicos, que llevaban la batuta de las relaciones anglo-soviéticas en aquel momento, hubieran visto con gusto la ruptura del acuerdo, las autoridades soviéticas correspondientes solamente querían ver hasta dónde podían llegar sin provocar una ruptura.

Tampoco se veía señal de mejoría en las relaciones de la Rusia soviética con sus más próximos vecinos de Occidente. La firma de una alianza entre Rumania y Polonia en la primavera de 1921, evidentemente estimulada por Francia, estaba calculada para completar el triángulo antisoviético (Francia-Pequeña Entente-Polonia), y confirmó las sospechas soviéticas de que Rumania, al igual que Polonia, se había convertido en un instrumento del juego diplomático y militar francés. El 13 de septiembre de 1921, el Narkomindel publicó un comunicado citando una supuesta nota de los gobiernos polaco y rumano, en la cual el gobierno francés proponía un ultimátum simultáneo de los tres países al gobierno soviético, al cual seguiría una declaración de guerra conjunta en caso de no ser cumplido, y en tal caso ofrecía una ayuda militar considerable a sus aliados[28]. La tirantez con Rumania era endémica desde que se anexionó a Besarabia en 1918. En octubre de 1920 los gobiernos aliados firmaron un tratado reconociendo la soberanía de Rumania sobre Besarabia[29], y en este momento Frunze y Voroshilov, entusiasmados por su fácil victoria sobre Wrangel, parece que propusieron la reconquista militar de Besarabia, y que esta propuesta fue rechazada por Lenin, quien obraba por consejo de Rakovski. Después del nuevo giro de marzo de 1921, se dice que Trotski, de modo más bien sorprendente y apo-

[28] *La Russie des Soviets et la Pologne* (Moscú, 1921), pp. 48-50. Pocos días más tarde Trotski pronunció un discurso ante el Soviet de Moscú sobre el mismo tema *(Izvestiya,* 22 septiembre 1921).

[29] El tratado no entró en vigor debido a que Japón, inexplicablemente, omitió ratificarlo; pero este fallo formal no afectó a la situación.

yado por Litvínov, hizo la propuesta contraria, es decir, solucionar un engorroso problema reconociendo la anexión de Besarabia por Rumania. Sin embargo, Chicherin y Rakovski se opusieron a este acto de pacificación, que también fue vetado [30]. Durante el verano y otoño de 1921 hubo una serie de protestas conjuntas, firmadas por Chicherin y Rakovski en nombre de la RSFSR y de la SSR ucraniana, dirigidas al gobierno rumano, contra supuestos incidentes fronterizos, el estímulo dado a los «guardias blancos» y a los «grupos de Petliura», y el fracaso de la extradición del anarquista Majno, que desde hacía algún tiempo había encontrado asilo en territorio rumano junto con un remanente de sus fuerzas; y una nota conjunta del 11 de noviembre de 1921 reconsideraba toda la controversia sobre Besarabia y reiteraba la negativa de reconocer Besarabia como territorio rumano [31]. Rumania era el único entre los países fronterizos que todavía se negaba a mantener cualquier tipo de relaciones diplomáticas o comerciales con el gobierno soviético. Por otra parte, la relación soviético-polaca, aunque manejada con todo el formalismo del intercambio diplomático, en definitiva no era mucho mejor. El tratado de paz con Polonia, firmado en Riga el 18 de mayo de 1921, a pesar de favorecer las aspiraciones polacas, dejó tras sí una herencia de tensiones y desconfianza. Entre los meses de abril y septiembre se cruzó una larga y áspera correspondencia como consecuencia de las exigencias soviéticas al gobierno polaco para que éste cesara de tolerar y fomentar las organizaciones «blancas» en territorio polaco, sobre todo las del conspirador eserita Savinkov y del anterior dictador ucraniano Petliura, y de las reclamaciones polacas para que fuesen devueltos los prisioneros de guerra y súbditos civiles polacos que se hallaban aún en territorio soviético [32]. Las relaciones diplomáticas no se establecieron hasta agosto de 1921, con la llegada de Karajan como representante soviético en Varsovia y de Filippovich como encargado de negocios polaco en Moscú [33].

Incluso en el Báltico, donde el gobierno soviético había conseguido su primer contacto diplomático en 1920 mediante los tratados

[30] Rakovski menciona estas dos proposiciones en su conversación con Louis Fisher en 1928 y L. Fisher las recoge en *The Soviets in World Affairs* (segunda ed., 1951), i, xiv-xv; no son improbables, pero carecen de documentación autorizada.

[31] Estas notas están recogidas en *L'Ukraine Soviétiste* (Berlín, 1922), páginas 78-106.

[32] *La Russie des Soviets et la Pologne* (Moscú, 1921) contiene una colección de estos documentos.

[33] *Ibid.*, p. 7.

con Estonia y Letonia [34], la suerte pareció volverse de nuevo contra Moscú durante la segunda mitad de 1921. El gobierno soviético había reiterado ya, en octubre de 1919, el tradicional interés ruso en el destino que se diese a las islas Åland, y protestó contra cualquier intento de regular esta cuestión sin su intervención [35]. La protesta fue renovada cuando «un grupo de potencias, que se llamaban a sí mismas la Sociedad de Naciones», trató la cuestión de las islas Åland en la orden del día de junio de 1920, y de nuevo en una nota aparte a Finlandia y Suecia al año siguiente [36]. Estas reclamaciones fueron ignoradas, y el 20 de octubre de 1921, sin haber indicado nada al gobierno soviético, se firmó un convenio en Ginebra entre las principales potencias aliadas, Finlandia y Suecia, reconociendo la soberanía finlandesa sobre las islas y ordenando un régimen de desmilitarización. El 13 de noviembre de 1921, el gobierno soviético envió una nota a todos los gobiernos interesados declarando el convenio «incondicionalmente no válido para Rusia», y protestó, una vez más, contra la violación de los «derechos elementales y sustanciales rusos» [37]. La ofensa consistía claramente no en el contenido del tratado, sino en la intención continuada de las potencias occidentales de excluir a la Rusia soviética de la deferencia entre naciones, a pesar de los acontecimientos de mayo de 1921. El mismo mes hizo crisis un viejo problema con Finlandia, a propósito de la Comuna Obrera de Karelia, que se regía como república autónoma dentro de la RSFSR. Incidentes fronterizos habían sido la causa de frecuentes quejas por ambas partes en los meses anteriores. En el otoño de 1921 se produjeron graves desórdenes en la Karelia soviética. Según Moscú, «destacamentos de bandidos bajo las órdenes de oficiales finlandeses» y organizados en Finlandia habían penetrado en el territorio; según Helsingfors, un levantamiento popular contra el desgobierno soviético había sido dominado haciendo uso de una gran crueldad para con la población local finlandesa. El 27 de noviembre de 1921, Finlandia apeló a la Sociedad de Naciones pidiendo el envío de una comisión investigadora para estudiar las circunstancias sobre el terreno. El llamamiento fue denunciado por Chicherin como «una tentativa de introducir a las potencias de fuera en los asuntos internos de la RSFSR y un intento de arreglar cuestiones relacionadas con el tratado ruso-finlandés con la intervención de terceras potencias»; el resultado fue

[34] Véanse pp. 170, 289.
[35] Véase p. 171.
[36] Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhadunarodnaya Politika,* iii, i (1928), 29-30, 108.
[37] *Ibid.*, pp. 146-47.

dar pie a nuevos recelos entre la Rusia soviética y Finlandia [38]. En diciembre de 1921, los ministros de asuntos exteriores de Finlandia, Polonia, Estonia y Letonia se reunieron en una conferencia en Helsingfors y decidieron negociar un pacto de ayuda mutua. Polonia representaba en la alianza la fuerza dirigente, y tras la iniciativa polaca se veía claramente la intervención de Francia, que por entonces estaba en la cumbre de su prestigio y poderío militar de posguerra. Apenas se hizo intento alguno para negar que la Rusia soviética era el posible enemigo contra el que había que actuar conjuntamente [39]. El gobierno soviético, lejos de haber visto coronados por el éxito sus intentos de abrir una ventana hacia Occidente, tropezaba de nuevo con la perspectiva de un resurgimiento del *cordon sanitaire*.

El ambiente pesimista creado en Moscú por la situación diplomática de finales de 1921 se refleja claramente en una de las, en esta época, escasas intervenciones de Stalin en asuntos internacionales. Escribiendo en *Pravda,* en diciembre de 1921, hizo notar que «el período de guerra declarado ha sido remplazado por un período de forcejeos 'pacíficos'». Empezaba con un diagnóstico digno de mención:

> Se desvaneció en el aire el «terror» o el «horror» a la revolución proletaria que se apoderó de la burguesía del mundo, por ejemplo, en los días del avance del Ejército Rojo sobre Varsovia. Y con él, ha pasado también el entusiasmo sin límites con el que los obreros europeos solían recibir cualquier noticia de la Rusia soviética.
>
> Ha empezado un período de frío cálculo de fuerzas, un período de trabajo meticuloso de preparar y acumular fuerzas para las batallas del futuro.

En la opinión de Stalin ocupaban un lugar primordial las sospechas sobre las intenciones extranjeras. El comercio y otras negociaciones eran buenos, a su manera.

[38] Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika,* iii, i (1928), 148-54; el curso de esta discusión puede seguirse en los registros corrientes de la Sociedad de Naciones y en los volúmenes de los documentos oficiales publicados por los dos oponentes, *Livre Rouge: Documents et Correspondance Diplomatique Russo-Finlandaise concernant la Carélie Orientale* (Moscú, 1922) y *La Question de la Carélie Orientale,* 3 vols. (Helsinki, 1922-924).

[39] El pacto se firmó en Varsovia el 17 de marzo de 1922 *(League of Nations: Treaty Series,* xi [1922], 168-71), pero nunca entró en vigor debido a que eventualmente Finlandia omitió ratificarlo; L. Fisher, *The Soviets in World Affairs* (1930), ii, 517, cita una colección de documentos polacos publicados en 1924 que se dice aclaran los objetivos antisoviéticos del pacto.

Pero no debemos olvidar (continuó) que las misiones y asociaciones comerciales o de cualquier otra clase, que ahora inundan Rusia para comerciar con ella y para ayudarla, son a la vez los mejores espías de la burguesía mundial, la cual, en virtud de estas circunstancias conoce la Rusia soviética, con sus puntos débiles y fuertes, mejor que nunca —circunstancia cargada de peligro en caso de nuevas intervenciones activas.

Turquía, Persia, Afganistán y el Extremo Oriente estaban siendo «inundados de oro y otros 'beneficios' por agentes del imperialismo, para construir alrededor de la Rusia soviética una barrera económica (y no sólo económica)». Polonia, Rumania y Finlandia también tenían su parte en este proceso, armándose «a expensas de la Entente» y «lanzando a territorio ruso (¿para espiar?) los destacamentos de la guardia blanca que representan sus Savinkovs y sus Petliuras». Todos éstos eran «hilos sueltos del trabajo general de preparación de una nueva ofensiva contra Rusia» [40]. El artículo en el cual se refleja la vieja antipatía de Stalin por Chicherin era significativo, no porque Stalin estuviera en aquel momento dedicado a moldear la política exterior soviética, sino porque era un llamamiento al desaliento y a prejuicios frecuentes en círculos del partido con respecto a la política de *rapprochement* al mundo capitalista occidental, que había sido inaugurada en mayo de 1921, y cuyos máximos exponentes eran, con el apoyo de Lenin, Chicherin y Krasin.

Cuando Lenin, una semana después, habló al noveno Congreso de Soviets de toda Rusia sobre la labor del VTsIK y del Sovnarkom durante el pasado año hizo al mismo tiempo la advertencia a «los representantes de los partidos militares y círculos agresivos de Finlandia, Polonia y Rumania» de que la política soviética de «concesiones y sacrificios» en favor de la paz tenía un límite [41]. Pero a Lenin le interesaba más explayarse en los logros positivos de los nueve meses anteriores. Después de hacer notar el hecho de la existencia de un «cierto equilibrio» en la situación internacional, siguió con una descripción más alentadora.

¿Hay algo tan inimaginable [preguntó] como que pueda existir una república socialista en un contorno capitalista? Esto parecía imposible tanto en

[40] Stalin, *Sochineniya*, v, 117-20.

[41] Lenin, *Sochineniya*, xxvii, 117-18; la víspera del Congreso, Lenin telefoneó al Politburó para sugerir que el Congreso debería hacer constar una protesta en contra de la «política aventurera» de Polonia, Finlandia y Rumania, y añadía: «mejor es no decir nada sobre Japón por muchas razones» *(Leninski Sbornik,* xxxv [1945], 304); y así se hizo *(Syezd Sovetov RSFSR v Postanovleniyaj* [1939], pp. 239-43).

sentido político como militar. Y que es posible en sentido político y en sentido militar, ha sido probado: ya es un hecho.

El año transcurrido había empezado a demostrar que también era posible en un sentido económico: el mundo capitalista necesitaba de Rusia tanto como Rusia del mundo capitalista. Lenin citó cifras para hacer ver que las importaciones soviéticas para 1921 eran tres veces mayores que las de los tres años anteriores juntas, y las exportaciones para el mismo año (aunque en un 25 por 100 inferiores a las importaciones) más de cuatro veces el total de los tres años anteriores. Las cifras eran miserablemente pequeñas, pero era un comienzo. Entre las importaciones de particular importancia había trece locomotoras suecas y treinta y siete alemanas [42].

La crisis de paro en Europa occidental agudizó mucho la presión en pro de los mercados de exportación; Krasin y los demás negociadores soviéticos se dieron buena prisa en aprovecharse de esta circunstancia afortunada —especialmente afortunada para un país cuya necesidad de importarlo casi todo era apremiante y que apenas tenía nada que exportar. El reconocimiento *de facto*, por Gran Bretaña, del gobierno soviético había dado validez a las leyes de nacionalización soviética ante los tribunales ingleses, así que las autoridades soviéticas ya no tenían que temer las demandas por parte de supuestos anteriores propietarios de cargamentos exportados por ellos a Gran Bretaña, o de oro utilizado en pago de importaciones; y el ejemplo británico fue aceptado como decisivo por la mayoría de los países que mantenían relaciones comerciales con Rusia. Todavía había comerciantes u organizaciones comerciales particulares que boicoteaban las mercancías rusas, pero a partir de 1921 no se practicó, como regla general, la intervención directa de los gobiernos en el comercio soviético. Las formas de comercio fueron más difíciles de establecer, especialmente porque los comerciantes de los países capitalistas ponían toda clase de objeciones a tratar con un monopolio estatal. El precedente de ARCOS, que era una compañía soviética registrada en Londres y bajo el amparo de la ley inglesa [43], fue seguido en otros sitios, especialmente en el caso de AMTORG, la organización correspondiente en Nueva York. El año 1921 vio el nacimiento del fructífero experimento de las «com-

[42] *Ibid.*, xxvii, 119-22; las estadísticas oficiales demostraban que el valor de las importaciones calculadas en rublos de antes de la guerra había aumentado de 127,7 millones en 1920 a 922,9 millones en 1921, y las exportaciones de 61,1 millones a 88,5 millones.

[43] Véase p. 298.

pañías mixtas». Estas estaban constituidas conjuntamente por un grupo capitalista extranjero y un departamento del Estado soviético, y presentaban la doble ventaja de ayudar a ocultar el carácter gubernamental del asunto y de asegurar una inversión de capital extranjero en una empresa que operaba parcialmente en la Rusia soviética [44]. En el undécimo Congreso del partido, en marzo de 1922, Lenin dio cuenta de la existencia de diecisiete compañías mixtas «con un capital de muchos millones» —nueve de las cuales eran subvencionadas por el Vneshtorg (Comisariado del Pueblo para el Comercio Exterior), seis por un comité de reciente creación presidido por Sokólnikov y adscrito al STO, y las dos restantes por el Severoles (trust maderero del Norte). Ocho meses después, en el cuarto Congreso de la Comintern, Lenin defendió, más bien tímidamente, el sistema de las compañías mixtas, basándose para ello en la doble razón de que «de esta forma aprendemos a comerciar», y de que al socio soviético siempre le era posible disolver la compañía si se volvía peligrosa [45].

Sin embargo, el obstáculo básico seguía existiendo, a despecho de cuantas medidas se tomaran para reanudar unas relaciones comerciales normales entre la Rusia soviética y el mundo capitalista. Como importadora, la Rusia soviética presentaba una demanda casi ilimitada de maquinaria, equipos de todo tipo e incluso productos alimenticios (como resultado temporal del hambre de 1921); como exportadora, la Rusia soviética tenía muy poco que ofrecer en forma de intercambio directo, excepción hecha de madera en bruto, pieles y cantidades limitadas de lino; sus recursos, ricos en potencia, estaban por desarrollar y eran, por lo tanto, inaccesibles. De haber podido recurrir una vez más a la ayuda de capital y conocimientos técnicos extranjeros, que ya antes de la Revolución habían tenido un papel tan importante en la industrialización de Rusia, estos recursos no utilizados podrían desarrollarse de tal forma que enriquecieran al país tanto directa como indirectamente —directamente, promoviendo una nueva expansión industrial, e, indirectamente, ofreciendo materias primas para la exportación, en intercambio por productos extranjeros—. Todo el pensamiento soviético con respecto a comercio exterior estuvo apoyado en este concepto desde comienzos de 1918, y a él se debe la persistencia de la idea de concesiones extranjeras. El propósito al hacer concesiones, según lo proyectado en el decreto de 23 de noviembre de 1920, era proveer al desarrollo

[44] Las primeras compañías mixtas fueron germano-soviéticas (véanse páginas 380-81).

[45] Lenin, *Sochineniya*, xxvii, 349 (véase también 531, nota 100), 350.

de los recursos naturales no utilizados, para ponerlos al alcance de la industria y la exportación. Al exponer la política de concesiones al décimo Congreso del partido, en marzo de 1921, Lenin la justificó por la razón de que «no podemos restaurar nuestra destrozada economía por nosotros mismos, sin material ni asistencia técnica del extranjero», y que «no basta con importar la maquinaria». Estaba dispuesto a hacer grandes concesiones «a los más potentes sindicatos imperialistas» con tal de conseguir la asistencia necesaria —por ejemplo, «una cuarta parte de Bakú, un cuarto de Grozni, otro de nuestros mejores bosques»; después habló de la madera y el mineral de hierro como productos típicos para concesiones [46]. Sin duda, éste era el único tipo de concesiones que encajaba en el esquema del comunismo de guerra, durante cuya etapa las empresas industriales más importantes pertenecían a, y eran dirigidas por órganos estatales. La introducción de la NEP parecía estimular y ampliar todo el concepto, en parte porque con ella se podrían establecer contactos con relativa libertad y soltura con el mundo capitalista, y en parte porque al reconocer el papel que tenía el capital privado en la misma Rusia soviética y todas las consecuencias que esto traía consigo desaparecían muchos de los obstáculos, prácticos y psicológicos, que se habían opuesto a la introducción de capital extranjero en la era del comunismo de guerra. Si las industrias habían de arrendarse a empresarios para que las dirigieran sobre la base de una política de beneficios, no podía haber ninguna objeción de principio a que arrendamientos similares fueran otorgados a capitalistas extranjeros idóneos, que así podrían llevar a cabo su parte de labor en producir bienes de consumo para intercambio con los campesinos. En abril de 1921, Lenin pensaba ya que no sería peligroso «si dejamos a los concesionarios tener algunas fábricas»; dos meses después explicó al tercer Congreso de la Comintern el doble propósito de la política de concesiones —«acelerar el resurgimiento de nuestra industria pesada y lograr una auténtica mejora en la situación de los obreros y los campesinos» [47].

No obstante, el balance de este primer año de la NEP en el campo de las concesiones extranjeras acusó más discusiones (en

[46] Lenin, *Sochineniya,* xxvi, 213, 255. En esta época tuvo lugar una larga discusión sobre la conveniencia de abrir a la posibilidad de concesiones los campos petrolíferos de Grozni y Bakú, medida que el Sovnarkom había aprobado en principio el 1 de febrero de 1921 *(Leniniski Sbornik, XX)* [1932], 126-59); al mismo tiempo Lenin sugirió la apertura de «Donbass (+Krivoi Rog)», es decir, los mayores yacimientos de carbón y hierro, para otorgar concesiones *(ibid.,* xx, 151).

[47] *Ibid.,* xxvi, 308, 433.

el curso de las cuales la idea original fue ampliada de varias formas) que realizaciones. La primera concesión parece que fue concedida por la República del Extremo Oriente el 14 de mayo de 1921, a la compañía americana de proyecciones Sinclair, para la explotación del petróleo del norte de Sajalin [48]; pero al estar toda la isla ocupada por los japoneses, esto suponía un gesto político más que una operación económica. Por entonces se afirmó en Moscú que estaban progresando las negociaciones con una firma anglo-canadiense para una concesión maderera, con firmas alemanas para concesiones mineras y con una firma sueca para la construcción de una fábrica de turbinas [49]. En el otoño de 1921 se intentó un experimento de otro tipo cuando se otorgó una concesión de una zona minera a un grupo de ingenieros y obreros americanos en la cuenca del Kuznetsk, en Siberia occidental; este grupo había venido a la Rusia soviética no como inversionistas de capital americano, sino más bien como entusiastas ansiosos de participar en la construcción del Estado de los trabajadores. El acuerdo de la concesión fue firmado el 26 de noviembre de 1921, con Rutgers, el ingeniero holandés comunista que había asistido al Congreso fundacional de la Comintern, y con Bill Haywood, perteneciente a la filial americana de los Obreros Industriales del Mundo (IWW) [50]. Krasin, siempre lleno de recursos, puso en marcha en Londres dos proyectos muy prometedores. A principios de junio de 1921 se dirigió a él Leslie Urquhart, un ingeniero de minas que había pasado muchos años en Rusia y en aquel momento era presidente de la Compañía Ruso-Asiática Conjunta, la cual había sido propietaria y explotadora de una gran zona minera en los Urales, productora entre otras cosas del 60 por 100 de la producción total

[48] L. Fisher, *Oil Imperialism* (s. f. [1927], p. 181; *The Soviets in World Affairs* (1930), i, 302-03; parece que las autoridades soviéticas creyeron, como en el caso de Vanderlip, que el hecho de otorgar la concesión llevaría al reconocimiento del gobierno soviético por parte de los Estados Unidos. Tres años más tarde, cuando el norte de Sajalin pasó a ser posesión soviética, el gobierno soviético aprovechó para anular la concesión que nunca había funcionado (L. Fisher, *Oil Imperialism* [s. f., 1927], p. 249).

[49] *Trudi Vserossiiskógo Syezda Sovetov Narodnogo Joziaistva* (1921), pp. 111-12.

[50] *Leniniski Sbornik*, xxiii (1933), 37-46; *Istorik Marksist*, n.º 2-3, 1935, pp. 94-98; *Deviati Vserossiiski Syezd Sovetov* (1922), p. 87; el número de los interesados aparece aquí como cinco mil; según *Russian Information and Review*, del 15 de agosto de 1922, pp. 516-17, la producción total de la «colonia industrial autónoma» pertenecía a la RSFSR, pero todos los productos agrícolas se asignaban a la colonia junto con un 50 por 100 de su producción industrial por encima de una cifra mínima. Todavía tiene que escribirse una relación completa de este experimento, que continuó de manera irregular durante varios años.

de plomo en Rusia. Krasin explicó a Urquhart la política soviética de concesiones, y quedaron tan de acuerdo en las conversaciones preliminares que, en agosto de 1920, Urquhart hizo una visita de exploración a Moscú para discutir las condiciones [51]. Este proyecto abrió nuevo camino al introducir el elemento de compensación, es decir que la concesión se ofrecía al antiguo propietario para satisfacer las demandas que surgieran de la expropiación de la propiedad. El acuerdo se redactó en 72 cláusulas, y las perspectivas parecían favorables. Pero Urquhart, en octubre, tras consultar con el consejo de su compañía, canceló el acuerdo. Los puntos por los que fallaron las negociaciones —a pesar de que la quiebra no fue considerada como definitiva por ninguna de las dos partes— fueron la negativa soviética a aceptar el principio de compensación o a garantizar un arrendamiento para un período tan largo como 99 años, y la insistencia soviética de que la contratación de obreros había de regirse por la legislación laboral soviética y, sobre todo, que los obreros habrían de ser contratados o despedidos sólo a través del sindicato correspondiente y con su consentimiento [52]. Por aquella misma época, un tal coronel Boyle, representante del grupo petrolero de la Royal Dutch Shell, acudió a Krasin respaldado por el Ministerio de Asuntos Exteriores británico [53] para reclamar una concesión de las zonas petrolíferas del sur de Rusia y del Cáucaso que habían pertenecido al grupo con anterioridad; y Boyle también hizo una peregrinación a Moscú. Las negociaciones parece que tuvieron un buen principio y concluyeron al año siguiente con sólo la intervención de otros intereses petrolíferos. Parecía que el hielo se fundía rápidamente.

Entre tanto surgió otra iniciativa más por parte soviética. El problema de la responsabilidad por los compromisos financieros de anteriores gobiernos rusos era aún la principal barrera psicológica que había que salvar para negociar acuerdos con el mundo capitalista. El 2 de octubre de 1921 Chicherin envió otra nota a las potencias occidentales. Después de haber proclamado el principio de que

[51] *Russische Korrespondenz*, ii, ii (1921), n.º 7-9, pp. 714-15, L. Krasin, *Leonid Krasin: His Life and Work* (s. f.) (1929), pp. 184-86.

[52] L. B. Krasin, *Voprosi Vneshnei Torgovli* (1928), pp. 389-90; en *The Russian Economist*, ii (1921), n.º 5, pp. 1691-698, hay una carta de Urquhart a Krasin, en la que da sus razones para no aceptar el proyecto soviético (que parece que no se ha publicado). Para la susceptibilidad de la opinión soviética sobre las condiciones de empleo de los obreros soviéticos por parte de los *concesionarios extranjeros*, véase anteriormente p. 295, nota 39.

[53] La carta del Departamento de Asuntos Exteriores inglés a Krasin está en L. Fisher, *The Soviets in World Affairs* (1930), i, 324-25.

«ningún pueblo está obligado a pagar el coste de las cadenas que ha soportado durante siglos», el gobierno soviético, a pesar de todo, anunciaba que «abría la posibilidad al capital y la iniciativa privados de cooperar con los trabajadores y campesinos rusos para explotar las riquezas naturales de Rusia»; que, para coincidir con los deseos de las potencias y en especial para satisfacer a pequeños inversionistas, estaba dispuesto a hacerse responsable de los empréstitos de la época zarista anteriores a 1914; que consideraba el cese de actos de hostilidad por parte de las potencias y su propósito de reconocer al gobierno soviético como condicionante de esta concesión, y que proponía que se convocara una conferencia internacional para dejar establecidas estas cuestiones y preparar un «tratado final de paz entre la Rusia soviética y las potencias» [54]. La idea de una «nueva conferencia mundial en la cual estarían representados todos los pueblos y las potencias» fue muy comentada en la prensa soviética [55], y Krasin se esforzó en inculcarlo en los oídos no mal dispuestos de Lloyd George y su camarilla [56].

Esta iniciativa coincidió, casi por casualidad, con otro proyecto que fue lanzado a la vez desde otro punto. Las actividades de Krasin en Londres, y la respuesta británica a ellas, habían armado un cierto revuelo en otros países, especialmente en Francia y Estados Unidos, que temían ser ganados por la mano por Gran Bretaña en un mercado lucrativo. Así, la rivalidad entre los países capitalistas, que había sido la culpable, en enero de 1920, de levantar formalmente el bloqueo, estimulaba ahora una campaña activa para entablar relaciones con la RSFSR. Al finalizar el año 1921, la cuestión no era ya si los países capitalistas podían o querían negociar con la Rusia soviética, sino en qué forma se iba a negociar. En Estados Unidos el impulso a comerciar con la Rusia soviética estaba todavía frenado por el desacuerdo oficial [57]. Francia estaba en una posición más

[54] Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika,* iii, i (1928), 140-42. Las correcciones de Lenin a la redacción original de esta nota están en *Leninski Sbornik,* xxxv (1945), 284; se le dio la importancia de un valioso documento de Estado. El gobierno británico publicó una traducción inglesa en *Anglo-Russian Negotiations,* Cmd., 1546 (1921) junto con una contestación del Departamento de Asuntos Exteriores que pedía una definición más precisa de los préstamos y otras obligaciones cubiertas por él.

[55] Singularmente en un artículo de Radek en *Pravda* de 30 de noviembre de 1921.

[56] L. Krasin, *Leonid Krasin: His Life and Work* (s. f.) (1929), p. 171.

[57] Cuando en noviembre de 1921 un miembro de la delegación de Krasin propuso ir a ver al cónsul norteamericano en Londres, le ordenaron a éste que lo recibiera, pero para reafirmar la declaración hecha en marzo anterior (véase p. 352); se ignoró muy cortésmente una petición hecha por Krasin de vi-

vulnerable; consciente de su debilidad si las potencias se ponían a luchar por hacerse con el mercado ruso, trató de establecer el principio de acción colectiva. Loucheur, el ministro de Hacienda, ingenioso y lleno de recursos, había fomentado con éxito entre industriales franceses y alemanes acuerdos cuyo objeto era conseguir las reparaciones que Francia tanto necesitaba, a través de una participación en la producción de la industria alemana en expansión; los acuerdos de Wiesbaden, en octubre de 1921, fueron un primer paso en este sentido. Ahora concebía un plan aún más ambicioso. Un grupo de industriales y financieros de los países aliados (aunque no de los Estados Unidos) se reunió en París en diciembre de 1921 y propuso la creación de una «corporación internacional» para la reconstrucción de Europa. Se daba por hecho que una de las funciones principales de la corporación sería la inversión a gran escala en la Rusia soviética, puesto que se había reconocido que la explotación de los recursos rusos era una de las condiciones para la recuperación de Europa. La industria alemana, al participar en el desarrollo ruso, haría posible que Alemania pagara reparaciones a Occidente. La presencia en la delegación británica de Worthington Evans, secretario de Estado de Guerra, aunque se explicaba teóricamente por su experiencia de negocios y por sus relaciones, era un claro indicio de que existía respaldo oficial. El ministro alemán de Reconstrucción, Rathenau, que durante una visita a Londres en diciembre de 1921 había sido puesto al tanto del proyecto [58] por el propio Lloyd George, estuvo también presente en las conversaciones de París, aunque no tomó parte abiertamente en ellas.

sitar los Estados Unidos (*Foreign Relations of the United States, 1921,* iii [1936], 784-85, 888-89). La exposición más completa de la actitud norteamericana en esta época está en una carta inédita de Hoover a Hughes del 6 de diciembre de 1921, en la que rechaza una sugerencia hecha por el Departamento de Estado en el sentido de alentar a las firmas alemanas para que enviasen mercancías americanas a Rusia. Hoover creía que «los norteamericanos son infinitamente más populares en Rusia y nuestro gobierno más respetado incluso por los bolcheviques que cualquier otro», y que «las medidas de ayuda llevarán a una situación que, combinada con los otros factores, permitirá a los norteamericanos hacerse cargo del puesto principal en la reconstrucción de Rusia cuando llegue el momento». Por esta razón argüía que «la esperanza de nuestro comercio se basa en el establecimiento de firmas norteamericanas en el extranjero, en la distribución de mercancías bajo dirección norteamericana, en la fundación de financiación directa norteamericana y, sobre todo, en la aplicación de la tecnología norteamericana a las industrias rusas». Estas relaciones podrían establecerse tan sólo después de «cambios fundamentales» en Rusia (Archivos Nacionales de los Estados Unidos, Registro Grupo 661: 6215/1).

[58] H. Kessler, *Walther Rathenau: His Life and Work* (trad. inglesa, 1929), p. 320.

Tales fueron los orígenes de la famosa Conferencia de Génova, producto, por una parte, del proyecto soviético de una conferencia general para aclarar las relaciones entre la Rusia soviética y el mundo capitalista y, por otra parte, de un proyecto aliado en pro del desarrollo internacional de Rusia como el subproducto de un plan de reparaciones. Solamente una habilidad como la de Lloyd George pudo casar estos dos proyectos. A propuesta suya, el Consejo Supremo, durante la sesión celebrada en Cannes, decidió el 6 de enero de 1922 convocar «una conferencia económica y financiera», a la cual serían invitados todos los países europeos, incluyendo la Rusia soviética y los países ex-enemigos. «Un esfuerzo unido por parte de las potencias más fuertes —decía la proposición— es necesario para remediar la parálisis del sistema europeo.» Sin embargo, se establecieron algunos principios. Por una parte, «las naciones no tienen ningún derecho a imponerse unas a otras los principios sobre los cuales habrán de regular su sistema de propiedad, su economía interna y su gobierno»; se reconoció la posibilidad de coexistencia pacífica entre países socialistas y capitalistas. Por otro lado, «los gobiernos tienen que reconocer todas la deudas públicas y obligaciones y compensar los intereses extranjeros por la propiedad confiscada» [59]. Se señaló específicamente que esto era una condición del «reconocimiento oficial del gobierno ruso» por parte de las potencias aliadas. Pero el otro proyecto no se olvidó. El 10 de enero de 1922, el Consejo Supremo aprobó «el establecimiento de una corporación internacional, con corporaciones nacionales afiliadas, con el propósito de la reconstrucción económica de Europa» y decidió establecer una comisión organizadora que dispusiera de 10.000 libras para estudiar el proyecto [60]. Dos días más tarde, Rathenau, convocado a Cannes para que llevara a cabo un examen más profundo de la política alemana de reparaciones, acabó su discurso con una perorata cuidadosamente preparada sobre «la reconstrucción de Europa». Aunque Alemania

[59] *Resolutions Adopted by the Supreme Council at Cannes, January 1922, as the Basis of the Genoa Conference,* Cmd. 1621 (1922), pp. 2-4. Al día siguiente, el 7 de enero, el gobierno italiano (ya que la conferencia había de celebrarse en Italia) comunicó al gobierno soviético su deseo de que Lenin en persona asistiese a la conferencia, junto con una intimación de los gobiernos italiano y británico. Al día siguiente Chicherin se apresuró a aceptar la invitación (que, de hecho, aún no se había enviado), haciendo a su vez reservas sobre la presencia de Lenin. Se envió la invitación formal, incluyendo el texto de la resolución de Cannes y fue aceptada pocos días después (Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika,* iii [1928], i, 160-1).

[60] *Resolution Adopted by the Supreme Council at Cannes, January 1922, as the Basis of the Genoa Conference,* Cmd. 1621 (1922), pp. 5-6.

no tenía capital para invertir, estaba bien preparada para participar por su conocimiento de las «condiciones tanto técnicas como económicas y las prácticas del Este». No se nombró en ningún momento a Rusia ni al bolchevismo, pero el orador recalcó que Alemania, aun en medio de «la derrota, el derrumbamiento y la revolución», había «sin embargo resistido a la desintegración de la sociedad y del Estado» [61]. Quizá no fuera la primera vez en que se oía esta insinuación en labios de un alemán, portavoz oficial del papel que Alemania representaba como baluarte occidental contra el bolchevismo.

Mientras Rathenau estaba hablando, llegaron noticias de París sobre la caída del gobierno de Briand, el primer ministro francés y principal delegado en Cannes. Esto llevó a que la reunión de Cannes concluyera de forma algo confusa. La sustitución de Briand por Poincaré, el cual había atacado enérgicamente en la prensa la proyectada conferencia, tuvo un efecto considerable en las perspectivas de ésta. Poincaré insistió en que se debía evitar toda discusión sobre las reparaciones alemanas, de forma que la Rusia soviética quedó como punto principal, por no decir exclusivo, del temario. Además, el cambio propinó un golpe de muerte a la concepción de la corporación internacional, porque ésta dependía para su realización no sólo de una estrecha cooperación anglo-francesa, que ya no era posible, sino también de una política de cooperación económica con Alemania que Poincaré estaba decidido a rechazar en favor de una política de coacción. Sin embargo, al principio no se cayó en cuenta de esta consecuencia del cambio. Los expertos continuaban en Londres estableciendo condiciones para la renovación del comercio con la Rusia soviética, condiciones que se remontaban al reino de la pura fantasía. Según éstas, el gobierno soviético no sólo debía reconocer formalmente las obligaciones de los anteriores gobiernos rusos, sino que también pretendían tratar un programa de pagos según las mismas líneas que seguían los planes de las reparaciones alemanas, además de establecer un control sobre los capitales rusos. Se proyectó un sistema de capitulaciones bajo el cual los tribunales de la Rusia soviética deberían aplicar leyes extranjeras en aquellos casos que afectaran a foráneos, y ningún residente extranjero en dicho país podía ser detenido «sin la asistencia o el consentimiento de su cónsul», ni cumplirse ningún juicio fallado en contra de él sin «el consentimiento del cónsul correspondiente» [62].

[61] W. Rathenau, *Cannes und Genoa* (1922), pp. 17-18. Esta es una copilación de los discursos de Rathenau: aún no se han publicado las actas oficiales del Consejo Supremo.

[62] El memorándum que contenía estas proposiciones se comunicó primero

El conocimiento restringido que en Moscú se tenía de lo que se estaba tramando, llevó quizás a alimentar una visión indebidamente optimista del proyecto. En una sesión del VTsIK del 27 de enero de 1922, que fue dedicada a preparar la conferencia, Chicherin habló con desusada tolerancia de «Lloyd George, con su flexibilidad, su sentido para todas las fuerzas ambientales políticas y sociales, con su comprensión del compromiso». Y después de aclarar que el gobierno soviético no aceptaría ninguna clase de cooperación que pudiera «adoptar la forma de un dominio económico», continuó de la siguiente forma:

> El pronóstico de Lloyd George sobre el desarrollo histórico es diametralmente opuesto al nuestro, pero nuestra política práctica coincide con su desvelo por establecer relaciones totalmente pacíficas, por crear lazos económicos y por llegar a una común cooperación económica [63].

Al final de la sesión se anunció el nombramiento de una delegación, desusadamente numerosa e influyente, para la Conferencia, con Lenin como presidente (nunca se pretendió en serio que participara personalmente), Chicherin como su delegado, y una cohorte que incluía a Krasin, Litvínov, Joffe, Vorovski y Rakovski [64]. Una serie de retrasos por parte aliada pospusieron la reunión hasta abril. Lenin, en un discurso del 6 de marzo de 1922, en el que se congratulaba de la Conferencia, declaró que «vamos a ella como comerciantes, porque el comercio con los países capitalistas (mientras no se derrumben por completo) es absolutamente necesario para nosotros», pero añadió que cualquier plan de imponer condiciones a la Rusia soviética, como si se tratara de un país conquistado, era «simple estupidez que no merecía la pena contestar» [65]. Unos cuantos días después Chicherin lanzó un aviso a los gobiernos aliados que se sospechaba estaban ocupados en discusiones privadas de tales planes:

> Si es cierto que este grupo de gobiernos pretende, tal y como afirma su prensa, presentar proposiciones incompatibles con los derechos soberanos del gobierno ruso y con la independencia del Estado ruso, es necesario afirmar que la desconsideración por los principios de igualdad y de libre intercambio

a los delegados soviéticos en la Conferencia de Génova (*Papers Relating to the Economic Conference, Genoa*, Cmd. 1667 (1922).

[63] *I i II Sessiya Vserossiiskogo Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta IX Soziva* (1922), pp. 8-9.

[64] *Ibid.*, pp. 25-6.

[65] Lenin, *Sochineniya*, xxvii, 169-173.

de opiniones entre todos los gobiernos participantes en la conferencia, llevará inevitablemente a su fracaso.

La nota continuaba explicando que «el punto principal de su política (es decir, la del gobierno soviético) es el deseo de crear en Rusia unas condiciones que favorezcan el desarrollo de la iniciativa privada en los sectores industriales, agrícolas, del transporte y del comercio», y terminaba con algunas manifestaciones muy tranquilizadoras, si bien cuestionables, sobre las garantías legales de que disfrutarían los extranjeros que comerciaran en territorio soviético:

> El Estado no puede confiscar propiedad alguna, excepto por los mismos motivos que se admiten en todos los códigos civiles... Decretos especiales garantizan la libertad de comerciar dentro del país, mientras que el monopolio del comercio extranjero se reserva al Estado. Pero incluso en este último terreno de la empresa existen convenciones especiales que autorizan la participación del capital privado [46].

Esta nota representa, exactamente un año después de la implantación de la NEP, el punto de más alto nivel en la aplicación de los principios de esta política a la tarea de atraer capital y comercio extranjeros.

En esta coyuntura, el camino que llevaba a Génova —la difícil senda del *rapprochement* a las potencias occidentales, a lo largo de la cual había caminado la política soviética desde el acuerdo comercial anglo-soviético de marzo de 1921— se unió con otra vía que la política soviética había estado siguiendo simultáneamente: la que llevaba a Rapallo. El camino a Génova, con todos sus altos y bajos, había estado siempre a plena vista del público. La vía hacia Rapallo era una senda clandestina cuidadosamente ocultada por ambos lados a cualquier tipo de publicidad. En abril de 1922, este camino se descubrió de pronto, y las dos vías se unieron para formar una sola política exterior coherente en la cual el *rapprochement* a Alemania predominaba sobre el *rapprochement* a las potencias occidentales. Pero las primeras etapas del recorrido que condujo a Rapallo no se descubrieron del todo, y gran parte de ello se halla aún hoy sumido en la oscuridad.

La posibilidad de practicar un comercio clandestino de material bélico con Rusia, cuya fabricación en Alemania prohibía el Tratado de Versalles, alumbró probablemente muy pronto en la mente de los alemanes después de la firma del tratado mismo. Cualquier

[46] *Telegram from M. Chicherin, Moscow, to the Governments of Great Britain, France and Italy respecting to Genoa Conference,* Cmd. 1637 (1922), pp. 3-4.

otra hipótesis no llega a explicar el vuelo o intento de vuelo a Moscú, ya en octubre de 1919, de un avión Junker que llevaba un representante de la empresa [67]. Pero durante mucho tiempo estas ideas permanecieron en el ambiente sin por ello provocar ninguna reacción visible de Moscú. Se dice que el departamento secreto del Ministerio de la Guerra alemán, conocido por Sondergruppe R, fue establecido en el invierno de 1920-21 [68], y puede haber sido un oscuro resultado del interés alemán en la guerra soviético-polaca. Es en enero o febrero de 1921 cuando se sabe que estas cuestiones fueron tomadas en serio por primera vez en Moscú, cuando Kopp, que por entonces había venido de Berlín de vacaciones, las discutió con Trotski, Comisario del Pueblo para la Guerra y Presidente del Consejo Militar Revolucionario; es evidente que Kopp volvió a Berlín con instrucciones para seguir las conversaciones. El momento era propicio para superar cualquier tipo de vacilaciones que reinasen todavía en los círculos militares o industriales alemanes. Las astronómicas demandas de las potencias occidentales (la cuenta final de reparaciones se presentó en mayo de 1921) y su actitud cada vez más amenazante (las primeras sanciones por no cumplir las demandas de reparaciones se aplicaron en el mismo mes) continuaron empujando a Alemania hacia el Este, y esto bastó para hacer desaparecer cualquier impresión negativa que pudiera haberse producido por la «acción de marzo» del KPD. El rápido sometimiento de los rebeldes bien pudo dar al Reichswehr nueva confianza en su propia capacidad para entendérselas con el comunismo en su propio país. En cualquier caso, es seguro que en el mismo momento que el KPD era empujado más o menos directamente por Zinóviev para derrocar al gobierno alemán, las autoridades militares y los industriales de dicho país mantenían conversaciones secretas con Kopp para la reconstrucción de la industria de guerra rusa bajo dirección técnica y control alemán. El 7 de abril de 1921, Kopp informó a Trotski, enviando a la vez copias de su informe a Lenin y a Chicherin, de que se había elaborado un proyecto según el cual se fabricarían aviones en Rusia por la Albatrosswerke, submarinos por Blöhm y Voss, y rifles y municiones por Krupps, al mismo tiempo que sugería que una misión de cinco o seis técnicos alemanes, bajo el mando de «Neumann, a quien ustedes ya conocen» se dirigiera a Moscú para llevar a cabo conversaciones más detalladas; y se

[67] Véase p. 260.
[68] Una fuente de primera mano para estos hechos es un memorándum del 13 de febrero de 1939, de Tschunke al biógrafo de Seeckt, Rabenau, que se publicó en *Der Monat*, n.º 2 (noviembre, 1948), pp. 48-50.

impuso el más estricto secreto[69]. En mayo de 1921, el embajador británico en Berlín registraba, sin hacer ningún comentario especial, una visita a Berlín de Krasin, quien asistió a «reuniones o almuerzos y cenas con varios industriales alemanes»[70]. A principios del verano de 1921, la misión alemana de expertos que había sido propuesta visitó la Rusia soviética. Iba encabezada por el coronel Oskar von Niedermayer (el «Neumann» del informe de Kopp), cuyas actuaciones en Asia en la Primera Guerra Mundial le valieron el nombre de «el Lawrence alemán»[71]; otros miembros de esta misma misión eran el coronel Schubert, que había sido agregado militar en Moscú en 1918[72], y el mayor Tschunke, uno de los oficiales del personal de Seeckt. Entre los proyectos que la misión examinó estaba el de rehabilitación de las decrépitas fábricas de armamento, en y alrededor de Petrogrado, todo ello bajo dirección alemana. La misión inspeccionó las fábricas, escoltada por Karajan, entonces Vicecomisario de Asuntos Exteriores, y por Kopp, pero el informe técnico resultó desfavorable, y se abandonó el plan[73]. Los resultados de esta primera visita alemana no llevaron a ninguna conclusión, pero a continuación se fundó en Berlín una compañía bajo el poco significativo nombre de GEFU (Gesellschaft Förderung Gewerblicher Unternehmungen), la cual actuaría más tarde *como tapadera* del tráfico ilícito de armas que mantenían el Reichwehr y algunas empresas alemanas con la Rusia soviética[74]. Mientras tanto, el 10 de septiem-

[69] El documento original está en los archivos de Trotski con notas manuscritas de Lenin aprobando el proyecto, y de Menzhinski, subdirector de la GPU, pidiendo que se le mantuviese informado para que se pudiesen tomar medidas de seguridad adecuadas. El documento se refiere a «lo que dijimos en Moscú»; la fecha aproximada de la visita de Kopp a Moscú se fija por su entrevista en *Izvestiya,* el 1 de febrero de 1921 (véase p. 341 anterior), F. von Rabenau, *Seeckt: Aus Seinem Leben, 1918-1936* (1940), p. 305, confirma que hubo discusiones en Berlín en la primavera de 1921, pero no da detalles.

[70] D'Abernon, *An Ambassador of Peace,* i (1929), 176.

[71] Sus actividades en Persia y Afganistán, investigando las posibilidades de un ataque a la India, se describen en (W. Griesinger), *German Intrigues in Persia: The Diary of a German Agent* (1918), el diario sustraído a un miembro de su equipo, y publicado en Londres con intenciones propagandísticas.

[72] Radek lo destaca como el único empleado alemán de los que quedaron en Moscú en noviembre de 1918 que «mostraba por su conversación ciertos atisbos de que entendía lo que estaba pasando»; había leído *El Estado y la Revolución* de Lenin, y le pidió prestado a Radek el *Manifiesto Comunista* y el *Anti-Dühring* de Engels *(Krasnaya Nov,* n.º 10, 1926, p. 143).

[73] Información de Mr. Gustav Hilger, que estuvo presente en esa ocasión.

[74] *Der Monat,* n.º 2, noviembre 1948, p. 49.

bre de 1921, se leyó en una reunión del Politburó un mensaje de «uno de los negociadores alemanes» cuya identidad no puede establecerse, pero que evidentemente estaba de parte de la causa soviética. Informaba sobre vacilaciones en los círculos alemanes de negocios, debidas a nuevos movimientos en Europa occidental en favor de la intervención en Rusia [75], y de que Loucheur había dejado entrever a Rathenau algo sobre concesiones referentes a la decisión del plebiscito de la Alta Silesia, con tal de que Alemania se abstuviera de llevar a cabo un acuerdo separado con Rusia. El informante pensaba que era necesario fortalecer la confianza de los círculos alemanes de negocios en la estabilidad soviética, y aconsejaba a los negociadores soviéticos que «jugaran la carta polaca» [76], es decir, que recalcasen los temores de Polonia. Ya se habían alcanzado «conclusiones positivas concretas» en el aspecto militar, pero aún se podían esperar dificultades por parte de los políticos. Lenin observó que «la idea de combinar las negociaciones militares y económicas es correcta»; el establecimiento de fábricas alemanas de armas en Rusia pretendía ser camuflado bajo el título de «concesiones». Un detalle curioso que aparece en la documentación es que Krasin estaba en esta época adquiriendo municiones para la Rusia soviética en los Estados Unidos [77]. En el mismo mes, el biógrafo de Seeckt anota el comienzo de las negociaciones en Berlín. En su mayoría tuvieron lugar en apartamentos privados, generalmente en el del mayor Von Schleicher. Durante esta etapa, el principal negociador soviético era Krasin, y por parte alemana el general Von Hasse, que había sucedido a Seeckt como cabeza del Truppenamt cuando éste fue nombrado comandante en jefe del Reichswehr, el general Von Thomsen, un experto aeronáutico, y Niedermayer; Seeckt, según su costumbre, se mantenía al fondo [78]. A finales de 1921, el propio Hasse visitó Moscú encabezando una misión que incluía un almirante, un oficial del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán y un director de la firma Junkers, y se dice que mantuvo conversaciones con Lebedev, el jefe soviético de Estado Mayor, sobre la acción a seguir «en caso de una guerra con Polonia» [79].

[75] Véanse pp. 357-60.

[76] En E. H. Carr, *German-Soviet Relations between the Two World Wars* (Baltimore, 1951), p. 60, esta frase se le atribuye erróneamente a Lenin, pero pertenece al informador alemán.

[77] Este documento está en los archivos de Trotski.

[78] F. von Rabenau, *Seeckt: Aus Seinem Leben, 1918-1936* (1940), pp. 308-9.

[79] *Der Monat*, 2 de de noviembre de 1948, p. 49; H. von Dirksen, *Moskau, Tokio, London* (Stuttgart, 1949), pp. 44-5: información de Mr. Gustav Hilger.

En el otoño de 1921, el comportamiento aliado acabó con las últimas vacilaciones importantes por el lado alemán, y al facilitar el que los negociadores soviéticos «jugaran la carta polaca», allanó el camino de las relaciones soviético-germanas en todas las esferas. La decisión sobre la división de la Alta Silesia después del plebiscito fue menos favorable para Alemania de lo que esperaban la mayoría de los alemanes o, al menos, de lo que tenían motivos para esperar, y una ola de indignación contra las potencias occidentales sacudió el país. Ello afectó especialmente a aquellos círculos diplomáticos en los cuales se había mantenido la hostilidad contra la Rusia soviética y la esperanza de dulcificar a los aliados occidentales. La decisión de la Alta Silesia se reflejó en un importante cambio que se llevó a cabo en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Berendt, anteriormente hombre de negocios, que había sido director de la división oriental [80] desde 1919 y era decididamente antisoviético, renunció a su cargo, y se hizo venir a Maltzan del extranjero para sucederle [81]. Más o menos al mismo tiempo se produjo otro hecho significativo. Era característica de las relaciones entre el Reichswehr y el gobierno alemán que se mantuviera a este último totalmente ignorante de las delicadas negociaciones que el Reichswehr mantenía con la Rusia soviética. Seeckt decidió ahora informar al canciller Wirth, también ministro de Hacienda, sobre lo que estaba ocurriendo; la ayuda de las autoridades civiles podía hacerse necesaria, así como más financiación de la que pudiera obtenerse discretamente de los fondos militares secretos [82]. Más o menos al mismo tiempo se comunicó el secreto a un pequeño círculo del Ministerio de Asuntos Exteriores —al principio probablemente sólo a Maltzan [83]—. Como consecuencia, la política alemana hacia la Rusia soviética pudo coordinarse plenamente y fluyó simultáneamente por tres cauces convergentes: el militar, el económico y el político. Las relaciones económicas comenzaron ahora a sentir el estímulo que el tratado comercial del 6 de marzo de 1921 no había llegado a insuflar en un principio. Las

[80] W. von Blücher, *Deutschlands Weg nach Rapallo* (Wiesbaden, 1951), p. 94.

[81] Radek relató este cambio en un artículo de fondo en *Pravda*, 11 de noviembre de 1921, y lo relacionó con la decisión sobre la Alta Silesia.

[82] F. von Rabenau, *Seeckt: Aus Seinem Leben, 1918-1936* (1940), p. 308. Rabenau no es concreto sobre la fecha de iniciación de Wirth, pero menciona su puesto de ministro de Hacienda. Wirth renunció a su puesto el 26 de octubre de 1921, aunque siguió siendo canciller.

[83] Un empleado joven descubrió el secreto por un encuentro casual con Niedermayer en los pasillos del Ministerio (W. von Blücher, *Deutschlands Weg nach Rapallo* [Wiesbaden, 1951], pp. 152-3).

negociaciones políticas surgieron aparentemente de forma natural de las negociaciones económicas [84] y tenían, en la persona de Maltzan, un promotor activo dentro del Ministerio de Asuntos Exteriores. Las relaciones entre los dos países se apoyaban ahora en una base formal, aunque todavía no diplomática del todo. En septiembre, Wiedenfeld llegó a Moscú como representante comercial alemán; a finales de octubre, Berlín recibió a Krestinski como representante soviético con facultades que no parecen haber sido muy definidas [85]. Su estado legal venía indicado por el hecho de que presentó sus credenciales a Wirth como canciller, no al presidente del Reich [86]. Stomoniakov, uno de los miembros de la plantilla de Krasin en la delegación comercial de Londres, fue trasladado a Berlín como jefe de la delegación comercial destacada allí bajo las órdenes de Krestinski, aunque evidentemente seguía rindiendo cuentas directamente a Krasin [87].

El rápido desarrollo de las relaciones comerciales entre los dos países se vio favorecido por una larga tradición fundada en una sólida base de intereses comunes. Antes de la Primera Guerra Mundial, Alemania ocupaba un lugar predominante en el comercio exterior de Rusia, habiendo asimilado en 1913 el 29,8 por 100 de las exportaciones rusas y abastecido el 47,5 por 100 de sus importaciones; Alemania fue el único país importante (exceptuando los Estados Unidos, cuyo comercio con Rusia no era importante) con el cual la balanza comercial de Rusia era francamente pasiva. Krasin, en un artículo de 1922, describía las relaciones en unos términos que subrayaban más que disimulaban su carácter «semicolonial»:

> Rusia y Alemania, a juzgar por sus relaciones económicas anteriores, estaban hechas, por decirlo así, la una para la otra. Por un lado, un inmenso país con riquezas naturales inextinguibles, cuenta en su suelo con bosques y yacimientos minerales, con una población obrera de muchos millones que ha dado pruebas de su capacidad para ponerse a la altura alcanzada por los países avanzados de Occidente en cualquier rama de la producción; por otra parte, un país

[84] *The Times*, 13 de octubre de 1921, informó desde Berlín que se estaban llevando a cabo negociaciones comerciales germano-soviéticas y que «estas negociaciones preliminares comerciales estaban encaminadas a abrir el camino para un entendimiento político».

[85] Maiski, *Vneshniaya Politika RSFSR, 1917-1922* (1922), pp. 160-7; el ministro alemán de Asuntos Exteriores rechazó a Joffe, que era el primer asignado por Moscú para el puesto, y durante algunas semanas puso objeciones a Krestinski por ser un comunista destacado (W. von Blücher, *Deutschlands Weg nach Rapallo* [Wiesbaden, 1951], p. 149).

[86] *Izvestiya*, 27 de noviembre de 1921.

[87] W. N. Ipatieff, *The Life of a Chemist* (Stanford, 1946), pp. 327-30.

industrial que cuenta con la más avanzada técnica y con un excedente de población para cuyo mantenimiento resulta indispensable el desarrollo del comercio de exportación y del transporte. Ningún país occidental europeo tiene tal experiencia de trabajar con Rusia, ni tan profundo y exacto conocimiento de las condiciones de nuestro país como Alemania. Cientos de miles de alemanes vivían en Rusia antes de la guerra; muchos dominan el idioma ruso y tienen las más amplias conexiones personales a todo lo largo y ancho de Rusia. Por último, toda nuestra civilización, principalmente nuestro desarrollo técnico, nuestra industria y comercio, se han basado durante las últimas décadas en trabajos hechos en común con Alemania, y es más fácil para el industrial, para el comerciante y hasta para el obrero ruso llevarse bien con un alemán que con ningún otro extranjero [88].

Unos lazos tan fuertes y tan beneficiosos para las dos partes no se rompían fácilmente. El primer acto independiente de la política alemana después de la guerra fue negarse a participar en el bloqueo de Rusia en el otoño de 1919. De 1920 en adelante, con la reapertura de los puertos del Báltico, el comercio ruso-alemán volvió a fluir poco a poco, pero de forma creciente y firme; el acuerdo comercial provisional del 6 de mayo de 1921 fue un reconocimiento formal de su existencia y un intento de estimular su expansión. A principios de 1921, Lomonosov, el ingeniero de los ferrocarriles rusos, vino a Berlín para hacer importantes encargos de locomotoras [89]. Por otra parte, Alemania no estaba en condiciones de comprometer en Rusia aquellas inversiones de capital que el gobierno soviético deseaba atraer por encima de todo y que eran el principal objeto de las concesiones. Durante algún tiempo, después de la firma del acuerdo comercial anglo-soviético del 16 de marzo de 1921, las esperanzas rusas siguieron centradas en Gran Bretaña, y Gran Bretaña siguió siendo su principal proveedora y el mercado más lucrativo durante la mayor parte de aquel año. Tuvo que llegar el otoño de 1921, cuando las relaciones políticas anglo-soviéticas dejaron de reaccionar ante el estímulo del tratado comercial, y cuando los grupos alemanes, que aún contaban con Occidente, se desilusionaron por la decisión sobre la Alta Silesia, para que ambos países comenzaran a prestar mayor atención a la cuestión de mejorar sus relaciones comerciales.

La escasez de capital en Alemania facilitó el hecho de que los intereses alemanes se centraran en compañías comerciales cuya operatividad requería poco capital, en lugar de ser concesiones industriales que exigían una inversión en gran escala y a largo plazo. En

[88] L. B. Krasin, *Voprosi Vneshnei Torgovli* (1928), p. 305.
[89] W. von Blücher, *Deutschlands Weg nach Rapallo* (Wiesbaden, 1951), p. 150.

el otoño de 1921 se desarrolló por primera vez el sistema de «compañías mixtas», que durante muchos años demostró ser un instrumento popular en el comercio exterior ruso. La primera de ellas parece que fue una compañía naviera formada por el gobierno soviético y la Hamburg-America-Line, bajo el nombre de Derutra, para el transporte de mercancías entre Alemania y la Rusia soviética. A ésta le siguió Derubuft, una compañía correspondiente para el manejo del tráfico aéreo entre los dos países, y Derumetall, una compañía para comerciar con chatarra [90]. Más tarde se fundó Russgertorg, una empresa germano-soviética de comercio en general, cuyo capital lo aportaban a medias el Vneshtorg y un grupo alemán encabezado por Otto Wolff, magnate del hierro y del acero. Había informes de que las negociaciones para concesiones con varias sociedades alemanas avanzaban [91], y en enero de 1922 se firmó un acuerdo con Krupps para hacer una concesión que abarcaba una extensa zona del sur de Rusia en el río Manich, afluente del Don, para establecer una fábrica y unas instalaciones experimentales de tractores y maquinaria agrícola. Lenin acogió con especial interés esta concesión y subrayó la importancia de concluir tales acuerdos, «especialmente ahora, antes de la conferencia de Génova y en particular con sociedades alemanas» [92].

La elección entre Occidente y Oriente, con la cual se enfrentaban una vez más los estadistas, halló su expresión en la ambigua e indecisa personalidad de Rathenau, que fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores en el gobierno Wirth, el 31 de enero de 1922. El proyecto discutido por los aliados occidentales a finales de 1921 para formar un consorcio internacional que desarrollara y explotara las posibilidades rusas dividió los intereses económicos alemanes en dos facciones: aquellos intereses centrados principal, pero no exclusivamente, alrededor de la industria ligera, que mantenían estrechos lazos comerciales y financieros con el Oeste, y los intereses de la industria pesada, que dependían fundamentalmente de las relaciones y mercados orientales. Los principales intereses económicos de Rathenau, así como sus inclinaciones culturales y temperamentales, lo alineaban con los occidentales, aunque tal y como mostraban su historial y sus conversaciones con Radek en 1919 era

[90] L. B. Krasin, *Voprosi Vneshnei Torgovli* (1928), pp. 391-3; E. Fuckper, *Russlands Neue Wirtschaftspolitic* (Leipzig, 1922), 25-6.

[91] I. Maiski, *Vneshniaya Politika RSFSR, 1917-1922* (1922), p. 107; el autor informa sobre «una ampliación gradual del comercio ruso-alemán durante todo el invierno de 1921-22».

[92] Nota al Politburó del 23 de enero de 1922, en los archivos de Trotski; el acuerdo Krupps pudo haber sido un producto indirecto de negociaciones militares, pero no tenía en sí mismo significación militar.

asimismo plenamente consciente de las oportunidades que el Este brindaba a la industria alemana. Pero mientras Rathenau se movía en Londres, París y Cannes, con la idea de cooperación en un consorcio occidental para operaciones conjuntas en Rusia, la actitud pro Este de la industria pesada alemana recibía importantes refuerzos en Berlín de las negociaciones militares secretas, que prometían a la industria del armamento (meollo de la industria del hierro y del acero) un campo fecundo de recuperación y expansión en la Rusia soviética. El principal representante industrial de esta tendencia era Stinnes, a la sazón rey de la industria pesada alemana [93]. Su portavoz político era Stresemann, jefe del Partido Popular Alemán, que era el de los grandes industriales [94]. El propio canciller Wirth, aunque pertenecía al centro, había sido ganado para la causa, que además contaba en la persona de Maltzan con una importante influencia en el Ministerio de Asuntos Exteriores. A principios de 1922, cuando la cuestión estaba todavía pendiente, Maltzan dijo al embajador británico que, en su opinión, el comercio con Rusia debería ser organizado por las grandes potencias en actuación individual y no a través de un consorcio [95]; y poco después, Wirth, repitiendo las mismas frases empleadas en la protesta soviética contra el consorcio, exponía al Reichstag sus objeciones «a cualquier política que quisiera considerar y tratar a Rusia como una colonia» [96]. La cuestión fue debatida abiertamente por primera vez en el Reichstag el 29 de marzo de 1922, víspera de la llegada de la delegación soviética, camino de la Conferencia de Génova. Stresemann atacó el que se tratara a Rusia «como colonia que deba ser explotada por el capital internacional», y no quería que Alemania llegara a ser «miembro de un consorcio internacional económicamente hostil a Rusia». Rathenau pronunció un discurso que era, de hecho, una confesión de su incapacidad para enfrentarse al dilema:

La trayectoria de los sindicatos no es decisiva. Los sindicatos pueden ser útiles y no debemos cortar nuestra conexión con ellos. Por otro lado, la parte esencial de la tarea de reconstrucción tendrá que ser discutida entre nosotros

[93] La conferencia de Spa sobre reparaciones, de julio de 1920, había sido ya ocasión de un choque público entre la intransigente hostilidad de Stinnes hacia Occidente, y la tendencia de Rathenau a buscar un modo de acuerdo con los aliados.

[94] Para el elogio de Stresemann a la muerte de Stinnes en 1924, véase *Gustav Stresemann: His Diaries, Letters and Papers* (trad. inglesa), i (1935), 311-13.

[95] D'Abernon, *An Ambassador of Peace,* i (1922), 5562.

[96] *Verhandlungen des Reichstags,* ccclii (1922), 5562.

y la propia Rusia. Tales conversaciones ya han tenido y siguen teniendo lugar, y yo las alentaré por todos los medios[97].

Las negociaciones económicas con la Rusia soviética prosiguieron abiertamente, y las políticas y militares que se celebraban al mismo tiempo fueron envueltas en tan completo secreto que ni incluso ahora puede darse una información completa de ellas. El período culminante en unas y otras vino a caer dentro de los primeros meses de 1922[98], cuando la invitación hecha a ambos países para asistir a la inmediata Conferencia de Génova complicó los cálculos de ambos. Según el diario de Hasse, la primera conferencia entre Seeckt y «los rusos» (probablemente expertos militares) se celebró el 8 de diciembre de 1921. El 17 de enero de 1922, Radek llegó a Berlín procedente de Moscú con Niedermayer[99], y el embajador británico observó que estaba «multiplicando sus entrevistas con ministros, funcionarios y políticos del partido». Rakovski y Krasin se unieron a él en febrero[100]. En vista de la estrecha relación de Rathenau con la propuesta del consorcio, su nombramiento como ministro de Asuntos Exteriores causó alguna alteración en Moscú, pero sin afectar las negociaciones militares. El 10 de febrero de 1922, Radek, debido a su insistente solicitud, celebró una reunión personal con Seeckt, que manifiestamente fue la primera. Pidió la ayuda alemana para reconstruir la industria rusa de armamentos y para el entrenamiento de oficiales soviéticos, quejándose de las estrechas relaciones alemanas con Occidente, especialmente con Gran Bretaña, a lo cual Seeckt replicó que Alemania necesitaba coquetear con Inglaterra como un contrapeso a Francia[101]. Se dice que Radek, en estas conversaciones,

[97] *Ibid., cccliv* (1922), 6648, 6655-6.

[98] La delegación alemana, en un *communiqué* presentando excusas que fue publicado en Génova al día siguiente de la firma del Tratado de Rapallo, hacía hincapié en que las negociaciones habían durado «algunos meses» y que «la fecha de la firma de este tratado podía preverse desde hacía algún tiempo». *(Materiali Genuezskoi Konferentsi* [1922], pp. 305-6); la contestación oficial alemana a la protesta aliada declaraba que el tratado se había redactado «varias semanas antes» *(Papers Relating to International Economic Conference, Genoa, April-May, 1922,* Cmd. 1667 [1922], p. 35). Estas afirmaciones se hicieron para librar a Alemania de la acusación de hacer fracasar deliberadamente la Conferencia; A. Joffe, *Ot Genuo do Gaagi* (1923), p. 16, afirma específicamente que el tratado se redactó durante las conversaciones en Berlín a primeros de abril de 1922.

[99] *Journal of Modern History* (Chicago), xxii (1949), n.° 1, p. 31.

[100] D'Abernon, *An Ambassador of Peace,* i (1929), 250-2, 261; Radek vio entre otros a Maltzan, que arregló un encuentro entre él y Stinnes (W. von Blücher, *Deutschlands Weg nach Rapallo* [Wiesbaden, 1951], p. 155).

[101] *Journal of Modern History* (Chicago), xxii (1949), n.° 1, p. 31; el

ofreció que la Rusia soviética, de ser equipada con ayuda germánica, se uniría a Alemania para atacar a Polonia en la primavera. Si esto fue cierto, apenas podría considerarse como una intención seria del gobierno soviético. Radek, con su acostumbrada irresponsabilidad, insistía en «jugar la carta polaca»[102]. A la sazón, el nuevo elemento en las negociaciones parece haber sido la propuesta de que los alemanes no organizarían ni dirigirían fábricas de armas prohibidas en la Rusia soviética, pero entrenarían a los oficiales del Ejército Rojo en el uso de tales armas y al mismo tiempo establecerían allí campos de entrenamiento para los futuros oficiales alemanes. Todo el plan evolucionó, ampliándose hasta convertirse en un proyecto que suponía un importante establecimiento militar alemán en suelo soviético, del que el Ejército Rojo sacaría su parte de ventaja, tanto en material como en entrenamiento[103].

Las negociaciones políticas, entre tanto, se retrasaban. La necesidad de un acuerdo político que trajera consigo la reanudación de plenas relaciones diplomáticas no había sido denegada seriamente, pero aún existían dificultades procedentes de ciertos sectores, tanto del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán como del Partido Socialdemócrata, los cuales, por supuesto, no estaban al tanto de las negociaciones militares. En febrero de 1922, Radek tuvo una entrevista con Rathenau, pero no hay testimonios del progreso logrado hasta que, en los primeros días de abril de 1922, la delegación soviética interrumpió su viaje en Berlín cuando iba camino de Génova. Lo que sucedió después está bastante claro. En Moscú no existía confianza alguna en que pudiera salir ningún resultado serio de la Conferencia de Génova; las potencias occidentales intentaban imponer unas condiciones inaceptables para el establecimiento de relaciones económicas con la RSFSR; un acuerdo por separado con Berlín que impidiera que Alemania se comprometiera en el consorcio internacional propuesto y que facilitara el comercio independiente entre Alemania y la RSFSR, reforzaría la posición soviética y quebrantaría la amenaza de estrangulación por parte de las potencias occiden-

relato un poco más largo de F. von Rabenau, *Seeckt: Aus Seinem Leben, 1918-1936* (1940), p. 309, corresponde por completo, y probablemente se deriva, del diario de Hasse.

[102] Un año más tarde, durante la invasión del Ruhr, Trotski le dijo a Nansen, y éste se lo repitió al Encargado de Negocios alemán en Moscú, que «el Ejército Rojo no marcharía si llegaba a haber un conflicto entre Alemania y Polonia» (W. von Blücher, *Deutschlands Weg nach Rapallo* [Wiesbaden, 1951], pp. 172-73).

[103] Para la historia posterior de estas negociaciones, véanse más adelante pp. 446-51.

tales. Por eso la delegación soviética presionó en Berlín para la inmediata conclusión de un tratado. La escisión entre orientales y occidentales en el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán era profunda, con el propio Rathenau inclinándose ahora a Occidente. Los pro-orientales eran lo bastante fuertes como para conseguir la aprobación de negociaciones inmediatas; y en los días que siguieron se logró un acuerdo sobre el texto de un tratado, con tan sólo dos puntos de poca importancia en suspenso. Sin embargo, cuando la delegación soviética presionó para que se firmara inmediatamente, Rathenau se volvió atrás, aferrándose siempre a la esperanza de un acuerdo con las potencias occidentales y dándose cuenta, quizá con más clarividencia que los rusos, que la Conferencia podía fracasar desde sus comienzos si se presentaba como hecho consumado un tratado germano-soviético. Por tanto, ambas delegaciones marcharon a Génova sin firmar el tratado, con el borrador sin completar todavía y sin que su misma existencia se sospechase siquiera fuera de los círculos internos del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán y la delegación soviética [104]. No es probable que los negociadores políticos abordaran las cuestiones de la colaboración militar que estaban siendo tramitadas a través de otras vías, pero hay constancia de que «Chicherin pidió abiertamente al canciller la presencia de oficiales alemanes en Rusia» [105].

La posición de la delegación soviética en la apertura de la Conferencia de Génova, el 10 de abril de 1922 [106], poseía un cariz mucho más realzado e impresionante de lo que cabía esperar unas cuantas semanas antes. Poincaré, que se había negado a asistir a la Conferencia, había enviado a Barthou con instrucciones de no ceder; Lloyd

[104] L. Fisher, *The Soviets in World Affairs* (1930), i, 333; según el biógrafo de Rathenau, el tratado «se habría firmado si no hubiese sido porque Rathenau no se atrevió a presentar a los aliados un *fait accompli*, justo antes del tratado de Génova, que podía despertar sospechas» (H. Kessler, *Walther Rathenau: His Life and Work* [trad. inglesa, 1929], p. 329).

[105] F. von Rabenau, *Seeckt: Aus Seinem Leben, 1918-1936* (1940), pp. 309-310. Según declaraciones hechas en el Reichstag, en diciembre de 1926, el primer acuerdo con Junkers para fabricar aviones en Rusia se concluyó en marzo de 1922, y, tras ello, algunos oficiales alemanes pasaron a Rusia con pasaportes falsos (*Verhandlungen des Reichstags*, cccxci [1926], 8597); este asunto se estaba discutiendo probablemente durante las negociaciones de Rapallo.

[106] Las actas de la Conferencia se recogieron en publicaciones oficiales soviéticas y británicas: *Materiali Genuezskoi Konferentsi* (1922) y *Papers Relating to International Economic Conference, Genoa, April-May, 1922*, Cmd. 1667 (1922). El único informe general no oficial de la Conferencia se encuentra en J. Saxon Mills, *The Genoa Conference* (1922); es una apología detallada de Lloyd George, y no añade nada nuevo.

George necesitaba urgentemente llegar a un acuerdo con Rusia para poder renovar su ya decadente prestigio; la fricción anglo-francesa y la actitud de Poincaré hacia Alemania habían bastado para echar por tierra el amenazador proyecto de una corporación internacional, y la Rusia soviética tenía planeado un acuerdo separado con Alemania que habría de proporcionarle mayor fuerza contra las potencias occidentales. Por otro lado, la Rusia soviética necesitaba desesperadamente inversiones de capital, que sólo podían llegarle de Occidente. El discurso preliminar de Chicherin en la Conferencia, pronunciado en francés y exagerado por la curiosidad periodística hasta el punto de convertirse en hecho internacional, tuvo un gran alcance. Hizo ver las grandes posibilidades de los recursos, aún por explotar, de Rusia, caso de que fueran desarrollados y puestos en condiciones de utilización en pro de la causa de la recuperación económica mundial a través de la cooperación de los capitalistas occidentales. Observó que las medidas introducidas bajo la NEP «cumplen los deseos que contiene la resolución de Cannes con respecto a las garantías jurídicas necesarias para la cooperación económica con la Rusia soviética de aquellos países cuya legislación se basa en el principio de la propiedad privada». Haciendo notar que la restauración de la economía mundial era imposible sin que desapareciera la amenaza de guerras, anunció que la delegación soviética propondría más adelante en la Conferencia «una reducción general de armamento y apoyaría cualquier propuesta que favoreciera el alivio de la carga que supone el militarismo». Por último, opinó que había llegado el momento de convocar un congreso mundial basado en la igualdad de todas las naciones «para el establecimiento de la paz general»; por su lado, el gobierno soviético estaba dispuesto a considerar los acuerdos internacionales existentes como punto de partida, si bien «introduciendo en estos acuerdos las correcciones necesarias» e incluso a participar en una revisión del estatuto de la Sociedad de Naciones «para convertirla en una verdadera alianza de pueblos, eliminando la dominación de algunos sobre otros, así como la actual división en vencedores y vencidos» [107]. La aparente ingenuidad de estas proposiciones enmascaraba una buena dosis de sutiles cálculos intencionales. La defensa de una reducción general de armamentos, la insistencia en la igualdad entre vencedores y vencidos y la mera insinuación de «correcciones necesarias» del Tratado de Versalles iban destinadas a im-

[107] *Materiali Genuezskoi Konferentsi* (1922), pp. 78-82. Se entregó también a la Conferencia un memorándum sobre las garantías jurídicas que la NEP había acordado dar al comercio exterior, incluyendo los códigos legales proyectados y la abolición de la Cheka (véase vol. 1, p. 198).

presionar los agradecidos oídos de la delegación alemana y a recordarle dónde se encontraban los verdaderos amigos de Alemania. El sacar a relucir la cuestión del desarme podía justificarse asimismo como método para ahondar la escisión ya existente entre Gran Bretaña y Francia, que durante algún tiempo habían estado querellándose sobre el tema de Ginebra. Cuando Barthou protestó indignado, afirmando que la reducción de armamento no figuraba en el temario de la Conferencia tal y como se estableció en Cannes, y declaró que la delegación francesa no participaría en tales discusiones, Lloyd George, aunque demostró claramente que sus simpatías no estaban del lado de Barthou, rogó suavemente a Chicherin que no hundiera el barco por exceso de carga. Chicherin magnánimamente descartó la cuestión. Al día siguiente se acordó, en contra de un único voto, el francés, que las delegaciones alemana y soviética, al igual que las de los tres aliados principales, deberían ocupar automáticamente un lugar en todas las comisiones que estableciese la Conferencia. Esto significaba su promoción formal al rango de grandes potencias. El principio de igualdad había sido reconocido y aceptado.

Después de todos estos preliminares se establecieron comisiones para tratar las cuestiones políticas, financieras, económicas y de transporte; y mientras éstas se entretenían en generalidades sin importancia, los jefes de las delegaciones aliadas se reunían en la villa de Lloyd George y entraban en serias discusiones con la delegación soviética sobre el verdadero motivo de la Conferencia: las relaciones con la Rusia soviética. Las reclamaciones aliadas se clasificaron en tres categorías: las deudas de guerra rusas, las deudas rusas privadas y públicas anteriores a la guerra y la nacionalización de las empresas extranjeras por el gobierno soviético. Con respecto a la primera de estas cuestiones, se propuso para discusión la cancelación mutua de estas reclamaciones y de las reclamaciones soviéticas por daños resultantes de la intervención aliada en la guerra civil [108]; y aunque esto fue rechazado por ambas partes, era evidente que se podía llegar a un compromiso en esta línea, si se solucionaban otras cuestiones [109]. Con respecto a la segunda, el gobierno soviético había reconocido formalmente estas reclamaciones desde enero de 1919, pero declaró que era materialmente incapaz de satisfacerlas en el momento pre-

[108] Información más detallada en un volumen publicado por la delegación soviética, *Les Reclamations de la Russie aux Etats Responsables de l'Intervention et du Blocus* (Génova, 1922).

[109] Se hacía alusión, claramente, a esto en un memorándum entregado a la delegación soviética el 15 de abril (*Papers Relating to International Economic Conference, Genoa, April-May, 1922,* Cmd. 1667, p. 25).

sente, a no ser que los gobiernos aliados estuvieran dispuestos a hacer o garantizar un préstamo a este fin [110]; este era un tema que requería mucha negociación, pero había dejado de ser una cuestión de principio. El problema de la nacionalización era el más duro. La delegación soviética reiteró la buena disposición de su gobierno para hacer concesiones a largo plazo a los antiguos posesores extranjeros de propiedad nacionalizada; pero aunque la delegación británica mostró cierta inclinación a aceptar esta oferta, las delegaciones francesa y belga insistieron en que les fueran devueltas las propiedades o se les concediese una compensación adecuada por ellas [111].

Alemania, que en el Tratado de Versalles había renunciado a todas las reclamaciones en relación con Rusia, no tomó parte alguna en estas conversaciones, y Lloyd George supuso irreflexivamente que no había peligro en dejar a la delegación alemana retozar hasta que él hubiera concluido con los rusos. Este fue un error fatal. En su retiro, la delegación alemana oyó rumores referentes a que los aliados estaban a punto de concertar un acuerdo con el gobierno soviético, basado en términos que incluían un resurgimiento de las reclamaciones rusas a Alemania en concepto de reparaciones: éstas se habían mantenido en vigencia merced al artículo 116 del Tratado de Versalles, que canceló el Tratado de Brest-Litovsk. La sospecha resultó infundada. No existen noticias de que tal plan fuera siquiera considerado, pero mucho tiempo antes Radek se había tomado grandes molestias para sembrar tales sospechas en la mente oficial alemana [112]; y Maltzan, aunque posiblemente no participaba

[110] La delegación soviética trató también de «aclarar, aunque parece evidente, que el gobierno ruso no puede hacerse responsable de las deudas de sus predecesores hasta que las potencias interesadas en ello no lo hayan reconocido formalmente *de jure*» (*ibid.*, p. 26).

[111] La versión de Chicherin sobre estas discusiones, que parece muy exacta está en L. Fisher, *The Soviets in World Affairs* (1930), i, 335-7; un memorándum del 20 de abril de 1922, que expone la opinión oficial soviética, está en *Materiali Genuezskoi Konferentsi* (1922), pp. 127-39.

[112] Se dice que Radek comunicó a Maltzan a finales de enero de 1922, que Francia se había prestado a reconocer *de jure* y a dar créditos al gobierno soviético a condición de que éste mantuviese sus demandas frente a Alemania bajo el artículo 116 (W. von Blücher, *Deutschlands Weg nach Rapallo* [Wiesbaden, 1951], pp. 154-5). Esto era, sin duda, falso, pero, aunque poco convincente, hay otra prueba de que Radek intentó hacer un trato con Francia en esta época; según L. O. Frossard, *De Jaurès à Lénine* (1930), p. 222, Cachin, siguiendo sus instrucciones, ofreció a Poincaré «la alianza de los soviets». Si es que se hizo algún intento de este tipo, no fue tomado muy en serio.

personalmente en estas sospechas, se aprovechó de ellas en interés de su política pro-oriental, recalcando la importancia de firmar el tratado con la delegación soviética antes de que ésta cayese en la tentación de llegar a un acuerdo con los aliados a expensas de Alemania. Los delegados alemanes se hallaban en un estado de depresión cuando, a la una de la madrugada del Domingo de Pascua, 16 de abril de 1922, Joffe les llamó por teléfono para proponer una reunión más tarde ese mismo día, en el vecino balneario de Rapallo, para completar el tratado negociado en Berlín, aún por concluir. El biógrafo de Rathenau ha descrito cómo los principales miembros de la delegación se reunieron en pijama en el dormitorio de éste y discutieron la cuestión de si ir o no a Rapallo. Hasse, el representante de Seeckt en las negociaciones militares secretas, se hallaba presente en Génova formando parte de la delegación alemana, pero no se sabe que participara en esta famosa escena del dormitorio. La desgana de Rathenau fue finalmente dominada por Wirth y Maltzan[113], y la invitación soviética fue aceptada. El día se dedicó a rellenar las lagunas del borrador, y a las cinco de la tarde se firmó el Tratado de Rapallo.

El hecho en sí de la firma tenía más importancia que el contenido formal del Tratado. Garantizaba la mutua renuncia a todas las reclamaciones financieras, incluyendo las reclamaciones alemanas resultantes de los decretos soviéticos de nacionalización, «con la condición de que el gobierno de la RSFSR no satisfaga reclamaciones análogas de otros Estados». Se acordó que las relaciones diplomáticas y consulares fueran reanudadas; y el artículo más importante del Tratado se ocupaba de las relaciones económicas:

> Ambos gobiernos tratarán mutuamente de satisfacer las necesidades económicas de ambos países con espíritu de buena voluntad. En el caso de que esta cuestión sea solucionada, en principio, sobre una base internacional, habrá un intercambio previo de opiniones entre los dos gobiernos.

El efecto de esta cláusula era el de asegurar la exclusión de Alemania de cualquier proyecto internacional para la explotación de los recursos rusos y el establecimiento de un frente económico común entre ambos países: esta era la atracción inmediata principal que tenía para la Rusia soviética. Otra cláusula del mismo artículo obligaba al gobierno alemán a apoyar la creación de las compañías mixtas,

[113] La escena está descrita en H. Kessler, *Walther Rathenau: His Life and Work* (trad. inglesa, 1929), pp. 320-1.

a través de las cuales se proponía que transcurriese el comercio germano-soviético [114].

Este importante acontecimiento diplomático deshizo la ya inestable estructura de la Conferencia de Génova. Las potencias aliadas habían intentado ponerse de acuerdo con la Rusia soviética a espaldas de Alemania; la Rusia soviética se había puesto de acuerdo con Alemania a espaldas de éstas. La cólera de los aliados recayó primero sobre la delegación alemana y se expresó en una acusadora nota conjunta: ¿no había «declarado el canciller alemán en persona, sólo una semana antes, en la sesión inaugural, que la delegación alemana cooperaría con las otras potencias para solucionar estos problemas con un espíritu de lealtad y compañerismo»? [115] Oficialmente, las sesiones de la Conferencia no se vieron afectadas; pero el resultado de Rapallo había sido el de endurecer la actitud de la delegación soviética fortaleciendo su posición para tratar, y de la delegación francesa dándole en cualquier caso un pretexto mejor para sostener su postura de intransigencia. La débil esperanza de que la habilidad de Lloyd George pudiera salvar las distancias entre ellos se había desvanecido ahora completamente. Un replanteamiento de la posición aliada fue entregado en un memorándum a la delegación soviética el 2 de mayo de 1922, que aunque no era suficientemente inflexible como para merecer la aprobación francesa o belga, desde el punto de vista soviético representaba un gran paso atrás con respecto a los acuerdos discutidos en la villa de Lloyd George, antes de Rapallo [116]. La semana que siguió se ocupó en discusiones, que no dieron resultado, entre las delegaciones inglesa y soviética [117]. Después, el 11 de mayo de 1922, la delegación soviética envió una réplica larga y polémica,

[114] *RSFSR: Sbornik Deistvuiustichij Dogovorov*, iii (1922), n.º 85, páginas 36-8; *League of Nations: Treaty Series*, xix (1932), 248-52.

[115] *Papers Relating to International Economic Conference, Genoa, April-May, 1922*, Cmd. 1667 (1922), pp. 53-4; una consecuencia de la protesta aliada fue la acre correspondencia entre Chicherin y Skirmunt, el delegado polaco, motivadas por la participación polaca en la protesta *(Materiali Genuezskoi Konferentsi* [1922], pp. 314-22).

[116] *Papers Relating to International Economic Conference, Genoa, April-May, 1922*, Cmd. 1667 (1922), pp. 28-36.

[117] Según una fuente alemana, algunos miembros de la delegación germánica, en aquel momento ya completamente de acuerdo con la delegación británica, actuaron como intermediarios en estas discusiones —el primer fruto de Rapallo—; sin embargo, el único resultado fue que los rusos «se dieron cuenta por fin de que no podían obtener de los aliados las sumas que necesitaban, a menos que aceptasen unas condiciones que no les convenían» (H. Kessler, *Walther Rathenau: His Life and Work* [trad. inglesa, 1929], pp. 355-6).

con el claro propósito de acabar con la infructuosa Conferencia. Estaba llena de precedentes históricos:

La Francia revolucionaria no solamente ignoró los tratados políticos con los países extranjeros del régimen precedente, sino que no reconoció su deuda nacional. Solamente consintió en pagar un tercio de tal deuda, y ello por razones de conveniencia política.

Los Estados Unidos, a su vez, «no habían reconocido los tratados de sus predecesores, Inglaterra y España». Los gobiernos aliados de 1919 habían confiscado sin compensación las propiedades de los naturales de las naciones vencidas. En lo que respecta a las reclamaciones soviéticas originadas por la guerra civil..., el gobierno británico había pagado quince millones y medio de dólares a los Estados Unidos como compensación de los daños causados por el *Alabama* en la guerra civil americana. La propuesta aliada de que las reclamaciones compensatorias pudieran ser juzgadas por un tribunal mixto arbitral con un presidente neutral dio lugar a una declaración de principio importante:

En el juicio sobre diferencias de esta clase, los desacuerdos específicos acabarán inevitablemente enfrentando una con otra dos formas de propiedad cuyo antagonismo tiene hoy, por primera vez en la historia, un carácter práctico y real. En tales circunstancias no puede hablarse de un superárbitro imparcial.

El memorándum concluía indicando una vez más que el gobierno soviético estaba dispuesto a hacer «concesiones importantes», pero sólo a cambio de concesiones equivalentes por la otra parte. Si las potencias querían llevar adelante la cuestión «de las disputas financieras entre ellos y Rusia», una «comisión mixta de expertos» podía ser designada en otro momento y en otro lugar [118].

Entre bastidores, la Conferencia de Génova había marcado otra etapa en la lucha entre el petróleo norteamericano e inglés. Las negociaciones entre el grupo Royal Dutch-Shell y el gobierno soviético habían alcanzado un punto en el que el primero esperaba obtener una concesión exclusiva para toda la zona rica en petróleo del sudeste ruso y del Cáucaso. Se decía que existía un borrador del acuerdo a estos efectos, y sin duda que ello inclinó a la delegación británica, a diferencia de las otras delegaciones aliadas, a prestar un oído atento

[118] *Materiali Genuezskoi Konferentsi* (1922), pp. 230-41; *Papers Relating to International Economic Conference, Genoa, April-May, 1922,* Cmd. 1667 (1922), pp. 38-47; hay diferencias sin importancia entre las versiones rusa e inglesa, pero parece que la última reproduce el texto francés presentado oficialmente a la Conferencia.

a la propuesta soviética, según la cual las propiedades nacionalizadas serían devueltas a sus propietarios originales, no en propiedad, sino como concesiones para ser explotadas. La Standard Oil Company norteamericana había adquirido también intereses petrolíferos en el Cáucaso, pero sólo mediante la compra a un propietario ruso después del decreto de nacionalización de 1918: este caso no hubiera resultado amparado por la fórmula británico-soviética. La contraofensiva norteamericana comenzó con una declaración hecha por el director de la Standard Oil al *Times* de Londres, dos días después del comienzo de la Conferencia, que expresaba la enérgica oposición norteamericana a cualquier concesión exclusiva [119]. En el transcurso de la Conferencia, las condiciones del borrador del acuerdo entre el grupo Royal Dutch-Shell y el gobierno soviético fueron publicadas en la prensa norteamericana como si el acuerdo se hubiera firmado efectivamente [120]. Esto provocó una oleada de repulsas, incluyendo una de Austin Chamberlain en la Cámara de los Comunes [121]. No por esto la lucha fue menos acusada, y la oposición francesa y belga a la actitud británica se estimó por muchos como inspirada por Washington. En las últimas etapas de la Conferencia, en mayo de 1922, el propio Departamento de Estado norteamericano intervino con una intransigente declaración, remitida en Génova por el embajador norteamericano en Roma:

> Los Estados Unidos [decía la cláusula efectiva] no admitirán que se aplique cualquier fórmula nacional o internacional, a menos que tenga en cuenta el principio de la puerta abierta para todos y que reconozca la igualdad de derechos para todos [122].

Esta declaración, que eliminó finalmente el sueño de una concesión petrolífera exclusiva británica o británico-holandesa en la Rusia soviética, vino a coincidir en fecha con el memorándum soviético. La conjunción de ambos incidentes fue la señal del final de la Conferencia. Los aliados, más bien con el fin de acabar la Conferencia con una conclusión de acuerdo que por ninguna otra razón práctica,

[119] *The Times*, 12 de abril de 1922.

[120] Este incidente está descrito en *The Autobiography of Lincoln Steffens* (1931), p. 810.

[121] *House of Commons: 5th Series*, cliii, cols. 1995-6.

[122] Había un gran parecido entre el lenguaje usado en esta declaración y el de la entrevista concedida a *The Times* un mes antes; la petición de la Standard Oil Company al Departamento de Estado para que interviniese «para proteger los intereses norteamericanos en Rusia», está en *Foreign Relations of the United States, 1922*, ii (1938), 786-8.

aceptaron la propuesta soviética de una comisión de expertos que prosiguiera el estudio de las diferencias más importantes. Se decidió que los expertos se reunieran en La Haya a finales de junio de 1922 [123], y tras ello la Conferencia de disolvió.

La Conferencia de Génova había resultado un fracaso. No sirvió para conseguir ninguno de los objetivos concretos que el gobierno soviético había perseguido —reconocimiento *de jure,* inversiones extranjeras de capital, créditos y un acuerdo sobre reclamaciones—. Sin embargo, es cierto que algo aportó, y más a la Rusia soviética que a ningún otro país. El gobierno soviético, aunque aún no había sido reconocido oficialmente, había sido aceptado formalmente en la mesa de conferencias como potencia soberana en igualdad de condiciones. Aunque no se había llegado a ningún acuerdo, era evidente que habían surgido las bases para un arreglo: las deudas de guerra y las reclamaciones de la guerra civil se anularían mutuamente; parte de las deudas anteriores a la guerra sería pagada con tal que los acreedores adelantaran créditos con que pagarlas; a los propietarios extranjeros que habían sido expropiados les serían devueltas sus propiedades en forma de concesiones, con tal que estuviesen preparados a invertir nuevo capital. Sobre todo, la Conferencia de Génova había hecho posible el Tratado de Rapallo. La importancia especial que el gobierno soviético daba a este logro quedó demostrada por el entusiasmo y el énfasis sin precedentes de los términos de una resolución del VTsIK, un mes después, que hacía referencia a la aprobación del mencionado Tratado. Según esta resolución, el VTsIK

Se congratula del Tratado ruso-germánico firmado en Rapallo, considerándolo como la única forma correcta de acabar con las dificultades, el caos, y el peligro de guerras.

Reconoce *únicamente tratados de este tipo* como normales en las relaciones de la RSFSR con los Estados capitalistas.

Instruye al Consejo de Comisarios y al Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores para que lleven adelante su política según el espíritu indicado, y

Ordena al Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores que no admita otro tipo de tratados distintos del de Rapallo, más que en aquellos casos excepcionales en los que ello resulte compensado por ventajas muy especiales para la masa obrera de las RSFSR y de las Repúblicas soviéticas aliadas con ella [124].

[123] *Papers Relating to International Economic Conference, Genoa, April-May, 1922,* Cmd. 1667 (1922), pp. 49-50.

[124] *III Sesiya Vserossiiskogo Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta IX Soziva,* n.º 5 (19 de mayo de 1922), p. 17; Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika,* iii, i (1928), 192.

Tanto para el gobierno soviético como para el alemán, el Tratado de Rapallo tuvo el carácter estimulante y poco común de un negocio igualmente ventajoso; fue la primera ocasión diplomática importante en la cual tanto Rusia como la República de Weimar habían negociado de igual a igual. Los dos proscritos de la sociedad europea, salvando la barrera de las diferencias ideológicas, se habían dado la mano, y al hacerlo recobraron su condición de miembros independientes de la sociedad, y con ello su propia estimación. Con el Tratado de Rapallo se empezó a tener confianza en la capacidad del gobierno soviético para hacer un papel afortunado en el juego de la diplomacia como potencia europea.

De todas maneras, las implicaciones de largo alcance, resultado del cambio en la política y en el punto de vista soviéticos, cuyo exponente fue el Tratado de Rapallo, no fueron enteramente reconocidas. La idea de que la RSFSR había podido sobrevivir a los dos primeros años críticos, gracias a las rivalidades y divisiones dentro del mundo capitalista, había sido un lugar común entre los dirigentes soviéticos. En 1918 se hicieron descarados intentos para mover a los alemanes contra los aliados occidentales y a los aliados occidentales contra los alemanes. Lenin dijo en una ocasión que toda la política exterior del régimen durante los tres primeros años había consistido en «utilizar la división entre los países capitalistas»[125], y en el momento de la Conferencia de Washington el apoyo norteamericano fue de incalculable valor para acelerar la evacuación de Siberia por los japoneses. Sin embargo, fue el Tratado de Rapallo el que primeramente convirtió el equilibrio de poderes en principio vital, aunque no confesado, de la política soviética en Europa. La Conferencia de Génova había enfrentado a la Rusia soviética con el peligro, exagerado por los temores rusos, aunque no sin falta de fundamento, de una Europa unida para explotar los recursos rusos e imponer condiciones a la Rusia soviética como país económicamente dependiente y «atrasado». Este peligro fue conjurado procurando la amistad de uno de los principales miembros de tal iniciativa. El Tratado de Rapallo no fue, hablando con justeza, un tratado de alianza ni constituyó por ninguna de las partes una asociación exclusiva. La Rusia soviética no dejaba de preocuparse por mejorar sus relaciones con el otro grupo europeo, en especial con Gran Bretaña, o de sus relaciones con los Estados Unidos, nación remota todavía y lo suficientemente segura como para no adherirse a ninguno de los grupos europeos. Pero el Tratado de Rapallo estableció el principio de evitar a toda costa que el mun-

[125] Véase p. 288.

do capitalista se uniera contra el poder soviético, y de que esto sólo podía conseguirse alargando una mano amistosa a uno de los campos en que se dividía dicho mundo. Y puesto que en el transcurso del período de Weimar Alemania era el más débil de los dos grupos, ello establecía una relación especial entre este país y la Rusia soviética. Pocos meses después Radek, a quien hay que reconocer como uno de los principales artífices de la política de Rapallo, definió esta relación en términos de los intereses eternos de Rusia y con los argumentos tradicionales de la vieja diplomacia:

> La política de estrangulamiento de Alemania suponía, de hecho, la destrucción de Rusia como gran potencia; porque cualquiera que sea la forma de gobierno en Rusia, siempre ha de interesarle la existencia de Alemania... Una Rusia debilitada al máximo por la guerra, no podía continuar siendo una gran potencia, ni adquirir los medios económicos y técnicos para su reconstrucción industrial, a menos de contar con la existencia de Alemania como un contrapeso a la preponderancia de los aliados.

Es quizá extraño que la ocasión de esta declaración fuera el informe preparado para el cuarto Congreso de la Comintern [126]. Pero los cambios sobrevenidos en la política de esta institución bajo la influncia de la NEP, de Génova y de Rapallo serán objeto de examen en el próximo capítulo.

[126] *Die Liquidation des Versailles Friedens: Bericht an den Vierten Kongress der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1923), p. 22; Radek no habló de este tema en el Congreso, y los informes distribuidos en éste no se incluyen en el registro de sus actas; apareció una traducción inglesa con el título de *The Winding-Up of the Versailles Treaty* (Hamburgo, 1922).

Capítulo 30
RETIRADA EN LA COMINTERN

La causa que predispuso a la Rusia soviética en pro de la «retirada» de marzo de 1921, tanto en el frente nacional como en el diplomático, fue el inesperado retraso de la difusión de la Revolución a través de Europa. Los riesgos económicos de un compás de espera que se prolongaba indefinidamente, obligaron a Rusia a entablar relaciones comerciales amistosas con el mundo capitalista; los riesgos políticos fueron motivo de relaciones políticas amistosas con algunos Estados capitalistas para prevenir la posible hostilidad de otros —la política de división del mundo capitalista—. La causa que produjo estos acontecimientos —el largo aplazamiento de la revolución europea— estaba llamada a afectar aún más directamente la actitud y la política de la Comintern, y fue necesario el correspondiente reajuste de actividades. Después de la «acción de marzo» de 1921 en Alemania, esta conclusión era ineludible. El reajuste se llevó a cabo puntualmente en la primavera y el verano de 1921, y se registró en el tercer Congreso de la Comintern de junio y julio del mismo año. Era la contrapartida natural del cambio de la política soviética nacional y extranjera, representado por la NEP y el tratado comercial anglo-soviético. Sin embargo, no era probable que el cambio de frente en la Comintern se consiguiera sin resistencia alguna, ni siquiera dentro del partido ruso; puede considerarse como muy exacta la relación

que hizo Trostki de las discusiones en el Politburó y en el comité central antes del Congreso, según la cual Lenin, Trotski y Kámenev mantuvieron una postura de retirada y transigencia, y Zinóviev, Bujarin, Radek y Bela Kun siguieron predicando la ofensiva revolucionaria [1]. En cualquier caso, la seguridad y firmeza de Lenin ganaron la partida. En el Congreso los delegados rusos se expresaron al unísono, aunque no todos con el mismo entusiasmo.

El montaje y la organización del tercer Congreso de la Comintern, que se reunió el 22 de junio de 1921, tuvo un carácter más grandioso que nunca; un número mayor de delegados representó a un mayor número de partidos y miembros del partido en Europa y de fuera de ella. En el intervalo entre el segundo Congreso y el tercero, la Comintern había empezado a organizarse a nivel de institución a gran escala, trasladándose de las dos o tres habitaciones del Kremlin, en las que había comenzado a trabajar en 1919, a los impresionantes edificios de la antigua embajada alemana. También se adquirió un hotel para alojar a los delegados comunistas de otros países, aunque, según un inglés, que fue de los primeros en visitarlo, «estaba en lamentables condiciones e infectado de ratas» [2]. Zinóviev informó con orgullo en el tercer Congreso que el IKKI había celebrado en el mismo período treinta y una sesiones; y para que las negociaciones fueran más rápidas se había instalado recientemente un departamento interno compuesto de siete miembros, cuya misión especial era ocuparse de la dirección de las actividades secretas e ilegales [3]. Pero a pesar de estos signos externos de progreso, existía un matiz de severidad y moderación que contrastaba de forma extraña con el optimismo revolucionario de 1920. En un artículo titulado «Antes del tercer Congreso de la Internacional Comunista», escrito por Zinóviev tres meses después de que se enviaran las citaciones para dicho Congreso, éste admitía que «una gran variedad de circunstancias ha hecho que el 'tempo' de la Revolución proletaria internacional se haya hecho, en cierta medida, más lento» [4]. Trotski, que redactó el primer informe del Congreso sobre «La crisis económica y las nuevas tareas

[1] L. Trotski, *The Real Situation in Russia* (1928), pp. 246-9. Zinóviev admitió más adelante que había habido diferencias de opinión acerca de la «acción de marzo» en el momento del tercer Congreso «incluso en el seno de nuestra delegación rusa» *(Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* [Hamburgo, 1923], p. 197).

[2] T. Bell, *Pioneering Days* (1941), p. 214.

[3] *Protokoll des III. Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1921), pp. 151,1045.

[4] *Kommunisticheski Internatsional,* n.º 16 (31 de marzo de 1921), col. 3481.

de la Internacional»[5], habló de la recuperación de la confianza en sí misma operada en la burguesía desde los amenazadores días de 1919 y de la retirada de la ola revolucionaria. Era cierto que la aparente estabilización del capitalismo era ilusoria. Trotski, consciente de la vieja cuestión, «¿1847 ó 1849?», tuvo buen cuidado de explicar que no había comparación posible con la situación después de 1848, en que el capitalismo burgués había entrado en un nuevo período de expansión. El capitalismo había recibido un golpe mortal en la guerra de 1914-1918; los conflictos entre las potencias capitalistas eran cada día mayores, y el triunfo de la Revolución era seguro. Sin embargo, los obreros habían sufrido un retroceso y habían sido impulsados a una postura de defensiva. Trotski terminó diciendo:

> La situación ahora, en el momento del tercer Congreso de la Internacional Comunista, no es la misma que en tiempos del primero y segundo congresos. En aquel tiempo establecimos una amplia perspectiva, trazamos la línea general y dijimos: «En esta línea, bajo este signo, atraerás al proletariado y conquistarás el mundo.» ¿Es esto todavía cierto? Totalmente. En esta gran escala sigue siendo totalmente cierto. Sólo que no calculamos los altos y bajos de la línea y ahora tenemos conciencia de ellos. Tenemos conciencia de ellos a través de nuestras derrotas y nuestros desengaños y también a través de nuestros sacrificios y nuestras acciones equivocadas, las cuales se han producido en todos los países —aquí en Rusia en gran cantidad—. Ahora, por primera vez, vemos y sentimos que no estamos tan próximos a la meta, a la conquista del poder, a la revolución mundial. En aquella época, en 1919, nos decíamos: «Es cuestión de meses.» Ahora decimos: «Quizá sea cuestión de años»[6].

En una etapa más avanzada de la conferencia, Lenin hizo constar su «conclusión final» en los siguientes términos:

> El desarrollo de la revolución internacional, que habíamos predicho, progresa. Pero este progreso no sigue la línea recta que esperábamos. Es evidente que después de firmar la paz, por malo que esto fuera, no conseguimos provocar una revolución en los otros países capitalistas aunque, como sabemos, presen-

[5] El informe existe bajo dos formas, la que tenía cuando fue entregado al Congreso *(Protokoll des III. Kongresses der Kommunistischen Internationale* [Hamburgo, 1921], pp. 40-90), y la que le dio el propio Trotski al reimprimirlo más tarde *(Piat Let Kominterna* [s. f.] [1925], pp. 138-86). La segunda variante es más completa, pero omite algunos pasajes como la famosa predicción de guerra entre los Estados Unidos y Gran Bretaña «en 1923 ó 1924» *(Protokoll des III. Kongresses der Kommunistischen Internationale* [Hamburgo, 1921], p. 86); Trotski hubo de arrepentirse de esta «maldita fecha», que no había citado más «que a modo de ejemplo», incluso antes de que terminase el Congreso *(ibid.,* p. 132).

[6] *Ibid.,* pp. 89-90.

taban síntomas revolucionarios en profusión y de gran significación... Lo esencial ahora es una preparación fundamental de la revolución y un estudio profundo de su desarrollo concreto en los principales países capitalistas [7].

Ahora bien, en la resolución no se escatimaron esfuerzos para sacar algún aliento de tan triste diagnóstico:

Solamente la mezquina estupidez burguesa puede interpretar como fracaso del programa de la Internacional Comunista el hecho de que el proletariado europeo no haya derrocado a la burguesía durante la guerra o inmediatamente después de ella. El que se haya establecido por la Internacional Comunista un curso de acción a seguir para que se produzca la revolución proletaria no quiere decir que ésta tenga que ocurrir en unas determinadas fechas del calendario, ni tampoco implica la obligación de llevar a cabo la revolución de forma mecánica en un cierto tiempo. La revolución siempre fue y sigue siendo, un enfrentamiento entre distintos modos de vivir en un determinado contexto histórico. La guerra ha causado la destrucción a escala mundial del equilibrio capitalista, lo cual ha creado condiciones favorables a la fuerza fundamental de la revolución: el proletariado. Todos los esfuerzos de la Internacional Comunista han estado y están dirigidos hacia el máximo aprovechamiento de esta situación [8].

El fiasco de la «acción de marzo» en Alemania fue, en gran parte, responsable del nuevo diagnóstico, cuya discusión acaparó gran parte del tiempo y de la atención del Congreso. Predominó tanto en el debate sobre el informe del IKKI como en el debate sobre «La táctica de la Internacional Comunista». Los principales oradores de la delegación rusa fueron Radek y Trotski [9]; pero casi todos los delegados alemanes (así como algunos de otros países) hablaron y contribuyeron a crear el ambiente de recriminación que suele acompañar a una retirada política. El debate presentaba dos cuestiones delicadas para los dirigentes de la Comintern. En primer lugar, era

[7] *Ibid.*, p. 749; Lenin, *Sochineniya*, xxvi, 452.

[8] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), p. 178; según declaración posterior de Varga *(Protokoll: Fünfter Kongress der Kommunistischen Internationale* [s. f.], i, 108), el borrador original de esta resolución tenía un tono más pesimista, pero fue modificado a causa de las protestas de los «izquierdistas» de las delegaciones alemana y húngara.

[9] Zinóviev aludió brevemente al tema en su informe general, dejándolo para que Radek lo tratara en su informe sobre táctica; evidentemente esto era resultado de una decisión del partido y ello hace pensar que Zinóviev estaba demasiado implicado personalmente como para ser un portavoz adecuado. Bela Kun no habló más que una vez acerca de una cuestión de orden, en la que se alineó con «la llamada izquierda» *(Protokoll des III. Kongresses der Kommunistischen Internationale* [Hamburgo, 1921], pp. 650-1).

necesario esclarecer que el IKKI no tenía culpa alguna de lo ocurrido en la «acción de marzo», lo cual no presentó demasiadas dificultades; cualquiera que fuera el sentimiento de los delegados alemanes en conjunto, solamente Clara Zetkin se refirió veladamente a la responsabilidad de los «representantes del ejecutivo» [10]. En segundo lugar, era necesario condenar la política de la «ofensiva revolucionaria», sin olvidar la insubordinación de Levi, de cuya expulsión eran responsables los patrocinadores de dicha ofensiva. Esto no fue tan fácil, porque, aunque nadie —ni siquiera Clara Zetkin, que había dimitido con él de su puesto en el comité central— defendió el comportamiento posterior de Levi ni negó que fuera justa su expulsión del partido, la impresión general era que la política por la cual abogaban ahora los dirigentes de la Comintern apenas si se distinguía de la política anteriormente defendida por Levi en el KPD [11]. La resolución, aprobada unánimemente por el Congreso, delataba una aguda conciencia de estos hechos. Comenzaba afirmando categóricamente que la «acción de marzo» había sido «impuesta al KPD por el ataque del gobierno al proletariado de Alemania central». Esto significaba que lo que hubiera podido pasar entre Bela Kun y el comité central antes del 17 de marzo se descartaba como irrelevante. A continuación hacía referencia a «toda una serie de equivocaciones» cometidas por el partido, la más importante de las cuales era «no haber acentuado suficientemente el carácter defensivo de la lucha y el que la llamada a la ofensiva dio una oportunidad a los poco escrupulosos enemigos del proletariado para acusar al KPD ante éste por incitación a un *putsch*». La «acción de marzo» representó un «paso adelante» —cumplido éste que sonó un tanto a hueco—. Pero en adelante el KPD habría de «prestar atención a hechos y opiniones que señalen las dificultades de una ofensiva, así como comprobar cuidadosamente la validez de argumentos que se opongan a dicha ofensiva» antes de comprometerse a pasar a la acción [12].

[10] Véase p. 347 anterior.

[11] Después del Congreso, Lenin reconoció que había sido «necesario defender a Levi en tanto que sus errores podían explicarse como una reacción a una serie de errores cometidos por los comunistas de izquierdas, sobre todo en Alemania en marzo de 1921» (Lenin, *Sochineniya,* xxvii, 8); en el siguiente Congreso de la Comintern, Ruth Fischer se quejó de manera convincente de que «el tercer Congreso mundial no tomaba una postura clara respecto a las opiniones de Paul Levi y era incapaz de ponerse a hacer la crítica de la 'acción de marzo' sin dar la impresión de que Paul Levi había sido excluido únicamente por razones disciplinarias» *(Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* [Hamburgo, 1923], p. 80).

[12] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), p. 194.

La retirada que marcó el tercer Congreso tenía evidente aplicación a lo que anteriormente se conocía como «la cuestión nacional y colonial», y que ahora se denomina más concretamente «la cuestión oriental». Los pueblos orientales no despertaban excesivo interés en los partidos comunistas que crecían en Europa central y occidental; para el partido británico y, en cierta medida, también para el francés eran franco motivo de incomodidad. No fue, por tanto, sorprendente que, a pesar de los esfuerzos de Lenin en el segundo Congreso, la política de la Comintern con respecto a ellos siguiera exhibiendo una cierta dosis de artificialidad y de declarado pragmatismo. El propósito del primer Congreso de Pueblos Orientales, que se celebró en Bakú en septiembre de 1920, fue el de organizar una campaña, más contra el imperialismo británico que contra el imperialismo en general; el incidente que ocurrió con Enver Pachá había mostrado lo real que era esta distinción, al menos para Zinóviev. No transcurrieron más que nueve meses entre el Congreso de Bakú y el tercer Congreso de la Comintern, pero durante este intervalo de tiempo la conclusión del tratado comercial anglo-soviético había hecho que cualquier tipo de propaganda pública contra el imperialismo británico se considerase poco oportuna; y del mismo modo los tratados con Persia y Turquía recomendaban evitar la propaganda comunista que pudiera ofender a los gobiernos persa y turco. No existía parte alguna de Oriente donde el comunismo hubiera progresado ostensiblemente. El interminable informe de Zinóviev sobre el trabajo realizado por el IKKI durante el año, que ocupaba alrededor de sesenta páginas impresas, no contenía más que tres frases de profundo significado sobre el asunto:

> El consejo de propaganda creado por el Congreso de Bakú está funcionando en el Cercano Oriente. Sin embargo, aún queda mucho por hacer en cuanto a organización. En el Extremo Oriente la situación es parecida [13].

Las cuestiones que tanto ardor habían suscitado en los debates del año anterior fueron relegadas a una apresurada sesión de la última tarde del Congreso, en la cual se sucedieron oradores de los países asiáticos, quienes en breves discursos, limitados a cinco minutos cada uno, expusieron sus aspiraciones. Los delegados de las tres repúblicas trascaucásicas, de reciente creación, se congratularon por haber conseguido su objetivo, no sin mirar de reojo a la amenaza del imperia-

[13] *Protokoll des III. Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1921), p. 211; la única alusión a «los países del Cercano y Extremo Oriente» que se hace en las resoluciones del Congreso es igualmente breve y formal *(Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* [1933], p. 165).

lismo turco; y Kemal fue atacado de forma directa por el delegado turco. Los delegados de China, Corea y Japón se dedicaron principalmente a denunciar el imperialismo japonés. El imperialismo británico, derribado de la conspicua posición que ocupaba en 1920, sólo fue tema para los delegados de Persia y Turquestán. Ninguno de los dirigentes reconocidos de la Comintern, ni tampoco ningún delegado ruso, tomaron parte en la discusión. Sólo el hindú Roy, consciente del vigor y de la amplitud del debate del año anterior, tuvo la audacia de describir esta falta de interés como «puro oportunismo» y «más adecuado a un congreso de la Segunda Internacional», y de protestar contra el desinterés demostrado por los delegados europeos y americanos [14]. Parecía claro que la revolución entre los pueblos asiáticos, por sí sola, nunca había sido considerada por la Comintern como un objetivo propiamente dicho. El tercer Congreso apagó su ardor y fue como si le pusiera unas andaderas.

El cambio de frente en el tercer Congreso pedía manifiestamente un cambio de táctica. La política de la Comintern, a partir del segundo Congreso, había consistido en dividir implacablemente a aquellos partidos en los que la disciplina doctrinal o del partido estuviera en peligro; ésta era, de hecho, la esencia de las veintiuna condiciones. Así Rakosi, tras haber conseguido dividir el partido italiano en Leghorn, había pedido insistentemente la cabeza de Levi en Berlín; según Zetkin, manifestó que «lo que la Comintern busca no es un partido de masas, sino un partido pequeño y puro», y que el partido alemán había llegado a ser «demasiado grande» [15]. Incluso Lenin repitió en el tercer Congreso su observación preferida de que los bolcheviques eran un partido diminuto en la época de la Revolución de Febrero [16]. Sin embargo, ahora la marea avanzaba con fuerza en dirección contraria. El Congreso de Halle había constituido un espectacular éxito porque provocó una escisión doctrinal en el USPD y porque, al mismo tiempo, había marcado el nacimiento de un partido comunista de masas. Pero este éxito no se había repetido en otros sitios y había pocas esperanzas de que fuera a suceder así. En Francia, el nuevo partido comunista era menor en número que su predecesor socialista; en Italia era una mera secuela. En Alemania, una nueva escisión en la dirección había ya debilitado el partido en vísperas de la «acción de marzo». Si el segundo Congreso había aparentado dar mayor importancia a la calidad en lugar de a la cantidad fue porque suponía que, una vez asegurada la calidad, la cantidad sobrevendría;

[14] *Ibid.*, p. 1018.
[15] *Ibid.*, p. 289.
[16] Lenin, *Sochineniya*, xxvi, 439.

una vez divididos los partidos en contra de dirigentes reformistas infieles, las masas se agruparían en torno a nuevos dirigentes purificados. Estas expectativas no se habían cumplido, y en el tercer Congreso se oyó por primera vez una nota de ansiedad. Incluso Zinóviev parecía ahora convencido:

> No podemos, en ningún caso (clamó dramáticamente), sufrir otra división en las filas del partido comunista alemán. En verdad no sé si nuestro partido podría resistir otra escisión [17].

Se previno a los partidos británico y norteamericano de que era «cuestión de vida o muerte no continuar siendo una secta». En especial se recriminó al partido británico por su falta de efectividad durante la huelga minera, y se le dijo intencionadamente que el hecho de ser un partido pequeño no constituía ningún motivo de orgullo [18]. La resolución del Congreso sobre este punto decía que «la primera tarea del Partido Comunista Británico es la de convertirse en un partido de masas» [19]. Sólo el KAPD seguía condenando abiertamente a los partidos comunistas de masas como «un *bluff* gigantesco», inútiles para cualquier acción revolucionaria seria y solamente «buenos para organizar manifestaciones en favor de la Rusia soviética los domingos y días festivos» [20]. La resolución del Congreso sobre tácticas a emplear proclamaba rotundamente el nuevo punto de partida en términos que, aunque no eran nuevos teóricamente, señalaban un notable cambio de énfasis desde el segundo Congreso:

> La tarea más importante de la Internacional Comunista es, actualmente, la de ganar la exclusividad de la influencia sobre la mayoría de la clase obrera y la de atraer su sector más activo a la lucha inmediata... Desde el mismo día de su fundación, la Internacional Comunista estableció clara e inequívocamente que su tarea no era la de crear pequeñas sectas comunistas que lucharan por influir en las masas obreras solamente a través de la agitación y la propaganda, sino la de participar directamente en la lucha bajo dirección comunista, y la de crear durante este proceso de lucha partidos comunistas de masas, extensos y revolucionarios.

Los que ahora intentaban dividir al proletariado eran «los partidos socialdemócratas y del centro»:

[17] *Protokoll des III. Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1921), p. 628.
[18] *Ibid.*, pp. 208, 624, 654-5.
[19] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1999), p. 184.
[20] *Protokoll des III. Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1921), p. 223.

> Los partidos comunistas se han convertido, en razón de la lucha por sus propios intereses, en los soportes de un proceso de unificación del proletariado; y de la toma de conciencia de este papel sacarán nuevas fuerzas [21].

Teóricamente, el cambio de la política de escisión a una política de unificación era una aplicación del principio enunciado veinte años antes por Lenin en la fundación de *Iskra:* «antes de unir, y para unir, debemos trazar primero una línea de separación de manera decisiva y definitiva» [22]. En la práctica, y puesto que la división no había llevado a la unión, esto supuso una transición de las tácticas de ofensiva a las de defensiva, una retirada temporal al mundo de compromisos y expedientes, que también caracterizan la política soviética bajo la NEP. Sin embargo, mientras la incorporación de las masas obreras a los partidos comunistas fuera un ideal remoto en casi todas partes, había que probar formas menos directas de ejercer influencia. Si se abandonaba la esperanza de una revolución inmediata y, entre tanto, la función principal de los partidos comunistas era la de oponer una obstinada defensa contra «la ofensiva del capital», se requeriría la cooperación de otros partidos obreros. Con tal de que no disminuyese la rigidez de la disciplina dentro de los partidos comunistas, continuaría extendiéndose la tolerancia hacia los partidos no comunistas y no ortodoxos. No sólo se admitieron una vez más en el Congreso a los delegados del KAPD (aunque sin derecho a voto), frente a las protestas del KPD [23], sino que el Partido Socialista Italiano también envió delegados, no obstante el hecho de que, tal y como lo expuso un miembro del Partido Comunista Italiano, «éste incluye entre sus miembros, con pleno derecho, a socialpatriotas no mucho mejores que un Thomas o un Scheidemann» [24]. Pero tales concesiones con respecto a la estructura de la Comintern no fueron suficientes, y además quedó demostrado que no tenían valor. Las masas obreras en los países industriales más importantes estaban organizadas en partidos que todavía se negaban a tener nada que ver con la Comintern; para llegar a ellos y para cooperar con ellos en la lucha contra la «ofensiva del capital» se requerirían compromisos más amplios. Radek, que seis meses antes había redactado, junto con Levi,

[21] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), pp. 183, 188-9.

[22] Véase vol. 1, p. 21.

[23] En enero de 1921 el IKKI rechazó una protesta de Levi contra la persistente tolerancia mostrada hacia el KAPD (*Kommunisticheski Internatsional,* n.° 16 [31 de marzo de 1921], cols. 3791-2); finalmente el KAPD fue excluido de la Comintern en septiembre de 1921.

[24] *Protokoll des III. Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1921), p. 356.

la «carta abierta» del KPD, en la que proponía la acción conjunta con todos los partidos alemanes de izquierda, incluidos el SPD y el USPD, proclamaba ahora la consigna «ante todo y sobre todo, hacia las masas, como sea» [25]. Esta consigna no era nueva. Un año antes el segundo Congreso había proclamado los lemas de «Penetrad en las masas» y «Una unión más estrecha con las masas» [26]. Pero ahora la consigna se recibía como la nota clave del Congreso. La caída en desgracia de Levi y la imposibilidad de demostrar demasiado entusiasmo por una política asociada a su nombre, ahora desacreditado, fue quizá lo único que impidió que la política del frente unido fuese abiertamente proclamada en el tercer Congreso. Esto ocurriría seis meses más tarde.

No hay duda de que los dirigentes de la Comintern en el tercer Congreso deseaban sinceramente modificar sus tácticas para ganarse la lealtad de las masas, pero no entendieron las condiciones que hubieran sido necesarias para hacer que esta política fuese un éxito, o quizá tampoco hubieran querido aceptarlas. Para poder llevar a cabo cualquier intento serio de crear partidos comunistas de masas en Europa occidental y en los países de habla inglesa, y de utilizarlos como cabeza de turco para penetrar en otros partidos de izquierda, era condición indispensable que el alto mando de la Comintern estuviera dispuesto a suavizar las rigideces, no sólo de su doctrina, sino también de su disciplina, y a permitir que los partidos nacionales y sus dirigentes tuvieran una libertad de discernimiento mucho mayor en lo referente a estructuración de políticas y tácticas según las condiciones locales, las cuales nunca podían llegar a ser entendidas plenamente ni a tiempo en Moscú. Sin embargo, el Congreso, que, por un lado, recomendaba políticas de atracción de masas, que ineludiblemente exigían una mayor descentralización de la autoridad, por otro lado, reforzaba los vínculos de organización y disciplina, lo cual, inevitablemente, llevaba a una mayor centralización. Una cláusula extensísima del tercer Congreso sobre «La estructura de la organización de los partidos comunistas, los métodos y el contenido de su trabajo», junto con otra cláusula más corta sobre «La organización de la Internacional Comunista» [27], representan los intentos que se hicieron de definir hasta el más mínimo detalle las funciones y obliga-

[25] *Ibid.*, p. 480.

[26] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), p. 95.

[27] La principal resolución está en *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), pp. 201-25; la resolución más corta debe buscarse en *Protokoll des III. Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1921), pp. 986-9, 1543

ciones de la Comintern y de los partidos miembros de ella. La primera y más importante de las resoluciones insistía en que los partidos nacionales, así como todos sus miembros y su prensa, deberían estar sometidos a la disciplina de la autoridad central, y sobre el deber de todos los miembros del partido de ocuparse del trabajo activo de éste. Los miembros del partido deben «comportarse siempre en público *como miembros de una organización de lucha*». Se daba más importancia al trabajo clandestino de los partidos; de hecho, este argumento fue el que más se utilizó, tal y como lo había hecho Lenin en los primeros días de la lucha del partido para justificar una centralización disciplinada de la autoridad [28]. Se establecía que los comités del partido nacional eran responsables no sólo ante sus propios congresos, sino también ante el IKKI —hecho éste que responde al principio de la «doble subordinación», tan conocido en la organización soviética [29]—; y en este posible conflicto de lealtad lo más probable era que la autoridad del órgano central —estrechamente unido y disponiendo de grandes recursos económicos— prevaleciese a la larga sobre la autoridad dispersa e intermitente de un congreso nacional anual. Esta fue la cláusula que Lenin atacó un año y pico más tarde en el cuarto Congreso, culpándola de ser «casi enteramente rusa, es decir, sólo sirve para condiciones rusas»; de hecho, fue considerada «letra muerta», ya que no se podía esperar que los extranjeros la entendieran o la cumplieran [30]. Sin embargo, la cláusula en su conjunto fue aceptada unánimemente en el tercer Congreso, lo que suponía un singular contraste con el deseo de crear partidos comunistas de masas en el mundo occidental.

Los detalles de organización se trataron en la resolución complementaria; el número de miembros del IKKI aumentó; el partido ruso siguió teniendo cinco delegados, otros partidos, numerosos, dos delegados cada uno, y los partidos más pequeños, uno sólo. Este aumento de tamaño de la entidad principal provocó un incremento natural de la importancia del buró interno de siete miembros, que fue reconocido formalmente por primera vez. Surgió una animada polémica sobre si el IKKI podía nombrar a cualquier miembro del partido para el buró interno o si la elección dependía exclusivamente

[28] La redacción original del pasaje sobre actividades «ilegales» del partido fue, en cierto modo, borrada en el texto final de la resolución, según el portavoz del IKKI explicó al Congreso «para que el asunto no se trasluciese demasiado a ojos de los gobiernos burgueses» (*Protokoll des III. Kongresses der Kommunistischen Internationale* [Hamburgo, 1921], p. 1042; sin embargo, es dudoso que éste fuese el único motivo de oposición a su forma original.

[29] Véase vol. 1, pp. 234-36.

[30] Lenin, *Sochineniya*, xxvii, 354-5.

de sus propios miembros. Una gran mayoría votó en favor del derecho no restringido, y así se reforzó aún más la autoridad del grupo dirigente del IKKI [31]. Para poder llevar a cabo una política más activa de acercamiento a las masas, se anunció que el periódico oficial de la Comintern, *Kommunisticheski Internatsional,* que aparecía como publicación irregular en cuatro idiomas, lo haría de ahora en adelante de manera regular todos los meses —de hecho, este objetivo no se alcanzó hasta 1925—, y que un semanario más popular, titulado *Internationale Presse-Korrespondenz (Inprekorr,* en abreviatura), aparecería en alemán, inglés y francés [32]. En febrero de 1922 se hizo una innovación en forma de una sesión «ampliada» del IKKI, a la cual fueron invitados otros delegados de partidos importantes. Este experimento se repitió en junio de 1922, y dos meses después Zinóviev anunció que estas sesiones «ampliadas», que se asemejaban a «pequeños congresos», tendrían lugar dos veces al año [33]. El cambio tuvo dos consecuencias probablemente inesperadas. Los congresos plenos de la Comintern dejaron de tener lugar anualmente y, después de 1922, se celebraron a intervalos irregulares; y parece ser que las sesiones ordinarias del IKKI cayeron en desuso. Los dos órganos activos de la Comintern eran ahora el Presidium y el IKKI, ampliado.

Sin embargo, en lo que respecta a las perspectivas y actitud de la Comintern, y especialmente de sus líderes rusos, la retirada tuvo implicaciones que llegaron mucho más allá de las cuestiones de estructura y organización. Puso de relieve el dilema inherente desde el principio a la doble política, la cual pretendía estimular y mantener la hostilidad de los obreros del mundo frente a todos los gobiernos capitalistas, y al mismo tiempo utilizar en provecho suyo las divisiones y rivalidades mutuas existentes entre éstos. Ambos factores —la hostilidad de los obreros hacia el capitalismo y las divisiones internas del mundo capitalista— habían contribuido a la supervivencia del régimen soviético durante la guerra civil; la política soviética no podía permitirse ignorar ninguno de estos dos factores, y, sin embargo, las líneas de acción que éstos exigían podían, en momentos críticos, hacer difícil el conciliarlos. El primero parecía exigir el

[31] *Protokoll des III. Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1921), p. 1044. El buró interno formado por el IKKI después del tercer Congreso constaba de Zinóviev, Bujarin, Gennari, Heckert, Radek, Bela Kun y Souvarine *(Kommunisticheski Internatsional,* n.° 18 [8 de octubre de 1921], col. 4756); por una decisión del IKKI, del 26 de agosto de 1921, se le puso el nuevo nombre de «presidium» *(ibid.,* col. 4758).

[32] *Ibid.,* n.° 18 (8 de octubre de 1921), cols. 4756-7.

[33] *Kommunisticheski Internatsional,* n.° 22 (13 de septiembre de 1922), col. 5689.

apoyo incondicional de los trabajadores contra los capitalistas, mientras el segundo exigía que se respaldase a una potencia capitalista contra otra. Sin embargo, cualquier plan de influenciar la actitud o la actuación de los gobiernos capitalistas que no fuese el intento de derrocarlos suponía, en potencia, una contradicción de la doctrina bolchevique. En el Congreso de Halle, Martov expuso el dilema breve y lógicamente:

Los bolcheviques que consideran el mantenimiento de su poder como la única garantía para lograr el éxito de la revolución mundial, se ven, de esta manera, empujados a emplear todos los medios, incluyendo los más equívocos y dudosos, a fin de mantener dicho poder, sin tener en cuenta los efectos de estos medios sobre el desarrollo de la revolución internacional [34].

Por dos veces, durante el tercer Congreso de la Comintern, se oyó apuntar la desagradable sugerencia —apresuradamente descartada— de que existía una contradicción entre los intereses inmediatos de la RSFSR y los de la Comintern o los de algunos de sus partidos asociados. Un artículo de Serrati, aparecido en la prensa socialista italiana y citado por Zinóviev como prueba de hostilidad a la Comintern, lamentaba que ésta hubiera de reunirse bajo la égida de «un gran gobierno revolucionario» que estaba obligado a «llevar su propia política de ofensiva y defensiva contra el capitalismo nacional e internacional». Serrati continuaba así:

Una política que, al ayudar a la República soviética, debe sin lugar a dudas ayudar también a todo el proletariado, puede quizá no corresponder al mismo tiempo a las necesidades tácticas de un Estado que se encuentra en el período crítico de su revolución, todavía latente [35].

El KAPD, cuyos delegados en el Congreso desempeñaron el papel de una oposición menospreciada, aunque permitida, fue aún más lejos al pedir «la separación política y de organización entre la Tercera

[34] *USPD: Protokoll über die Verhandlungen des Ausserordentlichen Parteitags zu Halle* (s. f.), p. 213. Un crítico hizo una observación diferente, pero afín, en una reunión del partido de diciembre de 1920, cuando Lenin había felicitado a sus oyentes por la creciente hostilidad mutua entre las potencias capitalistas, que era una buena garantía para la seguridad soviética; el crítico preguntó si esto no era una política que incitaba a las potencias capitalistas a guerras en que los obreros y campesinos de esos países iban a luchar y a sufrir (Lenin, *Sochineniya,* xxvi, 11).

[35] *Protokoll des III. Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1921), p. 159; Trotski citó una frase de Turati, el líder del ala derecha en el Congreso de Leghorn, que decía: «los rusos inventaron los Soviets y la Internacional Comunista en beneficio propio y por interés nacional» *(ibid.,* p. 397).

Internacional y el sistema de la política estatal rusa», y al hacer una declaración formal sobre este punto:

No olvidamos ni por un momento las dificultades con que el poder político ruso ha tenido que enfrentarse a causa del aplazamiento de la revolución mundial. Pero también vemos el peligro de que de estas dificultades pueda surgir una contradicción aparente o real entre los intereses del proletariado revolucionario mundial y los intereses momentáneos de la Rusia soviética [36].

En el Congreso no se produjo intento alguno de dar una respuesta seria a estas acusaciones, y muchos se quedaron con la impresión, como admitió un benévolo delegado holandés, «de que Rusia parecía estar más bien frenando el proceso revolucionario» [37].

La persistencia de esta crítica exigía evidentemente su refutación; y fue Trotski, que en esta época era el más activo defensor de la política oficial, quien se encargó de ello. La ocasión se presentó en un congreso de la Internacional de Juventudes Comunistas que tuvo lugar inmediatamente después del Congreso de la Comintern [38]; y le tocó a Trotski defender ante este auditorio, de espíritu crítico e impaciente, lo que él mismo denominó con franqueza «la estrategia de una retirada temporal» aconsejada por la Comintern. Advirtió que «algunos camaradas extraordinariamente listos habían adelantado una hipótesis, según la cual se podía culpar principalmente a los rusos por la actual 'tendencia derechista', porque los rusos acaban de establecer relaciones comerciales con un Estado occidental y están muy interesados en que esta relación no se vea impedida por la revolución europea»; y añadió irónicamente que algunos de «estos teóricos del desarrollo histórico» habían llegado a «extender su lealtad al espíritu de Marx hasta el extremo de buscar motivos económicos que justificasen esta tendencia derechista».

Habiendo expuesto los argumentos de la oposición de forma tan extremista, Trotski no encontró grandes dificultades para demolerlos formalmente. Se podían comparar con la acusación paralela, aunque aparentemente contradictoria de que, por razones de política nacional, el partido ruso había «insistido en provocar artificialmente una revolución en Alemania» con ocasión de la «acción de marzo». Seguía siendo verdad, como siempre lo había sido, que la «dictadura socialista victoriosa» no podía estabilizarse en Rusia como no fuera por medio de «la revolución mundial del proletariado internacional». Y por esta misma razón a Rusia no podía interesarle más que «el

[36] *Ibid.*, p. 224.
[37] *Ibid.*, p. 799.
[38] Véase p. 415.

lógico desarrollo interno» de la revolución, y no el acelerarla ni retardarla artificialmente [39]. Esta lógica respuesta podía reforzarse recurriendo a las realidades actuales. El carácter cauteloso y prudente que se confirió a la política de la Comintern en el tercer Congreso, aunque sin duda correspondía a los intereses inmediatos de la Rusia soviética, los cuales exigían una tregua en la dura e interminable lucha con el entorno capitalista, podía justificarse igualmente basándose en el objetivo final de la revolución mundial, que, como los hechos habían demostrado, no podía lograrse mediante las tácticas de ataque repentino que se consideraron en el segundo Congreso. Una vez más se pudo demostrar con cierta verosimilitud que existía una interdependencia entre la causa de la revolución mundial y la causa del poder soviético. El retraso de la revolución mundial, que había llevado a un retraimiento en la política del gobierno soviético, requería un retraimiento correspondiente en la política de la Comintern. Llegado el momento, ambas podrían reanudar juntas su avance. Pero este argumento, que teóricamente era irrebatible, pareció adquirir un tinte de algo dispuesto en beneficio propio cuando fue presentado por los dirigentes rusos de la Comintern a los partidos comunistas extranjeros, de los que se requería el supeditar sus propias tácticas a una línea general y uniforme prescrita en Moscú.

Mientras tanto se puso en marcha la tarea de dar vida al nuevo lema de «Hay que ganar a las masas». No se abandonó el intento de establecer una cooperación temporal con otros partidos de izquierda; es más, dicho intento había de intensificarse al año siguiente. Pero ahora se utilizó un nuevo recurso, al parecer más prometedor, que consistía en agencias internacionales especializadas que tenían un posible atractivo para las masas; algunas, que ya existían, podían ser sometidas a la autoridad general de la Comintern, creándose otras bajo su hegemonía. En ambos casos la idea era la misma. Las masas que no pudieran o quisieran afiliarse inmediatamente a los partidos comunistas o adherirse al rigor y disciplina de su doctrina podían ser atraídas por organizaciones subsidiarias de simpatizantes, y de esta manera contribuir indirectamente a la causa de la revolución proletaria.

La Internacional Sindical Roja, llamada comúnmente Profintern, era la más ambiciosa y la más importante de estas organizaciones subsidiarias creadas bajo los auspicios de la Comintern [40]. Desde

[39] L. Trotski, *Piat Let Kominterna* (s. f.) (1925), pp. 254-5.

[40] En alemán se conocía generalmente como «*Die Rote Gowerkschaftsinternationale*»; en inglés como «*The Red International of Labour Unions* (RILU)» (La Internacional Sindical Roja).

la época del segundo Congreso de la Comintern, Mezhsovprof[41] se había dedicado de lleno a levantar los cimientos de una nueva Internacional. Su primera tarea había sido la de conseguir que los sindicatos nacionales abandonasen su adhesión a la IFTU y la de prepararlos para su afiliación a la proyectada Internacional Roja. A este fin creó «oficinas de propaganda» en distintos países que, en general, no parece que diesen buenos resultados. La oficina inglesa[42] fue lo bastante activa como para ganarse la enemistad de los dirigentes más importantes de los sindicatos. Era inevitable que un organismo creado con la única intención de predicar la afiliación a Moscú en lugar de a Amsterdam atrajera a su seno los elementos rebeldes o disidentes de los sindicatos; y esto era suficiente para provocar la acusación de intentar escindir el movimiento. En Alemania, en el Congreso de Halle, esta acusación de dividir los sindicatos fue dirigida contra Zinóviev y Lozovski en tono de gran indignación. Sin embargo, tales acusaciones causaban poca impresión en Moscú, donde aún se suponía que el conseguir la adhesión de todo el movimiento era únicamente una cuestión de tiempo. El 9 de enero de 1921, el IKKI decidió convocar para el día 1.° de mayo una conferencia internacional para la fundación de una Internacional Sindical Roja. Debería invitarse a todos los sindicatos opuestos a Amsterdam (del mismo modo que todos los partidos y grupos contrarios a la Segunda Internacional habían sido invitados al Congreso en el que se fundó la Comintern); dicha invitación se envió tanto en nombre del IKKI como en el de Mezhsovprof[43]. Posteriormente esta conferencia fue aplazada hasta julio de 1921, a fin de sincronizarla con el tercer Congreso de la Comintern. Mientras tanto Lozovski aprovechó el cuarto Congreso de Sindicatos de toda Rusia, que se celebró en mayo de 1921, para soltar una larga arenga en favor de la proyectada Internacional Sindical, durante la cual afirmó que sindicatos representativos de 14.000.000 de trabajadores se habían adherido a Mezhsovprof; y el Congreso aprobó una resolución apropiada al caso. El tema de ambos era la lucha por el dominio del movimiento internacional obrero bajo la consigna «Moscú o Amsterdam»[44]. Es pro-

[41] Véase p. 220.

[42] Evidentemente contaba con el apoyo del comité nacional de delegados de talleres, cuyo presidente era Tom Mann (J. T. Murphy, *New Horizons*, 1941, pp. 167-8).

[43] *Kommunisticheski Internatsional*, n.° 16 (31 de marzo de 1921), cols. 3734-40, 3787.

[44] *Cherverti Vserossiiski Syezd Professionalnij Soyuzov* (1921), i (Plenumy), 80-94, 110-14.

bable que fuera éste el momento de mayor confianza en el proyecto de conseguir la adhesión del movimiento mundial sindicalista a un nuevo centro en Moscú. Durante el Congreso se anunció, en medio del entusiasmo general, que un delegado había entregado un anillo de oro «para los obreros ingleses en huelga» (era el momento de la primera gran huelga británica en las minas de carbón desde el fin de la guerra); y el Congreso votó que se enviaran a «los mineros ingleses que estaban en huelga» 20.000 libras de los fondos del Consejo Central de Sindicatos de toda Rusia [45]. En el tercer Congreso de la Comintern, un mes después, Zinóviev atacó una vez más a la IFTU acusándola de ser «la última barricada de la burguesía internacional», y anunció las tareas del inmediato primer Congreso de la Profintern: «organizar mejor la lucha contra la Internacional amarilla de Amsterdam», «definir de una manera práctica las relaciones entre sindicatos y partidos revolucionarios en cada país» y «formular con precisión la relación entre el Consejo Sindical Rojo y la Internacional Comunista» [46].

El Congreso fundacional de la Profintern, inaugurado el 3 de julio de 1921, reunió 380 delegados (de los cuales 336 tenían derecho a voto) procedentes de 41 países, que aseguraban representar a 17.000.000 de trabajadores sindicados de todo el mundo sobre un total de 40.000.000 [47]. Pero las sesiones pronto revelaron el dilema de que los más ansiosos por establecer la nueva Internacional eran los sindicalistas, que pretendían romper con los sindicatos existentes y exigían que la nueva Internacional fuera totalmente independiente del organismo político, es decir, de la Comintern; estas opiniones fueron expuestas en el Congreso por Bill Haywood en nombre de la organización de los IWW y por los delegados franceses y españoles. Sin embargo, bastaron sendos discursos de Zinóviev y Lozovski para restaurar el orden en el Congreso, y consecuentemente la Profintern quedó constituida según el esquema trazado por Mezhsovprof. Su función reconocida era la de «oponerse al equívoco programa burgués de la Internacional amarilla de Amsterdam..., una plataforma clara de acción revolucionaria». La primera condición para afiliarse era la de «cumplir y realizar en la práctica los principios de la lucha revolucionaria». En términos generales, se estableció la regla de que los sindicatos debían darse de baja de la IFTU antes de afiliarse a la

[45] *Ibid.*, i, 27, 194.
[46] *Protokoll des III. Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1921), pp. 672-3, 676.
[47] *Kommunisticheski Internatsional*, n.º 18 (8 de octubre de 1921), col. 4508; J. T. Murphy, *New Horizons* (1941), pp. 174-5.

Profintern. Pero en ciertos países, donde las principales organizaciones sindicales permanecían fieles a la IFTU, existía la posibilidad de que determinados sindicatos se afiliasen a la Profintern sin cortar sus lazos con la vieja organización [48]. Parece ser que se usó de esta licencia en gran profusión; y Lozovski, dos años más tarde, presumía, sin duda exagerando, de que la tercera parte de los obreros afiliados a la IFTU pertenecían también a la Profintern [49].

Las discusiones que más controversias originaron en el Congreso giraron en torno a las relaciones entre la Comintern y la Profintern, pronunciándose los sindicalistas muy en favor de la independencia de los sindicatos respecto a cualquier organismo político. Pero, también en este caso, el peso de la autoridad resultó demasiado fuerte. Fue una resolución presentada por Rosmer y Tom Mann la que dispuso «la unión más estrecha posible con la Tercera Internacional», unión que debería asegurarse mediante el intercambio de delegados entre el Consejo de la Profintern y el IKKI y de sesiones conjuntas de ambos organismos, y tomó medidas también para «una unidad revolucionaria real e íntima» entre los sindicatos rojos y los partidos comunistas de todo el mundo [50]. El estatuto adoptado por el Congreso incluía el establecimiento de un consejo central compuesto por cuatro delegados rusos, dos de cada uno de los demás países importantes, uno de cada uno de los países menores y un gabinete ejecutivo formado por siete miembros, de los cuales dos deberían proceder del «país donde la Internacional Roja de los Sindicatos tenga su sede» [51]. Ante delegados de Japón, China, Corea e Indonesia, el Congreso aprobó una resolución que incitaba a «los obreros del Próximo y Lejano Oriente» a «unirse a las filas de la Interna-

[48] *Resolutionen, Statuten, Manifeste und Aufrufe der Ersten Internationalen Kongresses der Roten Fach- und Industrie- Verbände* (Bremen, s. f. [1921]), pp. 64-5.

[49] *Dvenadtsayi Syezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* (1923), p. 280.

[50] *Resolutionen, Statuten, Manifeste und Aufrufe der Ersten Internationalen Kongresses der Roten Fach- und Industrie- Verbände* (Bremen, s. f. [1921]), pp. 17-18. Como ejemplo de la puesta en práctica de esto, el buró británico de la Profintern ordenó que «será independiente del Partido Comunista Británico, pero trabajará de acuerdo y en cooperación con él, llevando a terreno nacional las mismas relaciones que existen entre el CEC de la RILU y la IC» (*Constitution of the Red International of Labour Unions* [s. f.], pp. 12-13). Esto se conseguiría con un intercambio mutuo de representantes.

[51] *Resolutionen, Statuten, Manifeste und Aufrufe der Ersten Internationalen Kongresses der Roten Fach- und Industrie- Verbände* (Bremen, s. f. [1921], p. 73.

cional Sindical Roja»[52]. La distinción entre la Internacional de Amsterdam, que se reducía casi exclusivamente a los obreros europeos, y la Profintern, que ofrecía una calurosa acogida a los trabajadores de los países «coloniales», cobró importancia más adelante.

La Internacional de Juventudes Comunistas fue otra de las organizaciones cuyo destino sirve para ilustrar el dilema con que hubo de enfrentarse el tercer Congreso al tener que elegir entre apoyo internacional de masas y control centralizado desde Moscú. Esta organización no era, como la Profintern, una emanación directa de la Comintern, sino que tenía su propia historia. Antes de 1914 ya existía una Internacional de Juventudes Socialistas, la cual, en una conferencia celebrada en Berna en abril de 1915, adoptó una actitud pacifista y antibélica. Entre septiembre de ese mismo año y mayo de 1918 publicaron en Zurich, de forma intermitente, once números de su periódico, contándose entre sus colaboradores Lenin, Zinóviev, Trotski, Kolontai, Radek, Angélica Balabanov, Liebknecht y otros partidarios del movimiento de Zimmerwald[53]. Después de la guerra, esta organización se trasladó a Alemania, donde en un congreso celebrado en Berlín en noviembre de 1919, y gracias a la energía de su presidente. Willi Münzenberg, se reconstituyó como Internacional de Juventudes Comunistas[54]. Su programa reafirmaba su independencia como organización, aunque conformaba su actitud política al programa de la Comintern o al del partido nacional correspondiente perteneciente a dicha organización[55]. Münzenberg asistió al segundo Congreso de la Comintern, pero no logró que se tratara el tema del movi-

[52] *Ibid.*, pp. 79-80.

[53] El Comité reimprimió más tarde los once números (*Jugend-Internationale: Kampf-und Propaganda-Organ der Internationalen Verbindung Sozialisticher Jugend-organizationen* [*Moscú*, s. f.]); el número once recibió el título especial de *Brot, Frieden und Freiheit*.

[54] En la Rusia soviética, la Asociación de Juventudes Comunistas o Komsomol (su último título oficial fue «Asociación de Juventudes Comunistas-Leninistas de toda Rusia» o VLKSM), fue fundada en octubre de 1918; Zinóviev lanzó un llamamiento en mayo de 1929 en nombre del IKKI para constituir una organización internacional de juventudes comunistas (*Communistischeski Internatsional*, n.° 2 (junio de 1919), col. 241.

[55] Willi Münzenberg describe el Congreso en *Die Dritte Front* (1930), pp. 293-302; el programa está en *ibid.*, pp. 375-80. Parece que éste es el mejor informe sobre los primeros años de la Internacional de Juventudes Comunistas; los informes rusos son puramente propagandísticos. La obra *Geschichte der Kommunistischen Jugend-Internationale* (5 vols., 1931), de R, Schüller no se ha podido conseguir. Sería interesante una monografía sobre este tema. Los documentos del primer Congreso y un informe de las sesiones aparecieron en *Kommunisticheski Internatsional*, n.° 9 (22 de mayo de 1920), cols. 1411-18 y n.° 11 (14 de junio de 1920), cols. 1895-1912.

miento juvenil [56]. A pesar de esta decepción, la Internacional de Juventudes Comunistas continuó y prosperó, hasta el punto de que en el primer aniversario de su nacimiento pretendía representar a 45 organizaciones juveniles nacionales y a 800.000 miembros [57]. Cuando decidió convocar su segundo Congreso en Jena, el 7 de abril de 1921, el IKKI cayó repentinamente en la cuenta de la importancia de esta institución comunista, casi independiente. El periódico oficial de la Comintern comenzó por aclamar al Congreso como un acontecimiento de «gran significación» y «una poderosa demostración del movimiento comunista» [58]. Pero el 1.° de abril de 1921 el IKKI envió una carta a la secretaría de la Internacional de Juventudes Comunistas dándole instrucciones perentorias para que las próximas discusiones de Jena se considerasen «no válidas» y para que convocara el Congreso en Moscú, donde se reuniría en junio al mismo tiempo que el tercer Congreso de la Comintern [59]. La directiva acató la decisión. A Münzenberg se le concedió el honor de ocupar un lugar en el IKKI y asistió como miembro al tercer Congreso de la Comintern. La falta de interés hacia la Internacional de Juventudes que mostró el segundo Congreso no se repitió aquí; Zinóviev, en su informe general, rindió un tributo a la importancia de dicha Internacional, y media sesión fue consagrada a tratar de sus asuntos, en el curso de la cual Münzenberg hizo una exaltada declaración de lealtad al Partido Comunista, a la Comintern y a Moscú [60]; y la resolución del Congreso sobre el estado legal de la Internacional de Juventudes Comunistas fue categórica en lo referente a esta cuestión:

> La influencia política y el liderazgo pertenecerán, a escala internacional, exclusivamente a la Internacional Comunista; en el plano nacional, a la sección de la Internacional Comunista de cada país.
>
> El deber de la organización de juventudes comunistas es el de someterse

[56] *Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* (Hamburgo, 1921), p. 640.

[57] W. Münzenber, *Die Dritte Front* (1930), p. 331.

[58] *Kommunisticheski Internatsional,* n.° 16 (31 de marzo de 1921), cols. 3943-4.

[59] La carta se encuentra en *Sowjet,* 15 de mayo de 1921, pp. 49-50; éste era un periódico independiente de izquierda del cual fue director Levi al ser expulsado del KPD, y la publicación de la carta fue una indiscreción intencionada. Según W. Münzenberg en *Die Dritte Front* (1930), pp. 343-4, la razón por la que se trasladó el Congreso a Moscú fue el temor a la intervención de la policía después de la «acción de marzo»; pero en el texto de la carta no aparece esta explicación.

[60] *Protokoll des III. Kongresses der Kommunistischen Internationale,* (Hamburgo, 1921), pp. 220-1, 251-4, 887-905.

a esta dirección política (programa, táctica, directrices políticas) y el de unirse al mismo frente revolucionario. La Internacional de Juventudes Comunistas es parte integrante de la Internacional Comunista y, como tal, está sujeta a los acuerdos del Congreso de la Internacional Comunista y de su comité ejecutivo [61].

El segundo Congreso de la Internacional de Juventudes Comunistas se reunió inmediatamente después del aplazamiento del Congreso de la Comintern. El hecho de que la resistencia y la crítica se hicieran presentes resulta evidente al considerar que Lenin en persona intervino para conciliar opiniones divergentes [62], y que Trotski apareció en el Congreso para defender a la Comintern contra la acusación de supeditar los intereses de la revolución mundial a los de la Rusia soviética [63]. Pero se solventaron todas las dificultades, hubo acuerdo, y el cuartel general de la Internacional de Juventudes Comunistas fue trasladado a Moscú [64]. Los congresos subsiguientes de la Internacional de Juventudes Comunistas se celebraron en Moscú a la vez que los congresos de la Comintern. De nuevo se había dado un paso que favorecía la disciplina centralizada de la Comintern a expensas del relativo grado de independencia que era necesario para estimular los movimientos de masas. El hecho de que Münzenberg fuera trasladado a otra ocupación después del Congreso pudo ser una mera coincidencia [65].

Tanto la Profintern como la Internacional de Juventudes Comunistas eran organizaciones específicamente comunistas, y el impulso que las llevó a ser incluidas en el extenso ámbito del poder disciplinario de la Comintern fue irresistible. Esta exigencia había anulado en una gran parte el fin para el cual habían sido creadas en un principio, consistente en proporcionar un medio de acercamiento a simpa-

[61] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), pp. 256-9.

[62] W. Münzenberg, *Die Dritte Front* (1930), p. 346. Según *Bolsaya Sovetskaya Entsiklopediya,* xxxiiii (1938), 829, art. «Kommunisticheski Internatsional Molodezhi», el segundo Congreso fue precedido de un «tenaz esfuerzo» y «fueron corregidas las equivocaciones que cometió el primer Congreso en la cuestión de relaciones mutuas con la Comintern y los partidos comunistas».

[63] Véanse pp. 407-10.

[64] Existe un informe sobre el Congreso en *Kommunisticheski Internatsional,* n.º 18 (8 de octubre de 1921), cols. 4529-32.

[65] W. Münzenberg, *Die Dritte Front* (1930), p. 348. En la primavera de 1921 se creó la Internacional Comunista Femenina, que a partir de abril de 1921 publicó algunos números de un periódico mensual, *Die Kommunistische Fraueninternationale,* celebró una conferencia al mismo tiempo que tenía lugar el tercer Congreso de la Comintern y recibió el beneplácito de éste (*Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* [1933], pp. 255-56), pero al parecer nunca llegó a tener mucha vitalidad.

tizantes no comunistas. Sin embargo, un acercamiento de este tipc era necesario, y después que concluyó el tercer Congreso, se realizć un intento de provocarlo por medio de una serie de organizacione: ligeramente conectadas con el partido por objetivos comunes, perc libres de obligaciones referentes a acción revolucionaria y de las estrictas normas de doctrina y disciplina. La posición de «compañeros de viaje», que había sido admitida en el mundo literario ruso después de la introducción de la NEP, fue de este modo transferida a la esfera del comunismo internacional. Parece ser que el primer impulso se produjo, casi por accidente, a causa de la situación de emergencia creada en Rusia por el hambre. Bajo la dirección del ambicioso y hábil Münzenberg, el 2 de septiembre de 1921 se fundó en Berlín una Sociedad Internacional de Ayuda Obrera (MRP). Su función inicial fue la de servir de contrapeso izquierdista a la generosa ayuda suministrada a la Rusia soviética por la Asociación de Socorro Americana (ARA) y otras organizaciones burguesas para aliviar los horrores del hambre. Los obreros alemanes se comprometieron a trabajar horas extraordinarias y a destinar su excedente de producción de maquinaria o de bienes de consumo para la Rusia soviética; más adelante se hicieron colectas de dinero para los obreros rusos y se emitió un empréstito; y la MRP empezó a distribuir literatura popular y propaganda a favor de la Rusia soviética [66]. Münzenberg, en un informe destinado al IKKI, de marzo de 1922, calificó a la MRP de ser «el primer intento práctico de instituir el frente unido». Declaró que a finales de enero de 1922 se había reunido un total de doscientos millones de marcos donados por obreros o partidos comunistas, principalmente de Alemania, Suiza y Holanda, y que los centros de socorro de la MRP, distribuidos por el territorio ruso, habían atendido a 70.000 rusos hambrientos. Se había prestado ayuda indirecta colaborando en la reconstrucción económica general mediante la aportación de maquinaria, herramientas y obreros extranjeros. «Lo que debemos dar hoy a los rusos es la intensa capacidad de trabajo y la forma de organización de los obreros de Europa occidental y de Esta-

[66] Ruth Fischer da un resumen del trabajo realizado por esta organización en Alemania en 1922: «veintisiete municipios entregaron sumas importantes o patrocinaron hogares infantiles en la Unión Soviética, y jóvenes y niños recogieron utensilios y ropa por valor de ocho millones de marcos. Una emisión de «bonos obreros» alcanzó dos millones de marcos. La organización tenía su propio semanario, *Sichel und Hammer*, cuya primera edición fue de 130.000 ejemplares. Se proyectaron películas rusas y los ingresos obtenidos con las mismas fueron a Rusia. El violinista ruso Soermus, acompañado de un grupo coral hizo una gira por el país dando recitales políticos. (*Stalin and German Communism* [Harvard, 1948], p. 220).

dos Unidos» [67]. Más tarde se pusieron en funcionamiento estaciones de tractores e incluso sovjozi, bajo el control de la MRP, con maquinaria y obreros extranjeros. La organización cumplía el doble objetivo, según explicó claramente una resolución del cuarto Congreso de la Comintern, de atraer las simpatías de los obreros hacia la Rusia soviética y de lograr «resultados económicos reales» [68]. El cuartel general siguió estando en Alemania, pero también tuvo éxito en otros países europeos, incluida Gran Bretaña, donde prosperó durante muchos años bajo el nombre de Ayuda Obrera Internacional. En otoño de 1921 nació en los Estados Unidos una sociedad denominada Los Amigos de la Rusia Soviética, destinada a ayudar a la población azotada por el hambre. Casi al mismo tiempo una serie de figuras literarias de relieve, entre las que se incluían Anatole France, Romain Rolland y Henri Barbusse, fundaron en Francia el grupo «Clarté», que sirvió de modelo a grupos de «compañeros de viaje» intelectuales en otros países. También apareció en este período la Asociación Internacional de Ayuda a los Revolucionarios, que en un principio estaba destinada a reunir fondos para las víctimas del «terror blanco» y que también recibió la bendición del cuarto Congreso de la Comintern [69].

En Gran Bretaña se intentó llevar a cabo un experimento único y prometedor bajo los auspicios del CPGB. La crisis de desempleo condujo a la formación de comités locales, que se asociaron para formar el Movimiento Nacional de Obreros en Paro (NUWM), cuyo organizador y principal promotor era Wal Hannington, destacado comunista. En el Día del Armisticio de 1921, unos 40.000 desocupados se manifestaron ante el cenotafio de Whitehall llevando una corona mortuoria con la hoz y el martillo y la siguiente inscripción:

> A las víctimas del capitalismo que dieron sus vidas por la Renta, el Interés y el Beneficio; de los supervivientes de la Paz que están sufriendo algo peor que la muerte por culpa de esta maldita trinidad [70].

[67] *Die Taktik der Kommunistischen Internationale Gegen die Offensive des Kapitals* (Hamburgo, 1922), pp. 126-9.

[68] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), pp. 327-8; *Internationale Presse-Korrespondenz*, n.º 95, 6 de junio de 1923, estaba dedicado a hacer una relación de los logros de la MRP en la Rusia soviética.

[69] *Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1923), p. 837; en inglés era conocido en general como «*International Class War Prisioners' Aid*» (Ayuda a los prisioneros de la lucha internacional de clases) (ICWPA).

[70] T. Bell, *The British Communist Party* (1937), p. 79: el autor añade que el partido «fue el principal motor de todo este movimiento de obreros parados».

Al año siguiente se produjo el nacimiento de un Movimiento Minoritario Nacional en el propio seno de los sindicatos que desempeñó un papel de «grupo activista», de inspiración y dirección comunista, entre los obreros empleados, comparable al llevado a cabo por el NUWM entre los obreros en paro [71]. Estas fueron sólo las primeras de las diversas organizaciones, a través de las cuales el reducido Partido Comunista Británico intentó llegar a las masas de obreros ingleses y cuyo éxito se vio pronto anulado por complicaciones políticas.

Estas medidas de cooperación e infiltración, adoptadas en cumplimiento del lema del tercer Congreso de la Comintern de «Hay que ganar las masas», eran lo suficientemente prometedoras como para que se hiciera necesaria una definición más precisa de la nueva doctrina. El cambio de actitud se hizo patente en diciembre de 1921, cuando el IKKI publicó una serie compuesta de veinticinco tesis sobre «El Frente Obrero Unido» [72]. Las tesis pretendían detectar un movimiento hacia la izquierda y un aumento de la confianza en los comunistas por parte de las masas obreras, que en todas partes estaban sintiendo «una necesidad de unidad sin precedentes». Así, pues, se presentaba la oportunidad de «una mayor y más amplia unidad en la acción práctica» y, en consecuencia, se exhortó a los partidos comunistas y a la Comintern en conjunto para que *«apoyaran el lema de un frente obrero unido* y tomaran en sus manos la iniciativa de esa cuestión». Sin embargo, era necesario consignar ciertos requisitos. Los partidos comunistas tenían que conservar no solamente su total independencia de organización y de doctrina, sino también su derecho en todo momento «a expresar sus opiniones acerca de la política de todas las organizaciones de la clase obrera sin excepción». Se recordó que los bolcheviques, en su lucha contra los mencheviques —tales precedentes estaban siempre presentes en la mente bolchevique—, habían adoptado en cierta ocasión el lema de «unidad desde abajo». Esto dejaba la vía libre para atacar a los dirigentes de otros partidos laboristas y socialdemócratas: se señaló que «los dirigentes de las Internacionales segunda, dos y media y de Amsterdam han demostrado hasta ahora por su comportamiento que, llegada la hora

[71] Un delegado del CPGB en el cuarto Congreso de la Comintern, en noviembre de 1922, los designó como «formas» que el movimiento tomó en Gran Bretaña *(Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* [Hamburgo, 1923], p. 132).

[72] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), pp. 303-10, donde aparecen como un anexo a la resolución del cuarto Congreso, confirmándolas; también está en *VKP(B) v Rezolutsiyaj* (1941), i, 409-16.

de las *acciones prácticas,* abandonan, de hecho, su consigna de unidad». Así, pues, la proclamación del «frente obrero unido» contenía desde el principio un elemento equívoco. Había que convocar a otros partidos para que se agruparan en un frente unido. Pero la unidad en cuestión quedaba limitada a la acción práctica, encaminada a conseguir objetivos definidos comunes. Esto no significaba el renunciar a aquellos objetivos comunistas que no fueran compartidos por partidos no comunistas, ni intentar dividir a dichos partidos contra sus dirigentes; en lo que se refería a los dirigentes, la política de Lenin de mantenerlos «como la soga mantiene al ahorcado» era todavía válida.

El seguir las tácticas del frente unido condujo a la Comintern a un experimento único y poco prometedor, que consistía nada menos que en intentar formar un frente unido con la Segunda Internacional. Ya desde abril de 1920 el Partido Laborista Independiente (ILP) británico se había acercado al Partido Socialista suizo con intención de restablecer una Internacional que incluyese a todos [73]. Un año de conversaciones no bastó para realizar este objetivo, y en su lugar llevó al nacimiento —en una conferencia celebrada en Viena en febrero de 1921 [74]— de otra «Internacional» más, igualmente boicoteada por las otras dos. Era ésta la Unión Obrera Internacional de Partidos Socialistas, más conocida como la «Unión de Viena», y a la que sus enemigos apodaron la «Internacional Dos-y-Media» —y éste fue el nombre que prevaleció—. La Internacional Dos y Media fue un intento de resucitar el grupo del «Centro» en el movimiento internacional, que se había opuesto a la guerra, pero que se negaba a aceptar lo que el derrotismo nacional y la revolución social implicaban, y que, como la «mayoría de Zimmerwald», había sido el blanco de los duros ataques de Lenin [75]. El final de la guerra no le había dejado más programa que un pacifismo bien intencionado y una buena voluntad para encontrar una postura intermedia entre las dos Internacionales que luchaban entre sí; y nunca adquirió una política independiente o una postura propia. Pero cuando a principios de 1922 propuso una conferencia general de todas las organizaciones obreras del mundo, la Comintern, que daba por entonces las primeras muestras de entusiasmo por su frente unido, aceptó la propuesta con avidez. La sesión ampliada del IKKI acogió el proyecto, en febrero de 1922, en nombre de los partidos comunistas de todas partes, y sugirió que los

[73] Véase p. 198.
[74] Existe un informe de los debates en *Independent Labour Party: Report of the 29th Annual Conference* (1921), pp. 33-47.
[75] Véase p. 577 más adelante.

sindicatos deberían ser invitados, estuvieran o no afiliados a la Internacional de Amsterdam o la Profintern, y declaró tajantemente que «una unidad de acción entre las masas obreras» era un proyecto realizable en el acto, «a pesar de las diferencias de principio en sus opiniones políticas» [76]. La Segunda Internacional había sido mucho más prudente, y sólo se pudo llegar a un acuerdo en una reunión preliminar celebrada entre los delegados de las tres Internacionales para encaminar la cuestión.

El 2 de abril de 1922 comenzó esta extraña reunión en el edificio del Reichstag, en Berlín. La delegación de la Segunda Internacional se veía en cierta manera sobrecargada por un grupo de seis británicos, dirigidos por Ramsay MacDonald; le seguía en importancia el grupo belga encabezado por Vandervelde. La delegación de la Internacional Dos-y-Media estaba dirigida por los austriacos Adler y Baner, y estaba formada por miembros de varios países, incluidos Longuet, de Francia; dos mencheviques rusos, Martov y Abramovich, y Wallhead, del ILP británico [77]. La delegación de la Tercera Internacional estaba formada por Bujarin y Radek, de la Rusia soviética, Clara Zetkin, de Alemania, y varias figuras de menor importancia. Alemania era el único país que tenía representantes en las tres delegaciones. Serrati fue también admitido a la conferencia como delegado del Partido Socialista Italiano, que no pertenecía a ninguna de las tres Internacionales.

Pocos podían esperar un resultado positivo de esta asamblea heterogénea. Lo que se consiguió, aunque poco, fue enteramente debido al enorme interés de la delegación de la Comintern por llegar a algún acuerdo al precio que fuera. Clara Zetkin abrió el acto con un discurso de palabras muy medidas, donde proponía una conferencia de representantes de las tres Internacionales y de todos los sindicatos. El orden del día debería incluir «ayuda para la reconstrucción de la República Soviética Rusa» y «el Tratado de Versalles y la reconstrucción de las regiones devastadas». Vandervelde contestó con un discurso muy desafiante. Tras poner objeciones a que se discutiesen en la conferencia propuesta las reparaciones o el Tratado de Versalles, suscitó tres cuestiones, sobre las cuales la Segunda Inter-

[76] *Kommunisticheski Intearnatsional v Dokumentaj* (1933), p. 269.

[77] El ILP, aunque separado de la Segunda Internacional, seguía formando parte del Partido Laborista inglés; MacDonald, miembro del ILP, pudo de esta manera aparecer en la delegación de la Segunda Internacional con un mandato del Partido Laborista, mientras que el representante oficial del ILP formaba parte de la delegación rival. A Radek no dejó de chocarle lo confuso de la organización británica. (*The Second and Third Internationals and the Vienna Union* [s. f.], p. 66).

nacional precisaba garantías antes de consentir en ninguna conferencia: la formación de células comunistas en las organizaciones obreras, la sustitución del régimen menchevique en Georgia por el «imperialismo bolchevique» (Tsereteli, el menchevique georgiano, era miembro de la delegación de la Segunda Internacional) y el inminente juicio de los dirigentes eseritas en Moscú. Vandervelde era muy vulnerable por haber sido antes socialista partidario de la guerra y ministro socialista en un gobierno burgués de coalición, y Radek dirigió contra él, así como contra Ramsay MacDonald —quien después intervino en términos más suaves—, algunos ataques mordaces y eficaces. Pero, retórica aparte, la «formación de células» (dignificada por la invención de la palabra francesa muy *ad hoc, noyautage)* era el verdadero tema de la discusión. Una vez más se sacó a relucir el viejo tema de una colaboración temporal, con fines definidos, entre enemigos irreconciliables, sin conseguir un mayor acercamiento o una comprensión mutua. Ramsay MacDonald se quejó de que la Tercera Internacional estaba intentando «engatusarnos para acercarnos más a ella de forma que sus golpes sean tanto más mortales». Serrati, que de manera sorprendente se alzó en defensa de la Comintern, señaló con agudeza que la Segunda Internacional no había tenido dificultades de ningún tipo en colaborar con Clemençeau durante la guerra, y en lo referente al *noyautage* su opinión era que «un movimiento fuerte y sano no debe temer al veneno». Radek, con su enfoque más directo del problema, lo descartó por completo:

> No tenemos la menor confianza en los partidos de la Segunda Internacional y no podemos fingirla. Pero a pesar de esto decimos: «no se trata de que tengamos o no confianza los unos en los otros; los obreros piden una lucha en común y nosotros respondemos: comencémosla» [78].

En medio de esta atmósfera de intransigencia, sólo el decidido empeño de Radek de que no se llegara a una ruptura final podía salvar del naufragio a esta concentración. Después de la declaración inicial de Clara Zetkin, Radek fue el único delegado de la Comintern que tomó la palabra, y habló largamente por dos veces. Sus polémicas públicas fueron, por lo demás, acompañadas de un gran afán de conciliación entre bastidores. Es posible que Radek fuera el único de los presentes que conocía el avanzado estado en que se encontraban las negociaciones entre los gobiernos soviético y alemán, que habían de culminar, diez días después de que terminase la reu-

[78] *The Second and Third Internationals and the Vienna Union* (s. f.), pp. 47-50, 53, 72.

nión de Berlín, en el Tratado de Rapallo, e insistió en sus demandas en pro de una denuncia conjunta del Tratado de Versalles. Pero Vandervelde defendía obstinadamente los intereses de su país en el Tratado y en las reparaciones, y Radek tuvo que ceder en este punto, como en casi todos los demás, para evitar una ruptura inminente A última hora de la tarde del 5 de abril de 1922 se llegó a una resolución conjunta. Esta estableció un comité conjunto de organización, compuesto por nueve miembros (tres de cada una de las tres Internacionales) para preparar «nuevas conferencias» y para iniciar conversaciones entre la «Internacional Sindical de Amsterdam» y la «Internacional Sindical Roja». La Conferencia tuvo en cuenta una declaración, hecha en nombre de la Comintern, que pedía que se permitiera a los eseritas, que estaban siendo juzgados en Moscú, el escoger sus propios defensores, que el juicio fuera público, que se permitiera la asistencia a representantes de las tres Internacionales y que no hubiera sentencias de muerte. Autorizaba al comité de organización para que recibiera de los tres ejecutivos «material... relativo a la cuestión de Georgia» y para informar sobre ello en una futura conferencia. Por último, aunque en principio reconocía la conveniencia de una «conferencia general», a corto plazo, de organizaciones de izquierda, tenía en cuenta la objeción formulada por la Segunda Internacional a que se convocara dicha conferencia «en abril, es decir, al mismo tiempo que la conferencia de Génova». Entre tanto, instaba a los «obreros de todos los países» para que organizaran manifestaciones inmediatas en favor de ciertos fines concretos:

Por la jornada laboral de ocho horas;
Por la lucha contra el desempleo, que ha aumentado enormemente como resultado de la política de reparaciones de las potencias capitalistas;
Por la acción unida del proletariado frente a la ofensiva capitalista;
Por la Revolución rusa, por la Rusia hambrienta, por la reanudación por parte de todos los países de sus relaciones políticas y económicas con Rusia;
Por el restablecimiento del frente unido proletario en todos los países y en la Internacional.

En una declaración final hecha en nombre de los delegados de la Comintern, Radek manifestó que la resolución conjunta había sido aceptada por ellos «después de muchas dudas», y que «sus dudas se debían sobre todo al hecho de que la Segunda Internacional se negaba a adoptar para las manifestaciones obreras la consigna de la anulación del Tratado de Versalles» [79].

[79] *Ibid.*, pp. 83-5, 88-9.

La aceptación de esta resolución por parte de la delegación de la Comintern provocó una reacción inmediata en Moscú. Al recibir el texto, Lenin publicó un artículo en *Pravda*, el 11 de abril de 1922, titulado «Hemos pagado demasiado caro». La propuesta de admitir representantes de las tres Internacionales en el juicio de los eseritas y de no imponer sentencias de muerte había sido algo inadmisible; además, no se había obtenido ninguna concesión de la otra parte. Sin embargo, la conclusión no fue que hubieran fallado la táctica del frente unido, sino simplemente que «la burguesía», personificada en sus diplomáticos, había demostrado una vez más una mayor agudeza que la de los representantes de la Internacional Comunista. Lenin concluyó diciendo que, con objeto de apoyar al proletariado «frente a la opresión de la ofensiva capitalista, hemos adoptado la táctica del frente unido, y la llevaremos hasta sus últimas consecuencias» [80]. Diez días después, *Pravda* seguía pidiendo manifestaciones unidas en todos los países por medio de una unión de obreros, comunistas, anarquistas, socialdemócratas, obreros sin afiliación, independientes y democratacristianos contra el capital [81].

En este 1.° de mayo de 1922 los gritos de combate que el partido comunista ruso lanzaba habitualmente en ese día, por primera vez no mencionaron la revolución mundial. Pero Lenin tenía razón al creer que las concesiones de Radek no habían servido de nada. Seis semanas después de la reunión de Berlín, los partidos francés, británico y belga estuvieron de acuerdo en convocar una conferencia para preparar una reunión de las Internacionales Segunda y Dos-y-Media sin contar con la Tercera. Cuando el comité de organización de Berlín se reunió por vez primera el 23 de mayo de 1922, los delegados de la Comintern anunciaron su secesión. Se abandonó este extraño experimento en tácticas de frente unido. Mas avanzado el año, la cola del USPD volvió a unirse al SPD, y en la primavera de 1923, como consecuencia natural de esta reunión, la Internacional Dos-y-Media fue absorbida pacíficamente por la Segunda Internacional.

La aplicación de la política del frente unido a países concretos estaba sujeta no sólo a las debilidades e inconsistencias propias de la política como tal, sino también a las dificultades de aplicar una política decididamente uniforme a situaciones nacionales muy diferentes. El período que siguió al tercer Congreso fue de confusión general e incertidumbre dentro de los partidos comunistas nacionales, lo cual fue un índice del declive del prestigio e influencia de la propia Comin-

[80] Lenin, *Sochineniya*, xxvii, 277-80.
[81] *Pravda*, 22 de abril de 1922.

tern. Lo que sí representó una constante fue la gran paciencia y tolerancia que mostró la Comintern en su relación con los partidos nacionales y la mano suave de que hizo gala el IKKI después del tercer Congreso, en contraste con la mano de hierro utilizada en el período anterior.

La resolución del «frente obrero unido», como otras muchas cosas de la política de la Comintern, estaba inspirada directamente por las condiciones y precedentes alemanes. La táctica de frente unido la utilizó por primera vez con éxito Brandler en Sajonia, en la época del *putsch* de Kapp, y se generalizó en la carta abierta de enero de 1921. Pero ésta era una política que tenía más probabilidades de atraer a los elementos derechistas que a los izquierdistas del partido. La expulsión de Levi y la «acción de marzo» cristalizaron la escisión entre derechas e izquierdas. El tercer Congreso de la Comintern, al confirmar la expulsión de Levi, se decidió, de hecho, a favor de las derechas; Ernst Meyer, el nuevo líder, era un antiguo miembro del *Spartakusbund,* seguidor de la tradición de Levi. La oposición izquierdista en el KPD, que había empezado a formarse en el tercer Congreso, aceptó como jefes a Maslow, un miembro del comité central de Berlín, ruso de nacimiento, y a Ruth Fischer, su íntima colega, la cual había sido uno de los críticos más empedernidos de Levi antes de su expulsión [82]. La Comintern estaba ahora sobre todo ansiosa de prevenir el peligro de otra separación. En la víspera del Congreso del partido alemán, que debería reunirse en Jena en agosto de 1921, Lenin escribió una carta al partido, en la cual sugería que «Maslow y dos o tres de sus simpatizantes y colaboradores» deberían ser enviados a Moscú «durante un año o dos» para ser «absorbidos» por el partido ruso y librarlos de la nociva influencia alemana, y que se debía defender a toda costa un «tratado de paz» entre las ramas derecha e izquierda del KPD y evitar nuevas divisiones [83]. Pero al no asimilar el partido la indirecta, Moscú olvidó el asunto. El Congreso del partido reunido en Jena en agosto de 1921 señaló, a pesar de todo, una clara tendencia derechista. No sólo hizo suyas las decisiones del tercer Congreso de la Comintern, sino que además publicó un manifiesto que contenía exigencias apenas diferentes de las del

[82] Véase p. 344 anterior.

[83] Lenin, *Sochineniya,* xxvi, 490. Según Ruth Fischer en su obra *Stalin and German Communism* (Harvard, 1948), p. 182, Maslow y sus amigos establecieron contactos en Berlín con los miembros de la «oposición obrerista» rusa, que habían sido condenados en el décimo Congreso del partido en marzo de 1921 (véase vol. 1, pp. 217-18), si esto se supo, tuvo que confirmar la opinión que de ellos tenían en Moscú como agitadores.

SPD relativas a cuestiones internas, tales como confiscación de la propiedad de las antiguas clases dirigentes, la imposición de cargas de reparación a los ricos y el control de la producción por los consejos fabriles. Todo esto componía un programa radical, pero no revolucionario. El Congreso sobrepasó las líneas establecidas en el tercer Congreso de la Comintern, al abogar abiertamente por una política de «frente obrero unido» [84]. Esto suponía una victoria para la derecha, y en particudar para Brandler; y Ruth Fischer, en nombre de una pequeña minoría de izquierdas, atacó en vano a la derecha, acusándola de ser responsable del fracaso de la «acción de marzo», y pidió la vuelta a la «ofensiva» [85]. Por tanto, cuando el IKKI proclamó la política de frente unido, en diciembre de 1921, no hacía más que generalizar una decisión que ya había sido tomada por el KPD para Alemania; y la misma resolución adoptó también la política de un «gobierno de obreros unidos» para Alemania (no se habló de ello para otros países) [86].

Las consecuencias de estas decisiones surgieron poco a poco. Podría haber cooperación con el SPD y con lo que quedaba del USPD, e incluso era posible la formación de gobiernos de coalición en la administración local y en algunos estados de Alemania, especialmente en Sajonia. Pero en la política nacional del Reich tenían pocas posibilidades. Sin embargo, detrás de este asunto estaba el problema más amplio de la relación del KPD con el Reich mismo y con los gobiernos burgueses, que eran ahora normalmente los que lo regían. Después del Congreso de Jena, el *Rote Fanhe* proclamó que «los obreros tienen el derecho y el deber de defender la república contra la reacción» (una actitud claramente opuesta a la que se tomó en el *putsch* Kapp), y que el gobierno Wirth tendría que decidir «si quiere gobernar con los obreros o contra los obreros» [87].

La conclusión de que los obreros, y en su nombre el KPD, no fueran totalmente hostiles al gobierno burgués alemán, era una innovación sorprendente con respecto a la doctrina anterior.

Sin embargo, todas sus consecuencias no se conocieron hasta la

[84] *Bericht über die Verhandlungen des 2. Parteitags Kommunistischen Partei Deutschlands* (1922), pp. 409-15. A partir de este Congreso se dejó de escribir la palabra «Vereinigte» junto al nombre de KPD, palabra que le había sido añadida en diciembre de 1920 (véase p. 236 anterior); algún tiempo después, el Congreso de Jena se convirtió en el séptimo en lugar de ser el segundo.

[85] *Bericht über die Verhandlungen des 2. Parteitags der Kommunistischen Partei Deutschlands* (1922), p. 265.

[86] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), p. 305.

[87] *Die Rote Fanhe,* 31 de agosto de 1921.

firma del Tratado de Rapallo en la primavera siguiente. Evidentemente, esto cogió de sorpresa al KPD, aunque la alianza con la Rusia soviética había sido consigna aceptada sin más durante tanto tiempo por todas las secciones del partido, que habría sido imposible pensar en oponerse a ella. Las dificultades provocadas se reflejaron en el prolongado silencio que el KPD mantuvo sobre el tema y en lo incoloro y apagado de las pocas declaraciones que hizo. El *Rote Fanhe*, que había recibido el Tratado de Rapallo, dos días después de su firma, como un engaño de franceses y británicos en Génova, no hizo ningún comentario en seis semanas. El 29 de mayo de 1922, cuando el Tratado fue presentado al Reichstag, Frolich, el portavoz del KPD le dio su aprobación de bastante mala gana con observaciones de que «el verdadero contenido de este Tratado no es más que la recopilación de unos hechos que han existido desde hace mucho tiempo», y que «hasta el momento este Tratado de Rapallo no contiene más que palabrería» [88]. Al día siguiente el *Rote Fanhe* llegó a elogiar el Tratado como «el primer acto independiente, en política exterior, de la burguesía alemana desde 1918». Sin embargo, esto apenas rozaba el asunto que en realidad implicaba. Especialmente en el Oriente Medio se habían familiarizado ya con la idea de que los partidos nacionales comunistas no podían esperar ayuda incondicional de Moscú en cualquier circunstancia, y que los intereses a corto plazo del partido local debían ser sacrificados a veces a las ventajas que, a largo plazo, traería al movimiento en su conjunto, lo cual estaba complicado en la defensa y el refuerzo del poder soviético. Pero el principio de un equilibrio de fuerzas europeo, consciente o inconscientemente inserto en la política soviética y por el Tratado de Rapallo, significaba que las actitudes y políticas de los partidos comunistas más avanzados del mundo diferían entre sí según que los gobiernos de sus respectivos países mantuviesen relaciones hostiles o amistosas con el gobierno soviético, y que tendrían que ser modificados de vez en cuando para tener en cuenta las variaciones que se produjeran en estas relaciones. Pasó mucho tiempo hasta que estas consecuencias se desarrollaron del todo, y no cabe duda de que los artífices del Tratado de Rapallo no eran conscientes de ellas en la primavera de 1922 [89].

[88] *Verhandlungen des Reichstags*, ccclv (1922), 7738.

[89] Según Ruth Fischer en su obra *Stalin and German Communism* (Harvard, 1948), p. 193, el KAPD «atacó abiertamente esta política [es decir, la de Rapallo] por considerarla una capitulación rusa a la contrarrevolución alemana y encontraron fácil apoyo entre los miembros del partido comunista». Apenas si existe testimonio contemporáneo de dicho apoyo; la izquierda del partido no criticó abiertamente la política de Rapallo.

Entre tanto, el tema principal de controversia en el seno del KPD durante el verano de 1922 no era el Tratado de Rapallo, sino la llamada «campaña de Rathenau». El asesinato de Rathenau, sucedido el 24 de junio de 1922 y perpetrado por miembros de una organización nacionalista, a raíz de un crimen parecido ocurrido con la persona de Erzberger en agosto de 1921, pareció la ocasión apropiada para aplicar la táctica del frente unido con otros partidos de izquierdas bajo el estandarte de la defensa de la república contra la reacción. Pero el SPD no mostraba gran entusiasmo por la acción conjunta; y la campaña fracasó después de algunas manifestaciones callejeras poco eficaces, dejando tras de sí tan sólo un legado de recriminaciones mutuas entre las facciones izquierda y derecha del KPD, y ocasionando el que este partido fuese criticado por el IKKI por no haber comprendido que «un frente unido no debe nunca, nunca, nunca imposibilitar la independencia de nuestra agitación» —otra muestra más de la ambigüedad de este tipo de táctica [90]—. Más o menos al mismo tiempo el KPD firmó un acuerdo con el SPD y los sindicatos, según el cual se comprometía a apoyar las exigencias de éstos en contra de los patronos, acuerdo éste que fue ensalzado por el ala derecha del partido como medio de llegar a las masas y de lograr su apoyo, y atacado por la izquierda como una desviación más de la senda revolucionaria. Las animadversiones personales empeoraron el carácter de las diferencias, que fueron llevadas ante el cuarto Congreso de la Comintern, celebrado en Moscú al final del año [91].

La situación en el partido francés era más compleja y el grado de independencia era mayor. Pero, aunque la paciencia de la Comintern estuviera a punto de acabarse, Moscú seguía con gran tesón la nueva política de evitar la ruptura. Las deficiencias del partido francés fueron objeto de poca atención en el tercer Congreso, pero fueron el objeto de una larga carta dirigida por el IKKI al comité ejecutivo de dicho partido al finalizar el Congreso. Los fallos de la labor parlamentaria del partido, el que no hubiera sido capaz de infiltrarse en los sindicatos, la falta de disciplina demostrada por su prensa y lo débil de su organización central fueron todos temas sometidos a juicio; y sobre todo se declaró como «necesidad incondicional» el que las comunicaciones entre el IKKI y el comité ejecutivo «se llevaran de

[90] La carta del IKKI fue citada por Zinóviev en el cuarto Congreso (*Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* [Hamburgo, 1923], pp. 98-9); la fecha correcta de dicha carta era probablemente el 18 de julio (y no de junio) de 1922.

[91] Véanse pp. 462-65 más adelante.

una forma más regular y a intervalos más cortos» [92]. La reprimenda fue mal recibida. Se pensó que estos ataques habían sido inspirados por Souvarine, uno de los miembros del comité ejecutivo del partido francés, quien, sin embargo, había residido en Moscú desde finales de 1920 como miembro francés del IKKI, y del que se pensaba que había sido ganado con demasiada facilidad al punto de vista de la organización central; su origen ruso prestaba fundamento y acritud a esta crítica [93]. En la víspera del Congreso del partido francés, que se reunió en Marsella a finales de diciembre de 1921, se recibió una nueva carta de amonestación e instrucción del IKKI, escrita esta vez por la pluma mordaz de Trotski. Remitía los saludos de la Comintern a «su sector francés», pero protestaba, una vez más, de que «el partido francés ha estado siempre demasiado ajeno a la vida de la Internacional», así como de la indiferencia mostrada ante grandes faltas de disciplina cometidas por la prensa del partido [94]. Esto no dulcificó la opinión de un considerable sector de éste, que se resentía de la intervención de Moscú. El Congreso de Marsella pasó inadvertido mientras se discutían cuestiones doctrinales abstractas, pero cuando se procedió a la elección del comité ejecutivo los ánimos se exaltaron, y el impopular Souvarine no obtuvo un puesto. Esto se interpretó acertadamente como una demostración contra el IKKI y todos sus trabajos. Cuatro fieles miembros del comité que habían sido reelegidos dimitieron en señal de protesta, y el Congreso terminó con gran escándalo y confusión [95]. La situación no mejoró cuando, una vez terminado el Congreso, el comité ejecutivo recibió la resolución del IKKI, ordenando que los partidos adoptaran la política del frente unido. En Francia, donde en aquella época los

[92] *Zur Lage in der Kommunistischen Partei Frankreichs* (Hamburgo, 1922), pp. 7-13. Esta colección de documentos fue publicada por el IKKI después de su sesión de junio de 1922; la mayor parte de ellos aparecieron en *Kommunisticheski Internatsional* y en el *Bulletin Communiste,* órgano del partido francés, pero el folleto sólo se ha podido localizar en su edición alemana.

[93] El 8 de diciembre de 1921, el IKKI explicó al comité central francés que habían tomado la decisión de no permitir que sus relaciones con los partidos nacionales estuvieran en manos de ciudadanos del país en cuestión y que había entregado la corresponsalía francesa a Humbert-Droz, un suizo, y suplicaba al comité que tratara el asunto «sin tener en cuenta consideraciones personales» (*ibid.,* pp. 1315); pero un periódico independiente, el *Journal du Peuple,* seguía refiriéndose a las declaraciones del IKKI como «ucases de Souvarine» (*ibid.,* p. 21).

[94] *Ibid.,* pp. 19-23.

[95] Una relación completa del Congreso sacada de los artículos de *L'Humanité,* 26-31 de diciembre de 1921, se encuentra en la *Histoire du Parti Communiste Français* (1948), de G. Walter, pp. 65-75.

comunistas constituían el mayor partido político de izquierdas, la apelación a un frente unido no tenía sentido, por útil que fuese en otro sitio; cualquier indicio de formar un gobierno de obreros unidos hacía recordar el pasado escándalo —siempre muy resentido por la izquierda francesa— de los socialistas, cuya ambición les había hecho ocupar puestos ministeriales en gobiernos de coalición. El nuevo comité ejecutivo, bajo la dirección de Frossard, tuvo, por tanto, un gran apoyo popular cuando, no agradándole la perspectiva de cooperar con los que habían sido derrotados y expulsados en Tours tan sólo un año antes, expresó la opinión de que la nueva táctica no tenía aplicación en Francia. Se convocó apresuradamente una conferencia especial de delegados del partido, que el 22 de enero de 1922 aprobó la actitud del comité por una amplia mayoría [96].

La situación era, pues, tensa cuando en febrero de 1922 se reunió en Moscú el pleno ampliado del IKKI. Se presentaron cuatro delegados del partido francés (aunque Frossard no estaba entre ellos) y votaron en contra del frente unido. Trotski, en un discurso lleno de quejas, protestó de que la antigua acusación hecha contra la Comintern en el tercer Congreso de frenar la revolución mundial para poder «negociar con la burguesía occidental» estaba «tomando cuerpo de nuevo en relación con el frente unido» [97]. Pero ninguno de los dos bandos estaba dispuesto a convertir la cuestión en ocasión de ruptura declarada. Los delegados franceses, vencidos en la votación (sólo los italianos [98] y los españoles compartían sus objeciones), declararon que aceptarían la voluntad de la mayoría; y el IKKI no presionó en favor de reprimendas y sanciones. El 4 de marzo de 1922, el IKKI publicó una cortés resolución en la que, una vez más, enumeraba cautelosamente seis deficiencias principales que trataba como «supervivientes del pasado en ciertos grupos del partido». Se tuvo en cuenta una declaración de la delegación francesa referente a la intención de

[96] G. Walter, *Histoire du Parti Communiste Français* (1948), pp. 82-3.

[97] L. Trotski, *Die Fragen Arbeiterbewegung in Frankreich und die Kommunistische Internationale* (Hamburgo, 1922), p. 8. Lozovski, en la misma ocasión, se enfrentó a la acusación francesa de que «los rusos... quieren llegar a un acuerdo con los reformistas para salvar el Estado soviético» *(Die Taktik der Kommunistischen Internationale Gegen die Offensive des Kapitals* [Hamburgo, 1922], p. 85); la versión del discurso de Trotski en esta recopilación abreviada de los debates (pp. 78-83) no incluye el pasaje citado más arriba.

[98] El Partido Comunista Italiano, alentado por el ejemplo francés, rechazó también la política de frente unido en su Congreso de marzo de 1922; el resultado práctico de esto fue que, hasta el momento del *coup* de Mussolini, el Partido Comunista Italiano, igual que le había ocurrido al KPD al estallar el *putsch* de Kapp, seguía sin diferenciar otros partidos de izquierdas o burgueses de los fascistas.

restaurar la disciplina entre sus miembros y en la prensa del partido, y de restituir en sus puestos a los cuatro que habían dimitido del comité ejecutivo después del Congreso de Marsella; y nada se dijo de Souvarine [99]. Henri Fabre, director del diario rebelde *Journal du Peuple*, fue expulsado del partido para dar una lección a la prensa de éste [100]. Pero, aparte de esta sanción aislada, las decisiones tomadas en Moscú siguieron sin tener vigencia en Francia. La denominada prensa del partido siguió tan ecléctica como siempre en cuanto a carácter y opinión, y la política del frente unido siguió siendo atacada en el seno del partido, basándose en la opinión, poco ortodoxa, de que no se podía considerar obligatoria hasta ser aprobada por el siguiente Congreso de la Comintern. En mayo de 1922, otro anatema del IKKI cayó sobre París [101], y se acordó celebrar otra sesión del pleno ampliado en Moscú, en el mes de junio. Esta vez se desplazó el propio Frossard. El discurso de introducción de Trotski fue aún más ferozmente fulminante, tal y como requería el lapso de tiempo transcurrido y la presencia personal del jefe de los inculpados. Pero eso sólo acentuó el elemento de comedia que contenía el desenlace, en que se hizo poco más que repetir las mismas amonestaciones, promesas y mutuas alabanzas de la resolución de febrero [102]. La única novedad que surgió en las discusiones de Moscú fue la decisión de celebrar en octubre un congreso del partido francés con anterioridad al congreso de la Comintern del siguiente mes.

El Congreso del Partido Comunista Francés, celebrado en París en octubre de 1922, ofreció un magnífico ejemplo de la técnica de la Comintern para tratar a los partidos nacionales y de la política de conciliación y compromiso seguida durante este período. El 13 de septiembre, y como preparación para el Congreso, el IKKI envió una carta de amonestación y de exhortación al comité central del partido

[99] El resumen de Trotski y la resolución del IKKI se encuentran en *Die Taktik der Kommunistischen Internationale Gegen die Offensive des Kapitals* (Hamburgo, 1922), pp. 136- 41; la resolución y la declaración francesa se encuentran en *Zur Lage in der Kommunistischen Partei Frankreichs* (Hamburgo, 1922), pp. 20-32. Entre la resolución del IKKI y la declaración del partido existía una diferencia inconciliable: el primero hablaba del restablecimiento de los cuatro en la dirección del partido; el segundo sólo se comprometía a proponer su reinstauración en el siguiente Congreso del partido.

[100] *Ibid.*, pp. 32-5.

[101] *Ibid.*, pp. 35-43.

[102] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), pp. 284-9. Parece que no hay ningún documento oficial de los debates de esta sesión del IKKI; los discursos de Trotski de los días 8 y 10 de junio de 1922 se encuentran en *Kommunisticheski Internatsional*, núm. 21 (19 de julio de 1922), cols. 5.405-56.

francés [103]. Dos delegados de la Comintern, Humbert-Droz y Manuilski, llegaron a París mucho antes del Congreso para negociar con las facciones antagonistas; y en el propio Congreso aparecieron también delegados de los partidos comunistas alemán y británico para apoyar la autoridad del organismo internacional. Los dos representantes de Moscú, y en especial el resuelto Manuilski, abundaron en proyectos para lograr un compromiso entre las facciones de derecha y de izquierda, y, evidentemente, les interesaba más llegar a un acuerdo que provocar la victoria de las izquierdas. La propuesta final, hecha durante el propio Congreso, cuando todo lo demás había fallado, consistía en igualdad entre izquierdas y derechas en todos los órganos del partido y en que el voto decisivo en caso de disputa correspondiera a un delegado del IKKI. Esto fue aceptado, como es natural, por las izquierdas, pero rechazado por las derechas a favor de una propuesta que consistía en dejar depender la composición de los organismos del partido del resultado de una sola votación del Congreso. Así, el asunto se convirtió en una cuestión entre autonomía del partido francés o aceptación del IKKI, como árbitro de sus disputas. La votación final arrojó una pequeña mayoría a favor de la derecha. Sin embargo, las instrucciones del IKKI para lograr una conciliación a cualquier precio seguían en pie. La izquierda recibió órdenes de Manuilski de adaptarse a la decisión y de aceptar los puestos que la mayoría le ofreciera. Pero estas órdenes mostraban muy poco conocimiento del temperamento de la derecha. Frossard, que había obtenido la victoria gracias a su hábil manejo del Congreso, pretendía explotarla al máximo. Todos los puestos de todos los órganos del partido fueron ocupados por miembros de la derecha. Al final de este Congreso, las izquierdas se encontraron excluidas de todo lo que no fuera ser simplemente miembro del partido. Cuando en noviembre de 1922 se reunió en Moscú el cuarto Congreso de la Comintern, parecía inminente e inevitable que se produjera una ruptura entre ésta y el partido francés. Pero la amenaza no provenía de la intransigencia del IKKI, sino de la de una escasa mayoría del propio partido [104], y la cuestión a resolver era el deseo de la Comintern

[103] *Kommunisticheski Internatsional,* núm. 23 (4 de noviembre de 1922), cols. 6.223-46.

[104] El informe del congreso de París en la *Histoire du Partie Communiste* (1948), de G. Walter, pp. 101-11, exagera la categoría e importancia de Manuilski en aquel momento, debida principalmente a la circunstancia de ser uno de los pocos bolcheviques que hablaba francés perfectamente; en otros aspectos la información es excelente.

de adoptar una actitud menos rigurosa que la aprobada por el partido nacional.

En Gran Bretaña la situación era particularmente favorable a la táctica del frente unido. En ningún lugar de Europa había fracasado el marxismo de manera tan evidente en su intento de penetrar en el movimiento obrero; en ningún lugar la simpatía hacia la Rusia soviética se manifestaba de manera tan entusiasta —simpatía ésta que se expresaba no sólo en el movimiento de ámbito nacional de protesta contra la ayuda a los enemigos del régimen, sino también en una constante presión de los sindicatos británicos para llegar a un acuerdo con los sindicatos rusos y con la Profintern—. El resultado fue la coexistencia de un diminuto partido comunista y de una enorme legión de simpatizantes, cuyo apoyo en cuestiones concretas no implicaba inclinación alguna a adherirse a la doctrina o a la disciplina del partido. Por medio de la cooperación con simpatizantes no pertenecientes al partido, el Partido Comunista de Gran Bretaña (CPGB) parecía capaz de ejercer una influencia sobre la política británica, que no guardaba proporción alguna con lo insignificante del número de sus afiliados. Desgraciadamente no había sido éste el único carácter impreso al partido cuando nació. La negativa a su demanda de afiliación al Partido Laborista había causado un gran encono contra los dirigentes laboristas; y cuando en marzo de 1921 Ramsay MacDonald, cuyo historial pacifista le había mantenido fuera de la Cámara de los Comunes desde 1918, se presentó como candidato en unas elecciones complementarias en Woolwich, el CPGB, convencido de que era el Kautsky o el Scheidemann británico, mandó a sus mejores oradores al distrito electoral para atacarle. No había candidato comunista, pero el CPGB proclamó más tarde que su campaña le había costado el escaño a MacDonald al darle a su contrincante conservador una pequeña mayoría. En unas elecciones complementarias posteriores en Caerphilly, en agosto de 1921, el CPGB presentó por primera vez un candidato propio; y aunque llegó al final de la elección, lo mal que los oradores comunistas trataron a los dirigentes laboristas dejó un rastro de animosidad aún más intensa. En consecuencia, cuando en el verano de 1921 el tercer Congreso de la Comintern estableció la nueva línea de conciliación [105], definida luego

[105] En agosto de 1921, Lenin, habiendo sabido que la Federación de Mineros del sur de Gales había votado por mayoría la unión a la Comintern, escribió una carta a Bell donde le proponía la fundación de un semanario obrero en el sur de Gales, pero le advertía que «al principio no debe ser *demasiado revolucionario*» y sugería que uno de los tres editores no fuera comunista (Lenin, *Sochineniya*, xxi, 482).

más claramente por la resolución del IKKI de diciembre sobre el frente unido, había mucho terreno perdido que recuperar y muchas palabras que tragarse. Dos números sucesivos del diario oficial de la Comintern, en otoño de 1921, publicaron artículos escritos por Michael Borodin, el comunista ruso-americano que se había convertido en funcionario de la Comintern [106], criticando al CPGB por no haber conseguido ejercer influencia alguna sobre las masas ni sobre los sindicatos [107]. Durante el año de 1922 el CPGB, en un intento de apaciguamiento, retiró todos los candidatos comunistas de los distritos donde también se habían anunciado candidatos laboristas, incluso allí donde el comunista era el que más probabilidades tenía [108]. Pero esta actuación tuvo poco efecto; el Partido Laborista, en su conferencia anual celebrada en Edimburgo en el verano de 1922, rechazó una vez más por una aplastante mayoría la petición comunista de afiliación. Mientras tanto, en marzo de 1922, se nombró una comisión formada por tres personas —Pollitt, un sindicalista; Palme Dutt, un joven intelectual del partido, hindú de nacimiento, y Harry Inkpin, hermano del secretario del partido— para informar sobre el estado en que éste se encontraba; y Borodin fue enviado a Moscú como consejero en la labor de reorganización [109]. El problema no consistía, como en Alemania, en un partido dividido contra sí mismo o, como en Francia, en un partido casi totalmente unido en oposición a la política que exigía el IKKI. El problema radicaba en que era un partido no dividido por disensiones importantes y dócil a las directrices de Moscú, pero sin suficiente influencia en la vida política del país al que pertenecía. El plan de reorganización trazado por la comisión bajo la dirección de Borodin propuso abolir la flexible estructura «federal» de la constitución del partido y reorganizarlo según lo que ahora se reconocía como la línea comunista ortodoxa de centralización y estricta disciplina. A finales de agosto de 1922, Borodin fue arrestado en Glasgow, sentenciado a seis meses de prisión por haber entrado ilegalmente en el país, y deportado [110]. El plan fue presentado en un congreso del partido, celebrado en Battersea en octubre de 1922, aunque después de haber pasado por más discu-

[106] Véase p. 184.
[107] *Kommunisticheski Internatsional,* núm. 18 (8 de octubre de 1921), cols. 4.661-92; núm. 19 (21 de diciembre de 1921), cols. 4.943-66.
[108] *Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1923), p. 131; *CPGB: Communist Policy in Great Britain* (1928), p. 115.
[109] W. Gallacher, *The Rolling of the Thunder* (1947), pp. 38-9; J. T. Murphy, *New Horizons* (1941), pp. 183-4.
[110] *The Times,* 30 de agosto de 1922.

siones y secesiones [111]. Pero las fuerzas que operaban en Gran Bretaña a favor del comunismo y de la Rusia soviética radicaban en organizaciones que ni profesaban el comunismo ni eran comunistas de manera específica —en el Movimiento Obrero del Paro Nacional (NUWM), el Movimiento Minoritario Nacional, en los sindicatos e incluso en organizaciones cuasifilantrópicas, como la Ayuda Obrera Internacional (MRP) [112]— más que en el propio CPGB. Si la táctica de frente unido tenía alguna aplicación en Gran Bretaña, era a través de estas organizaciones. La adopción de tal táctica puso de relieve la dificultad inherente a la concepción de la Comintern como organización que prescribía políticas uniformes y líneas de acción idénticas para los partidos comunistas de todo el mundo. Uno de los corolarios del frente unido era la creciente importancia concedida a actividades legales en oposición a actividades clandestinas: los partidos deberían aparecer públicamente y buscar la alianza con otros partidos para obtener objetivos limitados, proclamando al mismo tiempo sus propias y más vastas intenciones. Pero una política tal no podía tener aplicación alguna en países donde los partidos comunistas estaban legalmente prohibidos, y sólo existían como organizaciones conspiradoras; y durante los siete años en que fue oficialmente recomendada la táctica del frente unido, el número de estos países no cesó de aumentar. En la práctica, los únicos países en que se realizaron intentos serios de aplicar el frente unido fueron Alemania, Checoslovaquia y Gran Bretaña. En los Estados Unidos se suscitó una situación extremadamente anómala. En mayo de 1921 había terminado por fin el escándalo de los partidos comunistas rivales y se fundó un solo Partido Comunista de América del Norte con el apoyo de la Comintern. Pero el congreso fundacional se llevó a cabo en secreto y las actividades del partido eran «totalmente clandestinas» [113]. Sin embargo, cuando la decisión del frente unido fue promulgada, se hizo necesaria la fundación de un nuevo Partido Obrero de América que fuese legal y al cual pertenecieran los miembros del Partido Comunista; al principio el nuevo partido suplementaba las actividades del partido ilegal y, finalmente, lo absorbió tomando el nombre de «Partido Obrero (Comunista)» [114]. Pero ni el partido legal ni el ilegal ejercían

[111] T. Bell, *The British Communist Party* (1937), pp. 83-4.

[112] Véase p. 416.

[113] El informe de un delegado norteamericano sobre este punto está recogido en *Die Taktik der Kommunistischen Internationale Gegen die Offensive des Kapitals* (Hamburgo, 1922), p. 23.

[114] La autoridad más convincente para la historia del comunismo norteamericano en sus comienzos parece ser el libro de J. Oneal y G. A. Werner,

influencia alguna en la vida política norteamericana; ni siquiera parece que recibieran atención seria de ningún tipo en Moscú, de forma que el papel del partido norteamericano en el movimiento comunista internacional no sólo no tuvo importancia, sino que fue anómalo.

Zinóviev, más de dos años después, al hacer una retrospección histórica, expuso con bastante franqueza los motivos que condujeron a la adopción de la táctica del frente unido en el invierno de 1921-1922:

> En un principio —es decir, en 1921-22— la táctica de frente unido fue la expresión de nuestra toma de conciencia, primero, de que aún no hemos alcanzado una mayoría entre la clase obrera; segundo, de que la socialdemocracia es todavía muy fuerte; tercero, de que ocupamos posiciones defensivas y de que el enemigo está atacando...; cuarto, de que las batallas decisivas no son todavía inminentes. De esta forma llegamos al lema: «Hay que ganar a las masas», y a la táctica del frente unido [115].

Esto constituía una defensa razonable de la táctica adoptada por la Comintern con respecto a la perspectiva de una revolución. La retirada llevada a cabo en la Comintern podía justificarse con argumentos similares a los utilizados para justificar la NEP. El método de la insistencia con que los partidos comunistas persiguieran de forma rigurosa e inflexible objetivos revolucionarios inmediatos había resultado tan desastroso como la política soviética del «comunismo de guerra». El argumento en que se apoyaba la táctica de frente unido de la Comintern era ciertamente independiente del argumento en que corrientemente se apoyaba la NEP. Como señaló uno de los delegados británicos al Congreso, «ninguno de nosotros sacó conclusiones importantes, concernientes a una futura política, de la introducción de la NEP a que Lenin se refirió en su discurso» [116]. Pero los dos argumentos se sacaron a relucir simultáneamente , y por las mismas personas, y ambas retiradas se debieron, en última instancia, a la misma causa: el retraso en la consumación de la revolución europea. De aquí que la distinción teórica entre ambas políticas, y las dos series de argumentos que las apoyaban, se hiciera, en la práctica, cada vez más difícil de mantener. Zinóviev, en el discurso que dirigió a la junta ampliada del IKKI, en febrero de 1922, formuló la ecuación:

American Communism (N. Y., 1947); pero sería necesario un estudio especial para desenmarañar los testimonios contradictorios y a veces muy tendenciosos que ofrece.

[115] *Protokoll: Fünfer Kongress der Kommunistischen Internationale* (s. f.), I, 77.

[116] J. T. Murphy, *New Horizons* (1941), p. 175.

Si el Ejército Rojo de la Rusia soviética hubiera tomado Varsovia en 1920, las tácticas actuales de la Internacional Comunista hubieran sido otras de las que son. Pero esto no ocurrió. La retirada estratégica fue seguida de una retirada política, para todo el movimiento obrero. El partido proletario ruso se vio obligado a hacer extensas concesiones a los campesinos y, en parte, también a la burguesía. Esto frenó el ritmo de la revolución proletaria, pero lo contrario también es cierto: el revés que sufrieron los proletarios de los países de Europa occidental entre 1919 y 1921 influyó en la política del primer Estado proletario y frenó el ritmo en Rusia. Por lo tanto, se trata de un proceso doble [117].

Desde entonces se puso de moda referirse a la táctica de frente unido de la Comintern como contrapartida de la NEP; y entre los partidos comunistas extranjeros, a los que sólo concernía la primera de estas dos políticas, se vio de nuevo confirmada la impresión de que los actos de la Comintern respondían a un modelo parcial o totalmente determinado por las necesidades de la República Soviética Rusa. La cuestión no se planteó mientras pareció inminente el triunfo de la revolución mundial, pero, una vez comenzada la retirada y con el compromiso y la maniobra a la orden del día, la disputa no cesó de rodar sin llegar a ninguna conclusión definitiva entre los que distinguían claramente los propósitos e intereses de la Comintern de los de la Rusia soviética, y aquéllos para los que no solamente no era válida tal distinción, sino que, además, la consideraban inconcebible.

[117] *Die Taktik der Kommunistischen Internationale Gegen die Offensive des Kapitals* (Hamburgo, 1922), p. 30.

Capítulo 31
CONSOLIDACION EN EUROPA

La Conferencia de Génova y el Tratado de Rapallo dieron lugar, por vez primera, a que la Rusia soviética adquiriese una posición asegurada como potencia europea. Tras la invitación para acudir a Génova, las potencias occidentales podrían luchar contra ella, pero no ya ignorarla. Después de Rapallo se hallaba al mismo nivel de otra gran potencia, potencia que había sufrido igualmente un eclipse transitorio y que consideraba el Tratado como medio de escapar a su aislamiento y situación de menosprecio. Oportunidades más amplias de maniobra se ofrecieron así a la vida diplomática soviética. Hasta entonces la principal disyuntiva para el gobierno soviético había sido o bien seguir una política de apaciguamiento temporal, por procedimientos diplomáticos, con los gobiernos capitalistas o bien tratar de minarlos y derrocarlos por medio de la propaganda revolucionaria. Lo que era realmente nuevo en 1922 era la capacidad, siempre dentro de los límites de su política anterior, de ganarse a uno u otro de los dos grupos capitalistas que se dividían Europa, opción que el gobierno soviético había tratado en vano de llevar a la práctica en 1918 durante los días de su debilidad extrema. La segunda mitad del año 1922 fue, en política interior, la culminación del primer período de la NEP. Se había superado el hambre de 1921, la cosecha de 1922 era excelente y el estímulo proporcionado por la NEP se hacía sentir a través de la economía. En estas condiciones era natural que el sen-

tido de transigencia con el mundo capitalista encontrara su expresión, tanto en la política exterior como en la interior. Era un momento de consolidación, pero no de nuevas aventuras. Otro factor que contribuyó a esta actitud fue la enfermedad de Lenin, que sucumbió a su primer ataque precisamente al finalizar la Conferencia de Génova y que estuvo totalmente incapacitado durante cuatro meses. Pocas personas conocieron la gravedad de su estado ni sospecharon que se hubiera virtualmente acabado su vida activa (no tenía más que cincuenta y dos años). Pero lo que se consideraba una retirada temporal de la escena de aquel que durante tanto tiempo había dicho la última palabra en los principales acontecimientos políticos, contribuyó a alentar la inclinación a seguir el camino firme y seguro que parecía haber sido marcado en la primavera de 1922 y a evitar las decisiones radicales. El recuerdo de aquel año fue el de un período menos aventurado que ningún otro de los conocidos hasta entonces por la Rusia soviética en sus relaciones exteriores.

Como resultado de la Conferencia de Génova, las relaciones soviéticas con las potencias occidentales acusaron un cierto retroceso. La obstrucción de Francia y de Bélgica, por primera vez abiertamente apoyadas por los Estados Unidos, había prevalecido sobre la actitud conciliadora del primer ministro británico, cuya situación en su propio país se había con ello debilitado. En Francia, la política intransigente de Poincaré estaba en su apogeo. En Gran Bretaña, el ala antisoviética de la coalición había recuperado su influencia. De parte soviética, el Tratado de Rapallo hizo posible una actitud más independiente con relación a las potencias occidentales. Pero el obtener capital de los países occidentales constituía aún una de las aspiraciones principales del gobierno soviético. El engranaje correspondiente se había sistematizado con la creación de un «comité superior de concesiones», dependiente del Consejo de Trabajo y Defensa (STO) para centralizar todas las decisiones respecto a éstas [1]. Fueron otorgadas dos concesiones a grupos norteamericanos en la primavera de 1922: una para las minas de amianto de Alapaev en los Urales, y otra para las minas de carbón de Kemerov en la cuenca del Kuznetsk. También se formaron compañías mixtas soviético-británicas y soviético-holandesas, conocidas respectivamente por Rusangloles y Rusgollandles, para explotar las concesiones madereras [2]. Pero la obtención de capitales no era ya

[1] *Sobranie Uzakoneni, 1922,* núm. 28, art. 320; un año después el comité pasó, del STO, a depender del Sovnarkom *(ibid., 1923,* núm. 20, art. 246).

[2] *Piat Let Vlasti Sovetov* (1922), p. 326; *Dvenadtsati Syezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* (1923), p. 353.

una necesidad tan absoluta y perentoria como parecía serlo en 1920 y 1921, lo cual permitió una mayor libertad en las negociaciones. El verano de 1922 fue, pues, un período de incertidumbre. El proceso de acercamiento a Gran Bretaña había llegado a un punto muerto; ¿volvería a reanudarse o se produciría un retroceso? El problema estaba ligado en parte a la posición de Lloyd George en la política británica. Si recuperaba su fuerza y prestigio amenazados, podría reanudarse la política de acercamiento; de lo contrario, si caía, no podría evitarse un serio deterioro en las relaciones anglosoviéticas [3]. El hito más importante en estas relaciones durante el verano de 1922 lo constituyó la Conferencia de La Haya.

La Conferencia de La Haya había sido propuesta y aprobada en Génova, simplemente como artilugio para guardar las apariencias y ganar tiempo. Ningún cambio sustancial se había producido cuando se reunió el 26 de junio de 1922, ni tampoco había mejores perspectivas de acuerdo que cuando los delegados de Génova se separaran seis semanas antes. La situación realmente había empeorado, hasta el punto de que las delegaciones de La Haya fueron presididas por figuras políticas secundarias. Litvínov, apoyado por Krasin y Krestinski, sustituyó a Chicherin, y el delegado británico más importante fue Lloyd Graeme, jefe del Departamento de Asuntos de Ultramar, cuyas actividades se inclinaban hacia los grandes negocios y que era de filiación conservadora.

La Conferencia desistió de toda tentativa seria para llegar a un resultado, cuando las delegaciones no-rusas decidieron constituir una comisión independiente con tres subcomisiones que estudiaran respectivamente las cuestiones de la propiedad privada, de las deudas y de los créditos. Litvínov dio a entender que estaba dispuesto a introducir dos innovaciones como avance con respecto a la actitud de la delegación soviética en Génova. Se disponía a conceder el principio de compensación para la propiedad nacionalizada, siempre que los créditos se hicieran realidad, y también estaba dispuesto a aceptar que estos créditos procedieran, no de los gobiernos, sino de los industriales y financieros, si bien con la garantía de los gobiernos respectivos. Sin embargo, parecía que el requisito privaba, en cada caso, a la supuesta concepción de todo contenido real. Una vez más, el

[3] Joffe, en su informe al VTsIK sobre la Conferencia de Génova, el 19 de mayo de 1922, explicó que si Lloyd George caía como resultado de su fracaso, Gran Bretaña adoptaría una actitud menos favorable hacia la Rusia soviética y arrastraría con ella a los países europeos más débiles (*III Sessiya Vserossliskogo Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta IX Soziva*, núm. 5 [19 de mayo de 1922], p. 14).

problema de la nacionalización de la propiedad constituía la mayor dificultad frente a las delegaciones francesa y belga, que categóricamente exigían la restitución o compensación incondicional, mientras las delegaciones británica e italiana jugaban con una sustancial oferta soviética de concesiones. Litvínov expuso ante la Conferencia una larga lista de artículos susceptibles de concesión a capitalistas extranjeros [4]. Una ojeada comparativa con la lista, aneja al decreto original de concesiones de 23 de noviembre de 1920 [5], mostraba importantes cambios de perspectiva. Las concesiones ya no estaban exclusiva o principalmente destinadas al desarrollo de los recursos naturales, hasta entonces no aprovechados. Además de las concesiones madereras y mineras, se ofrecían otras para numerosas fábricas e instalaciones existentes, en las industrias azucareras, petrolíferas y eléctricas. La lista incluía un gran número de propiedades anteriormente en manos extranjeras, siguiendo la política, instaurada con el proyecto de Urquhart, de utilizar la oferta de concesiones como medio de compensar a los primitivos propietarios y acreedores extranjeros [6].

Una vez más, la batalla del petróleo ruso se libraba entre bastidores. Aquí el intento del grupo británico-holandés de asegurarse la concesión supuso un fracaso final y decisivo. El grupo se asoció con los intereses petrolíferos norteamericanos, franceses y belgas para rechazar cualquier oferta que no supusiera una restitución total y para, al propio tiempo, establecer un boicot a los petróleos soviéticos en todos los mercados controlados por el susodicho grupo [7]. Bien pudo ser esta derrota la que, por último, inspiró a la delegación británica la decisión de renunciar a insistir en la política de concesiones y aceptar en la resolución última de la Conferencia la tesis franco-belga de la restitución incondicional, junto con una recomendación a los gobiernos de no apoyar a sus súbditos en la adquisición de propiedades nacionalizadas por la Rusia soviética, a menos que se tratara de las que an-

[4] *Gaagskaya Konferentsiya; Polni Stenograficheski Otchet* (1922), pp. 218-248; la lista, tal como aparece en este volumen, lleva la siguiente nota: «Este documento conserva, por supuesto, sólo un interés histórico.»

[5] Véase p. 294 anterior.

[6] Una innovación interesante entre las condiciones anunciadas para concesiones era que los *concesionarios* serían requeridos para que contratasen una determinada proporción de trabajadores y empleados rusos en las empresas objeto de la concesión *(Gaagskaya Konferentsiya; Polni Stenograficheski Otchet* [1922], p. 39); bajo la NEP, la Rusia soviética se había convertido en un país con un excedente de mano de obra y un problema de desempleo. (Véase vol. 2, pp. 334-37.)

[7] El acuerdo de boicotear el petróleo soviético se tomó en una reunión de compañías petrolíferas en París, el 19 de septiembre de 1922; el texto del acuerdo figura en *Oil Imperialism,* de L. Fisher (s. f. [1927], pp. 94-5).

teriormente habían poseído. La resolución establecía asimismo que no debía adoptarse decisión alguna con respecto a propiedades extranjeras en la Rusia soviética, excepto cuando se hiciera conjuntamente con los gobiernos no representados en la Conferencia [8]. El delegado belga, que propuso esta resolución, añadió categóricamente que estaba autorizado para hacer constar que contaba con la aprobación del gobierno de los Estados Unidos. La mano norteamericana, encubierta, que ya había aparecido en las últimas fases de la Conferencia de Génova, se vio actuar esta vez de modo patente en La Haya para derrocar una política acomodaticia con el gobierno soviético sobre una base de concesiones. No se prestó la menor atención a un intento de Litvínov, en el último momento, de salvar la Conferencia con el ofrecimiento de nuevas propuestas. La reunión se disolvió el 20 de julio de 1922, con la impresión de una ruptura total. Litvínov regresó cabizbajo a Moscú [9].

La aparición en las conferencias de Génova y de La Haya de una auténtica preocupación norteamericana en lo que se refería al petróleo, parecía presagiar el inicio de un interés más activo, aunque todavía inexpresado, por los asuntos soviéticos. En julio de 1922, Hoover, el secretario norteamericano de Comercio, sugirió el envío de una «misión técnica» a Rusia para estudiar una apertura económica, y el 1.° de agosto, Houghton, el embajador norteamericano en Berlín, estudió en esta ciudad la propuesta con Chicherin y Krasin, quienes personalmente la acogieron de modo favorable [10]. Pero en Moscú prevalecieron criterios más cautelosos. La respuesta oficial de Chicherin, fechada en 28 de agosto de 1922, aunque expresaba la mejor disposición para recibir a cualquier personalidad o grupo comercial norteamericano «con el propósito de entablar negociaciones relativas a concesiones, intercambios comerciales u otras cuestiones económicas», dejaba ver claramente que «un comité de expertos o una investigación» sería algo bien recibido únicamente sobre una base de reciprocidad hasta donde las circunstancias lo permitieran [11]. En el verano de 1922, el gobierno norteamericano reconoció, por fin, la independencia de Estonia, Letonia y Lituania (como lo hicieran los aliados occidentales dieciocho

[8] *Papers Relating of the Hague Conference, June-July 1922*, Cmd 1724 (1922), p. 18.

[9] Las últimas propuestas de Litvínov figuran en *Gaagskaya Konferentsiya; Polni Stenograficheski Otchet* (1922), pp. 182-92; la decepción de la delegación rusa se refleja en el número de las diferentes explicaciones que se dieron del fracaso (L. Fisher, *The Soviets in World Affairs* [1930, i, 368-9]).

[10] *Foreign Relations of the United States, 1922*, ii (1938), 825-6, 829-30.

[11] *Ibid.*, ii, 830.

meses antes), cancelando la antigua embajada rusa en Washington [12]. Pero la expectación suscitada por la idea de que estos pasos eran preludio de alguna forma de acomodo con el gobierno soviético no se vio satisfecha. Las relaciones soviético-norteamericanas se estabilizaron en un largo período de tranquila indiferencia.

La ruptura de La Haya convenció al gobierno soviético de que «el sistema de conferencias ha fallado por el momento» [13]. La caída de Lloyd George, esperada desde hacía tanto tiempo y que se produjo finalmente en octubre de 1922, junto con la creciente popularidad de Poincaré en Francia, constituían síntomas de una actitud de mayor frialdad por parte de las potencias occidentales, descartando la posibilidad de cualquier decisión importante que afectara a la Rusia soviética en un futuro próximo. El interés de la diplomacia soviética derivó entonces principalmente hacia el Extremo y Cercano Oriente, donde la conferencia de Lausanne y la misión Joffe constituyeron acontecimientos importantes [14]. Las incertidumbres de la política soviética tras la ruptura de La Haya se reflejaron en el criterio seguido en la concesión de Urquhart. Había estado éste presente tanto en Génova como en La Haya, y parece que esperó que el fracaso en llegar a un acuerdo influiría en un mayor deseo por parte del gobierno soviético por lograr un éxito en su política de concesiones en caso tan conocido. Estos cálculos llegaron casi a justificarse. Dos entidades germánicas —Krupps y el Banco Mendehlssohn de Berlín— empezaron a interesarse por la Compañía Ruso-Asiática Conjunta [15], y en estas condiciones Urquhart acabó por firmar un acuerdo con Krasin, en Berlín, el 9 de septiembre de 1922. Los términos del acuerdo [16]

[12] *Ibid.*, ii, 869-76.

[13] Entrevista con Chicherin en *The Observer*, 20 de agosto de 1922, reproducida en *Soviet Documents on Foreign Policy*, ed. J. Degras, i (1951), 328.

[14] Estos extremos serán estudiados en los capítulos 32 y 34, respectivamente.

[15] La naturaleza y alcance concretos del interés germánico y sus circunstancias, no parece que hayan sido publicados: G. Gerschuni incluye un informe de una agencia comercial de espionaje alemana en *Die Konzessionspolitik Sowjetrusslands* (1927), p. 112. Según M. Philips Price en su obra *Germany in Transition* (1923), p. 77, Stinnes trató inútilmente de adquirir intereses en la Compañía Ruso-Asiática Conjunta durante su visita a Londres en noviembre de 1921; Radek, en un artículo de *Pravda* de 11 de noviembre de 1921, aludía a los intentos de constituir «un trust anglo-alemán para comerciar con Rusia». D'Abernon, en *An Ambassador of Peace*, i (1929), 232, indica que las propuestas de Stinnes en Londres para una «futura colaboración con Rusia» habían sido mal acogidas.

[16] Al parecer, el acuerdo no se publicó nunca, pero sus términos se resumen en *Die Konzessionspolitik Sowjetrusslands* de G. Gerschuni (1927),

demostraban hasta qué punto la implantación y desarrollo de la NEP habían contribuido a eliminar los principales obstáculos: con las nuevas condiciones de trabajo, que pronto se concretarían en un código laboral revisado [17], el patrono quedaba en absoluta libertad para contratar y despedir su mano de obra, observando las disposiciones legales normales de protección a los trabajadores. Un porcentaje de la producción de la empresa quedaba reservado al gobierno soviético. El derecho de compensación por la pérdida de propiedad no se admitía formalmente, pero el gobierno soviético habría de hacer efectivo a la compañía, comprendida en este acuerdo, un «adelanto» de 150.000 libras en efectivo y 20 millones de rublos en bonos del Estado. Esto suponía una indemnización disimulada. Lenin así lo estimó, y retornó al principio de que el derecho de los acreedores extranjeros a una compensación sólo podía ser reconocido a cambio de nuevos créditos extranjeros. Sin que todavía se hubieran ultimado las negociaciones, ya había afirmado por escrito que la concesión debía ser aprobada «solamente a condición de que se nos conceda un préstamo importante» [18].

El acuerdo fue bien recibido en el extranjero. A Clynes, jefe de los laboristas británicos, se le atribuye haber escrito una carta a algún personaje de Moscú expresando el deseo de que el tratado se ratificase cuanto antes, con vistas a aumentar las probabilidades de éxito del Partido Laborista en las ya inminentes elecciones generales [19]. El asunto contó con el decidido apoyo de Moscú, especialmente entre aquellos que querían llevar la NEP hasta su conclusión lógica. El acuerdo con Urquhart había sido firmado durante la primera enfermedad de Lenin, y la decisión sobre su ratificación puede considerarse como la última decisión política importante de la vida de Lenin. Al encontrarse con que era el único en el Politburó que se oponía a la ratificación, se dice que dudó y cambió de opinión tres veces antes de imponer finalmente su veto, que, por supuesto, fue aceptado por sus colegas [20]. La decisión se publicó en la prensa soviética el 7 de octubre de 1922. El motivo de la denegación parece ser que fue princi-

pp. 112-13, en base a un informe contemporáneo publicado por la delegación comercial soviética en Berlín.

[17] Véase vol. 2, pp. 243-45.

[18] *Leninski Sbornik*, xxxv (1945), 223.

[19] *Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1923), p. 30.

[20] L. Fisher, *The Soviets in World Affairs* (1930), i, 435-6, 464: la información procedía seguramente de Chicherin, el cual, aun no siendo él miembro del Politburó, habría conocido la opinión allí reinante en un asunto de este tipo.

palmente político. Aunque el primer impulso de Lenin fue hacer depender esta ratificación de un préstamo del exterior, explicó en aquel momento a los periodistas extranjeros que la decisión de no ratificar el tratado se debía a la actitud poco amistosa de Gran Bretaña en relación con el problema turco, y que la negativa podía ser revocada, caso de modificarse dicha actitud [21]. Krasin declaró que «la reciente actitud del gobierno británico para con Rusia» era responsable de la denegación del acuerdo, «a pesar de toda la importancia que entrañaba para el desarrollo económico de Rusia» [22]. Litvínov, por otra parte, valoró poco las ventajas económicas del repetido acuerdo y pensó que incluso no debería haber sido firmado nunca «en caso de tener únicamente en cuenta sus ventajas económicas». Atribuyó la negativa del gobierno soviético a la ratificación al cambio producido en las fuerzas políticas británicas, donde «la influencia predominante» la asumían ahora los «que no simpatizan con los esfuerzos desplegados por el señor Lloyd George para establecer unas relaciones normales con Rusia» [23]. Por último, Lenin, en su última alocución pública en noviembre de 1922, habló como si el motivo principal del sistema de concesiones fuera político, cuando su objetivo era «dar a los capitalistas tales ventajas que induzcan a cualquier gobierno, por hostil que pudiera sernos, a entrar en negociaciones y relaciones con nosotros» [24].

Estas explicaciones no aclaran plenamente la cuestión. La denegación de la concesión Urquhart, aun cuando pudiera haber tenido motivaciones inmediatas y específicamente políticas, era significativa, más que de otra cosa, del escaso éxito de la política de concesiones en conjunto. Esta política fue primeramente concebida en 1918 como parte de lo que Lenin llamaba «capitalismo de Estado», es decir, el sistema mediante el cual los capitalistas privados habían de actuar bajo la vigilancia y salvaguarda del control estatal. Este sistema encajaba perfectamente con el criterio de la NEP, y el obtener capitales extranjeros parecía ser muy especialmente un factor vital para cualquier intento de nivelar la balanza internacional de pagos. La denegación de la concesión Urquhart en el otoño de 1922 fue un síntoma de la incapacidad de lograr este resultado en términos aceptables para

[21] Lenin, *Sochineniya,* xxvii, 314-15, 330.

[22] *Russian Information and Review,* 4 noviembre 1922, p. 73; según L. Krasin en *Leonid Krasin: His Life and Work* (s. f. [1929], p. 204, Krasin presentó su dimisión con motivo de la no ratificación del acuerdo, pero Lenin le hizo saber que los miembros del partido no estaban autorizados a dimitir.

[23] *Russian Information and Review,* 21 octubre 1922, pp. 43-4.

[24] Lenin, *Sochineniya,* xxii, 365.

Moscú. En el cuarto Congreso de la Comintern, celebrado en noviembre de 1922, Trotski señaló acertadamente que hasta entonces había sido un caso de «grandes discusiones, pero de pocas concesiones» [25], y pocos meses más tarde, cuando Zinóviev, en el duodécimo Congreso del partido, hizo una revisión relativamente optimista de la situación, no pudo mencionar más que ocho compañías mixtas, con un capital total de 300.000 libras y 17 millones de marcos alemanes, y 26 acuerdos de concesiones que suponían un capital total de 30 millones de rublos oro [26]. Estas cifras, aunque incluso representaran hechos y no meros proyectos, eran insignificantes, y es sintomático que el país extranjero que mantuvo el primer puesto en la lista, tanto de compañías mixtas como de concesiones, fuera la empobrecida Alemania. El fallo de la política de concesiones que se hizo patente en el invierno de 1922-23 [27] coincidió con el fracaso en establecer relaciones políticas amistosas con los países de habla inglesa [28], ya que sólo éstos poseían reservas importantes de capital disponible para inversiones. Este fracaso tuvo dos consecuencias. Económicamente, dejó a Rusia abandonada a sus propios recursos y obligada a afrontar por sí sola los problemas de la NEP, como había afrontado los del comunismo de guerra: en este sentido el fracaso era un preludio al «socialismo en un solo país». Políticamente, constituía un incidente en el proceso de deterioro de las relaciones entre la Rusia soviética y los países occidentales, iniciado en Génova y en Rapallo; en este aspecto era también un reflejo de la nueva política de maniobra, consistente en jugar la carta alemana contra las grandes potencias capitalistas.

La frialdad de relaciones entre la Rusia soviética y las potencias occidentales durante los últimos meses de 1922 contrastaba con las cada vez más cálidas mantenidas con Alemania, y fue el primer síntoma de todo un proceso conocido que perduró en las dos décadas siguientes, y que consistía en que, a medida que empeoraban las rela-

[25] *Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1923), p. 283.

[26] *Dvenadtsati Syezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* (1923), pp. 19, 22.

[27] G. Gerschuni, *Die Konzessionspolitik Sowjetrusslands* (1927) es un informe general sobre la política de concesiones hasta finales de 1925; el autor señala su opinión de que para aquella fecha «la importancia de la concesión en la economía conjunta de la Rusia soviética es por el momento insignificante» (p. 124). Aunque con frecuencia faltan los detalles, se percibe claramente la destacada participación de Alemania en los éxitos que se obtuvieran.

[28] Un pasaje, publicado en un trabajo británico de calidad escrito en aquella época, indicaba que «en noviembre de 1922 Rusia tenía una situación de proscrito entre las naciones» *(History of the Peace Conference,* ed. H. V. Temperley, vi [1923], 334).

ciones con uno de los dos bloques más importantes de las potencias capitalistas, mejoraba la situación con respecto al otro. Los meses que siguieron a Rapallo fueron un período de luna de miel en la amistad germano-soviética. El asesinato de Rathenau, en junio de 1922, supuso una demostración de antisemitismo más que de tendencias antisoviéticas. Los partidarios de una orientación antisoviética habían sido virtualmente eliminados, y los industriales germánicos se aprestaron a trabajar para aprovechar las oportunidades que les brindaba un mercado soviético en expansión. El comercio soviético aumentaba con rapidez: las importaciones se incrementaron de 922,9 millones de rublos en 1921 a 1.181,7 millones en 1922, y las exportaciones de 88,5 millones a 357,4 millones [29]. No solamente creció el comercio soviético, sino también la participación germánica en su crecimiento. En 1921, el año del acuerdo comercial anglo-soviético, el 29 por 100 de las importaciones de la Rusia soviética procedían de Gran Bretaña, y sólo un 25 por 100 de Alemania (país que con anterioridad a 1914 había suministrado casi la mitad de todas las importaciones rusas); en 1922 el 32,7 por 100 de las importaciones soviéticas procedían de Alemania, y sólo el 18,8 por 100 de Gran Bretaña. Este mismo año fue testigo del máximo grado de interés entre las firmas germánicas por las concesiones en la Rusia soviética. En una reunión del Comité de Asuntos Exteriores del Reichstag, celebrada el 9 de diciembre de 1922, Maltzan dio cuenta de que unas veinte sociedades alemanas habían firmado acuerdos de concesión con las autoridades soviéticas [30].

Paralelamente a estos acuerdos económicos y, en parte, bajo su dependencia, se llevó a efecto el entendimiento militar secreto a que se había llegado, incluso antes del Tratado de Rapallo. Que estaban funcionando ya algunas medidas de colaboración militar, era un hecho sabido o que se sospechaba. En el Reichstag, aunque Wirth afirmaba con énfasis que «el Tratado de Rapallo no contiene acuerdos secretos políticos o militares», el diputado socialdemócrata Müller continuó refiriéndose a los rumores que circulaban sobre un acuerdo [31]. Al embajador británico se le aseguró «formal y deliberadamente que el tema de preparaciones militares no había sido jamás mencionado entre alemanes y rusos», y aunque tenía conocimiento de la «existencia de ciertos documentos... que incluían convenios, contratos para la venta

[29] Sin embargo, a pesar de esto, el comercio exterior se situaba en 1922 solamente en el 14 por 100 de la cifra anterior a la guerra (*Dvenadtsati o Syezd Rossiiskoi Kommunisticheski Parti (Bolshevikov)* [1923], p. 25).
[30] *The Times*, 11 diciembre 1922.
[31] *Verhandlungen des Reichstags*, ccclv (1922), 7676, 7681.

de armas por Alemania a Rusia, etc.», llegó a convencerse de que «la mayoría de ellos eran falsos» [32]. El 25 de mayo de 1922 se abrieron las negociaciones entre Hasse y Krestinski para la participación de los industriales del Ruhr en estas transacciones; y algunos de estos industriales se hallaban también dispuestos a suministrar fondos que las financiaran. Lo que constituyó, por lo que sabemos, el primer tratado general fue firmado con el mayor sigilo en Berlín el 29 de julio de 1922; el texto no ha salido aún a la luz [33]. El envío de oficiales de aviación alemanes a Rusia para entrenamiento parece ser que se inició antes de establecerse las fábricas. Ya en septiembre de 1922, Krasin observó, al pasar por Smolensko, que el aeródromo estaba «lleno de aviadores alemanes» [34]. Neidermayer fue nombrado jefe de la oficina moscovita del Sondergruppe R., a cargo de todas las escuelas y personal de entrenamiento militar germánico en Rusia [35]. Las negociaciones prosiguieron activamente en Berlín durante el resto del año. Una segunda reunión entre Seeckt y Radek fue celebrada en el apartamento de Schleider el 19 de diciembre de 1922 [36].

El alcance de los acuerdos, tal y como fueron establecidos en la última parte de 1922 y durante el año siguiente, se conoce en líneas generales. Un contrato suscrito entre el gobierno soviético y la Junker regulaba la construcción de material de aviación y motores de avión en una fábrica situada en Fili, cerca de Moscú [37]; en esta loca-

[32] D'Abernon, *An Ambassador of Peace* (1929), i, 303-4, 311-2. No cabía duda, a juzgar por los informes de D'Abernon (todavía no publicados), que Lloyd George dijo en la Cámara de los Comunes el 25 de mayo de 1922: «No voy a detenerme en la estúpida falsificación de unas convenciones militares en las que nadie cree»; añadió, sin embargo, refiriéndose concretamente a los armamentos: «disponéis de todos los recursos naturales en un país y toda la maestría técnica en el otro» *(House of Commons;* 5th. Series, cliv, 1, 455-6).

[33] El diario inédito de Hasse, citado en *Journal of Modern History* (Chicago), xxi (1949), núm. 1, pp. 31-2. Según afirmación hecha en el Reichstag en diciembre de 1926, el acuerdo no fue ratificado por el gobierno soviético hasta febrero de 1923 *(Verhandlungen des Reichstags,* cccxci [1926], 8584); esta fecha recibió confirmación indirecta en el juicio del Estado soviético de 1938, cuando Rozengolts afirmó, demostrándolo, que el supuesto tratado de traición entre Trotski y el Reichswehr había sido puesto en vigor en 1923 (*Report of Court Proceedings in the Case of the Anti-Soviet «Bloc of Rights and Trotskyites»* [Moscú, 1938], pp. 259-60, 265).

[34] L. Krasin, *Leonid Krasin: His Life and Work* (s. f. [1929]), p. 201.

[35] *Der Monat,* núm. 2, noviembre 1948, p. 49.

[36] F. von Rabenau, *Seeckt: Aus Seinem Leben, 1918-1936* (1940), p. 319.

[37] El proyecto de fabricar motores de avión en Fili fracasó y los motores fueron importados de Alemania (información de Mr. Gustav Hilger). Este es seguramente uno de los casos menos satisfactorios en que intervinieron los

lidad y en muchas otras se establecieron escuelas de aviación para personal alemán y soviético. Las carcasas se fabricaban bajo la dirección de técnicos alemanes de la casa Krupps en Zlatoust, en los Urales, en Tula, en los antiguos talleres de Putilov en Petrogrado, así como en Schlüsselberg; parte de la producción de estos talleres se destinaba al Ejército Rojo y parte se exportaba a Alemania para la Reichswehr. En Kazan, y seguramente también por Krupps, se estableció un taller de tanques, con ayuda para entrenar en el empleo de esos tanques en la guerra a alemanes y rusos. Con la denominación de Bersol, se constituyó una entidad mixta germano-soviética para poner a punto una fábrica de gas tóxico a 30 millas de Samara; parte de ella fue construida durante la guerra, pero nunca llegó a utilizarse. Los continuos intentos hechos a partir de 1923 para poner en funcionamiento esta instalación fracasaron por las deficiencias del sistema preconizado por la sociedad alemana Stolzenberg de Hamburgo, y el proyecto terminó por ser abandonado [38]. De los planes incluidos en el memorándum de Kopp, fechado en abril de 1921 [39], sólo de uno se prescindió totalmente. El ministro de Marina alemán encontró un sistema más eficaz para la construcción de submarinos que el que podía emplearse en los anticuados astilleros rusos. Se organizó en La Haya una sociedad falsa que cursaba pedidos para la construcción de submarinos a Holanda, Suecia, Finlandia y España; éstos eran construidos bajo la dirección de ingenieros navales alemanes, y al parecer ensayados por dotaciones alemanas muy reducidas. Es probable que algunos fueran entregados o prometidos a la Rusia soviética [40].

La consolidación de las relaciones germano-soviéticas, lograda con el Tratado de Rapallo, y cuyos dos aspectos principales eran la colaboración económica y militar soviético-alemana, culminó con la llegada en noviembre de 1922 del primer embajador alemán a Moscú

contratantes alemanes a que se refiere Tschunke (*Der Monat*, núm. 2, noviembre 1948, p. 49); el otro fue el fracaso de Stolzenberg con respecto al gas tóxico.

[38] La principal información procede de Tschunke en *ibid.*, p. 49 y de notas de los archivos militares publicadas en un artículo de G. W. F. Hallgarten en *Journal of Modern History* (Chicago), xxi (1949), núm. 1, p. 30. Los fracasados intentos de fabricar gas tóxico se describen detalladamente en V. N. Ipatieff, *The Life of a Chemist* (Stanford, 1946), pp. 373, 381-6; ésta es la única fuente rusa relativa a cualquiera de las empresas.

[39] Véanse pp. 374-75.

[40] Esta información procede de un volumen confidencial impreso por el alto mando de la Marina alemana, *Der Kampf der Marine Gegen Versailles, 1919-1935* (1935), pp. 26-8.

desde hacía más de cuatro años. El Tratado de Rapallo había previsto una reanudación plena de las relaciones diplomáticas, y Krestinski había presentado sus credenciales a Ebert, como primer embajador soviético en Berlín desde los tiempos de Joffe, en agosto de 1922. El correspondiente nombramiento en Moscú ofreció bastantes dificultades en cuanto a la elección de candidato[41], pero la elección recayó al fin en Brockdorff-Rantzau, que había sido ministro de Asuntos Exteriores desde diciembre de 1918 a mayo de 1919. En aquella época había sido acérrimo enemigo no sólo de los consejos de trabajadores y soldados alemanes, sino de los bolcheviques rusos, a los que atacó en un discurso en la Asamblea Nacional de Weimar el 14 de febrero de 1919, afirmando concretamente que, puesto que Alemania era una nación débil, debía permanecer neutral en todas las actividades internacionales sin intentar una «política de alianzas»[42]. Presidió la delegación alemana en Versalles, y el 7 de mayo de 1919 pronunció su famoso discurso de protesta contra las condiciones presentadas por los aliados. Dimitió entonces de su puesto, dirigió una campaña en contra de la aceptación del Tratado de Versalles, y al verse fracasado se retiró a la vida privada.

Cuando, tres años más tarde, Brockdorff-Rantzau fue propuesto para el cargo de embajador alemán en Moscú, sus puntos de vista no habían variado apenas desde 1919. El proyecto de enviarle a Moscú provocó un escrito dirigido al presidente y al canciller, que lleva fecha de 15 de julio de 1922, en el que manifiesta su postura. «El grave inconveniente del Tratado de Rapallo —afirma— reside en los peligros de carácter militar implicados en el mismo». Una alianza alemana con Rusia despertaría las suspicacias inglesas y echaría a Inglaterra en brazos de Francia. «Una política alemana orientada exclusivamente hacia el Este sería en los momentos actuales no solamente prematura y peligrosa, sino carente de perspectiva y, por tanto, un fracaso.» La participación en una guerra soviética contra Polonia expondría a Alemania a las represalias francesas y la convertiría de nuevo en un campo de batalla. El informe terminaba con la advertencia de «no ligarnos ahora militarmente con los rusos». No es extraño que el hombre que mantenía estos puntos de vista fuera considerado por los círculos militares germánicos, y especialmente

41 Según W. von Blücher, *Deutschlands Weg nach Rapallo* (Wiesbaden, 1951), pp. 166-7, se consideraron también los casos de Hintze y Nadolny, pero el primero resultaba inaceptable para los partidos de izquierda del Reichstag, y el segundo, a quien se conocía como contrario al Tratado de Rapallo (*ibid.*, pp. 163-4), lo era para los rusos.

42 Brockdorff-Rantzau, *Dokumente* (1920), pp. 55, 81-2.

por el propio Seeckt, como un ocupante poco adecuado de la embajada alemana en Moscú en la presente coyuntura. Seeckt, que al parecer no recibió copia del informe de Brockdorff-Rantzau hasta el 9 de septiembre de 1922, redactó dos días más tarde una extensa réplica. Partiendo del supuesto de que «Alemania debe mantener una política activa», defendía vigorosamente la tendencia oriental:

La relación alemana con Rusia es el primero y hasta el presente el único aumento de fuerza que hemos conseguido desde la conclusión de la paz. Que el comienzo de estas relaciones se base en el sector económico, pertenece a la índole de la situación en su conjunto, pero la fuerza real reside en el hecho de que esta aproximación económica prepara la *posibilidad* de otro vínculo político y, por tanto, también militar.

Cautamente defendía los acuerdos militares secretos, cuyo objetivo era «ayudar a implantar una industria de armamentos en Rusia que pudiera sernos útil en caso necesario» y servir a los deseos rusos de una mayor asistencia técnica «con respecto a material y personal». Por lo demás, «la existencia de Polonia es intolerable», y cualquier política debe tener en cuenta las posibilidades de una guerra [43]. No es posible reconstruir la ulterior evolución de la controversia. El nombramiento de Brockdorff-Rantzau se hizo público a fines de septiembre; abandonó Berlín un mes más tarde y presentó sus credenciales en Moscú el 6 de noviembre de 1922. Los temores de Seeckt resultaron infundados. Nada se supo en Moscú de las opiniones del nuevo embajador, aparte de su hostilidad hacia las potencias occidentales, y se dice que Chicherín le acogió como «el hombre de Versalles» [44]. Una firme amistad surgió entre los dos hombres, basada, como la de sus respectivos países, en la desconfianza común hacia Occidente. Brockdorff-Rantzau pronto se adscribió a la inclinación oriental de

[43] Los memoranda de Brockdorff-Rantzau y de Seeckt se hallan publicados en su totalidad en *Der Monat,* núm. 2, noviembre 1948, pp. 43-7; en la obra de F. von Rabenau, *Seeckt: Aus Seinem Leben, 1918-1936* (1940), pp. 315-18, ya habían aparecido amplios extractos del memorándum de Seeckt.

[44] E. Stern-Rubarth, *Graf Brockdorff-Rantzau* (1929), p. 124. Kopp había expresado a Maltzan el año anterior las preferencias soviéticas por un diplomático profesional de la derecha para futuro embajador alemán en Moscú. Se dice que demostró su punto de vista con un criterio flexible: los extremistas podrían ponerse de acuerdo, pero la extrema izquierda no podría ponerse en contacto con la izquierda moderada o el centro (W. von Blücher, *Deutschlands Weg nach Rapallo* [Wiesbaden, 1951], p. 149). Después de Rapallo, Radek solicitó a un miembro de «la alta nobleza» para que fuera enviado a Moscú como embajador alemán *(Journal of Modern History* [Chicago], XXI [1949], núm. 1, p. 32).

la política alemana, y aunque persistían algunas discrepancias entre él y Seeckt, sus puntos de vista esenciales sobre dicha política se hicieron idénticos. Durante los cinco años siguientes, a pesar de varios toques de alarma intermitentes y algunas digresiones por ambas partes, la colaboración con Alemania continuó siendo el factor estabilizador de la política soviética en Europa.

Un indicio de la creciente fuerza y confianza que reinaba en la política soviética de aquellos momentos fue el intento de establecer una situación de hegemonía con respecto a los pequeños Estados de Europa central. El 30 de marzo de 1922, por iniciativa del gobierno soviético, se reunieron en Riga, capital de Letonia, los delegados de Estonia, Letonia, Polonia y la RSFSR para acordar una línea común de acción con vistas a la Conferencia de Génova, a la que todos habían sido invitados. Una vez puestos de acuerdo sobre determinados principios generales e indiscutibles de política económica, los delegados pasaron a considerar cuestiones de paz y desarme y, basándose en el contenido de las actas de la Sociedad de Naciones de Ginebra, reiteraron su apoyo al «principio de limitación de armamentos en todos los países» [45]. La Conferencia de Riga no tuvo resultados prácticos ni en Génova ni en ningún otro sitio, pero contribuyó a establecer, como se pretendía, un precedente. El 12 de junio de 1922 el gobierno soviético, lamentando que la Conferencia de Génova hubiera «dedicado prácticamente toda su atención a defender los intereses materiales de un grupo de personas relativamente insignificante», descuidando tanto «la crisis económica por la que actualmente atraviesa Europa» como «el peligro de nuevas guerras», dirigió una nota a las mismas potencias proponiéndoles una conferencia para estudiar «una reducción proporcional de sus respectivos armamentos». Esta vez la invitación se hizo extensiva a Finlandia. Litvínov, a través del delegado rumano en la Conferencia de La Haya, invitó asimismo al gobierno rumano, y en el último momento fue incluida también Lituania. La primera fecha que propuso el gobierno soviético fue el 5 de septiembre de 1922, que coincidía, evidentemente con intención, con la fijada para la Asamblea de la Sociedad de Naciones. Tras muchas discusiones, la conferencia se reunió al fin en Moscú el 2 de diciembre de 1922. De los países invitados, sólo Rumania, que había condicionado su aceptación al reconocimiento soviético de la anexión de Besarabia, dejó de enviar delegados [46].

[45] *Conférence de Moscou pour la Limitation des Armements* (Moscú, 1923), p. 241.

[46] La correspondencia preliminar fue publicada en *Conférence de Moscou pour la Limitation des Armements* (Moscú, 1923), pp. 5-32.

La conferencia fue por sí misma totalmente inútil. Reflejó las discusiones sobre desarme, oídas en Ginebra en las mismas fechas. Litvínov, imitando la actitud de los delegados británicos, propuso una reducción específica de las fuerzas de tierra. El gobierno soviético se comprometía a reducir el Ejército Rojo, en el curso de los dos años siguientes, a una cuarta parte (de 800.000 a 200.000 hombres), a condición de que los países vecinos hicieran lo propio. Como el Ejército Rojo constituía una unidad, la RSFSR podía hablar de la cuestión en nombre de todas las repúblicas soviéticas [47]. El delegado polaco mostró una encubierta oposición, siguiendo la táctica francesa en Ginebra. Inquirió la relación de los totales iniciales en que se basaba la reducción del porcentaje propuesto, e indicó que antes de reducir los armamentos era preciso crear un clima de confianza mediante acuerdos de no agresión y arbitraje; el delegado soviético, a su vez, no se opuso a tales acuerdos, siempre que no se dejase a un lado el desarme. Las delegaciones menos importantes se mostraron un tanto perplejas ante las actitudes de los dos actores principales. El 12 de diciembre de 1922 Litvínov aceptó el hecho de que ninguno de los otros delegados estaba preparado para aceptar la propuesta soviética, y puso fin a la conferencia [48]. Su resultado era hacer patente, una vez más, la posición avanzada del gobierno soviético en materias de paz y desarme y ofrecer a los vecinos menos importantes de la Rusia soviética la alternativa de un caudillaje que pudiera ayudarles a resistir a las pretensiones de Polonia, a veces excesivas. La diferencia de ambiente con relación a la Conferencia de Helsingfors, celebrada exactamente un año antes, y en la que la Rusia soviética no estaba aún presente y era indiscutible el predominio de la influencia polaca [49], resultaba notable y significativa. La aparición de Litvínov en esta ocasión (Chicherin había acudido a la Conferencia de Lausanne) supuso un paso importante. Era su primer intento importante de ganar un puesto para la Rusia soviética en la diplomacia europea, apelando a la opinión burguesa avanzada de los países occidentales y atrayendo a los gobiernos de estos países a su propio terreno. Quince días después de la Conferencia, el décimo Congreso de Soviets de toda Rusia apelaba de nuevo «a todas las naciones del mundo», reafirmando su «deseo de paz y de trabajo pacífico». Reiteró igualmente sus propuestas de desarme, desechadas en la Conferencia de Génova y una vez más frustradas ahora «por la resistencia de los vecinos de Rusia a proceder a una verdadera

[47] *Ibid.*, pp. 46-51, 64.
[48] *Ibid.*, p. 233.
[49] Véase p. 361.

reducción de sus ejércitos». Y para remachar el clavo anunció que, a pesar de estas repulsas, las fuerzas del Ejército Rojo se reducirían inmediatamente de 800.000 a 600.000 hombres [50].

El cuarto Congreso de la Comintern de noviembre de 1922 —último celebrado en vida de Lenin—, marcó un punto importante en la transformación y consolidación de la política soviética. Fue el final del dramático período de la Internacional Comunista: lo que sucedería después constituyó un epílogo largo y a veces penoso. Las principales actividades se simbolizaron en los tres primeros congresos. El primero, celebrado en marzo de 1919, creó la institución y dictó sus perspectivas. El segundo tuvo lugar en julio de 1920, mientras el Ejército Rojo marchaba sobre Varsovia y coincidió con un período álgido de poder y autoconfianza de sus dirigentes, en la creencia de que la Comintern estaba a punto de asumir el papel de organismo rector de una revolución mundial victoriosa; este Congreso fue seguido por el celebrado en septiembre en Bakú por los pueblos orientales y por la creación en Europa occidental de los partidos comunistas, sometidos a la disciplina de la organización central. Entonces, en marzo de 1921, advino la NEP e inmediatamente se produjo el desastroso fracaso de un levantamiento comunista en Alemania. El tercer Congreso de la Comintern, en junio-julio de 1921, aunque organizado a escala más grandiosa que nunca, dejó oír su nota de compromiso y consolidación. El cuarto Congreso, de noviembre-diciembre de 1922, marcó aún más la tendencia a la retirada. Durante el año anterior el régimen soviético parecía haber dado pasos de gigante: el hambre se había contenido, la prosperidad iniciada por la NEP iba por buen camino, la Conferencia de Génova, el Tratado de Rapallo y la invitación a participar en el tratado en proyecto sobre el régimen de los Estrechos habían marcado el retorno de Rusia a las filas de las potencias europeas. Pocos días antes de reunirse el Congreso, el último soldado japonés abandonaba el territorio soviético en Vladivostok; la solemne fusión de las repúblicas soviéticas en una gran Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas estaba en plena preparación. La revolución mundial, la revolución europea y la revolución alemana parecían atascadas y su realización más remota que en 1921 —sin hablar de los días grandiosos de 1920—. El diagnóstico, sin embargo, implicaba una alarmante reversión de situaciones. Al igual que se aceptaba el hecho —y así lo pensaron todos los responsables activos hasta finales de 1920— de que la Revolución rusa no era sino un primer capítulo relativamente poco importante en la his-

[50] *Syezdy Sovetov RSFSR v Postanovleniyaj* (1939), pp. 273-4.

toria de la revolución mundial, el prestigio y autoridad de la Internacional Comunista estaba necesariamente por encima de cualquier gobierno nacional, sin excluir el propio gobierno soviético, cuya función principal, en su propio interés y en el de los demás, era servir a la causa revolucionaria. Pero cuando la Rusia soviética, contra todo lo que podía esperarse, venció sin ayuda a todos sus enemigos, se vio arrastrada por el continuo aplazamiento de la propagación de la revolución, a los compromisos y adaptaciones de la NEP, y se alteró radicalmente todo el equilibrio de autoridad y prestigio entre la Comintern y el gobierno soviético. No quedaba otro recurso a la Comintern que refugiarse en la defensiva hasta que madurara el momento adecuado para emprender nuevos avances; esto suponía fortalecer a la Rusia soviética como el prototipo presente y esperanza futura de una revolución proletaria. El fuego y el entusiasmo revolucionarios habían sido apagados por los sucesivos fracasos. El fortalecimiento del poder soviético constituyó, pues, la nota clave del cuarto Congreso.

El tono prudente que se había oído en las voces más apagadas del tercer Congreso resultaba ahora la dominante. La alocución de apertura de Zinóviev fue emitida en tono menor:

> No hay que decir que la victoria de la Internacional Comunista, en el sentido histórico de la palabra, está asegurada. Aunque nuestra organización de lucha fuera barrida de la tierra por el fuego de la reacción, como sucedió con los *communards* parisinos y la Primera Internacional, volvería a nacer la Internacional Comunista, que acabará por llevar el proletariado a la victoria. Pero lo que ahora nos preocupa es la cuestión de si la Internacional Comunista, en su modalidad actual, si nuestra misma generación de luchadores, podrá llevar a cabo con éxito la misión histórica que esta Internacional Comunista se ha propuesto... Podemos decir, sin exageración, que la Internacional Comunista ha sobrevivido a su época más difícil y que su fortalecimiento es tal que no le hace temer ningún ataque de la reacción mundial [51].

La política, de la que fue ejemplo la «acción de marzo» del año anterior, se veía ahora total y absolutamente condenada:

> La Internacional Comunista se halla en contra de toda acción precipitada y de levantamientos poco preparados, que se ahogarían en la sangre de los trabajadores y podrían destrozar el tesoro más precioso del proletariado: el Partido Comunista Internacional organizado [52].

[51] *Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1923), pp. 3-4.

[52] *Ibid.,* p. 11.

Y en su informe sobre la labor del IKKI insistía, casi con indiferencia, en el mismo diagnóstico:

Sabéis que hemos hablado mucho de la necesidad de hacer de la Internacional Comunista una Internacional auténtica, una Internacional de acción, un partido comunista mundial internacional centralizado y muchas cosas más. En principio esto es absolutamente razonable y en ello debemos insistir. Pero para poderlo realizar plenamente necesitamos años y años. Es muy fácil aprobar una resolución y decir en ella que tenemos que llevar a cabo movimientos internacionales [53].

El Congreso dedicó tres sesiones al estudio de «La ofensiva del Capital», al desempleo creciente, al descenso del nivel de vida de los trabajadores, al desplazamiento de las izquierdas en parlamentos y gobiernos de los países burgueses y a la revolución fascista italiana, que contaba ya tres años cuando se reunió el Congreso y fue calificada como «la última carta en el juego de la burguesía» [54]. Radek, encargado de informar sobre esta cuestión, fue, en su pesimismo, más concreto que Zinóviev:

La característica de los tiempos que estamos viviendo es que, *aunque la crisis del capital mundial no se ha superado todavía, aunque la cuestión del poder constituye aún el núcleo de todos los problemas, las grandes masas del proletariado han perdido la fe en su posibilidad de conquistar el poder en un tiempo razonable.* Han vuelto a la defensiva...

Si tal es la situación..., si la gran mayoría de la clase trabajadora se siente impotente, *entonces, la conquista del poder como tarea inmediata y actual no figura en el programa.*

Y posteriormente, respondiendo al vago optimismo de algunos oradores, añadía con renovado énfasis que «*la retirada del proletariado no se ha detenido aún*» [55]. El Congreso carecía de ambiente para la vehemente oratoria de Zinóviev. Fue ocasión de la última aparición en público de Lenin, con una sola excepción [56]. Pronunció un único discurso que comenzó con una explicación sobre su enfermedad y que se refirió especialmente a la actuación de la NEP, que expuso y defendió. En períodos revolucionarios —dijo— era a veces preciso estar preparado para una retirada con objeto de poder seguir

[53] *Ibid.*, p. 33.

[54] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), p. 297.

[55] *Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1923), pp. 317-18, 390.

[56] Lenin habló en el Congreso el 13 de noviembre; su último discurso lo hizo ante el Soviet de Moscú exactamente una semana después.

avanzando: la NEP había demostrado y justificado este aserto. Lo que decía dejaba adivinar la consecuencia, aunque no se deducía muy claramente (se trataba del discurso de un hombre cansado y enfermo [57]) de que era igualmente necesaria para la Comintern una cierta medida de retirada. A continuación, tras unas palabras de censura a la resolución adoptada el año anterior sobre organización, que estimaba tenía un carácter demasiado exclusivamente ruso [58], Lenin continuó penosamente su perorata:

> Creo que lo más importante para todos nosotros, tanto para los camaradas rusos como extranjeros, es que, después de cinco años de Revolución rusa, tenemos que estudiar... Sólo ahora hemos logrado la posibilidad de estudiar... Estoy convencido que hemos de afirmar a este respecto, no sólo a los camaradas rusos sino a los extranjeros, que la tarea más importante del período que ahora se inicia es el estudio. Actualmente nosotros aprendemos en un sentido general. Pero ellos deben aprender en un sentido especial, para percatarse realmente de la organización, estructura, método y contenido de la labor revolucionaria. Si esto se consigue, estoy seguro de que las perspectivas de la revolución mundial no sólo serán buenas, sino excelentes [59].

Fue una extraña y última recomendación de un hombre que había fundado la Comintern, como gran organización luchadora, tan sólo tres años y medio antes.

El general pesimismo sobre los asuntos de la Comintern preparó el ambiente para un talante de mayor confianza en el poder soviético y de panegírico de sus realizaciones. La Rusia soviética había servido brillantemente la causa de la revolución proletaria y había saldado con ella su última obligación. Ya en el tercer Congreso lo había señalado Radek con brutal franqueza:

> Si somos hoy la gran Internacional Comunista, no es porque nosotros, la Internacional, hayamos sido buenos propagandistas, sino porque *el proletariado ruso y el Ejército Rojo ruso, con su sangre y con su hambre, han sido buenos propagandistas y porque esta lucha,* la Revolución rusa, ha sido el gran clarín de la Internacional Comunista [60].

En el cuarto Congreso se dio un paso más en este argumento. La Rusia soviética había cumplido noblemente su tarea; eran los trabaja-

[57] Más tarde, Zinóviev recordaba el agitamiento de Lenin después de pronunciar este discurso: «apenas podía tenerse en pie» y «sudaba copiosamente» (*Kommunisticheski Internatsional,* núm. 1, 1924, col. 29).

[58] Véase p. 406.

[59] Lenin, *Sochineniya,* xxvii, 354-5.

[60] *Protokoll des III Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1921), p. 480.

dores de todo el mundo quienes, por su fallo en consumar prontamente la revolución mundial, habían traicionado a la Rusia soviética. El compromiso de la NEP no hubiera sido nunca necesario, explicaba Clara Zetkin en un fogoso discurso que siguió inmediatamente a la sobria exposición de Lenin, «si el proletariado de los nuevos Estados soviéticos con desarrollo económico más elevado... hubiera sido capaz, con solidaridad fraterna, de ampliar y reforzar la expansión de los precarios cimientos sobre los que la Rusia soviética descansaba». Pero no era esto lo que había sucedido. No habían surgido Estados soviéticos fraternos, y la Revolución rusa se había visto arrastrada a «un *modus vivendi* con los campesinos, a un *modus vivendi* con los capitalistas extranjeros y rusos»[61]. El Congreso dio calurosa expresión a estos sentimientos en una resolución «Sobre la Revolución rusa», que comenzaba en términos aduladores:

El cuarto Congreso de la Internacional Comunista expresa su profunda gratitud a la fuerza creadora de la Rusia soviética y su admiración sin límites a la energía que fue capaz de desplegar, no solamente para tomar el poder estatal y establecer la dictadura del proletariado en la lucha revolucionaria, sino para continuar defendiendo victoriosamente las realizaciones de la Revolución frente a todos los enemigos nacionales y extranjeros.

El tema práctico quedó reservado para el último párrafo:

El cuarto Congreso mundial recuerda a los proletarios de todos los países que la revolución proletaria no podrá nunca triunfar dentro de los límites de un solo Estado y que sólo podrá hacerlo a escala internacional, fusionándose en una revolución mundial. Toda la actividad de la Rusia soviética, su lucha por su propia existencia y por las realizaciones de su Revolución, constituye una lucha para liberar a los proletarios oprimidos y explotados de todo el mundo de las cadenas de la esclavitud. Los proletarios rusos han cumplido plenamente con su deber para con el proletariado mundial, como protagonistas de la Revolución. Pero el proletariado mundial debe, a su vez, cumplir y saldar el suyo. En todos los países, los trabajadores empobrecidos y esclavizados deben proclamar su solidaridad moral, económica y política con la Rusia soviética[62].

Algunas de las consecuencias de este requerimiento a los trabajadores del mundo eran claras e inequívocas. El Congreso, después de escuchar un informe de Münzenberg sobre las realizaciones de la MRP, aprobó sin discusión una resolución muy recelosa sobre la obli-

[61] *Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1923), p. 247.
[62] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1923), pp. 325-6.

gación de los trabajadores de todos los países de «otorgar a la Rusia soviética ayuda a escala mundial, auténtica y práctica, incluida la ayuda económica». Los trabajadores debían presionar a sus gobiernos «solicitando el reconocimiento del gobierno soviético y el establecimiento de relaciones comerciales ventajosas con la Rusia soviética». Además, «la máxima fuerza económica y política del proletariado mundial debe ser movilizada en apoyo de la Rusia soviética», debiendo recogerse fondos para la producción de «maquinaria, materias primas e instrumentos y utensilios», que la Rusia soviética tan urgentemente necesita para «restaurar su economía» [63]. De otras consecuencias del mismo requerimiento se hablaba con menos detalle. Sólo Bujarin, en el curso de una alocución muy teórica sobre el programa de la Comintern (cuyo anteproyecto fue pospuesto para el próximo Congreso), hizo una digresión que muchos juzgaron alarmante. Después de insistir en que la aparición de un Estado proletario había modificado fundamentalmente la actitud de los comunistas en relación con la defensa nacional y de que el Estado proletario debía ser defendido no solamente por su propio proletariado, sino por el de todas las naciones, cabía preguntarse «si los Estados proletarios, de acuerdo con la estrategia del proletariado como conjunto, podían hacer bloque militar con los Estados burgueses», a cuyo interrogante respondía del modo siguiente:

> Afirmo que somos ya lo suficientemente importantes para concluir una alianza con una burguesía extranjera, al objeto de poder derrocar a otra burguesía por medio de este Estado burgués... Supongamos que una alianza militar ha sido concertada con un Estado burgués; la obligación de los camaradas de ambos países será colaborar a la victoria de ambos aliados [64].

No se pronunció en el Congreso el nombre de «Rapallo» y no se volvió sobre la vieja acusación de que la Comintern se empleaba como instrumento de la política nacional soviética [65]. La dependencia evidente e inevitable de las perspectivas de la revolución mundial sobre la prosperidad y el poder soviéticos hacían del dilema algo ilusorio y poco real. «Cualesquiera tormentas... que puedan producirse —escribía Trotski poco después de finalizar el Congreso—, la

[63] *Ibid.*, pp. 327-8.
[64] *Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1923), p. 420.
[65] Zinóviev se refería a un delegado polaco que había suscitado la cuestión en una conferencia del partido polaco, pero con una tolerancia sorprendente lo tomó más bien por el lado ridículo que con indignación (*ibid.*, p. 210).

frontera soviética será la línea atrincherada por encima de la cual no pasará la contrarrevolución y en la que permaneceremos en nuestros puestos hasta que lleguen las reservas» [66]. En la nueva panorámica, el prestigio y autoridad de la Rusia soviética sobrepasaba cualquier otro aspecto. En términos de política soviética, el Narkomindel se hallaba en auge a expensas de la Comintern. En otros países, el apoyo a la Rusia soviética constituía la obligación suprema del buen revolucionario. A partir del cuarto Congreso, esta afirmación pudo ser abiertamente proclamada. Se había producido una reversión en el equilibrio de deberes, y a partir de aquel momento no cabía volver atrás.

El nuevo prestigio y predominio del poder soviético y de su creador, el Partido Comunista Ruso, se reflejaron en la resolución del Congreso «Sobre la reorganización del IKKI». Lenin, en su discurso, había condenado la organización preconizada por el Congreso, considerándola de carácter excesivamente ruso. Pero existían fuertes factores en contra de él, y, silenciosamente, se dio de lado su opinión. El cuarto Congreso no sólo confirmó las decisiones del tercero, sino que reforzó algunos puntos sueltos. La gran consecuencia de las veintiuna condiciones había sido imponer el punto de vista de la Comintern, considerada desde un principio por el partido ruso como una única organización, un partido mundial, del cual, prácticamente, los partidos comunistas nacionales eran sucursales o ramas locales. Sin embargo, es dudoso que este punto de vista fuera nunca verdaderamente compartido, incluso después de aceptadas las condiciones, por cualquier otro partido que no fuese el ruso. En el cuarto Congreso, Bujarin protestó de que, en lugar de examinar la situación internacional en su conjunto, «casi todos los oradores, sin excepción, habían hablado exclusivamente de la situación de su propio partido» [67]. Caso curioso: aunque el partido alemán era el más recalcitrante a un control preponderante ruso, fue el más inclinado a aceptar el concepto centralista de un solo partido mundial. Fue Eberlein, el informador alemán sobre el tema de la reorganización, el que más insistió en la necesidad «de eliminar el espíritu federal que quizá estaba aún presente en la organización» y en hacer del IKKI el órgano directitvo de «un partido mundial realmente centralizado». Los acontecimientos del último año habían demostrado que las resoluciones de los congresos mundiales no siempre habían sido llevadas a efecto por los partidos nacionales, ni incluso publi-

[66] *Izvestiya,* 29 diciembre 1922, reproducido en A. L. P. Dennis, *The Foreign Policies of Soviet Russia* (1924), p. 370.

[67] *Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1923), p. 136.

cadas en la prensa del partido, y que los dirigentes habían preferido dimitir o abandonar sus puestos antes que cumplimentar las decisiones de las cuales disentían.

Necesitamos una disciplina internacional (proseguía Eberlein) si queremos ser un partido mundial realmente unido, una organización de lucha del proletariado, pues en esta organización de lucha, los camaradas, individualmente, deben subordinar sus opiniones personales a los comunes intereses de la Internacional, en todas las circunstancias [68].

Esta lección fue realmente tomada a pecho. La organización del IKKI debía ser revisada y puesta a punto sobre nuevas bases. Hasta entonces sus miembros habían sido delegados nombrados por partidos comunistas nacionales, para representarlos ante el organismo central [69]. A partir de ahora sus veinticinco miembros (con diez candidatos) habrían de ser elegidos, no por los partidos respectivos, sino por el Congreso mundial. En otros aspectos fueron aprobadas las innovaciones introducidas desde los congresos precedentes [70]. El presidium, compuesto de un número de nueve a once miembros, debía actuar, según palabras del informador, como «una especie de buró político». El presidium debía nombrar un buró organizador de siete miembros, dos de los cuales habrían de ser también miembros del presidium; y tenía que haber un secretario general responsable ante el presidium, con dos secretarios ayudantes. De este modo, en oposición a la advertencia de Lenin, la organización del partido ruso venía a reproducirse exactamente en la Internacional Comunista. Entre las funciones del «buró organizador» figuraba la supervisión de sistemas de nombramiento a los cargos importantes de los partidos nacionales (las dimisiones espontáneas de cargos del partido quedaban de allí en adelante prohibidas y podrían acarrear la expulsión del partido) y el control de actividades ilegales (cuya necesidad había sido plenamente demostrada por los recientes acontecimientos en Italia y Alemania). El «ejecutivo ampliado», consistente en miembros del IKKI y de uno o más miembros de cada partido constituyente, en proporción a su importancia, habría de reunirse dos veces

[68] *Ibid.*, p. 805.

[69] El plan original de 1919 era seguir el precedente de la Primera Internacional, por el cual los miembros de un consejo general, nombrados desde la central, compartían entre sí el deber de actuar como «correspondientes» para los partidos nacionales (A. Balabanov, *Erinnerungen und Erlebnisse* [1927], p. 251); pero este sistema fue abandonado en favor del principio representativo.

[70] Véase p. 406.

al año en los intervalos entre los congresos, ocupando, por tanto, un lugar correspondiente a la «conferencia del partido» dentro de la organización del partido ruso. Finalmente, se estimó conveniente que los partidos nacionales, como norma, celebraran sus congresos después, y no antes, que los congresos mundiales de la Comintern, al objeto de evitar la llegada de delegados a Moscú con instrucciones constrictivas emanadas de los congresos de partidos nacionales sobre cuestiones de posible controversia. Esta medida, en línea con la supresión del carácter «federal» del IKKI, ponía en claro que la Comintern no debía considerarse como un foro en el que los delegados representantes de los puntos de vista de sus congresos nacionales de partido llegaban a unos acuerdos colectivos a través de un proceso de discusión y compromiso, sino como un órgano directivo unitario, cuyas decisiones eran promulgadas para ser interpretadas y aplicadas por los congresos nacionales [71].

La franqueza de expresión con que estas innovaciones de gran alcance fueron propuestas, sugiere que la necesidad imperiosa de una organización y disciplina centralizadas era aceptada como cosa natural, en todo caso, por los delegados alemanes y rusos. En el superficial debate que siguió (el Congreso se encontraba en su fase final), el único punto seriamente discutido fue la petición de que los congresos de partido nacionales debían seguir, pero no preceder, a los congresos mundiales de la Comintern. Y la resolución se aprobó sin enmiendas [72]. Del mismo modo que, incluso miembros importantes del partido ruso, habían demostrado escaso interés por las consecuencias políticas de las decisiones del partido relativas a organización y a control de nombramientos [73], ahora, decisiones vitales sobre las mismas cuestiones eran unánimemente aceptadas, casi sin discusión y al parecer sin serios recelos, por el cuarto Congreso de la Comintern. Las elecciones para el IKKI, celebradas al final del Congreso, llevaban aún la impronta del antiguo sistema de representación nacional: «bloques de dos o tres naciones deseaban poseer su representante en el ejecutivo, simplemente por razones nacionales». Pero, como observó Zinóviev en su discurso de clausura, «es de esperar que hayamos contemplado hoy este espectáculo por última vez». A partir de ahora sería tarea de la Comintern «combatir todo federa-

[71] *Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1923), pp. 803-13.

[72] El debate se encuentra en *Ibid.*, 814-23 y el texto de la resolución en *ibid.*, pp. 994-7; la resolución no se incluye en *Kommunistischeski Internatsionay v Dokumentaj* (1953).

[73] Véase vol. 1, p. 221.

lismo e introducir una auténtica disciplina [74]. Lo que posiblemente no fue quizá del todo comprendido o reconocido incluso por la delegación rusa era el centralismo de la organización de la Comintern, llevado a cabo por el cuarto Congreso, tenía como consecuencia una concentración todavía más exclusiva del poder en manos del grupo dominante ruso; correspondía, pues, al creciente prestigio y autoridad de la Rusia soviética y al eclipse relativo de los otros partidos miembros de la Comintern. A partir de entonces la política de la Comintern se encajaría en el armazón de la política exterior soviética, en lugar de adecuar la política exterior soviética —como había sido el caso en un momento dado, formalmente al menos— dentro del entramado de la revolución mundial. Debe observarse que esta evolución, aunque no proyectada a sabiendas por nadie y en parte combatida conscientemente por Lenin, el único que vislumbró en parte sus peligros, estaba prácticamente ultimada antes de que Lenin desapareciera de escena y antes de la aparición de Stalin, que no tomó parte importante en los asuntos de la Comintern hasta algún tiempo después del cuarto Congreso.

Los asuntos de los partidos comunistas particulares, que ocuparon gran parte de los debates del cuarto Congreso, dieron escasas oportunidades de satisfacción. Las cifras presentadas por cada partido miembro eran leídas en el Congreso. Unicamente el partido ruso, con 324.522 miembros (los partidos de Ucrania, Rusia Blanca y otras repúblicas soviéticas, todavía formalmente independientes, se contaban por separado, si bien eran numéricamente reducidos); el partido alemán, con 226.000 miembros, y el partido checo, con 170.000, podían ser considerados como partidos comunistas masivos, que enrolaban un importante sector de trabajadores en sus países respectivos. En otros sitios, los partidos eran o bien reducidos o de dudosa ortodoxia [75]. Aunque el cuarto Congreso no aprobó ninguna resolución especial sobre la cuestión alemana, era, sin embargo, el partido germánico el que constituía el centro nervioso de la Comintern y el punto clave de todas sus controversias. «A menos que fallen todos los indicios —repetía Zinóviev en su discurso de apertura—, el camino de la revolución proletaria parte de Rusia a través de Alemania» [76]; y ahora que el Tratado de Rapallo había dado a Alemania una situación especial reconocida en la política exterior soviética, los asuntos alemanes tenían un peso y ocupaban un lugar delicado en

[74] *Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1923), pp. 977-8.
[75] *Ibid.*, pp. 363-7.
[75] *Ibid.*, pp. 36-7.

las preocupaciones de la Comintern. Señal de su importancia era que, cuando los dirigentes bolcheviques disentían en asuntos de la política de la Comintern, las diferencias giraban siempre en torno de la cuestión alemana. Los dirigentes se habían dividido con respecto a la política de «carta abierta», en enero de 1921, y de nuevo, después de marzo de 1921, en cuanto a la enseñanza a deducir de la «acción de marzo» [77]. En el verano de 1922, con Lenin retirado de escena, estalló la rivalidad entre Zinóviev y Radek sobre la interpretación de las políticas de «frente unido» y de «gobierno de trabajadores», que reflejaban las discrepancias entre la izquierda y la derecha del partido alemán [78]. El cuarto Congreso afrontó este tema en un importante debate sobre la táctica preconizada por Zinóviev.

Los protagonistas de la derecha alemana eran Meyer y Thalheimer (no estaba presente Brandler) y de la izquierda Ruth Fischer, en representación del grupo berlinés, y Urbahns que representaba el grupo de Hamburgo; y a ellos se les dejó ocupar la palestra. Todos aceptaban en principio la política de frente unido. Pero en tanto que Meyer aducía que el frente unido suponía principalmente acuerdos con los dirigentes de los partidos socialistas, Ruth Fischer habló de «una insistencia y admiración exageradas con respecto a negociaciones con dirigentes» y se inclinó por el llamado «frente unido desde abajo»; Urbahns sostenía claramente que las opiniones del SPD y del USPD hacían imposible la colaboración de los comunistas con ellos. Meyer criticó los intentos de Zinóviev de identificar el «gobierno de los obreros» de la resolución del IKKI de diciembre de 1921, con la dictadura del proletariado o con un gobierno soviético, y creía que tenía, evidentemente, una connotación más amplia; Ruth Fischer atacó por demasiado vaga y ambigua una frase de Radek relativa a la posible colaboración entre comunistas y socialistas en políticas encaminadas a proporcionar «el pedazo de pan» a los obreros [79]. Tras de estas matizaciones de expresión se ocultaban diferencias políticas fundamentales sobre la actitud a adoptar ante los demás partidos de izquierda. Pero los dirigentes de la Comintern se preocupaban aún menos (en especial cuando ellos mismos estaban divididos) de sentar conclusiones de principio que de arreglar discrepancias dentro de los partidos nacionales, para remediar así el

[77] Véanse pp. 344-45 y 395.

[78] Véanse pp. 423-25 anteriores; el choque entre Zinóviev y Radek no se hizo público hasta 1924 *(Protokoll: Fünfter Kongress der Kommunistischen Internationale* [s. f.], i, 493-6).

[79] *Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1923), pp. 76, 81.

peligro de ulteriores secesiones. Lenin, que presidió la comisión alemana del Congreso, aunque no habló de estas cuestiones en el Congreso mismo, empleó su decaída influencia para reconciliar diferencias [80]. La resolución que surgió de estas discusiones era una fórmula de compromiso; repetía las consignas de ambas partes y no arreglaba nada. Para lograr un frente unido los comunistas «están dispuestos a llevar adelante negociaciones con los traidores dirigentes socialdemócratas y amsterdamitas»; por otro lado, «la verdadera realización de la táctica del frente unido sólo puede venir «desde abajo», asumiendo la dirección en los comités fabriles, en los comités de acción y demás organismos, en los cuales los miembros de otros partidos y elementos no afiliados a ningún partido pudieran asociarse con los comunistas». Se distinguían cinco clases de «gobiernos obreros», que iban, desde un «gobierno liberal de trabajadores», como el que había existido en Australia y pronto pudiera surgir en Gran Bretaña, hasta un «gobierno obrero proletario genuino», en forma de plena dictadura del proletariado. Pero las condiciones de participación comunista en tales gobiernos no se expusieron más que en términos vagos y muy generales. La única novedad era el reconocimiento, como legítima variante, de un «gobierno obrero-campesino»; fue ésta una innovación que se hizo más tarde significativa [81]. En el partido alemán, la resolución mantenía a la derecha en posición dominante, pero permitía a la izquierda luchar de nuevo, en otro momento, sobre el mismo asunto. Dentro del partido ruso, apoyaba a Radek —desde Rapallo, en la cúspide de su éxito— contra los ataques de Zinóviev, cuya exclusiva identificación del «gobierno de trabajadores» con la dictadura del proletariado fue rechazada, aunque no con el énfasis suficiente como para evitar una reanudación de un ataque semejante en el futuro [82].

La resolución «Sobre el Tratado de paz de Versalles» no fue objeto de controversia, y fue igualmente aceptada por la derecha y la izquierda alemanas. Era, sin embargo, nueva y significativa. Los bolcheviques habían denunciado repetidas veces el Tratado de Versalles

[80] Según Ruth Fischer, *Stalin and German Communism* (Harvard, 1948), pp. 183-6, Radek y Bujarin trataron de convencerla para que depusiera su actitud y lo mismo se pensó con la izquierda alemana: la actitud de Lenin que «salvó» a la izquierda, fue una sorpresa para todos. Esta versión, sin embargo, fue alterada por prejuicios posteriores; la expulsión de los disidentes era totalmente contraria a la política de la Comintern en aquella época.

[81] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), pp. 299-302.

[82] En el quinto Congreso de la Comintern de 1924, Zinóviev trató de justificar su aceptación de los párrafos clave de esta resolución (*Protokoll: Fünfter Kongress der Kommunistischen Internationale* [s. f.], i, 79-80, 81-2).

como ejemplo típico de la rapacidad imperialista. Lenin lo describió en una ocasión como «mil veces más voraz» que Brest-Litovsk [83]. Pero sólo había representado hasta entonces un factor incidental en el análisis bolchevique de las contradicciones del mundo capitalista de postguerra. La principal resolución del tercer Congreso de la Comintern sobre «La situación mundial y nuestras tareas» había hecho hincapié en el desplazamiento del eje del centro de gravedad de la economía mundial de Europa a América, en el resurgir del Japón y en el nacimiento de conflictos entre continentes; pero, aunque hacía notar casualmente que «los alemanes se están convirtiendo en los *coolies* o peones de Europa», insistía poco sobre la paz de Versalles; y la resolución sobre táctica de este mismo Congreso, que publicaba detalladas instrucciones a los comunistas alemanes para una «lucha sin piedad contra el gobierno alemán», ni siquiera la mencionó [84]. Sin embargo, un año después el panorama había cambiado. Ya no se asumía, a la ligera, que no se podía hacer nada sin derrocar al gobierno alemán. La sesión prolongada del IKKI de marzo de 1922, en el curso de una larga resolución sobre «La lucha contra la guerra y el peligro de guerra», pidió la anulación de «todos los tratados concluidos al finalizar la guerra imperialista» [85]. El cuarto Congreso, celebrado ocho meses después, bajo la influencia conjunta del Tratado de Rapallo y la política de penetración en las masas alemanas, hizo del Tratado de paz de Versalles uno de sus temas principales, y tras de escuchar las denuncias al Tratado, formuladas por oradores traídos de casi todos los países europeos, aprobó una resolución especial, propuesta con tacto por el delegado francés Cachin, en la cual el susodicho Tratado se convertía en el pivote de un análisis total de la situación internacional [86]. El Tratado había convertido a Europa central, y a Alemania en particular, en «la nueva colonia de los bandidos imperialistas». La burguesía alemana trataba de congraciarse con la de las potencias victoriosas y traspasar la carga de las restauraciones sobre las espaldas del proletariado. Pero, por profunda que fuera la miseria en que estaba sumido el proletariado alemán, la magnitud de las demandas de las reparaciones hacían esta política irrealizable, y Alemania «se estaba convirtiendo en un juguete en manos de Inglaterra y Francia». Después de esta mera alusión a un interés común entre la burguesía y el proleta-

[83] Lenin, *Sochineniya,* xxiv, 545.
[84] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), pp. 163-80, 198.
[85] *Ibid.*, p. 268.
[86] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), pp. 339-43.

riado alemanes en resistir a la presión anglofrancesa, la resolución se ocupaba de las tareas de los partidos comunistas, que debían ser coordinados en una campaña general contra el Tratado. El partido alemán debía proclamar la buena voluntad de su proletariado para ayudar a la restauración del norte de Francia, pero oponerse a los convenios entre industriales franceses y alemanes encaminados a cumplir las obligaciones de reparaciones a expensas del proletariado germánico, «convirtiendo a Alemania en una colonia de la burguesía francesa». El partido francés tenía que protestar del «intento de enriquecer a la burguesía francesa con una mayor explotación forzada del proletariado alemán», solicitar la retirada de las tropas francesas de la orilla izquierda del Rhin y luchar contra la proyectada ocupación del Ruhr. Los partidos checo y polaco debían «aunar la lucha contra su propia burguesía con la lucha contra el imperialismo francés». La resolución representó quizá el primer intento en Europa (aunque Bakú podría ser considerado como un precedente asiático) de un esfuerzo consciente y calculado para coordinar la actuación de la Comintern con la política exterior del gobierno soviético. Pero también suponía un preludio de las dificultades que se presentarían a este respecto para reconciliar las susceptibilidades y rivalidades entre los partidos comunistas nacionales [87].

Paradójicamente, Italia —con su *coup* fascista, que databa sólo de seis semanas— fue el único país donde el cuarto Congreso tuvo un resultado alentador. La paciencia desplegada con el partido socialista italiano (e incluso con el comunista, que había rechazado la decisión del IKKI sobre el frente unido [88]) había encontrado por fin su justificación. En su Congreso de Roma, a principios de octubre de 1922, el Partido Socialista Italiano había expulsado a los reformistas, acordando aceptar las veintiuna condiciones y adherirse a la Comintern; esto suponía la fusión con el Partido Comunista Italiano. Una larga resolución retrospectiva sobre la cuestión italiana, aprobada por el cuarto Congreso de la Comintern, recordaba que «los requisitos previos, objetivos de la revolución victoriosa», se habían dado en Italia durante el otoño de 1920, cuando los trabajadores ocuparon las fábricas; sólo faltó un «partido genuinamente comunista». Este había sido constituido por la escisión de Leghorn en febrero de 1921,

[87] Se hizo mención en el Congreso de un acuerdo recientemente adoptado entre los partidos alemán y francés «especialmente sobre la cuestión del Tratado de Versalles»; el delegado alemán se quejaba de que no había sido plenamente llevado a efecto (*Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* [Hamburgo, 1923], pp. 76-7).

[88] Véase p. 429, nota 98.

aunque el Partido Comunista Italiano continuaba siendo reducido, y sus dirigentes, si bien teóricamente habían renunciado a los errores del sindicalismo, se hallaban todavía imbuidos de su espíritu. La resolución del cuarto Congreso, citando con satisfacción «la victoria de la reacción fascista» como motivo para «la más rápida unión de todas las fuerzas revolucionarias del proletariado», preconizaba la creación de un comité integrado por dos miembros del Partido Comunista Italiano, por Serrati y Maffi, como representantes del Partido Socialista Italiano, y por Zinóviev, como presidente y árbitro, para estudiar las condiciones de la unidad; medidas similares habían de adoptarse en las ramas locales [89]. Las negociaciones se llevaron en Moscú durante el invierno, pero las discrepancias entre comunistas y socialistas retrasaban su avance, y a principios de 1923 Mussolini echó la zarpa a ambos partidos y detuvo a la mayoría de sus dirigentes. El único rayo de esperanza que había podido proporcionar el cuarto Congreso de la Comintern quedaba barrido.

Los asuntos del partido británico, que se encontraba en plena reorganización, no fueron estudiados en el Congreso, pero Zinóviev se refirió a sus progresos en términos de franco pesimismo:

> En Inglaterra... el desarrollo de nuestro partido va muy, muy despacio. Quizá en ningún otro país se desenvuelve el movimiento comunista de una manera tan lenta como en Inglaterra. Tenemos que empezar a estudiar a Inglaterra; ignoramos aún los motivos de esta lentitud. Teniendo en cuenta el importante paro obrero y la gran pobreza de su proletariado, el desarrollo del comunismo en Inglaterra es notablemente lento [90].

La crisis del partido francés, por otra parte, fue objeto de atención exagerada, en la prolongada sesión del IKKI que precedió al Congreso, por parte de una comisión presidida por Trotski y nombrada por el Congreso, y por parte del Congreso mismo. Asistieron unos veinticuatro delegados franceses de todas las secciones del partido; Frossard fue el único ausente importante [91]. Negando los hechos con obstinación, el Congreso descartó «la idea misma de división, que en modo alguno es conveniente dada la situación del partido» [92], y prosiguió en sus intentos de impulsar a las alas derecha e

[89] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), pp. 365-60.

[90] *Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1923), p. 50.

[91] Las sesiones de este Congreso se detallan, con referencia a las fuentes francesas, en G. Walter, *Histoire du Parti Communiste Français* (1948), páginas 115-21.

[92] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), p. 344.

izquierda, no solamente a acoplarse, sino a adoptar la menospreciada política del frente unido. En efecto, la izquierda surgía victoriosa mediante un dispositivo desviacionista. En los países latinos de Europa, la francmasonería había sido durante largo tiempo el uniforme del radicalismo anticlerical, tanto burgués como socialista. En Italia, ya en 1914, el partido socialista había excluido de sus filas a los francmasones. En Francia, la francmasonería había continuado siendo el lazo de unión entre la izquierda burguesa y los socialistas, y muchos de los dirigentes comunistas franceses de la derecha, incluido el propio Frossard, eran francmasones. Estos hechos se pusieron de manifiesto en la citada comisión del cuarto Congreso —«por vez primera y ante nuestra sorpresa», declaraba más tarde Trotski [93]. Ello constituía un arma excelente para la izquierda. El Congreso publicó un edicto por el que todos los miembros del partido francés que fuesen francmasones debían declarar públicamente, antes del 1.° de febrero de 1923, bajo pena de expulsión del partido, que habían dejado de serlo, y en lo sucesivo no podrían ser elegibles para «puestos responsables en el partido» durante un período de dos años [94]. Frossard dimitió inmediatamente del partido; otros rompieron sus conexiones con la francmasonería. La proscripción de los dos años no parece se llevó a efecto con demasiado rigor.

Los asuntos del Partido Laborista Noruego presentaban un panorama igualmente desconcertante. Desde un principio había sido un partido de muy dudosa ortodoxia [95]. Había aceptado las veintiuna condiciones a reserva de una: el partido se constituía sobre la afiliación colectiva de los sindicatos, y ello implicaba una dificultad para aplicar la prueba prescrita de la conformidad individual [96]. Pero en la práctica, el partido seguía su propio rumbo, negándose incluso a modificar su antiguo nombre por el de «Partido Comunista Noruego»; con la reacción, contra las tácticas «divisorias» introducidas después de marzo de 1921, la Comintern no se atrevió a tomar ninguna decisión contra él. Al fin, en junio de 1922, Tranmael, el jefe del par-

[93] *Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1923), p. 865. Fue afirmado libremente por los disidentes franceses que el descubrimiento de la francmasonería fue un mero pretexto para la acción disciplinaria y que su existencia en el partido francés era conocida de mucho antes; la cuestión había sido de hecho suscitada por Serrati en una reunión del IKKI en 1920 (L. O. Frossard, *De Jaurès à Lénine* (1930), p. 266.

[94] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), p. 348.

[95] Véase p. 159.

[96] *Der Zweite Kongress der Kommunist. Internationale* (Hamburgo, 1921), p. 382.

tido, se decidió a asistir a la prolongada sesión del IKKI, que no tuvo otra consecuencia que una resolución que se refería a los errores del partido sobre cuestiones determinadas, y eludía las cuestiones de principio [97]. Pero entre esta sesión y el cuarto Congreso de la Comintern, de noviembre siguiente, la división en el partido noruego, como en el francés, era un hecho consumado. Tranmael y la mayoría de los miembros del comité central, como Frossard y sus partidarios, desobedecieron los urgentes llamamientos del IKKI para asistir al Congreso. Frente a esta actitud, el Congreso nombró una comisión bajo la discreta presidencia de Bujarin, cuya misión era restaurar la disciplina evitando un rompimiento. La resolución pedía una vez más que se modificara la denominación del partido y se expulsase a los grupos disidentes; y proponía que «para el establecimiento de un mejor lazo de unión entre el partido y el IKKI» un delegado de este comité asistiera al próximo Congreso del partido [98]. Pero estas frases apaciguadoras no supusieron nada. Estaba claro que la masa del partido noruego estaba ya perdida para la Comintern. Con una táctica dilatoria, la escisión formal pudo aplazarse hasta el otoño de 1923, fecha en que el partido abandonó la Comintern y una pequeña minoría se separó de éste para formar el Partido Comunista Noruego.

Simultáneamente al cuarto Congreso de la Comintern, la Profintern celebraba su segundo Congreso. La aplicación de la táctica del «frente unido» a la Profintern fue directa y evidente, ya que esta organización se hallaba ostensiblemente formada para establecer contactos con las masas de trabajadores. En diciembre de 1921, incluso después de la promulgación de la nueva consigna por el IKKI, se formuló una propuesta a la Internacional de Amsterdam para una acción conjunta que impidiera la amenaza de una división entre sindicalistas y socialistas en el movimiento sindical francés [99]; en febrero de 1922 fue calurosamente sancionada por el Consejo de la Profintern una

[97] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), pp. 289-92; según Zinóviev, Radek, que por esta época fue enviado a Oslo para discutir la cuestión, llegó a un «compromiso repugnante» con Tranmael *(Protokoll: Fünfter Kongress der Kommunistischen Internationale* [s. f.], i, 469).

[98] El informe de Bujarin figura en *Protokoll des Vierten Kongress der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1923), pp. 945-55; la resolución, *ibid.*, pp. 955-6.

[99] *Desiat Let Profinterna v Rezolutsiyaj* (1930), pp. 89-90. En 1921 se entabló una lucha en la CGT para expulsar a los sindicalistas (H. Marquand, etcétera, *Labour in Four Continents* [1939], pp. 14-15); puesto que los sindicalistas eran los que apoyaban más firmemente a la Comintern y a la Profintern, esta última tenía un gran interés en resistirse a su expulsión.

propuesta de los sindicatos noruegos para una conferencia conjunta de las dos Internacionales sindicales para «arbitrar modalidades y sistemas paralelos de lucha contra la ofensiva del capitalismo»[100]. Ambos proyectos fueron ignorados por Amsterdam; pero sin inmutarse ante estos desaires, la Profintern aprovechó la Conferencia de Berlín de la Segunda, Tercera y Dos-y-Media internacionales, de abril de 1922, para dirigir otro llamamiento a los trabajadores de todos los países «para unirse en su resistencia contra la ofensiva del capital»; y Lozovski propuso, una vez más, la celebración de una conferencia entre la Profintern, la Internacional de Amsterdam y todos los sindicatos independientes[101]. Estas medidas para nada servían, excepto para proporcionar una base falsa que atribuyese a Amsterdam, en vez de a Moscú, la división del movimiento sindical y la oposición a la búsqueda de la unidad. El año 1922 constituyó el de los mayores éxitos para la Profintern, tanto en Europa occidental como oriental. En Francia, el esfuerzo de los dirigentes de la CGT para lograr una mayor disciplina, y la expulsión de los sindicalistas, terminó con una ruptura y con la formación de la Confederación General del Trabajo Unitario (CGTU), que se afilió a la Profintern y representó durante algún tiempo una mayoría de sindicalistas franceses; en Checoslovaquia gran número de sindicatos se afiliaron igualmente a Moscú. Pero en los demás países los grandes batallones del movimiento sindicalista occidental permanecieron al lado de Amsterdam. En el Congreso sindical alemán de Leipzig, celebrado en junio de 1922, hubo 90 delegados comunistas, de un total de 700, e incluso ni siquiera lograron los partidarios de Moscú mantener esta proporción en congresos posteriores[102]. En Gran Bretaña, la Profintern no obtuvo nunca la obediencia de más de un puñado de sindicatos. En estas circunstancias, la acusación de que la Internacional de Amsterdam era responsable de la división del movimiento carecía de fuerza lógica y, por lo menos en Alemania y en Gran Bretaña, se achacó a sus verdaderos responsables.

El segundo Congreso de la Profintern, reunido en noviembre de 1922, atrajo escasa atención y adoleció del mismo talante de retención y retirada que la reunión del cuerpo motriz. El informe del Consejo estaba redactado en términos intransigentes y señalaba, una vez más, que «todos los esfuerzos de la Profintern para crear un frente

[100] *Desiat Let Profinterna v Rezolutsiyaj* (1930), pp. 83-4.
[101] *Krasni Internatsional Profsoyuzov*, núm. 4 (15) abril 1922, pp. 311-12, 313-16.
[102] O. K. Flechtheim, *Die KPD in der Weimarer Republik* (Offenbach, 1948), p. 91.

unido con la Internacional de Amsterdam tropezaron con el obstinado sabotaje de este organismo» [103]. Todo ello hizo absolutamente necesario para la Profintern llegar a un acuerdo con su propia ala izquierda. Ya en julio de 1922, el órgano oficial de la Comintern, en un artículo titulado «Los anarcosindicalistas y la Profintern», había dirigido un duro ataque a los sindicatos franceses e italianos y a los IWW por su petición de independizar a la Profintern de la Comintern [104]. Pero la conciliación se hallaba a la orden del día. La delegación de la recién formada CGTU francesa formuló al Congreso una petición categórica para que retirara la resolución del primer Congreso, relativa a la subordinación de la Profintern a la Comintern, y, casi por única vez en la historia de estas instituciones, la autoridad central se rindió. Una larga resolución terminaba señalando lo dispuesta que se hallaba la Profintern a «contemporizar con los trabajadores revolucionarios de Francia y aceptar la propuesta de la CGTU para reforzar en el Congreso el bloque de todos los elementos sinceramente revolucionarios del movimiento sindical internacional, que militaba bajo la bandera del derrocamiento del capitalismo y del establecimiento de la dictadura del proletariado»: la resolución del primer Congreso fue anulada, y no fue sustituida por ninguna nueva definición de relaciones [105]. Esta retirada simbólica representaba, como aclaró Zinóviev en su discurso al Congreso, una maniobra táctica: «lo que sucede es que aceptamos algunos prejuicios que mantienen los elementos revolucionarios de los países latinos» [106]. Pero es dudoso que nada cambiara en la práctica. Los dos dilemas que habían enfrentado a la Profintern desde el momento mismo de su constitución aún no se habían resuelto. Las únicas uniones masivas de Europa occidental que deseaban romper con Amsterdam eran los sindicalistas que se mantenían como uniones independientes apolíticas; en todos los demás sitios, la campaña contra la Internacional de Amsterdam parecía irreconciliable con la política de penetración pacífica de las uniones. Un documento bastante optimista, presentado por Lozovski al duodécimo Congreso del partido en abril de 1923, aseguraba un total de trece millones de adheridos a la Profintern, frente a catorce o a lo sumo quince millones para Amsterdam. Pero admitía que en Alemania la Profintern sólo contaba con el 35 por 100 de los obreros organizados; en Inglaterra, con un 15, y en Bélgica con el 10 por 100;

[103] *Desiat Let Profinterna v Rezolutsiyaj* (1930), p. 89.
[104] *Kommunisticheski Internatsional,* núm. 21 (19 julio 1922), cols. 5.603-28.
[105] *Desiat Let Profinterna v Rezolutsiyaj* (1930), pp. 109-10.
[106] G. Zinóviev, *L'Internationale Communiste au Travail* (1923), pp. 176-7.

y que posiblemente estas cifras eran exageradas [107]. Los dirigentes bolcheviques no admitieron nunca el fracaso ni reconocieron públicamente que la fundación de la Profintern había sido mal calculada como táctica. Prosiguió conservando su utilidad de vez en cuando como instrumento de propaganda, y sus dificultades en Europa se veían probablemente compensadas con su utilidad en Asia, donde residía principalmente su fuerza numérica, señalada por Lozovski. El segundo Congreso superó al primero, aprobando una larga resolución «Sobre movimientos sindicales en países coloniales y semicoloniales». Informó sobre el aumento en estos países de «un proletariado industrial nativo importante»... que trabaja en empresas de tipo europeo y norteamericano, y que se concentra en grandes masas en amplios centros industriales». El Congreso deseaba convocar una conferencia de «sindicatos revolucionarios» que representaran a los obreros nativos, pero mientras tanto decidió establecer oficinas de propaganda en los puertos donde era probable que se congregaran marineros [108]. La actividad en este sentido demostró preferentemente su utilidad en el Extremo Oriente, donde constituía una crítica permanente de las limitaciones geográficas y raciales de la IFTU y de los principales sindicatos a ella afiliados.

Otra faceta del cuarto Congreso de la Comintern fue la asistencia de una delegación sindical soviética, constituida por Radek, Lozovski y Rothstein (este último acababa de regresar de Teherán, donde estaba como representante soviético) para asistir a un congreso de la paz convocado por la IFTU en La Haya, en diciembre de 1922, y que fue presidido por el dirigente sindical británico J. H. Thomas. El doble propósito de este paso era demostrar el anhelo bolchevique de un frente unido con otros partidos y organizaciones obreros y proclamar el interés soviético en la causa de la paz. La experiencia de la reunión en Berlín de las tres internacionales en el mes de abril último, con sus mutuas recriminaciones, se reprodujo con ligeras variantes y con la excepción de que la delegación soviética, teniendo en cuenta los reproches de Lenin en aquella ocasión, estaba ahora decidida a no hacer concesiones. Rothstein leyó ante el Congreso un proyecto de catorce puntos, en el que la propuesta más destacada era el establecimiento de un comité internacional y de comités nacionales de acción contra la guerra. No encontró apoyo, y los alegatos de Lozovski en favor de un frente unido fueron obsequiados con el oprobio y el ridículo. Las poco convincentes resoluciones en

[107] *Dvenadtsati Syezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* (1923), pp. 279-80.

[108] *Desiat Let Profinterna v Rezolutsiyaj* (1930), pp. 111-14.

apoyo de la paz, propuestas por el buró del Congreso, se aprobaron eventualmente contra el único voto disidente de la delegación soviética. Sólo en un punto cayó Radek en una expresión que desentonaba con el lenguaje obstinadamente conciliatorio empleado normalmente por la delegación:

> Tenemos un ejército. No desmovilizaremos nuestro ejército. Como veis, no estamos preocupados por Rusia. Pero sí nos preocupa el peligro a que está expuesto el proletariado de Europa occidental. Para conjurar este peligro os ofrecemos con franqueza y sin temor nuestra amistad y nuestra colaboración. Si desecháis nuestro ofrecimiento, esa mano amistosamente tendida se volverá contra vosotros [109].

El último episodio de 1922, y factor importante en la consolidación de la política exterior soviética, fue una reafirmación contra la fuerte corriente crítica existente en el partido en relación con el monopolio del comercio exterior. La autoridad e influencia del Vneshtorg, que administraba el monopolio, y de Krasin como Comisario del Pueblo, habían crecido automáticamente con la reanudación del comercio exterior, especialmente después de la firma del acuerdo comercial anglo-soviético. Por otra parte, el principio del monopolio parecía encajar mejor con la estructura económica del comunismo de guerra, bajo el cual había empezado a funcionar, que con el espíritu de la NEP. No era extraño que empezaran a oírse peticiones en pro de una modificación del monopolio y de la admisión de empresas privadas en la reserva, hasta entonces celosamente guardada, del comercio exterior. Parece que este punto de vista encontró su primera expresión pública en una conferencia sobre política financiera, celebrada en el Gosbank en noviembre de 1921 [110], y vino a hallarse especialmente relacionado con Sokólnikov, el Comisario del Pueblo para Hacienda [111]. Un decreto que se publicó el 13 de marzo de 1922, aun-

[109] *Report of the International Peace Congress held at the Hague, December 10-15, 1922* (Amsterdam, s. f.), pp. 102, 118, 143-5. *Internationale Presse-Korrespondenz*, núm. 239 (18 diciembre 1922) se halla dedicada al Congreso; termina con un breve artículo de Lozovski describiendo al Congreso como un «jardín zoológico» en el cual «hasta las moscas se mueren de tedio». Otro artículo de Lozovski sobre el Congreso, apareció en *Die Internationale*, vi, núm. 1 (6 enero 1923), pp. 13-21.

[110] Véase vol. 2, p. 366.

[111] En un folleto publicado en 1922, Sokólnikov argumentaba que «la máquina soviética pobremente organizada e inadecuadamente ensayada» no era apta para tratar con los capitalistas extranjeros, y apoyaba la creación de compañías mixtas en las que el Vneshtorg sólo tuviera una «misión reguladora» (G. Y. Sokólnikov, *Gosudarstvenni Kapitalism i Novaya Ekonomicheskaya Politika* [1922], pp. 7-9.

que conservaba intacto el monopolio, representó evidentemente un intento de apaciguar a los que le acusaban de excesiva rigidez. Mientras autorizaba al Vneshtorg a adquirir mercancías para la exportación sobre la base de una comisión de las instituciones o empresas estatales o de las cooperativas, también permitía a estos organismos ultimar contratos con comerciantes extranjeros, si bien a reserva de la aprobación del comisariado. Flexibilidad semejante se aplicó también a las importaciones [112]. Después de esto, la crítica se centró en los métodos burocráticos del Vneshtorg, y cabe sospechar que la posición de mando mantenida por Krasin en la economía soviética provocó los celos de muchos cuya inscripción en el partido había sido menos revisada y controlada, y cuya actual devoción a la ortodoxia de éste era menos dudosa. En una conferencia de departamentos interesados en comercio exterior, celebrada en junio de 1922, el Comisariado fue atacado por Bogdanov y Noguin en nombre del Vesenja y defendido por Krasin; una resolución de la Conferencia, aunque apoyando el principio del monopolio comercial exterior, solicitó que su tramitación fuera menos burocrática [113]. Dos meses después, Krasin se mostraba todavía a la defensiva, al explicar que el monopolio era necesario «hasta que la recuperación del país, exhausto después de tantos años de guerra, bloqueo e intervención, permita que se ponga de nuevo en pie y se haga económicamente fuerte» [114]. Dos decretos de fecha 16 de octubre de 1922 concedían a todos los órganos económicos del Estado el derecho a efectuar transacciones de importación y exportación a través de sus propios representantes en el extranjero, si bien no infringiendo el monopolio de comercio exterior y bajo el control del Vneshtorg [115]. Ese mismo mes, Krasin repetía, en una conferencia de prensa, que el monopolio de comercio exterior «no supone que todas las operaciones comerciales se efectúen por órganos del Comisariado del Pueblo para Comercio Exterior», sino que tanto las empresas estatales como las cooperativas, entidades privadas y compañías mixtas representaban su papel, si bien bajo la autoridad y control del Comisariado [116].

Entre tanto, el asunto se había llevado al comité central del partido, en el que Sokólnikov propuso, el 12 de octubre de 1922, una resolución pidiendo una mayor flexibilidad en el monopolio del comercio exterior con respecto a determinados tipos de mercancías y

[112] *Sobranie Uzakoneni,* 1922, núm. 24, art. 266.
[113] *Russian Information and Review,* 15 julio 1922, pp. 470-1.
[114] L. B. Krasin, *Voprosi Vneshnei Torgovli* (1928), p. 306.
[115] *Sobranie Uzakoneni,* 1922, núm. 65, art. 846; núm. 66, art. 862.
[116] *Russian Information and Review*, 4 noviembre 1922, pp. 72-3.

en determinadas fronteras. Bujarin, que había tratado de llevar el comunismo de guerra a su conclusión lógica y que se había situado en su momento en la extrema izquierda, empleaba ahora el mismo afán de consistencia lógica a la NEP y, girando a la extrema derecha, apoyaba a Sokólnikov. En ausencia de Lenin (que acababa de incorporarse al trabajo después de su primer ataque) y de Trotski, se aprobó la resolución. No podía, por supuesto, tener efectividad formal hasta que pasara al mecanismo gubernamental, y podía ser apelada ante el Congreso del partido por cualquier miembro del comité. Lenin protestó inmediatamente, y solicitó que la cuestión fuera llevada de nuevo a la próxima sesión del comité central, que se celebraría en diciembre. Al día siguiente, Krasin, en nombre del Vneshtorg, formuló una serie de tesis oponiéndose a la decisión; y Bujarin, en una carta fechada en 15 de octubre de 1922, dirigida al comité central, defendió la resolución en contra de Lenin y de Krasin [117]. El asunto quedó así hasta mediados de diciembre de 1922, en que Lenin, cuya salud se había vuelto a resentir, comprendió que no podría asistir al comité central, y se sintió preocupado por la próxima discusión del asunto. El 12 de diciembre, al saber que Trotski también se oponía a la resolución de octubre, Lenin le escribió, pidiéndole «que asuma usted en el próximo pleno la defensa de nuestra común opinión sobre la necesidad ineludible de conservar y reforzar el monopolio del comercio exterior» [118]. Al día siguiente dictó un largo memorándum para el comité central, que adoptó la modalidad de una refutación a la carta de Bujarin y una defensa de las tesis de Krasin:

> En la práctica, Bujarin está por la defensa del especulador, del pequeño burgués, de los campesinos ricos, y en contra del proletariado industrial que no se halla en absoluto en condiciones de restablecer la industria y hacer de Rusia un país industrial, sin la protección no de una política aduanera, sino sola y exclusivamente de un monopolio de comercio exterior. Cualquier otra clase de proteccionismo en la situación de la Rusia contemporánea sería completamente ficticia, un proteccionismo teórico que nada significaría para el proletariado.

El memorándum terminaba apoyando a las compañías mixtas como el mejor medio «para mejorar realmente la deficiente organización del Vneshtorg» [119]. Dos días más tarde, Lenin escribía de nuevo a Trotski expresando sus esperanzas en la victoria, puesto que

[117] Lenin, *Sochineniya,* xxvii, 558-9, nota 177.
[118] L. Trotski, *The Real Situation in Russia* (s. f., 1928), p. 287.
[119] Lenin, *Sochineniya,* xxvii, 379-82.

«parte de los que votaron contra nosotros en octubre se han pasado parcial o totalmente a nuestro lado» [120]. Nada se sabe de lo que sucedió en el comité central el 18 de diciembre de 1922, excepto que la resolución de octubre fue totalmente anulada. Lenin pudo congratularse con Trotski de haber «tomado la posición sin disparar un solo tiro», y propuso que el asunto fuera afianzado mediante una decisión del próximo Congreso del partido [121]. La propuesta se llevó a efecto en abril de 1923, un mes después de la incapacidad definitiva de Lenin, por medio de una resolución del duodécimo Congreso del partido, inusitadamente enfática:

> El Congreso confirma categóricamente la inviolabilidad del monopolio de comercio exterior y la inadmisibilidad de toda evasión del mismo y de cualquier debilidad en cuanto a su aplicación, y ordena al nuevo comité central que adopte medidas sistemáticas para fortalecer y desarrollar el régimen de monopolio de comercio exterior [122].

Pocos días antes de reunirse el Congreso, un decreto del VTsIK había reafirmado la autoridad del Vneshtorg y de sus delegaciones comerciales en el extranjero, limitando severamente los derechos de otros organismos estatales del sector de comercio exterior [123]. Desde ese momento el monopolio de comercio exterior resultó inexpugnable.

[120] Trotski, *The Real Situation in Russia* (s. f., 1928), pp. 288-9.
[121] *Ibid.*, pp. 289-90.
[122] *VKP(B) v Rezolutsiyaj* (1941), i, 472.
[123] *Sobranie Uzakoneni, 1923,* núm. 31, art. 343.

Capítulo 32
LA CUESTION ORIENTAL

El retraimiento con respecto a la promoción activa y constante de la revolución mundial, que caracterizó a la política exterior soviética a partir de marzo de 1921 y que condujo visiblemente, a finales de 1922, a una consolidación de los intereses soviéticos en Europa, fue igualmente manifiesta en los asuntos del Este. La transición operada en la política oriental fue, en muchos aspectos, menos brusca y menos difícil. Mientras que a partir de 1920 aumentaba progresivamente el interés soviético con respecto a los países asiáticos, no había país ninguno de los no europeos en que las perspectivas de la revolución proletaria fuesen más remotas ni en el que cualquier partido comunista nacional fuera, como entre los asiáticos, otra cosa que una burda y servil imitación del modelo ruso o directa consecuencia de la influencia soviética. En estas circunstancias la cuestión que durante tanto tiempo preocupó a la diplomacia soviética en Europa —la alternativa de si Moscú estaba más directamente interesado en fomentar la caída de los gobiernos capitalistas o en llegar a un acuerdo con ellos— apenas si se planteó en Asia, o bien se suscitó en episodios de menor importancia, y transitorios, como el de Kuchik en Persia. En Asia predominaban esos tipos de gobiernos nacionales independientes o semiindependientes, que se encontraban, por la naturaleza de sus ambiciones y pretensiones, en una postura de hostilidad, activa o potencial, con respecto a las potencias occi-

dentales. La Rusia soviética disponía de todos los incentivos, materiales y morales, para alentar sus aspiraciones y avivar la llama de sus resentimientos contra Occidente; la situación similar en que se hallaban Rusia y los países asiáticos con relación a las potencias imperialistas venía siendo tema inagotable para escritores y políticos soviéticos. Si en el período iniciado en marzo de 1921 se observó una cierta restricción en esta política, ello no se debió al deseo de apoyar a elementos comunistas locales que se rebelaban contra los gobiernos nacionales, sino a las obligaciones concretas creadas por el tratado comercial anglo-soviético, que hacían que fuese lo político en aquel momento evitar abiertas demostraciones de apoyo a elementos antibritánicos en Asia. La esencia de la política soviética en este período posterior a 1921 fue buscar colaboraciones con los gobiernos nacionales asiáticos y extender la influencia soviética sobre estos gobiernos, pero actuando en lo posible de un modo gradual y discreto, que no destruyera o perjudicara cualquier relación económica ventajosa con el mundo capitalista occidental. Dentro del marco de la política general, la acción llevada a cabo en Asia en los casos concretos respondía sensiblemente al barómetro de estas relaciones.

El carácter relativamente restringido y displomático de la política exterior soviética en el período posterior a marzo de 1921 se extendió a las relaciones soviéticas con Afganistán. A Surits sucedió como representante soviético Raskolnikov, el héroe de la invasión de Enzeli y de la expulsión de los ingleses del norte de Persia; y los agentes británicos continuaron facilitando espeluznantes informes sobre sus actividades en Kabul. Sin embargo, la propaganda bolchevique en la India, donde cabía esperar resultados fructíferos, no tuvo el menor éxito. Se desvanecieron, pues, las perspectivas de revolución en este país, que no se habían considerado muy seriamente en Moscú, y tras la firma del acuerdo comercial anglo-soviético declinó, en consecuencia, el interés soviético por los pueblos hindúes. Afganistán había mantenido un cómodo equilibrio entre las potencias rivales de Gran Bretaña y la Rusia soviética. La contrapartida del tratado soviético-afgano, de 28 de febrero de 1921, fue un nuevo tratado anglo-afgano, firmado el 22 de noviembre del mismo año, en el que se regulaba una normal representación diplomática y consular, y se lamentaba la prohibición del tránsito de armas y municiones a través de la India con destino a Afganistán [1]. Pero, con el fin de que esto no pudiera considerarse como un giro demasiado definitivo e inflexible por parte

[1] *Treaty between the British and Afghan Governments, November 22, 1921*, Cmd 1786 (1922).

del gobierno afgano con respecto a Gran Bretaña, se formuló asimismo una declaración condenando la política poco amistosa seguida por el gobierno británico en relación con Turquía [2]. En el verano de 1922, la última campaña de Enver contra la autoridad soviética en el Turkestán oriental parece haber suscitado las simpatías afganas y conducido a una nueva fase de frialdad en las relaciones soviético-afganas [3]. En conjunto, no obstante, tanto la Rusia soviética como Gran Bretaña se encaminaban en aquellos momentos, lenta y prudentemente, hacia el convencimiento de que un Afganistán independiente serviría de barrera y amortiguador entre ellos, en lugar de ser la manzana de la discordia. Los temores de una seria amenaza soviética para la India se convirtieron en la prerrogativa personal de Curzon, y hubo una ligera nota de condescendencia en las palabras pronunciadas por Chicherin en la Conferencia de Lausanne, celebrada en diciembre de 1922:

> Os sentís incómodos porque nuestros jinetes han reaparecido en las alturas de Pamir y porque ya no podéis dialogar con un zar imbécil que os cedió la cordillera de Hindukush en 1895. Pero no es la guerra lo que os brindamos, sino la paz, basada en el principio de una muralla divisoria entre nosotros [4].

La consolidación, más que el avance, había llegado a ser la nota clave de la política soviética en Asia Central.

En Persia, tras la firma del tratado soviético-persa, de 26 de febrero de 1921 y la llegada de Rothstein, dos meses más tarde, como representante soviético a Teherán, prosiguió la lucha, con mayor actividad y tesón entre la influencia soviética y la británica. Pero aquí, una vez más, la política soviética prescindió de todo contenido revolucionario. Se mantenían relaciones correctas con el gobierno persa y una actitud favorable a la estrella en alza de Riza Kan, la potencia militar que respaldara el golpe de febrero de 1921. La mano fuerte de Riza, como la de Kemal en Turquía, parecía a los observadores soviéticos que personificaba las fuerzas del nacionalismo persa y

[2] A. L. P. Dennis, *The Foreign Policies of Soviet Russia* (1924), p. 258 (en donde, no obstante, el tratado lleva la fecha equivocada de 1922).

[3] L. Fisher, *The Soviets in World Affairs* (1930), i, 434.

[4] *The Lausanne Conference on Near Eastern Affairs, 1922-1923,* Cmd 1814 (1923), p. 149; la alusión a Pamir se refiere probablemente a un alegato en la carta de Horme a Krasin de 16 de marzo de 1921 (véase p. 300 anterior) de que «una orden militar dictada por las autoridades soviéticas ha anunciado el despliegue de la bandera roja sobre Pamir, como una indicación al pueblo de la India de que su liberación está próxima».

ofrecía la mejor promesa de una Persia independiente, capaz de resistir a la dominación británica.

Sus intereses inmediatos [de la Rusia soviética] [escribía un comentarista soviético de la época] son que Persia se convierta en un fuerte Estado centralizado capaz de defenderse contra toda interferencia de terceros en sus asuntos y especialmente, por supuesto, de Inglaterra. Esta situación garantizaría a la Rusia soviética contra cualquier utilización del territorio persa por fuerzas inglesas para atacar a Rusia. En un poder estatal centralizado, apoyado en un único ejército nacional, puede también hallarse una garantía para el desarrollo comercial y cultural de Persia y su transformación de país feudal en una nación moderna con recursos económicos y políticos [5].

Una baza de la política soviética en Asia en aquellos momentos era considerar de interés soviético el desarrollo de fuertes Estados nacionales, ya que la política británica se basaba todavía en el sistema de favorecer a dirigentes débiles y a pequeños jefes locales semiindependientes, que dependiensen de la ayuda y protección británicas.

Una seria crisis tuvo lugar, sin embargo, en los consejos del Soviet antes de que fuera establecida la nueva política, proporcionando el mejor ejemplo de la falta de coordinación que en aquel período aún hacía posible que las diferentes autoridades soviéticas prosiguieron políticas independientes e incompatibles. La ambición concreta del gobierno persa era completar la retirada de las tropas extranjeras en Persia, y el gobierno soviético había condicionado la retirada de sus fuerzas a la de las inglesas. En mayo de 1921 las últimas tropas británicas abandonaron el suelo persa. Fue en este momento cuando los partidarios soviéticos de Kuchik y de su república independiente de Gilan, opuestos radicalmente a la política apaciguadora de un gobierno nacional persa, intentaron jugar su última carta. En el verano de 1921, Kuchik inició la marcha sobre Teherán —aventura para la que contó no solamente con el apoyo de sus asesores soviéticos, sino con los refuerzos enviados a través del mar Caspio, procedentes de la RSS de Azerbaiyán—. El intento se reveló como un fracaso y fue desautorizado por Chicherin desde Moscú y por Rothstein en Teherán; este último se dice formuló una protesta personal ante Lenin.[6]. Se abandonó, pues, la política de apoyo a Kuchik. La retirada de

[5] *Novi Vostok*, iv (s. f., 1923), 218-19.

[6] L. Fisher, *The Soviets in World Affairs* (1930), i, 288. Este incidente que comprensiblemente «perturbó las relaciones soviético-persas durante un breve período» ha sido glosado por escritores soviéticos; según ulteriores informaciones *(ibid.,* 2.ª ed., 1951, i, xvi), el ejército de Kuchik incluía no sólo reclutas del Cáucaso, sino «campesinos rusos de Tula».

tropas soviéticas se llevó a efecto con arreglo al plan previsto y se terminó en septiembre de 1921. Ello facilitó el camino para el colapso final de la República de Gilan, ocurrido en octubre del mismo año, cuando las fuerzas persas ocuparon Gilan, con el asentimiento soviético, y ahorcaron a Kuchik en calidad de rebelde [7]. Poco después eran igualmente barridos otros movimientos de dirigentes semiindependientes de distintos sectores fronterizos.

El período en que se produjeron estos acontecimientos se caracteriza por una serie de discusiones sobre la aplicación del tratado soviético-persa, cuya ratificación fue aplazada por los Mejlis hasta el 15 de diciembre de 1921 [8]. No tardó mucho en plantearse una vez más la vieja cuestión del petróleo. Con arreglo al tratado, la Rusia soviética confirmaba su renuncia a todas las concesiones en Persia, primitivamente otorgadas a los gobiernos o ciudadanos rusos, pero a condición de que el gobierno persa no transfiriera estas concesiones a ninguna otra potencia o ciudadano extranjero. En noviembre de 1921, desafiando este precepto, el gobierno persa otorgaba a la Standard Oil Company norteamericana una concesión en el norte de Persia, que había correspondido hasta entonces a un georgiano de nacionalidad rusa; y con prisa inusitada fue votada la necesaria autorización por los Mejlis. El gobierno soviético formuló enérgicas protestas [9]. La entrada de capital norteamericano en la industria petrolífera persa no fue bien acogida por la Compañía de Petróleos Anglo-Persa, pero ésta logró un acuerdo con la Standard Oil Company para la explotación conjunta de la concesión recientemente obtenida [10], y pudo después fortalecer su postura con una emisión de capital, por la que el gobierno británico se convirtió en accionista mayoritario. La combinación, sin embargo, no fue muy del gusto del gobierno persa, que en julio de 1922 canceló su acuerdo con la Standard Oil Com-

[7] *Novi Vostok*, iv (s. f. [1923]), 217-18, ignorando la aventura estival, recoge la caída de Kuchik en octubre, y la explica en los siguientes términos: «El movimiento revolucionario de Gilan, que prosperó principalmente bajo el lema de «Abajo los ingleses», ostensiblemente fue cuesta abajo tras la evacuación de Persia por las fuerzas inglesas. Por razón del atraso e inercia de los campesinos persas, no fue apoyado por éstos; los comerciantes persas y la burguesía en general relacionaban la mejora de su situación con una apertura de las relaciones comerciales con la Rusia soviética y no se inclinaban por el momento a tomar las armas contra el gobierno central feudal».

[8] Para referencias sobre estos temas, véase *ibid.*, iv, 210-15.

[9] *Ibid.*, iv, 213-14; *Revue du Monde Musulman*, lii (1922), 167-8, cita una protesta de Rothstein al gobierno persa de 15 enero de 1922.

[10] La Compañía Petrolífera Anglo-Persa había comprado ya en 1920 la misma concesión a su primer poseedor georgiano; pero el gobierno persa, lógicamente se negó a reconocer esta transferencia.

pany y entró en nuevas negociaciones con la Sinclair Consolidated Oil Corporation [11]. Al final resultaron eficaces las protestas soviéticas contra la concesión, por razones que aparecían claras en un rotundo artículo publicado en *Pravda:*

> Estas concesiones no son viables sin un tránsito por Rusia. El gobierno ruso no puede admitir en la frontera ruso-persa la presencia de un centro capitalista capaz de transformar en un momento dado la concesión en una base puramente militar que supondría una amenaza para Rusia [12].

En noviembre de 1922, Rothstein regresó a Moscú y fue sustituido, como representante soviético en Teherán, por Shumiatski. Rothstein se había mostrado gran defensor de los intereses tradicionales rusos, llegando hasta a sugerir que la interferencia soviética sería tan desagradable para el orgullo persa como la británica, o la rusa en el pasado; el retirarlo se dice que fue debido a las protestas suscitadas por su exagerado intervencionismo al dar asilo en la misión soviética a los directores de tres diarios persas, acusados de haber infringido la ley de prensa del país con propaganda antibritánica y prosoviética [13].

El objetivo más importante de la política soviética en Persia, en el período de mayor restricción diplomática que siguió a la partida de Rothstein, era la conclusión de un acuerdo comercial. El gobierno persa, escarmentado con la pasada experiencia de que unas estrechas relaciones económicas con una potencia fuerte implicaban una dependencia política, puso inconvenientes desde un principio. Un representante del Vneshtorg llegó a Teherán en agosto de 1921, y en septiembre y octubre ya Chicherin presionaba al gobierno de Persia para que enviara una delegación con vistas a unas negociaciones comerciales con Moscú [14]. Pero estas negociaciones no empezaron hasta junio de 1922, e incluso en esa fecha prosperaron poco, dadas las objeciones persas al sistema de monopolio del comercio exterior. El 9 de noviembre de 1922 la delegación soviética hizo una importante concesión. Era un momento en que el monopolio era duramente atacado en los círculos soviéticos [15], y se había permitido en la práctica,

[11] Un relato documentado, aunque indudablemente algo tendencioso, de estas transacciones, aparece en L. Fisher, *Oil Imperialism* (s. f. [1927]), páginas 210-32.

[12] *Pravda,* 24 septiembre 1922.

[13] El triunfo de Rothstein en este incidente (los directores fueron al parecer rehabilitados) se describe en forma entusiasta en *Novi Vostok,* iv (s. f. [1923]), 627-9.

[14] *Ibid.,* iv, 216-17.

[15] Véase p. 474 anterior.

si no en principio, una cierta tolerancia para el tráfico fronterizo con los países asiáticos [16]. Se anunció que el gobierno soviético se disponía a confeccionar listas de artículos que podían ser importados a Persia procedentes de la Rusia soviética y viceversa, mediante procedimientos de comercio privado y sin pasar por las manos del Vneshtorg; esta concesión, sin embargo, se condicionaba a un cambio en la composición del gobierno persa, al que se acusaba (en parte, indudablemente, a causa de la fricción con Rothstein) de «feudal» e inclinado a la anglofilia. En febrero de 1923 se produjo una crisis, y el nuevo gobierno estableció una tarifa más favorable para las mercancías soviéticas. El 27 de febrero el gobierno soviético aprobaba las listas de artículos para los cuales se permitiría, a partir de ese momento, el libre comercio con Persia [17]. Esta importante concesión fue otorgada evidentemente para que sirviera de precedente. Varias normas generales reguladoras del comercio con países orientales, aprobadas en una conferencia de representantes del Vneshtorg ese mismo año, sentaron el principio de que el comercio con países orientales debía ser organizado con una mayor flexibilidad y en condiciones más favorables para los países interesados que en el caso del Occidente capitalista. Se encomiaba el sistema de «liberalización de licencias», que permitía el libre comercio de «artículos persas que no supusieran competencia con los rusos», criterio que se hizo extensivo a Turquía, Afganistán y Mongolia Exterior [18]. Pero éste parece ser que fue el punto cumbre de la NEP en su aplicación al comercio exterior, y la tendencia, a partir de entonces, fue más bien la de restringir, en lugar de ampliar estas insignificantes derogaciones del monopolio del comercio exterior. Tampoco la concesión produjo el efecto deseado de suavizar el camino de las negociaciones comerciales soviético-persas. El 3 de julio de 1924 se firmó un tratado comercial, pero no se pudo obtener su ratificación por parte de los Mejlis.

Durante este período, sin embargo, fue Turquía la que continuó ocupando la atención preferente de la política soviética en el Cer-

[16] En 1921 funcionaba por el mar Negro un comercio particular muy activo, entre Turquía y Crimea, contra el cual «no se consideraba conveniente... poner obstáculos» (L. B. Krasin, *Voprosi Vneshnei Torgovli* [1928], p. 338); el argumento (*ibid.*, pp. 333, 335) de que el comercio soviético con los países orientales no precisaba de la misma protección rígida que el establecido con las «potentes organizaciones comerciales» del capitalismo occidental, tenía cierta validez desde el punto de vista soviético.

[17] *Novi Vostok*, iv (s. f. [1923]), 224-6.

[18] *Entsiklopediya Sovetskogo Eksporta* (Berlín, 1924), i, 29; *ibid.* (Berlín, 1928), i, 34-6.

cano y Medio Oriente. La conclusión del tratado soviético-turco, de 16 de marzo de 1921, y el fracaso simultáneo del gobierno turco para ponerse de acuerdo con los aliados occidentales fue seguida del avance del ejército griego en Anatolia, apoyado y subvencionado por el gobierno británico. Turquía, viéndose muy apurada, solicitó ayuda de Moscú y enfrentó al gobierno soviético con una decisión difícil. El prestar ayuda a un país pequeño, que luchaba por su libertad, contra un flagrante acto de agresión imperialista era una cuestión de principio para los bolcheviques; y este principio se había reafirmado frecuentemente refiriéndose concretamente a Turquía. Por otra parte, la aspiración del gobierno soviético en estos momentos era la de mantener una situación de seguridad y evitar riesgos aventurados, junto con el deseo de no poner en peligro las relaciones comerciales recientemente establecidas con Gran Bretaña, y además tenía sospechas muy fundadas de la actitud ambivalente de Turquía. Distintos pareceres [19] parece que aplazaron una decisión. En el curso del verano de 1921, mientras los griegos proseguían su avance y el acuerdo comercial anglo-soviético todavía se hallaba en su fase de luna de miel, Moscú se mantuvo visiblemente al margen [20]. Hasta el otoño, en que empezó a cruzarse con Gran Bretaña una áspera correspondencia y el avance griego en Anatolia había sido contenido, no empezó el gobierno soviético a apoyar a Turquía. En *Izvestiya* apa-

[19] Según L. Fisher, *The Soviets in World Affairs* (segunda ed., 1951), i, xv, Lenin y Trotski favorecían el apoyo a Turquía, pero «Stalin, Orjonikidze y otros camaradas georgianos y caucasianos recomendaron moderación», recordando la actitud poco amistosa de Turquía en la toma de Batum, en febrero de 1921, y porque no deseaban además una Turquía demasiado fuerte. Se dice que esta información procede de Rakovski y salió a luz en la entrevista de Stalin de noviembre 1920 (véase p. 313, nota 96, anterior). Para mejor demostración de la división de opiniones en el sector turco, véase Halidé Edib, *The Turkish Ordeal* (1928), pp. 254-5. Según esta fuente, Bekir Sami, que era un turco caucasiano del norte, regresó de Moscú a finales de 1920 bastante desilusionado y se convirtió en un occidental convencido. Cuando, siendo Comisario para Asuntos Extranjeros, fue a Londres, en febrero de 1921, al frente de la primera delegación del gobierno de Kemal que iba a ser allí recibida, formuló una propuesta a Lloyd George para una acción común contra la Rusia soviética; Chicherin se enteró y Sami fue obligado a dimitir como resultado de sus protestas. V. A. Gurko-Kriazhin, *Blizhni Vostok i Derzhavi* (1925), p. 96, atribuye la dimisión de Sami a un intento de hacer un trato con Francia; en cualquier caso, está claro que su orientación era occidental y antisoviética.

[20] Durante este período parece ser que Enver se encontraba todavía en Batum dirigiendo la propaganda contra Kemal; en el otoño de 1921, con la decisión final de Moscú de apoyar a Kemal, Enver fue enviado al Asia Central para quitarlo de en medio *(Revue du Monde Musulman,* lii [1922], 204-5).

reció el 25 de octubre de 1921 una protesta contra supuestas atrocidades griegas. La decisión de apoyar a Turquía con municiones y asesores militares vino poco después, y se concretó en el envío a Ankara, en diciembre de 1921, de Frunze, el experto militar soviético, so capa de plenipotenciario de la RSS ucraniana. El tratado formal firmado entre Turquía y Ucrania el 2 de enero de 1922 se parecía mucho al convenio turco-soviético de marzo anterior y constituía una mera tapadera de la transacción militar [21]. Poco después el gobierno soviético demostraba su amistad hacia Turquía, apoyando su deseo de ser invitada a la Conferencia de Génova [22]. Turquía correspondió con una concesión inesperada: se levantó el entredicho sobre el Partido Comunista Turco, que entre marzo y octubre de 1922, tras quince meses de persecución intensa, disfrutó así de un «segundo período de actividad» [23].

Fortalecido con el apoyo material y moral de Moscú, Kemal lanzó su ataque contra los invasores griegos en mayo de 1922. Fue un completo éxito. En tres meses los griegos fueron derrotados; en septiembre de 1922, los que quedaban fueron arrojados al mar, y los ejércitos de Kemal, excitados con la victoria, hacían gestos amenazadores contra la débil guarnición británica que todavía ocupaba Constantinopla. Sin embargo, en este punto prevaleció la prudencia. Las rotundas afirmaciones de Londres no dejaban lugar a dudas sobre su decisión de responder a la fuerza con la fuerza, y Kemal se abstuvo de enfrentarse directamente con el poder británico. Gran Bretaña, inclinada al punto de vista que desde hacía tiempo mantenían otras potencias occidentales, reconoció la necesidad de retirar las fuerzas

[21] El tratado se encuentra en *British and Foreign State Papers*, cxx (1927), 953-7; L. Fisher *(The Soviets in World Affairs* [1930], i, 393) afirma categóricamente que «la breve visita de Frunze, de veintitrés días de duración, fue aprovechada para preparar importantes envíos de municiones rusas y para perfilar un plan de campaña detallado contra los griegos, en el cual, si era necesario, participarían oficiales rojos». Esta es una versión soviética, pues es muy dudoso que Kemal hubiera aceptado la «participación» de oficiales del Ejército Rojo, aunque estaba muy necesitado de municiones. En el noveno Congreso de Soviets de toda Rusia, celebrado en diciembre de 1921, se leyó un telegrama de Kemal expresando su gratitud por la misión de Frunze y su fe en las «profundas simpatías mutuas de nuestras naciones amigas», así como en la «valiosa solidaridad de nuestros países» *(Deviyati Vserossiiski Syezd Sovetov* [1922], p. 213).

[22] *Materiali Genuezskoi Konferentsi* (1922), p. 33.

[23] *Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1923), p. 528; el primer número de *Yeni Hayat* («Vida Nueva»), que se definía como el diario del Partido Comunista del Pueblo de Turquía, apareció el 18 marzo 1922 *(Novi Vostok,* i [1922], 358).

que ocupaban Constantinopla y de llegar a un acuerdo con Kemal. Habría que negociar ahora, en iguales condiciones, un nuevo tratado de paz con Turquía y un nuevo régimen para con los Estrechos. Este cambio radical de suerte tuvo consecuencias de gran alcance. La secuela inmediata de la derrota griega fue la caída de Lloyd George [24], pero la incipiente reconciliación de Kemal con las potencias occidentales tuvo otra importante derivación. No solamente Kemal, una vez lograda su victoria, no necesitaba del apoyo soviético, sino que las probabilidades de una estabilización favorable mediante el acuerdo con Occidente podrían resultar perjudicadas por unos contactos tan estrechos con el gobierno soviético, especialmente ahora que la política nacional británica había dado un viraje hacia la derecha. El primer síntoma de ansiedad por parte de Kemal en demostrar su independencia ideológica fue una renovada persecución de los comunistas turcos, iniciada en octubre. Los grupos comunistas que habían gozado hasta hacía poco de tolerancia en Ankara y Constantinopla fueron objeto de una represión, y se produjeron detenciones de gran número de comunistas por todo el país [25].

Antes de que estos signos se dejaran sentir o se supieran en Moscú, el gobierno soviético obraba ya de acuerdo con su gran preocupación en torno al futuro régimen de los Estrechos. Una de sus primeras actuaciones fue renunciar a las primitivas pretensiones zaristas sobre Constantinopla. Pero el derecho al acceso y salida de los Estrechos desde el mar Negro constituía materia de preocupación para cualquier gobierno ruso, y una importante cláusula del tratado turco-soviético de 16 de marzo de 1921 proclamaba la libertad de los Estrechos bajo un régimen internacional, a establecer mediante un acuerdo entre las potencias del mar Negro [26]. Durante la guerra griego-turca se habían producido constantes protestas contra el hecho de que no se impidiese a los barcos de guerra griegos la entrada en el mar Negro, cosa que hacían bajo la protección de las fuerzas aliadas en Constantinopla [27]. El 12 de diciembre de 1922, cuando la guerra ya había terminado, el gobierno soviético se apresuró a informar al británico que «Rusia, Turquía, Ucrania y Georgia, a cuyos países pertenece casi enteramente la costa del mar Negro, no pueden admitir el derecho de ningún otro gobierno a interferir

[24] Véase p. 442.
[25] *Ibid.*, pp. 528-30.
[26] Véase p. 314.
[27] Las referencias a estas protestas están recogidas en A. L. P. Dennis, *The Foreign Policies of Soviet Russia* (1924), p. 232, nota 68.

en la cuestión del régimen de los Estrechos»[28]. El 24 de septiembre de 1922, cuando un documento semioficial había designado a Gran Bretaña, Francia e Italia como los países más interesados en el asunto de los Estrechos[29], Chicherin dirigió una nota sobre esta cuestión a los gobiernos de Gran Bretaña, Francia, Italia, Yugoslavia, Rumania, Bulgaria, Grecia y Egipto. Recordando la cláusula del tratado turco-soviético, Chicherin denunciaba la «usurpación» por las potencias occidentales de los derechos de «Rusia y las repúblicas aliadas», y en unas breves frases expuso el meollo del caso soviético:

> Ninguna decisión relativa a los Estrechos será definitiva ni durarera, sin contar con Rusia; se limitaría a sembrar la semilla de nuevos conflictos. La libertad de los Estrechos que propugna Gran Bretaña no significa más que el deseo de una fuerte potencia naval de controlar una ruta de necesidad vital para otros Estados, con objeto de mantener a éstos bajo una amenaza constante. Esta amenaza se dirige principalmente contra Rusia y Turquía.

El resultado fue una propuesta para «la inmediata convocatoria de una conferencia de todas las potencias interesadas y, en primero y principal lugar, de los Estados del mar Negro». Inflexible en su forma, la propuesta era, de hecho, una retractación de las anteriores afirmaciones sobre el interés exclusivo de las Repúblicas soviéticas y de Turquía y una indicación de la buena voluntad para negociar[30].

En el mes de octubre de 1922, la cuestión turca ocupó lugar preferente en la labor diplomática de Moscú. Las potencias occidentales prosiguieron la preparación de una conferencia de paz con Turquía en Lausanne, a la cual no podía pretender ser invitada la Rusia soviética, país no beligerante. La denegación de la concesión Urquhart fue transformada y aprovechada por Lenin en el motivo de la oposición públicamente declarada por Gran Bretaña a la participación soviética en la conferencia[31]. A mediados de octubre fue enviada otra nota, esta vez a Gran Bretaña e Italia solamente, protestando contra la exclusión de la Rusia soviética[32]. Curzon, de mala gana,

[28] *Izvestiya,* 14 septiembre 1922; la pretensión de hablar en nombre de Turquía podía justificarse por el artículo sobre los Estrechos del tratado turco-soviético de 16 marzo 1921, pero probablemente no era especialmente grata para el gobierno turco.

[29] *The Times,* 18 septiembre 1922.

[30] Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika,* iii, i (1928), 201-2.

[31] Véase p. 443.

[32] *Pravda,* 20 octubre 1922; la omisión de Francia era debida, probablemente, a la información de que ahora el gobierno francés apoyaba la participación soviética.

dio paso a una fórmula de compromiso; la Rusia soviética no podía tener puesto en las negociaciones de un tratado de paz, pero sus delegados podían ser admitidos en la Conferencia de Ginebra «con objeto de participar en la discusión del problema de los Estrechos». El 27 de octubre de 1922 se cursó una invitación formal al gobierno soviético, redactada en estos términos. El 2 de noviembre, Chicherin protestó de la exclusión de la conferencia en general y contra el hecho de no hacer extensiva la invitación a los representantes de Ucrania y Georgia; la contestación a este segundo punto fue que los representantes ucranianos y georgianos podían incluirse en la delegación soviética [33]. De hecho, Moscú se mostraba satisfecho de haber obtenido una victoria, aunque parcial, y una delegación encabezada por Chicherin salió para Lausanne.

Entre la recepción de la invitación para Lausanne y la iniciación allí de los debates sobre los Estrechos, se celebró el cuarto Congreso de la Comintern en Moscú [34]. En el tercer Congreso, celebrado en el verano de 1921, en tanto que el acuerdo comercial anglo-soviético suponía un reciente y notable logro, las quejas de los pueblos asiáticos, víctimas del yugo imperialista, se habían despachado de cualquier modo, con escasísimo interés [35]. En el cuarto Congreso no existían ya los mismos motivos para desalentar el fervor antiimperialista o antibritánico, y aunque se formularon todavía protestas contra el breve espacio de tiempo permitido a los oradores y la escasa atención prestada a las discusiones sobre el tema [36], no se repitió la actitud de espectacular indiferencia que se observó en el Congreso anterior. Había ahora partidos comunistas que ostentaban nombres de los países más lejanos de Oriente. Algunos eran legales, pero la mayor parte actuaban fuera de la ley o se limitaban en parte o totalmente a refugiados residentes en Moscú. Apenas si alguno de ellos contaba con más de un centenar de miembros. En el cuarto Congreso apareció por vez primera un delegado egipcio, si bien la actuación del Partido Socialista Egipcio al que representaba era dudosa, y sólo fue admitido a título consultivo [37]. Era cierto, sin embargo, que, aun-

[33] Esta correspondencia se encuentra en Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhduranodnaya Politika,* iii, i (1928), 203-5.

[34] El Congreso duró del 5 de noviembre al 5 de diciembre de 1922; la Conferencia de Lausanne se inauguró el 20 de noviembre pero la discusión sobre los Estrechos, la única a que fue admitida la delegación soviética, no comenzó hasta el 4 de diciembre.

[35] Véanse pp. 399-401.

[36] *Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1923), pp. 609, 612.

[37] *Ibid.,* pp. 615-17.

que el capitalismo en Europa parecía recuperarse, el descontento se extendía en Asia, y Zinóviev volvió a caer en el fácil optimismo de los primeros años, cuando profetizó que para el décimo aniversario de la Revolución de Octubre (el Congreso estaba a punto de celebrar el quinto) «veremos temblar al mundo con incontables rebeliones y veremos alzarse contra el capitalismo a cientos de millones de seres humanos oprimidos». Los comunistas orientales podrían ser escasos en número, pero Zinóviev y, tras él, Safarov insistían en el clásico consuelo de que el grupo ruso de Emancipación del Trabajo, antecesor del Partido Comunista Ruso, sólo contaba con cinco miembros cuando fue fundado en 1883 [38].

La inminente inauguración de la Conferencia de Lausanne situó a Turquía en el primer plano de las preocupaciones del Congreso y del gobierno soviético. En la sesión de 20 de noviembre de 1922, el presidente de la delegación turca, que pretendía hablar en nombre de las secciones de Ankara y Constantinopla del Partido Comunista Turco [39], se quejó del hecho de que, a pesar del apoyo prestado al gobierno por el partido turco —de acuerdo con la resolución del segundo Congreso— en su lucha contra el imperialismo, el gobierno había iniciado una campaña de represión contra los comunistas. Propuso un voto de protesta que fue unánimemente aprobado [40]. Al día siguiente *Izvestiya* recogía la alusión y acusaba al gobierno turco de perseguir a los comunistas «cortando la rama en que se asentaba»; a este artículo siguieron otros sobre el tema de que «el único país que puede apoyar a los turcos en la Conferencia de Lausanne es la Rusia soviética» [41]. Cabe dudar de si el propio Moscú se daba cuenta de cuán poco apreciaba estas admoniciones y efusivas ofertas de apoyo la delegación turca de Lausanne. Pocos días después, el cuarto Congreso de la Comintern abordó «la cuestión oriental». Se dedicaron dos reuniones a su discusión, y fue objeto de la resolución más larga

[38] *Ibid.*, pp. 11, 622.

[39] Según posteriores afirmaciones, el Partido Comunista Turco fue creado por vez primera después del cuarto Congreso, «cuando se unieron todos los grupos comunistas independientes que primitivamente existían en Turquía»; ello fue consecuencia de la unificación del país bajo Kemal. El gobierno turco, sin embargo, decidió actuar y «desorganizó completamente las actividades del partido en pocos meses» *(From the Fourth to the Fifth World Congress: Report of the Executive Committee of the Communist International* [1924], p. 65); esto se confirma por las protestas consignadas en *Izvestiya* (14 febrero 1923).

[40] *Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1923), pp. 526-32.

[41] *Izvestiya*, 21, 22, 23 noviembre 1922.

y detallada del Congreso. El informador holandés hizo un amplio resumen:

> El enemigo más poderoso del proletariado, así como de los pueblos orientales, y en particular de los islámicos es el Imperio británico, cuyo imperialismo de dimensiones mundiales también se basa en el dominio del mundo hindú y en el poderío marítimo, tanto en el Mediterráneo como en el Océano Indico. Los pueblos islámicos tienen en su mano el destruir el puente que mantiene al imperialismo británico. Si se rompe este puente, tal imperialismo será destruido, y su colapso tendrá una repercusión tan poderosa en el mundo islámico y oriental, que el imperialismo francés tampoco sobrevivirá al golpe [42].

Pero esta identidad de objetivos no facilitaba el encontrar una única línea de acción. La experiencia de los dos años anteriores tampoco había hecho fácil el dar una respuesta concreta a la cuestión, tan obstinadamente debatida por Lenin y Roy en el segundo Congreso, sobre la postura a adoptar por los partidos comunistas nacionales en «países coloniales y semicoloniales» en relación con los movimientos burgueses y capitalistas de liberación nacional. Roy, hablando desde el punto de vista de la India hindú y volviendo a su argumentación del segundo Congreso, estimaba que la política de colaboración con el nacionalismo burgués había ido demasiado lejos. La experiencia de dos años «coordinando nuestras fuerzas con la de los partidos nacionalistas burgueses en estos países» había demostrado que estas alianzas no eran siempre practicables. La dirección del «frente antiimperialista» no podía dejarse en manos de la «burguesía vacilante y tímida»; los fundamentos del movimiento, todos, deben estar constituidos por su «elemento social más revolucionario» [43]. En contraposición a este argumento, Malaka, el delegado indonesio, pensaba que la colaboración no se había llevado suficientemente adelante. El Partido Comunista Indonesio había tratado de actuar con la organización nacionalista musulmana Sarekat Islam, y se había ganado a algunos de sus seguidores. Pero la acusación de panislamismo, esgrimida en el segundo Congreso de la Comintern y explotada localmente para desacreditar a los comunistas, había hecho mucho daño. ¿Es que la política del frente unido antiimperialista no implica el

[42] *Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1923), pp. 589-90; la referencia al imperialismo francés derivaba del hecho concreto de la guerra colonial francesa en Marruecos entonces en curso.

[43] *Ibid.*, p. 598.

apoyo en «la guerra de liberación de los muy combativos y activos 250 millones de muslimes sometidos a las potencias imperialistas» o, en otras palabras, para «un panislamismo en este sentido»? [44] La pregunta no fue contestada directamene ni por Zinóviev ni por Radek, a quienes iba dirigida, ni por ningún otro de los presentes en la sala del Congreso. El delegado turco, impaciente ante estas sutilezas, atrajo de nuevo el tema a su terreno, clamando por «un frente antiimperialista» de las naciones europeas y solicitando que el Partido Laborista Británico presionara sobre su gobierno para llegar a un tratado de paz sobre las bases sugeridas por el sector nacionalista turco, para evacuar Constantinopla y Tracia, arreglar la cuestión de los Estrechos «en la forma preconizada por el tratado ruso-turco» [45]. Finalmente, Radek, aplicando al sector oriental la táctica que insistentemente recomendaba a los comunistas alemanes, repitió con firmeza las consignas dadas al partido turco cuando se formó:

> Vuestra primera tarea, tan pronto como os hayáis organizado como partido independiente, será apoyar el movimiento en pro de la libertad nacional en Turquía [46].

La resolución sobre el problema oriental adoptada por el Congreso trataba de satisfacer todos estos puntos de vista. Introducía una nueva sutileza en la doctrina de la Comintern sobre el nacionalis-

[44] *Ibid.*, p. 189. En el intervalo entre el tercero y cuarto congresos, Semaun, uno de los dirigentes del PKI, había pasado algunos días en Moscú asistiendo a sesiones del IKKI, en diciembre de 1921 y febrero de 1922; se dice que allí recibió instrucciones para no presionar a favor de la total independencia de Indonesia en relación con Holanda —ejemplo extremo de las precauciones que prevalecían en los consejos internos de la Comintern en aquella época y de la reluctancia a enemistar a las potencias occidentales (*Revue du Monde Musulman*, lii [1922], 75-80). Un artículo publicado en *Internationale Presse-Korrespondenz* (edición semanal), núm. 18, 5 mayo 1923, pp. 425-6, admitía que Semaun, a su regreso de Moscú, había argumentado que Indonesia «necesitaba todavía, por el momento, la ayuda de la Holanda capitalista», pero condenaba esta postura como síntoma de «descontento con el régimen soviético». Esta información tiene su confirmación parcial en una fuente indonesia (Sitorus, *Sedjarah Pergerakan Kebangsaan Indonesia*, 1947), que afirma que, a su regreso, aconsejó al partido «no actuar en caliente» y que varios miembros del partido «no estaban satisfechos con las explicaciones de Semaun y fueron decepcionados por su viraje a la derecha». Parece que Malaka fue uno de los que se enfrentaron con él (*Revue du Monde Musulman*, lii [1922], 80-1).

[45] *Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1923), p. 624.

[46] *Ibid.*, p. 630.

mo. En algunos países atrasados coloniales y semicoloniales, en los que todavía se conservaban unas «relaciones feudopatriarcales» y una aristocracia feudal nativa, existía otra probabilidad hasta ahora no reconocida: «los representantes de estos estratos superiores podían aparecer como dirigentes activos en la lucha contra la política imperialista de violencia». De aquí que fuera concebible que la política del frente antiimperialista pudiera acudir a la colaboración transitoria, no sólo —como había proclamado el segundo Congreso— con una burguesía nacional, sino incluso con una aristocracia feudal nacional. Este fue el tema a que se refirió el delegado indonesio en su alocución:

En países musulmanes el movimiento nacional, al principio, encuentra su ideología en las consignas religioso-políticas del panislamismo y esto facilita a los funcionarios y diplomáticos de las grandes potencias la oportunidad de explotar los prejuicios e inseguridad de grandes masas, en su lucha contra el movimiento nacional... Sin embargo, en conjunto, a medida que aumentan y se extienden los movimientos de liberación nacional, las consignas religioso-políticas del panislamismo son sustituidas, cada vez más, por demandas políticas concretas. La lucha recientemente sostenida en Turquía para separar el poder secular y el Califato, confirma este aserto.

La misión principal, común a todos los movimientos nacionales revolucionarios, es realizar la unidad nacional y conseguir la independencia estatal[47].

La prosecución de la unidad nacional por medio del apoyo temporal al panislamismo se apoyó así en la reconfortante suposición de que el aspecto religioso del movimiento nacional dejaría de existir al avanzar la lucha de clases. La resolución comparaba el «frente unido antiimperialista», ahora prescrito en los países orientales, con el «frente obrero unido» propugnado durante el pasado año en Europa; ambas políticas eran requeridas por «la perspectiva de una lucha prolongada y extraordinariamente larga», que hacía necesaria «la movilización de todos los elementos revolucionarios». Pero el frente antiimperialista debía igualmente encajarse en un panorama mundial:

Explicar a las grandes masas de obreros cuán indispensable es una alianza con el proletariado internacional y con las repúblicas soviéticas, es una de las tareas más importantes del frente unido antiimperialista. La revolución colonial no puede vencer y defender sus conquistas más que íntimamente ligada a la revolución proletaria de los países dirigentes. ...La exigencia de una estrecha alianza con la república proletaria de los Soviets es el estandarte del frente unido antiimperialista[48].

[47] *Kommunistischeski Internatsional v Dokumentaj* (1933), p. 318.
[48] *Ibid.*, pp. 322-3.

En la resolución agraria se introdujo asimismo el correspondiente reajuste. Varga explicó que la creencia del segundo Congreso en una identidad entre los movimientos nacional y agrario se había basado en la experiencia de países como la India [49]; pudieran existir otros países —como Turquía— en los cuales los terratenientes fueran los mismos dirigentes del movimiento nacional, y en este caso habría que tener en cuenta otras consideraciones. La resolución, que adoptó la modalidad de «Esquema de un programa agrario», exponía la cuestión en forma casi desconcertante por lo clara:

> En países coloniales con una población campesina nativa esclavizada, la lucha nacional por la liberación, o bien puede ser llevada por toda la población conjuntamente, como por ejemplo en Turquía, y en este caso la lucha de los campesinos esclavizados contra los terratenientes comienza inevitablemente después de la victoria en la lucha por la liberación; o bien los terratenientes feudales se hallan aliados con los bandidos imperialistas y en estas tierras, como por ejemplo en la India, la lucha social de los campesinos esclavizados coincide con la lucha nacional por la liberación [50].

El dilema teórico existente en la relación de los partidos comunistas y de los trabajadores y campesinos oprimidos con los movimientos de liberación nacional de sus propios países, lejos de resolverse, se intensificó con las conclusiones del cuarto Congreso. Proletarios y campesinos fueron invitados a subordinar su programa social a las necesidades inmediatas de una lucha nacional común contra el imperialismo extranjero. Se daba por supuesto que una burguesía, o incluso una aristocracia, ambas de mentalidad nacional, estarían dispuestas a encabezar una lucha de liberación nacional frente al yugo de un imperialismo extranjero, aliándose con proletarios y campesinos potencialmente revolucionarios, que sólo esperaban el instante de la victoria para volverse contra ellos y derrocarlos. Las lecciones prácticas a deducir de los debates y resoluciones de los congresos no eran, sin embargo, tan oscuras. Al igual que el frente unido en los países europeos, el frente antiimperialista unido de Asia proporcionaba un máximo de flexibilidad a la línea de la Comintern y la hacía fácilmente adaptable a las necesidades cambiantes de la política soviética. Señalaba un paso más en la identificación del interés definitivo de la revolución mundial con el interés nacional inmediato del único país preparado para actuar como sustentador del modelo o norma revo-

[49] *Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1923), p. 830.

[50] *Ibid.*, p. 833, *Kommunistischeski Internatsional v Dokumentaj* (1933), pp. 329-30.

lucionarios. La aplicación de este principio a Turquía en el actual momento crítico de su destino aparecía igualmente clara. Una vez debatidas las cuestiones orientales y agrarias, el Congreso aprobó su resolución condenando el Tratado de Versalles [51], y esta resolución establecía ya el paralelo implícito entre los papeles respectivos de los partidos turco y alemán, saludando a Turquía como «avanzada del Este revolucionario» y felicitándola por haber «resistido felizmente con las armas en la mano el cumplimiento del tratado de paz» [52]. Radek, que desempeñó un papel especialmente importante en este Congreso, bien pudo recordar sus conversaciones con Enver en la prisión moabita más de tres años antes, cuando por vez primera había preconizado la idea entonces nueva de una alianza entre el bolchevismo ruso y un nacionalismo turco o germánico en rebeldía contra las condiciones de paz impuestas por las potencias imperialistas occidentales. La idea había prosperado y dado sus frutos tanto en la política turca como germánica. Para Alemania había culminado en el Tratado de Rapallo; seis meses más tarde parecía como si para Moscú la Conferencia de Lausanne estuviera destinada a poner la piedra clave de una estructura igualmente sólida de amistad turcosoviética. La persecución de los comunistas turcos no resultaba mucho más significativa que las medidas represivas adoptadas de vez en cuando contra los comunistas alemanes por Seeckt y el Reichswehr. Como observara Bujarin consoladoramente en el duodécimo Congreso del partido de abril de 1923, Turquía, «a pesar de todas las persecuciones de comunistas, desempeña un papel revolucionario, puesto que constituye un instrumento de destrucción para el sistema imperialista en su conjunto» [53].

La Conferencia de Lausanne del invierno de 1922-1923 señala la primera aparición del gobierno soviético, en un certamen internacional, como campeón, no de los intereses de la Revolución de 1917, sino de lo que eran palpablemente y se consideraban intereses nacionales y geopolíticos rusos. Un artículo muy citado que, bajo el título de «Rusia vuelve», apareció en *Izvestiya* el 7 de diciembre de 1922 firmado por su director, Steklov, demuestra que no se descuidaba en Moscú el tema de la continuidad:

Como resultado de las guerras imperialista y civil, Rusia desapareció transitoriamente del horizonte como gran potencia. La nueva Rusia de la Revo-

[51] Véanse pp. 464-66.
[52] *Kommunistischeski Internatsional v Dokumentaj* (1933), p. 339.
[53] *Dvenadtsati Syezd Rossiiskoi Kommunistischeskoi Parti (Bolshevikov)* [1923], p. 24.

lución era todavía demasiado débil para dejar oír su voz en la política internacional. Pero la República soviética ha ido fortaleciéndose de año en año y ha sabido aprovechar las dimensiones entre las potencias europeas con no menor habilidad que lo hiciera la vieja Rusia. Consciente de su fuerza, cada vez mayor, la Rusia soviética no podrá nunca desalentarse por fracasos diplomáticos transitorios, puesto que la victoria final está asegurada. Rusia vuelve a la escena internacional. Esperemos llegue pronto el día en que este retorno se haga sentir con tal fuerza que nadie se atreva a contradecir su voz.

La oportunidad adquirió aún mayor relieve con la aparición en Lausanne, como principal adversario de Chicherin, del último representante auténtico de la tradición anti-rusa en política exterior británica de finales del siglo XIX; Curzon estaba menos pendiente de la defensa del sistema capitalista que de la defensa y expansión del poder británico, que interpretaba en términos militares y feudales. Chicherin, hombre de percepción intelectual más sutil y un gran escéptico, salvo quizá en su profunda convicción de la bancarrota del imperialismo occidental y su diplomacia tradicional, combinó los intereses de la política nacional rusa con la invocación a las aspiraciones nacionales de países más débiles, que se habían insertado desde un principio en el programa revolucionario. En Lausanne parecía esto empresa fácil por la reversión de las actitudes nacionales tradicionales en torno a la cuestión de los Estrechos. En el siglo XIX, Gran Bretaña, deseosa de confinar la flota rusa en el mar Negro, había tratado siempre de imponer las máximas restricciones para el paso de buques de guerra por las aguas turcas de los Estrechos y de mantener una soberanía turca ilimitada sobre ellos; Rusia, por otra parte, había pretendido cargar sobre Turquía la obligación de proporcionar paso libre en todas las circunstancias. Ahora Gran Bretaña, sin temor a la flota rusa y deseosa de libertad de acceso al mar Negro para sus propios barcos de guerra, asumía el primitivo papel ruso de tratar de limitar la soberanía turca sobre los Estrechos en interés de unas entradas y salidas sin restricción para los barcos de guerra de todos los países; Rusia, que había experimentado los resultados del libre acceso de los barcos de guerra extranjeros al mar Negro durante la guerra civil, revertió a la anterior modalidad preconizada por Inglaterra de la soberanía turca sobre los Estrechos. El elemento equívoco de la situación era la actitud de Turquía, recobrada ya de las recientes palizas que le fueron propinadas por las potencias occidentales y temerosa de una asociación demasiado estrecha y exclusiva con su potente vecina. Incluso el Pacto Nacional de enero de 1920, aunque insistía en la seguridad de Constantinopla, había considerado —contrariamente al tratado turco-soviético de 16 de marzo de 1921—

un régimen totalmente internacional para los Estrechos. Esta cuestión de los Estrechos se había, pues, convertido en un factor secundario en los cálculos turcos, y se examinaba como una cuestión de mayor amplitud centrada en las relaciones con el Oeste y con el Este.

Cuando el problema de los Estrechos fue abordado por vez primera en la Conferencia de Lausanne el 4 de diciembre de 1922, Ismet, el delegado turco, declinó una apremiante invitación de Curzon, como presidente, para que hablase primero. Fue al recién llegado delegado soviético a quien cupo en suerte pronunciar el discurso de apertura. Chicherin, que habló como jefe de una delegación que representaba a «Rusia, Ucrania y Georgia» [54], hizo un alarde de refinada diplomacia:

> Debe haber garantías duraderas para el mantenimiento de la paz en el mar Negro, la seguridad de sus orillas, la paz en el Cercano Oriente y protección para Constantinopla; es decir, los Dardanelos y el Bósforo deben estar permanentemente cerrados, tanto en la paz como en la guerra, para barcos de guerra, buques armados y aviones militares de todos los países, a excepción de Turquía.
>
> ...El gobierno ruso y sus aliados basan sus argumentos en el hecho de que los Dardanelos y el Bósforo pertenecen a Turquía y respetando, como lo hacen, la soberanía de cada pueblo, insisten en el restablecimiento y total mantenimiento de los derechos del pueblo turco sobre los territorios y aguas turcas... El cierre de los Estrechos a los barcos de guerra se halla también de acuerdo con el principio de igualdad entre todos los Estados, en tanto que la apertura de los Estrechos a los barcos de guerra podría conferir una situación preponderante a la potencia marítima más fuerte... La Rusia soviética ha cancelado sin ninguna compensación todos los acuerdos relativos a la transferencia de Constantinopla a Rusia; con ello ha permitido a Turquía defender victoriosamente su propia existencia; ha liberado a todos los Estados mediterráneos de la amenaza de las ambiciones, de hace siglos, del zarismo; pero nunca fue su intención acceder a una solución sobre el problema de los Estrechos que apunte directamente contra su propia seguridad [55].

El discurso de Chicherin fue seguido de las alocuciones de los delegados de Rumania y Bulgaria, ambos países del mar Negro, así como de Grecia, que en él poseía intereses locales directos; todos ellos se pronunciaron en pro del punto de vista occidental. Curzon entonces planteó a Ismet, evidentemente turbado, el brusco interro-

[54] Se trataba de una delegación mixta, pero Vorovski figuraba en ella como delegado de Ucrania y Mdivani de Georgia.

[55] *Lausanne Conference on Near Eastern Affairs, 1922-1923,* Cmd 1814 (1923), pp. 129-30.

gante de «si aceptaba la tesis rusa como tesis del gobierno turco». Ismet replicó que, aunque «entre las varias propuestas sometidas a la Conferencia, las de la delegación ruso-ucraniana-georgiana le parecía eran las que más se aproximaban al punto de vista de la delegación turca», esta última «se veía obligada a examinar» cualquier otra propuesta que pudiera formularse [56]. La reducida cuña, insertada así tan hábilmente entre las delegaciones soviética y turca, fue ensanchándose en el curso de la Conferencia. Pero este intento de desaire no modificó la táctica de Chicherin. Dos días después, al dirigirse a Curzon, sugirió que el «avance ruso en Asia» había sido sustituido por un «avance británico en Europa»:

La revolución rusa ha transformado al pueblo ruso en una nación cuya entera energía se concentra en su gobierno en grado desconocido hasta ahora en la historia; si la nación se ve forzada a la guerra, no capitulará... Pero no es la guerra lo que os ofrecemos; es la paz basada en el principio de un muro divisorio entre nosotros, y en el principio de la libertad y soberanía de Turquía [57].

Los derechos e intereses de Turquía fueron expuestos con ostentoso énfasis. El anteproyecto de convención presentado por las potencias occidentales «equivalía a despojar al pueblo turco del control sobre el tránsito y de la efectiva soberanía sobre los Estrechos», y a «una flagrante violación de la soberanía e independencia de Turquía» [58]. Sin desanimarse por su formal exclusión de las negociaciones sobre el tratado de paz, la delegación soviética entregó un largo informe extendiéndose en la injusticia que para Turquía suponían las condiciones propuestas por los aliados occidentales [59]. Pronto se vio claro, sin embargo, que la delegación turca de Lausanne estaba más desconcertada que halagada por la vehemente defensa de Chicherin. El problema de los Estrechos era una cuestión de mayor interés para la Rusia soviética que para Turquía. Turquía no acogería precisamente con gusto la perspectiva de encontrarse frente a frente con el poder soviético en el mar Negro, mientras se excluía de él a los barcos de guerra de todas las naciones; y la delegación de Lau-

[56] *Ibid.*, pp. 131-5; la escena viene, dramáticamente descrita por un testigo presencial, en H. Nicolson, *Curzon: The Last Phase* (1934), pp. 308-11.
[57] *Lausanne Conference on Near Eastern Affairs*, 1922-1923, Cmd 1814 (1923), p. 149; la referencia a Pamir, ya citada en p. 479 anterior, se hacía en este pasaje.
[58] *Ibid.*, p. 272.
[59] *Izvestiya*, 11, 12 enero 1923; los extractos traducidos se encuentran en *Soviet Documents on Foreign Policy*, ed. J. Degras, i (1951), 359-66.

sanne, al descubrir que podría obtener otras ventajas prescindiendo de la alianza soviética, se aprestó a hacerlo así sin consideración a los sentimientos o intereses de la delegación soviética. Chicherin se vio, pues, en las últimas fases de la Conferencia, no sólo aislado, sino desprovisto del principal argumento en que había escogido apoyarse. El anteproyecto de convención sobre los Estrechos, aprobado por la Conferencia el 1.º de febrero de 1923, era, en sus líneas generales, un triunfo de la tesis británica. La única limitación importante para la libertad de acceso de los barcos de guerra extranjeros al mar Negro era que ninguna potencia podría enviar en ningún momento una fuerza naval superior a la mayor de cualquiera de los países del mar Negro. La aceptación de estas condiciones provocó la manifestación, por parte de la delegación soviética, de que «si determinadas potencias firman esta convención sin Rusia, Ucrania y Georgia, el problema de los Estrechos queda y quedará pendiente» [60].

La postura acomodaticia de la delegación turca en la cuestión de los Estrechos, aunque le permitía hacer las paces con la delegación británica, no la salvó de la intransigencia francesa e italiana en algunas de las condiciones de paz. Pocos días después de logrado este acuerdo —a reserva de la disidencia soviética— sobre la cuestión de los Estrechos, Curzon, en nombre de las delegaciones aliadas, presentó un ultimátum a Ismet sobre una disposición referente a la situación legal de los extranjeros en Turquía, y al rechazarlo la delegación turca —al parecer alentada por Chicherin [61]— la Conferencia fue interrumpida. Se reanudó a finales de abril de 1923. Pero esta vez, puesto que el problema de los Estrechos había quedado ya resuelto, no fueron invitados los delegados soviéticos, y Vorovski, entonces representante soviético en Roma, enviado por el gobierno como observador a Lausanne, fue asesinado por un fanático «blanco». La Convención de los Estrechos fue firmada eventualmente en Lausanne, con el tratado de paz, el 24 de julio de 1923 [62]. La firma

[60] *Lausanne Conference on Near Eastern Affairs, 1922-1923,* Cmd 1814 (1923), p. 456. Incidente menor de la Conferencia fue la visita de Chicherin a Curzon —su único encuentro personal—. Según la versión de Chicherin (única de que se dispone hasta el presente), la conversación giró en torno al tema de la propaganda. Chicherin, aunque aseguraba que la prohibición oficial de propaganda antibritánica se había cumplido estrictamente, sostenía que «no podemos impulsar a un miembro del partido comunista a dejar de expresarse como tal comunista», a lo que Curzon replicó que un mero «50 por 100 de reducción en la propaganda» era inaceptable *(Treti Syezd Sovetov Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik* [1925], p. 93).

[61] L. Fisher, *The Soviets in World Affairs* (1930), i, 409.

[62] *Treaty of Peace with Turkey, and other Instruments signed at Lausanne on July 24, 1923,* Cmd 1929 (1923).

se efectuó con la protesta, tres semanas más tarde, del sucesor de Vorovski en Roma, y nunca fue ratificada por el gobierno soviético. Para éste constituyó un evidente fracaso. Aunque la Conferencia de Lausanne representó un paso hacia adelante en el retorno de la Rusia soviética a la escena internacional, también había demostrado que aún no era lo suficientemente fuerte para desempeñar en ella un papel influyente, o para atraer a su lado a países más débiles en tanto que permaneciera aislada entre las grandes potencias; le faltaba en Asia el consocio cuya voz se dejaba ya oír en Europa, en tal forma que se hacía cada vez más difícil ignorar a la Rusia soviética en cuestiones europeas. Lo más importante que vino a demostrar la Conferencia de Lausanne fue el valor que representaba el Tratado de Rapallo.

Capítulo 33

EL EXTREMO ORIENTE: I. ECLIPSE

El Extremo Oriente entró en la órbita efectiva de la política exterior soviética con posterioridad a los países del Medio Oriente y de Europa. Tanto Japón como China se encontraban, en un sentido formal, entre las naciones beligerantes, a quienes se dirigía el decreto de paz y otros llamamientos difundidos por radio durante los primeros días del régimen, pero apenas si estaban presentes en la conciencia de los que redactaron y publicaron estos documentos: el llamamiento de 24 de noviembre-7 de diciembre de 1917, «A todos los trabajadores musulmanes de Rusia y del Este», se extendía a los hindúes [1], pero no más allá de las fronteras de la India. Los primeros contactos, si se produjeron, fueron más bien hostiles. El Ferrocarril Oriental Chino, propiedad de Rusia y administrado por rusos, establecido en suelo chino con arreglo a un protocolo anejo al tratado ruso-chino de 1896, suponía una causa de disputas muy próxima. A los pocos días de triunfar la Revolución en Petrogrado, un Soviet de obreros, constituido espontáneamente en Harbin, cuartel general de la administración del ferrocarril, trató de arrebatárselo de las manos al general Horvath, su presidente ruso. Se evitó esta intentona y, por sugerencia de los gobiernos aliados, se enviaron a Harbin diez mil soldados chinos «para mantener el orden» [2]. El 20

[1] Véase p. 246.
[2] *Foreign Policy of the United States, 1918: Russia,* ii (1932), 3.

de diciembre de 1917-2 de enero de 1918, el gobierno chino se adueñó virtualmente del ferrocarril, nombrando a un presidente chino, en oposición al tratado de 1896 [3], pero en aquel momento la sustitución de un control chino por otro ruso «blanco» no era cosa para preocupar excesivamente a Moscú. Dos meses después las tropas chinas ocupaban todo el ferrocarril hasta la estación fronteriza de Hailar e impedían todo el tráfico que se dirigía o procedía de Siberia [4].

En Petrogrado, el embajador japonés adoptó la actitud de los restantes representantes aliados, retirándose con ellos a Vologda en febrero de 1918 y evitando cuidadosamente toda relación con el nuevo régimen. El gobierno soviético esperaba algo mejor del ministro chino; claramente confirmó, refiriéndose concretamente a China, la anulación general de todos los tratados del régimen zarista, y sugirió se entablaran negociaciones con el gobierno chino para la cancelación y sustitución de los anteriores tratados relativos a China. Pero en marzo de 1918, según palabras de una posterior declaración china, los aliados «pusieron la cuerda al cuello de Pekín» y le obligaron «a abandonar toda relación con el gobierno de los obreros y campesinos rusos» [5]. El 5 de abril de 1918, el desembarco de un destacamento japonés en Vladivostok, que resultó ser el primer paso de una intervención militar aliada a gran escala, provocó fuertes protestas en la prensa, además de las presentadas a los representantes aliados en Moscú y en Vologda [6]. Pocos días después, Yanson, un delegado soviético de situación legal dudosa en el Extremo Oriente, celebró una entrevista con un representante chino en la frontera de Manchuria, y le formuló la protesta contra las incursiones en territorio soviético realizadas desde China por el general cosaco «blanco» Semenov, que gozaba del apoyo aliado [7]. Todas estas protestas no tuvieron el menor efecto. El gobierno chino se mostró formalmente de acuerdo con la intervención aliada, llegando a enviar como demostración un destacamento chino a Vladivostok. Desde el verano de 1918 hasta los primeros meses de 1920 Siberia fue el principal teatro

[3] *Millard's Review* (Shanghai), 15 de enero de 1918, p. 169; *China Year Book*, 1921 (Shanghai, 1922), p. 624.

[4] *Millard's Review* (Shanghai), 16 de marzo de 1918, p. 83.

[5] No se ha publicado documento alguno relativo a estas transacciones; nuestro conocimiento de las mismas se limita a algunas manifestaciones soviéticas subsiguientes bastante vagas, la primera de ellas contenida en el informe del Narkomindel al quinto Congreso de Soviets de toda Rusia (véanse páginas 513-14); la segunda figura en la declaración soviética de 25 de julio de 1919 (véanse pp. 515-16).

[6] Véase p. 93, nota 72, anterior.

[7] *Izvestiya*, 13 de abril de 1918.

de la guerra contra el gobierno soviético. Tras la caída de Kolchak vino la formación de la República «tope» del Extremo Oriente y la retirada gradual de las restantes fuerzas japonesas dentro de los confines de la provincia marítima. Pero hasta noviembre de 1922, cuatro años y medio después de su llegada, no se retiraron de Vladivostok las últimas tropas japonesas[8]. El muro de aislamiento que en 1919 separaba a la Rusia soviética del mundo exterior era más impenetrable por el lado del Extremo Oriente que en ningún otro sector, y aún posteriormente, tardó mucho en romperse. No obstante, podía observarse un cierto paralelismo. Con el año 1920 aparecieron los primeros indicios, tanto en el Extremo Oriente como en Europa, de que el período de eclipse y forzada exclusión tocaba a su término. El año 1921, en que la diplomacia soviética comenzó a consolidar su posición en Europa y en el Oriente Medio, fue también el primer año de sus éxitos en el Extremo Oriente.

En todo el período de 1917 a 1921 no existieron relaciones directas entre Moscú y Tokio. Sin embargo, Japón, más que China, ocupaba el primer puesto en el interés de los dirigentes del nuevo régimen y en la política soviética del Extremo Oriente, tanto en razón de que Japón era el principal enemigo y la potencia imperialista más importante de Asia oriental, cuanto porque, siendo un país muy industrial con un proletariado cada vez mayor y de bajo nivel de vida, se hallaba potencialmente maduro para la revolución y constituía terreno abonado para la propaganda subversiva. Desde el punto de vista soviético, por lo tanto, Japón venía a ser al mismo tiempo la Gran Bretaña y la Alemania del Extremo Oriente. La industrialización del Japón, de acuerdo con la línea occidental, había sido seguida en las dos últimas décadas del siglo XIX por una infiltración gradual en el país de las ideas políticas de Occidente. En 1901 fue fundado un partido socialdemócrata por Katayama, quien más tarde fue un comunista japonés sobresaliente, y por Kotoku, que se convertiría en un anarcosindicalista, pero el partido pronto fue desarticulado por las autoridades. Durante la guerra ruso-japonesa, un diario radical publicó por vez primera una traducción japonesa del *Manifiesto comunista.* En agosto de 1904, Katayama asistió al Congreso de la Segunda Internacional, celebrado en Amsterdam, y el apretón de manos que dio en público a Plejánov fue uno de los acontecimientos del Congreso. En el período subsiguiente todos los movimientos y actividades de la izquierda japonesa fueron objeto de persecución y

[8] Estos acontecimientos se describen resumidos en el vol. 1, pp. 371-82.

supresión sistemáticas. En 1911, Kotoku y otros dirigentes anarquistas fueron ejecutados, acusados de conspirar para asesinar al emperador, y dos años después Katayama emigraba a los Estados Unidos [9].

La Primera Guerra Mundial supuso para el Japón un período de cuantiosos beneficios e inflación de precios, que tuvieron como consecuencia nuevas tensiones en el trabajador, mal pagado y mal alimentado. Los llamados «motines de arroz» de agosto y septiembre de 1918 fueron las primeras demostraciones manifiestas en Japón de algo parecido a un movimiento obrero organizado como consecuencia del descontento proletario. Pero los bolcheviques rusos disponían en aquellos momentos de pocos recursos que emplear en algo tan remoto como el Extremo Oriente, a riesgo de descuidar sus propios centros vitales, amenazados, y escasos asesores expertos en asuntos del Extremo Oriente. Estaba claro que el campo para una actividad revolucionaria estaba mucho más limitado en el Japón y era de más difícil acceso que en Europa occidental. En la «sección de propaganda internacional», creada por el primer Congreso de Organizaciones Comunistas del Este, en noviembre de 1918, una de las doce divisiones proyectadas se dedicaba al Japón [10]. Pero se desconoce si llegó a existir alguna vez una división japonesa. Las convocatorias de Moscú para el Congreso fundacional de la Comintern, enviadas en enero de 1919, aludían a «grupos socialistas de Tokio y Yokohama» [11]. Pero ningún japonés apareció en el Congreso; y el hecho de que se aprovechara la ocasión para leer una declaración de hacía dos años, redactada por un grupo de Tokio en honor de la Revolución de Febrero [12], traída ocasionalmente a Moscú por un comunista holandés, sugiere tanto el afán de establecer contacto con el Japón como la penuria de medios para llevarlo a cabo. Bajo el impacto, en parte del radicalismo occidental y en parte de la Revolución bolchevique, los

[9] Para una información detallada de este período, véase un artículo de Hyman Kubli publicado en *Journal of Modern History* (Chicago), xxii, núm. 4 (diciembre de 1950), pp. 322-39.

[10] *Zhizn Natsionalnostei*, núm. 5 (13), 16 de febrero de 1919.

[11] Véase p. 133 anterior. Su inclusión se debió, al parecer, a la casualidad de que llegara en aquel momento a Moscú el comunista holandés Rutgers, que regresaba de los Estados Unidos, vía Japón. Traía consigo de Nueva York presentaciones de Katayama, el socialista japonés, para los grupos socialistas de Tokio y Yokohama, y era portador igualmente, desde Japón para Moscú, de una resolución fechada en 1 de mayo de 1917 (véase nota siguiente), congratulándose de la Revolución de Febrero (*Istorik Marksist*, números 2-3, 1935, pp. 86-8).

[12] *Der I. Kongress der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1921), pp. 193-4.

intelectuales japoneses empezaron a formar grupos de izquierda, que en este período tuvieron poco o ningún contacto con las masas y ningún programa práctico. Se dijo que se había formado una «federación socialista» japonesa en octubre de 1919, producto de la coalición de un grupo anarcosindicalista y otro radicalsocialista [13]. En abril de 1920, un «grupo socialista japonés de los Estados Unidos», en el que Katayama era parte activa, presentó una protesta contra las represalias militares japonesas en Vladivostok por las matanzas de Nikolaevsk [14], y fueron los japoneses de los Estados Unidos los que, al parecer, inspiraron la creación de una liga socialista en Tokio, en diciembre de 1920 [15].

Las primeras actividades de la Comintern en este campo probaron ya las dificultades de la tarea. «Japón, desgarrado por las contradicciones del capitalismo dentro de su entramado feudal —declaraba el manifiesto del segundo Congreso de la Comintern, en agosto de 1920—, se encuentra en vísperas de una profunda crisis revolucionaria» [16]. Pero este diagnóstico se basaba en la teoría marxista más que en la evidencia empírica. En el otoño de 1920, Voitinski, que había ido a China como representante de la Comintern [17], hizo una gestión directa, invitando a Osugi, destacado dirigente japonés del ala izquierda, que era anarquista, a visitarle en Shanghai. Como resultado de esta visita, Osugi obtuvo fondos para sus actividades en el Japón, incluida la fundación de un diario de izquierda, en el que habrían de colaborar los comunistas. Este periódico se fundó realmente en enero de 1921, con el título de *Rodo Uundo* (Movimiento laborista), con dos comunistas en su cuadro de redacción, pero pronto fue suspendido por la policía. En la primavera de 1921, Kondo, uno de los dos comunistas, salió para Shanghai. Fue entrevistado por un comité de doce chinos y coreanos, presididos por Pak Din-shun como delegado de la Comintern, recibió 6.300 yans para trabajar en el Japón y fue invitado a asistir al tercer Congreso de la Comintern en Moscú, a celebrar en el verano de aquel mismo año, en calidad de delegado japonés. A su regreso al Japón, sin embargo, fue también detenido, si bien parece que recobró pronto su libertad por falta de pruebas concretas [18].

[13] *Tiji Okean,* núm. 1, 1934, pp. 124-5.

[14] *Soviet Russia* (N. Y.), 15 de mayo de 1920, pp. 483-4.

[15] *Kommunisticheski Internatsional,* núm. 18 (8 de octubre de 1921), cols. 4.721-2.

[16] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), p. 140.

[17] Véanse pp. 418-19.

[18] Artículo de P. Langer y R. Swearingen publicado en *Pacific Affairs* (N. Y.), xxiii (1950), núm. 4, pp. 340-1; más información de fuente japonesa es facilitada por los señores Langer y Swearingen.

A pesar de este fracaso, llegó a Moscú para asistir al tercer Congreso un representante japonés portador del «saludo revolucionario del partido comunista recién organizado en el Japón» [19]. Pero carecía de credenciales, y la empresa había nacido sin duda muerta, puesto que el invierno siguiente hubo que acometer de nuevo la tarea de fundar un partido japonés.

La impenetrabilidad del Japón, tanto para la política soviética como para la propaganda bolchevique, influyó en el extraordinario interés desplegado en Corea, el punto doloroso más conspicuo del imperialismo japonés. Tras la guerra ruso-japonesa, gran número de refugiados coreanos se habían establecido en Siberia, y algunos intelectuales coreanos aislados se habían encaminado a Petersburgo [20]. Otro grupo de exiliados coreanos se estableció en Estados Unidos. La Primera Guerra Mundial, que culminó en las revoluciones de Febrero y de Octubre, dio origen, lógicamente, a una cierta agitación entre estos grupos coreanos. Un delegado coreano habló en la reunión internacional de Petrogrado de diciembre de 1918, que precedió a la fundación de la Internacional Comunista [21], y otro coreano, aunque sin credenciales, hizo su aparición en el Congreso fundacional de la Internacional, de marzo de 1919. Por esta época ya se habían formado dos movimientos coreanos distintos, y ambos exigían el liberar a su país del Japón. Uno de ellos creó un consejo nacional coreano con un programa de independencia para Corea, basado en la autodeterminación nacional y apelando a la simpatía aliada, y más concretamente a la norteamericana; su dirigente era Syngman Rhee, un coreano norteamericano y antiguo discípulo del presidente Wilson. Este grupo, que trató de llevar a efecto un levantamiento nacional en Corea en marzo de 1919 [22], parece que perdió influencia, y se esfumó tras ser fácilmente reprimido el alzamiento por los japoneses, y que la

[19] *Protokoll des III. Kongress der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1921), p. 1023.

[20] El censo de 1926 arrojaba una cifra de unos 85.000 coreanos de nacionalidad soviética y aproximadamente el mismo número de extranjeros de nacionalidad japonesa, muchos de los cuales pudieran ser coreanos residentes en la URSS; del primer grupo sólo un 10 por 100 eran habitantes de ciudad y menos de un 40 por 100 sabían leer (F. Lorimer, *The Population of the Soviet Union* [Ginebra, 1946], pp. 61-2).

[21] *Sowjet-Russland und die Völker der Welt* (Petrogrado, 1920), pp. 36-8; en relación con esta reunión, véase p. 124 anterior.

[22] *Tiji Okean*, núm. 1, 1934, p. 124; según un delegado coreano al séptimo Congreso de Soviets de toda Rusia, celebrado en diciembre de 1919, 20.000 coreanos perecieron en el levantamiento, organizado por «grupos de derechas» del proletariado coreano (*7ⁱ Vserossilski Syezd Sovetov* [1920], p. 273).

Conferencia de paz de París se negara a examinar la cuestión coreana. El otro grupo buscó la colaboración de los bolcheviques en un programa de combinación nacionalista y revolucionaria [23]. Bajo la denominación de Partido Socialista Coreano, celebró un «congreso» en Vladivostok en abril de 1919, y envió a Pak Din-shun y otros dos delegados a Moscú para informar de sus actividades al IKKI [24]. La creación oficial del Partido Comunista Coreano tuvo lugar en 1920 [25]. Pak Din-shun fue su delegado en el segundo y tercer Congreso de la Comintern, y se convirtió durante algún tiempo en el portavoz reconocido de los asuntos coreanos en Moscú. Pero el movimiento coreano, aunque insistentemente alentado por la Comintern, no era más que un insignificante alfilerazo en la armadura, al parecer impenetrable, del imperialismo japonés.

La situación de China, tal como se presentaba al principio ante los ojos de los creadores de la política exterior soviética, era mucho más complicada que la situación japonesa y, a primera vista, igualmente poco prometedora. Existían, sin embargo, dos diferencias importantes que afectaban vitalmente a la política soviética, y que a la larga ofrecían perspectivas de acción positiva y con éxito en China, pero que no se vislumbraban para el Japón.

En primer lugar, aunque el proletariado chino era mucho menos numeroso que el japonés y las posibilidades de una revolución proletaria parecían, en consecuencia, mucho más remotas, el nacionalismo chino aportó una fuente de fermento revolucionario totalmente ausente en el Japón. Lenin había incluido desde hacía mucho tiempo a China, con Persia y Turquía, entre los países semicoloniales explotados y oprimidos por las potencias imperialistas. La revolución china de 1911 había dado un fuerte impulso al resentimiento nacional contra los «injustos» tratados impuestos a China en el siglo XIX por las potencias europeas y por el Japón; la renuncia del gobierno soviético a la participación rusa en estos tratados y en los privilegios conferidos por ellos constituía un potente puntal de la política y la propaganda soviéticas. La creciente división entre la Rusia soviética y el mundo occidental estableció, de modo casi automático, una alianza entre la Revolución bolchevique y el nacionalismo chino. La asociación del Japón con las potencias occidentales, tanto en su actitud

[23] *Revolutsiya na Dalnem Vostoke* (1923), pp. 359-74.

[24] *Kommunisticheski Internatsional,* núms. 7-8 (noviembre-diciembre de 1919), cols. 1.171-6; *7i Vserosstiski Syezd Sovetov* (1920), p. 274.

[25] *Kommunisticheski Internatsional,* núm. 12 (20 de julio de 1920), cols. 2.157-62; este artículo estudia en forma convencional la importancia revolucionaria del Extremo Oriente.

hacia China como en su apoyo a los «blancos» en la guerra civil rusa, abonó el terreno en la Rusia soviética y en la China nacionalista para un sentimiento común de hostilidad contra el Japón. Aún más, el nacionalismo chino produjo una escisión en la propia China. En el período en que por vez primera la política soviética empezó a ocuparse de los asuntos chinos, el gobierno chino de Pekín, que funcionaba en mayor o menor acuerdo con las potencias occidentales y con el Japón, ejercía una autoridad precaria y algo más que nominal sobre los «señores de la guerra», que dominaban varias de las provincias más importantes, y se le oponía un gobierno nacionalista, más o menos organizado, de Cantón, cuyo cerebro gris era Sun Yat-sen, el «padre» de la Revolución de 1911. Lenin, en 1912, había comparado la revolución china con la rusa y, aun calificando de «reaccionario» el «sueño» de Sun Yat-sen de que era posible en China saltarse el capitalismo y llevar al país directamente a una transición al socialismo, y descrito al propio Sun Yat-sen como «un demócrata revolucionario, pleno de nobleza y entusiasmo» [26]. Sun Yat-sen no era marxista y rechazaba explícitamente la lucha de clases, pero su concepto de la democracia, como el de Rousseau, era directo y totalitario, y ello hacía aún más ajenas para él las formas normales de la democracia occidental, que para el bolchevismo. Se dice que saludó a la Revolución bolchevique como «una réplica de su antecesora china» [27], y existen pruebas de que había aprendido de Lenin la concepción de un partido revolucionario organizado y disciplinado [28]. Existía, por tanto, una simpatía natural entre los forjadores de las revoluciones china y rusa ya desde antes que ello adoptara una modalidad política, e incluso antes de que se hubiera iniciado una comunicación entre ellos. En estas condiciones la diplomacia soviética, aunque mantenía su reconocimiento formal del gobierno de Pekín, conservaba una amplia libertad de movimientos, no diferenciándose a este respecto de la diplomacia de otras potencias, si no es en que disponía de mayores oportunidades para maniobrar.

En segundo lugar, en tanto que el contacto territorial directo entre Rusia y Japón se limitaba a una zona pequeña y determinada, Rusia y China compartían el terreno fronterizo mayor del mundo. Las relaciones chino-soviéticas continuaban estando dominadas, como lo habían sido desde hacía mucho, por cuestiones suscitadas por la presión tradicional rusa sobre esas provincias fronterizas del celeste

[26] Lenin, *Sochineniya*, xvi, 27-9.
[27] Sun Fo, *China Looks Forward* (1944), p. 10.
[28] B. I. Schwartz, *Chinese Communism and the Rise of Mao* (Harvard, 1951), p. 213, nota 33.

imperio, cuyos habitantes eran siempre más o menos recalcitrantes a la autoridad de un gobierno central chino. Tres de estas áreas se extendían a lo largo de la frontera entre la Rusia asiática y China: Sinkiang (el llamado Turquestán chino), Mongolia Exterior y Manchuria. Las dos primeras estaban escasamente pobladas por poblaciones no chinas, de lengua turca y mongólica respectivamente [29]; la tercera, Manchuria, era la única que poseía grandes riquezas naturales y una densa población china, y que por constituir la única zona de la frontera ruso-china en que rusos y chinos mantenían un contacto territorial directo, presentó mayores ocasiones de fricción a la hora de construir el Ferrocarril Oriental Chino. La situación se complicaba por el interés que en todas estas regiones mostraba el Japón, pasivo en los años veinte en Sinkiang, intermitente en Mongolia Exterior [30], y continuo y activo en Manchuria.

De estas tres regiones, Sinkiang se hallaba en este período demasiado aislada de los grandes centros políticos para desempeñar un papel importante. Del lado chino, un gobernador poderoso y hábil, Yang Tseng-hsiu, había regido la provincia desde 1912 con una independencia virtualmente completa de Pekín [31]. Del lado soviético, una total interrupción de comunicaciones entre Moscú y Tashkent, que duró casi dos años, fue la secuela de la Revolución bolchevique; la autoridad central no se dejó sentir hasta la primavera de 1920, y no fue efectiva en Turquestán hasta mucho después [32]. En la confusa situación existente en el lado soviético de la frontera, incluso las relaciones locales se establecían con dificultad y se limitaban a asuntos de interés local. El principal afán de Yang en esta época era obtener la repatriación a territorio ruso de muchos miles de refugiados «blancos» que habían huido a Sinkiang después de la Revolución [33] y que constituían una amenaza para la seguridad y el orden. Las autoridades

[29] El estudio más reciente sobre la compleja estructura étnica de la población de Sinkiang se encuentra en la obra de O. Lattimore, *The Pivot of Asia* (Boston, 1950), pp. 103-51.

[30] Sobre el interés japonés en Mongolia Exterior antes de 1917, véase la obra de G. M. Friters, *Outer Mongolia and its International Position* (Baltimore, 1949), pp. 217-26.

[31] Un esbozo resumido del período del mandato de Yang, con referencia a sus fuentes, se encuentra en O. Lattimore, *The Pivot of Asia* (Boston, 1950), pp. 52-64.

[32] Véase vol. 1, pp. 349-50, 353-57.

[33] Muchos kazajos habían huido también a Sinkiang, tras la rebelión kazaja de 1916, pero fueron absorbidos por los grupos afines racial y económicamente y no plantearon problema serio; la emigración kazaja a Sinkiang fue un fenómeno bastante prolongado (F. Lorimer, *The Population of the Soviet Union* [Ginebra, 1946], p. 140).

del Turquestán soviético anhelaban urgentemente el restablecimiento del comercio a través de la frontera; las importaciones de ganado, cueros y té de Sinkiang habían desempeñado un papel importante en la economía del Asia Central rusa, si bien las exportaciones de textiles y artículos de consumo, que habían representado la contrapartida de estas importaciones, no eran apenas posibles ahora por falta de disponibilidad. El 27 de mayo de 1920 se concluyó un acuerdo entre el gobernador de Sinkiang y el gobierno de Tashkent. Cada parte tendría dos «oficinas para asuntos comerciales y extranjeros» en el territorio de la otra. Las oficinas soviéticas se instalarían en I-li e I-ning, ambas en la frontera septentrional de Sinkiang; las oficinas chinas, cosa rodeada de cierto misterio, no debían estar en el Turquestán soviético, sino en Siberia, una en Semirechia, en el Semipalatinsk, y la otra en Verjne-Udinsk, en la frontera siberio-mongólica. El comercio entre el Turquestán soviético y Sinkiang habría de limitarse a una sola ruta que entraría por el Norte, o I-li, de la provincia de Sinkiang. Las autoridades de Tashkent prometieron una «inviolable amnistía» para todos los refugiados civiles y militares rusos en territorio chino que pudieran ser devueltos por las autoridades chinas. Las reclamaciones de propiedad china en el Turquestán soviético se reservaban, en términos vagos, para futuros «acuerdos amistosos y directos» [34].

Este acuerdo suponía un triunfo, en casi todos sus puntos, para las autoridades de Sinkiang. El tratado chino-ruso de 1881 había otorgado a Rusia el derecho a establecer siete consulados en Sinkiang que gozaran de derechos extraterritoriales; ahora se veían reducidos a dos oficinas fronterizas, y el comercio se limitaba a una ruta única, sujeta a todos los efectos a la ley local. Las autoridades de Tashkent habían dado su conformidad a hacerse cargo nuevamente de la carga poco grata de refugiados «blancos». Derechos tales como el acuerdo otorgado a los ciudadanos rusos para comerciar en Sinkiang se limi-

[34] Aunque el acuerdo se firmó en China y en Rusia, no se publicó nunca ningún texto ruso; la mejor versión disponible es una traducción inglesa del chino contenida en *Treaties and Agreements with and concerning China, 1919-1929* (Washington, 1929), pp. 24-5; la traducción francesa en *Revue des Etudes Islamiques*, vii (año 1933), 1937, pp. 158-9 (donde se afirma que el original chino fue oficialmente publicado en el diario *Pei Kinh Je Pao,* de 13 de septiembre de 1920), es más breve y notoriamente inferior. El nombre del primer signatario ruso aparece, en forma china, como Limaliehfu, y es descrito como «comisionado para asuntos exteriores de Rusia con especial autoridad». Si bien el texto del acuerdo se refiere sólo al gobierno de Tashkent, la decisión de establecer sucursales chinas fuera del territorio del Turquestán sugiere que el negociador soviético poseía de hecho mayor autoridad.

taron a la provincia septentrional; la influencia e infiltración soviéticas se excluían estrictamente, por implicación, del Sinkiang meridional, donde todavía predominaba el poder británico [35]. El acuerdo de 27 de mayo de 1920 señala el punto de más bajo nivel del poder y la influencia soviéticos en Asia Central. En consecuencia, la reanudación de comunicaciones regulares con Moscú y el restablecimiento del orden en Turquestán, que culminó en la fundación de la RSS autónoma del Turquestán, en abril de 1921 [36], permitió al poder soviético reafirmarse en sus relaciones con Sinkiang, como en los demás sectores. Los desórdenes de la guerra civil china y el debilitamiento de la autoridad y prestigio británicos en la India y en todo el Oriente Medio acentuaron la dependencia esencial en que estaba Sinkiang del comercio con Rusia, tan firmemente establecida en el último período del régimen zarista. Ni China ni la India británica podían ofrecer a Sinkiang un acceso tan fácil, ni a los mercados ni a las fuentes de suministro, como el Turquestán soviético; y una vez que la autoridad soviética quedó allí firmemente establecida, ninguna otra potencia influyó tan estrechamente en Sinkiang. Con tales condiciones es obvio que la historia de la década siguiente es la de una recuperación gradual de la influencia soviética. El proceso fue en un principio extremadamente lento, pero ya en 1921 el comercio de ganado a gran escala fue organizado desde Sinkiang a través de una oficina soviética establecida en Semipalatinsk; y el secretario del consulado chino en dicha plaza se dice que declaró que, una vez cortada la comunicación de Sinkiang con los mercados chinos por la guerra civil, no tenía otra opción que buscar mercados en la Rusia soviética. Al año siguiente, según un autor soviético, el comercio decayó como consecuencia de un cambio de la autoridad soviética correspondiente y de una falta de pronto pago de las consignaciones entregadas [37]. El factor limitativo del comercio soviético con Sinkiang en este momento era claramente la incapacidad soviética para entregar en cantidad suficiente los artículos de consumo requeridos por los clientes. Así pues, no se introdujo ningún cambio formal, antes de 1924, en las condiciones de comercio o en cualesquiera otras relaciones entre la Rusia soviética y Sinkiang.

[35] El cónsul general británico en Kashgar en aquel tiempo, asegura que la que fue gran colonia rusa de Kashgar se había reducido en los primeros años de 1920 a unas veinte personas y que ningún representante soviético se presentó en Kashgar hasta 1925 (C. P. Skrine, *Chinese Central Asia* [1932], p. 66).

[36] Véase vol. 1, pp. 354-57.

[37] *Novi Vostok*, viii-ix (1925), 26-39; *Pravda*, 6 de noviembre de 1921.

Mongolia Exterior, la segunda de estas regiones fronterizas, era la mayor, pero de población más esparcida, de las dos zonas en que tradicionalmente se dividía el territorio mongólico, y había sido, incluso desde la anexión a Rusia de la región de Amur, en 1858, un bastión lejano, mantenido de un modo negligente e indeterminado por el Imperio chino y colindante del territorio ruso a lo largo de más de 1.500 millas. La diplomacia rusa había logrado paulatinamente hacer de la Mongolia Exterior una tierra de nadie admitida entre los dos imperios, y después, mediante el tratado tripartito de Kyajta en 1915, convertirla en una región autónoma bajo la formal soberanía china, aunque sujeta a lo que virtualmente era un protectorado ruso, situación sólo comparable a la del Tibet en relación con Gran Bretaña [38]. Los mongoles se encontraban, pues, en la situación de un pueblo atrasado y de población escasa, cogido entre dos países poderosos. Pero puesto que la inmigración rusa a Mongolia Exterior (distinta a la de los buriat-mongoles del territorio ruso), era, y muy probablemente continuaría siéndolo, pácticamente insignificante, mientras la inmigración china —que ya afluía con intensidad a Mongolia Interior— constituía una seria amenaza, fue posible al principio que un cierto número de mongoles políticamente conscientes considerasen la interferencia rusa como un acto de liberación nacional con respecto a China. Indicios de una toma de conciencia nacional comenzaron a surgir muy potentes a partir de 1911, cuando, como resultado de la revolución china, Mongolia Exterior pudo asegurar su situación autónoma y adquirir por vez primera parte del engranaje rudimentario de un Estado moderno.

La Revolución de Febrero de 1917 en Rusia fue seguida de un rápido declive del prestigio y poder rusos en Mongolia Exterior como en todas las zonas del Extremo Oriente; esto se reflejó pronto en que tanto Japón como China se dispusieran a derrocar el régimen impuesto por el tratado de Kyajta. En el invierno de 1918-1919, las autoridades japonesas de Siberia, tanto directamente como a través de su protegido, el general ruso «blanco» Semenov, se dedicaban a fomentar activamente un movimiento panmongólico que debía abarcar Mongolia Interior y Exterior, así como a los buriatos de Siberia. En Chita, en Siberia, el 28 de febrero de 1919 se reunió un Congreso panmongólico, bajo los auspicios japoneses, que proclamó un go-

[38] Un excelente y documentado informe sobre la actividad rusa y las relaciones ruso-chinas con relación a Mongolia Exterior hasta el tratado de Kyajta inclusive, puede encontrarse en la obra de G. M. Friters, *Outer Mongolia and its International Position* (Baltimore, 1949), pp. 44-112, 151-83.

bierno provisional para un amplio Estado mongólico que incluía todas estas regiones y llegaba a los confines del Tibet. Estos grandiosos proyectos eran aún menos del gusto de China que del de la Rusia soviética. El gobierno de Pekín, formado por el grupo projaponés de Anfu, protestó con éxito en Tokio, y las actividades panmongólicas de los agentes japoneses quedaron frenadas [39]. El gobierno soviético, cuya ascensión al poder se había caracterizado por una condena de todos los tratados del anterior gobierno zarista, no tenía materia formal para protestar ni tenía ya ninguna fuerza en Asia para hacer efectiva su protesta. En julio de 1919 formuló su declaración renunciando a las antiguas concesiones rusas en China, con un mensaje específico al pueblo mongol. Mongolia fue declarada «país libre»; todos los «asesores rusos, cónsules zaristas, banqueros y capitalistas» tendrían que ser expulsados; ningún extranjero podría intervenir en los asuntos mongoles; y el gobierno soviético se ofreció a entablar relaciones diplomáticas con Mongolia [40]. Esta última oferta parecía tener la intención de recordar el tradicional apoyo ruso a favor de independizar a Mongolia de China. Pero en el momento álgido de la guerra civil estas teorías eran de muy escasa aplicación práctica, y una vez reprimidas las ambiciones japonesas nada impedía el restablecimiento de la autoridad china en el territorio. En octubre de 1919, el gobierno chino decidió afianzar el asunto enviando al general Hsü Shutseng [41], miembro del grupo dirigente Anfu, a Urga, la capital de Mongolia Exterior. Tras unas semanas de sobornos e intimidaciones, fue firmada, por varios ministros y personalidades mongólicas, una petición al gobierno chino, solicitando que se derogara la autonomía del país; y sobre la base de esta solicitud se dictó un decreto en Pekín, el 22 de noviembre de 1919, cancelando el estatuto de autonomía de Mongolia Exterior y recusando el tratado de Kyajta [42]. Es razonable suponer que estos procederes contaban con el tácito apoyo y aliento del Japón, entonces en curso de consolidar su situación en Siberia, al este del lago Baikal. Con la guerra civil en Rusia en su punto culminante, el poder y la diplomacia soviéticas

[39] A. Kalinnikov, *Revolutsionnaya Mongoliya* (s. f. [1925]), pp. 68-9; un artículo publicado en *Novi Vostok*, ii (1922), 591-603, arroja algo más de luz sobre este episodio.

[40] *Tiji Okean*, núm. 3, 1936, p. 72.

[41] Conocido generalmente como «pequeño Hsü» para distinguirle de Hsü Shih-chang, presidente de la república china.

[42] Las autoridades chinas que intervinieron en estos acontecimientos se citan en la obra de G. M. Friters, *Outer Mongolia and its International Position* (Baltimore, 1949), pp. 185-9; el decreto figura en *China Year Book, 1921* (Shanghai, 1922), p. 577.

parecían haber quedado totalmente excluidos de esta antigua esfera de influencia rusa.

La tercera zona fronteriza, Manchuria, cruzada por el importantísimo Ferrocarril Oriental Chino, figuró de un modo mucho más manifiesto en las primeras declaraciones de la política soviética; pero estas declaraciones fueron aún de menos efecto sobre la situación del momento. La autoridad provisional establecida por el gobierno chino en Manchuria en los primeros meses de 1918 se evaporó rápidamente. Durante la guerra civil se ejerció un control efectivo por parte de las fuerzas militares aliadas o por los generales «blancos» que actuaban bajo su protección. A finales de abril de 1918, el Banco Ruso-Asiático, en que se hallaba formalmente depositada la propiedad del Ferrocarril Oriental Chino, trató de evitar perturbaciones haciéndose registrar como una entidad francesa y trasladando su sede a París [43]; a partir de enero de 1919 la dirección del ferrocarril fue asumida, en interés de la eficacia militar, por una junta aliada. El gobierno soviético, alejado del escenario de los acontecimientos y de todo vestigio de influencia sobre ellos, se vio limitado a hacer gestos propagandísticos. El informe del Narkomindel al quinto Congreso de Soviets de toda Rusia, celebrado el 5 de julio de 1918, afirmaba que en las negociaciones llevadas a cabo a principios de año con el ministro chino «notificamos a China que renunciamos a las conquistas del gobierno zarista en Manchuria y restablecemos los derechos soberanos de China en aquel territorio, donde existe una importante arteria comercial: el Ferrocarril Oriental Chino, propiedad del pueblo chino y ruso»; y proseguía haciendo otra declaración más concreta de su política con respecto al Ferrocarril Oriental Chino y otros derechos rusos en China:

> Consideraremos que, si parte del dinero invertido en la construcción de este ferrocarril por el pueblo ruso fuera devuelto por China, podría ésta volver a comprarlo sin esperar el tiempo límite fijado en el compromiso que se le impuso por la fuerza... Estamos de acuerdo en renunciar a todos los derechos territoriales de nuestros ciudadanos en China. Y estamos dispuestos a renunciar a todas las indemnizaciones [44].

[43] *Millard's Review* (Shanghai), 4 de mayo de 1918, p. 354; *China Year Book, 1921* (Shanghai, 1922), pp. 650-2.

[44] *Izvestiya,* 5 de julio de 1918; el informe no se tomó en consideración por el Congreso ni fue incluido en las actas del mismo. Con arreglo al protocolo anejo al tratado ruso-chino de 1896, Rusia no podía comprar la parte de los propietarios rusos del ferrocarril antes de 1932.

El 1.° de agosto de 1918, Chicherin escribió una carta al dirigente nacionalista chino, Sun Yat-sen, jefe del gobierno nacionalista disidente en Cantón, en la que, aunque no aludía concretamente a la renuncia de las reclamaciones rusas, atacaba al gobierno de Pekín como «la marioneta de la banca extranjera», y terminaba: «¡Viva la unión del proletariado ruso y chino!» El *leitmotif* de la liberación nacional con respecto a la opresión imperialista se mezclaba así sutilmente con la solidaridad internacional del proletariado. Pero esta misiva no llegó a su destino[45]. La creación en Moscú, en enero de 1919, de una «Asociación China de Trabajadores» como «centro de la labor de propaganda en China» constituía evidentemente una pieza de la campaña para ganar el apoyo chino[46].

En el verano de 1919, la política aliada vino a poner en manos soviéticas una excelente baza a jugar en la conferencia de paz. La delegación china en París protestó en vano contra las cláusulas del Tratado de Versalles, sancionando la prolongación de la ocupación japonesa en Shantung. El 4 de mayo de 1919, el Tratado fue objeto de demostraciones de hostilidad, de parte, especialmente, de los estudiantes por todo el país, y la delegación china en París recibió instrucciones de no firmar el Tratado[47]. El incidente dio un fuerte impulso a la causa nacionalista y brindó a los bolcheviques la primera oportunidad auténtica de marcar el contraste entre la simpatía soviética por las aspiraciones nacionales chinas y la buena voluntad de los soviets de tratar a China como un igual, y la política opresora e injusta de las demás grandes potencias. En julio de 1919, el éxito de una ofensiva contra Kolchak permitió al Ejército Rojo cruzar por vez primera los Urales y llegar a Siberia. Se aprovechó la oportunidad para dirigir una declaración, con fecha 25 de julio de 1919, «al pueblo chino y gobiernos de China Septentrional y Meridional». Iba firmada por Karajan, el subcomisario del Pueblo para Asuntos Exteriores. Después de declarar que el Ejército Rojo «traería al pueblo la liberación del yugo de las bayonetas extranjeras y del oro extran-

[45] La carta se publicó en *Izvestiya* el 9 de marzo de 1919 (traducida en *Soviet Documents on Foreign Policy,* ed. J. Degras, i [1951], 92-3); Sun Yat-sen, en una carta a Chicherin de 28 de agosto de 1921 (véase p. 522, nota 65), aseguraba que no había recibido ninguna carta de Chicherin antes de la que llevaba fecha de 31 de octubre de 1920.

[46] A. L. P. Dennis, *The Foreign Policies of Soviet Russia* (1924), pp. 314-315; había un Soviet de obreros chinos, cuyo número ascendía a unos mil, en Moscú (A. Ransome, *Six Weeks in Russia in 1919* [1919], p. 47).

[47] R. T. Pollard, *China's Foreign Relations 1917-1931* (N. Y., 1933), páginas 79-82; este útil trabajo se basa principalmente en la prensa contemporánea.

jero», el gobierno soviético renunciaba a todos los territorios y adquisiciones del gobierno zarista en suelo chino, incluidas «Manchuria y otras regiones», a todos los derechos extraterritoriales y otros privilegios de los súbditos rusos, así como a las entregas pendientes de la indemnización Boxer; todos los tratados no equitativos se declaraban en principio nulos y sin valor, en lo que a Rusia se refería. Un párrafo de la declaración incluía concretamente al Ferrocarril Oriental Chino, en el acta de renuncia:

> El gobierno soviético restituye al pueblo chino, sin compensación alguna, el Ferrocarril Oriental Chino, las concesiones mineras y forestales y otros privilegios de que se apoderaron el gobierno del zar, el gobierno de Kerenski, Semenov, Kolchak y los ex generales, abogados y capitalistas rusos [48].

[48] Nunca el Narkomindel publicó un texto oficial de esta nota; lo que se denominó traducción inglesa del texto original francés, se publicó en la autorizada *Millard's Review* (Shanghai) el 5 de julio de 1920, pp. 24-6 y posteriormente en *China Year Book 1924-5* (Shanghai, s. f.), pp. 868-70. Una versión rusa aparecida en *Izvestiya* el 26 de agosto de 1919 omitía el párrafo antes citado (junto con la última frase del párrafo precedente); la autenticidad de estas frases fue después ostentosa y terminantemente negada por los portavoces soviéticos, empezando por Joffe (véase p. 524 siguiente). Su autenticidad ha sido establecida, sin dejar lugar a dudas, por A. S. Whiting en *The Far Eastern Quarterly* (N. Y.), x, núm. 4 (agosto de 1951), pp. 355-64. Un texto ruso, conteniendo el pasaje entero omitido por *Izvestiya*, y que corresponde exactamente a la versión inglesa publicada en China, apareció en un folleto de V. Vilenski, *Kitai i Sovetskaya Rossiya*, publicado por el comité central del partido en 1919 (se cree que esta publicación salió en julio o agosto). Vilenski era un actuante del partido procedente de Siberia y antiguo menchevique que en el verano de 1919 servía en Moscú como miembro de una comisión del Sovnarkom para asuntos siberianos y que escribía con frecuencia en *Izvestiya* con el seudónimo de Sibiriakov. Probablemente se ocupó de la redacción de la declaración del 25 de julio de 1919; al día siguiente publicó un artículo recordando la petición para la devolución del Ferrocarril Oriental Chino, entre las formuladas por China en la Conferencia de Paz de París, y llegando a la conclusión de que «la Rusia soviética debía resolver con generosidad estas cuestiones en un sentido favorable a China y con ello ganar su alianza». Un informe del Narkomindel de diciembre de 1921 implica que la devolución del Ferrocarril Oriental Chino a China es uno de los puntos que comprende la declaración del 25 de julio de 1919 (*Godovoi Otchet NKID k IX Syezdu Sovetov* [1921], p. 54). La explicación más plausible de los hechos parece ser el cambio de opinión producido en los círculos soviéticos entre el despacho de la nota en 25 de julio de 1919 y su publicación en *Izvestiya* un mes después, y que el párrafo sobre el Ferrocarril Oriental Ruso fue deliberadamente suprimido. Pero no se intentó, al parecer, informar del texto revisado al representante soviético en Siberia, que, como se demostró después, no pudo disponer del texto hasta marzo de 1920; ni tampoco aparece claro por qué la frase inofensiva del final del párrafo precedente se omitiera también (cosa que hubiera sido natural si la omisión

En las condiciones existentes en Asia, la declaración —por cualquier sistema que fuera cursada— no llegó al gobierno chino hasta el 26 de marzo de 1920 [49], en que fue telegrafiada a Pekín, desde Irkutsk, por Yanson, supuesto «representante para Asuntos Extranjeros del Consejo de Comisarios del Pueblo de Siberia y Extremo Oriente», evidentemente una modalidad embrionaria de la República del Extremo Oriente, proclamada oficialmente quince días más tarde [50]. La declaración fue recibida con entusiasmo en los círculos chinos y fortaleció la reacción en contra de las potencias occidentales y del Japón, reacción que había ido adquiriendo fuerza desde las decisiones de Versalles del verano anterior [51]. Terminada al guerra civil y lograda la retirada de las fuerzas aliadas, con excepción de las japonesas, el gobierno de Pekín dictó un decreto asumiendo el absoluto control del Ferrocarril Oriental Chino [52], control que era casi enteramente ficticio. Tras la terminación de la guerra civil, el poder efectivo en Manchuria lo ejerció un enérgico jefe militar chino, Chang Tso-lin, que, auque no desacataba formalmente la supremacía del gobierno central chino, reconocía la importancia práctica de mantener buenas relaciones con las autoridades militares japonesas, todavía fuertes en Siberia, y estaba más dispuesto a recibir instrucciones de Tokio que de Pekín.

En la primavera y verano de 1920, la fortuna de la Rusia soviética en el Extremo Oriente llegó a su extremo más bajo. Se había logrado la victoria sobre Kolchak. Pero la República del Extremo Oriente, recién creada, tenía todavía que demostrar su utilidad diplomática, y las relaciones con Japón se enconaron aún más con la matanza de

hubiera sido accidental). El episodio constituyó una demostración de la división de opiniones en los círculos soviéticos sobre la devolución incondicional del Ferrocarril Oriental Chino; esto ya se vislumbraba en el informe del Narkomindel de julio de 1918 (véase p. 514 anterior), que había aludido al ferrocarril como la «propiedad conjunta de los pueblos ruso y chino» y hablado de que China estaba autorizada a «volverlo a comprar» en una parte de su coste y antes de que expirara el plazo límite.

[49] De su recepción se informa, aludiendo especialmente al Ferrocarril Oriental Chino, en *Millard's Review* (Shanghai), 27 de marzo de 1920, p. 182.

[50] Véase vol. 1, p. 375.

[51] La impresión causada se cita de fuentes chinas en la obra de B. I. Schwartz, *Chinese Communism and the Rise of Mao* (Harvard, 1951), p. 214, nota 44. El gobierno chino trató de arrojar sospechas sobre la declaración, basándose en supuestas informaciones, recogidas de fuente soviética en el interior de Siberia, de que se trataba de una falsificación (*Millard's Review* [Shanghai], 5 de junio de 1920, p. 25); no existe ningún testimonio de que la autenticidad del texto fuera puesta en duda por ambas partes antes de 1922.

[52] *Ibid.*, 27 de marzo de 1920, p. 182.

Nikolaevsk y las represiones japonesas en Vladivostok [53]. Fue en ese momento cuando los dirigentes de la Comintern decidieron intervenir, y enviaron a Voitinski como representante soviético en China. En China, como en Japón, el resultado de la Revolución bolchevique había sido fomentar por vez primera un gran interés de los círculos intelectuales por el marxismo; en la primavera de 1918 se creó en la Universidad de Pekín una sociedad para el estudio del marxismo. Las principales figuras del movimiento eran dos profesores de la Universidad, Ch'en Tu-hsiu y Li-Ta-chao, el primero profesor de literatura y fundador y director de una revista política avanzada; el segundo, profesor de historia, interesado preferentemente en la filosofía de la Historia [54]. Las actividades del grupo, que no estaba adscrito al marxismo ortodoxo, fueron meramente académicas, hasta que se vio implicado en el «Movimiento del Cuatro de Mayo» —iniciado y llevado a efecto principalmente por estudiantes y profesores universitarios—, en contra de los términos del Tratado de Versalles. El movimiento, aunque no inspirado por la Revolución rusa, tenía con ésta una gran afinidad por ser un movimiento de subversión contra el imperialismo occidental. No estaba específicamente inspirado o apoyado en la doctrina marxista, y la conexión con el nacimiento del marxismo chino era empírica y fortuita. Pero en la China de 1919 la resistencia contra Occidente, las simpatías por la Revolución rusa y el estudio de Marx constituían expresiones todas de una política «avanzada». Se había creado una situación de fermento político que tenía su núcleo en esta subversión y se situaba, de modo todavía indefinido, a la izquierda de la revolución nacional y «democrática» de 1911, si bien carecía de una modalidad clara o de un programa concreto. No existía todavía un movimiento obrero serio, y el descontento agrario, fenómeno de actualidad, se hallaba aún inarticulado y desorganizado.

Esta era la situación que tenía que afrontar Voitinski a su llegada a Pekín como representante de la Comintern en junio de 1920. Mantuvo conversaciones con Li Ta-chao y marchó a Shanghai, donde se había instalado Ch'en Tu-hsiu. Voitinski dio allí cautelosamente los primeros pasos para organizar un partido comunista chino. La primera fase fue la formación, en agosto, de un grupo socialista juvenil, para el que se dice que Voitinski facilitó los fondos. Pero la constitución de este grupo era tal que toleraba una amplia diversidad de opiniones, y cuando, al mes siguiente, se celebró una Conferencia en

[53] Véase vol. 1, pp. 375-76.

[54] B. I. Schwartz, *Chinese Communism and the Rise of Mao* (Harvard, 1951, pp. 7-16.

Shanghai para discutir la fundación de un partido comunista ortodoxo, la tarea se presentó ardua [55]. La aprobación otorgada en las tesis del segundo Congreso de la Comintern a la colaboración de los comunistas de países «coloniales» con los movimientos de liberación nacional [56] encajaba perfectamente con la situación china. En ninguna otra parte eran más prometedoras las oportunidades de una alianza entre el comunismo y el nacionalismo, y en ningún sitio fueron más explotadas hasta sus últimas consecuencias. Pero las decisiones del segundo Congreso se habían tomado sin referencia a China, y no parece que se conocieran —o se entendieran sus derivaciones— con ocasión de la visita de Voitinski, la cual, aunque preparó el terreno estimulando la formación de grupos comunistas o casi comunistas en distintos lugares de China [57], dio escasos resultados prácticos.

Fue aproximadamente por esta época cuando la situación diplomática empezó a mostrar señales de mejora. A medida que las consecuencias de la victoria sobre Kolchak y el aislamiento de las fuerzas japonesas en Siberia iban haciéndose visibles, también se modificaba el equilibrio de fuerzas en el Extremo Oriente, y la Rusia soviética podía empezar a recobrar el terreno perdido. En China crecía la anarquía, y los jefes militares de las provincias peleaban y maniobraban unos contra otros, teniendo cada vez menos en cuenta a la autoridad central nominal. A finales del verano de 1920, los defensores militares del gobierno de Pekín fueron derrotados por Wu Pei-fu, el «señor de la guerra» de Chili, y el gobierno se derrumbó. Su sucesor observó que había sido abandonada toda intervención en Rusia por parte de los antiguos aliados, excepto Japón, y que ya no podía permitirse el continuar declaradamente con una política soviética que suponía entregar las bazas a los nacionalistas del Sur. La primera decisión del nuevo gobierno fue admitir a Yurin, el delegado de la República de Extremo Oriente, que había estado esperando en

[55] La información sobre la misión de Voitinski procede exclusivamente de fuentes chinas, que se citan en B. I. Schwartz, *Chinese Communism and the Rise of Mao* (1951), pp. 32-3; las fuentes datan de algunos años después del acontecimiento y deben ser manejadas con precaución.

[56] Véanse pp. 265-72 anteriores: dos delegados chinos con credenciales dudosas fueron admitidos al Congreso a título de consultores, pero no parece que se discutieran los asuntos chinos.

[57] Según la *Bolshaya Sovetskaya Entsiklopediya,* xii (1928), 657-8, art. Voitinski (Zarjlin), Voitinski, «en el verano de 1920 tomó parte en la organización de las primeras células comunistas en Shanghai, Pekín y Cantón»; un informe posterior chino habla de grupos comunistas chinos establecidos por esa época en Pekín, Cantón y Hunan, así como en París *(Kommunisticheski Internatsional,* núms. 9-10 [187-8], 1929, p. 181).

Kalgan desde hacía unas semanas [58]. A continuación ratificó formalmente el acuerdo concluido en mayo anterior entre las autoridades soviéticas de Tashkent y el gobernador chino de Sinkiang, que de este modo se convirtió en el primer acuerdo reconocido oficialmente entre el Soviet y una autoridad china [59]. Después, el 23 de septiembre de 1920, retiró formalmente el reconocimiento a los antiguos ministros y cónsules rusos [60], y hacia la misma época llegó a Moscú una misión china presidida por el general Chang Shi-lin. Karajan, que llevaba las negociaciones con la misión, en nombre del Narkomindel, entregó el 27 de septiembre de 1920 una nota dirigida al «Ministerio de Asuntos Exteriores de la República China», conteniendo las directrices de una propuesta de acuerdo entre la RSFSR y la República china. La RSFSR confirmaba su renuncia a todas las anexiones y concesiones, así como a los pagos de la indemnización Boxer; se establecerían plenas relaciones diplomáticas, consulares y comerciales; el gobierno chino no podría prestar su apoyo o albergar a organizaciones contrarrevolucionarias rusas, y se redactaría un tratado subsiguiente entre la RSFSR, la República de Extremo Oriente y China para regular la situación del Ferrocarril Oriental Chino [61].

En el ínterin, el acercamiento soviético a China acusaba la misma mezcla cuidadosa de atracción revolucionaria y de fuerza obstinada, característica de la política exterior soviética en todas partes. En un artículo de *Izvestiya*, publicado el 9 de octubre de 1920, Vilenski observaba que «bajo la bandera de Wu Pei-fu» la política china había dado un giro más amistoso hacia la Rusia soviética. No obstante, China «debe optar por uno u otro aliado». Aunque «unas

[58] R. T. Pollard, *China's Foreign Relations, 1917-1931* (N. Y., 1933), pp. 133-4.

[59] *Izvestiya*, 9 de octubre de 1920; R. T. Pollard, *China's Foreign Relations, 1917-1931* (N. Y., 1933), p. 134. Para el acuerdo, véanse pp. 509-10 anteriores.

[60] *China Year Book, 1921* (Shanghai, 1922), p. 626; el 30 de octubre de 1920 se publicaron unas normas determinando la situación legal de los ciudadanos rusos en China *(ibid.*, p. 644).

[61] No se ha encontrado texto alguno relativo a la nota de Karajan. La traducción inglesa en *China Year Book, 1924-5* (Shanghai, s. f.), pp. 870-2, lleva fecha de 27 de septiembre de 1920; esta fecha figura en la declaración conjunta de Joffe y Sun Yat-sen de enero de 1923 y es ciertamente correcta. Una traducción inglesa del texto ruso, obtenida en el Narkomindel, figura en la obra de V. A. Yajontoff, *Russia and the Soviet Union in the Far East* (1932), pp. 384-7, y lleva fecha de 27 de octubre de 1920; para mayor confusión, la nota de Joffe de 2 de septiembre de 1922 (véase p. 548) indica la fecha de 27 de septiembre de 1921. R. T. Pollard, *China's Foreign Relations, 1917-1931* (N. Y., 1933), p. 135, sin citar ninguna autoridad, dice que fue recibida por la delegación china el 2 de octubre de 1920.

buenas relaciones de vecindad entre China y la Rusia soviética sean poco del agrado de otros bandidos aliados, como Japón», el autor concluía que «para la propia China, que ya había iniciado la lucha para liberarse de las rapaces garras del imperialismo japonés, unas buenas relaciones de vecindad aportarían una oportunidad práctica de llevar esta lucha al éxito final». El llamamiento pareció al principio fructífero; tres días después, Chang Shi-lin informaba al Narkomindel que «China nombraría representantes permanentes en Rusia». Pero, evidentemente, prevalecían en Pekín presiones más fuertes. El gobierno de Pekín eligió el momento de la misión de Chang Shi-lin en Moscú para reasegurarse con las autoridades financieras de Occidente, concluyendo el 2 de octubre de 1920 un nuevo acuerdo con el Banco Ruso-Asiático en supuesta calidad de propietario legal del Ferrocarril Oriental Chino [62]. El acuerdo situaba a algunos funcionarios chinos en posiciones de prestigio y ventaja en la junta rectora del ferrocarril. En otros aspectos podía tener escasos efectos, ya que Chang Tso-lin, que controlaba Manchuria, estaba ahora menos inclinado que nunca a escuchar los mandatos de Pekín. Pero no dejaba de ser una demostración clara de la intención de excluir a la Rusia soviética de toda participación en el control de una arteria vital de las comunicaciones rusas con el Pacífico. Así las cosas, el 18 de octubre Krasin fue requerido por el ministro chino en Londres para informar a Moscú de que las credenciales de Chang Shi-lin habían sido canceladas, y que sería nombrado un cónsul general encargado de velar por los intereses chinos en la RSFSR [63]. Un mes después, en respuesta a ulteriores protestas soviéticas, el gobierno chino envió una cortés pero incomprometida respuesta, limitándose a expresar su esperanza de futuras negociaciones y protestando contra el tratamiento dado en la RSFSR a los ciudadanos chinos [64].

El breve rayo de esperanza que se esfumó en el otoño de 1920, cuando cayó en Pekín el gobierno de Anfu y se retiró el reconocimiento al antiguo representante zarista, parecía, pues, haberse extinguido de nuevo. Pudieran ser estos desaires los que indujeron en

[62] Una traducción inglesa del texto original francés figura en los *Treaties and Agreements with and concerning China* (Washington, 1929), pp. 29-31.

[63] *Godovoi Otchet NKID k IX Syezdu Sovetov* (1921), p. 55. Según R. T. Pollard, *China's Foreign Relations, 1917-1931* (N. Y., 1933), p. 135, Chang Shi-lin no fue enviado a Moscú por el gobierno de Pekín y se encontraba en misión «privada»; pero ésta era una ficción ideada para propiciar la opinión occidental, echando abajo toda relación con Moscú.

[64] *Ibid.*, p. 137.

este momento al gobierno soviético a recordar que el arco de su diplomacia en China contaba con dos cuerdas. El 31 de octubre de 1920, Chicherin escribió una carta personal a Sun Yat-sen a Cantón, proponiéndole negociaciones comerciales; puesto que las posibilidades comerciales entre la Rusia soviética y China meridional apenas existían, la carta, indudablemente, era una tentativa de apertura política, pero fue confiada a un emisario desconocido y no llegó a poder de Sun Yat-sen hasta julio del año siguiente [65]. Yurin permaneció en Pekín como representante de la República del Extremo Oriente durante todo el invierno de 1920-1921, ocupado en intermitentes negociaciones en pro de un acuerdo comercial y, a pesar de una serie de pronunciamientos conciliadores, sus conversaciones con el ministro chino de Asuntos Exteriores no dieron resultado. El fallo se atribuyó, en general, a las presiones de origen aliado sobre el gobierno chino, y especialmente a las del ministro francés en Pekín [66]. Un delegado soviético enviado para negociar con Chang Tso-lin en Mukden no tuvo mayor éxito [67]. Cualquiera que fuera la vía de aproximación que se intentara, China parecía continuar cerrada a cualquier modalidad de penetración soviética.

Entre tanto se habían producido en Mongolia Exterior importantes acontecimientos. El gobierno del pequeño Hsü era lo bastante duro como para provocar un gran descontento. Ya en 1920 [68] parecían existir en Urga dos grupos revolucionarios por lo menos, encabezados respectivamente por Sujebator y Choibalsang; el segundo grupo se dice que trabajaba bajo la dirección de dos agentes soviéticos. En la primavera de 1920, un delegado de la Comintern visitó Urga, consiguió la unión de ambos grupos bajo la dirección de Sujebator, y puso en marcha un esquema para invocar la ayuda soviética contra Pequeño-Hsü. El Bogda Gegen, el «Buda viviente» de Urga, la autoridad eclesiástica y política más alta del país, que había ya

[65] No se ha publicado el texto de la carta; su contenido se deduce solamente de la contestación de Sun Yat-sen en 28 de agosto de 1921, publicada en *Bolshevik*, núm. 19, 1950, pp. 46-8.

[66] *Millard's Review* (Shanghai), 11 de diciembre de 1920, p. 99; 1 de enero de 1921, pp. 283-9; *Godovoi Otchet NKID k IX Syezda Sovetov* (1921), p. 53; muchos informes tomados de la prensa contemporánea están en R. T. Pollard, *China's Foreign Relations, 1917-1931* (N. Y., 1953), pp. 137-9.

[67] *Millard's Review* (Shanghai), 25 de diciembre de 1920, p. 213; 9 de abril de 1921, p. 286.

[68] A. Kallinnikov, *Revolutsionnaya Mongoliya* (s. f. [1925]), p. 73, asegura en términos generales que «comenzó a formarse» un movimiento revolucionario tras la anulación de la autonomía mongólica por China en el otoño de 1919.

lanzado sus antenas con vistas a la ayuda norteamericana y japonesa, no ponía objeción a una solicitud similar dirigida a Rusia; en realidad, parece que se llevó a efecto esta instancia acudiendo, con una singular falta de realismo, a Orlov, el anterior cónsul general del Gobierno Provisional, que se encontraba todavía en Urga. Pero en el momento que nos ocupa se intentó un contacto directo. El 15 de julio de 1920, Sujebator, con un grupo de cinco compañeros, abandonó secretamente Urga, dirigiéndose a Irkutsk, donde más tarde se le unió Choibalsang. Allí solicitaron ayuda al «departamento de asuntos del Extremo Oriente» de la república de este nombre, mientras algunos de los delegados marchaban a Moscú. La respuesta recibida en Irkutsk evidentemente no se comprometía a nada y establecía dos condiciones que representaban una bonita componenda entre tradición y progreso: que la petición de ayuda llevara el sello del Bogda Gegen y que se fundara un partido popular que pudiera apoyar una política prosoviética. Ambas condiciones fueron satisfechas. El Bogda Gegen de Urga puso su sello en un documento solicitando avuda, y Sujebator, en Irkutsk, redactó el primer manifiesto de un Partido Popular Mongol. El 2 de noviembre de 1920 se entregó una nueva petición, esta vez a la «sección del Extremo Oriente de la Comintern» y «al 5.º Ejército Soviético» [69].

Mientras Sujebator y Choibalsang negociaban en Irkutsk, cayó en Pekín el gobierno de Anfu, y el mando del Pequeño-Hsü llegó a su final en Urga sin pena ni gloria. Durante el otoño e invierno de 1920-1921 prevaleció en Mongolia Exterior una situación muy próxima a la anarquía. Con la terminación de la guerra civil en Siberia, el ejército de Semenov se disolvió y dispersó, y con sus restos, uno de los oficiales de Semenov, llamado Ungern-Sternberg, creó una pequeña fuerza, de composición diversa, con apoyo japonés y, en parte,

[69] Existen dos fuentes mongolas independientes para estos acontecimientos: una biografía de Sujebator, por Nachokdorji, publicada en 1943 (mencionada por O. Lattimore en su introducción a la obra de G. M. Friters, *Outer Mongolia and its International Position* [Baltimore, 1949], pp. xxviii xxxvi), y las memorias políticas inéditas del Dilowa Hutuktu, uno de los «Budas vivientes» mongoles. El primero se halla influenciado por el evidente deseo de presentar a Sujebator y Choibalsang (primer ministro de la República Popular Mongola cuando se publicó el trabajo) como el Lenin *y* el Stalin de Mongolia; pero el relato es digno de crédito y los hechos esenciales se confirman en las memorias del Dilowa, que ciertamente no presentan tendencias comunistas o soviéticas. Confrontando ambas fuentes, puede obtenerse un cuadro bastante claro de unos hechos no recogidos en ningún otro sitio. El punto que aparece como más oscuro es hasta qué punto el Bogda Gegen estaba informado de la misión original de Sujebator.

con oficialidad japonesa[70]. En el otoño de 1920, esta fuerza trató de abrirse camino en Mongolia Exterior. Esta fue la ocasión de la primera entrada en escena clara y manifiesta del gobierno soviético. Ofreció al gobierno de Pekín, en una nota fechada el 11 de noviembre de 1920, el envío de tropas soviéticas para entendérselas con los intrusos; en realidad, alegaba, con razón o sin ella, que había recibido una petición en ese sentido de las autoridades chinas de Urga, capital de Mongolia Exterior. Pero el gobierno de Pekín mostró una repugnancia muy natural a invocar la ayuda del gobierno soviético, cuyo patronazgo podía llegar a ser permanente, y declinó la oferta soviética[71]. Por el momento, las fuerzas chinas que quedaban en Urga se mostraron capaces de rechazar el ataque, que terminó en un fracaso. Sin embargo, las circunstancias empeoraron en el curso del invierno: el propio Bogda Gegen y muchos personajes mongoles fueron arrestados por los soldados chinos[72], de suerte que cuando Ungern-Sternberg regresó, en febrero de 1921, fue recibido como libertador. Al entrar en Urga a la cabeza de sus tropas, anunció su propósito de liquidar a todos los mongoles que habían colaborado, tanto con China como con la Rusia soviética. El Bogda Gegen se proclamó a sí mismo emperador de una Mongolia independiente (que al parecer incluía tanto la Interior como la Exterior) y estableció un llamado gobierno mongol con Ungern-Sternberg como «asesor militar»[73]. Yurin ofreció inmediatamente al gobierno de Pekín la ayuda de tropas soviéticas para repeler al invasor, pero la oferta fue declinada[74].

A partir de entonces el gobierno soviético comprendió la necesidad de proseguir una política activa en Mongolia Exterior. Tras la primera incursión, fracasada, de Ungern-Sternberg en noviembre de 1920, Sujebator y su grupo, indudablemente acompañados por sus

[70] I. Maiski, *Sovremennaya Mongoliya* (Irkutsk, 1921), p. 129, indica que la fuerza consistía en 4.000 rusos, 1.500 a 2.000 tunguses y «algunas decenas de oficiales japoneses»; según un testigo de vista independiente, Ungern-Sternberg entró en Urga al año siguiente con una guardia personal de cuarenta japoneses y material principalmente japonés (G. M. Friters, *Outer Mongolia and its International Position* [Baltimore, 1949], p. 230).

[71] *Izvestiya,* 5 de enero de 1921 (citado en L. Pasvelsky, *Russia in the Far East* [N. Y., 1922], pp. 115-6), reprodujo la respuesta china de 31 de diciembre de 1920; la nota soviética de 11 de noviembre de 1920 ya había sido publicada en *Pravda* el 14 de noviembre de 1920.

[72] Estos acontecimientos se describen en las memorias del Dilowa.

[73] El relato más completo de estos acontecimientos, basado parcialmente en fuentes chinas, se encuentra en K. S. Weigh, *Russo-Chinese Diplomacy* (Shanghai, 1928), pp. 187-206; véase también R. T. Pollard, *China's Foreign Relations, 1917-1931* (N. Y., 1933), pp. 161-2, y las memorias del Dilowa.

[74] R. T. Pollard, *China's Foreign Relations, 1917-1931* (N. Y., 1933), p. 163.

consejeros rusos, abandonaron Irkutsk y se establecieron en la frontera, cerca de Kyajta. Allí prosiguió durante el invierno el proceso de organizar el Partido Popular Mongol, y continuó un gobierno mongol[75]; cuando Ungern-Sternberg llevó a cabo su *golpe* triunfal de febrero de 1921, todo estaba preparado. El 1.º de marzo de 1921 se reunió en Kyajta el que más tarde fue descrito como primer Congreso del Partido Popular Mongol, bajo la dirección de Sujebator, que decidió formar un gobierno popular mongol y un ejército nacional para liberar al país de la dominación china y de la de Rusia «blanca». El 19 de marzo fue proclamado el nuevo gobierno con Sujebator como primer ministro y ministro de la Guerra, apelando a la ayuda soviética[76]. Ungern-Sternberg no era un hombre que esperara los ataques. En mayo de 1921 lanzó una ofensiva a gran escala contra el territorio soviético[77], que fue rápidamente rechazada por destacamentos del Ejército Rojo, reunidos en las proximidades de la frontera. Ungern-Sternberg, abandonado por la mayoría de su ejército, fue capturado y fusilado; y el 28 de junio fue adoptada la decisión, en nombre del Partido Popular Mongol y del gobierno popular mongol, de marchar sobre Urga. La ciudad fue tomada el 6 de julio, y en ella se estableció un gobierno mongol dos días después. El Bogda Gegen quedó como jefe de Estado, si bien sus funciones se limitaban a materias religiosas. El nuevo primer ministro fue Bodo, un lama, que se decía había estado empleado en el antiguo consulado general ruso, y Sujebator fue nombrado ministro de la Guerra; estas com-

[75] Según Ma Ho-t'ien, *Chinese Agent in Mongolia* (trad. ingl., Baltimore, 1949), el partido y el gobierno se formaron en Troitsko-Savsk; bien pudo ser éste el cuartel general de Sujebator, que de otro modo no se nombra.

[76] La fuente más detallada de estos acontecimientos es la biografía de Sujebator por Nachokdorji; otros informes figuran en *Tiji Okean,* núm. 3 (9), 1936, p. 66, y en E. M. Murzaev, *Mongolskaya Narodnaya Respublika* (1948), p. 18. Todas estas fuentes indudablemente prestan a las actas, en una visión retrospectiva, un carácter más formal que el que poseían en su época.

[77] Se conserva la proclama de Ungern-Sternberg del 21 de mayo de 1921 a «los destacamentos rusos en territorio de la Siberia soviética» al desencadenar esta ofensiva. El general proclamaba al Gran Duque Miguel «Emperador de todas las Rusias»; anunciaba su intención «de exterminar a comisarios, comunistas y judíos con sus familias»; declaraba que «en esta lucha con los criminales destructores y corruptores de Rusia... la medida del castigo sólo podía ser una: la pena de muerte en diversos grados», se negaba a confiarse en «antiguos aliados extranjeros que padecen de la misma dolencia revolucionaria» y concluía con una cita del Libro de Daniel, profetizando la aparición de «Miguel, el gran príncipe», para terminar con las palabras: «Bendito aquel que espera y cumple los 3.330 días» *(Revolutsiya na Dalnem Vostoke* [1923], pp. 429-32).

binaciones dejan ver la intención de llegar a un compromiso entre el antiguo y el nuevo orden que, a no dudar, era dictado en parte por la casi completa ausencia de mongoles educados fuera de la clase de los lamas. El hecho cierto que había tras del régimen era la presencia del Ejército Rojo y los asesores soviéticos. A principios de agosto de 1921, cuando la nueva organización se hubo completado. el gobierno revolucionario popular mongol dirigió una breve petición a la RSFSR para que «no retirase las tropas soviéticas del territorio de Mongolia hasta la total desaparición de la amenaza del enemigo común»; Chicherin en seguida accedió con una respuesta larga y en cierto modo hipócrita, que implicaba el compromiso de que las tropas serían retiradas tan pronto como «la amenaza para el libre desarrollo del pueblo mongol y para la seguridad de la República Rusa y la República del Extremo Oriente haya desaparecido» [78].

La aparición del Ejército Rojo en Urga y el establecimiento en esta ciudad de un gobierno mongol bajo directo patronazgo soviético suponía un retorno a la situación internacional de Mongolia Exterior, tal como había existido antes de 1917 y había sido registrada en el tratado de Kyajta. El fácil éxito de las armas soviéticas y de la política soviética era indicio de la nueva actitud del Japón, cuya mano oculta ya no facilitaba su apoyo a las fuerzas «blancas». Durante el verano de 1921 se hizo sentir fuertemente la presión norteamericana sobre Japón, con el fin de que retirase las tropas que aún retenía en Siberia; e iba a reunirse en Dairen durante el mes de agosto una conferencia entre delegados del Japón y de la República del Extremo Oriente [79]. Ello suponía una reversión espectacular del proceso de exclusión del poderío ruso en el Extremo Oriente que había perdurado durante cuatro años; el período de eclipse tocaba a su fin. Los pronósticos se cumplieron en Pekín; pues cuando, el 15 de junio de 1921, Chicherin dirigió al gobierno chino una nota, cortés pero despectiva, explicando que la entrada de tropas soviéticas en Mongolia Exterior era una medida transitoria dictada por necesidades de seguridad, y que se retirarían tan pronto como Ungern-Sternberg fuera eliminado, se le remitió una breve contestación en el sentido de que Chang Tso-lin estaba encargado de habérselas con Ungern-Sternberg y que se bastaba para ello con las fuerzas disponibles [80]. La contesta-

[78] Este intercambio de notas se publicó en *Izvestiya* el 12 de agosto de 1921 (trad. ingl. en L. Pasvolsky, *Russia in the Far East* [N. Y., 1922], pp. 176-9).

[79] Véase vol. 1, p. 380.

[80] R. T. Pollard, *China's Foreign Relations, 1917-1931* (N. Y., 1933), p. 162; el mandato a Chang Tso-lin había salido de hecho el 30 de mayo de 1921.

ción era una confesión de impotencia; Chang Tso-lin, dependiente de los favores japoneses, no era el más adecuado para actuar contra Ungern-Sternberg, también protegido por Japón. Pero esto no hizo que el resentimiento chino por la intrusión soviética fuera menos agudo. Yurin, el delegado de la República del Extremo Oriente, que se encontraba ausente, con permiso, cuando el Ejército Rojo marchó sobre Urga, reapareció en Pekín el 25 de julio de 1921, pero volvió a marcharse transcurrida una semana, nominalmente con una misión para Chang Tso-lin, pero para no volver nunca [81].

En la primavera o verano de 1921, mientras sucedían estos acontecimientos, se dio un nuevo paso, indicio del creciente interés de Moscú por los asuntos del Extremo Oriente: Maring, el enérgico delegado holandés de Indonesia, que había tomado parte activa en la discusión del problema nacional y colonial en el segundo Congreso de la Comintern [82], fue enviado con una misión a China. Esta misión, contrariamente al caso de Voitinski en 1920, no se limitaba, evidentemente, a la formación y estímulo de grupos o partidos comunistas locales. Iba en busca de una respuesta a la cuestión general de lo que debía hacerse en China; y planteada de esta forma la cuestión, revelaba la falta de auténtica distinción entre el fomento del comunismo y el desarrollo del poder y prestigio soviéticos en el Extremo Oriente. Ignorando a Pekín, donde Yurin representaba los supuestos intereses en la República del Extremo Oriente, Maring visitó a los dos hombres que parecían detentar el mayor poder auténtico en China: Wu Pei-fu, el jefe del ejército más poderoso de China central, y Sun Yat-sen, que había sido erigido —por nacionalistas entusiastas de Cantón—, el 7 de mayo de 1921, presidente de una república china todavía desunida. El levantamiento de Wu Pei-fu a finales del verano de 1920 había dado por resultado la caída del gobierno de Anfu y había sido interpretado en Moscú como el comienzo de un viraje político de Pekín, favorable o, por lo menos, no tan desfavorable, para la Rusia soviética [83]. Cualquiera que fuere la inclinación general de la política de Wu Pei-fu —materia que no se ha llegado todavía a declarar completamente—, es evidente que era hostil al Japón y a Chang Tso-lin, el protegido japonés en Manchuria, y era natural que la Rusia soviética lo considerara en aquel momento como un aliado potencial. Por otra parte, Sun Yat-sen, como dirigente de la revolución democrática china y portavoz reconocido del radicalismo chino,

[81] *North China Herald* (Shanghai), 30 de julio de 1921, p. 312; 6 de agosto de 1921, p. 386.
[82] Véase p. 264.
[83] Véanse pp. 520-21.

era *prima facie* una figura más simpática desde el punto de vista comunista. Maring había sido uno de los que habían contribuido a formar la política de alianzas entre el comunismo y los movimientos nacionales democrático-burgueses en el segundo Congreso de la Comintern. Poco es lo que se sabe de lo que se dejó ver en las conversaciones de Maring, bien con Wu Pei-fu o con Sun Yat-sen, o de la naturaleza de su informe a Moscú. No cabe duda de que en las charlas con Sun Yat-sen sembraría la semilla de una futura colaboración con el Kuomintang; pero también está claro que no se tomó una decisión definitiva en aquel momento por parte de Moscú [84]. Un acontecimiento producido después de la llegada de Maring a China, pero aparentemente sin participación suya, fue la creación de un partido comunista chino. Varios delegados de grupos heterogéneos acudieron, en julio de 1921, a una reunión secreta que se celebró en Shanghai, pero los datos que se tienen de los asistentes no sugiere una uniformidad de opiniones, y así el llamado primer Congreso del Partido Comunista Chino no dejó tras de sí ninguna declaración política o documento escrito de ninguna clase [85]. Desempeñó en la historia del partido chino el mismo papel que desempeñara en la historia del Partido Socialdemócrata Ruso, su primer Congreso, celebrado en Minsk el año 1898.

[84] La única fuente referente a la visita de Maring a Wu Pei-fu es la obra de T'ang Leang-li, *The Inner History of the Chinese Revolution* (1930), p. 155; según esta fuente, Maring recomendó a las autoridades soviéticas mantener relaciones tanto con Wu Pei-fu como con Sun Yat-sen; con el primero no fueron rotas hasta febrero de 1923, cuando Wu Pei-fu arremetió con sus tropas contra los huelguistas del ferrocarril Pekín-Hankow (y cuando el pacto con Sun Yat-sen ya se había roto). Esta fuente representa lo que fue más tarde el ala izquierda del Kuomintang y es anticomunista, aunque parece ser digna de crédito en cuanto a los hechos. En un artículo escrito en agosto de 1922, Vilenski describe a Wu Pei-fu, primeramente y sobre todo, como un nacionalista y le alaba como «uno de esos hombres públicos chinos que han evitado la influencia ajena del capital extranjero» (*Kommunistischeski Internatsional*, núm. 23 [4 de noviembre de 1922], col. 6.104); y Radek, en el cuarto Congreso de la Comintern de noviembre de 1922, aludía a un período en el cual «el joven partido comunista chino» apoyó a Wu Pei-fu (*Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* [Hamburgo, 1923], p. 630). La otra fuente importante del viaje de Maring en 1921 es la obra de H. Isaacs, *The Tragedy of the Chinese Revolution* (1938), p. 64, basada en una entrevista con Maring en 1935. El trabajo no menciona el encuentro con Wu Pei-fu; pero era lógico en aquel momento pasar por alto un acontecimiento que no tenía consecuencias y concentrar la atención en la entrevista que acabaría por dar fruto.

[85] B. I. Schwartz, *Chinese Communism and the Rise of Mao* (Harvard, 1951), p. 34.

Capítulo 34

EL EXTREMO ORIENTE: II. RESURGIMIENTO

El invierno de 1921-1922 representó un período de gran actividad en la política soviética del Extremo Oriente y marcó el resurgimiento del poder soviético en el Pacífico. Con la derrota de Ungern-Sternberg, la última fuerza «blanca» en Siberia había quedado destruida; la ocupación japonesa iba siendo eliminada paulatinamente bajo la presión norteamericana, y el gobierno soviético había reafirmado con éxito el predominio de los intereses e influencia rusos en Mongolia Exterior. Por otra parte, todavía no se habían establecido relaciones diplomáticas con China o Japón, y los intentos de establecer movimientos comunistas en estos países habían fallado totalmente. Durante este invierno crucial la Conferencia de Washington contribuyó a debilitar y aislar al Japón en su relación con las grandes potencias, y aceleró las últimas fases de su retirada; la postura soviética en Mongolia Exterior fue consolidándose en detrimento de las relaciones soviéticas con el gobierno de Pekín, pero sin la menor objeción por parte de las grandes potencias; una conferencia de «trabajadores del Este», celebrada en Moscú, fue la señal para una intensa campaña con miras a establecer la influencia comunista y un asidero para los partidos comunistas organizados en los países de Extremo Oriente. En el verano de 1922, en que la Conferencia de Génova y el Tratado de Rapallo constituían ya hitos evidentes del

avance de la diplomacia soviética en Europa, Rusia volvía a ser, en el Extremo Oriente, una potencia con la que había que contar.

La realización más importante de la política soviética en el Extremo Oriente durante el invierno de 1921-1922, aunque la menos notoria, fue la consolidación del poder soviético en Mongolia Exterior. Unos delegados del nuevo gobierno mongol, establecidos en Urga gracias al Ejército Rojo, se dirigieron a Moscú, donde la situación fue rápidamente regularizada mediante la firma de un tratado, el 5 de noviembre de 1921, concebido en términos de estricta igualdad formal entre la RSFSR y la República Popular de Mongolia. Cada parte reconocía a la otra como la única autoridad en sus respectivos territorios (la soberanía china sobre Mongolia Exterior, que hasta entonces siempre había sido formalmente admitida, quedaba así implícitamente anulada); las relaciones entre ambas habrían de ser llevadas por plenipotenciarios diplomáticos de la misma categoría en ambos lados; los derechos territoriales y otros privilegios detentados por Rusia en virtud de acuerdos zaristas quedaban cancelados; y cada parte se comprometía a evitar el establecimiento dentro de su territorio de cualquier organización, grupo o «gobierno» hostil a la otra [1]. Sólo en un punto quedaban insatisfechas las aspiraciones mongólicas: una zona amplia, pero escasamente poblada, situada al oeste de Mongolia Exterior y conocida como el territorio Urianjai, había sido objeto durante largo tiempo de ambigüedades en cuanto a su situación legal y dependencia, y de las mismas tercas disputas entre Rusia y China que la propia Mongolia Exterior; de la cual, sin embargo, la diplomacia rusa se había cuidado siempre mucho de separarla [2]. Sus habitantes eran gentes de lengua turca (si bien se había producido alguna infiltración mongol en el Sur), en parte, pastores nómadas, como sus vecinos mongoles, y, en parte —en el Norte y Nordeste—, cazadores en los bosques y apacentadores de renos. Las autoridades soviéticas, siguiendo el precedente zarista, intervinieron para evitar la incorporación de esta región a la República Popular de Mongolia. A comienzos de 1922, ostensiblemente por iniciativa local, se reorganizó como república independiente con el nombre de República Popular de Tannu Tuva, y estableció relaciones de amistad con la RSFSR [3].

Los procesos mediante los cuales fue estableciéndose gradualmen-

[1] *RSFSR: Sbornik Deistvuyushchij Dogovorov*, ii (1921), núm. 47, páginas 29-31; trad. ingl. en *Treaties and Agreements with and concerning China, 1919-1929*, pp. 53-4.

[2] G. M. Friters, *Outer Mongolia and its International Position* (Baltimore, 1949), pp. 102-6.

[3] *Godovoi Otchet NKID k IX Syezdu Sovetov* (1922), p. 71.

te el predominio soviético en Mongolia Exterior, pueden ser seguidos en líneas generales, pero no en detalle. Hasta marzo de 1921, la Rusia soviética había sido aceptada por la mayoría de los mongoles, políticamente conscientes, como un aliado y libertador en relación con los chinos y rusos «blancos», los intrusos más recientes en el escenario mongol. Pero cuando, después de 1921, la amenaza china retrocedió al fondo de la escena y el poder soviético empezó a consolidarse en Mongolia Exterior, la situación cambió y se suscitó la fricción entre los dirigentes mongoles y las autoridades soviéticas. Este hecho parece que adoptó distintas modalidades, ya que se entremezclaron diferencias sociales, religiosas y nacionales en una lucha que enfrentó a los mongoles unos con otros tanto como a los mongoles contra los rusos. El régimen establecido en Urga durante el verano de 1921 era puramente nacional y carecía de programa social explícito; esto suponía, en terminología bolchevique, la fase de la revolución burguesa. Pero después de la conclusión del tratado soviético-mongol, de 5 de noviembre de 1921, el gobierno soviético, adaptando la política seguida en el campo ruso, trató de ganar para sí mismo una base sólida de apoyo en Mongolia Exterior, introduciendo reformas sociales y políticas de gran alcance. Según unas fuentes, se presentó una serie de demandas, incluida la nacionalización de tierras, bosques, minas y otros recursos naturales; distribución de tierras entre trabajadores pobres, abolición de títulos y prerrogativas del «Buda viviente» y de los nobles, sustitución de elecciones democráticas, introducción de ingenieros soviéticos en las minas y de asesores militares soviéticos en el ejército y establecimiento de servicios educativos y sanitarios bajo el control soviético. Al parecer, el gobierno mongol y el Partido Popular Mongol se opusieron a estas exigencias, que eran apoyadas por la Liga de la Juventud Revolucionaria y más o menos aceptadas bajo coacción en enero de 1922 [4]. También había de por medio cuestiones de fidelidad religiosa, puesto que las reformas apuntaban claramente a una secularización de la vida mongol, destruyendo la autoridad de los lamas. En el desarrollo de esta política parece que los rusos contaron con

[4] Ma Ho-t'ien, *Chinese Agent in Mongolia* (trad. ingl., Baltimore, 1949), pp. 100-2. Un texto soviético posterior da la lista siguiente de «reformas democráticas» introducidas en 1922: el gobierno «abolió la condición de siervo y las obligaciones feudales de los campesinos, declaró las tierras propiedad del Estado, abolió los privilegios feudales y división de castas, estableció elecciones para los organismos locales de gobierno, introdujo un sistema progresivo de tasa para el impuesto sobre la renta y reorganizó los tribunales incorporando a los mismos asesores populares, etc.» (N. P. Farberov, *Gosudarstvennoe Pravo Stran Narodnoi Demokrati* [1949], p. 302).

la ayuda de un elevado número de buriat-mongoles del otro lado de la frontera que, después de haber estado durante largo tiempo sometidos a la influencia de una civilización rusa secular, eran introducidos ahora en Mongolia Exterior con el fin de elevar el nivel político y cultural de sus parientes, hasta el presente dirigidos por sacerdotes, y entre los cuales la educación secular había sido virtualmente inexistente; esto, evidentemente, dio también lugar a nuevos resentimientos y enconos en los círculos tradicionales [5].

En estas condiciones no es raro que los elementos conservadores recordasen la época de la supremacía china con cierta añoranza, unida quizá al temor de un predominio demasiado exclusivo de una potencia tan entregada a innovaciones revolucionarias. Se formuló una petición de ayuda a Moscú para mejorar las relaciones con China, y el 14 de septiembre de 1921 se recibía la cauta respuesta de que el gobierno soviético aprobaba totalmente este propósito, «siempre que el pueblo mongol, al propio tiempo, ejerza su derecho de autodeterminación» [6]. Pocas semanas después, Bodo, el primer ministro, hacía una declaración a favor de relaciones amistosas con China [7]. Era evidente que la oposición a la política soviética cristalizaba en torno a un grupo conservador prochino, procedente de la antigua clase lama. En marzo de 1922 se dio un paso importante en el establecimiento de una «oficina de seguridad interna», de la que sólo se sabe que su jefes eran mongoles [8]. Al mes siguiente, Bodo y otros dirigentes mongoles fueron detenidos y ejecutados bajo la acusación de conspirar con China, probablemente con el fin de restablecer la soberanía china sobre Mongolia Exterior [9]. La ejecución de Bodo y sus

[5] Los escasos testimonios sobre este punto se recogen y estudian en G. M. Friters, *Outer Mongolia and its International Position* (Baltimore, 1949), pp. 125-6.

[6] *Izvestiya,* 17 de septiembre de 1921.

[7] K. S. Weigh, *Russo-Chinese Diplomacy* (Shanghai, 1929), pp. 212-3.

[8] Memorias inéditas del Dilowa Hutuktu.

[9] G. M. Friters, *Outer Mongolia and its International Position* (Baltimore, 1949), p. 126, con las fuentes ahí indicadas. Según las memorias del Dilowa Hutuktu, la acusación era la de conspirar con el «bandido» Dambidanzan, un antiguo lama que se decía era de origen kalmuko, especie de Majno mongol, que controlaba una región de terreno desolado en Mongolia Occidental y se enfrentaba sucesivamente con las autoridades centrales de cualquier tendencia política o nacional; fue finalmente liquidado como resultado de una expedición organizada por el departamento de seguridad interna poco después de este período. *Novi Vostok,* iv [s. f. (1923)], 156-60, da cuenta del establecimiento de la autoridad de la República Popular de Mongolia sobre Mongolia Occidental, proceso que duró de mayo. a octubre de 1921. Según *Sibirskaya Sovetskaya Entsiklopediya,* iii (1932), 540, la lucha con los «guardias blancos» continuó hasta abril de 1922 y el territorio no fue final-

cómplices fue el comienzo de algo semejante a un reinado de terror revolucionario que duró dieciocho meses, durante los cuales, según una fuente china, «no pasaba un día sin colisiones entre los grupos nuevos y viejos» de la vida mongol [10]. Estos sucesos se completaron con una regularización de relaciones entre Mongolia Exterior y la Rusia soviética. El 26 de mayo de 1922 se registra la llegada a Moscú de un representante permanente mongol [11]. Cinco días más tarde, otro tratado soviético-mongol, firmado en Urga, hizo aún más evidente que el gobierno soviético volvía a asumir su papel preponderante, establecido con éxito en Mongolia Exterior por el último gobierno zarista. Todas las propiedades de Mongolia Exterior que poseyeran los anteriores gobiernos rusos, o las instituciones públicas, habrían de ser devueltas a la RSFSR; las antiguas propiedades de entidades y de ciudadanos rusos quedaban a reserva de ulterior consideración [12]. La administración de Mongolia Exterior se encontraba ahora, de modo efectivo, en manos de mongoles simpatizantes con los objetivos y normas soviéticos y de sus asesores soviéticos. Si ya en agosto de 1922, las fuerzas del Ejército Rojo en Mongolia Exterior se redujeron a un solo batallón «bajo el control del departamento de Guerra mongol» [13], ello era indicio, no de la retirada del poder soviético, sino de la facilidad y eficacia con que había sido establecido este poder y de la inexistencia de toda oposición mongol organizada.

En tanto que la política soviética se ocupaba activamente de consolidar su influencia sobre Mongolia Exterior, durante el invierno de 1921-1922, el ojo avizor de la diplomacia había dirigido su atención hacia la decisión de las grandes potencias, anunciada en julio de 1921, de celebrar en Washington, para finales de año, una conferencia sobre el desarme y los problemas del Pacífico. La cuestión no dejaba de presentar dificultades para la propaganda y política exterior soviéticas. Cualquier acuerdo entre las potencias capitalistas, y especialmente entre sus dos gigantes, Estados Unidos y Gran Bretaña, no solamente iba contra la tesis admitida y reconocida de las crecientes

mente pacificado hasta el otoño de ese año; estas perturbaciones produjeron «fluctuaciones entre los terratenientes feudales y los lamas, según los éxitos de unos u otros».

[10] Ma Ho-t'ien, *Chinese Agent in Mongolia* (trad. ingl., Baltimore, 1949), p. 102.

[11] *Izvestiya,* 14 de junio de 1922.

[12] *Treaties and Agreements with and concerning China, 1919-1929* (Washington, 1929), pp. 102-3.

[13] *China Year Book, 1923* (Shanghai, s. f.), p. 677; según la misma fuente (*ibid.*, p. 678), «una sección de la policía secreta soviética hizo su aparición en Urga» en el mismo mes.

e inevitables contradicciones inherentes al mundo capitalista, sino que tendía a fortalecer a los principales enemigos de la RSFSR. Por otra parte, uno de los objetivos concretos de la política norteamericana, que era probable se promoviera en la conferencia, era la retirada de Siberia de los japoneses y un debilitamiento de su presión sobre China. La primera reacción de Moscú fue una protesta formal a las potencias que hacían la invitación, y a China, declarando que el gobierno soviético no se consideraría ligado a ninguna decisión adoptada por una conferencia a la que no había sido llamado a participar [14]. Una serie de tesis, aprobadas por el IKKI un mes más tarde, denunciaban el objeto de entendimiento entre los Estados Unidos y Gran Bretaña como «la formación de un trust capitalista anglosajón, cuyo centro de gravedad estaría en América»: la Conferencia de Washington propuesta representaba «un intento de los Estados Unidos para arrebatar a Japón, por medios diplomáticos, los frutos de su victoria». La tesis terminaba con una denuncia general del imperialismo y una predicción de que sus contradicciones no serían solucionadas por la Conferencia [15]. No obstante, esta actitud intransigente fue pronto mitigada por un elemento de cálculo. Sus necesidades diplomáticas podrían satisfacerse haciendo dar un giro al Congreso en contra del Japón, cuyos delegados en aquel preciso momento se mostraban intratables en el curso de las negociaciones de Dairen con la República del Extremo Oriente [16]. El propósito de la Conferencia, afirmaba un artículo de *Izvestiya* del 30 de septiembre de 1921, sería «sacar a la luz los esquemas del imperialismo japonés, principal opresor de los pueblos del Extremo Oriente y oponerle la voluntad organizada de las masas trabajadoras de Asia oriental». Aun cuando fallaron todas las gestiones para obtener una invitación para la Conferencia, tanto a nombre del gobierno soviético como de la República del Extremo Oriente, se envió a Washington una delegación no oficial de esta última, con la aquiescencia del gobierno norteamericano [17], que hizo visible su

[14] *Sovetsko-Amerikanskie Otnosheniya, 1929-1933* (1934), pp. 47-8; otra protesta se produjo en noviembre *(ibid.,* p. 51).

[15] *Kommunisticheski Internatsional,* núm. 18 (8 de octubre de 1921), col. 4.758; las tesis aparecieron originalmente en *Pravda,* 1 de septiembre de 1921.

[16] Véase vol. 1, pp. 379-82, donde se examina también la actitud ambivalente de Moscú hacia la Conferencia de Washington.

[17] La correspondencia oficial inédita que se encuentra en los Archivos Nacionales de los Estados Unidos, Grupo Registro 59: 861 A 01, demuestra que los visados se otorgaron en 4 de octubre de 1921, ostensiblemente «para fines comerciales», pero en realidad para contrarrestar la presión japonesa en la República del Extremo Oriente.

presencia en los pasillos de la Conferencia; no podían desperdiciarse las posibles ventajas de la hostilidad norteamericana contra el Japón. Aquí, como en otras circunstancias, el objetivo de la revolución mundial quedaba atemperado por las actitudes que se estimaran más convenientes para enzarzar a una potencia capitalista con otra. Poco después de inaugurarse la Conferencia en Washington, un artículo de fondo de *Izvestiya,* titulado «La hegemonía en el mundo», describía a los Estados Unidos como «la principal potencia del mundo», y aseguraba «que había que adoptar todas las medidas, en uno o en otro sentido, para ponerse de acuerdo con los Estados Unidos» [18].

Sin embargo, el hecho de ser excluida Rusia de una conferencia importante de las potencias del Pacífico constituía un duro golpe para los intereses y el prestigio soviéticos en el Extremo Oriente; y si no se podía parar el golpe por medios diplomáticos, habría que emplear otros. Un año antes, inmediatamente después del Congreso de Pueblos Orientales, celebrado en Bakú, el IKKI había adoptado la decisión de convocar un congreso similar para el Extremo Oriente «en una ciudad de Siberia» [19]. Se dijo que habían contribuido a esta decisión camaradas japoneses, chinos y coreanos; su importancia se basaba en el hecho de que ya había 8.000.000 de trabajadores industriales en el Japón. La dificultad práctica de poder reunir convenientemente a los delegados había impedido hasta entonces la realización del proyecto. Los intentos sucesivos de crear un partido comunista en el Japón habían fallado hasta entonces, y el Partido Comunista Chino, fundado en junio de 1921, no era sino un grupo heterogéneo de intelectuales de izquierda. El propósito de convocar un «congreso de trabajadores del Extremo Oriente» para el próximo mes de noviembre [20] fue adoptado en la misma sesión del IKKI, que aprobó las tesis sobre la Conferencia de Washington; y se proyectaba, evidentemente, como contrapartida de la iniciativa de las potencias occidentales. El plan inicial era celebrar el congreso en territorio de la República del Extremo Oriente, en Irkutsk; la fecha, prevista provisionalmente, era el 11 de noviembre de 1921 [21]. En el curso del otoño se desplegó una gran actividad para reclutar un número grande de participantes. Chang T'ai-lei, delegado chino en el tercer Con-

[18] *Izvestiya,* 6 de diciembre de 1921; para la creciente importancia concedida a los Estados Unidos en Moscú en este período, véase p. 353, nota 11, anterior.

[19] *Kommunisticheski Internatsional,* núm. 14 (6 de noviembre de 1920), col. 2.947.

[20] *Ibid.,* núm. 18 (8 de octubre de 1921), col. 4.758.

[21] *Ibid.,* núm. 23 (4 de noviembre de 1922), col. 6.070.

greso de la Comintern [22], visitó Japón, bien provisto de fondos, y distribuyó invitaciones. Se enviaron delegados de la «Sociedad de los Miércoles», grupo de intelectuales marxistas, que incluía a Tokuda —que fue secretario general del Partido Comunista Japonés, veinticinco años después— y de una organización estudiantil que se denominaba así misma «Partido Comunista Popular del Amanecer»; Katayama figuraba entre algunos de los invitados japoneses procedentes de los Estados Unidos [23]. Se ignora cómo se reclutó a los delegados chinos para este Congreso, pero la mayoría no eran comunistas y no incluían entre ellos a los dirigentes del Partido Comunista Chino, tal como se constituyó el verano anterior.

No aparecen claras las razones por las cuales se modificó el lugar de reunión del Congreso [24], pero, tras de una sesión preliminar en Irkutsk en diciembre de 1921 [25], el pleno del Congreso se reunió en Moscú el 21 de enero de 1922. Las deliberaciones duraron unos diez días. Los tiempos habían cambiado y el Congreso no podía competir con el de los pueblos orientales, celebrado en Bakú dieciséis años antes, ni en volumen ni en entusiasmo. Corea envió cincuenta y dos delegados; China, cuarenta y dos, y Japón, dieciséis; había asimismo un puñado de delegados de la India, de Mongolia y de Indonesia, así como yakutos, buriatos y kalmukos, procedentes de regiones de la RSFSR. Sólo aproximadamente la mitad de los delegados eran comunistas; el Kuomintang figuraba entre las organizaciones «nacional-revolucionarias» representadas en el Congreso. Predominaban «intelectuales y estudiantes», pero había también campesinos de Corea, trabajadores industriales del Japón y obreros y campesinos de China. A juzgar por las actas incompletas publicadas por la Comintern [26], los delegados del Extremo Oriente se limitaron

[22] Véase p. 400.

[23] Información de fuentes japonesas comunicada por los señores Langer y Swearingen; Katayama describe su llegada a Moscú, desde los Estados Unidos, en *Kommunisticheski Internatsional*, núms. 44-5 (118-9), 1927, col. 59.

[24] Pudieron ser de orden práctico; pero también pudo pensarse entonces que la República del Extremo Oriente, cuyos delegados en Washington insistían precisamente en su carácter democrático y posición independiente, resultasen comprometidos por la celebración de un Congreso de este tipo en su territorio.

[25] *Tiji Okean*, núm. 1, 1934, p. 125.

[26] *The First Congress of Toilers of the Far East* (Hamburgo, 1922); la versión alemana, menos completa pero mejor hecha, lleva por título *Der Erste Kongress der Kommunistischen und Revolutionärem Organizationen des Fernen Ostens* (Hamburgo, 1922). No son actas completas y sólo se incluyen algunos de los principales discursos, junto con las resoluciones y manifiesto del Congreso. Posiblemente exista una versión rusa, pero no ha sido localizada.

a unos discursos convencionales sobre las esperanzas y perspectivas de la revolución en sus respectivos países. Como en Bakú, el discurso principal se encomendó a Zinóviev, el cual adoptó una fría actitud hacia los nacionalistas chinos. Se quejó de que algunos miembros del Kuomintang «dirigen sus miradas no sin esperanzas hacia América, es decir, al capitalismo norteamericano, creyendo que desde allí pueden llover sobre la China revolucionaria las ventajas de la democracia y del progreso» [27]; figuraban en el Congreso incluso doctrinarios que deseaban «incluir en el orden del día la cuestión de la devolución de Mongolia a China». No obstante, el mayor peso de las argumentaciones de Zinóviev recayó sobre Japón: «la clave de la solución del problema del Extremo Oriente se halla en manos del Japón». Marx había afirmado un día que una revolución europea sin Inglaterra sería como una tormenta en una taza de té; lo mismo podía decirse del Extremo Oriente con relación al Japón, con sus 3.000.000 de trabajadores industriales y 5.000.000 de campesinos sin tierras. Los «comunistas con conciencia de clase» en Japón sólo pueden «contarse todavía por cientos». Pero Zinóviev profetizó, confiado, que nada podría impedir una guerra en el Extremo Oriente, excepto una revolución proletaria en Japón y Estados Unidos [28]. Se vio claro en el Congreso que los dirigentes comunistas rusos, todavía en aquella época, confiaban más en los dogmas marxistas que en el precedente de la Revolución rusa, y seguían creyendo que el Japón industrial y colonizador estaba más maduro para la revolución que la China agraria y semicolonial [29]. Safarov, el orador ruso más importante, después de Zinóviev, aseveró prudentemente la perspectiva de China:

Estas masas campesinas tienen que ser ganadas para la Revolución. El movimiento obrero chino está aprendiendo a andar en este momento. No hacemos

[27] El punto de vista oficial soviético en este momento hacía hincapié en el carácter burgués del Kuomintang; la situación china se sintetizó así en *Izvestiya,* el 15 de noviembre de 1921: «La burguesía china, que lucha por el poder bajo la dirección de Sun Yat-sen, y defiende la ideología de un orden capitalista ligeramente mitigado por un vago programa de nacionalización de ramas separadas de la industria, se está remontando en contra de la resistencia armada del Norte, económicamente atrasado, al que apoyan los imperialistas extranjeros.»

[28] *The First Congress of Toilers of the Far East* (Hamburgo, 1922), páginas 21-39.

[29] Hasta noviembre de 1922 no se registró en una resolución sobre el movimiento obrero en el Este del segundo Congreso de la Profintern, que «un papel especialmente importante está reservado a Japón, que afectará muy de cerca a sus colonias y semicolonias (Corea, China, etc.)» *Desiat Let Profinterna v Rezolutsiyaj* [1930], p. 114).

castillos en el aire para un próximo futuro y no esperamos que la clase trabajadora china pueda asumir la posición de mando que los japoneses sí están capacitados para ganar en un futuro próximo.

La política debía ser la de «apoyar todo movimiento nacional-revolucionario, pero apoyarlo únicamente hasta donde no vaya en contra del movimiento proletario» [30]. La principal resolución del Congreso, que describía «las masas de millones de trabajadores y campesinos del Extremo Oriente» como «los últimos recursos de la humanidad», parecía menos tolerante con una política de apoyo a los movimientos nacionales burgueses, puesto que apelaba a «una alianza de masas trabajadoras de pueblos del Extremo Oriente con el proletariado de los países avanzados —y con ella sola— en pro de la lucha contra los imperialistas» [31]. Pero el tinte más acusado de las declaraciones oídas en el Congreso —como cabía esperar de una asistencia tan compleja— fue más antiimperialista que específicamente comunista. Un manifiesto final dirigido a los pueblos del Extremo Oriente acusaba al «imperialismo norteamericano, hipócrita y rapaz, y a los codiciosos usurpadores británicos», en la mejor vena retórica de Zinóviev [32].

Se prestó una atención especial a los delegados japoneses; según una fuente japonesa, fueron recibidos por Stalin [33], probablemente como Comisario del Pueblo para las Nacionalidades, puesto que no tenía ninguna otra relación con el Congreso o con la labor de la Comintern. Katayama se quedó en el cuartel general de la Comintern, pues era miembro del IKKI y su principal experto en asuntos del Extremo Oriente en los años inmediatos a seguir. Otros miembros de la delegación japonesa ingresaron en la Universidad Comunista de Trabajadores del Este que se acababa de fundar. Siete de ellos regresaron al Japón con fondos e instrucciones para la creación de un Partido Comunista Japonés, que se hizo realidad en una reunión celebrada en Tokio el 5 de julio de 1922, fecha oficial del nacimiento del partido, cuyo primer Congreso se celebró en el mayor secreto en un albergue campestre pocas semanas después. El número de

[30] *The First Congress of Toilers of the Far East* (Hamburgo, 1922), páginas 166-7.

[31] *Der Erste Kongress der Kommunistischen und Revolutionärem Organizationem des Fernen Ostens* (Hamburgo, 1922), p. 124; la versión de esta resolución en el registro inglés (p. 215) ha sido mutilada al ser traducida.

[32] *The First Congress of Toilers of the Far East* (Hamburgo, 1922), p. 234; el manifiesto se publicó en *Pravda* el 9 de febrero de 1922, una semana después de terminar el Congreso.

[33] *Pacific Affairs* (N. Y.), xxxiii (1950), núm. 4, p. 341.

miembros en el momento de su fundación se elevaba a cuarenta, al parecer todos intelectuales, y el Congreso designó un comité ejecutivo compuesto de siete miembros [34]. Fue reconocido formalmente en el cuarto Congreso de la Comintern de noviembre de 1922, al anunciar que contaba con 250 miembros y 800 candidatos que, según las normas acordadas para el partido japonés, debían pasar un período de prueba antes de ser definitivamente admitidos [35]. Todas las actividades del Partido Comunista Japonés eran absolutamente ilegales.

El período de fundación del Partido Comunista Japonés ya era el período de la consigna, en Europa, del «frente unido». Se intentó aplicarlo al Japón. Los comunistas japoneses pretendían haber sido los factores, durante este período, de la agrupación de «algunos miles» de trabajadores y miembros de la organización del ala izquierda en una «liga para oponerse a la intervención en Rusia», haber acaudillado un movimiento para «ayudar a la Rusia hambrienta» (probablemente una sección japonesa de la MRP) y de haber organizado una protesta en masa contra la legislación antiobrera [36]. En el cuarto Congreso de la Comintern, de noviembre de 1922, Katayama, que asistió como delegado del Partido Comunista Japonés, declaró que los partidos japonés, chino y coreano habían formado un «frente unido contra el imperialismo japonés», y propuso una resolución en nombre de las delegaciones japonesa y china, que denunciara la ocupación japonesa «de la isla rusa de Sajalin» [37]. La resolución del Congreso sobre el problema oriental diagnósticó con optimismo «un rápido aumento de los elementos de la revolución democrático-burguesa» en Japón y «el paso del proletariado japonés a la lucha independiente de clase» [38]. Por otra parte, parece que en este momento el movimiento coreano estaba completamente eclipsado. Al Congreso se presentaron cuatro delegados coreanos, pero el comité de credenciales informó que, «puesto que la rivalidad y querellas de partidos en Corea son tan acusadas, resulta imposible discernir quién presenta

[34] Información de fuentes japonesas comunicada por los señores Langer y Swearingen; la declaración ante un tribunal japonés del dirigente comunista Itikawa en 1931 era deliberadamente vaga en cuestiones de detalle (*Tiji Okean*, núm. 1, [1934], pp. 122, 125-7).

[35] *Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1923), p. 364.

[36] *Kommunisticheski Internatsional*, núm. 23 (4 de noviembre de 1922), cols. 6.063-75; *Tiji Okean*, núm. 1, [1934], pp. 131-2.

[37] *Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1923), pp. 602-3.

[38] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), p. 317.

realmente al partido comunista y a qué grupo representa; y dos camaradas fueron admitidos como observadores y otros dos rechazados» [39].

En China la situación que se presentaba ante los observadores soviéticos al comenzar el año 1922 era infinitamente complicada. El éxito de una política soviética avanzada en Mongolia Exterior continuaba pesando sobre las relaciones con el gobierno chino, todavía oficialmente reconocido. Yurin, cuya salida apresurada de Pekín a fines de julio de 1921 [40] se debía probablemente a esta causa, era nominalmente un representante de la República del Extremo Oriente. No se habían establecido relaciones directas entre los gobiernos soviético y chino desde la fracasada misión de Chang Shi-lin a Moscú en el otoño de 1920 [41]. El cónsul chino, cuyo nombramiento se había prometido en aquella ocasión, llegó a Moscú el 3 de febrero de 1921, y al parecer expresó la buena voluntad del gobierno chino, «en principio», para recibir al representante soviético. Más tarde, durante el verano, se decidió —siguiendo el precedente del acuerdo comercial anglo-soviético— que la misión soviética adoptara la modalidad de una delegación comercial [42], y el 24 de octubre de 1921, Alexander Paikes, figura hasta entonces desconocida en la diplomacia soviética, abandonó por fin Moscú en unión de su equipo para dirigirse a Pekín [43]. El 10 de diciembre concedió su primera entrevista a la prensa china en Harbin. El tratado soviético-mongol del 5 de noviembre todavía no era conocido en el mundo, y Paikes insistió en las seguridades apaciguadoras, dadas por Chicherin, en cuanto a las intenciones soviéticas de retirarse de Mongolia Exterior tan pronto como terminara la crisis provocada por la intervención de los «blancos». También se refirió a la devolución del Ferrocarril Oriental Chino, «sin compensación de ninguna clase», aunque sí con garantía de los intereses económicos de la RSFSR y de la República del Extremo Oriente [44].

La breve estancia en Pekín de Paikes no tuvo el menor resultado. Coincidió con la celebración de la Conferencia de Washington y, puesto que el gobierno de Pekín todavía consideraba con cierto optimismo que la Conferencia podría aliviar la bancarrota económica

[39] *Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1923), p. 367.

[40] Véase p. 527.

[41] Véase pág. 520.

[42] Esto fue anunciado por Chicherin al gobierno mongol en su nota de 14 de septiembre de 1921 (véase p. 532).

[43] *Izvestiya*, 6 de noviembre de 1921.

[44] *Millard's Review* (Shanghai), 24 de diciembre de 1921, p. 824.

y el general descrédito político que le amenazaba, no era posible que se adoptaran decisiones de política a seguir con respecto a la Rusia soviética mientras durasen las sesiones. Paikes abundó en vagas seguridades que no llegaron a convencer a nadie de la inocencia de las intenciones soviéticas, y tampoco progresaron gran cosa las conversaciones «no oficiales» que se habían anunciado para tratar sobre el futuro del Ferrocarril Oriental Chino y sobre la reanudación de relaciones diplomáticas entre los dos países [45]. Finalmente, en abril de 1922, la publicación del tratado soviético-mongol de 5 de noviembre de 1921 cayó como una bomba en lo que respecta al éxito de la misión Paikes. La indignación de China ante un documento que rechazaba la soberanía china sobre Mongolia Exterior, convirtiendo esta región, una vez más, en una esfera de influencia rusa permanente y exclusiva, se agravó con la decepción, ya manifiesta, causada durante los cuatro meses anteriores por el enviado soviético. El 1.º de mayo de 1922, Paikes recibió una nota airada, en la que el gobierno chino aseguraba que «Mongolia es parte del territorio chino», que «al concluir secretamente un tratado con Mongolia, el gobierno soviético no solamente ha roto su palabra con respecto a las declaraciones anteriores, sino también violado todos los principios de justicia», y que el comportamiento soviético era «similar a la política asumida por los anteriores gobiernos rusos imperialistas para con China» [46]. Se envió a Paikes una nota de intimación diciendo que su presencia no era ya grata en Pekín, y tuvo que regresar cabizbajo a Moscú.

El golpe asestado a las esperanzas soviéticas hubiera sido aún más serio si el propio gobierno de Pekín no hubiera ya perdido por esta época toda posibilidad de ser realmente considerado como un gobierno nacional. Pero, en el curso del año 1922, una serie de acontecimientos llamó cada vez más la atención de los dirigentes soviéticos hacia las actividades de los nacionalistas del Sur, y pareció venir a invalidar las opiniones, un tanto escépticas, sobre el Kuomintang, expresadas por Zinóviev en el Congreso de Trabajadores del Extremo Oriente. Los primeros cuatro meses de 1922 fueron testigos de la primera huelga de masas, con éxito, en la historia china —una huelga de marineros y obreros de Hong Kong que paralizó el comercio del puerto y supuso graves pérdidas para los comerciantes británicos y para toda la colonia—. El Kuomintang, desde su sede en Cantón, había participado en la organización del paro y cosechó con ello nuevo prestigio; por primera vez los nacionalistas habían mostrado su in-

[45] Los informes de la prensa se recogen en R. T. Pollard, *China's Foreign Relations, 1917-1931* (N. Y., 1933), pp. 165-6.

[46] *China Year Book, 1923* (Shanghai, s. f.), p. 680.

clinación y su capacidad para situarse a la cabeza del naciente movimiento laboral. Estos sucesos hicieron su impresión en el Partido Comunista Chino, y Moscú empezó a mostrar su simpatía ideológica por las aspiraciones del Kuomintang. La oportunidad de alistar al nacionalismo revolucionario local en la lucha contra el imperialismo británico, hasta entonces sólo explotada en el Oriente Medio, se presentaba ahora también en el Extremo Oriente. Se introdujo, no obstante, un nuevo elemento de confusión en la situación cuando, en mayo de 1922, el comandante del ejército nacionalista de Kwantung (se alegaba que había sido subvencionado por los ingleses para interrumpir la huelga de Hong Kong) se rebeló contra Sun Yat-sen, y arrojó al dirigente nacionalista de Cantón y le obligó a refugiarse en Shanghai.

Fue en este momento cuando el partido chino, en embrión, comenzó a dar señales de vida. Las tesis del segundo Congreso de la Comintern sobre la cuestión nacional habían sido ya totalmente asimiladas, y la resolución del IKKI de diciembre de 1921 sobre el frente unido encontró evidente aplicación en China. Se dice que la primera propuesta para un «acuerdo táctico» entre los comunistas chinos y el Kuomintang fue efectuada en un congreso sindical celebrado en Cantón en mayo de 1922, probablemente antes de la expulsión de Sun Yat-sen [47]. Al mes siguiente, el Partido Comunista Chino publicó su «Primer manifiesto sobre la actual situación», que preconizaba un programa de reformas prácticas de un carácter democrático radical y contenía una propuesta concreta para celebrar una conferencia con otros partidos de izquierda, con vistas a una acción común [48]. La misma línea seguía una resolución adoptada en el segundo Congreso del partido, que se reunió en julio de 1922:

> El Partido Comunista Chino es un partido del proletariado. Su finalidad es organizar el proletariado y luchar por la dictadura de los obreros y campesinos, por abolir la propiedad privada y por la implantación gradual de una sociedad comunista. Actualmente, el Partido Comunista Chino, en interés de los obreros y de los campesinos pobres, los impulsa a apoyar la revolución democrática y a forjar un frente unido democrático de obreros, campesinos pobres y pequeña burguesía [49].

No parece que estuviese presente en el Congreso ningún representante de la Comintern, y aunque se alegó más tarde que había ha-

[47] *Novi Vostok*, ii (1922), 606.
[48] *Ibid.*, ii, 606-12.
[49] C. Brandt, B. I. Schwartz y J. K. Fairbank, *A Documentary History of Chinese Communism* (1952), p. 64.

bido oposición en el partido chino a cualquier compromiso con la democracia burguesa [50], los documentos no aportan testimonio alguno de directivas concretas de Moscú. En realidad, la ausencia de inspiración de esta procedencia pudiera colegirse de la omisión de toda referencia a la Rusia soviética en la resolución, y de la inclusión en ésta de una demanda no especificada para «la liberación de Mongolia, el Tíbet y Sinkiang». Parece, no obstante, que se dio efectividad a la decisión de Dalin, representante de la Internacional Juvenil Comunista, que sometió la propuesta de un frente unido a Sun Yat-sen en una entrevista celebrada con él en Shanghai, con posterioridad al Congreso del partido [51]. Evidentemente, una alianza entre el Kuomintang y el microscópico Partido Comunista Chino, exclusivamente intelectual, era atractiva para los comunistas. Aumentaría su prestigio, les facilitaría un medio de acceso a los obreros, de que carecían al presente, y estaba perfectamente de acuerdo con la política del frente unido y de apoyo a la revolución democrática. Pero no es raro que Sun Yat-sen la juzgara menos atractiva; no obstante, sugirió que miembros del Partido Comunista Chino podían, si lo deseaban, adherirse al Kuomintang. El partido conservaría así su identidad, pero sus miembros se convertirían también en miembros individuales de una organización más amplia. Inmediatamente después de estos acontemientos, y quizá como consecuencia de los mismos, reapareció Maring en escena [52]. La política que trataba ahora de promover la expuso en un artículo que apareció en el diario de la Comintern, en septiembre de 1922 [53], y representaba el reverso de las políticas de concilia-

[50] B. I. Schwartz, *Chinese Communism and the Rise of Mao* (Harvard. 1951), pp. 38-9.

[51] H. Isaacs, *The Tragedy of the Chinese Revolution* (1938), p. 61; la otra única fuente para esta reunión es una carta abierta de Chen Tu-hsiu de 1929 citada por B. I. Schwartz en *Chinese Communism and the Rise of Mao* (Harvard, 1951), p. 40.

[52] No parece existir testimonio alguno sobre el paradero de Maring entre el período de sus entrevistas con Wu Pei-fu y Sun Yat-sen en 1921 (véanse pp. 527-28 anteriores) y su reaparición en agosto de 1922, excepto una mención en H. Isaacs, *The Tragedy of the Chinese Revolution* (1938), p. 64, de una visita a Cantón en enero de 1922; el hecho de que se confiara a Dalin la importante conversación con Sun Yat-sen después del segundo Congreso del partido en julio de 1922, hace suponer que no se contaba con Maring en ese momento.

[53] *Kommunisticheski Internatsional,* núm. 22 (13 de septiembre de 1922), cols. 5.803-16. La mayoría de los artículos publicados en este diario fueron redactados varias semanas antes de su aparición, y este artículo fue probablemente escrito antes, no después, de la segunda entrevista de Maring con Sun Yat-sen. No obstante, la cronología de estos acontecimientos es todavía poco segura.

ción con el gobierno de Pekín y apoyo a Wu Pei-fu [54]. Ahora que el gobierno de Pekín era impotente y su actitud poco amistosa, y que Wu Pei-fu se había pasado de modo inequívoco al campo británico y norteamericano, ya no se pensaba en jugar con el Norte. La huelga de Hong Kong había revelado la fuerza del movimiento obrero en el Sur. La tesis del segundo Congreso del partido señaló claramente el camino:

> Si nosotros, comunistas, deseamos trabajar con éxito en los sindicatos chinos del Sur..., tenemos que mantener relaciones amistosas con los nacionalistas chinos sureños.

El programa consistía en «apoyar a los elementos revolucionario-nacionalistas del Sur» e «impulsar la totalidad del movimiento hacia la izquierda». Esto era tanto más necesario, si se tenía en cuenta la debilidad del partido: la joven intelectualidad, «incluso aquellos que se calificaban a sí mismos de marxistas», se hallaba demasiado inclinada a mantenerse al margen del movimiento obrero. En Shanghai, Maring celebró ahora una segunda entrevista con Sun Yat-sen, y llegó a la conclusión de que la oferta de éste a los comunistas chinos de asociarse individualmente al Kuomintang debía ser aceptada: sin duda estaba influenciado a este respecto por la historia del Partido Socialdemócrata Indonesio, cuyos miembros habían actuado con éxito en la organización musulmana de Sarekat Islam [55]. La propuesta fue elevada por Maring al comité central del Partido Comunista Chino en una conferencia especial celebrada en Hangchow en agosto de 1922, y aceptada de peor o mejor gana [56]. Parece que la decisión

[54] A estas fases políticas se refiere H. Isaacs en *The Tragedy of the Chinese Revolution* (1938), p. 65 (probablemente siguiendo a Maring), como «la línea de Irkutsk», es decir, la tendencia apoyada por el buró de Asuntos Orientales de la Comintern; el más tenaz defensor de «la línea de Irkutsk» parece haber sido Vilenski (véase p. 516, nota 48, anterior, y el artículo de Whiting en *The Far Eastern Quarterly* [N. Y.], x, núm. 4 [agosto de 1951], p. 363). El discurso de Zinóviev ante el Congreso de Trabajadores del Extremo Oriente celebrado en enero de 1922 (véanse pp. 536-38 anteriores) se conformaba a esta línea.

[55] Véase p. 264, nota 62, anterior.

[56] Las dos versiones contrarias sobre esta reunión datan ambas de fecha posterior, cuando la alianza con el Kuomintang había acabado en un desastre y estaba completamente desacreditada. Según Chen Tu-hsiu, que era presidente del comité central, la propuesta fue enérgicamente impugnada por todos los miembros importantes del comité y Maring la forzó, invocando la disciplina del partido y la autoridad de la Comintern (B. I. Schwartz, *Chinese Communism and the Rise of Mao* [Harvard, 1951], p. 41); Maring afirmaba que «carecía de instrucciones concretas de la Comintern» y no poseía «ningún documento»,

fue comunicada oficialmente por Li Ta-chao a Sun Yat-sen y aprobada por éste [57]. En el cuarto Congreso de la Comintern, celebrado en noviembre, el delegado chino anunció que el partido chino había decidido formar un frente unido con el Kuomintang mediante ingreso en este grupo en la modalidad de afiliación individual; y añadió, con palabras que a duras penas podrían escucharse con gratitud, caso de ser comunicadas a Cantón, que el objetivo de este sistema era «agrupar a las masas en torno nuestro y dividir al partido del Kuomintang» [58]. Radek, una vez más, acusó a los miembros del partido chino de «haberse encerrado en sus habitaciones para estudiar a Marx y a Lenin, como ya una vez estudiaron a Confucio», y les informó que «ni el socialismo ni una república soviética estaban en el programa por el momento»; la tarea del partido era «normalizar sus relaciones con los elementos burgueses revolucionarios, al objeto de organizar la lucha contra el imperialismo europeo y asiático» [59]. Era la misma alternativa ofrecida simultáneamente a los partidos turcos y, *mutatis mutandis,* a los alemanes. La resolución del Congreso daba su beneplácito al frente unido y a la «lucha por la liberación nacional» [60]. Ni Radek ni la resolución aludían al peculiar dispositivo de la afiliación individual al Kuomintang mediante la cual tenía que lograrse el frente unido en China. Difícil es que la omisión fuese accidental, y hace colegir la división de opiniones que reinaba en el cuartel general de la Comintern sobre la conveniencia táctica o ideológica del programa propuesto [61].

pero que su propuesta fue aceptada por la mayoría de los miembros del comité (H. Isaacs, *The Tragedy of the Chinese Revolution* [1938], pp. 61-2). La afirmación de Maring, de no poseer instrucciones concretas, es casi cierta, puesto que en aquella época era contrario al criterio de la Comintern trabar a sus emisarios con órdenes demasiado estrictas. Por otra parte, sus puntos de vista eran categóricos y bien conocidos y sólo cabe adivinar la persuasión o presión que emplease para conseguir su aceptación. Chen Tu-hsiu asegura que Maring justificó su postura en la Conferencia, manteniendo que el Kuomintang era un partido de clases múltiples. No es probable que este argumento, que más tarde se hizo popular, fuera anticipado por Maring en 1922. Bujarin, en abril de 1923, describía al Kuomintang como un partido pequeño-burgués, que representaba a los campesinos pobres y a la pequeña burguesía de las ciudades *(Dvenadtsati Syezd Rossikoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1923], p. 244).

[57] Tang Leang-li, *The Inner History of the Chinese Revolution* (1930), p. 156.

[58] *Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1923), p. 615.

[59] *Ibid.*, p. 141.

[60] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), pp. 322-4.

[61] En el duodécimo Congreso del partido celebrado en abril de 1923,

El fortalecimiento y consolidación de la influencia soviética en el Extremo Oriente durante el verano y otoño de 1922 podía atribuirse a diferentes causas. En parte, era reflejo de la posición más firme a que podía pretender en general el gobierno soviético en los asuntos mundiales después de la Conferencia de Génova y del Tratado de Rapallo. En parte, era resultado de la decadencia de toda autoridad central en China, que libraba al gobierno soviético de cualquier tipo de ansiedad con respecto a su política futura en Mongolia Exterior, y aliviaba sustancialmente la tensión en Manchuria. Pero, sobre todo, era el resultado indirecto y desconcertante de la Conferencia de Washington, celebrada el invierno anterior. La Rusia soviética era en muchos aspectos la principal beneficiaria de la Conferencia de Washington con referencia al Extremo Oriente. La presión ejercida por la Conferencia obligó a Japón a completar su retirada de Siberia y a abandonar las posiciones que le quedaban en Shantung, y acabó con la alianza anglojaponesa. Todos estos cambios suponían un duro quebranto para el prestigio japonés y su poderío en el Extremo Oriente. Los Estados Unidos disfrutaban del correspondiente aumento de prestigio, pero se mostraban decididamente poco dispuestos a ejercitar su poderío sobre el continente asiático; la política norteamericana continuaba, pues, siendo esencialmente negativa. China debiera haberse beneficiado mucho del freno impuesto al poderío japonés en la Conferencia de Washington, pero era presa de conflictos internos cada vez más frecuentes, que tenían reducido al país a la anarquía y la impotencia. Así la República soviética, que había extendido su autoridad sobre Mongolia Exterior en el verano y otoño de 1921, pudo, al cabo de poco más de un año, avanzar hacia el Pacífico con la evacuación final de Vladivostok por el Japón, reincorporar la República del Extremo Oriente a la RSFSR (pronto fundida en la unidad más amplia de la URSS) y reasumir la posición del imperio zarista como gran potencia del Extremo Oriente.

El proceso se hallaba muy avanzado cuando, a finales del verano de 1922, por la época del pacto de Maring con Sun Yat-sen en Shanghai, el gobierno soviético acometió su primera gestión diplomática importante y de gran alcance en el Extremo Oriente: la misión Joffe. Las consecuencias hacen colegir que Joffe tenía escasos prejuicios y pocas o ningunas instrucciones que le ataran. Tres vías se abrían ante el emisario soviético, y que podían seguirse de tal modo que

Bujarin tuvo aún que defender toda la política de colaboración con el Kuomintang contra los «camaradas» que veían en Sun Yat-sen únicamente «otro *tu-chun*, es decir, un gobernador militar, como los otros generales» (*Dvenadtsati Syezd Rossikoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1923], p. 244).

resultaran complementarias en lugar de excluirse mutuamente. En primer lugar, podía negociar con el débil y desquiciado gobierno de Pekín en un tono de mayor firmeza y autoridad del que hasta entonces había podido emplear la diplomacia soviética; el cambio lo simbolizaba el nombramiento de Joffe, un diplomático de primera fila, para asumir la tarea que anteriormente se encomendara a un Yurin y a un Paikes. En segundo lugar, podía alentar y estimular a los nacionalistas revolucionarios —cuyas huestes e influencia apenas habían comenzado aún a penetrar en el norte de China— en la campaña que pretendían sostener contra el gobierno de Pekín y los imperialistas extranjeros; ésta era la línea preconizada por las actividades de Maring en Shanghai y Hangchow. En tercer lugar, podía trabajar para establecer relaciones normales con Japón; el objetivo más concreto de su misión en el Extremo Oriente era, en Changchun, asistir a una conferencia con delegados japoneses, para estudiar la terminación de la evacuación japonesa y las consecuencias pendientes que de la misma se derivaran[62].

Cuando Joffe llegó a Pekín el 12 de agosto de 1922, encontró al gobierno chino preso en las angustias de lo que ya constituía casi una crisis permanente. Desde la terminación de la Conferencia de Washington, su situación iba de mal en peor. La autoridad de Wu Pei-fu, el más poderoso «señor de la guerra» —es decir, jefe de un ejército independiente— de la China central, era indiscutible en Pekín. Carecía, no obstante, de una política constructiva, lo cual hacía resaltar aún más la impotencia del gobierno central. Poco antes de la llegada de Joffe, se había instalado un nuevo gobierno chino en Pekín con Wellington Koo, uno de los delegados chinos asistentes a la Conferencia de Washington, como ministro de Asuntos Exteriores. Dado que su autoridad apenas traspasaba las murallas de Pekín, no podía practicar una política auténtica y carecía de facultades para negociar. Sus objetivos, comunes a todos los grupos chinos, eran los de inducir a las potencias que se reunieron en Washington a que, cuantos antes, cumplieran las promesas, económicas y demás, hechas a China en la Conferencia. Su actitud hacia su vecino continental, cada vez más poderoso, mostraba un escaso sentido de la realidad o de su propia precaria situación. Firme en su dignidad, ideológicamente enemigo del bolchevismo, receloso de la dura política soviética en Mongolia Exterior y desconfiando de los propósitos soviéticos en Manchuria una vez eliminada la dominación japonesa, no mos-

[62] Véase vol. 1, p. 381.

traba el menor interés en iniciar conversaciones con el nuevo enviado soviético.

Los primeros éxitos de Joffe fueron cosechados entre los profesores y estudiantes de la Universidad de Pekín. En palabras de un testigo chino, «fue recibido calurosamente por los intelectuales de China» [63]. Un párrafo del discurso del rector de la Universidad de Pekín, pronunciado en un banquete celebrado en honor del emisario soviético, atrajo poderosamente la atención:

> La Revolución china fue política. Ahora se inclina en la dirección de una revolución social. Rusia proporciona un buen ejemplo a China, que estima conveniente aprender las lecciones de la Revolución rusa, que también se inició como movimiento político, pero que adoptó más tarde la modalidad de una revolución social. Os ruego aceptéis la calurosa bienvenida del alumno a sus maestros [64].

Joffe mismo no dijo nada tan comprometedor, pero su reputación como el embajador que, en el Berlín de 1918, había instigado con éxito a la revolución contra el gobierno ante el cual estaba acreditado, no se olvidaba en Pekín. Además la oficina de prensa que se apresuró a montar no se entregó, ciertamente, a la inactividad; incluso la descripción de su función de «establecer buenas relaciones amistosas entre los pueblos ruso y chino» sonaba ominosamente a los sensibles oídos oficiales [65]. La reticencia del gobierno chino obligó al parecer a Joffe a tomar, al fin, la iniciativa. En una entrevista de prensa destacó que el reconocimiento formal y el establecimiento de relaciones formales eran condición *sine qua non* para toda negociación con el gobierno soviético, que ya no se daría «por satisfecho con tratados de compromiso en lugar de los habitual y comúnmente aceptados» [66]. El 2 de septiembre de 1922 dirigió una nota oficial al ministro chino de Asuntos Exteriores, Wellington Koo, haciendo referencia a tres «conversaciones privadas» de los diez días anteriores y proponiendo una conferencia ruso-china para negociar un acuerdo sobre la base de la declaración soviética de 1919, y de la nota de Karajan de 27 de septiembre de 1920. La respuesta china de 7 de septiembre aceptó la conferencia propuesta [67]. En este punto se interrumpieron las negociaciones por la visita de Joffe a Changchun,

[63] K. S. Weigh, *Russo-Chinese Diplomacy* (Shanghai, 1928), p. 277; R. T. Pollard, *China's Foreign Relations, 1917-1931* (N. Y., 1933), pp. 169-70.

[64] K. S. Weigh, *Russo-Chinese Diplomacy* (Shanghai, 1928), p. 313.

[65] *China Year Book, 1924-5* (Shanghai, s. f.), p. 858.

[66] *Millard's Review* (Shanghai), 9 de septiembre de 1922, p. 67.

[67] Ambas notas fueron publicadas en *Pravda*, 16 de septiembre de 1922.

donde se inauguró la Conferencia con Japón el 4 de septiembre de 1922. Terminó ésta en un callejón sin salida[68], lo cual permitió a Joffe regresar a Pekín con las manos libres. De regreso ya en la capital china el 3 de octubre de 1922, Joffe se dedicó al juego diplomático del apedreo del muro por ambos lados, lo cual duró unos tres meses. Los tres puntos cruciales debatidos en las discusiones eran el establecimiento de relaciones diplomáticas formales, la situación en Mongolia Exterior y el problema del Ferrocarril Oriental Chino. El primer contragolpe de Wellington Koo fue un intento de hacer de la evacuación de Mongolia Exterior por las fuerzas soviéticas una condición previa para las negociaciones. Joffe replicó en un memorándum de 14 de octubre de 1922 que esta cuestión no podía ser separada de las restantes, y que una retirada inmediata de Mongolia Exterior no era interesante para China ni para la Rusia soviética[69]. En el interín, el propio Joffe, en una nota enviada desde Changchun el 21 de septiembre de 1922, había recordado al gobierno chino los derechos soviéticos sobre el Ferrocarril Oriental Chino[70]. Esto dio lugar a una acrimoniosa correspondencia, cuyo tono, del lado soviético, se endureció notablemente tras la definitiva salida japonesa de Vladivostok a fines de octubre. El 3 de noviembre de 1922, Joffe declaró que el Ferrocarril Oriental Chino había sido «construido con el dinero del pueblo ruso», y seguía siendo «propiedad rusa mientras Rusia no decida voluntariamente transferir su posesión a alguien»; protestaba del intento de la Conferencia de Washington de interferir en un asunto que concernía únicamente a Rusia y a China; y, por último, solicitaba la detención del actual director del ferrocarril, nombrado por el Banco Ruso-Asiático, basándose en supuestas irregularidades económicas. Tres días después añadió que, a menos que el gobierno chino abandonara su costumbre de ignorar los intereses rusos, Rusia se vería quizá obligada, a pesar de todo, a considerarse desligada de promesas ofrecidas voluntariamente —promesas condicianadas a una garantía del gobierno chino, que notoriamente no había sido cumplida, de no tolerar en territorio chino organizaciones que se dedicaran a actividades hostiles a la RSFSR[71]—. Más tarde, en un discurso con motivo de la conmemoración del quinto aniversario de la Revolución de Octubre, leído en su nombre por un miem-

[68] Véase vol. 1, pp. 381-2.

[69] *China Year Book, 1924-5* (Shanghai, s. f.), pp. 859-60.

[70] *Pravda,* 24 de septiembre de 1922.

[71] *Izvestiya,* 11 de noviembre de 1922; *China Year Book, 1924-5* (Shanghai, s. f.), pp. 860-1.

bro de su personal, pues no pudo asistir al acto por encontrarse enfermo, Joffe observaba agudamente que, puesto que el gobierno soviético carecía por el momento de medios para construir otro ferrocarril, por fuerza tendría que retener esta «herencia del régimen zarista», esperando que su interés sería «comprendido y satisfecho por China» [72]. Y, más adelante, Joffe denegaba concretamente la autenticidad de la promesa formulada en la declaración de 1919 de «restituir sin compensación al pueblo chino el Ferrocarril Oriental» [73]. Entre tanto el gobierno de Pekín volvía sobre sus quejas en relación con Mongolia Exterior. Con estas dos cuestiones candentes sin solucionar, y sin que ninguna de las partes pareciera dispuesta a ceder, antes de terminar el año las negociaciones fueron a parar a un completo punto muerto. En una nota final, fechada el 9 de enero de 1923, Joffe aludía a la «clara e irreconciliable hostilidad» del gobierno chino hacia la Rusia soviética y sugería que había llegado ya la hora de que éste se decidiera por los «rojos» o por los «blancos» [74]. Era el gobierno soviético el que con más recursos contaba para esperar.

Ya fuese por la intransigencia de Pekín o en pos de otra intención previa, Joffe se volvió ahora en dirección hacia lo que la política soviética venía ya apuntando en la última parte del año 1922. Habiendo anunciado su propósito de trasladarse al Sur por motivos de salud, se detuvo en Shanghai y celebró una serie de conversaciones con Sun Yat-sen. Era el primer contacto oficial entre el nacionalismo chino y un emisario del gobierno soviético, y era de trascendencia para ambas partes. Sun Yat-sen estaba dolido de su derrota y de su expulsión de Cantón, que atribuía, en parte, a los reaccionarios del Kuomintang y, en parte, a las intrigas del imperialismo británico, ansioso de desquitarse de la huelga de Hong Kong. Se hallaba, por tanto, bien dispuesto, tanto para un viraje hacia la izquierda en su propio partido como para una alianza contra el imperialismo extranjero. Del lado soviético, la diplomacia había estado siempre dispuesta, como lo había dado a entender más de una comunicación del Narkomindel, a flirtear con Sun Yat-sen como candidato en potencia a ocupar el poder en China. Esta política se había tornado tanto más atractiva por la evidente bancarrota y el declive del gobierno de

[72] *The Living Age* (Boston), 12 de enero de 1923, pp. 73-6.

[73] *China Year Book, 1924-5* (Shanghai, s. f.), pp. 860-4; R. T. Pollard, *China's Foreign Relations, 1918-1931* (N. Y., 1933), pp. 170-5, contiene una información general sobre las negociaciones basada en la prensa contemporánea.

[74] *Weekly Review* (Shanghai), 27 de enero de 1923, pp. 340-1.

Pekín. Posiblemente Joffe hizo el astuto cálculo, o tuvo la suerte de adivinar, que Sun Yat-sen, a pesar de su eclipse transitorio, constituía una fuerza con la que había que contar. La conversación entre Sun Yat-sen y Maring en el verano anterior había sellado la alianza entre el naciente Partido Comunista Chino y el Kuomintang. Quedaba a Joffe transferir el acuerdo al plano diplomático y brindar a Sun Yat-sen las ventajas de una alianza, no con el insignificante Partido Comunista Chino, sino con el mucho menos despreciable poder del Estado soviético, en contra del imperialista enemigo común. Esto suponía una renuncia o un aplazamiento temporal por parte de Moscú de sus objetivos comunistas en China. Pero Joffe estaba dispuesto a hacer el sacrificio. Las conversaciones entabladas sobre tal base pronto dieron sus resultados, y cuando los dos hombres se separaron, el 26 de enero de 1923, se entregó a la prensa una nota conjunta. El párrafo decisivo decía lo siguiente:

> El Dr. Sun Yat-sen estima que ni el régimen comunista ni el sistema soviético pueden ser establecidos actualmente en China, ya que no existen en este país las condiciones necesarias para implantar con éxito ni el comunismo ni el sovietismo. Este punto de vista es totalmente compartido por el Sr. Joffe, que estima, aún más, que el problema principal y urgente de China es llegar a su unificación y alcanzar su completa independencia nacional; con respecto a esta gran tarea, ha asegurado al Dr. Sun Yat-sen que China goza de la máxima simpatía del pueblo ruso y puede contar con el apoyo de Rusia.

La nota proseguía con una reafirmación de los principios establecidos en la nota de Karajan de 27 de septiembre de 1920; ambas partes convenían en que la cuestión del Ferrocarril Oriental Chino sólo podía solucionarse con una conferencia ruso-china; y, aun cuando Joffe «declaró categóricamente» que el gobierno soviético no tenía intención de dar lugar a que Mongolia Exterior «se separe de China», Sun Yat-sen «no considera una inmediata evacuación de las tropas rusas de Mongolia Exterior como caso imperativo o realmente urgente para los intereses chinos» [75].

[75] *China Year Book, 1924-5* (Shanghai, s. f.), p. 863; la versión publicada en *Izvestiya,* 1 de febrero de 1923, omitía de modo significativo la afirmación de Sun Yat-sen de que China no estaba madura para el comunismo ni para el sistema soviético, y la conformidad de Joffe a este aserto —otro síntoma de la división de opiniones en Moscú—. La autenticidad del párrafo no ofrece dudas: aparece en L. Fisher, *The Soviets in World Affairs* (1930), ii, 540, en una versión retraducida del «boletín quincenal de la representación política soviética en Pekín, 1-15 de febrero de 1923, actualmente en los archivos del Comisariado de Asuntos Exteriores».

Los principios así establecidos requerían una aplicación práctica, y cuando Joffe, pocos días después, abandonó Shanghai para dirigirse a Japón iba acompañado de un miembro del equipo de Sun Yat-sen, Liao Chung-k'ai, para proseguir las negociaciones. Todo el episodio adquiría ahora, súbitamente, nueva y mayor importancia. A los quince días de las conversaciones de Joffe con Sun Yat-sen, un viraje de la situación en Cantón volvió a colocar en el poder al dirigente nacionalista, y un trato convenido con un desterrado de situación incierta en Shanghai vino a convertirse en un acuerdo con el jefe del gobierno efectivo, que controlaba la mayor parte de la China meridional. No hay constancia de lo que pasase entre Joffe y Liao Chung-k'ai en Japón, pero los hechos fueron posteriormente sintentizados por un historiador chino en un conversación simbólica entre los negociadores chino y soviético:

> Liao le preguntó si el comunismo podría consolidarse en Rusia en el espacio de diez años. Joffe contestó: «No.» «¿En veinte años?» «No», replicó de nuevo. «¿En cien años?» «Quizá», respondió Joffe. «Bien —dijo Liao—; ¿para qué soñar con una utopía que puede o no ser una realidad cuando todos hayamos muerto? Seamos revolucionarios hoy y laboremos porque se cumpla la revolución nacional sobre la base de los tres 'Principios del Pueblo'; los que podemos convertir en realidad en el transcurso de nuestras vidas»[76].

Era éste el mismo argumento que justificara la implantación de la NEP desde que se vio la lentitud de difusión de la revolución y, por consiguiente, de la plena realización del socialismo, el que se erigía, por una lógica irrebatible, en el Extremo Oriente como en todas partes, en relación con los compromisos y alianzas con el nacionalismo revolucionario. Cuando Liao Chung-k'ai se reunió con Sun Yat-sen en Cantón, en marzo de 1923, la vía de la colaboración parecía fácil y clara. El pacto convenido entre el comunismo ruso y el Kuomintang iba a resultar fructífero y funesto a un tiempo para ambos partidos.

La salida de Joffe para Japón a principios de febrero de 1923 fue consecuencia de una invitación «particular»[77] del barón Goto, alcalde

[76] Tang Leang-li, *The Inner History of the Chinese Revolution* (1930), p. 158.

[77] En una fase posterior a la visita de Joffe, Goto afirmó, en una entrevista concedida a la prensa, que antes de invitar a Joffe había hecho gestiones con el primer ministro, y había sido informado de que Matsudaira, jefe del buró de Asuntos Europeos y Americanos en el Ministerio de Asuntos Exteriores, sería autorizado para ver a Joffe sin carácter oficial «si las circunstancias lo

de Tokio y presidente de una «sociedad ruso-japonesa». Joffe estuvo seis meses en el campo. Sus actividades en aquella ocasión, contrariamente a las de su estancia en China, se llevaron dentro de una penumbra muy diplomática, y jamás se divulgó la menor información sobre este fracasado episodio de las relaciones exteriores soviéticas. El insignificante, pero entusiasta, Partido Comunista Japonés, creado el verano anterior, había logrado, al parecer, en el curso del invierno, establecer contactos con las masas. Según el informe de Bujarin ante el duodécimo Congreso del Partido Comunista Ruso, un congreso japonés compuesto de pequeños granjeros había aprobado, a principios de 1923, una resolución en pro de la colaboración entre los campesinos y la clase obrera ciudadana para remediar sus males. Al propio tiempo, un congreso laboral había votado a favor de la acción política; ambas resoluciones habían sido aceptadas gracias a la influencia comunista. Cabe sospechar en estas reivindicaciones cierta exageración sobre el papel del Partido Comunista Japonés [78]. Lo que sí es cierto es que el comunismo provocó intensos sentimientos de odio y temor entre las clases dirigentes del Japón, y que las objeciones al reconocimiento del gobierno soviético o a cualesquiera relaciones con el enviado soviético apenas si eran menos intensas en los sectores influyentes. Al anunciarse la invitación a Joffe se produjeron comentarios adversos en la prensa, y muchos creyeron que la manifestación que le recibió en la estación ferroviaria de Tokio, a cuyos asistentes se aseguraba que les habían repartido hojas subversivas, y en la que fueron detenidos varios supuestos socialistas, había sido organizada por la policía para desacreditar al visitante [79]. Posteriormente, en el mismo mes, Goto fue objeto de un atentado por parte de un miembro de la «liga

hicieran deseable» (*Japan Chronicle* [Kobe], 10 de mayo de 1923, p. 654). Según el llamado «memorial de Tanaka» de 1927, que, sea o no auténtico, constituye la labor de alguien conocedor de la cuestión desde dentro, la política japonesa de este período era «favorecer a Rusia para compensar el aumento de la influencia china»; con este propósito «el barón Goto, del gabinete de Kato, invitó a Joffe a nuestro país y defendió la reanudación de relaciones diplomáticas con Rusia» (*Japan and the Next World War* [Shanghai, 1931], p. 15).

[78] *Dvenadtsati Syezd Rossiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* (1923), p. 246. Katayama y el secretario del Partido Comunista Japonés, Arahata, recién llegado, hablaron ambos en el Congreso, pero se limitaron a frases convencionales y no formularon reivindicaciones concretas. (*Ibid.*, pp. 80, 609; Arahata habló bajo el seudónimo de «Aote».)

[79] Esta sospecha es clara en la información del incidente hecha en *Japan Chronicle* (Kobe), 8 de febrero de 1923, p. 166.

anti-Joffe», y en abril seis hombres fueron detenidos por un pretendido complot contra Joffe [80].

Cualquiera que fuese la reacción personal de Joffe ante estos incidentes no influyeron de un modo patente en sus pausadas conversaciones de tanteo con los estadistas japoneses. Estas conversaciones pasaron por tres etapas. Durante los tres primeros meses parece que se limitaron a charlas, absolutamente no oficiales ni de compromiso, con Goto. La enfermedad de Joffe no era puramente diplomática. En los primeros días de abril de 1923 hay testimonio de que guardó cama desde su llegada [81], de suerte que cuando informó a un impaciente corresponsal chino en Tokio, en 1923, que «no llevaba a cabo negociación alguna con el gobierno japonés y que su visita era debida a motivos de salud» [82] no se apartaba tanto de la verdad como mucha gente suponía. La segunda fase se inició el 24 de abril de 1923, cuando Goto informó a Joffe de que el gobierno japonés estaba dispuesto a celebrar una ulterior conferencia ruso-japonesa, siempre que los problemas de Sajalin y de la satisfacción por el incidente de Nikolaevsk se solucionaran de antemano; más adelante, por el lado japonés, se solicitó también el reconocimiento de las obligaciones de los gobiernos rusos anteriores [83]. Las conversaciones entre Joffe y Goto se desarrollaron sobre esta base durante algún tiempo. El 3 de mayo de 1923 se hizo saber que la salud de Joffe había mejorado y que había sido autorizado para emplear una clave en sus comunicaciones con Moscú [84]. Una semana después Joffe replicó que el gobierno soviético se negaba a reconocer las deudas y obligaciones de los gobiernos rusos precedentes, pero que vendería el Sajalin septentrional a Japón a un buen precio, y también presentaría sus excusas por el incidente de Nikolaevsk; aunque esto solamente en el caso de que Japón presentara igualmente sus excusas por los excesos similares cometidos por las fuerzas japonesas. También se hizo alguna

[80] *Japan Chronicle* (Kobe), 1 de marzo de 1923, p. 304; 5 de abril, p. 487. El fenómeno, con posterioridad conocido familiarmente en Europa como Fascismo, hizo una primera aparición en Japón; sus orígenes se rastrean en 1918 en un artículo titulado: *Sobre fascismo en Japón*, publicado en *Novi Vostok*, iv (s. f. [1923]), 416-21.

[81] *Japan Chronicle* (Kobe), 5 abril 1923, p. 487.

[82] *China Year Book, 1924-5* (Shanghai, s. f.), p. 865.

[83] L. Fisher, *The Soviets in World Affairs* (1930), ii, 553; Fisher había tenido acceso a las actas de estas discusiones, probablemente gracias al propio Joffe.

[84] *Japan Chronicle* (Kobe), 3 mayo 1923, pp. 610-11.

concesión sobre la debatida cuestión de los derechos de los pescadores japoneses en aguas rusas [85].

En este punto surgió el problema de si estas conversaciones privadas con Goto deberían tener un carácter más oficial; la decisión parece que se implicó con los sucesos registrados en el Partido Comunista Japonés. En febrero de 1923, el partido celebró su segundo Congreso, y en mayo del mismo año se celebró una conferencia especial para redactar un proyecto de programa del partido. Este proyecto incluía peticiones de: abolición de la monarquía, del ejército y de la policía secreta; confiscación de fincas de los grandes terratenientes, de las organizaciones religiosas y del emperador; redistribución de tierras confiscadas a los campesinos, retirada de tropas japonesas de China, Sajalin, Corea y Formosa, y reconocimiento diplomático de la Rusia soviética [86]. Es difícil creer que Joffe, con sus antecedentes como agente diplomático de la revolución en Alemania y con sus éxitos recientes entre los intelectuales chinos, no estuviera en el secreto de estos manejos. Sea ello lo que fuere, se guardaron las apariencias por ambas partes mientras duró su visita. No demostró un interés ostensible en las vicisitudes del Partido Comunista Japonés, y no se le acusó en los sectores oficiales japoneses de andar mezclándose en sus actividades. Por otra parte, cabía sospechar que las autoridades policiales japonesas, en sus actividades de aquel período, estuvieran influidas por el deseo no solamente de yugular el comunismo japonés en su raíz, sino, indirectamente, de desacreditar a Joffe y fomentar prejuicios populares contra el establecimiento de relaciones con la Rusia soviética. A mediados de mayo, la policía anunció la confiscación de 100 ejemplares del *ABC del Comunismo,* publicado por Bujarin y Preobrazhenski, llegados en un barco británico [87]. El 5 de junio de 1923 tuvo lugar una congregación de comunistas y simpatizantes, y al día siguiente se afirmó que se había descubierto un complot para asesinar a todo el gabinete e instaurar un gobierno co-

[85] L. Fisher, *The Soviets in World Affairs* (1930), ii, 553; *Japan Chronicle* (Kobe), 17 mayo 1923, p. 694. El 2 de marzo de 1923 un decreto anulaba todos los «tratados, concesiones, contratos y otros convenios» sobre derechos de pesca en el Extremo Oriente, anteriores a la fusión de la República del Extremo Oriente con la RSFSR, y establecía nuevas formas bajo las cuales los derechos de la RSFSR podrían ser arrendados a los ciudadanos de la RSFSR o a extranjeros (*Sobranie Uzakonenii,* 1923, núm. 36, art. 378).

[86] *Tiji Okean,* núm. 1, 1934, pp. 128-34, 144; información procedente de fuentes japonesas, comunicada por los señores Langer y Swearingen.

[87] *Japan Chronicle* (Kobe), 24 mayo 1923, p. 726.

munista[88]. Hay fuertes sospechas de que el complot fue mera invención de las autoridades.

A mediados de junio se anunció que Kawakami, un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores, que fue el primer embajador japonés en Varsovia, había sido autorizado para entablar negociaciones con Joffe, que a tal efecto recibió credenciales formales de Moscú[89]. En aquel momento Joffe sufrió un nuevo ataque al corazón, que dio lugar a otro aplazamiento. Pero el 28 de junio de 1923 se abrieron las negociaciones, que prosiguieron durante un mes, celebrándose en total doce reuniones. El tema principal fue la suerte del Sajalin septentrional. Joffe pedía su evacuación incondicional; el gobierno japonés proponía comprarlo inmediatamente por 150 millones de yens. Entre estas dos actitudes opuestas se barajaron otras proposiciones intermedias; la más prometedora era un plan de concesión a una o varias compañías japonesas de arriendos largos sobre los recursos de la región en petróleo, carbón y madera. De vez en cuando se introducían en las discusiones las demandas japonesas de compensación por la matanza de Nikolaevsk de 1920. Pero este tema se empleaba evidentemente como barómetro para registrar la presión de la argumentación sobre Sajalin. Al final se rompieron las negociaciones, pero no sobre un punto concreto, sino por la resistencia de las fuerzas más influyentes del gobierno japonés a una reanudación de relaciones con la Rusia soviética. El 24 de julio, Kawakami informó a Joffe que el gabinete había rechazado los términos en los cuales el gobierno soviético había ofrecido presentar sus excusas por el asunto de Nikolaevsk. El 31 de julio, Joffe anunció que había recibido instrucciones de suspender las negocaciones no oficiales y que se le autorizaba a proseguirlas con carácter oficial solamente si Japón se avenía de antemano a evacuar el norte de Sajalin[90]. El 10 de agosto salió de Japón para Moscú[91]. No volvió a visitar China, donde, durante el verano de 1923, el desorden y la confusión alcanzaron el punto culminante en muchos años, y el desacreditado gobierno de Pekín parecía que iba a perder su último vestigio de autoridad.

Cuando Joffe abandonó el Extremo Oriente, después de una es-

[88] Información de fuentes japonesas comunicada por los señores Langer y Swearingen.

[89] *Japan Chronicle* (Kobe), 21 junio 1923, pp. 882-3.

[90] L. Fisher, *The Soviets in World Affairs* (1930), ii, 553-5; el curso de las negociaciones puede también consultarse en *Japan Chronicle* (Kobe), 12 julio 1923, p. 62; 19 julio, p. 96; 26 julio, p. 132; 2 agosto, p. 154; 9 agosto, pp. 189, 200.

[91] *Ibid.*, 16 agosto 1923, p. 237.

tancia aproximada de diez meses, mucho se había hecho para sanear allí la política soviética y situarla sobre una base firme. Si Japón ocupaba todavía el norte de Sajalin y negaba aún el reconocimiento oficial al gobierno soviético, el principio de discusión directa quedaba ya cautamente establecido. En Japón, como en Turquía, la persecución de los comunistas locales no constituía un impedimento para las relaciones amistosas con el gobierno en cuestión. En septiembre de 1923, a los seis meses de la salida de Joffe, el catastrófico terremoto de Tokio y Yokohama fue seguido de un pánico que se tradujo en la detención en masa de los comunistas conocidos; una mayoría de los miembros del comité central del partido, denunciados después como «elementos pequeño-burgueses» y «oportunistas típicos», se apresuraron a disolver el partido [92]. Pero para el gobierno soviético el desastre japonés constituyó una inmejorable ganancia; en palabras de un informe del IKKI, elaborado pocos meses después, «Japón dejaba de ser una gran potencia, y su presión en la zona del Extremo Oriente de nuestra república se ha debilitado considerablemente» [93]. En China la situación era más compleja. Pero allí también se había progresado. Por la época del regreso de Joffe a Moscú se anunció el nombramiento de un nuevo representante soviético ante el gobierno chino en la persona de Karajan, que durante algún tiempo estuvo encargado de los asuntos orientales en el Narkomindel. Karajan salió para Moscú a fines de agosto de 1923; su misión inauguró una nueva fase en las relaciones con el gobierno chino. Pero el gobierno soviético no pensaba comprometerse con la autoridad central agonizante de Pekín. Las relaciones soviéticas con Sun Yat-sen, ahora firmemente restablecidas en Cantón, eran cordiales y de gran alcance, y parecían suministrar por vez primera una sólida base a la política soviética en China. En este mismo mes de agosto de 1923, Chan Kai-chek, hábil y ambicioso lugarteniente de Sun Yat-sen, conocido por su apoyo en pro de una orientación soviética en el Kuomintang [94], acudió en misión a Moscú para obtener suministros de armas y es-

[92] *Tiji Okean*, núm. 1, 1934, pp. 133-4, 146; el partido no revivió hasta 1927, después de lo cual se hacía referencia al partido de corta vida de 1922-24, generalmente como el «primer» partido.

[93] *From the Fourth to the Fifth World Congress* (1924), p. 12; Katayama, por otra parte, estimaba que el terremoto «no afectaría seriamente al poderío económico y militar del Japón» *(Novi Vostok*, iv, s. f. [1923], iii-xv).

[94] Según Tang Leang-li, *The Inner History of the Chinese Revolution* (1930), p. 158, Chang Kai-chek y Liao Chung-kai (véanse pp. 525-26 anteriores) eran los más tenaces partidarios de una orientación prosoviética en el equipo de Sun Yat-sen.

tudiar cuestiones de organización militar[95]. En septiembre de 1923, Michael Borodin, el comunista de habla inglesa, que ya había estado trabajando activamente en los asuntos de la Comintern[96], llegó a Cantón, invitado por Sun Yat-sen. Aunque llevaba una carta de presentación de Karajan, parece que había sido nombrado, no por el gobierno soviético ni por la Comintern, sino por el Partido Comunista Ruso. Su función era la de asesor político de Sun Yat-sen[97]. A los seis años de la revolución bolchevique, la Rusia soviética había resurgido desde la penumbra del desorden y la impotencia, e intervenía de modo decisivo en la política de un país asiático de máxima importancia.

[95] H. Isaacs, *The Tragedy of the Chinese Revolution* (1938), p. 65; L. Fisher, *The Soviets in World Affairs* (1930), ii, 633; *ibid.*, 2.ª ed. (1951), i, viii-ix, que cita una carta «estrictamente confidencial» de Sun Yat-sen a Lenin, Trotski y Chicherin, solicitando «armas para la revolución china».

[96] Véanse pp. 157, 184, 433-34.

[97] Tang Leang-li, *The Inner History of the Chinese Revolution* (1930), p. 159; L. Fisher, *The Soviets in World Affairs* (1930), ii, 634.

Nota E
LA ACTITUD MARXISTA ANTE LA GUERRA

Los revolucionarios franceses establecieron una clara distinción entre las guerras de liberación para arrancar a los pueblos de la dominación de los monarcas opresores, y las guerra de conquista para someter a los pueblos al régimen monárquico, y dieron su aprobación a la primera modalidad con el mismo ardor con que condenaban la segunda. No se formulaba objeción alguna a la guerra en sí, ni incluso a la «agresión» en su sentido más lato de ser los primeros en iniciar una guerra. La cuestión era si la guerra se acometía en beneficio de «pueblos» o «naciones» o a favor de autócratas [1]. Los movimientos democráticos europeos del período que va de 1815 a 1848 heredaron esta tradición. En aquel tiempo, toda guerra desencadenada contra la Austria de Metternich, foco principal de la autocracia y la reacción en Europa, habría de considerarse como merecedora de la simpatía y el apoyo democráticos. Tal fue la actitud compartida de modo convincente y total por Marx y Engels en sus primeros años. Pero después de 1848 esta doctrina requería dos pequeños reajustes. Al empezar a distinguirse la socialdemocracia o el socialismo de la

[1] Un punto de vista similar iba implícito en la definición de la guerra que daba Clausewitz considerándola como «una continuación de la política por medios distintos»; este mismo criterio de juicio era aplicable no sólo a las guerras, sino a otras actividades políticas.

democracia liberal, o simplemente democracia, las guerras dignas de apoyo eran aquellas que pudieran favorecer la causa socialista más que la democrática, y Rusia sustituyó a Austria como principal enemigo. Pueden citarse numerosos pasajes de los escritos de Marx y Engels para demostrar que uno de los criterios más importantes de los que aplicaban, con posterioridad a 1848, para juzgar la conveniencia de una guerra era las probabilidades que ofreciese de debilitar o destruir la autocracia rusa [2].

No obstante, existía también otra corriente totalmente distinta en la tradición socialista. Los primeros socialistas, fieles a su filosofía utópica, insistían en la hermandad universal de los hombres y consideraban la guerra como un hecho monstruoso y antinatural. La tradición que heredaron era la de los filósofos del siglo XVIII, desde Saint-Pierre y Leibniz hasta Rousseau y Kant, que habían abrigado sueños de «paz perpetua»; sus sucesores eran los «pacifistas» liberales [3] del siglo XIX, cuya oposición a la guerra se basaba en razones humanitarias más que en las políticas. Pero cuando la conciencia clasista surgió de la lucha de clases y el socialismo se hizo proletario, las ideas antibelicistas adquirieron un matiz también proletario que parecía reforzarse con la teoría de que la guerra era consecuencia necesaria del capitalismo. Las guerras nacionales se libraban a requerimiento y en provecho de los capitalistas. La implantación del socialismo eliminaría, pues, las causas de la guerra y su exclusiva finalidad. Los trabajadores, sobre los cuales recaía el peso de la lucha sin obtener en ella ningún beneficio, no podían tener otro interés que el de la paz. La tradición socialista había contado siempre con una opinión muy arraigada contraria a la guerra, basada en un interés concreto y específico de los trabajadores en el mantenimiento de la paz; criterio paralelo a la tradición liberal de finales del siglo XIX, que atribuía las guerras a los regímenes autocráticos y creía en la democracia

[2] El primero de estos párrafos aparece en un artículo de *Neue Rheinische Zeitung* publicado en julio de 1848: «Sólo la *guerra con Rusia* es una guerra de la *Alemania revolucionaria*, una guerra en la que Alemania puede redimir los errores del pasado, adquirir virilidad, vencer a sus propios autócratas, con la que puede, como conviene a un país en vías de liberarse de las cadenas de una esclavitud prolongada e inerte, comprar la propagación de la civilización con la sangre de sus hijos y liberarse a sí misma liberando a otros» *(Karl Marx-Friedrich Engels: Historisch-Kritische Gesamtausgabe,* 1.ª parte, vii, 181).

[3] La mejor definición del pacifismo en el sentido marxista se encuentra en Max Beer, *Krieg und Internationale* (Viena, 1924), p. 8: «esa tendencia política que considera a la guerra como un mal absoluto y que da por sentada la posibilidad, en una sociedad burguesa, de evitar la guerra y establecer una paz duradera mediante sociedades de naciones, tribunales de arbitraje, santas alianzas, libre comercio, democracia, desarme, etc.»

como garantía de la paz. Todos estos puntos de vista eran potencialmente «pacifistas», en el sentido de que la guerra, como tal, era siempre condenable, cualesquiera fuesen su motivo o finalidad. Conscientemente, incluso Marx y Engels acusaron a todas las formas de pacifismo de implicar la fe en una natural comunidad de intereses; Marx se mostraba especialmente desdeñoso ante la oposición de Cobden y Bright a la guerra de Crimea [4]. En general, Marx y Engels eran sobradamente conscientes de las potencialidades revolucionarias de las guerras para considerarlas como un mal incondicional; a finales de 1848, tras de referirse a Inglaterra como «la roca en la que se estrellan las olas de la revolución», Marx concluía que «la vieja Inglaterra no sería destruida más que por una guerra mundial» [5]. En 1859, Engels se congratuló de la «alianza franco-rusa», en la creencia de que forzaría la entrada de Prusia en la guerra italiana del lado de Austria:

> Nosotros los alemanes tenemos que estar con el agua al cuello para que caigamos en masa en el *furor teutonicus*, y en esta ocasión, el peligro de ahogarnos parece que está suficientemente cerca. Tanto mejor... En una lucha de este tipo, llegará el momento en que sólo el partido más resuelto, el partido surgido de la nada, se encuentre en situación de salvar a la nación [6].

No era fácil sintetizar estas corrientes opuestas en un cuerpo consistente de doctrina sobre la guerra.

Las declaraciones comparativamente escasas de la Primera Internacional sobre la guerra y la política extranjera reflejaban estas contradicciones e incertidumbres. El discurso inaugural de 1864, redactado por Marx, recordaba hábilmente al lector el interés de los obreros en evitar las guerras que derrochaban «la sangre y el caudal del pueblo», la «locura criminal» de las clases dirigentes, propicias a «la perpetuación y extensión de la esclavitud», y la perversidad que suponía ceder ante el «bárbaro poder» de San Petersburgo. Pero el argumento era más elocuente que claro; y su autor estaba quizá más interesado en ganar las simpatías de los torpes sindicalistas ingleses que en exponer la doctrina marxista. Tampoco se hacían proposiciones de acción de ninguna clase, excepto vigilar y, si fuere preciso, protestar contra la diplomacia de los gobiernos. Los concretos sucesos de guerra cayeron, pues, sobre la Primera Internacional en un

[4] *Karl Marx-Friedrich Engels: Historisch-Kritische Gesamtausgabe*, 3.ª parte, i, 385; ii, 84.

[5] Marx i Engels, *Sochineniya*, vii, 108-9.

[6] *Ibid.*, xxv, 262; el texto original figura en *Der Briefwechsel zwischen Lassalle und Marx*, ed. G. Mayer, iii (1922), 184-5.

momento de confusión y división con respecto a la cuestión. En vísperas de la guerra austro-prusiana de 1866, se inició la agitación antibelicista en París. En palabras de Marx, «los secuaces de Proudhon entre los estudiantes de París predican la paz, tachan de anticuada a la guerra y de necedad las nacionalidades, y atacan a Bismarck y a Garibaldi». Cabía admitir que «como polémica contra el chovinismo» esto era «útil y explicable». Pero, sin embargo, estos discípulos de Proudhon eran «grotescos» [7]; y cuando el Consejo General aprobó un llamamiento sentimental, dirigido por Lafargue a los «estudiantes y jóvenes de todos los países», en contra de la guerra fue despreciativamente calificado por Marx, en cuya ausencia se había aprobado, de «estúpido disparate» [8]. El estallido de la propia guerra fue seguido de una serie de inútiles debates del Consejo General, el cual terminó por llegar a un acuerdo en una resolución que no se comprometía a nada:

> El Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores considera la actual guerra en el continente como una lucha entre gobiernos, y aconseja a los trabajadores que se mantengan neutrales y unidos entre sí con objeto de aumentar su fuerza mediante esa solidaridad, y utilizar el poder así obtenido para lograr su emancipación social y política [9].

Puesto que la breve campaña, que terminó en Sadowa, había finalizado con anterioridad a la publicación de esta resolución, el consejo que daba a los trabajadores no tuvo consecuencias prácticas. Pero la victoria prusiana y la amenaza de lucha entre Prusia y Francia durante la primavera siguiente tuvieron su secuela importante. En el verano de 1867, un comité de demócratas y progresistas burgueses, procedentes de los principales países de Europa occidental, convocaron un congreso de partidarios de la paz, que se reunió en Ginebra el 9 de septiembre del mismo año.

Este paso despertó considerable simpatía entre los grupos de la clase trabajadora, representados en la Primera Internacional, y Marx estimó conveniente dedicar, en el Consejo General de 13 de agosto de 1967, un discurso de quince minutos a atacar a la «charlatanería pacifista». No se opuso a que asistiesen al Congreso delegados individuales, pero argumentó en contra de todo tipo de participación oficial

[7] *Karl Marx-Friedrich Engels: Historisch-Kritische Gesamtausgabe,* 3.ª parte, iii, 336.

[8] Una traducción del llamamiento figura en *Neue Zeit* (Viena), xxxiii (1914-15), ii, 440-1; el comentario de Marx puede verse en *Karl Marx-Friedrich Engels: Historisch-Kritische Gesamtausgabe,* 3.ª parte, iii, 341.

[9] *Neue Zeit* (Viena), xxxiii (1914-15), ii, 442.

de la Internacional. La Internacional ya era en sí misma un congreso de la paz que trabajaba por la unidad entre los obreros de los distintos países; si los organizadores del Congreso de Ginebra comprendiesen lo que se traían entre manos se unirían a la Internacional. Las gentes que no contribuían a alterar las relaciones entre trabajo y capital ignoraban las condiciones previas reales de la paz universal. Los ejércitos existentes estaban destinados principalmente para mantener dominada a la clase trabajadora, y se provocaban de vez en cuando conflictos internacionales para «mantener a la soldadesca en forma». Por último, la paz a cualquier precio dejaría a Europa inerme a merced de Rusia; se imponía, pues, mantener los ejércitos para defenderse contra Rusia [10].

Las propuestas de Marx ocuparon el orden del día del Consejo General. Pero en el Congreso de la Internacional, celebrado en Lausanne, que precedió a la reunión de Ginebra y en el que no estuvo presente Marx, volvió a percibirse la división de opiniones. Una comisión nombrada por el Congreso se pronunció en términos entusiastas a favor de un «enérgico apoyo» al proyecto de Ginebra «participando en todas sus iniciativas». Después de un tenaz debate en el pleno del Congreso, un delegado francés, llamado Tolain, partidario de las doctrinas de Proudhon, propuso una resolución de compromiso, que fue aceptada, declarando que «para suprimir la guerra no basta con licenciar los ejércitos, sino que es preciso también modificar la organización social en el sentido de una más justa distribución de la producción», y haciendo condición de la participación en el Congreso de Ginebra la aprobación por éste de dicho principio [11]. Ello permitió a un representante del Consejo General asistir a la reunión de Ginebra y afirmar, entre sonoras protestas, que «la revolución social era la condición previa para una paz duradera» [12]. Marx se sintió vejado cuando un delegado entusiasta llamado Borjeim pronunció un discurso abogando por una guerra preventiva contra Rusia y caricaturizando *(verkladderadatscht)* así las propias ideas de Marx [13].

[10] El resumen del discurso de Marx se encuentra en *Karl Marx-Friedrich Engels: Historisch-Kritische Gesamtausgabe,* 3.ª parte, iii, 417. La mejor interpretación de la actitud de la Primera Internacional en el Congreso de Ginebra es la de Riazanov en *Neue Zeit* (Viena), xxxiii (1914-15), ii, 463-9; Riazanov, al escribir en 1915, exagera la importancia del elemento pacifista en la actitud de Marx, al objeto de invalidar el que los socialdemócratas alemanes se apoyasen en sus declaraciones antirrusas, como justificación de su situación en 1914.

[11] *Neue Zeit,* xxxiii, ii, 466-8.

[12] *Annales du Congrès de Genève* (Ginebra, 1868), p. 172.

[13] Marx i Engels, *Sochineniya,* xxv, 496.

El siguiente Congreso anual de la Internacional, reunido en Bruselas en el verano de 1898, una vez más sin la presencia de Marx y Engels, supuso un nuevo paso adelante. La tensión internacional había aumentado y no parecía posible eludir el estallido de la guerra. Una sección germano-suiza de la Internacional presentó al Congreso un proyecto de resolución invitando a los obreros de todos los países a «negarse a toda orden de matanza o destrucción, así como a todo trabajo en suministros para los ejércitos en guerra». Pero la resolución aprobada finalmente por el Congreso se limitó a recomendar «el cese de todo trabajo» en caso de guerra —«una huelga de los pueblos contra la guerra» [14]—. La «huelga contra la guerra» fue una idea esgrimida por la sección bakunista disidente de la Internacional en su Congreso de Ginebra de 1873, y se convirtió años más tarde en un credo importante de los sindicalistas, franceses y demás, que lo aceptaron como una alternativa a la acción política. Pero, por el momento, la resolución de Bruselas no tuvo efecto y pronto fue olvidada. Nunca fue sancionada por Marx y Engels, que se oponían tenazmente a cualquier fórmula que proscribiese la guerra como tal o que apuntase, sin discriminación, contra todas las guerras.

La guerra franco-prusiana puso a dura prueba estos puntos de vista tan contradictorios. La movilización en ambos bandos y la apertura de hostilidades se verificó sin la menor protesta representativa en nombre de los obreros ni de los partidos o grupos socialistas de los respectivos países. No surgió, por tanto, ningún problema de oposición práctica a la guerra, y la campaña se decidió con tal rapidez que no era posible que ningún tipo de opinión pública cristalizara en ninguno de los dos lados con la suficiente celeridad como para modificar su curso. Las declaraciones de política socialista que se hicieron tuvieron desde luego su influencia, no en realidades inmediatas, sino en la conformación de actitudes del socialismo frente a las futuras guerras. Las divisiones germánicas de 1914 se prefiguraron ya en 1870. Cuando Bebel y Liebknecht presentaron ante el Reichstag, el 21 de julio de 1870, una protesta contra la guerra (que se libraba ya desde hacía una semana), el comité del Partido Socialdemócrata Alemán, en sesión celebrada en Brunswick, publicó una declaración condenando la «criminal agresión» de Napoleón III, lo que suponía

[14] Riazanov, que ha revisado los testimonios de las discusiones de Bruselas (*Neue Zeit* [Viena], xxxiii [1914-15], ii, 509-18), ha afirmado que el texto original fue abandonado por razón de que, puesto que equivalía a una incitación al motín, hubiera expuesto a sus patrocinadores a los rigores de la ley; por otra parte, el recomendar una huelga simplemente no era ilegal en ninguna parte.

un apoyo a la causa prusiana. La postura de Marx y Engels era complicada. Condenaron por igual la guerra como una guerra de conquista, tanto del lado de Napoleón como de Bismarck. Se mostraron enemigos declarados de los designios anexionistas de ambos contendientes, incluido el relativo a Alsacia-Lorena. Pero una vez la guerra en marcha, consideraban la victoria prusiana, por diversidad de razones, como el mal menor. En primer lugar, se veían obligados a considerar la caída de Napoleón como un desiderátum para los obreros. Una vez conseguido este objetivo, la situación cambiaría; «tan pronto como un gobierno republicano, en lugar de uno chovinista, empuñe el timón en París» —escribía Engels a Marx en fecha 15 de agosto de 1970—, la tarea consistiría en «dialogar con él para obtener una paz honrosa» [15]. En segundo lugar, se hallaban a favor de la unidad de Alemania, lo mismo que preconizaban la de Italia, como legítima satisfacción de las aspiraciones nacionalistas y un avance desde la *kleinstaaterei* reaccionaria. Esto dio lugar a lo que, retrospectivamente, parece una distinción algo exagerada entre los objetivos de «Prusia» y los de «Alemania». Bismarck —pensaba ya Engels el 22 de julio de 1870— había iniciado la lucha con finalidades de anexiones en favor de Prusia, pero «el asunto se le ha ido ya de entre las manos, y los caballeros han logrado provocar en Alemania una guerra totalmente nacional» [16]. Marx, provocado, es verdad, por el sentimentalismo de un compatriota profrancés, llegó incluso a referirse al «carácter defensivo de la guerra en el lado de los alemanes (no diré de Prusia)» [17]; y Engels, concretando la postura desde el punto de vista del partido, estimó importante «resaltar la diferencia entre los intereses nacionales germanos y los dinásticos de Prusia» [18]. En tercer lugar, creían que, en el caso de lograrse la unidad germánica, «los obreros alemanes pueden organizarse sobre una base nacional mucho más amplia que hasta ahora», con la consecuencia ven-

[15] *Karl Marx-Friedrich Engels: Historisch-Kritische Gesamtausgabe,* 3.ª parte, iv, 366.

[16] Marx, pocos días después, veía en la guerra un reavivamiento de la guerra de liberación nacional de 1812 y de las aspiraciones sofocadas en 1848; sólo le extrañaba que se encarnase en Bismarck: «El filisteo alemán parece absolutamente encantado de poder ahora dar rienda suelta a su servilismo innato. ¿Quién hubiera considerado posible que veintidós años después de 1848, una guerra nacional en Alemania contara con *tal* expresión teórica?» *(ibid.,* iv, 346). Más tarde, advertía todavía que «todas las maquinaciones desde el Segundo Imperio han conducido finalmente al logro de los objetivos de 1848: Hungría, Italia, Alemania». *(ibid.,* iv, 358).

[17] *Ibid.,* iv, 354.

[18] *Ibid.,* iv, 366.

tajosa del «viraje del centro de gravedad del movimiento obrero continental de Francia a Alemania»[19]. Por último, se propinaría un nuevo golpe al enemigo tradicional: a Rusia. Marx esperaba confiadamente que «un entendimiento entre Prusia y Rusia» no sería «en modo alguno improbable», y que «el sentimiento nacional de Alemania, robustecido de nuevo», no se prestaría fácilmente a servir a Rusia[20].

La Primera Internacional tocaba a su fin y no se habían pedido a sus componentes que formularan nuevas declaraciones sobre el problema de la guerra. Pero el propio Marx, cuando en 1875 escribió su famosa crítica al programa de Gotha del Partido Socialdemócrata Alemán, se permitió una última insinuación a lo permeable que era el partido a las ilusiones pacifistas:

> ¿Y a qué reduce el partido obrero alemán su internacionalidad? A la conciencia de que el resultado de su lucha será «la hermandad internacional de los pueblos» —frase tomada de la liga burguesa por la libertad y la paz, que tiene que servir en lugar de la hermandad internacional de la clase obrera en su lucha común contra la clase dirigente y sus gobiernos. De las funciones internacionales de la clase obrera ¡ni una palabra![21]

El movimiento obrero quedó —como lo demostraron los hechos— dividido sin remedio con respecto al problema de la guerra. Los mismos Marx y Engels, no exentos de ciertas inconsecuencias sobre el tema, fallaron en el sentido de no inculcar a los obreros ningún punto de vista internacional realmente claro.

La Segunda Internacional pudo a duras penas eludir el dilema. La sucesión de pequeñas guerras en las dos décadas anteriores a 1914 no planteó grandes problemas, ya que se trataba de guerras coloniales, por las cuales los marxistas no se habían tomado hasta entonces gran interés. Pero la perspectiva de una guerra inminente entre las potencias europeas empezaba a perfilarse amenazadora en el horizonte. Engels suscitó francamente la cuestión en un artículo publicado en 1891:

[19] *Ibid.*, iv, 365, 382. La idea es del corresponsal de Marx, Kugelmann, quien le escribió en 7 de agosto de 1870: «Mediante la unidad política (de aquí a varios siglos) se acelerará todo el desarrollo burgués y el proletariado alemán dispondrá por vez primera de base suficiente para organizarse a escala nacional, obteniendo rápida y ciertamente un puesto destacado en el movimiento obrero general» *(Neue Zeit* [Viena], xxxiii [1914-15], ii, 169).

[20] *Karl Marx-Friedrich Engels: Historisch-Kritische Gesamtausgabe,* 3.ª parte, iv, 358.

[21] Marx i Engels, *Sochineniya,* xv, 278.

Lo que la «guerra» significa en nuestros días, es bien conocido de todos. Supone Francia y Rusia de un lado, y Alemania, Austria y quizá Italia del otro. Los socialistas de todos estos países, llamados a filas en contra de su voluntad, se verán obligados a luchar unos con otros. ¿Qué hará entonces el Partido Socialdemócrata Alemán? ¿Qué será de él?

Desgraciadamente la respuesta de Engels, basada en la tradición de los cuarenta años últimos, fue tal, que podía ser utilizada con éxito —y así lo fue— en 1914. Condenó la anexión germana de Alsacia-Lorena de 1871 en cuanto a la situación existente, y citó ufano la predicción del Consejo de la Primera Internacional, en su proclama del 9 de septiembre de 1870, de que la voracidad prusiana sólo serviría para «impulsar a Francia a arrojarse en brazos de Rusia»; puesto que entre Francia y Alemania la primera representaba todavía la revolución —«sólo la revolución burguesa, ciertamente, pero revolución al fin y al cabo»—. Pero Francia, una vez que se aliara con Rusia, «renunciaría a su papel revolucionario», mientras que «tras la Alemania oficial se yergue el Partido Socialdemócrata Alemán, el partido al que el futuro, el futuro inmediato, de la nación pertenece». Ni Francia ni Alemania iniciarían la guerra. Rusia se movilizaría la primera, después Francia avanzaría hacia el Rhin, y «entonces Alemania se limitaría a luchar por su existencia» [22]. El artículo terminaba con una predicción general, que, a pesar de su idoneidad, era de poca utilidad para la Segunda Internacional como regla de conducta sobre el deber de los socialistas en los países afectados por la guerra:

Ningún socialista, cualquiera que sea su nacionalidad, puede desear el triunfo del actual gobierno alemán en la guerra, ni tampoco el de la burguesa República francesa, y menos que nada el del zar, que equivaldría a la servidumbre para Europa; por eso, los socialistas de todos los países están con la paz. Pero si a pesar de ello hubiera guerra, una cosa sola hay cierta: esta guerra en la que 15 ó 20 millones de hombres armados se matarían unos a otros y toda Europa quedaría convertida en ruinas como nunca jamás lo fue, esta guerra, o habrá de traer la inmediata victoria del socialismo, o habrá de trastocar el antiguo estado de cosas de arriba abajo, dejando tras sí tales montones de ruinas que la vieja sociedad capitalista se hará más imposible que nunca, y la revolución social, aun cuando tarde aún diez o quince años, se impondrá, tras ellos, con tanta mayor rapidez y consistencia [23].

El artículo de Engels resultaba sintomático del dilema que en el curso de las dos próximas décadas se planteó la Segunda Internacional. Por una parte, el creciente convencimiento de que la guerra entre

[22] *Ibid.*, xvi, ii, 245-7.
[23] *Ibid.*, xvi, ii, 249-50.

las potencias europeas, si se producía, sólo traería devastación y desastre como no se habían conocido nunca, hacía cada vez más difícil ignorar la cuestión o refugiarse en vagas declaraciones de protesta. Por otro lado, el reconocimiento nacional de los sindicatos y la incorporación gradual de los obreros al entramado de la nación hacían cada vez más complicado afirmar que pudieran éstos permanecer indiferentes a la victoria o derrota de su país. Fue Engels, en el artículo arriba citado, el que suscitó una sensación de incomodidad entre los socialdemócratas alemanes, al calcular que hacia 1900 los socialistas formarían probablemente la mayoría del ejército germánico [24]. Pero a la Segunda Internacional le faltó incluso ese grado de jefatura que la destacada figura de Marx había impartido a su predecesora. Que la guerra era el resultado de las contradicciones económicas del capitalismo y que no desaparecería más que cuando el socialismo remplazase al capitalismo, como forma de organización social, era la doctrina aceptada y que se insertaba en las resoluciones de todos los congresos. No obstante, no se sacaron de ella conclusiones generales. La Segunda Internacional representaba muchos matices de la opinión del ala izquierda, desde los pacifistas (principalmente británicos) de una amplia gama de variedades y los partidarios (en su mayoría franceses) de la «huelga general contra la guerra» [25], hasta aquellos cuya política se limitaba a practicar la agitación en pro de la paz, y a otros (alemanes en su mayor parte) que deseaban salvaguardar en una u otra forma el derecho de los obreros a tomar parte en la defensa de su país, caso de ser atacados. Se dejó a los solcialdemócratas rusos, bolcheviques y mencheviques, a la par, la misión de inyectar una nueva corriente de pensamiento. La guerra ruso-japonesa y la caída de Puerto Arturo, a principios de 1905, dio lugar a una inequívoca declaración de la pluma de Lenin:

El proletariado tiene motivos para regocijarse. La catastrófica derrota de nuestro peor enemigo, no solamente quiere decir que se acerca la libertad

[24] *Ibid.*, xvi, ii, 244.

[25] La política de huelga general contra la guerra había sido aprobada por el Partido Socialista Francés en su congreso de Nantes de 1894. Las delegaciones francesas la defendieron constantemente en los congresos de la Segunda Internacional, pero con escaso o nulo apoyo (en el congreso de Copenhague de 1910 fue apoyada por el PLI británico); el Partido Socialista Francés, en su congreso extraordinario de 16 de julio de 1914 propuso, una vez más, por moción de Jaurès, «una huelga general de obreros simultánea e internacionalmente organizada en los países interesados» como medio de «obstaculizar y evitar la guerra, e imponer a los gobiernos el que tuviesen que recurrir al arbitraje».

rusa, sino que presagia asimismo una nueva erupción revolucionaria del proletariado europeo... Asia, progresista y avanzada, ha asestado a la anticuada y reaccionaria Europa un golpe irreparable[26].

El diagnóstico, compartido por bolcheviques y mencheviques, así como por la mayoría de los eseritas, pareció confirmarse ampliamente cuando, poco más de una semana después, el «Domingo Sangriento» señaló el comienzo de la Revolución rusa. Los socialdemócratas de toda Europa no se sentían inclinados a poner en tela de juicio la idea de que la derrota nacional pudiera representar una baza, una ventaja para la causa revolucionaria, en tanto que fuera cuestión de la derrota rusa, pero no tenían el menor empeño en aplicar la misma teoría a otros países. En verdad, convertir en deber universal para los partidos socialistas el oponerse a sus gobiernos nacionales en tiempo de guerra y contribuir de esta forma a la derrota de sus propios países, significaba admitir un principio enteramente nuevo; Marx y Engels, y todos los marxistas posteriores, habían preconizado siempre que, en caso de guerra, uno de los beligerantes era más digno del apoyo socialista que el otro. Incluso cuando apareciese a veces dudoso cuál fuese el criterio recto para emitir el juicio, siempre se dio por sentado que se podía y se debía hacer la elección.

Tales eran los supuestos en curso cuando, en el Congreso de Stuttgart de 1907, la Segunda Internacional se vio obligada a hacer una importante declaración de política sobre la cuestión de la guerra. Al Congreso de Stuttgart asistieron, en representación del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, Lenin, Martov y Rosa Luxemburgo[27]. Fue una ocasión trascendental. El impulso hacia la guerra empezaba en Europa a calar en la conciencia de las masas de todos los países y a provocar reacciones pacifistas muy extensas. El concepto de la guerra como algo en sí mismo básicamente hostil a los intereses de los trabajadores, merecedor de una condena y una acción preventiva por parte de la Internacional, se infiltraba en las mentes en forma creciente. En su resolución sobre «militarismo y conflictos internacionales», el Congreso admitió que, en vista de las grandes diferencias de opinión, «la Internacional no se halla en condiciones de establecer por adelantado modalidades estrictamente definidas para la lucha de las clases trabajadoras contra el militarismo». Pero, a pesar de ello, hizo algunas declaraciones concretas sorprendentes. La reso-

[26] Lenin, *Sochineniya,* vii, 45.

[27] El carácter mixto de la delegación era consecuencia del cuarto Congreso del partido de 1906, en el que se restableció la unidad formal entre bolcheviques y mencheviques (véase vol. 1, p. 66).

lución declaraba que era deber de la clase obrera y de sus representantes parlamentarios «luchar con todas sus fuerzas contra el acopio de armamentos de mar y tierra y rehusar los medios para conseguirlos»: el famoso compromiso a votar contra los créditos militares. Pero la declaración más sensacional quedaba reservada a los dos últimos párrafos, originalmente propuestos por la delegación rusa como enmienda al texto presentado por el buró, y que fueron aceptados tras alguna oposición de Bebel y de la delegación alemana. Aquí, por primera vez en este contexto, se abordaron los temas de la lucha de clases y de la revolución social:

> En caso de amenaza de declaración de guerra, los obreros de los países interesados y sus representantes en el parlamento, apoyados por la actividad unificadora del buró internacional, deberán emplear todas sus esfuerzos, adoptando todas las medidas que estimen más eficaces y que variarán, naturalmente, con la exacerbación de la lucha de clases y la situación política general, para evitar el estallido de la guerra.
>
> Si a pesar de ello fuere declarada la guerra, su obligación será actuar para su más rápida terminación, y esforzarse por todos los medios en utilizar la crisis económica y política, ocasionada por la guerra, para excitar a las masas populares y acelerar la destrucción de la dominación clasista de las clases capitalistas [28].

Estos párrafos, aunque nadie parezca haber fijado su atención en la cuestión, abandonaban la firme convicción de Marx y de Engels de que, en caso de guerra, los socialdemócratas tendrían que optar, y podrían hacerlo —a la luz del interés final del socialismo—, entre los países contendientes. En el período histórico en que entraba el mundo, los socialdemócratas deberían oponerse igualmente a todos los gobiernos capitalistas beligerantes. Dos años después, Kautsky, reco-

[28] La resolución figura en *Internationaler Sozialisten-Kongress zu Stuttgart, 18 bis 24 August 1907* (1907) y en muchas traducciones, no todas exactas. Según declaración posterior de Lenin (*Sochineniya,* xii, 380), Bebel se negó a aceptar una redacción en términos más duros, originalmente propuesta por los rusos, basándose en que podría exponer a represalias legales al Partido Socialdemócrata Alemán. Todas las actas del Congreso figuran en el volumen ruso *Za Rubezhom; Mezhdunarodni Sotsialisticheski Kongress v Sttutgarte* (1907): el texto original de Bebel se encuentra en las pp. 68-9; la redacción rusa de los dos últimos párrafos figura en las pp. 81-2, y la versión definitiva en pp. 85-6; los dos últimos párrafos sólo acusan variaciones de poca importancia con relación al texto ruso. Cuando fue citado el último párrafo en una resolución del primer Congreso de la Comintern de 1919, se atribuyó a Lenin y Rosa Luxemburgo y no se mencionaba a Martov: un temprano ejemplo de falsificación mediante la eliminación de un nombre poco grato. *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), p. 73.

nocido desde hacía mucho como el principal teorizante del partido, no sólo aceptó y elaboró la nueva tesis en su libro *Der Wer zur Macht,* sino que lo enriqueció con una justificación teórica. La guerra internacional se diagnosticaba ahora como una crisis del sistema capitalista, ofreciendo así a los obreros la mejor oportunidad para derrocar al capitalismo. La fórmula a que se había llegado con tanta dificultad en Stuttgart fue reiterada y sancionada por el Congreso de la Segunda Internacional de Copenhague de 1910, y por una conferencia especial convocada en Basilea en noviembre de 1912 para examinar los problemas derivados de la guerra de los Balcanes. Esta reiteración parecía prestar una cierta solemnidad a la doctrina. Los diputados socialistas y socialdemócratas de todos los países adoptaron normalmente la postura de votar en contra de los presupuestos militares, aunque, como en todas partes no constituían más que una minoría relativamente pequeña en sus parlamentos respectivos, el gesto carecía de efectos prácticos.

En realidad, este panorama de la socialdemocracia internacional, hablando en la Segunda Internacional en nombre de los trabajadores unidos del mundo, seguía siendo una abstracción. En un mundo de desarrollo económico y oportunidades uniformes, las diferencias nacionales podrían, como profetizaba el *Manifiesto comunista,* haber ido desapareciendo progresivamente, pero en un mundo en el cual el desarrollo había sido muy desigual era lógico que se produjeran amplias divergencias en la actitud de los trabajadores de los distintos países. En los países avanzados, particularmente en Gran Bretaña y en Alemania, donde los trabajadores habían alcanzado un nivel de vida relativamente alto y un lugar reconocido en la política nacional, el impulso de la vinculación nacional fue lo suficientemente fuerte durante la primera década del siglo XX para oponerse a la vinculación clasista. En todos los países de Europa occidental, las declaraciones de los dirigentes obreros contra el militarismo y la guerra incluían, en consecuencia, de modo explícito o implícito, el reservarse el derecho a la autodefensa nacional; esto significaba, no un retorno al criterio marxista de apoyar a la parte cuya victoria fuese beneficiosa a la causa socialista, sino la admisión tácita de la distinción liberal burguesa (que Marx había tachado siempre de ilusoria) entre las guerras agresivas y defensivas. Sólo en la atrasada Rusia, donde los obreros gozaban de menores ventajas, la socialdemocracia se mostraba en gran medida impermeable a la demanda de lealtad hacia un gobierno nacional. Lenin, en 1915, atribuía acertadamente esta inmunidad de los obreros rusos al «chovinismo» y «oportunismo», al

hecho de que «el estrato de los obreros y empleados privilegiados es entre nosotros muy débil» [29].

Sin embargo, esto dio lugar a un nuevo contexto del dilema fundamental de la Revolución rusa. En el esquema marxista de la revolución, la diferencia entre Rusia y Europa occidental en cuanto a desarrollo económico se expresaba en una diferencia entre las etapas a que habían llegado en el proceso revolucionario. La orden del Congreso de Stuttgart de utilizar la guerra para «acelerar la destrucción de la dominación clasista de la clase capitalista» sólo tenía sentido, en términos estrictos, en países en los cuales había concluido la revolución burguesa y el capitalismo había alcanzado su madurez; y esta aseveración se manifestaba aún más claramente en la interpretación que daba Kautsky de la guerra en el período contemporáneo como una crisis del capitalismo. En Rusia todo el mundo estaba de acuerdo en que la revolución burguesa no se había completado y en que el capitalismo no había alcanzado aún su punto de madurez, de modo que la resolución de Stuttgart sólo podía tener sentido para Rusia si la consumación de la revolución burguesa, que supondría la madurez del capitalismo y el comienzo de la revolución socialista, que «aceleraría la destrucción» del capitalismo, se empalmasen una a otro en un proceso único. Nadie, excepto Trotski (que no acudió a Stuttgart), se enfrentaba abiertamente con esta contingencia. Pero, se lanzasen o no a los refinamientos doctrinales de una «revolución permanente», lo que parecía bastante claro como proposición práctica, especialmente con posterioridad a 1905, era que la atrasada Rusia, abandonada a sus propios recursos, estaba aún muy lejos de hallarse madura para una revolución proletaria. En tanto que, con razón, los socialdemócratas de Europa occidental podían esperar en y trabajar por una victoria final del socialismo en sus propios países sin pararse a considerar demasiado lo que sucedía en los demás sitios, los socialdemócratas rusos no podían esperar un rápido triunfo del socialismo en Rusia más que en el caso de que también saliera victorioso en uno o más de uno de los países europeos más adelantados. Los hermanos más débiles tenían un interés práctico mayor que los más fuertes en la fraternidad del proletariado internacional. La socialdemocracia rusa seguía siendo decidida y francamente internacional en un aspecto que carecía ya de sentido en la socialdemocracia de Europa occidental.

El estallido de la guerra en 1914 dio lugar a que se manifestara abiertamente esta divergencia latente. Los socialdemócratas occiden-

[29] Lenin, *Sochineniya,* xvii, 209.

tales, tras de algunas diferencias y vacilaciones iniciales, se pronunciaron, con escasas excepciones, por el apoyo a sus gobiernos nacionales; la resolución de Stuttgart fue desobedecida y olvidada silenciosamente. La decisión del importante grupo socialdemócrata alemán en el Reichstag, el 4 de agosto de 1914, de votar el presupuesto de guerra fue un momento decisivo. Kautsky, en una serie de artículos posteriormente reunidos bajo el título de *Internationalismus und der Krieg,* retrocedió al punto de vista de Marx y Engels, de que los socialdemócratas debían apoyar a la parte cuya victoria pudiera contribuir en mayor grado a ayudar a la causa socialista; y la conclusión de que la victoria de Alemania y la derrota de Rusia eran preferibles al resultado inverso se dedujo sin razones suficientes. En Rusia, el impulso inicial entre los socialdemócratas era oponerse a la guerra por todos los medios; los socialdemócratas en la Duma, igual bolcheviques que mencheviques, hablaron y votaron unánimemente en contra de los créditos de guerra [30]. Pero Plejanov y algunos de los mencheviques destacados que estaban en el extranjero siguieron el ejemplo de los socialdemócratas occidentales, y se pronunciaron a favor de la defensa nacional; no era raro constatar una postura «patriótica» en el pequeño grupo de obreros organizados y relativamente privilegiados de Rusia, especialmente entre aquellos cuya vinculación de partido era predominantemente menchevique [31]. Al iniciarse las presiones y la persecución, muchos bolcheviques rusos —entre ellos Kámenev, uno de los más destacados— empezaron a vacilar [32], y faltó la unanimidad, incluso entre los bolcheviques en el extranjero. De este oleaje de confusionismo no tardó en surgir entre los socialdemócratas rusos una división tripartita. En la derecha, un grupo de mencheviques proclamaba el patriótico deber de la defensa nacional. A la izquierda, Lenin, apoyado por un pequeño grupo de bolcheviques en Suiza —primero, por Zinóviev casi exclusivamente; más tarde, con algunas reservas por Bujarin, Sokólnikov, Piatakov, Safarov y otros—, sostenía la causa del derrotismo nacional y la guerra civil. Entre ambos extremos, un amplio y variado grupo, integrado tanto por mencheviques como por bolcheviques, ocupaba una posición «centrista»; condenaba la guerra y abogaba por una paz «democrática»

[30] Véase vol. 1, p. 82.

[31] Según un relato menchevique de las demostraciones celebradas en Petrogrado al estallar la guerra, «la bacanal patriótica no dejó de afectar ni siquiera a los obreros; muchos de los que ayer estaban en huelga, podían ser vistos hoy en las filas de los manifestantes patrióticos» (Y. Martov, *Geschichte der Russischen Sozial-Demokratie* [1926], p. 274).

[32] Véase vol. 1, pp. 83-84.

sin anexiones ni indemnizaciones, pero absteniéndose de predicar el derrotismo nacional o la guerra civil; este grupo, cuyas inclinaciones eran más pacifistas que revolucionarias, tenía su cuartel general en París y estaba representado por un diario conocido sucesivamente (dadas las prohibiciones periódicas de la censura) por *Golos, Nashe Slovo* y *Nachalo,* en el que Martov y Trotski eran colaboradores destacados. Correspondía en gran medida a otros grupos «centristas» que empezaban a surgir en otros partidos de izquierda, en especial con una sección del Partido Socialdemócrata Alemán, acaudillado por Kautsky, y con un grupo del ILP de Gran Bretaña dirigido por Ramsay MacDonald.

Lenin no tardó en definir su posición. En una serie de tesis, leídas a un minúsculo grupo de bolcheviques en Berna en los primeros días de septiembre de 1914, denunciaba «la traición hecha al socialismo por la mayoría de la Segunda Internacional», manifestaba que, «desde el punto de vista de las clases obreras y de las masas trabajadoras de todos los pueblos de Rusia, el mal menor sería la derrota de la monarquía rusa y sus ejércitos», y pedía la divulgación entre todos los ejércitos bélicos de «propaganda en pro de la revolución social, de la conveniencia de volver las armas, no contra sus hermanos, los esclavos a sueldo de otros países, sino contra los gobiernos y partidos reaccionarios y burgueses de todos los países» [33]. Estas tesis fueron reunidas en un manifiesto publicado dos meses después en nombre del comité central del partido, en el que Lenin acuñó el lema de «la transformación de la actual guerra imperialista en una guerra civil» [34]. Se mostraba cada vez más impaciente con respecto a los «centristas», que rechazaban la defensa nacional, pero se negaban a aceptar el derrotismo y la guerra civil como consecuencia lógica, conservando así un pie en el campo de los objetivos de la guerra «democrática» y del pacifismo burgués. En marzo de 1915 se celebró en Berna una conferencia de organizaciones bolcheviques en el extranjero. En ella, Lenin depuso transitoriamente sus diferencias con el grupo reunido en torno a Bujarin [35] e hizo una declaración sustancial de política bol-

[33] Lenin, *Sochineniya,* xviii, 44-6.

[34] *Ibid.,* xviii, 66.

[35] El principal desacuerdo entre Lenin y el grupo de Bujarin era que este último, aunque aceptaba la transformación de la guerra imperialista en una guerra civil como último objetivo, vacilaba en el tema de la derrota y no deseaba descartar o condenar absolutamente las consignas de paz democráticoburguesa como elementos de propaganda; el documento donde se consignan sus puntos de vista está en *Proletarskaya Revolutsiya,* núm. 5 (40), 1925, pp. 170-2. Es significativo que mientras muchos bolcheviques todavía se aferraban al firme terreno de la democracia burguesa y de la revolución bur-

chevique. La guerra fue calificada de imperialista y de ser una guerra destinada a repartir las colonias entre Gran Bretaña, Francia y Alemania y a la obtención por Rusia de territorios similares (Persia, Mongolia, Turquía, etc.); ello era característica de una época «en que el capitalismo ha alcanzado su fase culminante de desarrollo... y en el que han madurado completamente las condiciones objetivas para la implantación del socialismo». Se distinguía, por tanto, de las guerras nacionalistas» del período 1789-1871; el elemento nacional existente en la lucha de Servia contra Austria constituía una excepción que no afectaba al carácter general de la guerra. La transformación de la guerra imperialista en guerra civil era, por tanto, «la única consigna proletaria justa». La propaganda pacifista que no fuese acompañada de este lema era pura ilusión. «En especial la idea de que una paz democrática es posible sin pasar por un cierto número de revoluciones, es profundamente errónea» [36].

Ya avanzado el año, Lenin consideró por vez primera la situación práctica que devendría si se produjese una revolución proletaria antes de todo en Rusia, durante la guerra. Publicó en el diario del partido, *Sotsial-Demokrat,* una breve exposición modestamente titulada «Algunas Tesis», la última de las cuales puede calificarse, por anticipación, de primera declaración sobre política internacional del futuro gobierno revolucionario:

A la pregunta de lo que haría el partido del proletariado si la revolución llegara a situarlo en el poder durante la presente guerra, contestamos: propondríamos la paz a *todos* los beligerantes a condición de liberar a las colonias y a todos los pueblos oprimidos y en estado de dependencia que no gozan de la plenitud de sus derechos. Ni Alemania, ni Inglaterra, ni Francia aceptarían estas condiciones con sus actuales gobiernos. Tendríamos entonces que preparar y sostener una guerra revolucionaria, es decir, que no solamente implantaríamos plenamente, con las más drásticas medidas, nuestro programa mínimo íntegro, sino que incitaríamos sistemáticamente a la insurrección a todos los pueblos actualmente oprimidos por los gran-rusos, a todas las colonias y países en situación de dependencia de Asia (India, China, Persia, etc.) y tam-

guesa, Lenin se movía rápidamente hacia adelante, bajo el ímpetu de la guerra y de la situación internacional, en dirección a la posición que había de adoptar en las «Tesis de Abril» de 1917. Bujarin y Piatakov, sin embargo, se separaron nuevamente de Lenin en 1916 con motivo de la cuestión de la autodeterminación nacional (véase vol. 1, p. 450).

[36] Lenin, *Sochineniya,* xviii, 124-8. La declaración recomendaba también por vez primera la «fraternización de los soldados de los países beligerantes en las trincheras»; Lenin se había sentido atraído por informes de la prensa sobre casos de fraternización ocurridos durante las Navidades de 1914 (*ibid.,* xviii, 94, 136).

bién —y en primerísimo lugar— incitaríamos al proletariado europeo a rebelarse contra sus gobiernos y en oposición a sus socialchovinistas. No hay duda de que la victoria del proletariado en Rusia crearía unas condiciones excepcionalmente favorables para el desarrollo de la revolución, tanto en Asia como en Europa [37].

La trayectoria estaba clara. El proletariado, una vez conquistado el poder en Rusia, permanecería al principio confinado en los límites de la revolución burguesa, haciendo uso de las consignas democráticas, a saber: en Europa, desacreditar a los gobiernos burgueses que, debido a las contradicciones del capitalismo plenamente desarrolladas en esa ocasión, se verían ya totalmente impotentes para hacer efectiva una paz incluso democráticoburguesa; y en Asia, elevar el nivel de la revolución burguesa entre las naciones que todavía persistían en la fase pre-capitalista, ayudándolas a liberarse del yugo de las potencias imperialistas europeas. Mediante ambos procedimientos, reforzados si preciso fuere con una guerra revolucionaria, el proletariado ruso prepararía el camino para el triunfo de la revolución socialista en Europa y en la misma Rusia.

Entretanto, los socialistas contrarios a la guerra habían realizado diversos intentos para organizar conferencias internacionales en suelo suizo. En marzo de 1915, Clara Zetkin organizó una conferencia de mujeres socialistas en Berna, y al mes siguiente Willi Münzenberg, secretario de la Internacional Juvenil Socialista, convocaba, también en Berna, una conferencia de jóvenes socialistas. Bolcheviques procedentes del grupo de Lenin asistieron a ambas conferencias, pero no lograron el menor apoyo cuando plantearon su consigna de «la transformación de la guerra imperialista en guerra civil» [38].

[37] *Ibid.*, xviii, 313. Poco antes, en un famoso pasaje de un artículo sobre «El lema de los Estados Unidos de Europa», que más tarde jugó su baza en la controversia sobre «socialismo en un solo país», Lenin había anticipado en términos generales la situación que pudiera surgir en el caso de que la revolución proletaria triunfase únicamente en un solo país capitalista. «La desigualdad de desarrollo económico y político es una ley incondicional del capitalismo. De ello se deduce que una victoria del socialismo es posible inicialmente en unos pocos países capitalistas e incluso en uno solo, aisladamente. El proletariado victorioso de este país, una vez expropiados sus capitalistas y organizada su producción socialista, se alzaría *contra* el resto del mundo capitalista, atrayendo hacia sí a las clases oprimidas de otros países y suscitando entre ellas la rebelión contra los capitalistas, apareciendo, si necesario fuese, con la fuerza armada en contra de las clases explotadoras y de sus Estados» (*ibid.*, xviii, 232-3).

[38] Los documentos de los dos congresos han sido traducidos y sus principales fuentes citadas en O. H. Gankin y H. H. Fisher, *The Bolsheviks and the World War* (Stanford, 1940), pp. 280-308; ambos congresos han sido reseñados

En septiembre de 1915 se reunió en Zimmerwald una conferencia general internacional de socialistas contrarios a la guerra. La numerosa —pero bastante dividida— delegación rusa, incluía a Lenin y a Zinóviev, a Martov y Axelrod, a Trotski y al dirigente eserita Chernov. Rakovski representaba a los socialdemócratas rumanos, y Kolarov a los búlgaros. La mayoría de los alemanes eran socialdemócratas de izquierda, dispuestos a abstenerse de votar los créditos de guerra, pero sin romper la disciplina del partido votando en contra de ellos. El resto de los participantes eran franceses, italianos, suizos, holandeses, escandinavos, letones y polacos (entre estos últimos figuraba Radek)[39]. De los treinta o más delegados presentes, cerca de veinte formaban el ala derecha de la Conferencia; Lenin contaba, para su programa político de «guerra civil», con el apoyo más o menos cualificado de seis u ocho; en cuanto a los demás delegados, entre los cuales Trotski era el más destacado, ocupaban una posición intermedia y trataron de mediar entre los dos extremos. El manifiesto, unánimemente aprobado por la Conferencia, fue redactado por Trotski, y se limitaba a condenar la guerra de un modo general. Seis delegados —Lenin, Zinóviev y Radek, junto con un sueco, un noruego y un letón— firmaron una declaración protestando contra lo inadecuado del manifiesto; este grupo constituyó lo que más tarde se conoció por la «Izquierda de Zimmerwald»[40]. La Conferencia acordó instituir un comité socialista internacional permanente y un secretariado en Berna. Estos organismos convocaron una «segunda conferencia de Zimmerwald», que tuvo lugar en Kienthal en abril de 1916, con una concurrencia bastante más numerosa de delegados. El cambio más significativo desde el último otoño había sido el producido en el movimiento germánico. No solamente el ala izquierda del Partido Socialdemócrata Alemán había ganado en fuerza (posteriormente habría de escindirse en el curso del año y formar el Partido Socialdemócrata Alemán Independiente), sino que en el seno del mismo surgió un grupo cuyos puntos de vista se acercaban a los de Lenin: el llamado *Spartakusbund*. La apelación redactada y aprobada por la conferencia de Kienthal marcaba un cierto viraje hacia la izquierda en relación con Zimmerwald, pero

por Balabanov, testigo presencial, en *Erinnerungen und Erlebnisse* (1927), pp. 100-102.

[39] Fueron nombrados delegados ingleses por el Partido Liberal Independiente y por el Partido Socialista Británico, pero se les negaron los pasaportes.

[40] Para documentos y fuentes, véase O. H. Gankin y H. H. Fisher, *The Bolsheviks and the World War* (Stanford, 1940), pp. 320-56; el manifiesto de la Conferencia y un borrador bolchevique que fue desechado, figuran en Lenin, *Sochineniya*, xviii, 412-20.

manteniéndose aún bastante cerca del programa bolchevique [41]. Durante este período, los partidarios de Lenin quedaron en insignificante minoría en el ala antibélica del movimiento socialista internacional, sin poder contar siquiera, en la cuestión vital de la guerra civil y del derrotismo nacional, con el apoyo incondicional de los bolcheviques rusos o de otros grupos bolcheviques del extranjero.

En el intervalo entre la conferencia de Kienthal y la Revolución de Febrero en Rusia, no se hizo ningún nuevo intento de celebrar una conferencia socialista internacional. Los esfuerzos principales de Lenin en este período estuvieron dedicados a una controversia surgida en las filas bolcheviques sobre la cuestión de la autodeterminación nacional [42], a un intento fracasado de disuadir al Partido Socialista Suizo de su apoyo a la defensa nacional, y a escribir la obra *El imperialismo, fase superior del capitalismo,* que suministraba una base teórica para la transición desde el punto de vista original marxista de que los obreros, en caso de guerra, debían apoyar al beligerante cuyo triunfo mejor pudiera contribuir a la causa del socialismo, a la actual postura sustentada por Lenin. El capitalismo, en el análisis leninista, había llegado a su etapa final o imperialista, en la cual una guerra entre las grandes potencias europeas constituiría simplemente una lucha para disputarse tierras o mercados coloniales. En estas circunstancias, ninguno de los beligerantes podía considerarse merecedor del apoyo de los obreros, y el hecho de que el capitalismo se encontrara ya en su fase final, demostraba que el momento era ya el indicado para la transición al socialismo y para que los obreros de todos los países emprendiesen la acción conducente a acelerar este cambio. Ello suponía, pues, la inminencia de la revolución socialista, que justificaba el abandono de la actitud «oportunista» de Marx en relación con las guerras entre las potencias capitalistas, a favor de una posición que consideraba en principio igualmente deseable la derrota de todas las potencias capitalistas. Con alternativas de optimismo y pesimismo, según se desarrollaba la contienda, Lenin no perdió nunca su norte. Al estallar la Revolución de Febrero, hizo resonar una nota triunfal en su *Carta de despedida a los obreros suizos,* escrita la víspera de su salida para Rusia:

Las circunstancias objetivas de la guerra imperialista nos sirven de garantía de que la revolución no se detendrá en su *primera* etapa de la Revolución

[41] Para documentos y fuentes, véase O. H. Gankin y H. H. Fisher, *The Bolsheviks and the World War* (Stanford, 1940), pp. 407-38.

[42] Véase vol. 1, pp. 447-51.

rusa, de que la revolución *no* se detendrá en Rusia. *El proletariado alemán es el aliado más fiel y digno de confianza de la revolución proletaria rusa y mundial*... La transformación de la guerra imperialista en guerra civil *se está convirtiendo* en un hecho.

¡Viva la revolución proletaria que está comenzando en Europa!

En esta doble predicción de la rápida transición de la Revolución rusa, de su fase democráticoburguesa a la proletariosocialista y de la extensión de la revolución a los demás países beligerantes, Lenin vislumbraba la próxima cristalización de su lema de la transformación de la guerra imperialista en la guerra civil del proletariado contra la burguesía.

[43] Lenin, *Sochineniya,* xx, 70.

Nota F

LA PREHISTORIA DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

Cuando los principales partidos que componían la Segunda Internacional traicionaron la causa del socialismo internacional al estallar la guerra de 1914, apoyando a sus respectivos gobiernos nacionales, pensó Lenin que su actitud equivalía a firmar la sentencia de muerte de la Internacional: su «bancarrota política» fue proclamada por él mismo en las Tesis de Berna de septiembre de 1914 [1]. Para los que aceptaron este punto de vista, la consecuencia era evidente: crear una nueva Internacional; nada tiene de sorprendente que la idea hubiera sido concebida simultáneamente por más de un pensador revolucionario. El 31 de octubre de 1914, Trotski firmaba el prólogo a un folleto titulado *La guerra y la Internacional,* publicado en Munich al mes siguiente:

> Todo el folleto, desde la primera a la última página [escribía], está escrito con la idea de una nueva Internacional que tendrá que surgir del actual cataclismo mundial, de la Internacional de las últimas luchas, y de la victoria final [2].

[1] Véase vol. 1, p. 82, Lenin, *Sochineniya,* xviii, 44.

[2] L. Trotski, *Der Krieg und die Internationale* (Munich, s. f. [1914]), p. 9. En un párrafo sorprendente, Trotski reconocía el peligro de que la guerra, si

Al día siguiente, 1.° de noviembre de 1914, el *Sotsial-Demokrat* publicó un manifiesto del comité central del partido que finalizaba expresando la misma idea:

La Internacional proletaria no ha perecido ni perecerá. Las masas obreras, haciendo frente a todos los obstáculos, crearán una nueva Internacional...

¡Viva la fraternidad internacional de los obreros contra el chovinismo y patriotismo de la burguesía de todos los países! ¡Viva la Internacional proletaria purificada de oportunismos! [3]

El manifiesto, del que era autor Lenin, iba seguido de un artículo en el que Lenin literalmente bordaba el tema de la bancarrota de la Segunda Internacional y aclaraba que la nueva Internacional, como él la concebía, no era rival, sino sucesora de la segunda —como la segunda lo había sido de la primera— y representativa de una nueva etapa en el proceso histórico:

La Segunda Internacional cumplió su misión de labor preparatoria y útil en la organización preliminar de las masas proletarias durante el largo y «pacífico» período de la más despiadada esclavitud capitalista y del avance más rápido del capitalismo en el último tercio del siglo XIX y comienzos del XX; la Tercera Internacional tendrá que afrontar la tarea de organizar las fuerzas del proletariado para yugular en la acción revolucionaria a los gobiernos capitalistas, para librar una guerra civil contra la burguesía de todos los países por el poder político, por la victoria del socialismo [4].

Durante los tres años siguientes, estas ideas constituyeron el tema constante del pensamiento y los escritos de Lenin. El tema de la Segunda o Tercera Internacional vino a encontrarse íntimamente ligado con el de la actitud de los socialistas frente a la guerra y surgió la misma división tripartita con las mismas personalidades importantes en cada grupo. La derecha, que apoyaba la política de la guerra nacional, permaneció también fiel a la Segunda Internacional y tenía esperanzas en su resurgimiento después de la guerra. La extrema izquierda, integrada al principio y de modo principal por los partidarios inmediatos de Lenin, rechazaba de pies a cabeza

se prolongaba indefinidamente, pudiera destrozar «las fuerzas morales del proletariado» y que «toda la energía combativa del proletariado internacional, que el imperialismo ha puesto de manifiesto con su conspiración sangrienta, pueda agotarse en esta espantosa obra de destrucción mutua»; en este caso la civilización sufriría un retroceso «durante varias décadas» (*ibid.*, p. 83).

[3] Lenin, *Sochineniya*, xviii, 66.

[4] Lenin, *Sochineniya*, xviii, 61-6, 71.

a la Segunda Internacional y reclamaba con vehemencia la creación de una nueva Internacional para sustituir a aquélla después de la guerra. Los «centristas» se debatían, incómodos, entre ambas actitudes extremas y abogaban por una Segunda Internacional modificada y reconstruida, más que por una organización enteramente nueva; éste era el grupo que un día, con bastante lógica, hubo de crear la Internacional-Dos-y-Media. Sobre esta cuestión, como en el problema de la guerra, Lenin juzgaba a los «social-patriotas» y a los «centristas» por igual. Pero el tema continuó en el terreno teórico y no prosperó demasiado. El manifiesto de Zimmerwald de septiembre de 1915, que representaba la preponderancia de los elementos «centristas» en la conferencia así titulada, ignoró el problema; el borrador del manifiesto de la izquierda de Zimmerwald terminaba con la petición de «una Internacional poderosa, una Internacional que ponga fin a todas las guerras y acabe con el capitalismo» [5]. En la Conferencia de Kienthal de abril de 1916, la «Izquierda de Zimmerwald» fue robustecida con la presencia de representantes del grupo alemán *Spartakus* recientemente formado; la resolución presentada a la Conferencia por este grupo proclamaba que «la nueva Internacional que debe surgir de nuevo, tras el hundimiento de la antigua, ocurrido el 4 de agosto de 1914 [6], sólo puede nacer de la lucha revolucionaria de clases de las masas proletarias, en los países capitalistas más importantes», pero amenazaba con una posible divergencia futura con respecto a la postura de Lenin cuando añadía que esto «no era una cuestión de organización, ni un problema de conformidad entre un pequeño grupo de personas que actúan como representantes de los estratos de oposición de los obreros», sino cuestión «de un movimiento de masas del proletariado de todos los países» [7]. No obstante, Lenin no vaciló nunca en su opinión. A finales del año 1916, según Krupskaya, «estimó que había llegado el momento de madurez para una división a escala internacional, que era preciso romper con la Segunda Internacional, con el buró socialista internacional, romper para siempre con Kautsky y Cía., recomenzar, con las fuerzas de la izquierda de Zimmerwald, a construir una Tercera Internacional» [8].

La Revolución de Febrero y el regreso de todos los bolcheviques

[5] *Ibid.*, xviii, 420; para la Conferencia, véanse pp. 577-78.

[6] Fue éste el día en que el Partido Socialdemócrata Alemán votó en el Reichstag, apoyando los créditos de guerra.

[7] O. H. Gankin y H. H. Fisher, *The Bolsheviks and the World War* (Stanford, 1940), p. 435.

[8] N. K. Krupskaya, *Memories of Lenin*, ii (trad. ingl., 1932), 196.

destacados a Petrogrado reanudó el debate en el seno del partido. La décima de las Tesis de Abril de Lenin decía así:

Renovación de la Internacional.
Iniciativa para fundar una Internacional revolucionaria, una Internacional contra los *socialchovinistas* y contra el «centro»[9].

En el folleto *Tareas del proletariado en nuestra Revolución* desarrolló el tema y dirigió sus tiros de mayor calibre contra el centro: «la totalidad de la mayoría de Zimmerwald, compuesta principalmente de 'centristas', ha optado por seguir la senda deslizante que lleva al 'pacifismo social'»[10]. Entre tanto, el comité socialista internacional vigente, establecido en Zimmerwald, se había trasladado de Berna a Estocolmo, y en el curso del verano de 1917 Lenin libró, completamente solo, una batalla contra el punto de vista corrientemente aceptado en el partido de que había que continuar dentro de la organización de Zimmerwald y enviar delegados a una tercera «conferencia de Zimmerwald», que proyectaba reunirse en Estocolmo[11]. La conferencia del partido, celebrada en abril, adoptó una larga resolución condenando a los «centristas» y socilitando la constitución de una tercera Internacional, pero acordó asimismo, en contra de la opinión de Lenin, permanecer por el momento dentro de la organización Zimmerwald[12]. A finales de mayo de 1917, Lenin escribió impaciente a Radek, que se encontraba en Estocolmo, diciéndole que era «indispensable romper toda conexión» con Zimmerwald:

Tenemos a toda costa que enterrar al putrefacto... Zimmerwald y fundar una auténtica Tercera Internacional compuesta sólo de Izquierdas... Si pudiéramos reunir pronto una conferencia internacional de Izquierdas, podría constituirse la Tercera Internacional[13].

[9] Lenin, *Sochineniya,* xx, 89; Lenin añadía, en una nota a pie de página, la definición del «Centro» como «una tendencia que fluctúa entre los chovinistas (= «defensistas») y los internacionalistas: Kautsky y Cía. en Alemania, Longuet y Cía. en Francia, Chjeidze y Cía. en Rusia, Turati y Cía. en Italia, MacDonald y Cía. en Inglaterra, etc.»

[10] *Ibid.*, xx, 129.

[11] Esta no debe confundirse con la conferencia socialista internacional por la paz que había de celebrarse también en Estocolmo, pero de la que terminó por desistirse (véanse pp. 19-20 y 22).

[12] *VKP(B) v Rezolutsiyaj* (1941), i, 235; las objeciones de Lenin se recogen en *Sochineniya,* xx, 279.

[13] *Leninski Sbornik,* xxi (1933), 57-8.

La falta de interés del partido se hizo, no obstante, patente una vez más en su sexto Congreso, celebrado en Petrogrado en agosto de 1917, mientras Lenin estaba oculto en Finlandia; en esta reunión no se suscitó en absoluto el tema de una posible ruptura con Zimmerwald; Lenin reiteró sus puntos de vista en una larga carta dirigida al comité central[14]. La tercera Conferencia Zimmerwald se reunió por fin en Estocolmo a principios de septiembre de 1918; como delegados rusos asistieron Vorovski y Semashko. Su único resultado fue redactar un manifiesto sobre la guerra, que habría de ser sometido a los partidos integrantes para que fuera aprobado antes de su publicación; el párrafo más destacado era el que clamaba por «una lucha de masas proletarias internacionales en favor de la paz», que «supondría, además, la salvación de la Revolución rusa»[15]. La víspera de la Conferencia, Lenin escribió una nota airada quejándose de que «estamos representando una comedia» y diciendo que «hemos de abandonar el grupo Zimmerwald»[16]. Pero pronto acontecimientos nacionales más inmediatos absorbieron su atención, y la Revolución de Octubre relegó a segundo término el asunto Zimmerwald. Los bolcheviques no llegaron nunca a romper formalmente con dicha organización. El comité socialista internacional continuó de vez en cuando publicando declaraciones que despertaban poco o ningún interés, incluída la que daba la bienvenida a la Revolución bolchevique. En marzo de 1919, la Internacional Comunista, en su Congreso fundacional, recibió un informe de Angélica Balabanov, como secretaria del comité de Zimmerwald, y una declaración firmada por Rakovski, Lenin, Zinóviev, Trotski y Platten, como primeros participantes en la organización, expresando el juicio de que había «sobrevivido a sí misma». Con la fuerza de estos documentos, el Congreso disolvió de modo formal la Unión de Zimmerwald, declarándose a sí mismo heredero de todas las buenas intenciones que Zimmerwald pudiera todavía poseer[17].

[14] *Ibid.*, xiii (1930), 275-80.

[15] Una gran cantidad de material relativo a la preparación y las sesiones de la tercera Conferencia de Zimmenwarld, se recoge en O. H. Gankin y H. H. Fisher, *The Bolsheviks and the World War* (Stanford, 1940), pp. 582-683; el informe oficial de la Conferencia puede encontrarse en *ibid.*, pp. 669-75 y el borrador del manifiesto en *ibid.*, pp. 680-3.

[16] Lenin, *Sochineniya*, xxi, 129.

[17] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), p. 85.

LISTA DE ABREVIATURAS

BSP: British Socialist Party (Partido Socialista Británico)
CGT: Confédération Générale du Travail (Confederación General del Trabajo)
CGTU: Confédération Générale du Travail Unitaire (Confederación General Unitaria del Trabajo)
CHECA: Chrezvichainaya Komissiya (Comisión Extraordinaria)
COMINTERN: Kommunisticheski Internatsional (Internacional Comunista)
CPGB: Communist Party of Great Britain (Partido Comunista de Gran Bretaña)
GOSBANK: Gosudartsvenni Bank (Banco del Estado)
IFTU: International Federation of Trade Unions (Federación Internacional de Sindicatos)
IKKI: Ispolnitelni Komitet Kommunisticheskogo Internatsionala (Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista).
ILO: International Labour Organization (Organización Internacional del Trabajo)
ILP: Independent Labour Party (Partido Laborista Independiente)
Imprekorr: *Internationale Presse-Korrespondenz*
IWW: Industrial Workers of the World (Obreros Industriales del Mundo)

KAPD: Kommunistische Arbeiter-Partei Deutschlands (Partido Obrero Comunista Alemán)
KPD: Kommunistische Partei Deutschlands (Partido Comunista Alemán)
MRP: Mezhdunarodnaya Rabochaya Pomoshch (Ayuda Obrera Internacional)
NARKOMINDEL (NKID): Narodni Komissariat Inostrannij Del (Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores)
NARKOMNATS: Narodni Komissariat po Delam Natsionalnostei (Comisariado del Pueblo para las Nacionalidades)
NEP: Novaya Ekonomicheskaya Politika (Nueva Política Económica)
NUWM: National Unemployment Workers' Movement (Movimiento Nacional del Paro Obrero)
PROFINTERN: Krasni Internatsional Professionalnij Soyuzov (Internacional Sindical Roja)
RILU: Red International of Labour Unions (Internacional Roja de Uniones Laborales) (*véase* Profintern)
RKP(B): Rossiiskaya Kommunisticheskaya Partiya (Bolshevikov) (Partido Comunista Ruso [Bolcheviques])
RSFSR: Rossiskaya Sotsialisticheskaya Federativnaya Sovetskaya Respublika (República Soviética Federal Socialista Rusa)
SLP: Socialist Labour Party (Partido Socialista Obrero)
SOVNARKOM: Sovet Narodnij Komissarov (Consejo de Comisarios del Pueblo)
SPD: Sozial-Demokratische Partei Deutschlands (Partido Socialdemócrata Alemán)
SSR: Sotsialisticheskaya Sovetskaya Respublika (República Soviética Socialista)
SSSR: Soyuz Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas)
USPD: Unabhängige Sozial-Demokratische Partei Deutschlands (Partido Socialdemócrata Independiente Alemán)
VESENJA: Visshi Sovet Narodnogo Joziaistva (Consejo Superior de Economía Nacional)
VKP(B): Vsesoyuznaya Kommunisticheskaya Partiya (Bolshevikov) (Partido Comunista de toda la Unión [Bolchevique])
VKPD: Vereinigte Kommunistische Partei Deutschlands (Partido Comunista Alemán Unido)
VNESHTORG: Narodni Komissariat Vneshnei Torgovli (Comisariado del Pueblo para Comercio Exterior)
VTsIK: Vserossiiski (Vsesoyuzni) Tsentralni Ispolnitelni Komitet (Comité Ejecutivo Central de toda Rusia [de toda la Unión])

BIBLIOGRAFIA

Reunir una bibliografía completa, incluso del material de primera fuente, para la historia de la Rusia soviética entre 1917 y 1923 sería una empresa inconmensurable, sobre todo porque gran parte de ello ha aparecido en varias ediciones y, especialmente los documentos de la Comintern, en varias lenguas. La presente bibliografía no pretende, pues, ser completa; no incluye muchas de las fuentes ocasionalmente citadas en las notas a pie de página, ni las fuentes secundarias, sino que se ha limitado a las fuentes originarias principales en que me he apoyado para mi trabajo. Van siempre en cabeza de la lista las ediciones que yo he usado y se añaden notas sobre otras ediciones de las obras más importantes, aunque mis razones para usar una edición en lugar de otra se han debido muchas veces al hecho fortuito de que me fueron accesibles. Puede darse por supuesto que todas las obras incluidas en esta bibliografía se encuentran en el Museo Británico, a menos que aparezca entre corchetes el nombre de otra biblioteca detrás del título o número de volumen. No se nombran bibliotecas de otros países más que cuando la obra en cuestión no puede encontrarse en Gran Bretaña. Se citan bibliotecas de los Estados Unidos únicamente cuando el libro en cuestión no ha podido encontrarse en ninguna de las de Europa occidental; y, cuando está en la Biblioteca del Congreso, no se cita ninguna otra biblioteca norteamericana. En algún caso he tenido que citar una obra haciendo mención de que pertenece a un particular, puesto que no he podido encontrarla en ninguna biblioteca.

No he hecho ningún intento sistemático de comparar textos de las diferentes ediciones del partido o de publicaciones soviéticas, puesto que en ellos se han ido modificando los comentarios para adecuarlos a la ortodoxia en curso, y, por la misma razón, ciertos documentos se retiraron de las publicaciones, de 1923 en adelante. Pero el texto actual de los documentos publicados fue

raramente falseado antes de 1936; después, empezaron a ser frecuentes las omisiones, al principio limitadas a los nombres de los dirigentes del partido que habían sido anatematizados, pero luego se hicieron más extensas. En general, los documentos publicados desde 1936 en adelante precisan de un escrutinio mucho más cuidadoso que los publicados con anterioridad a esta fecha. Entre los documentos y actas de la Comintern publicados en diferentes lenguas, hay innumerables variantes, unas veces grandes y otras pequeñas, pero parecen deberse a descuido o discrepancias y malentendidos que tuvieron lugar en los congresos y conferencias mismos, y no tanto a una falsificación posterior deliberada.

I. Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, posteriormente *Partido Comunista (bolchevique) Ruso* (posteriormente *de toda la Unión).*

i) Sesiones de congresos y conferencias

Vtoroi Syezd RSDRP (Instituto Marx-Engels-Lenin, 1932).
La primera edición es *Vtoroi Ocherednoi Syezd Ross. Sots.-Den. Rabochei Parti* (Ginebra, 1904) (Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres; el ejemplar del Museo Británico es imperfecto).

Treti Ocherednoi Syezd Sotsial-Demokratichesgoi Rabochei Parti 1905. Goda: Polni Tekst Protokolov (Itspart, 1924).
La primera edición es *Treti Ocherednoi Syezd Ross. Sots.-Dem. Rabochei Parti: Polni Tekst Protokolov* (Ginebra, 1905).

Chetverti (Obedinitelnyi) Syezd RSDRP (Instituto Marx-Engels-Lenin, 1934).
La primera edición es *Protokoli Obyedinitelnogo Syezda Rossiiskoi Sotsia-Demokraticheskoi Rabochei Parti* (Moscú, 1907) (Biblioteca del Congreso, Estados Unidos); una segunda edición es *Protokoli Obyedinitelnogo Syezda RSDRP* (Istpart, 1926).

Piati Syezd RSDRP, Mai-Iyun 1907 g. (Instituto Marx-Engels-Lenin, 1935).
La primera edición es *Londonski Syezd Rossiskoi Sotsial-Demokraticheskoi Rabochei Parti: Polni Tekst Protokolov* (París, 1909) (Biblioteca Hoover, Stanford).

Vserossiskaya Konferentsiya Ross. Sots. Dem. Rab. Parti 1912 Goda (París, 1912).
Este es un breve relato —no un registro taquigráfico— de la Conferencia de Praga de enero de 1912, que incluye el texto de la resolución; una edición posterior *Prazhskaya Konferentsiya RSDRP 1912 Goda* (Instituto Marx-Engels-Lenin, 1937) tiene muchos asuntos secundarios, pero algunas omisiones.

Pervi Legalni Peterburgski Komitet Bolshevikov v 1917 g. (Istpart, 1927).
Contiene registros abreviados de los debates del 2 de marzo al 28 de diciembre de 1917-10 de enero de 1918.

Sedmaya («Aprelskaya») Vserossiiskaya i Petrogradskaya Obshchegorodskaya Konferentsi RSDRP(B), Aprel 1917 g. (Instituto Marx-Engels-Lenin, 1934).

La primera edición es *Petrogradskaya Obshchegorodskaya i Vserossiiskaya Konferentsi RSDRP (Bolshevikov), Aprel 1917 g.* (Itspart, 1925).

Protokoli Syezdov i Konferentsi VKP(B): Shestoi Syezd (Itspart, 1927).
La primera edición es *Protokoli VI Syezda RSDRP (Bolshevikov)* (1919) (Biblioteca Hoover, Stanford); hay también una edición posterior, *Shestoi Syezd RSDRP* (Instituto Marx-Engels-Lenin, 1934).

Sednoi Syezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov) (1923). (Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres).

Vosmoi Syezd RKP(B), 19-23 Marta, 1919 g. (Instituto Marx-Engels-Lenin, 1933).
La primera edición es VII *Syezd Rossiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov), 18-23 Marta, 1919: Stenograficheski Otchet* (1919) (Biblioteca del Congreso, Estados Unidos).

Deviati Syezd RKP(B), Mart-Aprel 1920 g. (Instituto Marx-Engels-Lenin, 1934).
La primera edición es *Deviati Syezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti: Stenograficheski Otchet* (1920) (Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis, Amsterdam).

Desiati Syezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti: Stenograficheski Otchet, 8-16 Marta, 1921 g. (1921).
Una edición posterior con notas y material adicional es *Desiati Syezd RKP(B)* (Instituto Marx-Engels-Lenin, 1933).

Vserossiiskaya Konferentsiya RKP(B) (Bolshevikov): Biuleten (núms. 1-5, 19-29 diciembre de 1921).

Odinnadtsati Syezd RKP(B) (Bolshevikov) (Instituto Marx-Engels-Lenin, 1936).
La primera edición es *Odinnadtsati Syezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov): Stenograficheski Otchet, 27 marta-2 aprelia, 1922 g.* (1922).

Dvenadtsati Syezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov): Stenograficheski Otchet (17-25 Aprelia, 1923 g.) (1923) (Escuela de Estudios Eslavos y de Europa Oriental, Universidad de Londres).

Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov) (1924) (De propiedad particular.)

ii) Resoluciones

Vsosoyznaya Kommunisticheskaya Partiya (Bolshevikov) v Rezolutsiyaj i Resheniyaj Syezdov, Konferentsi i Plenumov Ts K (1941), i: 1898-1925 (Biblioteca del Congreso, Estados Unidos); ii: 1925-39.
Esta es la sexta y última edición, puesto que no se celebraron congresos entre 1939 y 1952. La primera edición se publicó en 1921 con el título de *Rossiiskaya Kommunisticheskaya Partiya (Bolshevikov) v Postanovleniyaj ee Syezdov, 1903-1921 gg.* Las notas de introducción a las resoluciones de cada congreso o conferencias han sido modificadas de una edición a otra, pero el texto de las primeras parece que ha quedado intacto, excepto en la omisión del prefijo *tov.* (camarada) delante de los nombres de los jefes de oposición condenados.

iii) Historias del partido

Las siguientes han sido seleccionadas de una gran cantidad de literatura sobre el tema en muchas lenguas.

G. *Zinóviev, Istoriya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* (1923).
Contiene seis conferencias pronunciadas en marzo de 1923 en el veinticinco aniversario de la fundación del partido y está traducida a varios idiomas.

Istoriya VKP(B), ed. E. Yaroslavski, i (1926) (abarca el período hasta 1904); ii (1930) (abarca el período 1905-7); iii (1929) (abarca el período 1914-1917); iv (1929) (abarca el período 1917-1920) (Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres).
El prólogo al volumen ii anuncia dos tomos más, iii, i (que abarcan el período 1907-1914), y v en dos partes (para cubrir el período posterior a 1921). Pero éstos, si llegaron a publicarse, no los he encontrado.

A. S. Bubnov, *VKP(B)* (1931).
Esto es una reimpresión del artículo publicado bajo este título en *Bolshaya Sovetskaya Entsiklopediya*, xi (1930), 386-544, y hace la historia del partido hasta el decimoquinto congreso; su valor principal estriba en la información estadística.

N. N. Popov, *Outline History of the Communist Party of the Soviet Union*, 2 vols. (s. f. [¿1934?]
Es una traducción de la sexta edición de lo que fue en ese tiempo la obra clásica sobre el tema y se ocupa de la historia del partido hasta la víspera del décimoquinto congreso.

History of the Communist Party of the Soviet Union (Bolsheviks): Short Course (1939).
Es ésta la versión inglesa de la historia clásica publicada en Rusia en 1938 y traducida después a todos los idiomas. Más tarde, se dijo que Stalin era el autor del capítulo 4, sección 2, titulado «Materialismo dialéctico e histórico», pero después se hacía referencia a Stalin como autor de la obra entera. Contiene demasiadas falsedades para que se la considere como testimonio de lo que no sea el punto de vista oficial de 1938 y de ese año en adelante.

II. *Sesiones de los Congresos de Soviets de toda Rusia y del VTsIK*

Pervi Vserossiiski Syezd Sovetov R. i S. D., 2 vols. (1930-31).
Impreso de acuerdo con las actas taquigráficas contemporáneas.

Vtoroi Vserossiiski Syezd Sovetov R. i S. D. (1928).
Impreso de acuerdo con los informes de prensa contemporáneos, porque no se ha conservado registro taquigráfico.

Treti Vserossiiski Syezd Sovetov Rabochij, Soldatskij, i Krestyanskij Deputatov (1918).
Un informe muy completo escrito en tercera persona; sólo se reproduce textualmente el principal discurso de Lenin.

Cetverti Vserossiiski Syezd Sovetov Rabochij, Krestyanskij, Soldatskij, i Kazachij Deputatov: Stenograficheski Otchet (1919) (Biblioteca del Congreso, Estados Unidos).

Piati Vserossiiskoi Syezd Sovetov Rabochij, Krestyanskij, Soldatskij, i Kazachij Deputatov: Stenograficheski Otchet, 4-10 Iyulya, 1918 g. (1918).

Shestoi Vserossiiski Chrezvichaini Syezd Sovetov Rab., Kr., Kaz., i Krasnoarm. Deput.: Stenograficheski Otchet, 6-9 Noyabria, 1918 g. (1919).

7[i] Vserossiiski Sytzd Sovetov Rabochij, Krestyanskij, Krasnoarmeiskij, i Kazachij Deputatov: Stenograficheski Otchet, 5-9 Dekabria, 1919 goda (1920).

Vosmoi Vserosiiski Syezd Sovetov Rabochij, Krestyanskij, Krasnoarmeiskij i Kazachij, Deputatov: Stenograficheski Otchet, 22-29 Dekabria, 1920 goda (1921).

Deviati Vserossiiski Syezd Sovetov Rabochij, Kresyanskij, Krasnoarmeiskij, i Kazachij Deputatov: Stenograficheski Otchet, 22-27 Dekabria, 1921 goda (1922).

Desiati Vserossiiski Sytzd Sovetov Rabochij, Krestyanskij, Krasnoarmeiskij, i Kazachij Deputatov: Stenograficheski Otchet, 22-27 Dekabria, 1922 g. (1923).

I Syezd Sovetov Soyuza Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik: Stenograficheski Otchet, 30 Dekabria, 1922 g. (1923).

Vtoroi Syezd Sovetov Soyuza Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik: Stenograficheski Otchet (1924).

Protokoli Zasedani Vserossiiskogo Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta Sovetov R., S., Kr., i Kaz. Deputatov 2 Soziva (1918).

Protokoli Zasedani Vserossiiskogo Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta 4[go] Zoziva (1920).

Piati Soziv Vserossiiskogo Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta Sovetov Rabochij, Krestyanskij, Kazachij, i Krasnoarmeiskij Deputatov: Stenograficheski Otchet (1919).

I i II Sessii Vserossiiskogo Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta IX Soziva (1923) (Librería del Congreso, Estados Unidos).

III Sessiya Vserossiiskogo Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta IX Soziva, 12-27 Maya, 1922 g.: Bulleten (1922).

IV Sessiya Vserossiiskogo Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta IX Soziva, 23-31 Oktiabria, 1922 g.: Bulleten (1922).

IO Sessiya Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta Soyuza Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik (1923).

Vtoraya Sessiya Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta Soyuza Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik (1924).

III. *Sesiones de otros Congresos y Conferencias*

Trudi I Vserossiskog Syezda Sovetov Narodnogo Jozyaistva, 26 Maya-4 Iyunya, 1918 g.: Stenograficheski Otchet (1918).

Trudi II Vserossiskogo Syezda Sovetov Narodnogo Jozyaistva, 19 Dekabria-27 Dekabria, 1918 g.: Stenograficheski Otchet (s. f.) (Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres).

Rezolutsi Tretego Vserossiskogo Syezda Sovetov Narodnogo Joziaistva (1920). No parece que se publicase ninguna otra reseña.

Trudi IV Vserossiiskogo Syezda Sovetov Narodnogo Jozyaistva, 18 Maya-24 Maya, 1921 g.: Stenograficheski Otchet (1921) (Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres).

Trudi Konferentsi Sovnarjozov Severnogo i Zapadnogo Raionov, 26-30 Augusta, 1921 g. (1921).

Trudi Vserossiiskogo Syezda Zaveduyuschij Finotdelami (1919) (Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres).

Vserossiskoe Soveshchanie Predstavitelei Raspredelitelnij Prodorganov (1920) (Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres).

Pervi Vserossiiski Syezd Professionalnij Soyuzov, 7-14 Yanvarya, 1918 g. (1918).

Vtoroi Vserossiski Syezd Professionalnij Soyuzov, i (Plenumy) (1921). No parece que se publicase el segundo tomo.

N ... ski, *Vtoroi Vserossiiski Syezd Professionalnij Soyuzov* (1919) (Oficina Internacional del Trabajo, Ginebra). Esta reseña, muy abreviada, es útil porque contiene las reseñas de los debates de las secciones además de las sesiones plenarias.

Treti Vserossiiski Syezd Professionalnij Soyuzov, 6 Apreli-13 Aprelia, 1920 g., i (Plenumy) (1920). No parece que se publicase el segundo tomo.

Chetverti Vserossiski Syezd Professionalnij Soyuzov, 17-25 Maya, 1921 g.: (Plenumi), ii (Seksi) (1920) (Oficina Internacional del Trabajo, Ginebra).

Stenograficheski Otchet Piatogo Vserossiiskogo Syezda Professionalnij Soyuzov, 17-22 Setyabria, 1922 g. (1922) (Oficina Internacional del Trabajo, Ginebra).

IV. *Colecciones de leyes, decretos, etc.*

Sobranie Uzakoneni i Rasporyazheni Rabochego i Krestianskogo Pravitelsteva, 1917-1918 (el ejemplar del Museo Británico incluye solamente números 1-51; en la Biblioteca del Departamento de Asuntos Exteriores Británico existe un ejemplar completo).

Colecciones que llevan el mismo título y que corresponden a 1919, 1920, 1921, 1922 y 1923 (Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres) A partir de 1922 se publicó también una «segunda sección» *(Otdel Vtoroi)* de *Sobranie* conteniendo decretos y órdenes de menor importancia (Biblioteca del Departamento de Asuntos Exteriores Británico). Los decretos de *Sobranie* llevan todos la fecha de la publicación original; en algunos casos va precedida de la fecha de la adopción del decreto por el cuerpo legislativo, generalmente el VTsIK o el Sovnarkom. Cuando se consigna esta fecha, se hace referencia del decreto en el texto del presente trabajo como siendo de esta fecha; cuando sólo se consigna la fecha de publica-

ción, ésta se cita como fecha del decreto. Desgraciadamente, la costumbre de los escritores soviéticos y otros varía, de suerte que el mismo decreto es a veces aludido por distintas autoridades como de fechas diferentes.

Sbornik Dekretov i Postanovleni po Narodnomu Joziaistvu, 1917-1918 (1918).

Sbornik Dekretov i Postanovleni po Narodnomu Joziaistvu, ii (1920); iii (1921) (Oficina Internacional del Trabajo, Ginebra).

Sbornik Dekdretov, Postanovleni, Rasporyazheni i Prikazov po Narodnomu Joziaistvu, núm. 1, octubre de 1922, y mensualmente a partir de entonces (Oficina Internacional del Trabajo, Ginebra).

Sbornik Dekretov i Rasporyozheni po Finansam, 1917-1919 (1919) (Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres).

Sbornik Dekretov i Rasporyazheni po Finansam, iv (1921).

Proizvodstvo, Ochet i Raspredelenie Produktov Narodnogo Joziaistva (s. f.) (1921?) (Oficina Internacional del Trabajo, Ginebra).

Novaya Ekonomicheskaya Politika v Promishlennosti: Sbornik Dekretov Postanovleni i Instriktsi (1921) (Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres).

Novoe Zakonodatelstvo v Oblasti Selskogo Joziaistva: Sbornik Dekretov, Instruktsi i Postanovleni (1923) (Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres).

Politika Sovetskoi Vlasti po Natsionalnomu Voprosu (1920).

Revolutsiya i Natsionalni Vopros: Dokumenti i Materiali, ed. S. M. Dimanshstein, iii (1930) (Oficina Internacional del Trabajo, Ginebra). No parece haberse publicado ningún otro volumen de esta colección.

Istoriya Sovetskoi Konstitutsi v Dekretaj (1936).

Konstitutsi i Konstitutsionnye Akti RSFSR, 1918-1937 (1940) (Biblioteca del Congreso, Estados Unidos).

Syezdi Sovetov RSFSR v Postanovlenjyaj i Rezolutsiyaj (1939).

V. *Documentos sobre relaciones exteriores*
(Publicados por el Narkomindel, excepto si se especifica otra cosa)

i) Tratados y Acuerdos

RSFSR: Sbornik Deistvuyushchij Dogovorov, Soglasheni i Konventsi Zakliuchennij RSFSR s Inostrannimi Gosudarstvami, i (1921), ii (1921), iii (1922) (Real Instituto de Asuntos Internacionales), iv (1923) (Biblioteca de Londres), v (1923) (Biblioteca de Londres).

SSSR: Sbornik Deitstvuyushchij Dogovorov, Soglasheni i Konventsi Zakliuchennij s Inostrannimi Gosudarstvami, i-ii (1924).

Kliuchnikov i Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika Noveishego Vremeni v Dogovoraj, Notaj i Deklaratsiyaj,* ii (1926), iii, i (1928), ii (1929).

Dokumenti i Materiali po Vneshnei Politike Zakavkazya i Gruzi (publicado por el gobierno de Georgia) (Tiflis, 1919).

ii) Debates de Conferencias

Mirnie Peregovori v Brest-Litovske, i (1920) (Biblioteca de Londres). Contiene reseñas taquigráficas de sesiones plenarias y reuniones de la comisión política.

Materiali Genuezskoi Konferentsi (1922) (Biblioteca del Departamento de Asuntos Exteriores Británico).

Conférence de Moscou pour la Limitation des Armements (1923).

iii) Correspondencia diplomática

Correspondence Diplomatique se rapportant aux Relations entre la République Russe et les Puissances de l'Entente, 1918 (1919) (Biblioteca del Departamento de Asuntos Exteriores Británico).

Krasnaya Kniga: Sbornik Diplomaticheskij Dokumentov o Russko-Polskij Otnosheniyaj s 1918 po 1920 g. (1920).

La Russie des Soviets et la Pologne (1921). Hay también una edición rusa, *Sovetskaya Rossiya i Polska* (1921).

L'Ukraine Soviétiste: Recueil des Documents Officiels d'après les Livres Rouges Ukrainiens (Berlín, 1922).

Anglo-Sovietskie Otnosheniya, 1917-1927: *Noti i Dokumenti* (1927).

iv) Informes del Narkomindel

G. Chicherin, *Vnashnyaya Politika Sovetskoi Rossiiza dva Goda* (1919).

Otchet Narodnogo Komissariata po Inostrannim Delam Sedmomu Syezdu Sovetov (1919).

Godovoi Otchet NKID k IX Syezdu Sovetov (1921).

Desyat Let Sovetskoi Diplomati (1927).

VI. *La Internacional Comunista*

i) Debates de los Congresos y del IKKI

Der. I. Kongress der Kommunistischen Internationale: Protokoll der Verhandlungen in Moskau vom 2. bis zum 19. März, 1919 (Hamburgo, 1921).
La fecha del 19 de marzo es evidentemente una errata, puesto que el congreso terminó el 6 de marzo; por otra errata se han bailado las fechas de las dos últimas sesiones (4 de marzo, 6 de marzo) *(ibid.,* 00, 148, 170). La traducción rusa es *Pervi Kongress Kommunisticheskogo Internatsionala: Protokoli Zasedani v Moskve so 2 do 19 Marta, 1919* (1921) (Biblioteca del Congreso, Estados Unidos).

Der Zwete Kongress der Kommunist. Internationale: Protokoll der Verhandlungen vom 19. Juli in Petrograd und vom 23. Juli bis 7. August, 1920 in Moskau (Hamburgo, 1921) (Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres).
La traducción rusa es *2oi Kongress Kommunisticheskogo Internatsionala: Stenograficheski Otchet* (1921); una edición rusa posterior, que corrige algunos errores importantes, es *Vtoroi Kongress Kominterna* (Instituto Marx-Engels-Lenin, 1934).

Protokoll des III. Kongresses der Kommunistischen Internationale (Moskau, 22. Juni bis 12. Juli, 1921) (Hamburgo, 1921) (Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres).
La traducción rusa es *Treti Vsemirni Kongress Kommunisticheskogo Internatsionala: Stenograficheski Otchet* (1922).

Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale Petrograd-Moskau vom 5. November bis 5. Dezember, 1922 (Hamburgo, 1923) (International Instituut voor Sociale Geschiedenis, Amsterdam).
La traducción rusa es *IV Kongress Kommunisticheskogo Internatsionala, 5 Noyabria-5 Dekabria, 1922 g.* (1923) (Biblioteca Hoover, Stanford).

Die Taktik der Kommunistischen Internationale gegen die Offensive des Kapital: Berich über die Konferenz der Erweiterten Exekutive der K. I. Feb. 24-März 2, 1922 (Hamburgo, 1922) (Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres).

Sowjet-Russland und die Völker der Welt: Reden auf der Internationalen Versammlung in Petrograd am 19. Dezember, 1918 (1920).

Ii Syezd Narodov Vostoka, Baku, 1-8 Sent., 1920 g.: Stenograficheskie Otcheti (1920) (Biblioteca Hoover, Stanford).

The First Congress of Toilers of the Far East (Moscú, 1922) (Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres).
La versión alemana lleva el título *Der Erste Kongress der Kommunistischen und Revolutionären Organizationen des Fernen Ostens* (1922) (Internationaal Institut voor Sociale Geschiedenis, Amsterdam).

The Second and Third International and the Vienna Union (s. f.).
Reseña de la reunión en Berlín del 2-5 de abril de 1922, publicada por la Segunda Internacional; no parece que se haya publicado ninguna reseña rusa.

ii) Resoluciones y periódicos oficiales

Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj (1919-1932) (1933). *Kommunisticheski Internatsional* (mayo de 1919-).
Había también ediciones alemanas, inglesas y francesas que aparecieron con menos regularidad y omitieron muchas cuestiones, pero que ocasionalmente contenían artículos que no figuran en la edición rusa.

Internationale Presse-Korrespondenz (1 de septiembre de 1921-).
Aparecieron también ediciones inglesas y francesas, pero menos completas que la edición alemana (la Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres posee un archivo bastante completo a partir de 1 de septiembre de 1922; la Biblioteca del Monumento Conmemorativo a Marx tiene un archivo completo al que sólo le falta el núm. 1, de septiembre a diciembre de 1921.

iii) Sesiones del Profintern

I[i] Mezhdunarodni Kongress Revolyutsionnij Professionalnij i Proizvodstvennij Soyuzov: Stenograficheski Otchet (s. f.).
Contiene boletines, paginados por separado, de las sesiones del 3 al 19 de julio de 1921, y de tres reuniones del consejo central de la Profintern, 20-22 de julio de 1921.

Bulleten I[i] Kongressa Krasnogo Internatsionala Profsoyuzov (s. f.).
Acta muy abreviada de las reuniones del 19 de noviembre al 2 de diciembre de 1922.

A. Lozovski, *Desiat Let Profinterna v Rezolyutsijaj* (1930).

VII. *Obras completas*

Karl Marx-Friedrich Engels: Historisch-Kritische Gesamtausgabe, I parte, i-v (1927-31), vi-vii (Moscú, 1933); III parte, i-iv (1929-31).
No se han publicado nuevos volúmenes de esta edición.

K. Marx i F. Engels, *Sochineniya,* veintinueve vols. (1928-?) (La colección del Museo Británico está algo incompleta; los vols. 27-8 que faltan en el Museo Británico se encuentran en la biblioteca Bodleian, Oxford.)

V. I. Lenin, *Sochineniya,* segunda edición, treinta y un volúmenes (1930-35).
Esta es la edición más satisfactoria para consulta general y contiene más artículos que la primera edición; no parece que el texto haya sido alterado por motivos ideológicos. Las notas son numerosas e interesantes, aunque han sido modificadas para adaptarse a la ortodoxia de la época de publicación y tienen que ser, por tanto, manejadas con precaución. Esta edición contiene también material suplementario de gran interés en forma de documentos del partido y soviéticos, no siempre fácilmente asequibles en otro sitio.
La primera edición, en diecinueve volúmenes (1924-25), fue editada por Kámenev; los trabajos van ordenados, parte por orden cronológico y parte por materias. Algunas de las notas de esta edición, omitidas o modificadas en la segunda edición, conservan su interés. La tercera edición fue reimpresión de la segunda sin modificaciones.
La cuarta edición, en treinta y cinco volúmenes (1941-50), contiene muchos artículos no incluidos en la segunda, pero omite otros y algunos pasajes por razones ideológicas; no debe ser utilizada por el investigador serio, excepto para materias no incluidas en la segunda edición. La presente edición omite también las notas y otro material suplementario que figura en la segunda edición.

Leninski Sbornik, cuarenta y cinco volúmenes (1924).
Esta colección, aún no terminada, contiene borradores, notas y otros escritos de Lenin no publicados en sus obras completas.

L. Trotski, *Sochineniya* (1925-7).
Esta edición fue proyectada en seis secciones y veintiún volúmenes, algunos

de los cuales se publicaron en dos partes. Los tomos publicados fueron los siguientes: i, partes i y ii; iii, partes i y ii, iv, vi, viii, ix, xii, xiii, xv, xx y xxi (Escuela de Estudios Eslavos y de Europa del Este, Universidad de Londres; algunos de los volúmenes se encuentran también en el Museo Británico).

De los escritos de Trotski no incluidos en esta edición, los más importantes, correspondientes al período que abarca el presente trabajo, son:

Kak Vooruzhalas Revolutsiya, tres vols. (1923-25).

Istoriya Russkoi Revolutsi (Berlín), i (1931), ii, partes i y ii (1933).

Moya Zhizn, dos vols. (Berlín, 1930).

Permanentnaya Revolutsiya (Berlín, 1930).

Stalinskaya Shkola Falsifikatsi (Berlín, 1932).

Los archivos de Trotski en la biblioteca Widener, de la Universidad de Harvard, contienen material importante no publicado. L. Trotski, *The Real Situation in Russia* (s. f.) (1928), contiene una traducción inglesa de la «plataforma de oposición» presentada al comité central del partido por Trotski y otros doce miembros en septiembre de 1917; la carta de Trotski, fechada en 21 de octubre de 1927, dirigida al buró de historia del partido; y el discurso de Trotski al comité central de 23 de octubre de 1927. El original ruso de la carta que lleva fecha 21 de octubre de 1927 fue publicado en L. Trotski, *Stalinskaya Shkola Falsifikatsi* (Berlín, 1932), pp. 13-100.

G. Zinóviev, *Sochineniya* (1925-27). Esta edición se programó para dieciséis volúmenes, de los cuales se publicaron i-viii, xv y xvi.

J. V. Stalin, *Sochineniya* (1946).

Los trece volúmenes publicados hasta 1952 abarcan el período iniciado en enero de 1934. La edición contiene todos los escritos y discursos de Stalin con algunas excepciones poco importantes; en los textos de artículos publicados originalmente entre 1917 y 1927 se observan algunas omisiones escasas pero importantes, por lo que deben ser comprobados con los originales.

VIII. Colecciones de artículos

O Zemle, i (Narkomzem, 1921) (Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres); ii (Narkomzem, 1922).

Chetire Goda Prodovolstvennoi Raboti (Narkomprod, 1922).

Za Piat Let (Tsentralni Komitet Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti [Bolshevikov], 1922) (Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres).

Piat Let Vlasti Sovetov (VTsIK, 1922) (Biblioteca de Londres).

Na Novij Putiaj, cinco vols. (STO, 1923) (Oficina Internacional del Trabajo, Ginebra).

IX. *Diarios y publicaciones periódicas*

Las colecciones de todos los diarios y publicaciones periódicas que se relacionan a continuación, con las dos excepciones que se indican, se encuentran en el Museo Británico. Pero las colecciones de los diarios están siempre incompletas, y en algunos casos son sólo fragmentarias, para los primeros años. A veces pueden ser completadas por otras bibliotecas británicas. Las colecciones de la biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, de la Biblioteca Pública de Nueva York y de la Biblioteca Hoover de Stanford son, por lo general, más completas, pero en ocasiones defectuosas por lo que se refiere a los citados años.

Pravda.
Organo diario del comité central del Partido Comunista Ruso, fundado el 22 de abril de 1912.

Izvestiya.
Diario: fundado el 28 de febrero de 1917 con el nombre de *Izvestiya Petrogradskogo Soveta Rabochij Deputatov;* el 2 de marzo de 1927 se añadieron las palabras *i Soldatskij* después de *Rabochij,* y el 1 de agosto de 1917 se convirtió en *Izvestiya Tsentralnogo Komiteta Sovetov i Petrogradskogo Soveta Rabochij i Soldatskij Deputatov;* el 29 de septiembre de 1917 se suprimió del título el Soviet de Petrogrado, que volvió a incorporarse el 27 de octubre. Las modificaciones posteriores siguieron la nomenclatura oficial de los Soviets.

Ekonomicheskaya Zhizn.
Diario: fundado en 1921 como órgano conjunto de Vesenja y de los Comisariados del Pueblo para asuntos económicos; más tarde fue el órgano de Narkomfin y Gosplan.

Trud.
Diario: fundado en 1921 como órgano del Consejo Central de Sindicatos de toda Rusia (Oficina Internacional del Trabajo, Ginebra).

Narodnoe Joziaistvo.
Quincenal, después mensual y luego irregular; se fundó en 1918 como órgano del Vesenja.

Izvestiya Tsentralnogo Komiteta Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov).
Irregular: fundado en 1919 como órgano del comité central del partido.

Zhizn Natsionalnostei.
Semanal, después irregular: fundado en 1918 como órgano del Narkomnats.

Vestnik Truda.
Mensual: fundado en 1920 como órgano del Consejo de Sindicatos de toda Rusia.

Sotsialisticheski Vestnik (Berlín).
Bimensual: fundado en 1921 por un grupo de emigrados mencheviques (Biblioteca de Documentación Internacional Contemporánea, Universidad de París).

Proletarskaya Revolutsiya.
Trimestral: fundado en 1921 como órgano del Itspart, más tarde incorporado al Instituto Marx-Engels-Lenin.
Novi Vostok.
Irregular: fundado en 1922 como órgano de la Asociación Científica de Enseñanzas Orientales de toda Rusia, aneja al Narkomnats.
Arjiv Russkoi Revolutsi (Berlín).
Irregular: fundado en 1922 por un grupo de emigrados rusos.

INDICE ALFABETICO

Alianza Universidad

Volúmenes publicados

179 Joseph Needham: **La gran titulación. Ciencia y sociedad en Oriente y Occidente**

180 G. L. S. Schackle: **El inquiridor económico**

181 Mervyn Matthews: **Clases y sociedad en la Unión Soviética**

182 Jean Piaget, Max Wertheimer, Mary Henle, R. S. Woodworth y otros: **Investigaciones sobre lógica y psicología.** Introducción y compilación de Juan A. DelVal

183, 184 Robert K. Merton: **La sociología de la ciencia**

185 J. E. Goldthorpe: **Introducción a la sociología**

186 Aubrey Manning: **Introducción a la conducta animal**

187 Ian Stewart: **Conceptos de matemática moderna**

188 S. Körner: **Kant**

189 Nicolás Sánchez-Albornoz: **España hace un siglo: una economía dual**

190 Richard Montague: **Ensayos de filosofía formal.** Selección e introducción de Richmond H. Thomason

191 Stephen Toulmin: **La comprensión humana. 1. El uso colectivo y la evolución de los conceptos**

192 Josefina Gómez Mendoza: **Agricultura y expansión urbana**

193 Henry Kamen: **El siglo de hierro. Cambio social en Europa, 1550-1660**

194 Alexander Mitscherlich: **Tesis sobre la ciudad del futuro**

195 Daniel Bell: **Las contradicciones culturales del capitalismo**

196 Manuel García-Pelayo: **Las transformaciones del Estado contemporáneo**

197 Geoffrey Leech: **Semántica**

198 Ramón Tamames: Ecología y des**arrollo. La polémica sobre los límites del crecimiento**

199 José Varela Ortega: **Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900)**

200 C. U. M. Smith: **El problema de la vida**

201 Paul Roazen: **Freud y sus discípulos**

202 Michael Argyle: **Psicología del comportamiento interpersonal**

203 Norwood Russell Hanson: **Constelaciones y conjeturas**

204 John Chadwick: **El mundo micénico**

205 Javier Aracil: **Introducción a la dinámica de sistemas**

206 Imre Lakatos: **Pruebas y refutaciones. La lógica del descubrimiento matemático**

207 J. Piaget, G. Choquet, J. Diendonné, R. Thom y otros: **La enseñanza de las matemáticas modernas.** Selección y prólogo de Jesús Hernández

208 L. von Bertalanfly, W. Ross Ashby, G. M. Weinberg y otros: **Tendencias en la Teoría General de Sistemas.** Selección y prólogo de George J. Klir

209 F. W. Walbank: **La pavorosa revolución. La decadencia del Imperio Romano en Occidente**

210 Luis Racionero: **Sistemas de ciudades y ordenación del territorio**

211 Luigi L. Pasinetti: **Crecimiento económico y distribución de la renta**

212 Alvin W. Gouldner: **La dialéctica de la ideología y la tecnología**

213 Philip W Silver: **Fenomenología y Razón Vital: Génesis de «Meditaciones del Quijote» de Ortega y Gasset**

214 Henri Pirenne: **Mahoma y Carlomagno**

215 Marcel Merle: **Sociología de las relaciones internacionales**

216 Steven Weinberg: **Los tres primeros minutos del universo**

217 Mary Douglas: **Símbolos naturales. Exploraciones en cosmología**

218 Craig Fields: **Introducción a los computadores**

219 George Rudé: **Europa en el siglo XVIII. La aristocracia y el desafío burgués**

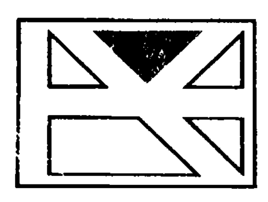
220 Johan Huizinga: **El otoño de la Edad Media**

221 John Passmore: **La responsabilidad del hombre frente a la naturaleza**

222 Ashley Montagu: **La naturaleza de la agresividad humana**

223 Jesús Mosterín: **Racionalidad y acción humana**

La HISTORIA DE LA RUSIA SOVIETICA de E. H. CARR —estructurada en cuatro partes generales y publicada en catorce volúmenes— es el fruto de una minuciosa labor de investigación y de un decidido esfuerzo para establecer con objetividad los hechos. La primera parte de este vasto ciclo subtitulado LA REVOLUCION BOLCHEVIQUE (1917-1923)— se divide, a su vez, en tres volúmenes; mientras los dos primeros describen «La conquista y organización del poder» (AU 15) y «El orden económico» (AU 19), LA RUSIA SOVIETICA Y EL MUNDO estudia la política exterior del Gobierno de Lenin desde la paz de Brest-Litovsk hasta el tratado de Rapallo. Durante ese período los responsables de la nueva Rusia potencia europea y asiática a la vez— tratarán de sortear la gran contradicción que conferirá siempre un carácter titubeante a su diplomacia: si como representantes del Estado defenderán la coexistencia pacífica y el mantenimiento de relaciones amistosas con las naciones capitalistas, como dirigentes de la Internacional Comunista apoyarán los movimientos revolucionarios en el resto del mundo. En esta misma colección han sido igualmente publicados los volúmenes que completan esta monumental obra, agrupados en tres partes generales: «El Interregno (1923-1924)», «El socialismo en un solo país (1924-1926)» y «Bases de una economía planificada (1926-1929)». Otras obras de E. H. Carr en Alianza Editorial: «Estudios sobre la revolución» (LB 134) y «La revolución rusa: De Lenin a Stalin, 1917-1929» (LB 830).



Alianza Editorial